

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

**Juglares de una nueva gesta épica. Intelectuales, pueblo y
héroes de la guerra civil española en la literatura
hispanoamericana (1936-1939)**

**Minstrels of a new Epic Feat : Intellectuals, the People, and
Heroes of the Spanish Civil War in Spanish American
Literature (1936-1939)**

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Carlos González Ruiz

DIRIGIDA POR

Niall Robertson Ewen Binns

Madrid

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE FILOLOGÍA



TESIS DOCTORAL

Juglares de una nueva gesta épica. Intelectuales, pueblo y héroes de la guerra civil española en la literatura hispanoamericana (1936-1939)

Minstrels of a new Epic Feat: Intellectuals, the People, and Heroes of the Spanish Civil War in Spanish American Literature (1936-1939)

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Carlos González Ruiz

DIRECTOR

Niall Robertson Ewen Binns

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID

FACULTAD DE FILOLOGÍA

**PROGRAMA DE DOCTORADO EN
LITERATURA HISPANOAMERICANA**

TESIS DOCTORAL



Juglares de una nueva gesta épica. Intelectuales, pueblo y héroes de la guerra civil española en la literatura hispanoamericana (1936-1939)

Minstrels of a new Epic Feat: Intellectuals, the People, and Heroes of the Spanish Civil War in Spanish American Literature (1936-1939)

MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR

PRESENTADA POR

Carlos González Ruiz

DIRECTOR

Niall Robertson Ewen Binns

Madrid, 2024

*A mi madre,
por estar siempre al otro lado del teléfono
y nuestras charlas con vermú.*

Acariciemos una palabra: Luz. Huyamos de otra, hecha sistema por quienes viven al amparo de ella: obscurantismo.

ANTONI BENAIGES I NOGUÉS

(La voz de la Bureba, enero de 1936)

Agradecimientos

Cuando pienso en los cinco años que tengo que abarcar con mis agradecimientos me cuesta enmarcarlos en solo una o dos páginas. Las bellísimas personas que me han acompañado en este agri dulce proceso de, primero, lectura “atrapalotodo” o “promiscua” –gracias por el concepto, Niall– y, más adelante, lectura y escritura “desbocadas” –por utilizar una palabra algo formal–, desbordan los márgenes de este documento. A efectos prácticos, los agradecimientos de una tesis doctoral son como la lista de bodas de un académico. Siempre da miedo dejar a alguien fuera, pero en el fondo sabes que no te queda otra. A diferencia de unas nupcias, no obstante, nuestra lista de invitados particular no se escribe cuando empiezas a organizarte. Por lo que yo sé, se suelen dejar para el final, para ese “emotivo” momento en el que concluyes tu investigación tras años de trabajo –y meses de últimos esfuerzos y todavía más trabajo– y, *al fin*, cuelgas el teclado por un tiempo. Ese ha sido mi caso y, aunque la “emoción” apenas supere a la motricidad de mis exhaustas falanges –prometo que no iba con doble sentido–, creo que es de justicia ser agradecido con aquellas personas que han estado ahí, por mucho que no pueda hablar de todas.

Para empezar, cómo no, me gustaría agradecer, una vez más –le doy tantas veces las gracias que en ocasiones parezco más británico que él–, a mi director Niall Binns. Creo que no he conocido investigador más perspicaz, afable y pasional. A veces no soy consciente de la suerte que he tenido al poder trabajar con él. Gracias por la confianza.

Extiendo mis agradecimientos a mi “hermana mayor” académica, Laura María Martínez Martínez, una gran compañera que, para mí, representa lo mejor de la Universidad Complutense de Madrid. Aprovecho la mención para dejar constancia de que he escrito esta tesis doctoral en esta universidad gracias a un contrato para la formación de personal investigador predoctoral (antigua FPI) de la Agencia Estatal de Investigación en el marco del proyecto de investigación “El impacto de la Guerra Civil española en la vida intelectual de Hispanoamérica”, a cuyos compañeros también quiero expresar mi agradecimiento. Me gustaría dar las gracias a los miembros del Departamento de Literaturas Hispánicas y Bibliografía y a los compañeros y compañeras PIFs que han hecho más llevadero este camino, en particular a Irene Muñoz Cerezo, Ana Fernández del Valle, Juan Manuel Díaz Ayuga y Rita Gonçalves Soares. Mención especial a investigadoras y amigas como Andrea Carretero, Paula Cantero, Sara Barberán y Natalia Candorcio, por el apoyo mutuo y las risas.

Quería enviar un agradecimiento especial a mis amigos y amigas del Centro Republicano Español de Mar del Plata, quienes me hicieron el honor de nombrarme miembro honorífico en 2023 durante mi estancia en la Universidad de Buenos Aires. Además, me gustaría dedicar unas palabras a la memoria de José Manuel “El Maestro” Torres, tinerfeño de nacimiento, argentino de adopción y republicano eterno del que sus compañeros del CRE nunca se olvidarán. Durante mi estancia en Argentina tuve el placer de conocer a grandes investigadores e investigadoras que han dejado huella en mi proceso de investigación. Muchas gracias a Julia Miranda, Raquel Macciuci, Virginia Bonatto y Magalí Devés. Mi más sincero agradecimiento a los compañeros y compañeras del Instituto de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Buenos Aires, con especial cariño para Guillermo Vitali y Celina Manzoni. A la lista interminable de amigos y amigas de mi segunda patria, en particular a mis Guidos, mi cuadrilla, mi grupo *sarmientino* de la UBA –españolas incluidas– y mis rosarinas. Aunque ya agradecí a la parte costarricense de este trabajo en 2022, me gustaría reiterar las gracias a Ruth Cubillo Paniagua, por su apoyo y generosidad, a mi amigo Ronald Sáenz Leandro, cuya vocación académica y literaria es contagiosa, y a los investigadores Gabriel Baltodano, Mijail Mondol y Dennis Arias. Agradecimiento especial a Luis Martínez y Gabriel Cerdas, del proyecto Historia de Costa Rica, por devolverme la ilusión por la divulgación popular.

Ahora pasamos a las mesas de Salamanca, como no podía ser de otra forma. Esta tesis se empezó a idear entre clases de Filología Inglesa y del Máster en Literatura Española e Hispanoamericana, Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, así como entre asambleas, reuniones y mucha, mucha literatura, en las aulas y en las calles de la ciudad del Tormes. Gracias a mis referentes académicos de la Universidad de Salamanca, Javier Sánchez Zapatero, Paqui Noguerol y Olga Barrios. Agradecimiento especial y fraterno a mis amigas y amigos de la Plaza de Anaya, de las veladas por San Justo y de las charlas en cualquier rincón de la ciudad, en especial a Bruno, Pablo, Daniel, Maddi y Miguel. Gracias también a dos amigos más recientes, Álex y Jorge, por la inspiración y la vitalidad.

En cuanto a mi tierra, Cantabria, a la que tantísimo he echado de menos a lo largo de mi vida académica, quería empezar mis agradecimientos dirigiéndome a mi familia. Primero, me gustaría dedicarles esta tesis doctoral a mis abuelos Salvador y Tivillo, que fallecieron antes de terminar este trabajo. Espero que estéis orgullosos de vuestro nieto. Gracias a mis padres, Soledad y Fernando, y a mi hermano Nacho, pilares fundamentales de mi vida y un apoyo imprescindible durante estos años de investigación. A mis abuelas,

Pilar y Rosario, a mis tíos, tías, primos, primas... Gracias por ser familia. A mis amigos y amigas de Los Corrales de Buelna, Peri, María, Yaiza, Diego, Aroa y tantos otros. Gracias por aguantarme y por la complicidad. A la cuadrilla de Loredó, por los años que han sido y por los que quedan. A mi amigo Julio, historiador y profesor al que admiro. A Lorena, por la amistad. Gracias a Consuelo y Ana, bibliotecarias de la Biblioteca Municipal de Los Corrales de Buelna y parte de la razón por la que me aficioné a la literatura cuando era crío para terminar dedicándome a investigarla. Muchísimas gracias también a los que quedáis en el tintero porque sin estar, estáis.

Para finalizar, gracias de corazón a todas las personas que resistieron el golpe de Estado de 1936 en defensa de la democracia y de la cultura y a todos los hispanoamericanos que se solidarizaron con la causa republicana.

Esta tesis va por vosotros.

ÍNDICE

Resumen.....	6
Abstract.....	8
Introducción.....	10
1. ANTIFASCISMO, CULTURA Y VANGUARDIA. LOS INTELECTUALES HISPANOAMERICANOS ANTE LA GUERRA DE ESPAÑA.....	20
1.1 La politización del campo intelectual. Literatura comprometida contra el arte por el arte.....	31
1.1.1 De la poesía nueva al Frente Popular. El cambio de paradigma de la literatura chilena.....	34
1.1.2 El papel de los escritores en el Uruguay de Gabriel Terra.....	36
1.1.3 A la vanguardia de las causas populares. Ecuador y el conflicto español.....	39
1.1.4 Compromiso pese a la represión. Los intelectuales peruanos, entre la dictadura de Benavides y el exilio.....	42
1.1.5 La guerra española y la conformación de la generación del 40 en Costa Rica.....	46
1.1.6 La responsabilidad del intelectual en la Argentina de la década infame.....	49
1.2 Revolución en las rotativas. Los circuitos periodísticos hispánicos ante la batalla mediática	54
1.2.1 Propaganda y opinión pública. Intelectuales, sociedad civil y la defensa de la República.....	58
1.2.2 El auge del periodismo hispanoamericano y el conflicto español.....	60
1.2.3 Diplomacia, censura y compromiso. La pugna por la opinión pública.....	67
1.3 Redes intelectuales en pie de guerra. El frente popular hispanoamericano....	73
1.3.1 Del arielismo de avanzada al frentismo antifascista	74

1.3.2	Los intelectuales se agrupan. Asociaciones de escritores, periodistas y artistas.....	78
1.4	De «desnaturalizada madrastra» a «madre/hermana España». El hispanoamericanismo popular.....	87
1.4.1	La nueva España y las repúblicas hispanoamericanas.....	88
1.4.2	Pueblo, independencia y antiimperialismo. La guerra civil española como espejo.....	97
1.5	La trinchera transatlántica. Solidaridad y agitación desde la lejana retaguardia.....	108
1.5.1	Balas mexicanas. El gobierno de Lázaro Cárdenas y la «España nueva».....	110
1.5.2	Logística de un abrazo. Pueblo, intelectuales y el movimiento solidario argentino.....	113
1.5.3	«El poder de la palabra». Los intelectuales uruguayos y las apelaciones al lector.....	117
1.5.4	La reconciliación popular. Cuba en defensa de la República Española.....	123
1.5.5	El «aherrojamiento» del Ecuador antifascista. Los deberes del escritor.....	127
1.5.6	De Puerto Rico a Nueva York. La confluencia de la ayuda hispanoamericana.....	130
1.5.7	Los intelectuales costarricenses, a la vanguardia del movimiento solidario.....	132
2.	«ESPAÑA: EPOPEYA DEL HEROÍSMO PROLETARIO». EL HÉROE POPULAR REPUBLICANO.....	136
2.1	«Ahora nace otra España y por ella hay que trabajar». El héroe popular y los mitos nacionales republicanos.....	138
2.1.1	El nacimiento del héroe. Las dos Españas y la nueva guerra de la Independencia.....	140
2.1.2	Un héroe épico para la epopeya popular	148

2.1.3 Tradición y revolución. Del mártir de la libertad al héroe del realismo socialista.....	155
2.2 «Sangre jamás igualada en pureza y ardor generoso». El pueblo como sujeto heroico.....	161
2.2.1 La construcción del héroe popular republicano como estrategia de identificación.....	165
2.2.2 La epopeya de la cultura. Milicianos, intelectuales y alfabetización popular.....	169
 3. «LAS VOCES DE PLATA DE LAS MILICIANAS, / LAS VOCES DE HIERRO DE LOS MILICIANOS». GÉNERO Y HEROICIDAD EN EL EJÉRCITO REPUBLICANO.....	175
3.1 «¡Viban los compañeros al pie de esta cuchara para siempre!» Los milicianos del pueblo.....	177
3.1.1 «Carne de ibérico bronce, / lobo de mar y de tierra». Antonio Coll y los antitanquistas republicanos.....	179
3.1.1.1 Tiempo de héroes. Antonio Coll, el miliciano ejemplar.....	181
3.1.1.2 La construcción transatlántica del mito.....	185
3.1.1.3 Didáctica de guerra. Los antitanquistas y el «hombre nuevo».....	189
3.1.2 «Miaja, ingeniero principal en la construcción del nuevo edificio ibérico; alma de las almas españolas». El héroe improbable de la República Española.....	194
3.1.2.1 Miaja, referente republicano en Hispanoamérica.....	195
3.1.2.2 La mitificación del héroe popular. El culto a la personalidad.....	199
3.1.2.3 La caída del mito. El general Miaja y el golpe de Segismundo Casado.....	205
3.2 «La voz de un diccionario nuevo». Las dos guerras de las milicianas.....	211
3.2.1 «Ay, quien pudiera morir / como Francisca Solana / que se fue con un fusil / a luchar a la montaña». La heroína de El Espinar.....	217

3.2.1.1	«¡Debemos ir a coger el fusil, tío!». La forja del mito heroico.....	219
3.2.1.2	De la prensa a la literatura. La consagración heroica de Paca Solano en España.....	223
3.2.1.3	Propaganda y estereotipos de género en la prensa y literatura hispanoamericanas.....	224
3.2.2	«Al perforarte la sien / trizaste los meridianos / de nuestra emoción rebelde». La construcción del mito de Lina Odena.....	234
3.2.2.1	La prensa republicana y la propaganda para mujeres.....	236
3.2.2.2	La mujer nueva. Mujeres comunistas y la mirada masculina.....	238
4.	«¡ANTIFASCISTAS DE TODO EL UNIVERSO, UNÍOS!». LOS HÉROES DEL FRENTE POPULAR.....	245
4.1	«Esa mujer está dando a España luz». La Pasionaria, <i>mater dolorosa</i> de la nueva España republicana.....	246
4.1.1	<i>Mater dolorosa</i> y mujer viril. Dolores Ibárruri como mujer del pueblo.....	250
4.1.2	La Pasionaria y el movimiento de emancipación de la mujer trabajadora en Chile.....	254
4.1.3	Las mujeres comunistas costarricenses y la construcción heroica de la mujer proletaria.....	258
4.2	«Un monárquico sin rey al servicio de la República». Ángel Ossorio y Gallardo y la cuestión religiosa.....	262
4.2.1	Los intelectuales hispanoamericanos y la propaganda católica republicana.....	263
4.2.2	La pugna por el relato. Ossorio y Gallardo en la prensa costarricense.....	266
4.2.3	El héroe católico de la nueva España. Los intelectuales argentinos y la propaganda religiosa.....	269

4.3 «Y como el Cid Campeador ganaba batallas después de muerto». Buenaventura Durruti, el héroe proletario en disputa.....	275
4.3.1 Humildad, liderazgo y acción. Durruti, héroe del pueblo trabajador.....	279
4.3.2 «Nosotros renunciamos a todo, excepto a la victoria». La apropiación del mito.....	282
4.3.3 El anarquismo hispanoamericano y el legado de Durruti.....	286
5. «SU SANGRE ESTÁ CON NOSOTROS ALZANDO UN PUÑO ROJO Y DURADERO». EL HÉROE MÁRTIR.....	289
5.1 «Están recorriendo el mundo / invisibles, por el aire, / y ganando corazones». Los niños muertos de la República.....	291
5.1.1 El poder de la imagen. Intelectuales y opinión pública.....	293
5.1.2 Apelación al lector. Usos propagandísticos del héroe mártir...	295
5.1.3 El abrazo transatlántico. Solidaridad con el niño español.....	299
5.2 «Cada uno lleva su Lorca, como su Jesús». Federico García Lorca y la batalla cultural hispanoamericana.....	310
5.2.1 «Los peregrinitos» de Franco. La gira hispanoamericana de José González Marín.....	314
5.2.2 De Argentina a Puerto Rico. Hispanoamérica y «la causa de la cultura auténtica y de la libertad».....	317
5.2.3 En memoria del héroe. Manifiestos y boicots por Federico García Lorca.....	321
6. «HE AHÍ EL FUTURO / HE AHÍ EL MAR SALTANDO EN ROSAS SOBRE EL HORIZONTE / HE AHÍ EL SUEÑO BESANDO TU FRENTE ESPAÑA». CONCLUSIONES.....	332
7. BIBLIOGRAFÍA.....	339

Resumen

La presente tesis doctoral plantea un estudio sobre la construcción del héroe popular de la guerra civil española en la literatura hispanoamericana entre 1936 y 1939, época marcada por la movilización de los intelectuales frente al fascismo y la búsqueda de una nueva estética literaria vinculada a las causas populares. Este trabajo examina el compromiso de los intelectuales hispanoamericanos favorables al bando republicano y su papel en la movilización solidaria y propagandística con el pueblo español. Como consecuencia, esta investigación tiene como objetivo explicar la conformación y características del frente popular hispanoamericano, la red continental y transatlántica de intelectuales, publicaciones y organizaciones políticas tras la logística mediática y propagandística de la lejana retaguardia. Este estudio se centra en la representación literaria de los principales héroes populares del conflicto en la obra de los intelectuales hispanoamericanos, que, a través de la literatura, el periodismo e incluso su presencia en España como corresponsales o voluntarios, configuraron un imaginario colectivo en torno al héroe popular destinado a decantar las simpatías de la opinión pública hispanoamericana del lado republicano. Así, este trabajo explora la representación simbólica de estos héroes y su relación con cuestiones ligadas a la identidad de la nueva España, la clase social, la defensa de la cultura, la emancipación de la mujer y la religión, entre otras.

Esta tesis doctoral se aproxima a la compleja tarea de estudiar la interrelación de intelectuales, pueblo, héroes y literatura desde un enfoque interdisciplinar que integra la historia intelectual, la historiografía, la ciencia política y la teoría literaria. Asimismo, maneja un amplio corpus de referencias primarias y secundarias de hasta trece países hispanoamericanos que abarca diversos géneros y tipologías textuales, con un notable protagonismo de los medios de comunicación de masas. Por otro lado, emplea herramientas de análisis comparativo para examinar las estrategias discursivas empleadas por los intelectuales para representar a los héroes republicanos a la luz de los contextos político-literarios de sus geografías.

Esta perspectiva interdisciplinar se traduce en una estructura dividida en tres bloques diferenciados. El primero, que comprende el primer capítulo, examina la

politización del campo intelectual hispanoamericano y su participación en la batalla mediática de la lejana retaguardia, en la que el frente popular hispanoamericano jugó un papel trascendental. El segundo bloque, que se corresponde con el segundo capítulo, se encarga de conceptualizar el héroe popular republicano a través del estudio de referencias españolas e hispanoamericanas y su comparación con arquetipos heroicos de otras épocas y geografías, con un enfoque en su construcción a través de la tradición literaria y política hispánica. El tercer y más extenso bloque, dividido a su vez en tres capítulos y sus correspondientes apartados, aborda el proceso de construcción y la representación propagandística de nueve héroes populares agrupados en tres categorías: milicianos, personalidades del Frente Popular y mártires.

En cuanto a sus aportes, esta tesis arroja nueva luz sobre el papel de los intelectuales hispanoamericanos en la defensa de la República a través de la realización de una síntesis de las publicaciones del proyecto de investigación I+D+i “El impacto de la Guerra Civil Española en la vida intelectual de Hispanoamérica”. Al teorizar sobre la interacción entre literatura, política y propaganda en la construcción simbólica de los héroes populares, este trabajo permite repensar el trasfondo ideológico de la solidaridad transatlántica y contribuir con una nueva interpretación acerca de qué aspectos fueron más efectivos a la hora de movilizar a los pueblos hispanoamericanos y el papel de los intelectuales en tal fin. En este sentido, se destaca por proponer una perspectiva innovadora al reivindicar la contribución hispanoamericana a la memoria histórica del conflicto y sus héroes, como ocurre con Federico García Lorca y la batalla cultural provocada por su asesinato.

Sin embargo, el principal aporte de esta investigación recae en su estudio de las relaciones transatlánticas a través del concepto de “hispanoamericanismo popular”, fundamental para comprender el alcance de la reconfiguración de los vínculos entre España e Hispanoamérica durante los años treinta. Los nuevos lazos entre ambas geografías generaron una renovada versión del hispanoamericanismo que situaba a los pueblos hispánicos en el centro y posicionaron a la República y las masas populares españolas como símbolos de resistencia y transformación social y política.

Abstract

This thesis presents a study on the construction of the popular hero of the Spanish Civil War in Spanish American literature between 1936 and 1939, a period marked by the mobilization of intellectuals against fascism and the search for a new literary aesthetic aligned with popular causes. The research examines the commitment of Spanish American intellectuals towards the Republican side and their role in solidarity and propaganda efforts with the Spanish people. Consequently, this study aims to elaborate on the formation and characteristics of the Spanish American Popular Front, the continental and transatlantic network of intellectuals, publications, and political organizations behind the propaganda and media logistics from the American rearguard.

This research focuses on the literary representation of the main popular heroes of the conflict in the works of Spanish American intellectuals who shaped a collective imaginary around the popular hero to sway public opinion in Spanish America in favour of the Republican cause through literature, journalism, and at times their presence in Spain as correspondents or volunteers. In this way, the thesis explores the symbolic representation of these heroes and their connection to issues related to the identity of the new Spain, social class, the defence of culture, women's emancipation and religion, among others.

The thesis undertakes the complex task of studying the interplay among intellectuals, people, heroes, and literature from an interdisciplinary approach that integrates intellectual history, historiography, political science, and literary theory. It draws on an extensive corpus of primary and secondary sources from thirteen Spanish American countries, which encompasses diverse genres and textual typologies with a significant emphasis on mass media. Comparative analysis tools are employed to examine the discursive strategies used by intellectuals to represent Republican heroes in the light of the political and literary contexts of their respective geographies.

This interdisciplinary perspective is reflected in a structure divided into three distinct sections. The first, comprising the initial chapter, examines the politicization of the Spanish American intellectual field and its participation in the media battle from the distant rearguard, where the Spanish American Popular Front played a crucial role. The

second section, which corresponds to the second chapter, conceptualizes the Republican popular hero by studying Spanish and Spanish American references and comparing them to heroic archetypes from other periods and regions, with a focus on their construction through Hispanic literary and political traditions. The third and most extensive section, subdivided into three chapters with corresponding subsections, addresses the process of construction and propagandistic representation of nine popular heroes grouped into three categories: militia members, Popular Front personalities, and martyrs.

Regarding its contributions, the thesis sheds new light on the role of Spanish American intellectuals in defending the Republic by synthesizing the contributions of the publications from the research project "*The Impact of the Spanish Civil War on the Intellectual Life of Spanish America.*" In this sense, by theorizing the interaction between literature, politics, and propaganda in the symbolic construction of popular heroes, this work reconsiders the ideological background of transatlantic solidarity and offers a new interpretation of the most effective aspects in mobilizing Spanish American peoples and the role of intellectuals in this endeavour. This research stands out by proposing an innovative perspective that highlights the Spanish American contribution to the historical memory of the conflict and its heroes, such as Federico García Lorca and the cultural battle caused by his assassination.

However, the primary contribution of this research lies in its study of transatlantic relations through the concept of "*popular Spanish Americanism,*" which is essential to understanding the scope of the reconfiguration of ties between Spain and Spanish America during the 1930s. The renewed bonds generated an updated version of Spanish Americanism that placed Hispanic peoples at the centre, positioning the Spanish Republic and its popular masses as symbols of resistance and social and political transformation.

Introducción

El presente trabajo aborda la construcción del héroe popular de la guerra civil española por parte de los intelectuales hispanoamericanos alineados con el bando republicano (1936-1939). Con el fin de arrojar nueva luz sobre la desbordante solidaridad material e inmaterial transatlántica con la República Española, esta tesis doctoral se propone examinar la labor literaria, mediática y política de los intelectuales de la lejana retaguardia en defensa del pueblo español a través de la representación de sus principales héroes, mitificados para cumplir diversas aspiraciones políticas, sociales y culturales. Para conseguir tal fin, este trabajo se plantea tres objetivos fundamentales. El primero reside en emprender un análisis del paradigma del intelectual y escritor comprometido de Hispanoamérica en los años treinta como antecedente y explicación de su compromiso para con la causa republicana. Asimismo, esta tesis se propone como objetivo la elaboración interdisciplinar del concepto de “hispanoamericanismo popular”, esto es, de la reconfiguración de las relaciones entre España y sus antiguas colonias en el marco de la proclamación de la Segunda República y la posterior resistencia popular al golpe de Estado de julio de 1936, para analizar su influencia en la concepción transatlántica del conflicto y sus héroes. Por último, otro de los objetivos centrales recae en la explicación y desarrollo del arquetipo del héroe popular republicano y la confección de sus principales características y tipologías, emanadas del contexto político de la guerra, de la tradición literaria y política hispánica y de la mitificación de la nueva España republicana y popular. Este objetivo está acompañado por la elaboración de un corpus representativo que refleje las cuestiones políticas, culturales y sociales asociadas a la construcción de cada tipo de héroe.

Por esta razón, resulta imprescindible abordar un estudio pormenorizado de los diferentes contextos políticos y literarios en los que se inscribe la producción literaria y mediática en clave heroica, así como de los circuitos periodísticos hispanoamericanos, el papel de los intelectuales en la batalla mediática del conflicto, la relación entre intelectuales de ambas orillas y, finalmente, la participación de éstos en los debates del campo intelectual hispanoamericano, particularmente la pugna entre el paradigma del arte por el arte y el compromiso político. Además, esta tesis examina la polarización

ideológica, el maniqueísmo y el culto a la personalidad presentes en el proceso de mitificación de los principales héroes populares con el objetivo de problematizar las descripciones hiperbólicas y propagandísticas escritas en el contexto de la guerra. Por otro lado, esta tesis se plantea el estudio de las redes literarias y mediáticas contrahegemónicas de la Hispanoamérica de los años treinta, su relación con los intelectuales españoles y su papel en la batalla mediática del conflicto. En consonancia con tal objetivo, propone un análisis de la influencia de la guerra civil española en los debates políticos y literarios del campo intelectual hispanoamericano, como el antifascismo, la libertad de prensa, la educación, la historia, la cultura o la emancipación de la mujer. Finalmente, también busca profundizar en los vínculos entre España e Hispanoamérica reflejados en la figura del héroe popular y trazar referencias a cuestiones relacionadas con la independencia, el antiimperialismo, los libertadores y el liberalismo decimonónico.

Esta tesis tiene una estrecha vinculación con el proyecto de investigación “El impacto de la Guerra Civil Española en la vida intelectual de Hispanoamérica” (PGC2018-098590-B-I00)¹, en el que se inscribe. Además de hacer buen uso de los provechosos materiales producidos por el equipo de investigadores, contribuye al proyecto con la elaboración de una síntesis de sus principales trabajos en clave heroica y popular, aspecto no investigado en profundidad pese a su significación literaria, política y memorialística. Así, nuestro marco teórico combina los principales activos de las publicaciones del proyecto con nuevas referencias relacionadas con la construcción del héroe popular republicano por parte de los intelectuales hispanoamericanos y sus complejas aristas políticas, periodísticas, sociales y, desde luego, literarias.

Si bien es cierto que existen varios estudios sobre los intelectuales durante la guerra civil española, resulta llamativa la escasez de trabajos específicos sobre el papel de los intelectuales hispanoamericanos en relación con el conflicto hasta la fundación del proyecto, aunque hay notorias excepciones que, asimismo, nutren nuestro marco teórico.

¹ La naturaleza y propósitos del proyecto de investigación están descritos en el apartado “Descripción del proyecto” de nuestra página web (<https://www.ucm.es/impactoguerracivil/descripcion-del-proyecto>), donde también figura el grueso de nuestras publicaciones, desde los libros hasta los artículos, pasando por entrevistas, capítulos y monografías, así como referencias a las instituciones hispanoamericanas que nos han acogido y respaldado durante nuestras estancias de investigación.

Volúmenes como *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura* (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937). *Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices* (2018) de Manuel Aznar Soler², de gran utilidad en este trabajo, ilustran la implicación de intelectuales de todo el mundo, y también Hispanoamérica, en el conflicto español. *Chile, frente de combate de la Guerra Civil española: propaganda republicana y franquista al otro lado del mundo* (2003), de Pablo Sapag Muñoz de la Peña, y la tesis doctoral *La receptividad en la prensa colombiana de la guerra civil española durante los primeros meses del conflicto. Periódico 'El Tiempo'* (2015), de Ciro Eduardo Becerra Rodríguez, merecen ser mencionados por sus aportes en torno a la propaganda y el periodismo desempeñados por los intelectuales hispanoamericanos simpatizantes de la República. También existen estudios acerca del antifascismo del campo intelectual hispanoamericano, como el trabajo de Dennis Arias Mora, *Utopías de quietud. Cuestión autoritaria y violencia, entre las sombras del nazismo y del dilema antifascista (Costa Rica, 1933-1943)* (2011), y “El papel de los artistas en la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE). Representaciones, debates estético-políticos y prácticas de militancia en el antifascismo argentino” (2013), de Magalí Devés, centrados en Costa Rica y Argentina, respectivamente, pero de gran utilidad para su extrapolación al resto de países de la región. Otros autores han trabajado la cuestión intelectual de forma transversal como parte de sus volúmenes acerca del impacto del conflicto en países concretos de Hispanoamérica. Es el caso de *Costa Rica y la guerra civil española* (1997) de Ángel María Ríos Espáriz, *Los argentinos y la guerra civil española* (1986) de Ernesto Goldar, *Puerto Rico en la Guerra Civil española. Prensa y testimonios, 1936-1939* (2009) de Luis

² Hubo tres ediciones anteriores. Entre 1978 y 1979, en la editorial barcelonesa Laia, Manuel Aznar Soler y Luis Mario Schneider publicaron una trilogía de libros sobre el *II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas (1937)*, dentro de la cual Aznar Soler se encargó del segundo tomo (*Pensamiento literario y compromiso antifascista de la inteligencia española republicana*) y ambos editaron el tercero: *Ponencias, documentos, testimonios*. En 1987, la Conselleria de Cultura, Educació i Ciència de la Generalitat Valenciana publicó una nueva edición de estos tres tomos bajo el título *II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937)*; el segundo tomo asumió el subtítulo: *Literatura española y antifascismo*, y el tercero: *Actas, ponencias, documentos y testimonios*. En 2009, Aznar Soler reunió estos dos tomos en su libro *Materiales documentales del Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937)*, publicado en la editorial coruñesa Edición do Castro. A lo largo de la tesis he empleado esta edición de 2009.

A. Ferrao, e incluso del libro de Carlos Zubillaga *Niños de la guerra. Solidaridad uruguaya con la República Española, 1936-1939* (2013), centrado en la cuestión solidaria y humanitaria. Más prolíficos son los trabajos acerca de intelectuales individuales y su relación con el conflicto español. Algunos ejemplos notables son *César Vallejo o Hispanoamérica en la cruz de su razón* (1957), de Juan Larrea y *Neruda y España* (2003) de Julio Barraza, estudios imprescindibles para comprender el alcance del impacto de la guerra en la obra de Vallejo y Neruda, así como “Sobre una montaña de ceniza lejana y popular: Raúl González Tuñón” (2000) de Susana Cella.

Los voluntarios hispanoamericanos en el bando republicano, aunque no hayan recibido la atención que merecen todavía, sí cuentan con algunos estudios que incorporan a los intelectuales que tomaron las armas. *Los voluntarios latinoamericanos en la guerra civil española* (1997) de Gerold Gino Baumann³, libro pionero que ha servido de base para investigaciones posteriores; *Cuba y la defensa de la República Española* (1981) de Ramón Nicolau González; *Milicianos paraguayos en la España republicana y en la lucha contra la ocupación nazi de Francia* (2002) de Víctor M. Martínez y Tomás Vera; el volumen *Voluntarios de Argentina en la Guerra Civil Española* (2008), escrito por el grupo “Historiadores desde abajo” de Mar del Plata; el artículo “Cuando ellos ganaron. El triunfo de los eurocéntricos y el mito de los voluntarios latinoamericanos en la Guerra Civil Española” (2018); *La leyenda roja: los voluntarios cubanos en la Guerra Civil Española* (2011) de Denise Urcelay-Maragnès, *Voluntarios de la libertad. Puertorriqueños en defensa de la República Española 1936-1939* (2015) de José Alejandro Ortiz Carrión y Teresita Torres Rivera y *Papeles de plomo. Los voluntarios uruguayos en la Guerra Civil española* (2017) de Sergio Yanes Torrado, Carlos Marín Suárez y María Cantabrana Carassou. Aunque el presente trabajo no incluya un apartado específico dedicado a los voluntarios hispanoamericanos y su impacto en la literatura, están presentes en casi todos los capítulos ya sea como intelectuales o como milicianos. En ese sentido, el capítulo “‘De pie, como mechas ardiendo’. Brigadistas y voluntarios latinoamericanos” (2021), escrito por Niall Binns y Bethania Guerra de Lemos, además

³ La editorial Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha reeditó el volumen en 2009, cuya versión electrónica está publicada en abierto: <https://www.uclm.es/global/promotores/otros/cedobi/publicaciones-cedobi/cedobi/-/media/4D3C7029E2B54BDB87168888D2213170.ashx>.

de problematizar el número de voluntarios y examinar los diferentes tipos de textos sobre estos héroes, plantea un certero análisis sobre la representación heroica de los voluntarios que suple, en buena medida, la ausencia de un apartado propio en este trabajo.

En cuanto a las publicaciones del proyecto, en nuestro marco teórico destacan los volúmenes escritos por Niall Binns, investigador principal: *La llamada de España: Escritores extranjeros en la Guerra Civil* (2004)⁴, *Voluntarios con gafas: Escritores extranjeros en la guerra civil española* (2009) y, en especial, «*Si España cae –digo, es un decir–*». *Intelectuales de Hispanoamérica ante la República Española en guerra* (2020). Éste es el libro más citado de este trabajo por su investigación sobre aspectos tan dispares del impacto de la guerra en Hispanoamérica como la solidaridad de las intelectuales cubanas, el asesinato de Federico García Lorca y la presencia hispanoamericana en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Sin duda alguna, parte de los materiales más provechosos para nuestra investigación proviene de los doce libros dedicados al impacto del conflicto en países concretos de Hispanoamérica: *Ecuador y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2012), *Uruguay y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2016) y *Panamá y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2022), de Niall Binns; *Perú y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2013), de Olga Muñoz Carrasco; *Chile y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2013), de Matías Barchino y Jesús Cano Reyes; *Cuba y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2015), de Niall Binns, Jesús Cano Reyes y Ana Casado Fernández; *Guatemala y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2018), de Matías Barchino; *Colombia y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2021), de Celia de Aldama Ordóñez; *Puerto Rico y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2022), de Aníbal Salazar Anglada; *México y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2022), de Miguel Ángel Fera y *Costa Rica y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2022), de Carlos González Ruiz. Tuve la fortuna de encargarme de la introducción, el estudio y la edición de este último volumen, gracias a lo cual pude contribuir al valioso legado del proyecto. También son merecedores de mención el libro

⁴ Aunque este volumen sea anterior al proyecto de investigación supuso un punto de partida esencial para las publicaciones posteriores.

de Jesús Cano Reyes, *La imaginación incendiada. Corresponsales hispanoamericanos en la guerra civil española* (2017) y los cuarentaisiete artículos, sesentaicinco capítulos de libro y siete ediciones críticas publicadas por el resto de los compañeros.

En cuanto a los héroes republicanos, no existen estudios específicos que teoricen sobre su representación en la literatura hispanoamericana. Por esta razón, el presente trabajo parte de una bibliografía más general que, junto a las copiosas referencias primarias del corpus, nos ayuda a nutrir nuestro marco teórico para teorizar sobre un fenómeno todavía no analizado a fondo. Con el objetivo de investigar el componente épico del héroe popular republicano, protagonista de la epopeya española a ojos de los prorreplicanos transatlánticos, son referencias cruciales para nuestro marco teórico los siguientes volúmenes: *El héroe de las mil caras: Psicoanálisis del mito* (1993) de Joseph Campbell y *Héroes: Los grandes personajes del imaginario de nuestra literatura* (2008) de Bruce Meyer. En cuanto a la heroicidad en clave hispánica, aspecto fundamental en la mitificación de los héroes populares republicanos, hay una serie de textos que aportan nociones imprescindibles desde la historiografía para comprender este particular fenómeno y articular una conceptualización acorde a la complejidad del héroe popular español y su relación con los mitos nacionales de la nueva España republicana: “El héroe romántico y el mártir de la libertad: los mitos de la revolución en la España del siglo XIX” (2018) de Raquel Sánchez, “La construcción del héroe nacional: los guerrilleros de 1808 en la historiografía republicana” (2008) de Jorge Vilches y, en especial, el artículo “La invención de la guerra de la independencia” (1994) y el volumen *Mater dolorosa. La idea de España en el siglo XIX* (2001) de José Álvarez Junco.

La intrincada relación entre héroes, intelectuales, pueblo y el conflicto español exige una aproximación desde una metodología interdisciplinar. Para empezar, la escasez de estudios específicos sobre el héroe en la guerra civil española a la que aludimos en el párrafo anterior nos obliga a realizar un abordaje desde la historiografía, la ciencia política y la teoría literaria con el objetivo de teorizar sobre un tipo de héroe multifactorial que, además de beber de tradiciones distintas, se ajusta a objetivos propagandísticos de diversa índole en un contexto de guerra. Este fenómeno exige un examen que combine las disciplinas citadas, pues un análisis literario tradicional resultaría insuficiente para comprender el complejo entramado político e histórico transnacional que subyace tras los

discursos en torno a los héroes populares y los objetivos culturales, políticos, religiosos, antiimperialistas o emancipatorios que abanderaban. En sintonía con la teorización sobre el héroe popular, el concepto de “hispanoamericanismo popular” también demanda un examen de las relaciones transatlánticas en clave histórica, política y literaria, de forma que podamos articular una definición de esta efímera comunidad transatlántica y algunas de sus principales características. Esta noción es uno de los aportes más destacados de esta tesis, pues busca reflexionar sobre una cuestión todavía no estudiada en profundidad y que engloba aspectos como la unión de los intelectuales en torno al antifascismo, la defensa de la cultura y el antiimperialismo, reflejados asimismo en las distintas categorías de héroes populares. Nuestra metodología también incorpora herramientas de la literatura comparada, la teoría literaria y el periodismo para desarrollar un análisis sobre el nuevo paradigma del periodismo hispanoamericano de los años treinta, aspecto imprescindible en este trabajo, pues la mayor parte de las referencias primarias que manejamos provienen de la prensa escrita.

Asimismo, la multiplicidad teórica y disciplinar está acompañada de un ingente corpus de referencias primarias de hasta trece países hispanoamericanos obtenidas tanto a través de las ya mencionadas publicaciones de nuestro proyecto de investigación, como a través de la visita a hemerotecas, bibliotecas y archivos en España e Hispanoamérica. A este respecto, instituciones como la Biblioteca Nacional de España, la Biblioteca de la Universidad Complutense de Madrid y la Biblioteca de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID) me han permitido acceder a bibliografía fundamental para la realización de este trabajo desde España. En cuanto a Hispanoamérica, las estancias de investigación realizadas en Argentina y Costa Rica han sido indispensables tanto para el acopio de materiales del corpus de héroes populares como por haberme permitido reunirme con investigadores de referencia. Durante la estancia de cuatro semanas en la Biblioteca Nacional de Costa Rica “Miguel Obregón Lizano” entre el 13 de marzo y el 11 de abril de 2022, enfocada a la escritura del volumen *Costa Rica y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2022), pero de gran utilidad para el presente trabajo, se me abrió las puertas de bibliotecas y hemerotecas como las de la propia Biblioteca Nacional, la Universidad de Costa Rica y la Universidad Nacional de Costa Rica. Por otro lado, a lo largo de la estancia de doce semanas en el

Instituto de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Buenos Aires entre el 1 de marzo y el 1 de junio de 2023 pude recorrer los fondos de la Biblioteca Nacional de la República Argentina, las bibliotecas de la Universidad de Buenos Aires y la Universidad Nacional de La Plata. Asimismo, ambas estancias me posibilitaron conocer a referentes en mis temas de investigación como las argentinas Magalí Devés, Virginia Bonatto y Julia Miranda, autora de *Frenética armonía: Vanguardias poéticas latinoamericanas en la Guerra Civil Española* (2016), además de investigadores costarricenses de la talla de Ruth Cubillo Paniagua, Dennis Arias, Iván Molina y Flora Ovares, entre otros.

En esa línea, una parte esencial de esta tesis doctoral recae en los encuentros con investigadores de nuestro proyecto de investigación. Las reuniones con Niall Binns, investigador principal del proyecto y director de este trabajo, son las más destacables al ser la mayor referencia de los estudios sobre el impacto de la guerra civil española en Hispanoamérica, pero también los encuentros con Laura María Martínez Martínez, quien defendió recientemente su tesis *Excluidas e intrusas: las escritoras en la vanguardia hispanoamericana* (2023), y con Jesús Cano Reyes, autor del ya citado *La imaginación incendiada. Corresponsales hispanoamericanos en la guerra civil española* (2017) y coautor de *Chile y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2013) y *Cuba y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2015). Desde luego, no puedo dejar de señalar el Coloquio Internacional “¡Solo la muerte morirá! Lorca-Unamuno-Machado-Hernández (Intelectuales muertos en la guerra civil y su impacto en la literatura de Hispanoamérica”, celebrado en la Universidad Complutense de Madrid entre el 28 y el 30 de septiembre de 2022 a modo de colofón del proyecto.

Además de la búsqueda de datos en archivos bibliográficos y repositorios online en España e Hispanoamérica y la consulta exhaustiva del ingente corpus de materiales recopilados en el marco del proyecto de investigación, otro de los medios cruciales para este trabajo son los periódicos y revistas hispanoamericanos, y en menor medida españoles, en los que se escribió sobre el conflicto. Es en estas publicaciones donde los miembros del proyecto hemos encontrado la mayor parte de las referencias primarias de nuestros trabajos. Gran parte de los textos de intelectuales de la talla de César Vallejo, Juan Marinello, Demetrio Aguilera-Malta, Magda Portal, Emma Pérez, Emilia Prieto y Blanca Luz Brum, presentes en esta tesis, fueron publicados en los medios de

comunicación de la época como parte de la particular batalla mediática librada en la retaguardia hispanoamericana, una de las cuestiones principales de este trabajo. Periódicos y revistas como *Repertorio Americano* en Costa Rica, *Mediodía* en Cuba, *Claridad* y *Crítica* en Argentina, *Frente Popular* y *España Nueva* en Chile, *El Tiempo* y *Tierra* en Colombia, *El Telégrafo* en Ecuador y *Futuro* en México fueron determinantes en la construcción del héroe popular republicano al facilitar tanto la publicación como la difusión de textos que ensalzaban su figura y dotan de una importancia capital a la cuestión periodística y la opinión pública.

La estructura de esta tesis doctoral está dividida en tres bloques, todo ello con el propósito de contextualizar y desarrollar el proceso de mitificación de los héroes populares republicanos por parte de los intelectuales hispanoamericanos alineados con el bando leal.

El primero tiene como objetivo explicar el apoyo al bando republicano desde la trinchera mediática y literaria hispanoamericana a través de un análisis de la politización de los intelectuales durante la década de 1930, la batalla mediática por la opinión pública, la conformación del frente popular transatlántico y la consolidación del hispanoamericanismo popular, elementos imprescindibles en la conformación de la ola solidaria material e inmaterial con la España en guerra. Con tal propósito, llevaremos a cabo un pormenorizado examen del contexto político, intelectual y literario de gran parte de los países hispanoamericanos para medir el impacto del conflicto en su proceso de politización y el papel de su campo intelectual en el movimiento de ayuda con la República Española.

El segundo bloque, dividido asimismo en dos ejes, plantea una conceptualización del héroe popular republicano emanado del contexto político y literario de la guerra y la tradición literaria y política hispánica e hispanoamericana. En primer lugar, este apartado examina la consagración del pueblo español como sujeto heroico a ojos de los intelectuales hispanoamericanos que, movilizados por el inédito contexto de la proclamación de la Segunda República y la posterior guerra civil, eclosionó en una resignificación sin precedentes de la esencia popular española en la prensa y literatura hispanoamericana, que veía en el pueblo el sustento de la auténtica identidad española. En segundo lugar, el estudio de los mitos nacionales republicanos busca ilustrar cómo los

intelectuales hispanoamericanos representaron a través de la figura de los héroes populares la identidad de la “nueva España” y los renovados lazos entre ambas orillas con el objetivo de promover el apoyo al bando leal.

El tercer bloque consiste en un minucioso estudio de los diferentes héroes populares contruidos por los intelectuales hispanoamericanos como vehículos ideológicos y propagandísticos, cuya representación vertebraba una gran variedad de reclamos con relación a la guerra y a las políticas de sus propios países. El capítulo dedicado a los milicianos republicanos pone el énfasis en la naturaleza popular del conflicto frente a los privilegiados encarnados en el bando sublevado, prestando especial atención a la distinción de género en su proceso de mitificación. La construcción de los héroes del Frente Popular, que engloban a personalidades tan dispares como Dolores Ibárruri, Ángel Ossorio y Gallardo y Buenaventura Durruti, es analizada en clave política y propagandística y pone el énfasis tanto en la legitimidad del gobierno republicano a ojos de los intelectuales hispanoamericanos como en las estrategias propagandísticas en las que se usa su figura. Por último, el capítulo sobre el héroe mártir está consagrado al examen de dos aspectos fundamentales de este trabajo: la batalla cultural hispanoamericana a consecuencia del asesinato de Federico García Lorca a manos de los sublevados y el sufrimiento de las víctimas inocentes del conflicto, los niños, representado desde un prisma más humanitario que político.

1. Antifascismo, cultura y vanguardia. Los intelectuales hispanoamericanos ante la guerra de España

Fue necesario que la agonía fascista penetrara en España para que se comprendiese hasta qué punto aquella cultura occidental era ya apenas una posibilidad y amenazaba convertirse en un recuerdo. Ateridos de emoción ante el espectáculo de un pueblo que a pulso de sí mismo detenía tres ejércitos extranjeros, artistas y escritores, sintiendo la exaltación de quienes se saben pendientes de aquel coraje insobornable, acudieron al mismo escenario en que se ventila una contienda universal por su tamaño histórico. Y en Madrid, en Valencia y Barcelona, celebraron, no un Congreso de literatos sino un Congreso de hombres.

CARLOS RAFAEL RODRÍGUEZ (1937)

La participación de las delegaciones hispanoamericanas en el histórico II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura fue un hito en la literatura hispánica y un fenómeno sin precedentes. En palabras de Niall Binns, el “valor más duradero del Congreso” está estrechamente vinculado a la importancia “que ya tenían o con el paso del tiempo llegarían a tener varios de los delegados hispanoamericanos y a la impronta que ejercería en su formación literaria e ideológica” (Binns 2020, 211). La presencia de hasta dieciséis delegados, entre los que resaltan los nombres de César Vallejo, Pablo Neruda, Octavio Paz y Vicente Huidobro, ejemplifica el profundo cambio de paradigma que atravesó el campo intelectual, cultural y mediático de la Hispanoamérica de los años treinta al calor del conflicto español. Este primer capítulo se propone arrojar nueva luz sobre el proceso de politización de los intelectuales, la centralidad de las publicaciones prorrepúblicas, la extensa red de intelectuales articulados en torno a una suerte de frente popular de la palabra, la drástica reconfiguración de las relaciones entre España e Hispanoamérica y, desde luego, la ingente movilización solidaria gestada al calor del compromiso de los intelectuales y su papel de vanguardia respecto a la sociedad civil organizada. Para ello, comenzaremos el capítulo con un estudio introductorio sobre la presencia hispanoamericana en el II Congreso Internacional de Escritores Antifascistas y la significación del papel de los intelectuales transatlánticos en el apoyo a la República Española en guerra a través del manifiesto grupal “Apelación desde Madrid a los escritores hispanoamericanos” y el “Mensaje a los gobiernos de América”. Estos documentos, que corrieron como la pólvora

por las rotativas hispanoamericanas, serán la base desde la cual examinaremos la magnitud del espíritu frenteamplista de los intelectuales y las publicaciones de Hispanoamérica en el contexto de la guerra civil española para introducir este primer capítulo.

6 de julio de 1937. Los dieciséis delegados hispanoamericanos en el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura⁵, celebrado en plena guerra civil, se reunieron en Madrid, la “capital antifascista” que resistía los embistes y las bombas de las tropas sublevadas desde noviembre del año anterior, para firmar un manifiesto dirigido a los intelectuales de sus respectivos países. Por parte argentina, Raúl González Tuñón, Pablo Rojas Paz y Cayetano Córdova Iturburu dieron la cara en nombre de la AIAPE, la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores, y de los miles de intelectuales rioplatenses que movían cielo y tierra para defender la República desde el Cono Sur. La delegación cubana, la más numerosa de todas, estaba compuesta por Leonardo Fernández Sánchez, fundador del primer Partido Comunista de Cuba y de la Liga Antiimperialista de Cuba, y los reconocidos escritores y periodistas Félix Pita Rodríguez, Alejo Carpentier, Juan Marinello y Nicolás Guillén, quienes acompañaban con su pluma las armas de los alrededor de mil voluntarios venidos de la isla, entre los que resaltaban Pablo de la Torriente Brau, escritor y periodista caído en combate a escasos kilómetros de Madrid, y Policarpo Candón, andaluz de nacimiento y cubano de adopción que perecería en la batalla de Teruel en enero de 1938. El futuro premio Nobel Octavio Paz, el escritor católico miembro del grupo de Los Contemporáneos Carlos Pellicer y el líder comunista José Mancisidor fueron los representantes de México en el Congreso, el único Estado hispanoamericano en brindar su ayuda al bando republicano. Los acompañaba una nutrida delegación de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) de México: los pintores José Chávez Morado y Fernando Gamboa, los escritores

⁵ Manuel Aznar Soler, en su monumental volumen *Materiales Documentales del Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937)* (2009) califica este Congreso como “el acto de propaganda cultural más espectacular organizado por el gobierno de nuestra Segunda República durante la Guerra Civil” (2009, 165). La delegación hispanoamericana fue, a pesar del escaso interés historiográfico y literario que ha despertado, la más numerosa de todas. Véase el capítulo “Una asamblea de Quijotes. El Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (1937)” del libro *«Si España cae –digo, es un decir–». Intelectuales de Hispanoamérica ante la República Española en guerra* (Binns 2020, 203-33)

Juan de la Cabada y María Luisa Vera, Gabriel Lucio como representante de la sección de Pedagogía del Gobierno mexicano, el músico Silvestre Revueltas y la joven escritora Elena Garro, quien para aquel entonces rondaba la veintena y acompañaba a su pareja, Octavio Paz. Sin duda alguna la más polémica de todas fue la vanguardista representación chilena, en la que, además del novelista Alberto Romero, se encontraban dos de los renovadores de la literatura hispanoamericana: Vicente Huidobro y Pablo Neruda, enemistados incluso en su etapa prorrepblicana. Perú y Costa Rica estaban representados por un intelectual cada uno: César Vallejo, quien en los últimos meses de ese año escribiría *España, aparta de mí este cáliz*, uno de los libros hispanoamericanos más conmovedores sobre la guerra civil española, y Vicente Sáenz, el intelectual costarricense que más produjo en defensa de la República antes, durante y después del conflicto (González Ruiz 2022, 454-58). La “Apelación desde Madrid a los escritores hispanoamericanos”, redactada probablemente por Juan Marinello⁶, estaba animada por un fuerte sentido de la responsabilidad política del intelectual en el contexto del auge de los fascismos de los años treinta y la urgencia de la sublevación franquista e invasión italiana y alemana: “Quisiéramos que nuestra voz tuviera la fuerza de la coyuntura histórica que la anima, que esta cordial apelación fuese oída con atención y entusiasmo por todos los que en nuestra América cumplen el oficio de escritor” (Marinello 1937a, 144). Las delegaciones hispanoamericanas, conscientes de la importancia de su presencia en la España en guerra como una suerte de vanguardia de sus respectivas retaguardias transatlánticas, esbozaron una serie de instrucciones para sus compañeros, quienes en su mayoría ya se habían posicionado a favor del bando republicano desde el estallido de la guerra y a quienes animaban a cumplir con sus “labores diarias” como intelectuales hispanoamericanos:

Exaltar los aspectos de la lucha, definir su naturaleza y significado, ofrecer la más fiel y actual información sobre los sucesos militares y políticos, [...] propagar los valores magníficos del pueblo español, divulgar las depredaciones del fascismo, mostrar la trascendencia universal de la tragedia (Marinello 1937a, 144).

⁶ Niall Binns defiende que la autoría recaee, más que probablemente, sobre el autor cubano (2020, 134). Además, cuando fue publicado en *Repertorio Americano* (Marinello 1937a), fue gracias al envío del mismo escritor, lo cual refuerza esta hipótesis.

La apelación fue ampliamente difundida por los medios de comunicación hispanoamericanos afines a la República, conectados por una prodigiosa red intelectual y periodística continental y transatlántica que jugó un papel central durante el conflicto español. En Sudamérica, *SECH. Revista de la Sociedad de Escritores de Chile*, publicación de la organización capitaneada por Manuel Rojas con Alberto Romero como segundo de abordó, la reprodujo en su número de octubre de 1937⁷. Fiel reflejo del frenteamplismo hispanoamericanista, también publicaron un texto del escritor, periodista y diplomático colombiano Baldomero Sanín Cano, una de las figuras intelectuales más determinantes de la época, sobre cómo “la dignidad” y el “sentido trágico del honor” batallaban en España “contra el fascismo italiano, contra el de Hitler y contra la indiferencia de las grandes potencias civilizadas” (1937, 25-26).

Desde el Caribe, la revista *Mediodía*, forjada en las intensas luchas sociales de la Cuba de los años treinta como publicación del entonces ilegalizado Partido Comunista Cubano, compartió el llamamiento de los delegados hispanoamericanos el 11 de octubre de 1937⁸. De acuerdo con el número inaugural de la publicación, su prestigiosa nómina de editores –Nicolás Guillén, Carlos Montenegro, Aurora Villar Buceta y José Antonio Portuondo, además de Juan Marinello a partir del segundo número– estaban “enterados del papel social que todo arte cumple, aunque ese efecto quede sin percibir”, posición muy similar a la expresada por Pinilla en el párrafo anterior. Para la redacción de la revista comunista, el pensamiento debía “inexorablemente estar a contribución de la vida y

⁷ También se hicieron eco del último número de *Hora de España*, la revista española editada en Valencia y a cargo de grandes personalidades de la literatura española como Ramón Gaya, Manuel Altolaguirre y la filósofa y escritora María Zambrano, cuya estancia en Chile durante los primeros meses del conflicto había marcado un antes y un después en la vida intelectual prorrepublicana en el país. En esa línea, otro texto del pedagogo y crítico literario Norberto Pinilla celebraba el advenimiento de la República Española en 1931 por haber resultado en “una magnífica promoción de intelectuales” estrechamente vinculada a las causas populares. Tras celebrar la posición de vanguardia de los intelectuales españoles para con el proyecto republicano, el chileno se lamentaba del “doloroso divorcio” entre pueblo e intelectuales en su propio país y afirmó con rotundidad que “no cumplen con la existencia quienes dibujan en el agua”, haciendo un llamamiento a los intelectuales a dar un paso al frente y movilizarse por las causas sociales y políticas de los convulsos años treinta (1937, 43-44).

⁸ Dos años después, *Mediodía* celebró el aluvión solidario cubano con sus nuevos “hermanos” españoles y animó a sus compatriotas a seguir contribuyendo a la causa republicana: “Si en España la sangre cubana se confunde con la española, en Cuba todos los leales españoles se están confundiendo con el cubano en la comprensión de nuestros problemas y en el deseo común de apoyar a España con toda la magnitud que la victoria exige” (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 466).

participar en las contiendas históricas” de su tiempo (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 464).

La revista costarricense *Repertorio Americano* hizo lo propio y compartió la “Apelación” el 7 de septiembre de 1937⁹, adelantándose al resto de publicaciones. Editada en solitario por Joaquín García Monge, a menudo a costa de su bienestar económico, *Repertorio Americano* fue un baluarte del pensamiento de habla hispana durante sus casi cuarenta años de vida y una de las más influyentes de la primera mitad del siglo XX en Hispanoamérica y España¹⁰. En sus páginas escribía lo más destacado de la inteligencia hispanoamericana y española: Miguel de Unamuno, Gabriela Mistral, Magda Portal, Pablo Neruda, Ildefonso Pereda Valdés, Rafael Alberti... Y no solo eso, sino que contaba con colaboraciones de las revistas y periódicos más influyentes del ámbito hispánico, como *Sur* de Argentina, *El Tiempo* de Colombia, *Hora de España* y *El Mono Azul* desde la República Española, *Acción Comunal* de Panamá, y *España Nueva* y *La Hora* de Chile, alzándose como la mayor referencia del frente popular intelectual y mediático hispanoamericano durante el conflicto español. Las referencias a *SECH. Revista de la Sociedad de Escritores de Chile*, *Mediodía* y *Repertorio Americano* son solo una muestra de la extensa difusión del manifiesto por Hispanoamérica gracias a la copiosa red de publicaciones que actuaban como un solo frente mediático. Las exhortaciones de los firmantes a sus pares hispanoamericanos a “propagar los valores magníficos del pueblo español, divulgar las depredaciones del fascismo” y demás “labores diarias”, ya estaban siendo puestas en práctica por los intelectuales hispanoamericanos desde el inicio del conflicto (Marinello 1937a, 144).

Uno de los ejes propagandísticos que abanderaron estos intelectuales fue la defensa de la cultura. El auge del nazismo y el fascismo, así como de los regímenes

⁹ En este número también figura una carta enviada por Francisco Mora Serrano, secretario de la organización republicana española “Cultura Popular”, cuya máxima era “difundir la cultura a los trabajadores de la ciudad y del campo” pero que, una vez desatado el conflicto, tuvo que centrarse en “los combatientes de la República” y llegó a reunir 166.000 volúmenes en 1.400 bibliotecas de carácter general y 200 de técnica militar (1937, 141)⁹. En la misiva, Mora Serrano pedía al editor costarricense “considerar a Cultura Popular de Madrid, como suscriptor gratuito de su magnífica revista *Repertorio Americano*, muy útil para la causa del pueblo madrileño”, lo que cuenta de la importancia de la publicación en las filas republicanas y en el aparato cultural e intelectual español.

¹⁰ Estudiaremos el papel de la revista costarricense en la consolidación de las redes intelectuales de los años treinta en el apartado 1.3 Redes intelectuales en pie de guerra. El frente popular hispanoamericano.

autoritarios transatlánticos, y la persecución que ejercían sobre intelectuales y políticos de izquierda, como el asesinato de García Lorca en las primeras semanas del conflicto, habían alertado a los intelectuales comprometidos con las causas populares, quienes escribieron ensayos, poemas, artículos y crónicas destinados a retratar a los republicanos como los auténticos baluartes de la cultura y la educación. Si bien en revistas como *Repertorio Americano* era común leer publicaciones apelando a la movilización en favor de la causa de la cultura representada por la República, también hubo hispanoamericanos que viajaron a España para defenderla con las armas. En 1937, el estudiante puertorriqueño Jorge Luis Porras Cruz, que antes de la guerra cursaba un posgrado sobre crítica literaria en la Universidad Central de Madrid –la actual Complutense–, se dirigió desde España en un mensaje radiodifundido a sus compatriotas puertorriqueños, inmersos en la lucha contra el imperialismo norteamericano que había colonizado la isla tras la guerra hispano-estadounidense de 1898. La locución, meses después publicada en la revista *Verdades* bajo el título “Estudiante puertorriqueño ante el micrófono del Frente Popular”, arrancaba resaltando el valor de su testimonio por su calidad de testigo de los sucesos en España: “No me lo han contado. No lo he leído. No lo oí por la radio. Acabo de verlo”. Para Porras Cruz, el bando sublevado y sus aliados fascistas y nazis representaban el mayor enemigo de la cultura y la educación: “No ha habido víctima más sufrida de los enemigos de la República que el maestro de escuela, que ella dignificó”. Según su relato, los franquistas no solo asesinaban a intelectuales y maestros, sino que tampoco respetaban “la Biblioteca Nacional, ni el Museo del Prado, ni el Palacio de Liria, hoy museo también, ni siquiera los hospitales”, sobre los que se habían “cebado las bombas explosivas e incendiarias”. El estudiante celebraba cómo el pueblo español se había levantado “heroico”, en un “impulso gigantesco” para pagar “con sangre su lealtad a la paz, la libertad y la cultura”, y animaba a sus compatriotas a solidarizarse con la causa antifascista de la cultura popular (Salazar Anglada 2022, 647).

Y así lo hicieron, ya fuera desde la isla a través de la Asociación Pro Frente Popular Español, desde Estados Unidos –donde los puertorriqueños prorreplicanos migrantes se organizaron en torno a la agrupación Sociedades Hispanas Confederadas de Ayuda a España y su revista *Frente Hispano*– o incluso desde la propia España, hacia donde zarparon los más de setenta voluntarios puertorriqueños que decidieron luchar con

el fusil. Según Aníbal Salazar Anglada, varios de los voluntarios¹¹ que se alistaron a las filas republicanas eran secesionistas curtidos en el conflicto con Estados Unidos, quienes veían “una clara concomitancia entre la lucha por la independencia de Puerto Rico y la defensa encendida de la República española”, pues concebían que la lucha armada “era el único camino posible que debía tomar el pueblo puertorriqueño para liberar la isla del yugo ‘yanqui’” (Salazar Anglada 2022, 103). Carmelo Delgado, un joven puertorriqueño secesionista y estudiante también de la Universidad Central de Madrid, se unió a las milicias universitarias de la Federación de Universitarios Hispano-Americanos (FUHA). Antes de morir, fusilado por el bando sublevado en 1937, escribió una conmovedora carta a su amigo Carlos Barrera en la que exaltaba la valentía de los milicianos españoles, representados en la figura del campesino, para expresar sus esperanzas de que, algún día, el “jíbaro boricua” llegaría a trocar “sus aperos de labranza por las armas para aplastar tiranos con la misma resolución y el mismo valor con que el pueblo español se ha levantado para aplastar los militares traidores y los políticos prevaricadores”. Sus últimas palabras frente al pelotón de fusilamiento franquista, según afirmó su madre, Flora Delgado, fueron “¡Viva Puerto Rico Libre!” (2022, 352-53).

Enrique Espinoza, nombre de pluma de Samuel Glusberg, intelectual nacido en Rusia y criado en Buenos Aires y posteriormente en Chile, reivindicaba también la “resistencia invencible” de los “heroicos milicianos de mono azul”, indumentaria que era “el traje de los obreros industriales”, esto es, el uniforme obrero por excelencia y máxima expresión de que la guerra civil española era, quizá, la primera guerra popular de la historia (1937, 5). La sangre de los milicianos, según Espinoza, era con la que estaban “escritos los mejores romances de *El Mono Azul*¹², porque el pueblo y la poesía han sido siempre, sobre todo en España, una misma cosa”. El vínculo entre los milicianos, el heroico pueblo español y la cultura, y en especial la poesía de guerra, fue una de las más importantes piezas de la concepción de la guerra civil española como la guerra de la

¹¹ Sobre los voluntarios puertorriqueños en la guerra civil española, véase *Voluntarios de la libertad: puertorriqueños en defensa de la República Española, 1936-1939* (Ortiz-Carrión y Torres-Rivera 2015).

¹² *El Mono Azul* era la publicación de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura. Su primer número data del 27 de agosto de 1936 y contaba con las prestigiosas plumas de los escritores españoles Miguel Hernández, Lorenzo Varela, Antonio Aparicio, Vicente Aleixandre, Rafael Alberti, José Bergamín, María Teresa León, Luis Cernuda, Manuel Altolaguirre, Antonio Machado, Ramón J. Sender y María Zambrano, así como los escritores hispanoamericanos Pablo Neruda y Vicente Huidobro, entre otros.

cultura, particularmente de la popular, esto es, de aquella que brotaba directamente de la savia de los trabajadores y campesinos españoles. El relato “En una trinchera” de Raúl González Tuñón, que fue corresponsal durante el conflicto¹³, relata los pormenores de la Batalla de Madrid, que en muchas ocasiones se libraba dentro de las propias viviendas de los barrios: “Aunque parezca mentira entramos a una trinchera por una cocina y salimos a una antigua tienda y seguimos caminando entre casas agujereadas y medio caídas”. El corresponsal argentino observa, con sorpresa y regocijo, cómo mientras unos soldados “están en sus puestos, ni fatigados ni orgullosos”, otros “escriben cartas, leen periódicos, estudian” en los refugios y se cuestiona si entre los militares del bando sublevado se encontraría alguna vez “un libro de poemas” (2011, 107-8). Cayetano Córdova Iturburu, otro de los delegados argentinos en el congreso, expresó una reflexión similar al ver cómo un miliciano rompía a llorar mientras escribía su primera carta tras haber aprendido a leer en el frente gracias a las campañas de alfabetización republicanas. Para el intelectual rioplatense, imágenes como esta, o las de la protección republicana de los tesoros artísticos nacionales, no hacían más que aseverar que los sublevados estaban “contra la cultura” y representaban “la barbarie y la destrucción”, mientras que del lado leal se encontraban “los defensores de la civilización y de la cultura” (Aznar Soler 2009, 69).

La “Apelación” de los delegados hispanoamericanos no fue, en absoluto, el único documento grupal producido por intelectuales de la lejana retaguardia. El “Mensaje a los gobiernos de América”, escrito y firmado en 1938 por “ciudadanos de todos los países hispánicos de América residentes en París” –entre los que sobresalen los cubanos Alejo Carpentier y Wilfredo Lam, el cuentista mexicano Juan de la Cabada y el muralista y miliciano mexicano David Alfaro Siqueiros–, fue publicado en el boletín *Nuestra España* del Comité Ibero-Americano para la defensa de la República Española de París. Si bien es cierto que para 1938 la guerra ya le era muy favorable al bando sublevado, los intelectuales hispanoamericanos prosiguieron su particular batalla mediática y diplomática con el objetivo de que sus gobiernos no permanecieran “indiferentes al hambre y al dolor de tantas mujeres y de tantos niños; sordos a un generoso llamamiento

¹³ Véase los siguientes textos de Jesús Cano Reyes: “Raúl González Tuñón y la epopeya de la Guerra Civil española” (Cano Reyes 2013, 187-96) y “Fiebre y épica: Raúl González Tuñón, corresponsal de la Guerra Civil Española” (Cano Reyes 2017a, 239-60).

de humanidad y fraternidad” (*Nuestra España* 1938, 7-8). Las razones para tal movilización solidaria, además del evidente peligro del auge del fascismo en Europa que se ceñía ya sobre Hispanoamérica, tenían mucho que ver con los renovados vínculos que habían estrechado puentes entre España y sus antiguas colonias durante la Segunda República y, sobre todo, la guerra civil:

Todos los pueblos hispanoamericanos sienten hoy una fervorosa solidaridad con España. Nunca como en estos momentos tenemos que recordar con más encendido amor nuestros vínculos históricos, la identidad originaria de nuestras nacionalidades y de sus destinos. Así como hace poco más de un siglo, las espadas de nuestros libertadores, de San Martín y de Bolívar, pelearon en los campos españoles por la independencia de España; nuestra mano fraternal tiene que acercarse también ahora al pueblo español (1938, 7-8).

Las referencias a los próceres Bolívar y San Martín no son ni casualidad ni eventos aislados. Tras años de relaciones transatlánticas lastradas por el recuerdo colonial, el advenimiento de la República había dado un giro radical a los vínculos entre ambas orillas, hasta el punto de reconceptualizar la historia para encajar a la nueva España republicana en la gran familia de repúblicas hispanoamericanas. César Vallejo, en un artículo originalmente publicado en *Nuestra España* y reproducido en *Repertorio Americano*, desarrolló esta cuestión en referencia a la contrapartida republicana, esto es, a la España que Franco estaba ideando. El peruano celebraba la vasta solidaridad de los “pueblos iberoamericanos” con el pueblo español, volcados tanto en el apoyo material – envío de víveres, material higiénico o medicinas– como en el inmaterial: “noticias de *meetings*, conferencias, jornadas de masas, formación de comités y campañas de prensa”. Para Vallejo, el apoyo prorrepblicano era tal que “si algún lacayo de Franco” intentara “presentarse en público”, se vería instantáneamente “sumergido por un vigilante y prepotente torbellino de opinión antifascista”, no solo por las simpatías generalizadas hacia el proyecto republicano, sino por el contundente rechazo al proyecto de imperio hispánico que el general sublevado tenía preparado para Hispanoamérica y que trataba de difundir a través del aparato político transatlántico de la naciente dictadura: Falange Exterior¹⁴. Además, Vallejo recogía cómo los pueblos hispanoamericanos, con sus

¹⁴ Falange Exterior era la sección del partido filofascista español, Falange Española, en el extranjero. Durante el conflicto dedicaron copiosos esfuerzos a promover la adhesión de los gobiernos hispanoamericanos y las colonias españolas de sus países a la causa de Francisco Franco. Para más

intelectuales a la cabeza, habían pasado “a la ofensiva contra la campaña de calumnias desencadenadas por los rebeldes contra la república española”, dando cuenta de la ya mencionada batalla mediática de la retaguarda transatlántica a pesar de “la represión policíaca de ciertos gobiernos, vinculados directa o indirectamente al fascismo internacional” y cómo esta movilización había devenido en “un resorte capaz de determinar cambios profundos en la política de esos países y, por ende, en la actitud de sus esferas oficiales frente a la guerra de España” (1937, 123).

La guerra civil española fue el bautismo de fuego de los intelectuales comprometidos de los años treinta¹⁵ y un suceso determinante en el nacimiento de la literatura moderna hispanoamericana. Además, supuso la culminación de un complejo proceso de politización, uno de los objetos de estudio de este apartado, que había bajado a los intelectuales del Olimpo para que se encontraran con las clases populares y sus causas. Las copiosísimas obras producidas al calor de la guerra en la retaguardia transatlántica, la cobertura mediática por parte de cronistas y corresponsales hispanoamericanos cuya condición de testigo privilegiaba su voz, así como el terremoto político, social y literario que el conflicto tuvo en sus países de origen, reflejan el monumental impacto que el conflicto español tuvo en Hispanoamérica. Pese al descomunal trabajo que se ha realizado en las últimas décadas, en especial desde el proyecto de investigación “El impacto de la Guerra Civil Española en la vida intelectual de Hispanoamérica”, del que he tenido el privilegio de formar parte, la contribución hispanoamericana a la defensa de la República española no ha tenido un reconocimiento apropiado ni tampoco ha cuajado en la memoria histórica del conflicto en España y las repúblicas hispanoamericanas. El investigador marplatense Jerónimo Boragina, autor del imprescindible volumen *Voluntarios de Argentina en la Guerra Civil Española* (2008) junto a sus compañeros del grupo “Historia desde Abajo”, Lucas González Gustavo

información, véase “Unidad de destino en lo universal. Falange y la propaganda exterior (1936-1945)” (Moreno Cantano 2006, 107-31).

¹⁵ De acuerdo con investigadora argentina Julia Miranda, la vanguardia hispanoamericana fue profundamente influenciada por el conflicto español, que marcó, en gran medida, el camino de su politización: “La vanguardia artística en esta guerra llevaba adelante varias premisas: el ideario de la disolución de las barreras entre arte- vida, cultura popular-cultura de élite, en el despliegue de un ‘arte al alcance de todos’, porque la aspiración de revolucionar tanto el arte como la sociedad se vio como una posibilidad cierta. Todo esto se establecía en los nuevos imaginarios del poeta actuante” (2016, 247-48).

Dorado y Ernesto Sommaro, articuló una reveladora reflexión al respecto. El historiador argentino, experto en el estudio de los voluntarios latinoamericanos en el conflicto, se lamentó del contraste entre los numerosos trabajos dedicados a los voluntarios europeos o norteamericanos que lucharon en España en detrimento de los latinoamericanos:

Si la causa española fue una causa internacional, ¿por qué un contingente numeroso como el cubano o argentino no es tenido en cuenta al momento de retratar la composición nacional, teniendo en cuenta por otra parte que hablamos de más de un millar [de] cada grupo? Ni que hablar entonces de cientos de mexicanos o brasileños. ¿Por qué, aunque sean minúsculos, sólo se mencionan los contingentes europeos a la hora de numerar y dar cantidades?, ¿por qué se genera esta construcción europea de las Brigadas basándose en sus propias experiencias y concentrando esta relación como patrón de referencia? (2018, 93).

Para ilustrar su pesquisa sobre la escasa presencia de voluntarios hispanoamericanos en las investigaciones sobre el conflicto, el marplatense compartió la anécdota de un colega que asistió a la presentación del libro *Idealistas bajo las balas* (2008) de Paul Preston. Durante el conversatorio posterior, le preguntó por qué no había incluido a ningún latinoamericano entre las numerosas historias que recogía en el volumen, a lo cual el historiador inglés respondió: “si no lo incluí es porque no lo conozco y si no conozco a ningún latinoamericano es porque no fue importante...” (2018, 105). Aunque el fin de este primer apartado no es centrarse en los voluntarios hispanoamericanos, sino en la apasionante labor literaria, mediática y política en clave heroica de los intelectuales transatlánticos, nuestro objetivo es mostrar cómo, más allá de la ignorancia de Preston sobre el tema, el papel de los pueblos y los intelectuales hispanoamericanos en la defensa de la República española y sus héroes populares alcanzó unas dimensiones jamás vistas en las relaciones transatlánticas.

En las próximas páginas estudiaremos la revolución que se gestó en las rotativas de Hispanoamérica, que durante casi tres años de guerra no dejaron de imprimir periódicos, libros, panfletos y carteles para tratar de explicar los detalles del conflicto al pueblo y movilizarlo en la defensa de sus compañeros españoles. También examinaremos el proceso de politización de los intelectuales, entregados en cuerpo y alma a la defensa de una causa que creían justa, tanto para la nueva España con la que se identificaban como para sus propias geografías, amenazadas por el auge del fascismo y plagadas de regímenes dictatoriales o de dudosa calidad democrática. No faltará tampoco una rigurosa

investigación de la unión de pueblo e intelectuales a escala continental, en un alarde de frentepopulismo hispanoamericanista que pudiera hacer frente a la amenaza antidemocrática y, a través de la reivindicación de los grandes héroes populares republicanos, influir en la opinión pública y en sus respectivos gobiernos para poder decantar la balanza de la guerra en favor de la República. Asimismo, abordaremos el renovado hispanoamericanismo que buscaba incorporar a la República Española, aquella nueva España popular que ya no veían con recelo como en el pasado, en su proyecto de comunidad emancipadora e igualitaria; y las más que emotivas muestras de solidaridad que proliferaron, alcanzando magnitudes de epopeya, desde Tierra del Fuego a Ciudad Juárez, y que demuestran que, como reza la frase que se le atribuye a Ernesto “Che” Guevara, “la solidaridad es la ternura de los pueblos”¹⁶. Todos estos ejes tienen como objetivo, recogiendo el testigo de Jerónimo Boragina, reivindicar el legado de estos “juglares de una nueva gesta épica” y rescatar del olvido la conmovedora solidaridad del pueblo y los intelectuales hispanoamericanos con el pueblo español que plantó cara al fascismo, contra todo pronóstico, durante tres años.

1.1 La politización del intelectual. Literatura comprometida contra el arte por el arte

Nos impulsaba un ansia apasionada y vaga de cambiar la vida nacional, de dar al obrero y al campesino y también al escritor y al artista un sitio de dignidad bajo el sol, de crear una atmósfera donde la poesía ocupara una silla dorada en el proscenio. Queríamos imponer escalas de valores en que la inteligencia, el espíritu de sacrificio por la belleza, el pueblo y el país emplazaran al gobierno podrido de los opulentos, espiritualmente exhausto, inculto, mediocre y vacío.

VOLODIA TEITELBOIM (1958)

El descomunal compromiso de los intelectuales hispanoamericanos para con la República española hunde sus raíces en el cambio de paradigma que se fraguó en el campo

¹⁶ De acuerdo con el trabajo del periodista, escritor y diplomático francés Pierre Kalfon, “Los Guevara Lynch eran militantes impulsores de la solidaridad con la República. Su hijo tenía en su habitación un mapa de España donde ponía banderitas republicanas cuando se producía una victoria. Años más tarde, ese niño sería conocido mundialmente como el ‘Che’, utilizando una boina negra, la misma de los campesinos españoles, que adoptaron numerosos miembros de las Brigadas Internacionales” (Kalfon 1998, 40).

literario, editorial y mediático antes y durante los años treinta y que coincidió con la plenitud –e incluso debacle– de las vanguardias. El estallido de la guerra civil española coincidió y dialogó con la polarización de los contextos políticos e intelectuales, en los que los debates en torno a la participación de escritores, artistas y periodistas en las causas sociales estaban en boga ya desde los años veinte. Durante este periodo, la coyuntura social, política y cultural había empujado a los intelectuales a “asumir deberes y tareas inconcebibles en otros tiempos, entre ellos, en el contexto de la guerra civil, la participación junto a asociaciones de activistas y organizaciones sindicales en manifestaciones multitudinarias a favor de la República” (Binns 2020, 47). Hasta esta etapa, los vanguardistas se habían centrado en crear obras que circulaban “en ámbitos restringidos de la cultura, destinadas a un público específico, por lo general, circunscrito al mismo campo literario”. Durante este cambio de paradigma y, especialmente, tras comenzar el conflicto español, los escritores hispanoamericanos cuestionaron “las autoimágenes de los intelectuales de la alta cultura”, pues estas ya no eran “eficaces en función del nuevo rol del intelectual” (Miranda 2016, 174). En efecto, eran tiempos en los que los intelectuales tuvieron que acercarse a las masas populares y abrazar el compromiso con sus causas, lo cual se recrudeció cuando se vieron “en medio de la reacción popular frente al avance del fascismo español” (Binns 2020, 305). Fue entonces cuando se intensificaron “las presiones” sobre estos intelectuales, quienes tuvieron que “tomar partido y ejercer su responsabilidad social” (Binns 2020, 368).

Como ocurrió en el campo intelectual hispanoamericano durante la guerra civil española, alcanzar la categoría de intelectual no tenía la exclusividad de antaño. Cualquier persona, independientemente de su profesión o clase social, podía alzarse como representante o vocero de una causa como la guerra civil española. Este fenómeno es particularmente acusado en nuestro trabajo, en el que contamos con numerosos ejemplos, como el de Elvira Medina, militante de los “círculos periféricos del comunismo colombiano” que escribió sobre las milicianas españolas (Aldama Ordóñez 2021, 396); o del cubano Juan del Regato, estudiante de oncología durante los años treinta que disertó acerca de las consecuencias médicas del conflicto (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 636). Pueblo e intelectuales, inspirados por la guerra que la República libraba contra el auge del fascismo, se unieron hasta el punto de borrar o, al menos,

distorsionar las barreras entre uno y otro con el propósito último de fraguar una nueva cultura en clave emancipadora. Así, hicieron propios los objetivos de la política cultural republicana, al otro lado del Atlántico, entre los cuales destacaba, en palabras de Aznar Soler, “combatir el analfabetismo popular, es decir, la alienación a la que el pueblo había sido condenado durante siglos por el señoritismo cultural de la clase dominante española” (Aznar Soler 2009, 180). El papel del intelectual en la consecución de esta “nueva cultura” iba más allá, según el argentino Ernesto Giudici, de aplicar un barniz “antifascista” a su obra. Su concepción de una expresión “fecunda” para la ciencia y el arte tenía que ver, en consonancia con los poetas ecuatorianos, con “hacer ciencia y arte en contacto con la realidad social y la vida”. Para Giudici, los intelectuales eran meros “intérpretes de las masas populares en la verdad y en el sentimiento”, su máxima obligación no era otra que “SER ARTISTA” y, sobre todo, “demostrarlo” (1936, 8-9).

En este apartado ilustraremos cómo los intelectuales hispanoamericanos, parafraseando a Giudici, cumplieron su obligación como artistas. Para ello, examinaremos la influencia del conflicto español en los campos intelectuales de Hispanoamérica a través del estudio de su proceso de politización y su vinculación con la defensa de la República Española. La estructura del capítulo está dividida por países, en cada uno de los cuales analizaremos cómo la guerra española afectó a los debates sobre el arte y el compromiso. Para empezar, analizaremos el cambio de paradigma de los intelectuales chilenos de los años treinta en el marco de la poesía nueva y la conformación del Frente Popular local. A continuación, estudiaremos el papel de sus homólogos uruguayos durante de la dictadura de Gabriel Terra para, después, irnos a Ecuador para examinar el impacto del conflicto español en el proceso de politización de la vanguardia local. En cuarto lugar, trabajaremos las dificultades que tuvieron los intelectuales peruanos para mostrar su compromiso durante la dictadura de Benavides. Finalmente, cerraremos este apartado con un estudio sobre la influencia del conflicto español en la conformación de la generación del 40 en Costa Rica y el papel de los intelectuales argentinos durante la década infame.

1.1.1 De la poesía nueva al Frente Popular. El cambio de paradigma de la literatura chilena

El chileno Eduardo Anguita, editor junto a Volodia Teitelboim de la *Antología de poesía chilena nueva* (1935)¹⁷, rememoraba en los años setenta la gestación de la Generación del 38, aquella nacida en el contexto de la victoria del Frente Popular chileno y cómo “la Guerra Civil de España” había sido su “primer aguijonazo” generacional: “Todos, escritores y artistas, mayores que nosotros o los de nuestra edad, nos alineamos junto a la España republicana. Su tragedia fue, sin duda, una semilla que fructificó en la lucha de otros pueblos” (1973, 19). Destacaba también el punto de inflexión que la guerra marcó en las dos figuras más importantes de la antología de 1935: “Neruda ingresó con todo su torrente lírico, su voz se extendió a lo épico en la obra *España en el corazón*, y nuestro viejo amigo Huidobro también participó en la conmoción”. Vicente Huidobro, cuyo proceso de politización se remontaba a los años veinte, también se radicalizó durante los años de guerra en España, particularmente en torno a la cuestión popular. La concepción de la escritura y la literatura para el escritor vanguardista pasó a ser la de una herramienta de liberación de los pueblos y de comunión entre el pueblo trabajador y los intelectuales, cuya máxima expresión se encontraba en la España republicana:

Nosotros los escritores de nuestra lengua nos sentimos unidos al pueblo español, sabemos que nuestro destino es su destino. Nunca ha existido mayor unión entre el pueblo y sus poetas que hoy en medio de la lucha común. Compañeros de América, el pueblo español lucha no solo por él, lucha también por vosotros, lucha por el ser humano, por la dignidad del hombre que el fascismo quiere volver a la condición de esclavo y mantenerlo fijo en ella, clavado en medio de la marcha de la Historia como si esto fuera posible (Barchino y Cano Reyes 2013, 334)

El caso de Neruda es paradigmático. Su poema “Explico algunas cosas”, de su libro *España en el corazón. Himno a las Glorias del Pueblo en la Guerra*, que fue publicado en Santiago de Chile en octubre de 1937 y reimpresso en España¹⁸, muestra las

¹⁷ Algunas de las firmas de la antología son las de Pablo de Rokha, Rosamel del Valle, Pablo Neruda y los propios antologadores Eduardo Anguita y Volodia Teitelboim.

¹⁸ La primera edición española data de noviembre de 1938 y fue impresa por el Comisariado del Ejército del Este en el Monasterio de Montserrat en plena guerra.

razones tras del viraje político en la lírica del chileno, compartidas por el grueso de poetas prorrepblicanos hispanoamericanos:

Preguntaréis: ¿Y dónde están las lilas?
¿Y la metafísica cubierta de amapolas?
Y la lluvia que a menudo golpeaba
sus palabras llenándolas
de agujeros y pájaros?
[...]
Venid a ver la sangre por las calles,
venid a ver
la sangre por las calles,
venid a ver la sangre
por las calles! (Barchino y Cano Reyes 2013, 466)

La revista *Unidad* de la AIAPE de Argentina publicó una elogiosa reseña de la obra del chileno que arrancaba con una frase definitoria del momento histórico que la lírica estaba atravesando: “Solo el poeta puede decir ahora la verdad”. Esta certeza era compartida, según la agrupación antifascista, por poetas como Alberti, González Tuñón y “todos los poetas del puño levantado”, esto es, los que habían puesto su pluma al servicio del pueblo y el antifascismo. Para los miembros de la AIAPE la poesía tenía una sola misión y la responsabilidad histórica les obligaba a estar a la altura de las circunstancias: “Sólo en el verso pueden ahora tomar una forma y hacerse comprensible el caos y el espanto. Sólo el poeta puede llegar al corazón fatigado de los pueblos. Y solo él, solo él, tiene fuerzas todavía para alzar un canto de esperanza” (C. Luisi 1938b, 11).

Otra antología en la que estuvieron presentes tanto Neruda como Huidobro, publicada, a diferencia de la de anterior, ya durante la guerra, fue *Madre España. Homenaje de los poetas chilenos* (1937). Dedicada a Federico García Lorca, reunió a la flor y nata de la poesía chilena, en esta ocasión con poemas únicamente dedicados a exaltar los valores de la República Española: Braulio Arenas, Juvencio Valle, Carlos de Rokha, Enrique Gómez Correa, Blanca Luz Brum, Winétt de Rokha y los ya mencionados Volodia Teitelboim y Eduardo Anguita. Gerardo Seguel reivindicó en el prólogo la actitud de sus pares españoles, Ortega y Gasset, Gregorio Marañón, Antonio Machado,

Menéndez Pidal y Jacinto Benavente¹⁹, quienes se habían alineado junto al bando republicano dejando de lado “la cómoda butaca de la ambigüedad abstencionista” para así reforzar, “con su presencia, las trincheras de la democracia y forjando, en el seno de la más áspera guerra civil, el frente de la cultura popular” (Anguita 1937, 3). Y así lo hicieron a lo largo del conflicto, ya fuera a través de ensayos para explicar la naturaleza de la guerra, poemas para reivindicar la heroicidad del pueblo español o campañas solidarias para auxiliar a sus compañeros españoles. Desde luego, la implicación de los intelectuales chilenos en la defensa de la República fue un elemento esencial para su politización durante los años treinta. De acuerdo con las memorias del exiliado peruano Luis Alberto Sánchez, el impacto del conflicto español trastocó por completo la vida intelectual y política del país:

No creo que ninguna ciudad, incluyendo a Buenos Aires y La Habana, donde habían [sic] gruesos sectores hispánicos, se conmoviera tanto como Santiago. Al comienzo reinó la perplejidad. En dos semanas, como si invisibles y ubicuas teas atizaran aquel tremendo incendio, la sociedad chilena, especialmente los grupos intelectuales, se dividieron en dos bandos irreconciliables [...]. Santiago se convirtió en un vasto y tenso observatorio. Los mapas de guerra, las consignas de los partidos, las canciones de combate de España se trasladaban a Chile. En menos de seis meses, la guerra ideológica había sustituido a la influencia política y literaria (L. A. Sánchez 2004, 128).

1.1.2 El papel de los escritores y la literatura en el Uruguay de Gabriel Terra

El poeta y crítico uruguayo Alejandro Loureiro celebró el compromiso político que buena parte de los poetas antologados por Gerardo Diego en *Poesía española. Antología 1915-1931* (1932) había adquirido durante los años treinta. Loureiro se deshizo en halagos hacia el republicanismo de Juan Ramón Jiménez, Manuel Altolaguirre, Emilio Prados, Rafael Alberti y Federico García Lorca. En sus obras veía el cambio necesario de la poesía hispánica: “Los cisnes y las princesas de Darío se mudaron, en ese clima de sueño que es la poesía, hasta ser la frente oscura que piensa y sufre en el centro del destino

¹⁹ No todos se mantuvieron fieles a la república. Gregorio Marañón, Ramón Menéndez Pidal y José Ortega y Gasset, a pesar de su temprano apoyo a la República, cambiaron de parecer más adelante. Sobre el caso de Marañón, véase el artículo de Niall Binns “¿El «sabio» o el «traidor»? Gregorio Marañón entre los intelectuales del Cono Sur (1937)” (Binns 2020, 319-63).

colectivo”. Para el uruguayo, la poesía se encontraba en una “encrucijada” que solo podía ser salvada “por un estiramiento vital más allá de sus límites”, es decir, fundiéndose con las causas populares y poniéndose a la vanguardia de la revolución social. Como ejemplo, citó a Antonio Machado, uno de sus principales referentes, y su particular visión del futuro de la poesía: “Pero amo mucho más la edad que se avecina y a los poetas que han de surgir, cuando una tarea común apasione las almas” (Loureiro 1937, 16). Esta frase, quizá no tan relevante en apariencia, tenía connotaciones políticas muy particulares en el Uruguay de los años treinta.

La coyuntura política del país rioplatense durante la guerra civil española, al igual que muchos otros países hispanoamericanos, era radicalmente diferente a la de Chile. Mientras que en el país austral se conformaba el Frente Popular, a imagen y semejanza del francés y el español, y que ganaría las elecciones de 1938 con Aguirre Cerda a la cabeza, casi la totalidad de los Estados hispanoamericanos, con las honrosas excepciones de México y Colombia, estaban dirigidos por dictaduras derechistas o gobiernos de dudosa calidad democrática que habían puesto a los intelectuales contra las cuerdas. En Uruguay, Gabriel Terra, admirador de la doctrina de Benito Mussolini, había ganado las elecciones de 1930 para, tres años después, disolver el Consejo Nacional de Administración y las Cámaras Legislativas, lo que era a todas luces un golpe de Estado. La dictadura, consciente de la existencia de una oposición capitaneada no solo por políticos de primer nivel²⁰, sino también por intelectuales comprometidos políticamente, “procuró anticiparse mediante la censura, el encarcelamiento y el exilio” a todo aquel que se atreviera a plantar cara al régimen (Binns 2016, 24).

En 1935, una alianza entre miembros progresistas del Partido Colorado y el Partido Blanco trató de derrocar a Terra en la Revolución de Enero que, pese a su fracaso, logró movilizar a la población y a los intelectuales. Luisa Luisi, una de las más relevantes intelectuales uruguayas de la época, escribió una esperanzadora reseña sobre *La Revolución de Enero*, libro de Justino Zavala Muniz (Binns 2016, 476). Para la activista prorrepública –fue secretaria del Comité para la Defensa de los Derechos del Hombre

²⁰ El asesinato de Julio César Grauert, líder de la agrupación opositora batllista Avanzar, fue un aviso fatal para todo aquel que se atreviera a alzarse frente al dictador, quien sería uno de los primeros en reconocer, de facto, al gobierno de Francisco Franco en diciembre de 1937 (Zubillaga 2013, 15).

y del Comité Ejecutivo del Socorro Rojo del Uruguay—, el mérito del autor y su obra no residía tanto en su calidad literaria sino en su significación política y social: “La lección de valor, de sacrificio, de desinterés [...] ha readquirido su significado propio de palpitación humana en el cuerpo social que creímos convertido ya en cadáver, y que nos demuestra, por el contrario, que el enfermo no ha perdido todavía todas sus totales energías” (1936, 5-7). La literatura y, sobre todo, la acción de los intelectuales eran un faro de esperanza para el “adormecido y envenenado de discursos” pueblo uruguayo, que al fin parecía listo para enfrentarse a la tiranía. Bajo estas circunstancias, no resulta extraño que la resistencia republicana en España ante el golpe de Estado apoyado por la Alemania nazi y la Italia fascista se alzara como un referente para la intelectualidad y el pueblo de Uruguay, quienes no dudaron en posicionarse ante el conflicto pese a la política profranquista de la dictadura.

Defender el proyecto republicano español equivalía a defender la democracia en suelo propio, y los intelectuales eran conscientes de su poder de movilización popular. Alberto Etchepare, corresponsal del diario *Uruguay* (aunque, a su regreso de España, el periódico había sido clausurado) y autor de *Don Quijote fusilado (Notas de la guerra de España)* (1940)²¹, uno de los libros sobre el conflicto más destacados del Río de la Plata, expresó su deseo de que la labor intelectual pudiera realmente ser de ayuda “al más heroico y al más sacrificado de los pueblos”: “Ojalá nuestra pluma tenga la virtud de hacer sentir la misma trágica emoción que nosotros sentimos. Para que nadie dude más. Para que nadie más se muestre indiferente al dolor de España” (Binns 2016, 58). Desde luego, los intelectuales uruguayos hicieron todo lo posible por hacer que nadie se sintiera “indiferente” al dolor de los republicanos españoles. Una de las iniciativas que idearon para tal efecto fue la publicación del manifiesto “Con España democrática en esta hora de prueba” a manos del comité directivo de la AIAPE, sección uruguaya de la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores. Firmado por decenas de intelectuales de los más diversos oficios —pintores, escritores, médicos, abogados músicos, periodistas

²¹ Emilio Frugoni, poeta y dirigente histórico del socialismo uruguayo, se deshizo en halagos sobre Etchepare en el prólogo, donde afirmó que “la guerra de España” se había llevado “un ‘atorrante’” y les había devuelto “un gran periodista”, prueba de la función formativa que el conflicto tuvo sobre los periodistas hispanoamericanos que se pudieron “curtir” durante su estancia en España (Etchepare 1940, 8-9).

y profesores, entre otros–, el manifiesto afirmaba que la victoria de los republicanos españoles aseguraría “las libertades y las tradiciones de las culturas en Europa y las Américas”, por lo que los “hombres libres, de estas tierras que aspiran a ser libres”, estaban destinadas a unir sus destinos con los de España (Binns 2016, 729). Los intelectuales uruguayos habían tomado partido y, durante los próximos tres años de guerra, pondrían su pluma al servicio de la causa republicana, que también era la causa uruguaya.

1.1.3 A la vanguardia de las causas populares. Ecuador y el conflicto español

En la otra punta de Sudamérica, había un país con una situación con muchos puntos en común con la de Uruguay. En Ecuador, la participación de los intelectuales en la vida política venía fraguándose desde los años veinte, cuando el Partido Socialista los había atraído a sus filas desde su fundación en 1926 hasta que, en 1931, a partir de una escisión de un sector más radical, se formó el Partido Comunista Ecuatoriano, con un notable papel de intelectuales como Joaquín Gallegos Lara (Binns 2012b, 28). Durante esos años comenzó a gestarse un nuevo tipo de intelectual militante que, inspirado en los movimientos de la reforma universitaria, acompañaría las causas sociales y políticas del país. En los años treinta, la política ecuatoriana padeció unas turbulencias que empeorarían con una sucesión de golpes de Estado –primero Federico Páez y luego el progresista Alberto Enríquez Gallo²²– quienes gobernarían el país durante los años de la guerra civil española (Quevedo Terán 2006, 259). Al igual que Gabriel Terra, el gobierno de Federico Páez no dudó en aplicar una severa censura y represión, en este caso a través de una Ley de Seguridad Social cuya finalidad fue “recortar las libertades, [...] clausurar la Universidad Central de Quito (hasta febrero de 1937), [...] prohibir cualquier publicación o manifestación que pudiese perturbar el ‘orden’ (por ejemplo: muestras de

²² El 26 de septiembre de 1935 Federico Páez fue consagrado como “Jefe Supremo” del Ecuador, lo que le convertía, de facto, en un dictador. Páez presidió el país hasta el golpe de Estado orquestado por su ministro de Defensa, el general Alberto Enríquez Gallo, ya durante la guerra civil española, en octubre de 1937. En ese sentido, sus dictaduras son vistas como “un interludio, una etapa de transición entre la primera presidencia de Velasco Ibarra (1934-35) y el desafortunado gobierno de Carlos Alberto Arroyo del Río (1940-44)” (Binns 2012b, 33).

apoyo a la República Española)” y, desde luego, “imponer un férreo control a la prensa” (Binns 2012b, 35). De la noche a la mañana, Ecuador se había convertido en un auténtico Estado policial en el que la labor de los intelectuales, que ya había virado a la izquierda durante los años veinte, requería de un compromiso aún mayor y del definitivo abandono de un arte puramente estético para abordar los problemas políticos que asolaban el país.

Este cambio de paradigma, propiciado por los sucesos políticos y sociales de los años veinte –la revolución rusa y mexicana, la matanza de obreros en Guayaquil en 1922 y la influencia de Mariátegui– culminó con la creación a comienzos de los años treinta del Grupo de Guayaquil, compuesto por algunas de las firmas más relevantes de las letras ecuatorianas, como Joaquín Gallegos Lara, Enrique Gil Gilbert o Demetrio Aguilera Malta, cuyo proceso de politización se vería, en los años venideros, profundamente influenciado por la guerra española (Febres Cordero 1989, 100).

El investigador Humberto E. Robles problematiza las tensiones del campo intelectual y literario ecuatoriano durante los años previos al conflicto en su artículo “La noción de vanguardia en el Ecuador: Recepción y trayectoria (1918-1934)” a través de las discusiones que se dieron en las revistas de la época, donde escribía la incipiente nueva intelectualidad ecuatoriana, como la *Revista Universitaria* y *Hontanar* de Loja y *América, élan* y *Nervio* de Quito (1989, 243). Como mencionábamos hace unas líneas, la emergencia política y social de la coyuntura ecuatoriana de los años veinte y treinta avivó un fuerte debate en torno a la dirección que debía tomar la vanguardia. Para los intelectuales más comprometidos con las causas populares, la vanguardia de corte más estético había sufrido un “desgaste” pues, ante el auge de los fascismos y las problemáticas políticas del país, el término “vanguardia” debía desplazarse “hacia una noción de vanguardia” más identificada con los “derroteros de preocupación social” (1989, 247). En esta línea, G. Humberto Mata, en su reflexión titulada “Definición de la palabra Vanguardia”, describía este concepto como un “nuevo espíritu en estado naciente” cuyos derroteros apuntaban “hacia la redención de la humanidad” (1932, 506). Benjamín Carrión, en su entusiasta descripción de la obra del poeta, definía la nueva voz vanguardista encarnada en Mata como portadora de “una sensibilidad generosa, enrabada contra la injusticia” que privilegiaba “su mandato de grito” sin dejar de lado su “mandato de belleza” (1937, 93). No es de extrañar, por tanto, que en los años de la guerra española

Humberto Mata se alzó como uno de los más prolíficos intelectuales prorrepúblicanos en su país con poemas como “Juzga, España miliciana”, “Madres de España” o “Romance de la estrella roja”, que dan buena cuenta de que su concepción de la vanguardia no era papel mojado y que su producción poética estaba encaminada, al igual que la de sus compañeros de generación, a plantarle cara al fascismo. Estos tres poemas, publicados en *Repertorio Americano* de Costa Rica, *Facetas de Actualidad Española* de Cuba y *El Telégrafo* de Ecuador, respectivamente, revelan un profundo compromiso para con la República española, cuya herida se había “tornado en sangradura” y ante la cual juraba lealtad pese a estar “atrapado” en la lejana retaguardia hispanoamericana: El chorro de tu sangre desemboca en mi aorta / y soy tuyo: / indio tuyo, blanco tuyo, / miliciano prisionero en la línea ecuatorial del mundo” (1937a, 174-75).

Entre las numerosas razones por las que el poeta se sintió tan apelado por los sucesos en la Península se encuentra la cuestión antifascista. En un artículo publicado en *Repertorio Americano*, Humberto Mata denunciaba cómo el golpe de Estado y posterior conflicto en España se asemejaba peligrosamente a las ya mencionadas dinámicas dictatoriales y autoritarias que asolaban el continente americano: “los gobernantes de América se han contagiado de la misión ‘civilizadora’ de aquellos sombríos chacales que invaden nuestra España” (1938, 319-20). Gabriel Terra en Uruguay, Getúlio Vargas en Brasil y Federico Páez en su propio país respondían “todos, tácitamente, a consignas oscuras del fascismo entronizado en nuestra España leal”. Frente a una coyuntura muy desfavorable para el pueblo y los intelectuales hispanoamericanos, la guerra civil española era una oportunidad histórica para alzarse frente a los dictadores que asolaban el continente, pues unos y otros eran más de lo mismo. Humberto Mata destacaba cómo “todos los hombres de cerebro consciente” se habían organizado para condenar “la infamia de los generales traicioneros”, no solo por la alerta antifascista pregonada a viva voz por él y sus compañeros, sino por los estrechos vínculos que todos ellos sentían hacia España y la certeza de que cualquier obra comprometida con la República excedía los límites de la literatura para ser parte de algo mucho más grande y poderoso: “¿Qué no se ha escrito sobre España! [...] Sentimos que todo lo que se ha escrito sobre España es nuestro, porque la comunidad de causa, de afectos y sentimientos nos obliga a considerar

la labor personal como colectiva. El sentimiento es el mismo, no importa qué compañero lo exteriorice”.

El antes mencionado Benjamín Carrión, en el prólogo a la antología *Nuestra España*, compuesta por dieciocho grandes poetas ecuatorianos entre los que figuraban Jorge Carrera Andrade, Abel Romeo Castillo y el propio Humberto Mata, certificaba la eclosión del proceso de politización de la vanguardia ecuatoriana²³ al calor de la guerra en España:

Todos los intelectuales de valor, los que, en realidad, algo han hecho por la cultura, sin excepción válida, sin transfugio penoso, se han puesto, sin vacilaciones, junto a la causa de la república española [...]. Y si alguno ha sentido la tentación de huir, de ser neutral, o, peor aún, de traicionar, ha temido a la sanción suprema que impone la cultura a sus tránsfugas: la muerte espiritual (Carrión 1938, VIII).

1.1.4 Compromiso pese a la represión. Los intelectuales peruanos, entre la dictadura de Benavides y el exilio

La dictadura de Óscar R. Benavides (1933-1939) atravesó tanto la libre actividad de los intelectuales progresistas como la recepción del conflicto español en tierras peruanas. La persecución de los intelectuales, particularmente del APRA (Alianza Popular Revolucionaria Americana), la censura –con especial énfasis en el caso de la guerra española– y la violencia política y social impidieron que los sucesos al otro lado del Atlántico permearan en la sociedad peruana, pues los intelectuales comprometidos con las causas sociales estaban más preocupados por cuestiones de índole nacional que extranjera (Davies 1982, 228-31). El monumental volumen *Perú y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* de Olga Muñoz Carrasco, que ilustra este curioso fenómeno, da una de las claves de la escasa participación prorrepblicana en el Perú:

²³ Un ejemplo revelador de este profundo cambio de paradigma lo da la poeta Aurora Estrada y Ayala, quien dejó de lado su poesía de raigambre modernista para embarcarse en la poesía social de los años treinta ante la imposibilidad de permanecer inmóvil frente al martirio del pueblo español: “Mas, después de este huracán que asola vuestras vidas; / después de vuestra noche rasgada de metralla; / encendida de bombas / y acibillada de heridas, / sería vergüenza que no siguiéramos sus pasos / con los ojos llameantes y los puños en alto! (1938, 21-25).

No puede olvidarse que la Junta Electoral había desestimado la candidatura del APRA en 1936 con el argumento de que la Constitución peruana prohibía la concurrencia a las elecciones de partidos internacionales. Cualquier apoyo explícito al conflicto español, cualquier paralelismo establecido entre ambos países, podía ser aprovechado en suelo peruano por sus enemigos políticos para enfatizar su presunta conexión con unas redes comunistas soviéticas que, según recogía la prensa limeña con insistencia, eran precisamente las que dominaban la política de la República en España (2013, 46).

A pesar de la asimétrica batalla mediática que se libró en el Perú, en la que las fuerzas profranquistas eran indudablemente mayores –apenas existían medios de comunicación afines a la República–, la oposición peruana, representada principalmente por el APRA, trató de mostrar su apoyo a la República en la medida de lo posible y en sus propios términos. Así lo atestigua un artículo sin firma en *La Tribuna*, periódico clandestino de la organización:

Nosotros, teniendo en cuenta la distancia entre la realidad europea y la indoamericana, hacemos voto por el triunfo de la democracia en España y dejamos constancia de que el Civilismo decadente y huérfano de ideas quisiera hundir al Perú en idénticas luchas. Pero las cosas en España y en el Perú son diferentes. Aquí, una casta minoritaria y en descomposición se aferra al poder contra la Patria Peruana que defiende el Aprismo, fuerza organizada y disciplinada que nada tiene que ver con el comunismo o con el fascismo europeos (Muñoz Carrasco 2013, 45).

Perú, al igual que el resto de Hispanoamérica, también fue sensible a la emergencia del nuevo paradigma del escritor comprometido, cuyo proceso de politización se vio atravesado por el conflicto español. Magda Portal²⁴, poeta vanguardista y militante aprista, era ya en 1928 consciente de la revolución que se estaba gestando en las letras peruanas:

Esta generación es un puente para la otra, la inmediata, aquella que empieza a ver detrás de la locura de la multitud, del triunfo de la máquina i la poderosa influencia de las fuerzas mecánicas, la tragedia del hombre miserable, la absorción feroz de sus energías. Nueva emoción que traduce el poeta desde su distancia, como el contraluz del paisaje anterior. I síntoma primero del despertar de una nueva conciencia, comprensiva del espíritu de los más, donde habrá de incluirse a los que nunca tuvieron cabida. El poeta –ya hemos dicho, clase social aparte i en cuyos márgenes caben todas las posibilidades– nos traduce, a

²⁴ Laura María Martínez Martínez afirma, en su tesis doctoral sobre las mujeres de la vanguardia hispanoamericana, que, aunque Magda Portal fue “menospreciada” en el campo intelectual peruano e hispanoamericano “por no ostentar una apariencia masculina de revolucionaria”, fue capaz de consagrarse y “ocupar un lugar central en la vanguardia peruana y en el escenario político de los años veinte y treinta” (2023a, 385).

través de su propia sensibilidad, esta nueva emoción donde ya es posible encontrar signos rebeldes como una señal de los tiempos (Portal 1928, 11-12).

De acuerdo con Laura María Martínez Martínez, Portal abogaba por el “abandono de la poesía basada en experiencias individuales, para alzar una poesía de la colectividad” (2023a, 173). Consciente de los retos políticos y sociales de su tiempo, creía que la nueva poesía tenía que “fundirse con la problemática social y contener los problemas humanos” y era consciente de que “los poetas cada vez estaban más cerca de la estética humana que predicaba”. Teniendo esto en consideración, parece consecuente que, una vez desatado el conflicto en España, Portal se posicionara sin fisuras del lado republicano, llegando a escribir uno de los textos más potentes y significantes sobre la guerra, “España nuestra” que, eso sí, tuvo que ser publicado en *Repertorio Americano* de Costa Rica en lugar de en el Perú:

te amo España por tu admirable reacción de vida ante la podredumbre de tus castas despóticas; por tu pueblo rebelde y heroico, que riega de sangre la tierra endurecida por siglos de indolencia y de canallería; por tus milicianos, que marchan a la muerte y a la victoria –alegres– como a su primera fiesta; por tus poetas mártires y por tus artistas proletarios (1938, 253).

A diferencia de Magda Portal, otros escritores e intelectuales de renombre vinculados al APRA no se posicionaron de forma tan contundente. Manuel Seoane, Ciro Alegría y Luis Alberto Sánchez, todos ellos exiliados fuera del Perú, “denegaron la invitación para participar en el Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, en Valencia, alegando al parecer que sus deberes con Indoamérica no les autorizaban a distraerse con problemas extranjeros”, por lo que dejaron a César Vallejo solo en la representación peruana (Muñoz Carrasco 2013, 46). Además de la censura y persecución de la dictadura, temían ser asociados con el “violento anticlericalismo” que copaba los diarios peruanos porque el APRA, “lejos de ver en la religión un obstáculo para la consecución de sus objetivos”, había pasado a utilizarla para ganarse la simpatía de las masas populares, mayoritariamente creyentes (Davies 1982, 229). A pesar de esta delicada situación, veintitrés intelectuales peruanos, entre los que figuraban Sánchez²⁵,

²⁵ Muñoz Carrasco aporta más información sobre la actitud de Luis Alberto Sánchez con respecto a la guerra civil española: “la posición aprista con respecto a España seguía siendo delicada, por más que se

Seoane y Alegría, publicaron el manifiesto “Los intelectuales peruanos y España” en el diario chileno *Frente Popular*, órgano de la alianza política homónima y “uno de los más fieles partidarios de la República Española en la batalla periodística” del país austral (Barchino y Cano Reyes 2013, 291). El texto marcaba un posicionamiento contundente de los intelectuales exiliados basado en el antiimperialismo y la defensa de los pueblos frente a las minorías privilegiadas:

Nosotros estamos con España a secas, y no distinguimos la España leal de la facciosa, porque creemos que no hay más España que aquella que defiende al pueblo, que la que resiste a la invasión fascista. Nosotros estamos con España, porque ya hay sangre de peruanos apristas regando campos españoles en esta contienda libertadora. Nosotros estamos con España, porque no estarlo sería traicionar nuestra posición en el continente americano. Nosotros estamos con España porque ella defiende a los trabajadores manuales e intelectuales. Porque rechazamos la dictadura de minorías insaciables y de interventores extranjeros. Porque somos ant imperialistas. Porque, en suma, nuestro nacionalismo auténtico no admite venderse a ningún precio a empresarios ni generales extranjeros, ni a sus lugartenientes criollos (Muñoz Carrasco 2013, 557-58).

Si bien la influencia de la guerra española en el Perú estuvo mucho más limitada que en otros países hispanoamericanos, los intelectuales peruanos no dejaron de intentar vincular las problemáticas de la coyuntura política y social de su país con la guerra de España. En un contexto de censura y represión, la mayoría de los intelectuales se vieron obligados a moderar su apoyo a la República Española. Sin embargo, escritoras como Magda Portal mostraron un firme compromiso con la causa republicana, y también aquellos intelectuales exiliados que contaron con algo más de libertad para expresarse libremente respecto al conflicto. El manifiesto antes citado no solo vinculaba la lucha de España con los problemas sociales de Perú y de Hispanoamérica, sino que también mostraba cómo el antiimperialismo había agrupado a unos intelectuales que, a su manera, aspiraban a liberar a los pueblos de Hispanoamérica siguiendo el mandato que la época

situara fuera del Perú. Haya de la Torre continuaba mostrándose reticente a alinearse de forma abierta con la lucha republicana, y los apristas exiliados estaban al corriente de esta postura: ‘Aunque ocurrió a través de un difícil correspondencia (demorada y secreta), sabíamos que Haya de la Torre no se mostraba muy resuelto a tomar partido en aquella contienda; que argumentaba siempre sobre la diferencia esencial entre los intereses europeos y los americanos; además, le reflató su viejo antihispanismo, atenuado solo por la generosa actitud que tuvieron a su favor Julián Besteiro, presidente de las Cortes, Jiménez de Asúa, su antiguo amigo Unamuno, los Ortega y Gasset, Antonio Jaén, Salvador de Madariaga y otros altos espíritus de la España liberal’. Pese a la complejidad de su situación, la mayoría de los apristas peruanos se integraron en la actividad antifascista nacida en Chile. Sánchez no albergaba dudas al respecto: ‘La experiencia española se nos clavó en el corazón’” (2013, 49).

les había impuesto. Desde luego, hacer lo contrario no era una posibilidad: “Nosotros estamos con España, porque no estarlo sería traicionar nuestra posición en el continente americano” (Muñoz Carrasco 2013, 557-58).

1.1.5 La guerra española y la conformación de la generación del 40 en Costa Rica

Costa Rica fue otro de los espacios mediáticos amables para los intelectuales peruanos exiliados gracias a las revistas *Repertorio Americano* de Joaquín García Monge y *Liberación* de Vicente Sáenz, el representante de Centroamérica en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Ambas publicaciones solían incluir en sus números textos de los principales intelectuales apristas, como Magda Portal y Luis Alberto Sánchez, así como copiosísimos ensayos, poemas, noticias y eventos relacionados con la guerra civil española. Si bien *Liberación*²⁶, publicación subtitulada “Revista centroamericana de vanguardia”, aglutinó firmas de la talla de Vicente Lombardo Toledano, Juan Marinello y el propio Luis Alberto Sánchez, su efímera actividad, de escasos siete números, hace que no pueda compararse con la revista de García Monge. En cualquier caso, ambas forman parte indispensable de la red intelectual y mediática de la Costa Rica prorrpublicana, capitaneada por los escritores de la futura generación del 40. Los intelectuales agrupados bajo esta etiqueta –Eunice Odio, Yolanda Oreamuno, Fabián Dobles o Carlos Luis Fallas– atravesaron un proceso de formación vital durante los años treinta en el que el conflicto español tuvo un impacto mayúsculo. La investigadora Ruth Cubillo Paniagua define esta generación como intelectuales de vanguardia, término ampliamente discutido y problematizado por sus miembros, y los caracteriza por su “claro y contundente compromiso político” con las causas populares (2020, 191). Emilia Prieto Tugores, ensayista, artista y militante del Partido Comunista de Costa Rica y miembro de la Liga Antifascista, fue una de las intelectuales que más escribió sobre la cuestión vanguardista. Su artículo “Concepto materialista del arte”, fruto

²⁶ Recomendamos la lectura del capítulo de Jesús Cano Reyes “La revista *Liberación* y los tres viajes a España de Vicente Sáenz”. En M. Martínez Pésico (ed.), *Manual de espumas. Estudios, balances y relecturas de una vanguardia transatlántica* (2019, 343-59). Calambur.

de una conferencia leída en el Congreso de la Juventud Democrática de noviembre de 1937, lanzó una severa crítica hacia ciertos artistas de la órbita de la organización antifascista:

Puede que dentro de la misma Liga [Antifascista] haya artistas cuyo antifachismo sea únicamente de carnet y adhesión, víctimas de una confusión mucho más seria de lo que parece, porque quien en arte, que es donde se produce la nota tónica del sentir colectivo, sigue la línea burguesa [...] no es el más recomendable tipo de izquierdista por mucho que vocifere y gesticule y mantenga en alto el puño cerrado (1938, 3-4).

El compromiso político del nuevo intelectual en el contexto de la guerra civil española exigía una actitud política que trascendiera el gesto y permeara en su vida y obra. El antifascismo de Emilia Prieto no daba lugar a terceras posiciones como la de aquellos intelectuales a los que señalaba, pues la literatura y el arte ya habían superado la “línea burguesa” que muchos abrazaban para evitar hablar de cuestiones sociales y políticas. Para ilustrar su punto con un ejemplo cercano a sus compañeros de filas costarricenses, citó al polémico poeta y declamador malagueño José González Marín²⁷, quien había visitado Costa Rica en su gira de recitales por Hispanoamérica con un programa que reunía varias voces de la lírica española, como Manuel Machado y José María Pemán. Tras su primer espectáculo en San José, proclamado a bombo y platillo por la prensa local, los sectores prorrepúblicanos descubrieron, gracias a una noticia del diario profranquista *La Tribuna*, que González Marín era representante de la Falange Española y su gira tenía más que ver con la política exterior de Franco y los sublevados que con la poesía. A pesar del caldeado ambiente antifascista, González Marín dio un segundo recital en noviembre de 1937 bajo el amparo del gobierno ultraderechista de León Cortés, que fue boicoteado por miembros de la Liga Antifascista, el Grupo Pro-República Española, el Partido Comunista, sindicatos obreros y asociaciones estudiantiles (González Ruiz 2022, 18-19). Emilia Prieto, presente en el boicot, aludía en su artículo al “caso tan palmario de González Marín” y sentenciaba que, vista la permisividad de las autoridades y los sectores intelectuales no politizados, “no podemos menos que estar de acuerdo todos en que la formulita esa del Arte por el Arte no es más que Arte Por y Para el Fachismo”

²⁷ Estudiaremos la gira hispanoamericana de José González Marín en el apartado dedicado a Federico García Lorca, “5.2 «Cada uno lleva su Lorca, como su Jesús». Federico García Lorca y la batalla cultural hispanoamericana”.

(1938, 3-4). Una vez más, la coyuntura de los años treinta exigía un posicionamiento claro, contundente y antifascista por parte de los intelectuales. No había lugar para medias tintas.

También en Costa Rica los intelectuales sufrieron persecución y censura. Carlos Luis Sáenz, poeta y director de la Escuela Normal, fue destituido de su puesto cuando se presentó como candidato del Partido Comunista en las elecciones de 1936, escasos meses antes de estallar el conflicto. A pesar de que perder el empleo y estar apartado del ámbito educativo por su militancia le suponían un gran perjuicio profesional y económico, Sáenz decidió ver la situación como un paso al frente en su compromiso con las causas populares, como la republicana española: “He contribuido, en la medida de mis capacidades, a la cultura de nuestro país con mis lecciones y con mis versos; quiero ahora contribuir a ella haciendo conscientes a los trabajadores de su potencialidad humana” (1936a, 3). Aunque Carlos Luis Sáenz era miembro de la Liga Antifascista y del Comité Pro-República Española, su mayor militancia fue lírica: escribió en torno a una decena de poemas sobre la guerra civil española, que solía recitar en mítines y homenajes a la República, convirtiéndose en el poeta prorrepblicano de referencia en el país. Siete de estos poemas formaron parte de su libro *Raíces de Esperanza* (1940), prologado por Carmen Lyra, quien aplaudió el viraje de la poesía de Sáenz hacia las causas populares, incluyendo la de la República:

Ahora canta al palero que lleva su pala al hombro, como una cruz; al Primero de Mayo que recuerda la conquista de la jornada de ocho horas para el obrero y a la Revolución de Octubre que significa la ascensión de la humanidad a un nuevo plano de vida y a la sangre del niño español, que necesitaban el banquero y el fabricante de armamentos para amasar su fortuna macabra (C. L. Sáenz 1940, 4).

A sabiendas de la admiración de Carmen Lyra hacia Dolores Ibárruri, Sáenz le dedicó el poema “Pasionaria”, publicado en el periódico del partido (1936b, 4). Lyra, militante comunista, escritora y miembro de la Generación del *Repertorio Americano*, una suerte de precedente de la del 40 que allanó su camino y acogió a sus miembros en sus inicios como escritores e intelectuales, se lamentaba de la falta de información de calidad que tenía el público costarricense: “hoy día el costarricense medio y a veces hasta el que se tiene por letrado, no está mejor enterado de lo que ocurre en el país que nos dio su lengua y religión” (González Ruiz 2022, 326-30). Lyra, como uno de los máximos

exponentes de la intelectualidad progresista del país, era consciente de lo desfavorable que era la coyuntura mediática y lo ardua que sería la tarea de hacerse con el favor de la opinión pública.

El panorama periodístico costarricense durante la guerra española, marcado por la polarización política y mediática de la década del treinta, pasó a ser así una suerte de campo de batalla para los intelectuales progresistas, particularmente los de la futura generación del 40. Los prorrepublikanos, conscientes de las limitaciones informativas del “costarricense medio”, decidieron volcarse en la tarea de llevar a la opinión pública hacia posiciones prorrepublikanas a través de sus artículos, ensayos, poemas, grabados... De esta forma, el conflicto no solo marcó el proceso de politización de estos intelectuales, sino que fue determinante a la hora de aglutinar a los que serían, escasos años después, miembros de la generación intelectual más destacada de Costa Rica en el siglo XX y dar forma y contenido a sus primeras obras.

1.1.6 La responsabilidad del intelectual en la Argentina de la década infame

La llamada “década infame” (1930-1943) fue un oscuro periodo de la historia argentina que comenzó a partir del golpe de Estado orquestado por José Félix Uriburu y Agustín Pedro Justo que derrocó al gobierno de Hipólito Yrigoyen en septiembre de 1930, a lo que le siguió una serie de gobiernos autoritarios –primero el general José Félix Uriburu, después Agustín P. Justo y Roberto M. Ortiz– gracias a procesos electorales fraudulentos. Durante esta década, los sectores progresistas, que abarcaban desde los radicales de Yrigoyen hasta los anarquistas, pasando por los socialistas o los comunistas, sufrieron una persecución implacable que se cebó particularmente con los intelectuales:

Los intelectuales argentinos de izquierda veían en la persecución que sufrieron por parte de las autoridades un reflejo de los encarcelamientos, los destierros y la quema de los libros en la Alemania nazi. No solo González Tuñón, sino también José Portogalo y Demetrio Urruchúa, autor e ilustrador del premiado poemario *Tumulto* (1935), fueron condenados a un año de cárcel por incitación a la rebelión, blasfemia e inmoralidad, y Portogalo –que vivía en Argentina desde los dos años– tuvo que huir a Montevideo, amenazado con la deportación a la Italia de Mussolini. El ensayista comunista Héctor Agosti fue encarcelado en 1933; Ernesto Giudici, presidente del Centro de Estudiantes de

Medicina, fue suspendido, y a finales de 1936 Aníbal Ponce y Gregorio Bermann fueron exonerados de sus cargos docentes en la Universidad (Binns 2012a, 34-35).

Este sistemático acoso aceleró el proceso de politización de los intelectuales argentinos y su posterior unión en torno a la AIAPE, la Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores. Esta organización albergaba, al menos en sus comienzos, a escritores, artistas y periodistas de diversas tendencias ideológicas demócratas, desde liberales hasta los comunistas más ortodoxos, quienes, desde su publicación homónima, denunciaron la persecución de los diferentes gobiernos autoritarios del país y animaron a sus compañeros a engrosar las filas de la Agrupación:

El proceso creciente de las pérdidas de las libertades ha comenzado a producirse. No es indispensable aludir para demostrarlo, a las constantes violaciones del derecho [...], al allanamiento de las autonomías provinciales, a la burla de la opinión pública en el fraude electoral amparado y estimulado, a la inexistencia práctica de los derechos de reunión, de prensa y de palabra para los sectores adversos a la minoría dominante (*Unidad. Por la defensa de la cultura* 1936, 1).

El intelectual comunista brasileño Carlos Lacerda, en un artículo publicado en el tercer número del órgano de la agrupación, sentenciaba que tanto la prensa como la literatura o el arte se habían convertido en terreno propicio para la lucha política. Durante esos años, la cultura había trascendido lo meramente estético para convertirse en una herramienta antifascista de transformación política y económica:

¿No vemos por todas partes, la literatura, la prensa, la poesía, el arte, como armas de clase movilizadas para la propaganda descarada del fascismo? [...]. La verdad es que la cultura traspasó el cuadro estrecho en que la limitó el sistema capitalista y ya estallan las coyunturas de ese sistema al peso de esa cultura que pasa adelante y se proyecta para grandes obras, que hacen temblar de espanto a los raquíuticos intelectuales de la decadencia [...]. La verdadera producción intelectual de nuestro tiempo ya está del lado de la revolución (1936, 5).

En palabras de Magalí Devés, cuyo trabajo sobre la agrupación arroja reflexiones reveladoras acerca de su actividad durante la década infame, la cultura se había alzado como “el espacio predilecto y específico en el cual los artistas e intelectuales” debían “dar su batalla para contribuir no solo a limitar el desarrollo del fascismo sino también a delinear los contornos de una sociedad futura” (2013, 147). Para estos intelectuales comprometidos, la fórmula del “arte por el arte”, esto es, la cultura sin contenido político y ajena a las problemáticas políticas y sociales, no tenía cabida en un contexto atravesado

por el auge del fascismo y la persecución de las libertades individuales y colectivas, sino que exigía un posicionamiento tácito a favor de la revolución social.

Los debates sobre el desgaste del “arte por el arte” y la necesidad de un arte comprometido fueron determinantes en la formación de la AIAPE en 1936, pues facilitaron la toma de conciencia de los intelectuales y la producción de una literatura vinculada a la causa antifascista. La poeta Nydia Lamarque, en un artículo publicado en la revista *Contra* de Raúl González Tuñón en 1933, se hizo eco de este cambio de paradigma. La traductora e intelectual socialista defendía que “el arte” era necesariamente un reflejo de “la realidad social” y, por lo tanto, “el producto y la síntesis de factores sociales, de hechos sociales”. Lejos de ser el fruto de “algunas cabezas elegidas”, el arte brotaba del nuevo sujeto revolucionario de la época, esto es, el pueblo trabajador que pregonaba la URSS y su nuevo arte proletario, superación del vilipendiado arte por el arte. Como veremos más adelante, el realismo socialista había sido declarado por la política cultural de la URSS como una suerte de literatura oficial comunista, la cual se caracterizaba por ser “pedagógica y moral”, pues estaba destinada a presentar ejemplos heroicos acordes con la ideología comunista a un público lector obrero (Alle 2019, 173). El realismo socialista, caracterizado entre otras cuestiones por su literatura “pedagógica y moral”, era vindicado frente al “arte por el arte”, definido por Nydia Lamarque como “una expresión de la decadencia mental de la burguesía llegada a una etapa de impotencia creadora” (Lamarque 1933, 13). Raúl González Tuñón, por su parte, publicó el poemamaniesto “Las brigadas de choque”, cuya retórica combativa hizo que fuera encarcelado en 1935. En el poema invitaba al resto de intelectuales a formar parte de las “vanguardias lúcidas”, las “Brigadas de Choque de la Poesía” que durante los años treinta se estaban especializando en “el romanticismo de la Revolución” (González Tuñón 1933, 8).

No solo los intelectuales más afines con ideologías como el socialismo, el comunismo y el anarquismo compartían esta postura. También liberales como Eduardo Mallea se rindieron ante el empuje de este nuevo paradigma que ponía la literatura y las artes al servicio de las causas populares. Para Mallea, que hasta entonces había tratado de eludir las temáticas sociales y el compromiso ideológico, la escritura no politizada era una cuestión del pasado:

Esta crisis, este invierno, esta vacilación ante los dogmas contradictorios, este no poder tomar partido, esta necesidad de quemar en seguida las reservas y lanzarse violentamente a una creencia, este toque de rebato que se oye hoy en el mundo desde la península de Corea hasta el corazón del orbe occidental vedan al intelectual la posición que desde el tiempo helénico hasta Montaigne era en general determinante de su actividad: el retiro, la huida frente al universo inmediato hacia el universo de su abstracción, el ensimismamiento activo. El imperativo presente exige que ese ensimismamiento creador se transforme en una participación creadora (Mallea 1935, 7-29).

El proceso de politización de los intelectuales argentinos llegó a afectar a la revista *Sur* de Victoria Ocampo, de la que Mallea era un habitual. La publicación de corte liberal, caracterizada precisamente por mantenerse ajena a la política y contar con las más prestigiosas firmas de intelectuales liberales, se contagió de este espíritu de época y, durante el conflicto español, tuvo que dar un paso al frente y posicionarse del lado de los republicanos²⁸. Reflejo de este contagio político en el campo intelectual argentino, menos de dos semanas después de estallar el conflicto peninsular, el diario porteño *El Mundo* publicó el manifiesto “Mensaje de los escritores de la Argentina”, en el que un nutrido y diverso grupo de intelectuales de primer nivel mostraron su apoyo al bando republicano español y a sus “compañeros de letras españoles”:

El grupo de escritores que firma este mensaje quiere hacer llegar al compañero de letras y amigo, D. Enrique Díez-Canedo, ilustre Embajador de España, su viva simpatía por la causa de la República que hoy defiende el gobierno de su patria, y le pide quiera transmitir lo mismo a nuestros compañeros de letras españoles que allí están luchando valientemente por el afianzamiento de la democracia (Binns 2012a, 816).

Entre los firmantes se encontraban escritores e intelectuales de renombre como Jorge L. Borges, Alejandro Korn, Ricardo Molinari, María Rosa Oliver, Aníbal Ponce, Pablo Rojas Paz, Alfonsina Storni y César Tiempo, lista en la que, más allá de los “connotados izquierdistas” como Leónidas Barletta o Mario Bravo, también aparecían escritores liberales o directamente indiferentes a lo político como el citado Eduardo Mallea, Victoria Ocampo y Jorge Luis Borges (Binns 2012a, 59). La presencia de todos ellos da buena cuenta de la politización del campo intelectual argentino durante la década infame y, sobre todo, la guerra civil española que, como veremos en el apartado dedicado a la solidaridad hispanoamericana con el bando republicano, marcó toda una generación.

²⁸ Sobre el papel de la revista *Sur* de Victoria Ocampo durante la guerra civil española, véase el artículo “La Guerra civil española en la revista *Sur*” (2004) de Raquel Macchiuci.

Los afanes de transformación literaria de estos intelectuales también incorporaban al pueblo trabajador. De acuerdo con Niall Binns, en referencia a la poesía sobre la guerra escrita en Hispanoamérica, era evidente que “pretendía llegar a un público más amplio que el tradicional, tenía plena conciencia de su función social y sabía que uno de los modos más seguros de comunicación para el poeta consistía en un rescate de lo popular” (Binns 2004, 35). Esta afirmación es extensible, en nuestra opinión, a textos de otra naturaleza. También la prosa prorrepblicana hizo uso de lo popular como estrategia para adaptar sus contenidos a las clases trabajadoras, que en muchos casos no eran tan letradas como los intelectuales tradicionales. Para escritores como Raúl González Tuñón, el poeta debía “dirigirse” a las masas populares, compuestas por obreros con “ciertos elementos de cultura; por obreros en quienes la sensibilidad, el instinto poético suple la falta de esos elementos; por intelectuales, artistas, periodistas, pintores, maestros, estudiantes que desean la transformación de la sociedad”. Esto no causaba ningún tipo de contradicción a González Tuñón ni, creemos, al resto de escritores alineados con las causas populares, pues el poeta no debía bajo ningún concepto despreciar la literatura sino, simplemente, estar a la altura de las exigencias políticas del momento: “El poeta no debe, pues, renunciar a ser poeta, pero esto no quiere decir que renuncie a ser hombre. En una época como la que vivimos, intensa, dramática, de negación y creación, el poeta debe estar al servicio de los otros” (1962, 100).

Los deberes del intelectual iban de la mano con un antifascismo transversal que, como sabemos, fue avivado por la irrupción de ideologías de extrema derecha tanto en Argentina como en el resto del continente. Este antifascismo de corte frentista “cuajó en Argentina como un ideal renovador” y abarcó, como vimos en el caso de *Sur*, tanto el Partido Comunista, “intermitentemente ilegal”, como sectores liberales insatisfechos con el “giro” de buena parte de los conservadores, hasta que alcanzó su punto álgido a partir del estallido del conflicto español (Bisso 2007, 223). Durante el mandato de Justo, la defensa del bando republicano español fue “el arma más certera que las asociaciones civiles podían esgrimir contra él”, pues les permitía fusionar las luchas contra el “fraude electoral” y “las acusaciones de una ‘neutralidad’ tendenciosa a favor del franquismo” así como “la oposición al antisemitismo y a la penetración nazi” (Bisso 2007, 224). Bajo semejante coyuntura, la solidaridad con la República Española hizo las veces de eje

alrededor del cual los distintos sectores demócratas y antiautoritarios del país pudieron agruparse en torno a un frente común. Los intelectuales tenían un deber ante España y el mundo:

Pero hoy, más que en la tinta, es en la sangre donde el escritor moja su pluma, si esa pluma no está al servicio de España, contra el fascismo y por la defensa de la cultura (sin que esto quiera decir que debe hacerse simple propaganda a base de panfleto o *affiche*), si esa pluma no se parece más que nunca a un arma, es preferible dejar que se oxide [...] España es nuestra pasión. Los que no somos soldados en ella, seámoslo fuera de ella. Brigadas de choque del pensamiento internacional, debemos saber que son aviones, cañones y víveres lo que España necesita [...] Y no nos avergonzaremos nunca de haber puesto siquiera una vez nuestra pluma al servicio de algo. Ese algo se llama, nada menos, España. Se llama el mundo. Se llama el destino del hombre (González Tuñón 2011, 163).

1.2 Revolución en las rotativas. Los circuitos periodísticos hispánicos ante la batalla mediática

El impacto de la guerra civil española en Hispanoamérica resulta incomprensible sin tener en cuenta el papel de los medios de comunicación masivos. La revolución de la prensa –periódicos y revistas–, el auge de la radio y la emergencia del cine y los noticieros fueron piezas determinantes de la propaganda republicana al otro lado del Atlántico. Los intelectuales, que vibraron al ritmo de los sucesos de la Península, se decantaron principalmente por los medios escritos. Periódicos, revistas, libros, panfletos... Cualquier soporte en el que pudieran explicar los pormenores del conflicto, promover la solidaridad con la República y batallar frente a la derecha mediática era exprimido hasta la saciedad. El público hispanoamericano, que vivía la guerra como en carne propia, consumía con fervor cualquier tipo de novedad sobre la guerra, en ocasiones sin esperar siquiera a que fuera publicada en los periódicos. El diario argentino *La Voz del Interior*, de la provincia de Córdoba, mostró las imágenes de cientos de personas nerviosas agolpadas ante las pizarras del periódico, donde compartían información sobre lo que acontecía en España antes de publicarlo en sus páginas. El titular, “Interesa vivamente la Revolución española”, daba fe de la profunda conmoción que el conflicto español causó en la sociedad argentina (*La Voz del Interior* 1936a, 1). Pero quizá el artículo “La Argentina vive y

piensa en España”, escrito por Raúl González Tuñón en *Ayuda. Semanario de la Solidaridad* de Madrid, refleja con mayor fidelidad la intensidad con la que el pueblo vivió lo que estaba acaeciendo en la Península a través de la mediación periodística:

El día 7 de noviembre de 1936 [...], Buenos Aires, la capital inmensa de la Argentina, y todo ese país de grandes posibilidades sojuzgado hoy por los imperialismos —el inglés y el Vaticano, en primer término—, vivió horas de angustia. Los diarios vendidos a Burgos (*La Nación*, *La Prensa*, *La Razón*), así como casi todas las estaciones de radio, anunciaron la caída de Madrid [...]. La policía, que había impedido días antes todo acto de homenaje a la España leal permitió a los falangistas el disfraz y el griterío [...]. Fue entonces ese día 7 de noviembre cuando yo vi frente a los diarios y las agencias y los altoparlantes, en el centro y en los arrabales de Buenos Aires, cómo todo un pueblo desesperado se resistía a creer la tremenda noticia. Vi a hombres, a mujeres, a niños y viejos llorar en las esquinas, morderse los labios, caminar sin rumbo... [...] Era el pueblo auténtico de Buenos Aires que lloraba la caída de la capital antifascista. Fueron apenas cuatro horas. Nada más que cuatro horas. Y pasó un día y otro día. Y resultó que los fascistas habían sido, increíblemente, contenidos a las puertas de Madrid. Yo vi cómo renació el entusiasmo y la alegría. Ese pueblo, el de la capital argentina, había demostrado una vez más su conmovedora su infinita solidaridad para con España (1937a, 2).

Este fenómeno no fue exclusivo de Argentina. El 14 de agosto de 1936, el diario costarricense *La Tribuna*, de nada sutiles inclinaciones franquistas, publicó un editorial en el que se hacían eco de las dificultades inherentes a la práctica periodística durante las primeras semanas del conflicto. En la mayoría de los periódicos, también en el caso de *La Tribuna*, buena parte de la información acerca del conflicto provenía de agencias de noticias internacionales como la norteamericana *United Press* que, a causa del caos y los intereses propagandísticos de ambos bandos, perdían calidad y veracidad, a menudo provocando confusión y enfado en el público lector: “Numerosos lectores de *La Tribuna* han llegado a nuestras oficinas en estos días o nos han escrito de diferentes localidades preguntándonos que a qué se debe la confusión originada por las noticias y han llegado a insinuar si esa confusión no tendrá algo de su origen en el mismo periódico” (*La Tribuna* 1936, 1). Otro periódico costarricense, *La Hora*, abiertamente simpatizante de la República, protestó en 1937 por la retirada de anuncios publicitarios en función de a qué bando beneficiaran las noticias y opiniones que compartían: “En el fondo no somos ni rojos ni azules. No nos conmueven los discursos católicos de Mola, ni las quejumbres de Álvarez del Vayo [...]. Los dos invocan a la ‘democracia’ y sabemos que a ninguno le importa un pito” (*La Hora* 1937b, 3).

Pero no todo fue negativo para los diarios hispanoamericanos. Durante los años de la guerra, gozaron de un crecimiento exponencial en sus ventas con tiradas espectaculares gracias al inusitado interés que los sucesos españoles despertaban al otro lado del charco. La fiebre informativa fue tal que varios periódicos alcanzaron cifras de récord. Por ejemplo, el periódico *El Colombiano* de Medellín tuvo que renunciar a una calidad de impresión óptima tras “acabarse las existencias de tinta debido al aumento repentino de la demanda de ejemplares” para poder imprimir más números que satisficieran la sed de noticias del público lector (Aldama Ordóñez 2021, 39-40). La guerra civil española fue la primera guerra mediática de la historia, caracterizada por las grandes coberturas de las agencias de prensa, la presencia de corresponsales y escritores y el protagonismo de la imagen. Los periódicos y revistas llenaron sus páginas de fotografías de las milicianas españolas, las ciudades bombardeadas, los principales protagonistas del conflicto y, también, de niños. Una de las principales bazas propagandísticas republicanas fueron los bombardeos sobre la población civil y, en especial, las imágenes de cadáveres de niños, las víctimas más inocentes de la guerra²⁹. La poeta y feminista cubana Mariblanca Sabas Alomá puso el grito en el cielo ante la masacre infantil perpetrada por los sublevados que inundaba todos los medios de comunicación:

El espectáculo ofrecido a nuestros ojos por periódicos, revistas, libros, folletos, y, sobre todo, por el cinematógrafo, crispera los nervios: niños muertos, niños heridos, niños abandonados, niños famélicos, niños destrozados horriblemente por la metralla, niños exilados, niños huérfanos... Víctimas inocentes de la guerra, en sus pequeños cuerpecitos se ceba la insania de los legionarios moros, de los ‘voluntarios’ italianos, de los ‘técnicos’ alemanes, de los ‘católicos’ (¡qué herejía!) españoles [...]; son niños de [...] la España leal a España misma; son el último ‘hit’ de la guerra moderna: la carne delicada para saciar el hambre de los cañones de la reacción (Sabas Alomá 1938, 7).

Aunque los textos hispanoamericanos sobre el conflicto más conocidos sean probablemente poemas como los de César Vallejo y Pablo Neruda, en los dieciséis años que ha durado el proyecto de investigación “El impacto de la Guerra Civil Española en la vida intelectual de Hispanoamérica” hemos hecho acopio de textos de en torno a dos mil

²⁹ En el apartado “5.1 «Están recorriendo el mundo / invisibles, por el aire, / y ganando corazones». Los niños muertos de la República” estudiaremos, entre otras cuestiones, la difusión de fotografías de niños asesinados por las bombas sublevadas en la prensa hispanoamericana y su impacto en la opinión pública y las iniciativas solidarias para con el bando republicano español.

intelectuales hispanoamericanos y comprobado que la inmensa mayoría son de corte periodístico o, al menos, periodístico-literario. La razón de este fenómeno se esconde en los objetivos que los intelectuales hispanoamericanos querían conseguir con la escritura y posterior difusión de los textos: librar una auténtica batalla mediática frente a la prensa derechista afín al bando sublevado para ganar la guerra informativa que se libraba al otro lado del Atlántico.

La estructura de este apartado, cuyo objetivo es analizar el frentismo de los medios de comunicación hispanoamericanos en la defensa de la República Española, se articula en torno a tres ejes temáticos. El primero aborda la relevancia de la propaganda, a través de la cual los intelectuales y periodistas hispanoamericanos trataron de influir en la opinión pública con un doble objetivo: movilizar la solidaridad de los pueblos hispanoamericanos y contrarrestar el relato franquista del conflicto. En segundo lugar, explicaremos el profundo cambio de paradigma que experimentó el periodismo hispanoamericano al calor de la guerra. Para ello, nos centraremos en Argentina, Cuba y Costa Rica, ejemplos en los que examinaremos la adaptación de las publicaciones a un entorno periodístico atravesado por el auge de las agencias de prensa, los cables y la importancia de los corresponsales y los testigos. Las líneas editoriales de estos medios trataron de reflejar la realidad de la guerra, pero también la interpretaron y, a menudo, moldearon en base a los objetivos propagandísticos y solidarios de los sectores favorables a la República Española. El tercer y último eje explora cómo los intelectuales y periodistas hispanoamericanos, pese a la censura y la represión, conformaron un prolífico frente mediático en apoyo a la República Española. Aunque los gobiernos afines a Franco trataron de sofocar cualquier apoyo hacia el bando republicano, los intelectuales crearon un espacio periodístico que fue clave para sostener la solidaridad internacional con la causa republicana y difundir los mitos de los héroes populares.

1.2.1 Propaganda y opinión pública. Intelectuales, sociedad civil y la defensa de la República

La guerra civil española fue también la guerra de la propaganda y, por extensión, de la opinión pública. La polarización ideológica de los años treinta, con el auge de las ideologías nazi y fascista y la hegemonía comunista en la izquierda antifascista, se trasladó a las rotativas hispanoamericanas, donde estalló una particular guerra de trincheras mediática que dividió a los medios de comunicación en dos bandos opuestos, dificultando la posibilidad de una tercera posición no alineada con uno de los dos bandos en liza. En palabras de Niall Binns, los años de la guerra fueron tiempos de “burdos maniqueísmos, un mundo en blanco y negro pulcramente dividido entre el bien y el mal; un cansancio de clichés e hipérboles; un hartazgo de grandes palabras: Sacrificio, Heroísmo, Cruzada, Pueblo; y una saciedad de anáforas y reiteraciones, apretando los recursos retóricos hasta el paroxismo” (Binns 2004, 41).

Alejandro Pizarroso Quintero afirma que en Hispanoamérica proliferaron, desde el inicio de la contienda, “publicaciones de distinta periodicidad que defendían en sus páginas los postulados de la República y de los sublevados en todos los ámbitos”, y que contaban con el “apoyo constante de las embajadas republicanas y de las representaciones oficiosas del Gobierno de Burgos, que subvencionaron con importantes cantidades algunas de las publicaciones” (2001, 94). Para Pizarroso Quintero, la guerra civil española fue el primer conflicto bélico en el que la “propaganda de guerra” fue “esencial” por el papel protagonista de la “persuasión de masas” (2002, 11). Este concepto de “persuasión”, indispensable en nuestro estudio, es definido como “el proceso comunicativo cuya clave está en la respuesta del receptor, es decir, aquel que pretende promover una dependencia interactiva entre emisor y receptor mediante la formación, reforzamiento o modificación de la respuesta del receptor”, esto es, “un proceso comunicativo cuya finalidad u objetivo es la influencia” (2002, 13). Como hemos podido comprobar en el primer apartado de este trabajo, la implicación de las masas populares en la batalla mediática transatlántica era indispensable para las metas de los intelectuales hispanoamericanos prorrepúblicanos. Tales objetivos propagandísticos no eran otros que los del bando leal, los cuales, en palabras de Rosa María Pardo Sanz, se dirigían principalmente a “influir para variar la

posición formalmente neutralista de la mayoría de los gobiernos”, sobre todo en la primera etapa del conflicto, así como promover la ayuda material y propagandística “para mejorar la imagen de la República e intentar influir indirectamente sobre los ejecutivos latinoamericanos” (2011, 147). La prioridad republicana ante la neutralidad de los gobiernos occidentales fue, por tanto, “la movilización de la opinión pública”, por lo que fijaron como su objetivo principal la producción de “propaganda masiva” para despertar las “simpatías de intelectuales y sectores medios y populares” (2011, 148).

A nuestro juicio, en el caso hispanoamericano los intelectuales alineados con la República fueron actores indispensables de esta guerra de propaganda y, desde luego, responsables de la popularidad republicana entre las masas populares del continente. En ese sentido, la reivindicación de los grandes héroes republicanos fue fundamental para ganarse el favor de la opinión pública. Los héroes populares del bando leal, tanto los más reconocidos como los anónimos, fueron un vehículo imprescindible de la batalla mediática por la opinión pública. Mientras la prensa favorable al bando franquista exaltaba las figuras de Francisco Franco, José Moscardó o Emilio Mola, la propaganda leal compartía textos e imágenes de los principales activos republicanos. La Pasionaria, protagonista de uno de los capítulos de esta tesis, fue la republicana española con mayor presencia mediática en Hispanoamérica, caracterizada por su reivindicación como madre de la nueva España. El presidente elegido democráticamente Manuel Azaña y el general Miaja, héroe de la resistencia republicana, también coparon portadas y páginas interiores de diarios desde México hasta Argentina para elogiar el talento republicano. El panteón de héroes populares incluía escritores, políticos, milicianas, así como héroes involuntarios e inocentes que habían caído a lo largo del conflicto y cuyo legado fue recogido y reivindicado en artículos, crónicas, poemas y tantos otros tipos de textos, todos ellos destinados a enaltecer las bondades del bando leal y recabar apoyos en la opinión pública.

La propaganda republicana en Hispanoamérica celebraba las victorias militares leales como propias, lamentaba el sufrimiento de la población civil como si de sus hermanos se tratase y apelaba a la conciencia del lector con todos los recursos disponibles. El paradigma periodístico hispanoamericano gozó de una serie de transformaciones durante los años treinta que brindó a las publicaciones la posibilidad de erigirse como

ágoras políticas, literarias y culturales en los que albergar las firmas de los más diversos intelectuales, auténticos protagonistas de la batalla de ideas de la lejana retaguardia.

1.2.2 El auge del periodismo hispanoamericano y el conflicto español

El monumental impacto del conflicto español en Hispanoamérica solo fue posible gracias al panorama mediático de los años treinta, radicalmente distinto al actual. Las sociedades hispanoamericanas de la época gozaban, por norma general³⁰, de una gran diversidad de publicaciones que reflejaban los distintos sentires políticos y sociales de la opinión pública, salvo en los países con mayor censura gubernamental. Los partidos políticos, agrupaciones gremiales, sindicatos y asociaciones, inclusive los centros de emigrantes –desde gallegos hasta vascos, pasando por andaluces o asturianos–, solían disponer de una publicación que reflejara las opiniones e inquietudes de sus miembros y, salvo en contadas excepciones, todos tenían algo que decir sobre la guerra. Otra de las cuestiones clave del paradigma mediático de los años treinta reside en la profesionalización del periodismo³¹ y la incorporación a los medios de comunicación de un campo intelectual que ya gozaba de una gran autonomía.

La modernidad fraguada desde los años veinte había impactado en los medios de comunicación provocando un cambio radical. Por un lado, las innovaciones tecnológicas habían revolucionado, literalmente, las rotativas hispanoamericanas. En Argentina durante los años veinte llegaron las famosas *Hoe Superspeed*, rotativas que imprimían hasta “320.000 ejemplares por hora”, fenómeno que coincidió con el “auge de diarios populistas” como *El Mundo* y *Crítica*, “dirigidos a un nuevo público” compuesto por masas populares que gozaban de unas mayores tasas de alfabetización y que, por tanto,

³⁰ Es imprescindible matizar que, en muchas de las repúblicas hispanoamericanas, atravesadas por gobiernos dictatoriales o autoritarios, los medios de comunicación sufrían de persecución y censura. El caso de Perú es quizá uno de los más flagrantes, pero también el de la Guatemala de Ubico, la Argentina de Justo y Ortiz e incluso el gobierno autoritario de León Cortés en Costa Rica.

³¹ Durante los inicios del siglo XX, Argentina estuvo a la vanguardia del periodismo hispanoamericano. Las dos primeras escuelas de periodismo del continente fueron fundadas en el país en 1901, mientras que el resto de Hispanoamérica debería esperar hasta las décadas del 40 y del 50, periodos de culminación mediática tras décadas de profesionalización (B. Nixon 1982, 14).

consumían periódicos y revistas, pero también la radio y el cine, dos de las grandes novedades del primer tercio del siglo XX (Binns 2012a, 29). Beatriz Sarlo asevera que la irrupción de “los medios de comunicación escritos de carácter masivo” convivió con la existencia de “más de mil salas” de cine para inicios de los años treinta (Sarlo 1988, 21). A diferencia del siglo XIX, en el que el periodismo era poco más que un privilegio restringido para políticos, abogados y un puñado más de profesionales con el tiempo, poder y vínculos necesarios para publicar, durante los años veinte y treinta se asentó la nueva figura del escritor-periodista: intelectuales que provenían de las clases trabajadora y media que, gracias a su consagración como escritores, se habían hecho un hueco en las redacciones de los periódicos y revistas para vivir de la escritura. Como hemos mencionado a lo largo de este trabajo, la mayor parte de los intelectuales que citamos pertenecen a esta categoría: Juan Marinello, Raúl González Tuñón, Baldomero Sanín Cano, José Gabriel... Aunque también contamos con editores como Joaquín García Monge y su *Repertorio Americano* o Antonio Zamora y su *Claridad*, quienes dan buena cuenta de las grandes transformaciones del panorama mediático e intelectual hispanoamericano, que permitía, hasta cierto punto, la fundación de periódicos y revistas por parte de personas ajenas a los círculos más privilegiados de la sociedad. De acuerdo con la reflexión de Niall Binns sobre el papel de estos escritores-periodistas en el panorama mediático argentino:

Con la llegada de los años treinta, con el hundimiento económico, con la violencia abierta de Uriburu y luego más encubierta de los gobiernos de Justo y Ortiz, con la crispación política y el malestar creciente de la población, los poetas y los narradores viven cada vez más de las ideas, opinando sobre la contingencia, incursionando en la política y formando una parte cada vez más central en la conformación ideológica de sus lectores, que ya literalmente convivían con ellos a través del contacto diario de los periódicos y los conocían como nombres cotidianos (Binns 2012a, 33).

Esta inusitada omnipresencia de los intelectuales más consagrados en los medios de comunicación, común a gran parte de las repúblicas hispanoamericanas³², provocó que, en palabras de Sarlo, “prácticamente todos los que publicaron en esos años pasaron por las redacciones y se constituyeron, en casos como el de los hermanos Tuñón o Arlt, en

³² Este fenómeno estuvo presente en otras geografías del continente. Por cuestiones de extensión y profundidad nos centramos primero en Argentina.

periodistas estrella” (Sarlo 1988, 21). También las mujeres dieron un paso adelante bajo este nuevo paradigma, liderando iniciativas editoriales de prestigio³³ como la revista *Sur* de Victoria Ocampo, reivindicada por Sarlo como “la primera mujer” que emprendió una “iniciativa cultural-institucional” que afectaba “destinos intelectuales masculinos” (1988, 24). En cuanto al funcionamiento de los diarios y las revistas en sí, Sarlo centra su análisis en dos periódicos: *El Mundo* y *Crítica*. Ambas redacciones contaban con periodistas –o más bien escritores-periodistas– versátiles y con grandes conocimientos, provistos de “una disponibilidad temática amplia, capacidad de variación, percepción rápida de acontecimientos y personajes, sensibilidad para los detalles y lo pintoresco, versatilidad intelectual en el manejo de dimensiones políticas, culturales y sociales, observación de alto perfil, aunque no necesariamente profunda” (1988, 156). El papel de ambos periódicos durante el conflicto español fue determinante, especialmente en el caso de *Crítica*. Si bien es cierto que los números de *El Mundo* contenían no pocas noticias de corte amarillista, el diario –que no se decantó por ningún bando sino que “se limitó a pedir la neutralidad y la humanización de la guerra española”–, contaba con un interesante abanico de opiniones sobre la guerra que abarcaban desde “el anarcoindividualismo de Alejandro Sux” y “el creciente antifranquismo del corresponsal José P. Sadi” hasta “el republicanismo del periodista y político español Alicia Garcitoral y el torremarfilismo de Ramón Gómez de la Serna” (Binns 2012a, 268). Sin embargo, el diario que más y mejor refleja el nuevo paradigma del periodismo hispanoamericano es *Crítica*, fundado por el empresario Natalio Botana en 1913, que en septiembre de 1936 celebró los innegables éxitos que habían cosechado desde su irrupción en el panorama mediático argentino e hispánico:

Veintitrés años después de haber aparecido, intrascendente, juvenil y modesto el primer número de *Crítica*, hemos llegado a ser el diario de mayor circulación de habla española. Las ediciones de cuatrocientos o quinientos mil ejemplares nos resultan familiares y

³³ Las mujeres hispanoamericanas también llevaron a cabo empresas periodísticas vinculadas a cuestiones políticas, como es el caso del Movimiento pro-Emancipación de las Mujeres de Chile y su órgano de difusión *La Mujer Nueva*, tribuna por excelencia de la lucha de emancipación de la mujer, desde la cual se defendió el papel de sus compañeras españolas en el bando republicano y se llevaron a cabo numerosas campañas solidarias, como estudiaremos más adelante. Para más información sobre el MEMCH y su publicación, véase “El Movimiento pro-Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCH). Desarrollo de una política integral y formas de educación popular para el reconocimiento de los derechos de las mujeres, 1935-1941” (2021) de Claudia Montero Miranda y Graciela Rubio Soto.

cotidianas. Esa sola constatación material y numérica habla implícitamente de nuestra jerarquía y de nuestro arraigo, pero define, igualmente, y de manera terminante, el grado de identificación que hemos alcanzado con nuestro pueblo (Binns 2012a, 232).

Crítica, con su prestigioso abanico de corresponsales en España –primero José Gabriel entre el estallido de la guerra y noviembre de 1936, después Cayetano Córdova Iturburu de febrero a agosto de 1937 y, a partir de 1939, el jefe de redacción Raúl Damonte Taborda–, ofreció a sus centenares de miles de lectores una amplia y rica cobertura sobre el conflicto. No obstante, quizá lo más representativo en cuanto a la toma de posición respecto a la guerra, fue el hecho de que su redacción, en la emblemática Avenida de Mayo de Buenos Aires, fuese “un lugar de reunión para simpatizantes de la República, que se acercaban para contribuir a la colecta para la Cruz Roja impulsada por el periódico y para examinar en el amplio vestíbulo los últimos cables y, de cuando en cuando, exposiciones de fotos o carteles de la guerra” (Binns 2012a, 232). Desde luego, en el periódico de Botana tenían clara la trascendencia del conflicto español, como muestra este editorial de septiembre de 1936:

Los días pasan y a medida que se refirma el heroísmo de la gente que defiende en España las conquistas de la democracia y de la República, aumenta en todas partes el sentimiento de solidaridad hacia su causa. No importa que el cable trate de salpicar la intención sublime de los que han asumido postura tan heroica. Hoy es una infamia lo que se transmite; mañana es otro infundio. La tergiversación de los hechos y de las intenciones se ha convertido en el principal recurso táctico de los elementos reaccionarios. Pero ello no engaña a la intuición y a la convicción de las fuerzas liberales del mundo. Se sabe bien qué es lo que defiende en estos momentos históricos la España republicana; y porque esa convicción asiste a todas las fuerzas populares y democráticas en las distintas latitudes de la tierra, es que la causa de España ha encontrado estas extraordinarias corrientes de admiración y de solidaridad (Binns 2012a, 232).

El nuevo paradigma del escritor-periodista tuvo su particular desarrollo en Cuba, donde los escritores revolucionarios que “combinaban el periodismo de denuncia con una ‘creación’ literaria igualmente politizada” se hicieron un hueco en el periodismo nacional, alcanzando una notoriedad similar a la de sus pares argentinos. La década de los treinta, “de una turbulencia política feroz”, fue el caldo de cultivo idóneo para la consagración de esta nueva generación de escritores y periodistas comprometidos con las causas sociales y políticas, cuyos textos solían tratar temas vinculados a “la lucha estudiantil, las protestas y la cárcel, y al mismo tiempo las denuncias de la injusticia de la sociedad cubana en el

campo y en la ciudad” (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 36). Intelectuales como Pablo de la Torriente Brau, Berta Arocena, Teté Casuso, Nicolás Guillén y Juan Marinello pusieron su pluma al servicio del pueblo y, al igual que sus compañeros hispanoamericanos, también de la causa republicana española, hacia la cual sentían una verdadera pasión. Prueba de ello es la gran cantidad de corresponsales cubanos en la España en guerra, todo un “contingente de intelectuales” cuyas piezas eran devoradas por un público cubano mayoritariamente prorrepblicano y sediento de novedades sobre los acontecimientos en España: “Los reportajes de aquellos corresponsales, escritos en los frentes de batalla o en las retaguardias activas, con toda la emoción de los enfrentamientos armados, al ver la luz en la prensa habanera contribuyeron también a avivar la pasión política en la Isla” (Cuadriello 2009, 24).

La revista *Mediodía*, ampliamente citada a lo largo de este trabajo, fue quizá la publicación con la mejor gama de corresponsales –Nicolás Guillén, Juan Marinello y Carlos Montenegro–, no solo por la calidad de sus textos, sino por su trascendental experiencia en la España republicana. Guillén y Marinello viajaron al país para acudir al célebre II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura y “permanecieron durante varios meses en la Península” inmersos en la creación periodística y literaria, la cual se saldó con libros como *Momento Español* (1939), antología de los textos escritos por Marinello (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 621). Carlos Montenegro, por su parte, publicó el apasionante libro testimonial *Tres meses con las fuerzas de choque (División Campesino)* a su regreso en La Habana en julio de 1938, que aparecería también de forma seriada en las páginas del diario *Noticias de Hoy*, y cuyo prólogo destacaba una cuestión central para su literatura y el valor de su testimonio como testigo directo:

He estado en el frente mismo; he vivido con el soldado español; he dormido a su lado, entre la nieve; he marchado con las unidades por las carreteras; he visto a los jefes populares en acción. Trataré de dar una impresión sencilla y fiel de esta experiencia mía que será inolvidable y que me ha llenado el ánimo de pasión y respeto (C. Montenegro 2006, 55).

El aprendizaje que estos intelectuales obtuvieron de su estadía en la España en guerra fue, para Guillén, incalculable. Parte de la lección provenía del pueblo español

que, con su lucha, inspiraba a intelectuales y corresponsales como el propio Guillén para solidarizarse y combatir con sus textos del lado republicano:

Los que tuvimos la suerte de conocer de cerca a España, los que pudimos entrar y salir en su pueblo, ir y venir por su alma, sabemos que aquellos hombres duros y hondos enseñaron a los intelectuales del mundo cómo se podía vivir para la cultura en el fondo de una mina y morir por la cultura en el fondo de una trinchera. Todavía están ahí, en pie, medio a medio de España; viven en los campos y en las calles, fraguando el futuro, como hicieron siempre. A nosotros toca no olvidar la hermosa lección que ellos nos dieron (Guillén 1988, 76).

El valor de los testimonios, crónicas y demás textos producidos por todas aquellas personas que habían visto con sus propios ojos lo que acontecía en España provocó que personas “completamente ajenas al mundo intelectual” recibieran un gran protagonismo en la prensa a su regreso o incluso mientras permanecían allí: “Habían estado en España; regresaban a sus países con vivencias de una guerra que había captado la atención de todos. Los esperaba un público ávido de oír sus testimonios” (Binns 2020, 101). Este particular fenómeno refleja el notable crecimiento de la esfera pública hispanoamericana durante las primeras décadas del siglo XX. La relevancia de los medios de comunicación en el debate público, así como el papel protagónico de los intelectuales en tales discusiones, se tradujo a partir de julio de 1936 en una presencia constante de publicaciones acerca del conflicto español. Además, las políticas destinadas a alfabetizar a la población³⁴ y proveerles recursos culturales provocaron un *boom* en el periodismo hispanoamericano, engrosando las filas del público lector y, por lo tanto, la importancia de la opinión pública.

Costa Rica atravesó un proceso de renovación mediática similar al de Argentina y Cuba, aunque de proporciones más modestas, pues se trataba de un país que apenas llegaba al medio millón de habitantes. La profesionalización del periodismo se demoró un poco más que en el Río de la Plata y la Habana: para finales de los años treinta

³⁴ Aunque en varios países de Hispanoamérica el analfabetismo era todavía una gran brecha social, en otros tantos se había revertido la situación. El México de Cárdenas también fomentó la educación pública y trató de llevarla a las zonas rurales más empobrecidas, consiguiendo para 1931 fundar 6830 escuelas rurales con un total 425.000 alumnos (Padua 1979, 115). La Colombia liberal llevó a cabo iniciativas similares como el programa de Concentración Nacional (1930-1934) de Enrique Olaya Herrera que centró la política educativa en torno a “la lucha contra el analfabetismo, la creación de nuevos centros universitarios y la promoción del acceso de la mujer a la educación superior” (Aldama Ordóñez 2021, 22).

intelectuales y periodistas como Abelardo Bonilla, Ventura Cordero y Guillermo Calvo Navarro –todos ellos prorrepublicanos– fundaron las primeras asociaciones profesionales de periodistas gracias a la irrupción de un nuevo y numeroso público lector que caracterizó el panorama mediático costarricense durante esta época, provisto al igual que el argentino de una amplia variedad de periódicos y revistas, especialmente en San José. Esto no habría sido posible sin las campañas de alfabetización de las políticas educativas liberales, gracias a las cuales para los años treinta la mayoría de los ciudadanos costarricenses sabían leer y escribir, con unas tasas de alfabetización urbano del 85,7% en el entorno urbano y 56,4% en el rural en 1927 (Molina Jiménez 1999, 41).

Las grandes tiradas de diarios durante esa época no eran suficientes para el hambre de noticias del renovado público lector, particularmente en los momentos más decisivos del conflicto, como la toma de Oviedo por el ejército franquista, cuando en el diario *La Hora* de San José de Costa Rica “se agotaron en cuestión de horas ante el monumental enfado de lectores y vendedores” (González Ruiz 2022, 56). De hecho, la guerra civil española sirvió para consolidar esta “tendencia al alza del periodismo nacional”, favoreciendo la producción en masa de ejemplares y, por lo tanto, la participación de cientos de intelectuales de prácticamente todas las tendencias ideológicas en las diferentes tribunas del país, fenómeno común al resto de países hispanoamericanos. El mismo periódico, dirigido por el hispanocostarricense José Marín Cañas, cuya gestión lo había aupado a ser uno de los diarios más populares del país, dedicó una gran parte de las portadas de *La Hora* al conflicto español. A pesar de su temprano afán de neutralidad, ya durante los primeros meses de conflicto era evidente que la redacción simpatizaba con el bando republicano, no solo porque sus artículos tenían esa inclinación política, sino también porque divulgaban las actividades del Grupo Pro-República Española, fenómeno común en el movimiento solidario hispanoamericano. *La Hora* contaba con un prodigioso plantel de periodistas locales, la inmensa mayoría prorrepublicanos, y con colaboradores internacionales³⁵ que colmaron el periódico de artículos y reportajes de primera calidad. Estos combinaban, en muchos casos, periodismo y literatura, fenómeno frecuente en el seno de publicaciones hispanoamericanas progresistas, donde los colaboradores solían ser

³⁵ *La Hora* publicó textos de Luis Cardoza y Aragón, Langston Hughes e incluso un poema de Pablo Neruda, “Canto a las madres de los milicianos muertos”, a pesar de que ni siquiera tenía firma (1937a, 4).

escritores que impregnaban a sus artículos y textos ensayísticos de una narratividad y un léxico propios de la literatura. Un ejemplo lo encontramos en “Reportajes humildes. Indalecia López, vieja española izquierdista, habla sobre la guerra civil de su patria” de Guillermo Calvo Navarro, una curiosa entrevista una anciana española natural de Burgos que vendía frutas y verduras en Puntarenas:

A las cinco de la mañana, en la hora indecisa del amanecer, cuando las calles de Puntarenas comienzan a llenarse de la luz del nuevo día, y empiezan a destacarse de la sombra –arena y oscuridad nocturna– las casas y los solares, los marañones y los cerezos, una carreta camina todos los días por los caminos del amanecer. Dos bueyes de alta cornamenta, varios parales, las ruedas compactas que van dejando una honda huella en la arena, y una mujer, sentada entre los parales. Esa valiente vendedora es Indalecia López, española, de Burgos, que nació en el pueblo de Santa Eulalia hace 56 años. Todas las mañanas, Indalecia viene a Puntarenas precedida de un grito: ‘Tomates... Papayas... Verduras...’. El acento castellano no lo ha perdido doña Indalecia, a pesar de los dolores y de la América (Calvo Navarro 1936, 7).

La sensibilidad con la que Calvo Navarro escribe sobre Indalecia es extensible al grueso de la producción periodística prorrepblicana en Costa Rica. Los reportajes, artículos, poemas, ensayos y demás textos destinados a reivindicar la República Española gozaron de una calidad sorprendente para un país de tan solo medio millón de habitantes. El periodismo costarricense se alzó como uno de los principales valores de la propaganda leal en Hispanoamérica, pues además de la calidad y variedad de sus textos sobre la guerra española, fue una parte imprescindible del frente popular hispanoamericano, como veremos más adelante.

1.2.3 Diplomacia, censura y compromiso. La pugna por la opinión pública

Una de las principales características de la prensa hispanoamericana prorrepblicana fue su frentismo, que permitió articular una extensa red continental que pugnara por el apoyo de la opinión pública. A diferencia de las anteriores, la generación intelectual de los años treinta logró consolidarse gracias a su presencia en los medios de comunicación, que además de servir como fuentes de información para la ciudadanía eran

puntos de encuentro para escritores, filósofos, políticos y, desde luego, periodistas³⁶. Durante estos años era común que los diarios hispanoamericanos compartieran noticias de otros países del continente, fenómeno que se acusó particularmente durante la guerra civil española. Los artículos de opinión, ensayos y, desde luego, las novedades del conflicto que se publicaban en periódicos colombianos podían leerse desde Costa Rica, Argentina o Cuba, por ejemplo. *Repertorio Americano*, que estudiaremos más adelante en profundidad, compartía piezas provenientes de *Mediodía* de Cuba, *El Tiempo* de Colombia, *Claridad* de Argentina y, también, de diarios y revistas de la España republicana. *El Mono Azul*, *Hora de España*, *La Voz de Madrid* y el boletín *Nuestra España* –fundado por Neruda y Vallejo– eran referencias habituales tanto en la revista costarricense como en la mayor parte de medios de comunicación progresistas de Hispanoamérica³⁷, aspecto al que aludiremos a lo largo de este trabajo y que explica la construcción de determinados mitos heroicos, como es el caso de las milicianas Lina Odena y Paca Solano. Matías Barchino muestra en su libro *Guatemala y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2018) la gran diversidad de textos, autores y periódicos extranjeros presentes en la cobertura guerracivilista de los medios de comunicación guatemaltecos a pesar de la censura del régimen de Jorge Ubico:

Entre otros, encontramos textos procedentes de medios argentinos –como *La Nación*, *La Prensa* o *Crítica*–, chilenos –como *El Mercurio* y *La Nación*– y mexicanos –como *El Popular*, *El Nacional* y *El Universal*. En los periódicos vemos una gran cantidad de escritores hispanoamericanos que viven el conflicto de España con enorme pasión. Publican en Guatemala, entre otros, argentinos como Leopoldo López, Santiago S. Longoria, el poeta Leopoldo Díaz y Emilio V. Agudiño; mexicanos como Rodolfo Reyes, Juan Sánchez Azcona, Ermilo Abreu Gómez, Jaime Torres Bodet, Pedro de Alba, Carlos Pereyra, Adolfo Fernández Bustamante, Luis Lara Pardo, Rafael Heliodoro del Valle, Ángel Carvajal, Fernando de la Llave, Ricardo López Méndez y Andrés Hernán; chilenos como Joaquín Edwards Bello, Óscar Castro, Pablo Neruda, Raúl Silva Castro, Fausto Soto, Augusto Iglesias, Jesús Ramírez Riveros y Pablo Silva Castillo; peruanos como J. Francisco Coronado, Gonzalo de Sandoval, Raúl de Magaburo, José Enrique Arispe y Julio C. Guerrero; venezolanos como Ramón Heredia, Víctor Sanz y R. Narváez Rivera;

³⁶ Estudiaremos en profundidad la importancia de los medios de comunicación y la formación del campo intelectual hispanoamericano en el próximo apartado, “1.3 Redes intelectuales en pie de guerra. El frente popular hispanoamericano”.

³⁷ También es crucial tener en cuenta la presencia de firmas españolas en los periódicos y revistas hispanoamericanos, entre los que sobresalían poetas como Rafael Alberti, Manuel Altolaguirre o Pascual Pla y Beltrán, así como políticos e intelectuales involucrados en el conflicto, como el general Miaja, la Pasionaria y Ángel Ossorio y Gallardo, cuyo impacto en la literatura hispanoamericana estudiaremos en el cuarto capítulo, “«¡Antifascistas de todo el universo, uníos!». Los héroes del Frente Popular”.

cubanos como M. Álvarez Marrón, León Ichaso, José Sánchez Arcilla y Juan Marinello; colombianos como Eduardo Carranza y Julio Vives; y uruguayos como Wing (seudónimo de Luis A. Sciutto) y Víctor Haedo (Barchino 2018, 20).

Conscientes del creciente poder de la prensa en la opinión pública, las dictaduras y gobiernos de corte autoritario del continente emplearon la censura contra los medios de comunicación progresistas, quizá con más ahínco durante la guerra civil española por miedo a que la esencia del conflicto –la pugna entre fascismo y democracia– se extendiera a su geografía. En ese sentido, la dictadura de Ubico (1931-1944) tuvo un papel determinante en la recepción de las noticias del conflicto y la producción periodística en Guatemala, pues los intelectuales que se atrevieran a cuestionar sus políticas –incluidas las relaciones exteriores– podían ser perseguidos: “En los años treinta las opiniones de Jorge Ubico y sus actitudes políticas y diplomáticas eran ley para una buena parte de los guatemaltecos, que tuvieron que adaptarse para no caer en desgracia con el poder, ya que actuar en contra del gobernante suponía la marginación y, en el peor de los casos, el encarcelamiento o el exilio” (Barchino 2018, 17). Antes del temprano reconocimiento del gobierno de Ubico a Franco –fue el primero en hacerlo, a raíz de una información errónea que aseguraba que Madrid había caído en manos sublevadas–, el periodismo guatemalteco se dividió, al igual que en el resto de los países de la región, en dos trincheras enfrentadas:

Por un lado, los gubernamentales *El Liberal Progresista* –en el que trabajaba Miguel Ángel Asturias– y *Diario de Centro América*, que aprovecharon el conflicto para difundir las ideas de Ubico y arremeter contra el comunismo y el Frente Popular español; por otro lado, *Nuestro Diario*, dirigido por Federico Hernández de León, y *El Imparcial*, de Alejandro Córdoba y César Brañas, que desde posturas más liberales se posicionaron inicialmente con el gobierno republicano español y contra los rebeldes, aunque más adelante tuvieron que asumir las ideas oficiales (Barchino 2018, 17).

Sin embargo, esto no fue suficiente para impedir que los medios de comunicación guatemaltecos dieran a conocer “los acontecimientos de España y que todas las portadas se dedicaran a la guerra durante tres años”, lo cual refleja el gran interés de la opinión pública local por el conflicto. Esto provocó polémicas en torno a la cobertura bélica que obligaron a periódicos como *El Imparcial* a dar explicaciones sobre su línea editorial:

La guerra española es tema que apasiona al mundo. Los lectores de todas partes exigen noticias y comentarios a la tremenda actualidad, y no puede rehuir el periodista esta demanda. De ningún modo quisiéramos caldear los ánimos, y por ello sostenemos una norma de neutralidad, procurando ofrecer, como ahora, relatos objetivos y opiniones respetables, hasta donde nos es dable, los cuales tienden a ampliar las informaciones cablegráficas que han servido en Guatemala principalmente para formarse idea de lo que en España sucede (Barchino 2018, 17).

La postura de los gobiernos hispanoamericanos hacia el conflicto español fue crucial para la prensa, sí, pero también al revés. Durante una conferencia en la Universidad de Salamanca, Ángel Viñas se enfrentó a una pregunta clave para nuestro trabajo sobre el papel de los medios de comunicación internacionales en el conflicto: “¿Tuvieron importancia o influencia determinante en la postura de sus gobiernos?” (Viñas 1986, 631). La respuesta de Viñas fue un rotundo “no” con la excepción del caso francés, en el cual, en opinión de Viñas “la guerra de propaganda o el choque de opinión sirvió para fortalecer la voluntad del gobierno francés de no inmiscuirse en España”. Más allá de los pormenores de la política europea hacia la contienda española, no coincidimos en absoluto con tal afirmación. La batalla mediática hispanoamericana fue clave para situar a la opinión pública en contra de las decisiones de sus gobiernos y, en algunos casos, influir directamente en su política exterior, a través de iniciativas intelectuales y ciudadanas difundidas por periódicos y revistas, comprometidos con la causa leal al prestarse como soporte difusor. En Panamá, en torno a medio millar de personalidades de distintas profesiones firmó el manifiesto “Más de quinientas personas le piden al Ejecutivo que no reconozca al Gobierno de los rebeldes en España”, publicado en el diario *El Panamá-América* el 7 de septiembre de 1936. Los firmantes, todos ellos “simpatizadores del Gobierno legítimo español”, exhortaban al Gobierno de Juan Demóstenes Arosemena a desmentir las declaraciones del exembajador español Santiago Ruiz Tabanera, quien había renunciado a su puesto cuando estalló la guerra para ponerse del lado de los rebeldes. Ruiz Tabanera había afirmado que no se haría esperar “el reconocimiento del Gobierno revolucionario de España por parte del Gobierno de Panamá”, ante lo cual los firmantes expresaron su “deseo y esperanza de que el Gobierno de Panamá” no reconocería a Franco (Binns 2022, 486-87). Si bien no sabemos a ciencia cierta si el manifiesto influyó en la decisión última del presidente, lo cierto es que el reconocimiento tuvo que esperar a abril de 1939, cuando Madrid había caído en manos

sublevadas y la guerra estaba prácticamente terminada (Binns 2022, 71). Las actividades de la trinchera prorrepública mediática de Panamá, que compartía artículos y anuncios de las dos agrupaciones favorables al bando republicano, el Comité “Amigos de la Democracia Española” y el Comité de Defensa de la República Española, son indispensables a la hora de analizar el peso de los medios de comunicación en la opinión pública y, por lo tanto, su influencia en el gobierno.

Quizá es más evidente el caso mexicano, en el que, de acuerdo con Miguel Ángel Feria, el papel de la prensa con relación a la guerra española fue crucial “dada su importancia no solo para formar una corriente de opinión pública, sino también para influir decisivamente en la toma de decisiones políticas por parte del Gobierno y de la oposición” (Feria 2022, 33). El respaldo mediático al envío de material bélico, alimentario e higiénico fue determinante para el gobierno de Lázaro Cárdenas, lo cual no quiere decir que fuera homogéneo ni uniforme: la libertad de prensa provocaba también una férrea oposición por parte de los sectores más conservadores, quienes llevaron a cabo “una campaña radical contra la política interior y exterior del Gobierno, sin excluir ni la difamación ni las mentiras” (Feria 2022, 33). Tampoco podríamos entender la particular postura del presidente colombiano Alfonso López Pumarejo (1934-1938) ante el conflicto español sin tener en cuenta la labor de la prensa, tanto progresista como conservadora. Celia de Aldama explica que el presidente liberal mantuvo una “postura de no intervención directa en la guerra española ante las críticas de los bloques de la derecha y del ala más izquierdista de su propio partido”, provocadas entre otras razones por la “ola de violencia que se había propagado en la Península contra las instituciones clericales durante los primeros meses del conflicto”, la cual tuvo un gran impacto en la prensa conservadora colombiana que respaldó de forma “unánime y sin excepciones” al bando sublevado (2021, 48). De Aldama pone el énfasis en el asesinato de siete religiosos colombianos³⁸ que trataban de huir del país a manos de milicianos anarquistas y que trastocó la opinión pública colombiana. Ante un panorama complicado, con la derecha

³⁸ Algo similar ocurrió en la prensa uruguaya cuando Dolores y Consuelo Aguiar, hermanas del vicedeputado del Uruguay en España, fueron asesinadas en Madrid en septiembre de 1936. Este suceso precipitó el resquebrajamiento de las relaciones diplomáticas entre Uruguay y la República y favoreció las futuras relaciones entre la dictadura de Terra y el gobierno de Burgos a partir de diciembre de 1937 (Binns 2016, 29-30).

organizada en defensa de los franquistas y sus compañeros liberales desconfiados ante “las alianzas del gobierno de Madrid con anarquistas y comunistas dentro del Frente Popular”, la labor mediática fue fundamental para el apoyo gubernamental a la República Española (2021, 42).

La prensa colombiana de la “edad de los extremos” –época convulsa del periodismo nacional que abarca los años treinta– se alzó como un espacio de beligerancia intelectual (Guerrero Barón 2014, 174). El bando prorrepblicano colombiano, al igual que en el resto de Hispanoamérica, estaba compuesta por el grueso de diarios y revistas de izquierda, pero también por los “principales medios de la prensa liberal”, que “siguieron la actitud oficialista y apoyaron el respaldo del gobierno a la causa republicana” (Aldama Ordóñez 2021, 51). *El Espectador* de Medellín, *Vanguardia Liberal* de Bucamaranga y *El Tiempo* de Bogotá se situaron a la vanguardia de la defensa liberal del proyecto republicano español. En ese sentido, creemos que el compromiso de intelectuales y periodistas afines al liberalismo fue esencial para apoyar la postura del Gobierno respecto a España. Darío Samper, poeta perteneciente a la órbita de los Bachués y periodista habitual en los diarios *El Liberal* y *El Tiempo*, tribunas desde las que defendió a los republicanos como “uno de los intelectuales más prolíficos frente al conflicto español” (Aldama Ordóñez 2021, 526), dejó claro en *El Diario Nacional* de Bogotá que no había lugar para una tercera posición respecto a los sucesos españoles:

O se está con la democracia española, con las tradiciones del derecho, con los regímenes de libertad, con la defensa de los pueblos débiles, con el porvenir de su cultura –en una palabra, con la democracia y con la república– o se está del lado del fascismo imperial, de la invasión armada, de la conquista por la fuerza. Esa es la alternativa para los gobiernos, como para los escritores, para los intelectuales. Una actitud intermedia es imposible porque ante el peligro de subsistir o fenecer no hay términos medios (Aldama Ordóñez 2021, 530).

En la lejana retaguardia no se permitían medias tintas. No posicionarse ante un conflicto como el español era, tanto para los intelectuales como para los principales medios de comunicación, ineludible³⁹. La centralidad del periodismo hispanoamericano

³⁹ La investigadora argentina Raquel Macchiuci afirma, en un artículo sobre la revista *Sur* de Victoria Ocampo, que en los sectores “alineados junto a Francisco Franco –Iglesia, Estado– no había matices ni distinciones entre liberalismo e izquierdas”, lo cual empujó a buena parte del liberalismo y sus medios afines a sumarse a la trinchera prorrepblicana ante la imposibilidad de tener una propia (2004, 62).

en la construcción de los mitos heroicos, sumada a las enormes capacidades de influencia en la opinión pública que brindó a los intelectuales afines al bando republicano, lo convierten en un eje fundamental de este trabajo. Esto se debe, en parte, a que las publicaciones hispanoamericanas fueron el soporte principal de otro de los aspectos más determinantes de la construcción del héroe popular español en Hispanoamérica: la conformación del frente popular hispanoamericano en torno a las redes intelectuales del continente.

1.3 Redes intelectuales en pie de guerra. El frente popular hispanoamericano

El nuevo paradigma del intelectual comprometido, caracterizado por poner su pluma al servicio de las causas populares, influyó sobremanera en el campo político, literario y mediático de las sociedades hispanoamericanas gracias a su poder sobre la opinión pública. Esta capacidad de movilizar a las masas se debía, en gran medida, al protagonismo que los intelectuales –tanto de derecha como de izquierda, aunque en este trabajo nos ocupemos de los segundos– en los medios de comunicación. La revolución en las rotativas que problematizamos en el apartado anterior, atravesada por la proliferación de medios de comunicación y editoriales, y la irrupción de un nuevo tipo de intelectual ajeno a los oficios típicos asociados con esta categoría, promovió la participación de la sociedad civil en la batalla mediática y avivó las ansias informativas de los distintos pueblos de Hispanoamérica, a pesar en muchos casos de la graves persecuciones a medios de comunicación e intelectuales por parte de los gobiernos. Ambas cuestiones, tanto el protagónico papel de los medios como el viraje izquierdista y comprometido de los intelectuales, fueron imprescindibles para formar lo que en este tercer apartado hemos denominado el “frente popular hispanoamericano”, un campo intelectual y político continental politizado y articulado desde Argentina a México. Este frente, a imagen y semejanza del español, albergaba intelectuales, asociaciones y publicaciones de diferentes ideologías políticas que, agrupadas bajo la bandera antifascista y la política de frentes populares adoptada por la Komintern durante los años treinta frente al auge del nazismo y fascismo, se unieron para luchar desde la lejana

retaguardia hispanoamericana. Los intelectuales hispanoamericanos, a través de iniciativas grupales, como periódicos, revistas, manifiestos y, desde luego, asociaciones, logró conformar un frente común capaz de plantarle cara a los sectores profranquistas transatlánticos, tanto a nivel político como mediático y literario.

El presente apartado está dividido en dos subapartados cuyo objetivo es arrojar nueva luz sobre las particularidades del proceso de conformación de este frente. Para comenzar, estudiaremos el desarrollo de las redes intelectuales hispanoamericanas desde el arielismo hasta la guerra civil española para contextualizar este proceso de agrupación intelectual y comprender su alcance continental. En segundo y último lugar, analizaremos cómo estas nuevas redes de intelectuales eclosionaron en asociaciones de intelectuales antifascistas y un rosario de manifiestos que permitieron a escritores, periodistas, académicos, obreros, campesinos y un sinnúmero de profesiones agruparse bajo una única bandera para tratar de influir en los debates nacionales e internacionales sobre el conflicto español.

1.3.1 Del arielismo de avanzada al frentismo antifascista

El intelectual ateneísta mexicano Alfonso Reyes, en sus “Notas sobre la inteligencia americana” publicadas en la revista argentina *Sur*, reflexionó sobre el estado del campo intelectual hispanoamericano durante los años treinta a la luz del conflicto español, destacando cómo había logrado afianzarse hasta el punto de ser un actor más en el panorama cultural y literario global:

Hace tiempo que entre España y nosotros existe un sentimiento de nivelación y de igualdad. Y ahora yo digo ante el tribunal de pensadores internacionales que me escucha: reconocemos el derecho a la ciudadanía universal que ya hemos conquistado. Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros (Reyes 1997, IX:90).

El recorrido que los intelectuales hispanoamericanos tuvieron que seguir hasta alcanzar esa “mayoría de edad” no había sido ni breve ni fácil. El investigador Eduardo Devés-Valdés, especialista en redes intelectuales e historia latinoamericana, desarrolla una serie de reveladoras reflexiones en torno a este fenómeno. Para el chileno, las redes

intelectuales a finales del siglo XIX estaban muy lejos de tener una estructura definida a nivel continental, a pesar del terremoto político que supuso el conocido como “desastre del 98”, es decir, la guerra entre España y Estados Unidos por Cuba, Puerto Rico y, ya fuera del continente, Filipinas. Devés-Valdés compara el escaso impacto de los sucesos de 1898, cuando la intelectualidad latinoamericana “quedó perpleja” con los importantes sucesos que se sucedieron en las primeras décadas del siglo XX:

Pienso, por ejemplo, en la revolución mexicana, rusa o cubana; pienso en la reforma universitaria de Córdoba; pienso en la guerra civil española y, por cierto, en las dos guerras mundiales; pienso en el golpe de Estado del 73 en Chile; pienso, obviamente, en la crisis económica del 29 y en la caída del muro de Berlín. Todos estos hechos del siglo XX suscitaron una reacción notoriamente más importante que el 98 (2007, 98).

El investigador identifica dos causas para este fenómeno. Por un lado, el pensamiento latinoamericano a finales del XIX mostraba signos de “debilidad”, esto es, una muy limitada articulación y organización con pocos actores de relevancia. En segundo lugar, los intelectuales estaban “en otra” y no identificaban el 98 como un “acontecimiento relevante”. De acuerdo con la investigación de Devés-Valdés, habría que esperar a “la enorme y rica producción de los primeros años del XX” para comenzar a observar un cambio de paradigma de relevancia. Es durante estos años cuando se produce “una renovación generacional, temática e ideológica que no solo va a cambiar el eje gravitacional de nuestro pensamiento, sino que le va a otorgar una variedad con una sensibilidad notoriamente mayor que la que exhibió a fines del siglo XIX” (2007, 40-41).

Devés-Valdés explica, a partir del estudio del arielismo, las razones tras el fracaso de las redes intelectuales previas a las de los años treinta a la hora de articular un movimiento relevante a nivel continental y cómo esto dio un giro de 180 grados a partir de esta década. Para empezar, la red arielista fue muy limitada en cuanto a sus figuras, cuyo individualismo imposibilitó la posibilidad de un trabajo colectivo contundente. Otro aspecto imprescindible fue la incapacidad de esta red para “institucionalizarse”, esto es, crear medios de comunicación, asociaciones u órganos de coordinación que permitieran articularse a nivel continental. Esta ausencia de estructuras firmes, además de su escasa presencia en organismos estatales, como el gobierno o las universidades, impidió la consolidación de un campo intelectual hispanoamericano por la falta de fondos

económicos (2007, 71-74). Como apuntaba el propio Devés-Valdés, habría que esperar a los grandes sucesos del siglo XX –entre los que se encontraba, desde luego, la guerra civil española– para ver un campo intelectual hispanoamericano realmente organizado y con una estructura asentada.

El investigador Gabriel Peluffo identifica la progresiva creación y consolidación de las redes arielistas a partir de lo que denomina “arielismo de avanzada”, es decir, una superación del “primer arielismo” del periodo entre 1908 y 1917 gestada al calor de la “incorporación de ideas socialistas” y antiimperialistas que asumirán intelectuales de la talla del argentino José Ingenieros, Carlos Quijano en Montevideo, Joaquín García Monge en Costa Rica y José Carlos Mariátegui en Perú (2019, 138). Peluffo observa en las publicaciones periódicas de la Unión Latino-Americana, fundada en Buenos Aires en 1924, entre las que se encontraban *Renovación* (Buenos Aires), *Sagitario* (La Plata) y *Cultura* (Montevideo), uno de los primeros intentos de organizar un movimiento que, pese al inicial influjo de los ideales de la reforma universitaria de 1918, rebasara “la mera solidaridad estudiantil” y propusiera “acciones concretas contra el imperialismo norteamericano a escala continental” (2019, 138-39). El artículo “La juventud universitaria uruguaya” del uruguayo Óscar Cosco Montaldo, publicado en *Acción Universitaria* de Buenos Aires, planteaba los nuevos problemas a los que tenía que hacer frente tanto la Unión Latino-Americana como el grueso de los intelectuales hispanoamericanos: “la lucha contra las tiranías en América (y he ahí el ejemplo del Perú, de Venezuela y de Bolivia) y la lucha contra el imperialismo yanqui y la diplomacia del dólar, que ha venido a desnaturalizar la doctrina de Monroe, transformando el principio de defensa contra el intervencionismo europeo, en el principio de hegemonía yanqui y de absorción imperialista” (1925, 2). Una de las revistas de esta red, *Sagitario*, llegó a circular por casi toda Hispanoamérica e incluso España, esbozando un primer circuito de publicaciones a nivel continental –o incluso hispánico– en el que ya se encontraban *Amauta*, la revista de Mariátegui, y *Repertorio Americano* de García Monge, publicación que Devés-Valdés ya identificaba como la gran “portavoz de la red” arielista y que se alzaría, ya en los años treinta, como la referencia más importante del frente popular hispanoamericano (2007, 73). La labor de las publicaciones de estas redes “creadas a partir del reformismo universitario y de las ideas antiimperialistas que derivan de una

común raíz arielista” fue crucial en la conformación de lo que pocos años después serían las AIAPE –Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores– formadas tanto en Argentina como en Uruguay durante los años treinta (Peluffo 2019, 139). La tesis que defendemos en el presente trabajo en diálogo con los trabajos de Peluffo y Devés-Valdés es que las redes tejidas por el frente popular hispanoamericano son, en gran medida, una superación de las precedentes.

En ese sentido, creemos que *Repertorio Americano*, la revista que más citamos debido a la presencia de artículos, ensayos, poemas e incluso arte de corte prorrepblicano, fue una pieza esencial de la red frenteamplista hispanoamericana –a pesar de su inexplicable escasa presencia en los estudios de literaturas hispánicas– y un punto de partida ideal para comenzar a explicar el funcionamiento y características de la red. En palabras del único editor de la publicación, Joaquín García Monge, *Repertorio Americano* tenía como uno de sus máximos objetivos “demostrar que en la minúscula Costa Rica es posible crear un hogar intelectual, una fundación de la fraternidad espiritual entre la gente de habla castellana” (L. Ferrero 1988, 16). Para la investigadora Angélica López-Plaza, la labor de la revista fue “fundamental para la formación de una comunidad intelectual americana” gracias a su capacidad de conformar redes que se extendieran “fuera de las fronteras nacionales”, lo cual hizo de la revista, probablemente, el primer “foro transnacional” de gran relevancia en el ámbito hispanohablante (2017, 237). De acuerdo con el historiador chileno-costarricense Mario Oliva Medina, la publicación “creó un campo cultural propio formado por un modo de producir, circuitos y redes de circulación y una recepción o consumo que asemeja a un abanico desplegado que la hace un universo propicio para el estudio de una época” (2022, 187). Ana Cecilia Barrantes, por otra parte, en su libro *América/España en el “Repertorio Americano”* definió el espíritu de la red conformada por la revista de Joaquín García Monge como una búsqueda de la juventud intelectual hispanoamericana en tiempos de cambio y de gran trascendencia para el continente:

En realidad, la búsqueda de la identidad hispanoamericana llevaba a la juventud a revisar los valores falsos y gastados, a luchar por el arte vernáculo y, en general, por el arte nuevo en sus diversas manifestaciones. Por introducir y divulgar las últimas doctrinas, teóricas y prácticas, artísticas y científicas. Por reformar la enseñanza pública. Por luchar contra los corrompidos sistemas de oposición a cátedras. Por la autonomía universitaria. Por la

independencia económica y contra el imperialismo. Contra las dictaduras políticas. Contra los desafueros pseudo democráticos, la farsa del sufragio y por la participación efectiva del pueblo en el gobierno, en pro del mejoramiento del agricultor, del colono y el obrero. Por la cordialidad y la unión hispanoamericana (2007, 99).

Estos ideales demócratas y progresistas eran, como anticipamos, compartidos por gran parte de las publicaciones pertenecientes a este frente intelectual. En ese sentido, el editor de la publicación, Joaquín García Monge, definió en pocas palabras el papel de las revistas y periódicos de esta renovada y emancipatoria red a través de una reflexión sobre su propia publicación: “Imperialismos, dictaduras y tiranías hallaron en la revista de que soy editor, páginas de combate” (Barrantes 2007, 132).

La guerra civil española acentuó la vocación libertadora de las publicaciones hispanoamericanas, que intensificaron su actividad durante los años del conflicto. Sin embargo, no se limitaron a la palabra impresa. Como estudiaremos en el siguiente apartado, el frente hispanoamericano fue más allá de las revistas y los periódicos para articular una serie de asociaciones, manifiestos y otras iniciativas grupales cuya máxima era agrupar a los intelectuales que, ante el desafío impuesto por el auge del fascismo y la guerra, debían movilizarse por la libertad de España e Hispanoamérica.

1.3.2 Los intelectuales se agrupan. Asociaciones de escritores, periodistas y artistas

El ideario de *Repertorio Americano*⁴⁰, extensible a gran parte de las publicaciones que pertenecieron a la red del frente popular hispanoamericano, relució con particular brillo durante el conflicto español. Este credo antifascista, demócrata y humanista llevó en volandas a las publicaciones frentistas, que ostentaron un papel central en la difusión

⁴⁰ Otra publicación que destacó por su frentismo fue la argentina *Nosotros*, cuya figura estrella fue durante un tiempo el intelectual colombiano Baldomero Sanín Cano. El investigador colombiano Rafael Rubiano Muñoz afirma que si por algo se caracterizó *Nosotros* durante los años treinta fue por la “solidaridad” y su espíritu frenteamplista hispanoamericano: “Más allá de procurar la constitución de un campo intelectual y cultural institucionalizado, tuvo como objetivo primordial erigir un espacio de concurrencia de desiguales como divergentes formas de pensamiento y de apreciación, lo que se conjugó con la construcción de lazos variados y específicos de sectores o generaciones de latinoamericanos, a la que concurrió Sanín Cano. *Nosotros* no fue una mera publicación de eruditos y de élites enquistadas en la ‘torre de marfil’; por el contrario, sus fundamentos fueron el espíritu juvenil, el compromiso estético conectado con el compromiso social y político, y su orientación primordial hacia las clases medias” (Rubiano Muñoz 2014, 142).

continental de textos sobre el conflicto. La doctrina ideológica de *Repertorio Americano*, así como de otras tantas revistas y periódicos del continente, se proponía una defensa de la democracia y el liberalismo “en todos los países hispanoamericanos (incluyendo España)”, aunque siempre anteponiendo “los valores morales e intelectuales a los puramente económicos” (Barrantes 2007, 112). Esos valores democráticos, asimismo, eran llevados a la práctica a través de una activa “solidaridad política” hacia los “pueblos hispanoamericanos en todas las cuestiones de interés oficial”, cuestión central en los turbulentos años treinta. En cuanto al imperialismo, creciente amenaza en la coyuntura de esta época, la revista se oponía “a toda política financiera que comprometa la soberanía y particularmente la contratación de empréstitos que autoricen o justifiquen la intervención de Estados extranjeros”, en numerosas ocasiones a través de la reivindicación de los grandes libertadores y próceres americanos, como Martí o Bolívar, cuya obra estaba muy presente en sus páginas, dinámica compartida por buena parte de las publicaciones de la red (2007, 112-13). Respecto a los derechos y libertades ciudadanas, la revista abogaba por la restricción de la “influencia de la Iglesia en la vida pública”, la “enseñanza gratuita, laica y obligatoria, y reforma de las universidades” y la protección de “los derechos del niño y de la mujer y de los amerindios y los negros” (2007, 113).

Este ideario estaba estrechamente asociado al antifascismo hispanoamericano, liderado por los partidos comunistas que proliferaban por todo el continente, pero también por formaciones de izquierda e incluso liberales progresistas, como en Colombia y Ecuador. En los libros de la colección “Hispanoamérica y la guerra civil española” se ha podido comprobar cómo, en la mayor parte de países hispanoamericanos, las formaciones comunistas y sus engranajes políticos, sociales e intelectuales fueron imprescindibles a la hora de tejer las redes del frente popular hispanoamericano. Esta tendencia fue fruto del giro radical que la Komintern, es decir, la Internacional Comunista, dio en 1935, empujada por el auge exponencial de las ideologías fascistas y nazis alrededor del globo. En ese año, los partidos comunistas y sus intelectuales abrazaron la nueva política de frentes populares y comenzaron a construirlos en Francia:

En julio de 1935, en el VII Congreso de la Komintern celebrado en Moscú, se consagró a nivel internacional la política comunista de los frentes populares: los socialistas,

socialdemócratas y radicales dejarían de ser “socialfascistas”, enemigos del comunismo, para convertirse en aliados en la lucha contra el fascismo. Un mes antes, en el Palais de la Mutualité de París, ya se había establecido un frente de intelectuales antifascistas en el marco del I Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura (Aznar Soler 2018, 76-78).

Fue en este momento cuando los intelectuales que pertenecían a la órbita comunista empezaron a colaborar con otros intelectuales que, hasta entonces, habían sido tildados, como afirma Aznar Soler, de “socialfascistas”, abriéndose así una etapa en la que era común que las publicaciones de la izquierda antifascista albergaran firmas de, socialistas, anarquistas, trotskistas, comunistas y liberales progresistas. Así lo ve también Julia Miranda, quien afirma que esta dinámica que se originó en la Europa occidental no tardó en asentarse en Hispanoamérica: “Estas actividades en el campo del antifascismo fueron consonantes con las europeas y, desde los diversos sectores políticos de izquierda o incluso, liberales, se propiciaba la formación de un ‘frente intelectual internacional’, como un nuevo espacio de cultura” (2016, 240). El “frente intelectual internacional”, como recoge Miranda, floreció rápidamente en Hispanoamérica a causa de la “mundialización del movimiento cultural de la guerra, entablada por el llamado de los intelectuales españoles y la pronta respuesta recibida” que, a su vez, derivó en la formación de un “espacio de cultura por sobre las fronteras nacionales” en el que, según hemos estudiado, operaba este frente popular (2016, 247). El internacionalismo político y la solidaridad expresada por los pueblos de todo el continente fueron también parte de los “detonantes” de este nuevo espacio cultural –y literario– cuyos objetivos rebasaban las literaturas y prensas nacionales y exigían una coordinación a escala continental que pudiera hacer frente a la amenaza fascista (2016, 255).

Las experiencias de exilio de los intelectuales hispanoamericanos perseguidos por sus gobiernos, como es el caso ya estudiado de Perú o Guatemala, pero también de Venezuela y Cuba, son piezas importantes de este conglomerado antifascista. La presencia de Rómulo Betancourt, quien se convertiría años después en presidente de Venezuela, en la Costa Rica de los años treinta es un buen ejemplo de este “internacionalismo forzado”. Betancourt llegó a formar parte de la dirección del Partido Comunista de Costa Rica, siendo amenazado con la deportación en numerosas ocasiones por sus actividades revolucionarias (González Ruiz 2022, 143). Juan Marinello, uno de

los mayores referentes hispanoamericanos en la lucha republicana transatlántica, era también un exiliado, en este caso en el México cardenista, al igual que el guatemalteco Luis Cardoza y Aragón, ambos miembros de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios de México (Feria 2022, 58).

La solidaridad entre países también era un rasgo característico de esta nueva red frenteamplista, como sucede con la presencia de los intelectuales y militantes del APRA peruana homenajeada en numerosos actos políticos y literarios en el Chile de los años treinta (Barchino y Cano Reyes 2013, 312). Otro ejemplo lo encontramos en la Argentina, donde el expresidente ecuatoriano José María Velasco Ibarra⁴¹ había cosechado estrechos vínculos con otra de las grandes figuras mediáticas del frente hispanoamericano, la editorial Claridad, que contaba con su propia revista mensual y era, en palabras de Raúl Larra, “un popurrí de todas las fracciones de la izquierda, desde anarquistas, socialistas, comunistas, trotskistas, apristas y algunos pelajes indescifrables” (1982, 41). Fue en esta publicación donde el antifascista Velasco Ibarra publicó, bajo el seudónimo “Fernando Dónix”, el artículo titulado “El terror fascista ecuatoriano”, en el que se despachaba contra el gobierno autoritario de Federico Páez (Binns 2012b, 558). Fue tal el escándalo que las autoridades ecuatorianas requisaron los ejemplares de la revista que llegaron al puerto de Guayaquil, prohibiendo también su circulación por las supuestas “calumnias” arrojadas contra el presidente del país.

Este contexto propició la aparición de una copiosa multitud de asociaciones frentistas de intelectuales antifascistas, como la Sociedad de Escritores y Artistas del Ecuador (SEA), fundada en 1937, las ya estudiadas AIAPE (tanto la uruguaya como la argentina), la LEAR –Liga de Escritores, Artistas Revolucionarios– de México, la Liga Antifascista de Costa Rica, y tantas otras cuya máxima era hacer frente al auge del fascismo en el mundo y en sus países. Estas organizaciones tenían, por su propia naturaleza, una vocación frentista que agrupaba al grueso de intelectuales antifascistas de sus países, la cual los empujó a llevar a cabo iniciativas solidarias y, desde luego, a poner la pluma al servicio de la República española. Este frentismo al que aludimos no es baladí,

⁴¹ Velasco Ibarra era, en realidad, un político conservador. Su concepción “*sui generis*” del antifascismo, “más católico y liberal que izquierdista”, era lo que había posibilitado su buena relación con la AIAPE, aunque es un caso curioso en este trabajo (Binns 2012b, 572).

sino que, al menos en el caso de la LEAR, constituyó el origen de la organización. María de las Nieves Rodríguez explica así el nacimiento de la agrupación revolucionaria mexicana: “Se creó en 1933 como una organización inspirada en la Association des Ecrivains et Artistes Révolutionnaires (A.E.A.R.) fundada un año antes por el Partido Comunista Francés siguiendo la propuesta de André Breton y en la Asociación de Escritores y Artistas Revolucionarios (A.E.A.R.) fundada en Madrid en 1933” (2014, 132). La organización estaba, a diferencia del resto de países hispanoamericanos, respaldada por el gobierno de Cárdenas, que lejos de ponerles trabas los ayudó a través de sus políticas culturales a consagrarse en el panorama literario. La LEAR, que estuvo presente en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura, fue una de las piezas más importantes del frente popular hispanoamericano no solo por la ayuda gubernamental de la que gozaba, sino también por la calidad literaria y artística de sus miembros –Juan Marinello, Silvestre Revueltas y María Luisa Vera, entre otros– y sus estrechos vínculos con intelectuales republicanos españoles⁴².

En Chile, la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura fue creada por Pablo Neruda en octubre de 1937 a causa de la “amenaza creciente del fascismo” e inspirada por “el Congreso Internacional para la Defensa de la Cultura que se celebró en España en julio de 1937” (Barchino y Cano Reyes 2013, 133). La organización contaba con su propia publicación, *Aurora de Chile*, cuyo nombre hacía referencia al primer periódico del país, fundado en 1812 al calor de las guerras independentistas americanas⁴³. En palabras de Matías Barchino y Jesús Cano Reyes, la Alianza tenía cinco ejes de trabajo principales que reflejan su espíritu frenteamplista:

- (I) la recuperación de una tradición chilena de intelectuales amantes de la patria y la libertad y defensores de la cultura, entre ellos no solo el propio Camilo Henríquez, sino también Alonso de Ercilla, Pedro de Oña, José Victorino Lastarria y Carlos Pezoa Véliz;
- (II) el espíritu americanista, manifiesto particularmente en los homenajes al pueblo peruano celebrados cada 27 de julio, y el protagonismo en las actividades de la Alianza

⁴² Por ejemplo, en enero de 1937 la LEAR organizó un Congreso de Escritores, Artistas, Hombres de Ciencias e Intelectuales en el Teatro de Bellas Artes que contó como presidentes honoríficos con “Rafael Alberti, María Teresa León, León Felipe, César Arconada y Pascual Pla y Beltrán” (Feria 2022, 73).

⁴³ De acuerdo con Fabio Moraga Valle y Carla Peñaloza Palma, esta elección no fue casualidad. Al trazar esa continuidad entre 1813 y 1936, los intelectuales de la Alianza “homologaban la actual lucha internacional contra el fascismo con la lucha contra el Imperio Español en la década de 1810. Por ello no fue incongruente que otra de sus líneas editoriales fuera apoyar la campaña por el abanderado del Frente Popular local” (2011, 74).

del argentino Raúl González Tuñón y los peruanos Luis Alberto Sánchez y Eudocio Ravines; (III) los vínculos establecidos con intelectuales antifascistas europeos a través de la Asociación Internacional para la Defensa de la Cultura, basada en París, y mediante la publicación de autores europeos proscritos por el fascismo; (IV) el apoyo al Frente Popular y a Pedro Aguirre Cerda, presidente a partir de diciembre de 1938; y (V), muy notablemente, la solidaridad con la República Española (2013, 135).

Para aumentar su prestigio de cara a la opinión pública –recordemos que las elecciones en las que ganó el Frente Popular chileno fueron en octubre de 1938–, la Alianza destacaba el oficio de sus miembros para subrayar la diversidad inherente a la organización y el protagonismo político y social que tenían. Entre ellos sobresalían Julio Alemparte, historiador y profesor; la poeta Olga Acevedo; el escritor, profesor y director general de Bibliotecas Gabriel Amunátegui; los músicos Domingo Santa Cruz y Armando Carvajal, siendo este último también director del Conservatorio de Música; el director del Museo de Bellas Artes Julio Ortiz de Zárate y un joven Nicanor Parra⁴⁴, profesor y poeta (Barchino y Cano Reyes 2013, 134). Al igual que en México, los antifascistas chilenos organizaron congresos cuya temática solía tratar “el debate en torno al papel del escritor en la sociedad y su posicionamiento en relación con el fascismo y la guerra de España” (2013, 46). El primer Congreso de Escritores de Chile, que tuvo lugar en abril de 1937 en Santiago, se resolvió con un contundente manifiesto en defensa del bando republicano español que, además de aseverar el frentismo de los intelectuales chilenos, se hizo eco de buena parte de las cuestiones centrales de este trabajo, esto es, de los renovados vínculos entre España e Hispanoamérica:

- 1) Que los escritores, en su calidad de ciudadanos de un país libre, están obligados a manifestar su adhesión a los principios superiores de democracia y libertad;
- 2) Que el pueblo español, con heroísmo que recuerda las gestas más grandes de la raza común, está defendiendo sus libertades nacionales personificadas en el mantenimiento del gobierno legítimo emanado de los comicios electorales de 1936;
- 3) Que es un deber de todo hombre libre, expresar su adhesión, aun cuando solo fuese platónica, a los hombres que sustentan principios democráticos y mueren por ellos (Barchino y Cano Reyes 2013, 46).

⁴⁴ Nicanor Parra tenía tan solo veintiún años cuando estalló el conflicto español. En su primer libro, *Cancionero sin nombre* (1937) escribió dos poemas inspirados, a todas luces, en la obra lorquiana. A pesar de que no hacían referencia ni a la guerra ni al asesinato del granadino, el impacto del *Romancero gitano* (1928) en el joven poeta chileno era evidente. El propio Parra afirmó en una entrevista que durante los años treinta trató de “aplicar a Chile el método que Lorca había hecho suyo en España” (Morales 1972, 32). Además, perteneció a la Alianza de Intelectuales de Chile en 1939 (Barchino y Cano Reyes 2013, 507-8)

Niall Binns estudió la prolificidad de manifiestos durante el conflicto español, fenómeno que en palabras del investigador británico se remonta a “finales de la segunda década del siglo”, cuando la vanguardia –desde Huidobro hasta los estridentistas mexicanos, pasando por *Martín Fierro* en Argentina– empleó este género para desmarcarse de un “modernismo que estaba en plena decadencia” (2020, 121). A partir de julio de 1936, el manifiesto se convirtió en “un género privilegiado” a través del cual los intelectuales, agrupados bajo una bandera o un ideal común, mostraban “en público, colectivamente, su actitud no solo ante cuestiones estéticas sino también y sobre todo ante la problemática social y concretamente ante la guerra española”, contribuyendo así a la escisión y polarización de los campos intelectuales de cada país (2020, 121). Los manifiestos en apoyo a los republicanos españoles fueron una pieza fundamental de la conformación del frente popular hispanoamericano pues, además de unir a los intelectuales en torno a la defensa de la República española, sirvieron como ariete frente a los gobiernos y medios de comunicación que simpatizaban con la sublevación.

Prueba de ello son dos manifiestos publicados en Centroamérica. El primero fue firmado por un nutrido grupo de intelectuales panameños en diciembre de 1937 que congregó a “literatos, hombres de ciencia, profesores, artistas, poetas y periodistas”. Los suscritos afirmaban ser representantes de “un sector apreciable de la intelectualidad panameña” que, movidos por “un deber de conciencia”, habían sentido la necesidad de mostrar su respaldo a los republicanos españoles frente a la propaganda sublevada y su poderosa influencia en la opinión pública: “Lamentamos el engaño en que a una parte del noble y comprensivo pueblo panameño mantiene sistemática propaganda fascista, haciéndole creer que la España leal es presa del comunismo ruso, cuando la pura verdad es que solo está defendiéndose” (Binns 2022, 489). Los intelectuales panameños mostraron asimismo su más “sincera adhesión a la España pensante, representada en esta hora de prueba por los hombres de ciencias y de letras y los artistas del más alto nivel”, entre ellos los hermanos Machado, José Bergamín, Ramón Menéndez Pidal, Pablo Picasso, Margarita Xirgú, Rafael Alberti y León Felipe. El frentismo de la intelectualidad panameña se refleja en la diversidad ideológica y profesional de los suscritos, que abarcaban un amplio espectro laboral y político dentro de las tendencias democráticas.

Rogelio Sinán, seudónimo de Bernardo Domínguez Alba, definido por Binns como la “figura central de la literatura panameña moderna” era un poeta, diplomático y periodista que dedicó el poema “Guitarra decapitada” a Federico García Lorca en el marco del homenaje que la Universidad de Panamá brindó al granadino (2022, 433-34). La educadora Otilia de Tejeira, además de desempeñarse como maestra, fue secretaria tesorera del Comité “Amigos de la Democracia Española”, asociación que había lanzado su propio manifiesto un año atrás para animar al pueblo panameño a solidarizarse con la España republicana: “A los obreros, los campesinos, los estudiantes, los intelectuales y las clases medias que son las víctimas primeras del fascismo, les conminamos a trabajar de todo corazón con nosotros para derrotar a los enemigos históricos de la cultura, la libertad y el bienestar de la España auténtica” (2022, 138). Octavio Méndez Pereira, ferviente liberal progresista, fundador de la Academia Panameña de la Lengua y de la Historia y primer rector de la Universidad de Panamá, fue otro de los firmantes del manifiesto. Binns recoge en su libro dedicado al impacto de la guerra española en Panamá la clara y equilibrada opinión de Méndez sobre el conflicto, que expresó en su columna “Motivos efímeros” en *La Estrella de Panamá*, uno de los principales diarios del país. En “El momento español” del 31 de julio de 1936 afirmó que, como liberal, no podía “estar con ninguna dictadura, ni de izquierda ni de derecha”, y una semana después, muy en la línea del presidente liberal de Colombia, Alfonso López Pumarejo, publicó “Ni comunismo ni fascismo” (2022, 366-70). En esta columna, Méndez se distanciaba de cualquier tipo de extremismo ideológico, eso sí, sin dejar de posicionarse del lado republicano⁴⁵. El frente popular hispanoamericano, lejos de representar una ideología en particular, logró conformar un espacio amplio que albergaba también a intelectuales no tan radicales en su posicionamiento político, como los liberales, pero que compartían los ideales progresistas y antifascistas que tenían todos en común.

Repertorio Americano, piedra angular de este frente, fue una de las tribunas predilectas para la publicación de estos manifiestos, como el “Manifiesto de un grupo de intelectuales puertorriqueños”, enviado por la escritora y educadora Margot Arce desde Ríos Piedras a la publicación costarricense y dirigido a Franklin Delano Roosevelt,

⁴⁵ Héroes como el jurista conservador Ángel Ossorio y Gallardo, que estudiaremos en el apartado “4.2 «Un monárquico sin rey al servicio de la República». Ossorio y Gallardo y la cuestión religiosa”.

presidente de los Estados Unidos, con el objetivo de fomentar la solidaridad hacia la España republicana: “Una acción internacional en favor de España, para ser eficaz, debe fundarse en el respeto de la personalidad histórica y moral de ese pueblo; también ha de ir acompañada [...] de auxilios materiales” (*Repertorio Americano* 1939b, 100). Otro de los documentos colectivos de los que se hizo eco fue “Comité Iberoamericano al Servicio de la Independencia Española”, un llamamiento de la organización con sede en la porteña Avenida de Mayo formada por “un grupo de americanos y españoles”, dirigido a “los partidos políticos de toda la América Hispana, así como a las instituciones obreras, centros culturales, hombres de ciencia, legisladores, periodistas, escritores, abogados, artistas, etc.” (*Repertorio Americano* 1937, 189). El manifiesto tenía como objetivo alentar a estos sectores sociales a realizar una “vasta campaña en todo el Continente americano a favor del inmediato retiro de todos los extranjeros que pelean en la Península” así como a crear “comités similares en todo el Continente”.

El cierre de filas en torno a la defensa de la República, articulado a través de textos como los manifiestos, guardaba relación con un fenómeno transversal a buena parte de las referencias que manejamos en este trabajo: cambiar la imagen de España en el continente. La nueva España surgida de la República representaba unos valores con los que los sectores progresistas hispanoamericanos se identificaban y se dedicaron a reivindicar en sus publicaciones para combatir la propaganda sublevada e inclinar la simpatía de la opinión pública del lado de la República. El hispanoamericanismo popular, una nueva mirada a la relación entre España e Hispanoamérica, atravesó las rotativas del continente y mostró un nuevo paradigma en las relaciones transatlánticas.

1.4 De «desnaturalizada madrastra» a «madre/hermana España». El hispanoamericanismo popular

¿Temer al español liberal y bueno, a mi padre valenciano, a mi fiador montañés, al gaditano que me velaba el sueño febril, al catalán que juraba y votaba porque no quería el criollo huir con sus vestidos, al malagueño que saca en sus espaldas del hospital al cubano impotente, al gallego que muere en la nieve extranjera al volver de dejar el pan del mes en la casa del general en jefe de la guerra cubana? ¿Por la libertad del hombre se pelea en Cuba, y hay muchos españoles que aman la libertad! A estos españoles los atacarán otros; ¡yo los ampararé toda mi vida!

JOSÉ MARTÍ (1891)

José Martí, libertador y héroe popular de Cuba y uno de los principales protagonistas de la historia de la isla, luchó en los últimos estertores del siglo XIX contra dos de las potencias de la época: el decadente Imperio Español y el creciente poder de los Estados Unidos, cuya sombra ya cubría casi todo el continente americano. El latinoamericanismo de Martí, referenciado por los intelectuales del siglo XX, era pura “expresión de rebeldía contra el colonialismo y el neocolonialismo”, ante lo cual expresó la urgencia de “continuar las luchas independentistas” redoblando la apuesta en clave emancipadora (Saladino García 2005, 164): “De la tiranía de España supo salvarse la América española; y ahora, después de ver con ojos judiciales los antecedentes, que ha llegado para la América española la hora de declarar su segunda independencia” (Martí 1999, 25). El político e intelectual cubano, venerado en la isla durante los revolucionarios años veinte y treinta, tenía una visión de la guerra de Independencia cubana frente a España y, después, Estados Unidos, que desvinculaba al pueblo español, que nutría las filas del Ejército enemigo, del gobierno y la monarquía que representaban:

Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminaremos. No nos maltraten, y no se les maltratará. Respeten, y se les respetará. Al acero responda el acero y la amistad a la amistad. En el pecho antillano no hay odio; y el cubano saluda en la muerte al español a quien la crueldad del ejercicio forzoso arrancó de su casa y su terruño para venir a asesinar en pechos de hombre la libertad que él mismo ansía. Más que saludarlo en la muerte, quisiera la revolución acogerlo en vida; y la república será tranquilo hogar para cuantos españoles de trabajo y honor gocen en ella de la libertad y bienes que no han de hallar aún por largo tiempo en la lentitud, desidia, y vicios políticos de la tierra propia (1999, 280).

Lo que, en el siglo XIX, cuando las heridas de las guerras de Independencia aún no habían cicatrizado, podría ser considerado una anomalía, fue una constante durante la guerra civil española. Los intelectuales hispanoamericanos, recogiendo el testigo de Martí, centraron el discurso prorrepblicano en el propio pueblo español como el verdadero héroe del conflicto además de portador de la “esencia” hispánica. En este apartado estudiaremos la renovada relación entre Hispanoamérica y la España republicana presente en el discurso de los intelectuales prorrepblicanos de la lejana retaguardia. El hispanoamericanismo popular buscó tender nuevos puentes entre ambas geografías basados en nuevos vínculos en los que los pueblos, tanto el español como el hispanoamericano, eran los protagonistas. Para ello, estudiaremos primero la reconfiguración de las relaciones transatlánticas en clave popular para, después, centrarnos en el uso político de esta nueva relación como estrategia antiimperialista y anticolonial.

1.4.1 La nueva España y las repúblicas hispanoamericanas

Juan Marinello, en un artículo publicado tanto en la revista mexicana *Futuro* como en *Repertorio Americano*, planteó un paralelismo similar al que José Martí hiciera cuarenta años atrás entre los pueblos de España e Hispanoamérica:

En la simpatía desbordada, honda, sincerísima, del proletariado de México, de Cuba, de Venezuela, de Argentina, de Ecuador, hacia el pueblo de España hay mucho de recuerdo de su propia herida, de los efectos causados en su carne por un grupo dominador que, en lo central, es el grupo fascista español. ¿Cómo no ha de recordar el indio maltratado, el guajiro pisoteado, el negro maldecido, esta fisonomía del obispo español, cebado y millonario ante el hambre de los más? ¿Cómo no ha de encenderse en limpia indignación al descubrir en el señorito al latifundista de Andalucía, al padre, al hermano, al hijo de quien le rasgó las carnes en sus plantíos americanos? (1936, 261).

El intelectual cubano estableció una comparación entre las vetustas élites coloniales, enemigas de los pueblos hispanoamericanos, con las burguesías del continente de la época, que según él apoyaban sin titubeos a Francisco Franco, como muestra del odio que sentían hacia sus propios pueblos: “En el apoyo cuantioso que prestan el latifundista, el clerical, el fascista hispanoamericano, a los rebeldes de España, hay mucho

de su rencor desesperado contra las masas hispanoamericanas que han roto con duro esfuerzo su inhumano dominio”. El cubano, al defender el “hecho indefectible de nuestra hispanización intelectual”, que suponía el entendimiento entre España y sus antiguas colonias, dio una jugosa razón a los pueblos hispanoamericanos para apoyar a la República: “El triunfo del pueblo, del proletariado de España, significa, por lo tanto, un debilitamiento cierto de la reacción hispanoamericana, una ventaja revolucionaria específica para nuestras masas”, y los animaba a hacer “el más enérgico y decidido esfuerzo por su triunfo, que es nuestro triunfo” (1936, 261).

Las relaciones entre ambas orillas, tensadas o incluso inexistentes durante años a causa del rencor colonial hacia España y el paternalismo de esta última con las repúblicas hispanoamericanas, dio un giro de ciento ochenta grados durante los años treinta⁴⁶. El intelectual dominicano Pedro Henríquez Ureña, hispanoamericanista radicado en Argentina, dio un significativo discurso para el entonces llamado “Día de la Raza”, esto es, la celebración del 12 de octubre, en La Plata. El texto, publicado en 1933, cuando la Segunda República cumplía apenas dos años, ilustraba el monumental cambio que había atravesado España a ojos hispanoamericanos. La España del siglo XIX, “condenada a irremediable decadencia”, había superado sus expectativas y entrado, “rejuvenecida”, en la “olimpiada junto a las naciones jóvenes”:

España se nos muestra hoy, además, amplia y abierta, más que nunca, para todas las cosas de América. El antiguo recelo ha cedido el lugar a la confianza; la nueva Constitución, al crear la doble nacionalidad, española y americana, aunque desconcierte al antiguo criterio jurídico, place a la buena voluntad. Sobre la buena voluntad se cimienta la obra de confraternidad hispánica (1936, 3-5).

Escasos cinco años después, Henríquez Ureña, junto a otras treintaidós firmas de prestigiosos intelectuales dominicanos, firmó un manifiesto⁴⁷ en defensa de la República española que sería publicado en *Repertorio Americano* año y medio después de su envío.

⁴⁶ Para conocer más sobre el cambio en las relaciones entre Hispanoamérica y España en los años previos a la guerra civil, consultar *Comunidad cultural e hispanoamericanismo. 1855-1936* (Sepúlveda Muñoz 1994), “La fraternidad hispano-americana a debate: el diálogo cultural del 98” (Valero Juan 2017, 25-45) y “España-América Latina (1900-1940): la consolidación de una solidaridad” (Abellán 2007, 15-32).

⁴⁷ El manifiesto estaba suscrito por treinta y tres 33 firmantes que, al igual que en el manifiesto panameño antes estudiado, ilustraban la diversidad ideológica y profesional de los intelectuales que apoyaban a la República Española. Poetas como Fabio Fiallo y Héctor Incháustegui, académicos como Federico Henríquez y Carvajal y quien años después se convertiría en presidente del país, Juan Bosch, son solo algunos de los nombres (Binns 2020, 132).

El documento expresaba ese nuevo sentimiento de cercanía hacia España que Henríquez Ureña había recogido en su discurso en La Plata:

Nosotros, que nos consideramos parte integrante, aunque humilde, del pueblo español; [...] respondiendo al llamamiento de la tierra de que somos hechos, queremos comparecer públicamente a dar testimonio, de poca altura quizás, pero firme y sincero, de nuestra profunda simpatía y un voto de solidaridad y confianza a la causa del pueblo español que hoy combate solo, fiel a su gobierno, por la libertad, la independencia y la soberanía de España (*Repertorio Americano* 1939a, 150).

El hecho de que intelectuales dominicanos progresistas expresaran tal identificación con España tras menos de cien años de su independencia ilustraba la mutación del hispanoamericanismo, que aspiraba a reintegrar a la nueva España nacida con la República en la comunidad hispanoamericana bajo un novedoso papel de madre: “Hispanoamericano significa hijo de España”.

Este fenómeno se reprodujo a escala continental, no sin tener que superar rencillas históricas e incluso recientes. En Argentina, el artículo “¿Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica?”⁴⁸ del escritor vanguardista español Guillermo de Torre en *La Gaceta Literaria* de Madrid en 1927, causó un gran revuelo, pues el autor defendía la centralidad de Madrid “como el más certero punto meridiano” y la “más auténtica línea de intersección entre América y España” en contraposición al auge del latinismo con París como centro neurálgico (1927, 1). Este polémico artículo levantó una airada discusión de la intelectualidad argentina que resultó en sonadas burlas de los intelectuales de la revista *Martín Fierro* y en el rechazo de estos a toda influencia hispánica. Esta discusión, que influyó en toda una generación intelectual, se dio vuelta con la proclamación de la República en España y el posterior estallido de la guerra⁴⁹. Solo nueve años después de la polémica en torno al meridiano, los escritores martinfierristas Jorge Luis Borges, Conrado Nalé Roxlo, Raúl González Tuñón y Carlos Mastronardi, entre otros, firmaron manifiestos en repulsa del golpe de Estado y en apoyo al gobierno de la República⁵⁰. Uno de ellos, el ya citado “Mensaje de los escritores de la Argentina” publicado en el diario

⁴⁸ Véase *La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica (1927): estudio y textos* (Alemany Bay 1998).

⁴⁹ En palabras de León Felipe, citado por Octavio Paz, se había producido la “mutua reconquista” entre ambas orillas: una “reconquista que hace España de América, del pueblo de América; una reconquista que hace América de España” (Paz 1938, 5).

⁵⁰ Véase *Argentina y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (Binns 2012a, 816-20).

El Mundo el 1 de agosto de 1936, dinamitaba de una vez por todas las riñas entre argentinos y españoles, ahora hermanados por una causa común:

Desde el advenimiento de la República, España está más cerca de nosotros. Sus conflictos repercuten en la Argentina con mayor intensidad que los conflictos de cualquier otro país del mundo; y los hogares argentinos siguen hoy la lucha como si estuvieran combatiendo nuestros hermanos (Binns 2012a, 816).

Su contrapartida derechista también tenía su propio concepto: la hispanidad. El término, acuñado por el intelectual español Ramiro de Maeztu⁵¹ en su libro *Defensa de la Hispanidad* (1934), defendía una unión entre España e Hispanoamérica en la que la antigua metrópolis tenía un papel vigilante y paternalista, basada en la fe católica, la monarquía y un espíritu y raza común: “Si el concepto de Cristiandad comprende y a la vez caracteriza a todos los pueblos cristianos, ¿por qué no ha de acuñarse otra palabra, como esta de Hispanidad, que comprenda y también caracterice a la totalidad de los pueblos hispánicos?” (1941, 33). La hispanidad de Maeztu permeó en la intelectualidad española e hispanoamericana derechista y, durante la guerra civil española, sería enarbolada por Francisco Franco para aunar los diferentes sectores de la sublevación, incluyendo los hispanoamericanos, en torno a una única bandera (Figuerola Salamanca 2007, 182). El intelectual nacionalista argentino Ernesto Palacio escribió, en su libro *La historia falsificada* (1939), que los argentinos eran “españoles”, esto es, “la prolongación de España en el Río de la Plata” a pesar de su “manera peculiar de ser españoles que ha cambiado de nombre y se llama ser argentinos”, constituyendo “una rama autónoma y no inferior de la hispanidad según la palabra reanimada por Ramiro de Maeztu” (1939, 62-63).

Frente a la hispanidad derechista, hubo intelectuales hispanoamericanos que propusieron una alternativa que pusiera en valor la centralidad de las clases populares en los renovados vínculos entre España e Hispanoamérica. El intelectual y político tucumano Mario Bravo, perteneciente a la órbita de las publicaciones martinfierristas, abogaba por “otro hispanoamericanismo”, un movimiento y una corriente de movimiento que se estaba

⁵¹ La primera edición de *Defensa de la Hispanidad*, volumen en el que de Maeztu explica su teoría, corresponde a 1934, aunque sus contenidos fueron publicados originalmente en forma de artículos en la revista *Acción Española*. De Maeztu había sido embajador en Argentina entre 1928 y 1930.

gestando durante el conflicto gracias a la aparición de “otra España”, una por la que merecía la pena luchar:

Ha bastado que esa España se pusiera de pie para que las masas de América la saludaran emocionadas con los puños en alto. Por vez primera un hispanoamericanismo de sentido muy distinto del antiguo ha levantado las izquierdas de América hasta la altura de las izquierdas de España. Han quedado en un rincón las ajadas consignas del ‘tesoro del idioma’, ‘la excelsitud de las razas’, ‘universalidad del genio hispánico’. Ha pasado a primer plano la solidaridad de los intereses de clase, y ha surgido con una nitidez, como muy pocas veces se ha podido ver, la certidumbre plena de que las masas de España al defender su libertad están luchando también, en escala internacional, por la libertad de todos los oprimidos (Bravo 1936, 6).

El “otro” hispanoamericanismo de Bravo, en lugar de definir la comunidad hispánica en base a criterios religiosos o monárquicos, se decantaba por una unión transatlántica en clave popular y clasista, esto es, una alianza entre pueblos con vocación de entenderse y construir nuevos puentes. Para el intelectual ecuatoriano Antonio Montalvo, se trataba de un “nuevo hispanoamericanismo” distinto al previo al conflicto, cuando las relaciones entre España e Hispanoamérica no eran más que una “pobre ficción teatral en la que jugaban, dualizando el coro, voces de élite, individualistas, españolas y américo-españolas” que nada tenían que ver con los pueblos español e hispanoamericano (1938, 228). Este hispanoamericanismo falso, un mero “sentimentalismo” que se desdibujaba “con el último grito poético o con la postrera burbuja de champaña”, había dado paso al “verdadero”, surgido de “la necesidad de cohesión de un núcleo homogéneo, humano, que por sobre la distancia de un mar ancho, hablando un mismo idioma, tiene unos mismos intereses políticos”. Este nuevo “sentimiento” continental había nacido, para Montalvo, “en el alma misma de todos los pueblos de América española” y, particularmente, de “las masas populares”, nexos fundamentales entre ambas geografías. Esto explicaba la desmesurada “solidaridad de los pueblos hispanoamericanos con la causa de la República” y la presencia de “intelectuales, artistas, y obreros, soldados todos de la justicia social” en las trincheras españolas y, también, en las de la retaguardia hispanoamericana a través de “manifestaciones populares”, la actividad de “los sindicatos obreros e intelectuales” y la batalla librada en “la prensa misma”. El intelectual ecuatoriano insistía en que el verdadero hispanoamericanismo no tenía nada que ver con una “exaltación sentimental del parentesco racial”; se trataba, más bien, de la “concreción

objetiva de una necesidad común, que afecta específicamente a un conglomerado homogéneo humano, ligado entre sí por los fuertes vínculos de la sangre y del idioma” (1938, 228-29). El pueblo español que resistía el golpe de Estado de Franco y la invasión de Hitler y Mussolini se había alzado, a ojos de esta nueva sensibilidad hispanoamericanista, como un pueblo hermano.

Tras siglos de malas relaciones transatlánticas, no era en absoluto sencillo llevar a la práctica este nuevo y auténtico hispanoamericanismo. Los intelectuales del otro lado del Atlántico expresaron en poemas, artículos, ensayos e incluso con su presencia en España el nacimiento de esta efímera comunidad hispánica, fundamentada en valores progresistas, que buscaba reinterpretar la historia en común para dar cabida a la España republicana en el nuevo continente. Fue tal el esfuerzo de resignificar la imagen de España que muchos intelectuales llegaron a alterar la relación de parentesco entre ambas orillas o, al menos, dotarlas de una simbología alternativa. Vicente Huidobro, en una entrevista otorgada al periódico español *El Pueblo*, constató el nuevo encaje de España en Hispanoamérica: “España [...] ha hecho la segunda conquista de América porque es innegable que antes de la revolución los pueblos americanos se estaban alejando de la Madre Patria, que vuelve a ser hoy, para ellos, más Madre que nunca” (1937b, 1). Los conceptos de “madre patria”⁵² o “madre España”⁵³, cargados de connotaciones neoimperialistas hoy en día, fueron usados con normalidad por los intelectuales hispanoamericanos afines al bando republicano como parte de su estrategia propagandística para ganarse la simpatía de la opinión pública. El poema “Romance a Madre España” del poeta e historiador ecuatoriano Abel Romeo Castillo apunta hacia uno

⁵² Aunque el término “madre patria” fue el más usado por los intelectuales hispanoamericanos, también convivió con otros parentescos como el de la “nueva hermana”: “La que fue nuestra madre patria [...] es hoy nuestra hermana, con la experiencia de la mujer madura que ha dado luz a un continente” (V. Sáenz 1936a, 2).

⁵³ La filósofa española María Zambrano escribió en el prólogo de la antología chilena *Madre España. Homenaje de los poetas chilenos* (1937) una reveladora reflexión sobre la “maternidad” española en Hispanoamérica: “En esta terrible conmoción de España se comprueba su condición de madre. Todas las notas de la maternidad esenciales se encuentran en ella exaltadas hasta el máximo: dolor sin límite, fecundidad y esa mezcla de lo divino con lo carnal y sangriento, ese palpitante de lo infinito porvenir entre entrañas desgarradas; esa agonía de vida en que la muerte queda vencida como un toro arrodillado. Todos los hombres cuyo corazón está abierto al futuro se sienten hoy hijos de España y todavía más de entre ellos los que vierten sus pensamientos en el claro idioma que ella les enseñó como madre. Madre del ‘nuevo mundo’ siempre España. Os sentís ahora alumbrados por ella, renacidos, transformados en descubridores de la nueva época histórica que hemos de cuajar entre todos” (1937, 39).

de los motivos de esta renovada maternidad: ¡España, todos los hombres / libres somos hoy tus hijos” (Carrión 1938, 14-17). La maternidad deseada de esta red de intelectuales afines hacia la República daba cuenta de la metamorfosis de la relación entre España e Hispanoamérica.

La nueva España encarnaba los valores de la libertad y el progresismo que los intelectuales hispanoamericanos más alineados a la izquierda aspiraban a importar a sus propios países. Si bien es cierto que el peso de la migración española en muchos países hispanoamericanos facilitaba la identificación con la República, también había voces disidentes que veían en la nueva España una esperanza para sus propias luchas. Este es el caso del afroecuatoriano Nelson Estupiñán Bass y su “Saludo del negro ecuatoriano a la España leal”, poema en el que se dirigía a la República “con el machete en alto” como “negro ecuatoriano que siente que en su carne se escribe tu tragedia” (Carrión 1938, 30-31). Estupiñán Bass, como intelectual de origen africano consciente de su historia atravesada por la esclavitud y la discriminación, no dejó de lado las luchas de sus compañeros negros del continente ni la de las víctimas del fascismo internacional:

Mi saludo es la alegre sonrisa de coco,
pero es también
la maldición del abisinio a Mussolini y sus hordas,
el último grito del negro linchado por las turbas yanquis,
la protesta del negro por la sed mineral de los gringos,
la venganza,
ya próxima,
del negro cauchero o tagüero del Ecuador.

El poeta ecuatoriano, consciente de la dificultad de la liberación de los pueblos americanos y, en particular, de la población negra explotada, depositaba su esperanza, que le brincaba “como una pelota de caucho”, en el advenimiento de la República a América para que un día se unieran “los hombres de todos los colores / para aplastar al fascismo y acelerar la llegada del futuro / sobre nuestros cadáveres tendidos como rieles” (1938, 30-31).

El ya mencionado G. Humberto Mata mantenía una posición similar desde su óptica mestiza, a través de la cual había mutado su antiguo sentimiento de aversión hacia la España “de mantos, la de la Inquisición”, a la que odiaba “con sangre de indio y puma”, para convertirlo en un lamento por los errores de la España imperial con respecto a los

pueblos hispanoamericanos, a los que había abandonado a su suerte para dejarlos a merced del yugo estadounidense:

España, Señora y Madre España...
si en lugar de alarde prepotente, erizado,
hubieseis conquistado por amor Sierra y Yungal
ahora hubieseis sido patrona de la América,
no dejando que salte la Independencia brusca
para que pueblos jóvenes, más bien digamos: niños,
se emancipen creyendo poseer su madurez...
España, Señora y Madre España,
no estuviéramos ahora ahorcados por el gringo (Mata 1937a, 174-75).

Mata, uno de los más mayores simpatizantes republicanos en el Ecuador, cerraba el poema mostrándole al lector su entrega y dedicación para con la causa republicana pese a ser un “miliciano prisionero”⁵⁴ en la lejana retaguardia hispanoamericana:

tu herida se ha tornado en sangradura mía...
España, compañera, no importa que te aislen,
no importa las traiciones... tú serás siempre igual!
El chorro de tu sangre desemboca en mi aorta
y soy tuyo:
indio tuyo, blanco tuyo,
miliciano prisionero en la línea ecuatorial del mundo (1937a, 174-75).

Cuba, uno de los países hispanoamericanos con mayor porcentaje de población negra y, al mismo tiempo, quizá el más solidario con la República durante la guerra, contaba, a pesar de la marginalización de los afrocubanos, con incipientes intelectuales de esa comunidad. El poeta y corresponsal Nicolás Guillén, uno de los representantes de Cuba en el II Internacional Congreso de Escritores en Defensa de la Cultura de 1937, publicó el poema “La voz esperanzada. Una canción alegre flota en la lejanía” en su libro *España, poema en cuatro angustias y una esperanza*, editado primero en México y luego en la España republicana en 1937. Con un inicio de corte similar al de Estupiñán Bass y Humberto Mata, Guillén se dirigía a España definiéndose como “hijo de América, hijo de ti y de África, / esclavo ayer de mayores blancos dueños de látigos coléricos; / hoy esclavo de rojos yanquis azucareros y voraces”, para ofrecerle su voz y su compromiso:

⁵⁴ Sobre la mala conciencia de los intelectuales hispanoamericanos que escribían desde la lejana retaguardia, véase el apartado “La guerra en la lejana retaguardia” de «Si España cae –digo, es un decir–». Intelectuales de Hispanoamérica ante la República Española en guerra (Binns 2020, 42-45).

“corro hacia ti, muero por ti” (1974, 1:216). En un alarde de internacionalismo, prosiguió el poema refiriéndose a sus compañeros españoles, a cuya lucha se adhería para hacer la revolución definitiva que derribara fronteras y cualquier tipo de explotación:

Con vosotros, brazos conquistadores
ayer y hoy ímpetu para desbaratar fronteras;
manos para agarrar estrellas resplandecientes y remotas,
para rasgar cielos estremecidos y profundos;
para unir en un mazo las islas del Mar del Sur y las islas del Mar Caribe;
para mezclar en una sola pasta hirviente la roca y el agua de todos los océanos;
para pasear en alto, dorada por el sol de todos los amaneceres;
para pasear en alto, alimentada por el sol de todos los meridianos;
para pasear en alto, goteando sangre del ecuador y de los polos;
para pasear en alto como una lengua que no calla, que nunca callará,
para pasear en alto la bárbara, severa, roja, inmisericorde
calurosa, tempestuosa, ruidosa,
¡para pasear en alto la llama niveladora y segadora de la Revolución!
(1937, 37-38).

Por último, la poeta vanguardista peruana Magda Portal y su “España nuestra” manifiestan una lógica muy en la línea de sus compañeros ecuatorianos y cubanos. El texto que, una vez más, muestra el cambio drástico de su relación con España causado por el advenimiento de la República y, sobre todo, la resistencia republicana, comienza con el inicial rencor histórico hacia la antigua metrópolis:

te odiaba con el viejo odio de mis indios, sacrificados al brutal zarpazo de tus conquistadores, por tus Pizarros y tus Almagros, que hollaron la tierra de los incas desgarrándola y sembrando la esclavitud y la muerte [...]
te odiaba en fin, por tu chiste y tu sal, residuo frívolo de la decadencia de tus clases privilegiadas (1938, 253).

Ese “te odiaba”, vinculado, como en los poemas anteriores, a la explotación de los conquistadores y, en definitiva, al dominio de una clase sobre otra, se había transformado en un amor atravesado por la epopeya del pueblo español en su liberación y la heroicidad popular. Este inusitado afecto se vinculaba con personalidades como la líder comunista Dolores Ibárruri, la “Pasionaria”, que como veremos más adelante simbolizaba esa nueva España que había nacido con la República:

pero ahora te amo España;
ahora te amo y me dueles como una llaga viva, con un continuo escozor en el corazón,
como un desvelo más, el más largo y doloroso de todos [...]

te amo España por tu admirable reacción de vida ante la podredumbre de tus castas despóticas; por tu pueblo rebelde y heroico, que riega de sangre la tierra endurecida por siglos de indolencia y de canallería [...]
te amo y ya no me avergüenzo de las gotas de tu sangre que corren por mis venas, porque quizá, quizá mi abuela española pudo haber sido también otra Pasionaria (1938, 253).

1.4.2 Pueblo, independencia y antiimperialismo. La guerra civil española como espejo

El miliciano y periodista Pablo de la Torriente Brau, nacido en Puerto Rico de madre boricua y padre español y criado en Cuba, fue uno de los mil cubanos –o de los más de setenta puertorriqueños, depende de la perspectiva– que cruzó el charco para luchar por la República. De la Torriente Brau, quien ya gozaba de cierto reconocimiento intelectual en 1936, ingresó como comisario político de Cultura en el “Batallón del Talento” de la 1ª Brigada Móvil de Choque, donde coincidiría con el poeta español Miguel Hernández, con quien entabló una gran amistad. En uno de los largos días en el campo de batalla, de la Torriente mantuvo un diálogo amplificado por altavoces, para que los soldados del otro bando pudieran escucharlo, con un “cura guerrillero” de la trinchera enemiga. El boricua-cubano, alentado por sus compañeros y confiado por su dialéctica periodística, remitió a los “fascistas” del otro lado los grandes apoyos que la República había cosechado en América y el mundo entero, en contraposición a la terrible imagen que habían cosechado los sublevados:

Soy periodista y vengo de América. Vengo de Cuba, de los Estados Unidos, de Bélgica y de Francia. Y puedo darles informes del Canadá y de toda la América Latina. El mundo entero está en contra de ustedes. Los obreros del Comité Antifascista de Nueva York recogen muchos miles de pesos para sus compañeros españoles; en Francia, en breves días, se reunieron cinco millones de francos; en Bruselas, en una semana, se pasó del millón de francos; los obreros canadienses y los ingleses nos envían ambulancias y material sanitario, y desde México, los obreros mexicanos han remitido los rifles y los millones de cartuchos con que ahora estamos disparando contra ustedes (1999, 225-26).

Los soldados franquistas, descontentos con la respuesta del periodista prorrepblicano, alentaron al cura para que contrarrestara la información de Pablo de la Torriente, quien lo hizo reproduciendo el característico maniqueísmo de la época:

¿Cómo es que si toda América, como tú dices, está con ustedes, explica tú que el Uruguay y otros países hispanoamericanos estén a punto de retirar sus representaciones diplomáticas de Madrid, y van a reconocer al gobierno legítimo de Burgos? La América que está con ustedes no es sino la mala América, que es igual que la mala España de aquí (1999, 227).

De la Torriente Brau, envalentonado, zanjó el debate con una contundente respuesta que resumía, en gran medida, la insalvable grieta que había entre las “dos Españas” dibujadas por ambos bandos. Además, hizo referencia a los nuevos parentescos transatlánticos para expresar su afinidad con la República y el pueblo español:

Nosotros también, los hispanoamericanos, hemos venido aquí, y allá reunimos dinero para la causa del pueblo español porque estamos contra la España que ustedes quieren prolongar, la vieja España de la explotación de nuestros pueblos, contra la que fue nuestra madrastra y ahora será nuestra hermana mayor, por ser la primera en obtener la libertad, por la que luchamos nosotros. Y hasta mañana, fascistas (1999, 226-27).

La nueva España, defendida tanto por los miles de voluntarios hispanoamericanos que empuñaron las armas como por los otros tantos miles de intelectuales que tomaron la pluma –o, en el caso de Pablo de la Torriente, ambas–, era en numerosas ocasiones definida como la “verdadera” o la “auténtica”, desposeyendo a la otra de su españolidad. El artículo “Candón, ejemplo americano”, necrológica heroica sobre el voluntario hispanocubano Policarpo Candón escrita por Nicolás Guillén antes de que abandonara España, reivindicaba su muerte en el campo de batalla como “nuevo abono para que viva sin agostarse el árbol de la fraternidad hispanoamericana”, aquella que “nunca pudo crecer al helado influjo de diplomáticos y oradores” (Guillén 1938, 1-2). Guillén admitía que, solo unos años atrás y, sobre todo, “antes de que Franco se levantara contra la República”, el sacrificio de “estos héroes hubiera sido incompredid[o] en nuestro Continente”. El gran hecho diferencial que había movilizado a esos miles de intelectuales y voluntarios no era otro que el nacimiento –o el descubrimiento– de esa España auténtica a la que sí merecía la pena defender con la vida: “España no era –se comprendía al fin, como en un gran golpe de luz– lo que habíamos estado odiando hasta entonces. La verdadera España era esa otra que había triunfado en las urnas de febrero y que ahora tendría que defender su triunfo contra la voracidad de los españoles tradicionalistas” (1938, 1-2).

El intelectual y político chileno Ricardo Antonio Latcham, quien había estudiado en Madrid y Barcelona escasos años antes de la guerra civil española, hizo uso de la historia para definir a esa nueva España popular que, en su opinión, tenía un largo recorrido a través de los siglos. Latcham, al igual que otros tantos intelectuales hispanoamericanos y españoles, defendía la existencia de “dos Españas” radicalmente distintas y coexistentes durante la historia del país:

Desde que se desmoronó la unidad de Felipe II, impuesta a hierro y a fuego, la Península se ha agitado entre dos fuerzas que han pugnado secularmente por sobreponerse. Una es el retorno ciego al pasado, a la tradición borbónica, al estagnamiento, a la Inquisición, simbolizada modernamente por la quema de libros, la persecución a los intelectuales y el proceso por ideas. Otra es la España que se ha hecho raíz y fuente de cultura desde los tiempos en que San Ignacio, Santa Teresa, el Padre Mariana, Quevedo, Gracián, Jovellanos y otros valores auténticos del pensamiento hispano pagaron sucesivamente su tributo a la España Negra y oscurantista en que hoy sueñan los facciosos de Burgos y sus aliados chilenos.

Para el crítico chileno, la España “oscurantista” de la “Inquisición” y la “tradición borbónica” era aquella reivindicada por los “facciosos de Burgos y sus aliados chilenos”, a quienes acusaba como responsables de “la quema de libros, la persecución a los intelectuales y el proceso por ideas” (1936, 3-4). Esta argumentación maniquea de corte historiográfico, caracterizada por establecer paralelismos entre la Corona española, el bando franquista y sus aliados en Hispanoamérica –fenómeno muy común en las letras hispanoamericanas sobre la guerra civil–, hunde sus raíces en la batalla mediática por la opinión pública. En palabras de Julia Miranda⁵⁵, en los textos de la guerra civil española existe un “otro negativo” que se identifica con el “adversario” y un “otro positivo” al que, por el contrario, “está destinado explícitamente el discurso y con quien se produce una identificación” (2013, 50). La investigadora rosarina, en una nota en esa misma página, añade que existe un “tercer otro” implicado en el discurso político: “aquel que no se define por ninguna de las dos posiciones en conflicto y a quien hay que persuadir para ganar su adhesión”. Creemos que el hispanoamericanismo popular, con sus redefiniciones de la “Madre Patria”, así como su particular reconfiguración de la historia colonial y la diferenciación política, social y cultural entre las dos Españas, buscaban movilizar no solo

⁵⁵ Miranda dialoga con el trabajo de Eliseo Verón, en particular con el artículo “La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política” (1987).

a aquella parte de la opinión pública que ya simpatizaba con la República, sino también ganarse el apoyo de este tercer sector que aún no había tomado partido. A efectos de esta estrategia en torno a la idea de las dos Españas, apelar a los héroes populares republicanos era una forma de ganarse la simpatía y el apoyo del tercer otro. Los milicianos y las milicianas que resistían los embistes franquistas, los y las dirigentes políticos de la República y, desde luego, el pueblo español en su conjunto eran algunos de los ejes propagandísticos heroicos más relevantes dentro del discurso hispanoamericano favorable al bando leal. *Ayuda! Boletín del Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español*, publicación del comité homónimo de la comunidad prorrepública mexicana, definía así a la España “que hoy defienden los milicianos de la democracia” en un artículo cuyo fin era promover la acogida de niños españoles:

Es la España gloriosa que se batió contra Fernando VII, que erigió la República, que llevó a su más alta magistratura a Figueras, Castelar, Salmerón y Pi i Margall; es la España de la Revolución del 31, la España de los mineros del 34, la España defensora de Madrid, que ha gritado al fascismo internacional: ¡NO PASARÁN!, la España que reparte las tierras, desarrolla la escuela vocacional y se separa de la Iglesia. Es la España nueva de don Manuel Azaña, Largo Caballero y La Pasionaria, la que toca al mundo la clarinada gloriosa de los himnos insurrectos por la libertad, la igualdad y la fraternidad; la España vigorosa y enérgica que imparte a su pueblo la verdadera justicia social (Feria 2022, 128-29).

Las menciones a la guerra de la Independencia española⁵⁶ frente a la invasión francesa conformaron uno de los ejes discursivos predilectos por los intelectuales que abrazaban el hispanoamericanismo popular. Este fenómeno, no obstante, tiene como origen el propio nacionalismo decimonónico español y su posterior reivindicación o, si se quiere, su resignificación por parte del bando republicano durante la guerra civil e incluso por el gobierno de la República durante los años previos al conflicto. De acuerdo con el historiador José Álvarez Junco, este conflicto pasó a ser, a lo largo del siglo XIX, “la piedra angular de la mitología con la que pretende aureolarse el naciente Estado-nación liberal en España”, el cual tenía como uno de sus principales rasgos, en especial para los sectores más progresistas, la centralidad del pueblo en la identidad española, pues solo de él “cabía esperar la futura redención o regeneración política” (1994, 86-87).

⁵⁶ Estudiaremos en profundidad el mito de la guerra de la Independencia en el apartado “2.1 «Ahora nace otra España y por ella hay que trabajar». El héroe popular y los mitos nacionales republicanos”.

Asimismo, otra de sus características, quizá aún más presente en las letras hispanoamericanas prorrepúblicas, tenía que ver con la visión de la “resistencia anti-napoleónica” como una lucha de “liberación nacional”, perspectiva que no dudaron en extrapolar a lo que llamarían “nueva guerra de independencia” (1994, 88).

El periódico *Mundo Obrero*, publicación del Partido Comunista de España, celebró el 2 de mayo, efemérides del levantamiento del pueblo madrileño frente a las fuerzas napoleónicas en su “lucha épica por la independencia nacional”, como un antecedente de la resistencia popular que se estaba librando contra el bando franquista: “La lucha continuó con la fe suprema que el pueblo ibérico sabe poner en la defensa de sus libertades [...]. La Historia volverá a repetirse en relación con el fascismo imperialista”. Para los comunistas españoles, el espíritu de los grandes héroes de la Independencia era el mismo que el de las milicias populares republicanas pues, al igual que en 1808, se trataba de una misma causa: “El genio heroico de Daoiz Velarde, del teniente Ruiz, de Malasaña encarna en los soldados de las trincheras madrileñas. Castaños, el Empecinado, los defensores de Zaragoza y Gerona anteceden históricamente a nuestros jefes militares de hoy. Es la misma causa, puesta en valoración de honor por el mismo pueblo” (*Mundo Obrero* 1937, 1). Dolores Ibárruri, la “Pasionaria”, llegó a afirmar en un artículo reproducido en *Repertorio Americano* que el conflicto español no era “la guerra civil que se cree sino una guerra de independencia”. Es más, la dirigente comunista aseguró que la valentía del pueblo español lograría repetir la gesta: “Y de ésta como de la de 1808, saldremos vencedores. También entonces vencimos contra la voluntad de los afrancesados, más afectos a un poder extraño que a la victoria de los guerrilleros, milicianos y muchedumbre en armas” (Ibárruri 1937, 12).

Por parte de Hispanoamérica, en 1937 el historiador y profesor Julio Alemparte Robles, publicó un revelador ensayo breve titulado “La traición de Hispanoamérica a la Madre Patria” en el diario chileno *Frente Popular* (Alemparte Robles 1937, 3). Siguiendo la estela discursiva de los intelectuales que hemos analizado más arriba, Alemparte afirmaba que el golpe de Estado de 1936 era “la última palpitación de vida de un régimen, que, abolido en la Carta Fundamental de 1931, permanecía, casi intocado, en la realidad” y que, pese a las distancias, había despertado una serie de réplicas en las burguesías de la “América Hispana” que, exceptuando México, hacían “causa común con Franco y los

invasores de la Madre Patria” (1937, 3). La guerra civil española, a ojos del historiador chileno, era también un conflicto hispanoamericano. Así lo trató de explicar en el resto del ensayo a través de una comparación entre la guerra civil y la época colonial en un intento de desvincular a las clases populares españolas de las élites imperiales: “Los grandes capitanes, como los soldados y vecinos, e inmigrantes, llegados más tarde, venían de modestas aldeas de Castilla, Extremadura, Andalucía, País Vasco, etc. [...], precisamente para mejorar la condición, para huir de las garras de los poderosos, para gozar de mayores libertades”. Por el contrario, los conquistadores más adinerados o cercanos a la cúspide de la jerarquía colonial llevaban “desde el siglo XVI” vinculándose con las “burguesías nacientes” hispanoamericanas, que representaban unos intereses opuestos a los de las clases populares de la Colonia. En cuanto a las guerras de independencia americanas, Alemparte hacía una lectura en términos de clase que lo llevó a aseverar que la guerra o revolución de la Independencia en Hispanoamérica, “más que una lucha entre España y América fue una guerra civil, entre españoles monárquicos y españoles liberales y republicanos”, llevando de esta forma la dicotomía de las dos Españas a territorio americano. El historiador se preguntaba, tratando de otorgar otro sentido a la historia de la colonia, si la España nueva o verdadera no tenía mucho que ver con los ideales de las revoluciones americanas, estableciendo una correspondencia entre la España auténtica y la América antiimperialista que había surgido de las guerras de independencia: “¿No combatían en España, por la misma causa de nuestros patriotas, los liberales que dictaron la Constitución del año 12? ¿No fue acaso el levantamiento liberal de Riego, al frente de las tropas, con que Fernando VII intentaba aplastar a nuestros revolucionarios, lo que hizo posible la consolidación definitiva de las Repúblicas hispanoamericanas?”. Bajo esta óptica, Alemparte lo tenía claro. La adhesión de las burguesías hispanoamericanas al bando franquista, “que es adhesión a las fuerzas negras de España, y, lo que es todavía peor, a los descarados invasores extranjeros”, significaba una traición a la España verdadera, aquella que definía como “la España democrática y justiciera, que es la de Lope, la de los fueros, la de Cervantes, la de las comunidades de Castilla, la del conde de Aranda, la del invicto Miaja”. El Chile auténtico, democrático o, en palabras de Alemparte, “progresista”, era aquel que estaba “al lado del Gobierno español”, es decir, la España representada por la República.

Como hemos mencionado en anteriores apartados, durante la guerra civil española se estaban librando otros conflictos a menor escala en Hispanoamérica, continente atravesado por regímenes dictatoriales, gobiernos autoritarios y, en algunos casos, políticas de colonización. Para los intelectuales de estas geografías, entre las que estudiaremos Puerto Rico, Panamá y Cuba, la concepción de la guerra civil española como una nueva guerra de la Independencia cobraba una significación especial, pues les inspiraba para luchar por sus propias causas antiimperialistas. Puerto Rico, territorio anexionado a los Estados Unidos desde la guerra hispano-estadounidense de 1898, contaba con una nutrida militancia independentista que veía en el conflicto español “una clara concomitancia entre la lucha por la independencia de Puerto Rico y la defensa encendida de la República española” (Salazar Anglada 2022, 103). Para muchos de los voluntarios boricuas, como ya hemos señalado, “empuñar las armas contra el fascismo en la guerra peninsular” se había revelado como el “único camino posible que debía tomar el pueblo puertorriqueño para liberar la isla del yugo ‘yanqui’: la lucha armada”. Carmelo Delgado, joven voluntario puertorriqueño que residía en Madrid antes de la sublevación, se alistó en las milicias universitarias de la Federación de Universitarios Hispano-Americanos movido por la Masacre de Río Piedras acaecida en 1935, cuando la policía colonial asesinó a cuatro militantes nacionalistas (Salazar Anglada 2022, 104). Antonio Pacheco Padró, brigadista internacional y corresponsal puertorriqueño, afirmó en una entrevista otorgada al diario *El Mundo* a su regreso de España en 1938 que, tras su experiencia en la guerra, venía “más convencido que nunca de la necesidad y razón de la Independencia de Puerto Rico”, objetivo que solamente podría conseguirse “mediante la unificación y la organización de todas las fuerzas capaces”, tal y como estaba demostrando el heroico pueblo español (Salazar Anglada 2022, 595).

En Panamá, otro de los países americanos en los que las injerencias estadounidenses habían producido una gran fractura social y política⁵⁷, el poeta Moisés

⁵⁷ Ya en 1903, el liberal Belisario Porras, quien se convertiría en presidente de Panamá, alertaba sobre la injerencia estadounidense en el país y reivindicaba lo hispánico en contraposición a lo anglosajón: “Los norteamericanos quieren absorbernos... Vendrán aquí con el mensaje de su lengua y de su folklore, son de una condición que no respeta más hegemonía cultural que la suya; vendrán a colonizarnos, no solo como se explota una comarca, con propósitos comerciales –o políticos– sino por medio de su cultura, sinceramente incompatible con la nuestra. ¿A dónde está nuestro valor civil, a dónde nuestra dignidad, a

Castillo invocó a los héroes de la historia de España –incluyendo a las clases populares– para alimentar el mito de la nueva guerra de Independencia: “España, la de Bailén / España la de Numancia / la del Manco de Lepanto / la del loco de La Mancha / la de Vivar, don Rodrigo / no tiene sangre de esclava! / La invicta tierra española / que triunfar supo en Granada / no puede rendirse nunca / bajo la invasión extraña! / [...] Afuera los invasores / ¡Sólo España es para España!” (1938, 208). En Cuba, el militar Emilio A. Laurent, hijo de un coronel del Ejército Libertador cubano y uno de los protagonistas de la lucha contra Machado, se había criado en un ambiente “de odio y desprecio para los guerrilleros traidores” y los españoles, identificados como “enemigos de la libertad de Cuba”, pero cambió de opinión sobre el país hispano cuando visitó la Península en 1934, año en el que su “antiespañolismo” mutó en “un gran cariño y estimación a la España Republicana” (Urcelay-Maragnès 2011, 32). Para 1938 su visión sobre España y, especialmente, sobre el pueblo español se había transformado aún más. En un artículo escrito para *Bohemia*, Laurent explicaba cómo había apelado a sus compañeros del Frente Democrático Cubano, “desde los veteranos de la Independencia hasta la juventud que se está forjando en el pueblo quizás de más desarrollo político en la América Latina”, para que se solidarizaran y responsabilizaran “con la causa de la vieja madre España”:

Les dije que tenían que comprender que el pueblo español lucha ahora contra los descendientes de aquellos generales y ‘señoritos’ que ellos combatieron en la epopeya de 1895. Y que la prueba la tenían a la vista en Cuba, donde las mismas instituciones que atacaron a los mambises están ahora de parte de los facciosos de Franco (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 403).

Esta visión del conflicto era compartida por otros tantos cubanos. Policarpo Candón, el voluntario hispanocubano antes citado, afirmó en una entrevista otorgada al diario madrileño *Al Ataque* que los voluntarios hispanoamericanos no hacían más que “cumplir con el deber que exige la continuación de las luchas emancipadoras de Bolívar, Martí, San Martín y el sacerdote Hidalgo, habiendo sido este último quien dio el grito de independencia en México, nuestro querido país hermano” (*Al Ataque* 1937, 8). Rafael Suárez Solís, por su parte, aseguraba en las páginas del diario cubano *Información* que

dónde nuestro concepto de la nacionalidad, y de la cultura hispánica, de nuestros derechos y de nuestra personalidad definida?” (Arauz 1994, 139-40).

los pueblos americanos, gracias al español, podían “de nuevo atreverse a recordar el heroísmo de sus Martí, sus San Martín, sus Bolívar⁵⁸, sus Sucre”, cuyas obras, en su opinión, parecían “escritas para explicar y propugnar la causa del pueblo español en lucha contra las más feroces e injustas tiranías” (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 747).

No solo los próceres y libertadores fueron reivindicados en defensa de la República; también fechas polémicas, como el 12 de octubre⁵⁹, fueron reinterpretadas en favor de la lucha librada por el gobierno republicano y el pueblo español. Un editorial del diario chileno *Frente Popular* celebraba la efeméride colonial como “la manifestación de la sangre ibérica”: “Es la voz profunda de nuestra raza, el día santo de nuestra estirpe gloriosa, es el día de la más genuina comunión entre España y América”. Por otra parte, deslegitimó al adversario franquista al acusarle de vender a la patria al invasor extranjero:

Los que hoy en las tierras de España han traicionado a su patria y abierto las puertas de su territorio al invasor extranjero, los que en tierras de América los cobijan y amparan,

⁵⁸ La figura del libertador Simón Bolívar fue empleada por muchos intelectuales hispanoamericanos para promover la identificación popular con la República Española. El costarricense Vicente Sáenz recoge en su libro *España en sus gloriosas jornadas de julio y agosto de 1936* (1936) una reveladora conversación con el político español Luis Araquistáin en Madrid: “Bolívar es nuestro –me decían en Madrid hombres de letras–, y nuestros son Hidalgo, Morelos, Sarmiento, Montalvo, Sucre, San Martín. Yo les contestaba que también son de nosotros, de los hispanoamericanos, Lope, Calderón, los clásicos de ayer y los clásicos de hoy, Pérez Galdós, Valle Inclán, Marañón, Sancho, Don Quijote (V. Sáenz 1936b, 5). Esta voluntad hispanoamericanista de celebrar los lazos en común entre ambas orillas a través de figuras como Bolívar tuvo su particular réplica en Chile. El escritor y periodista Ernesto Montenegro afirmó en los últimos meses del conflicto que Franco no tenía derecho en dirigirse a Hispanoamérica “en nombre de lazos tradicionales” pues, “para romper esas ataduras se hizo la Revolución en América”, que Bolívar había pensado completar yendo “a libertar Cuba, las Filipinas y la misma España de sus tiranos” (E. Montenegro 1939, 5). La nueva España tenía encaje en la Hispanoamérica de Bolívar y el resto de los próceres, quienes fueron evocados por los intelectuales como una suerte de voluntarios libertadores de la República Española.

⁵⁹ También en España se dio este cambio de paradigma en torno a la hispanidad y fechas como esta. José Bergamín, intelectual católico con una gran presencia en la prensa hispanoamericana, escribió en *El Mono Azul* sobre la conmemoración del 12 de octubre que había tenido lugar en la ciudad manchega de Cuenca, donde se reunieron, “a iniciativa de la F.U.H.A.”, la Federación de Universitarios Hispano-Americanos, la misma organización en cuyas milicias combatió el miliciano boricua Carmelo Delgado, “unos cuantos españoles amigos de América; otros cuantos americanos amigos de España” para celebrar “algo que antes llamaban la ‘fiesta de la raza’ y que se había convertido en una “verdadera celebración de nuestra fraternidad hispanoamericana”. El escritor católico festejaba cómo la fecha había dejado de ser “un pretexto de estúpidas repeticiones académicas con mi inútil protocolo rutinario” para transformarse en una celebración “muy distinta” que representaba “todo lo contrario”: la liberación de la raza, de las razas. El 12 de octubre había pasado a ser la fecha que conmemoraba la sangre que “nuestra civilización cristiana llevó allá” y que “germinó sobre la tierra americana, dando su respuesta en auténticos frutos populares de libertad e independencia”, la misma idea de independencia por la que estaban luchando “los pueblos de España”, provocando así la adhesión de los pueblos americanos “en comunión total con nuestra sangre libertadora, con nuestra independencia viva, con nuestra exaltación del hombre auténtico” (Bergamín 1936, 2).

representan también una tradición, una sangre funesta: son los que en la leyenda quedaron como calumniadores del Cid Libertador; los que en 1492 pusieron abismos de obstáculos y de dudas entre Cristóbal Colón y el camino hacia América; son los que más tarde entregaban las tierras ibéricas a Napoleón; los que trajeron a España a Fernando VII, el rey traidor, y en su nombre ensangrentaron a nuestro continente (Barchino y Cano Reyes 2013, 293).

El costarricense Vicente Sáenz, durante su estancia en Barcelona en 1938, envió a *Repertorio Americano* el texto “Significación del Día de la Raza”, en el que trataba de explicar las raíces del conflicto en clave hispánica. Para Sáenz, los países hispanoamericanos, liderados por “monopolistas y privilegiados”, estaban lejos de ser la auténtica España donde, por el contrario, “pueblo y gobierno” marchaban “íntimamente unidos, cohesiones en su épica lucha de independencia”. Esta grieta entre élites y sectores populares le sirvió al intelectual costarricense para atacar a “los militares, los latifundistas, los nobles y los prelados”, que, tanto en España como en Hispanoamérica, se habían posicionado del lado de Franco, convirtiéndose así en la “Antiespaña”. Este concepto, quizá la fórmula más agresiva de deslegitimar al bando contrario tenía que ver, de nuevo, con la historia colonial, en la cual Sáenz identificaba el origen de las dos Españas y, de la misma forma, de las dos Hispanoaméricas opuestas:

La Antiespaña de la colonia –espuelas, tizonas, báculos, corregidores, señores feudales, encomenderos– sigue siendo, con matiz del siglo veinte, la Antiespaña y la Antiamérica española de hoy: altos funcionarios al servicio del imperialismo, plutócratas aristocratizados, mitras o tejas montaraces, nuevos amos del feudo, abogados de grandes compañías succionadoras, generales, políticos, banqueros y gamonales, herederos legítimos de los que hacían su fortuna en ancas de la encomienda (1938, 1-2).

Al igual que el resto de los intelectuales prorrepblicanos, Sáenz sacó a relucir todos y cada uno de los ejes discursivos del hispanoamericanismo popular con relación a las guerras de Independencia y el papel de las élites y las clases populares, y aseguró que “las clases privilegiadas en el nuevo continente”, al apoyar al bando sublevado, se habían posicionado también “contra los pueblos de las veinte hijas de España”. Estas clases privilegiadas, responsables de las miserias de los pueblos hispanoamericanos y de la guerra, eran las mismas que “durante siglos” se habían alzado como “verdugos de España, como lo fueron de América”, ayudados y financiados por “los aliados del capital monopolista y los explotadores de cien millones de hispanoamericanos”. En el otro lado de la trinchera se encontraban las “grandes mayorías que rendían culto a Bolívar, Hidalgo,

Sucre, José Martí, a los libertadores de América que se irguieron, no contra la España de Cervantes, Lope, Calderón, Goya, Velázquez, sino contra la Antiespaña bárbara de la colonia”. Para él, el entonces llamado Día de la Raza necesitaba cambiar más de significado que de denominación. La raza, concepto sujeto a connotaciones racistas en un contexto del auge del fascismo y el nazismo, fue reformulado por Sáenz como “el heroísmo de los soldados y la estoicidad sonriente de la población civil, hombres y ancianos, niños y mujeres”, añadiendo un tono épico y popular a su visión del conflicto y, en especial, su concepto de España.

El hispanoamericanismo popular, lejos de ser un movimiento monolítico y asentado en el tiempo, fue un proyecto colectivo continental y transatlántico efímero orquestado por intelectuales progresistas con una mirada alternativa a la colonial, católica y derechista. La reinterpretación de la historia y los parentescos entre España e Hispanoamérica, el protagonismo del pueblo heroico en la definición de la nueva España republicana y, desde luego, la lectura del conflicto en clave clasista y anticolonial fueron piezas angulares del discurso prorrepblicano en Hispanoamérica. Uno de los objetivos principales de esta estrategia fue incluir España en el seno de la comunidad hispanoamericana, a esa España “verdadera” o “auténtica” cuyas luchas eran las mismas que las de la otra orilla y ante la cual merecía la pena luchar con la pluma, con el fusil o, también, con la movilización solidaria desde la lejana retaguardia de la trinchera transatlántica.

1.5 La trinchera transatlántica. Solidaridad y agitación desde la lejana retaguardia

La guerra de España, aparte de su esencial y dramática significación para el presente de todo el mundo y para su inmediato porvenir, ha señalado, en Hispanoamérica, el despertar de una nueva solidaridad, nutrida no solo en la hermandad democrática y de clase, sino en la unidad histórica de lo hispano. El hispanismo, en América y España, parecía una tesis desprestigiada, reaccionaria. Era natural. Con el hispanismo se hacía la defensa de todo aquello, antiespañol y antiamericano, que constituía lo que se llamaba la “tradición”. Y con el pasaporte falso de la tradición ‘racial’ se deslizaban los más inusitados contrabandos ideológicos; la defensa de la obra de España en América era siempre la defensa del régimen económico de encomenderos, clero y Corona [...]. La guerra de España ha esclarecido esto. Ahora estamos en aptitud de entender muchas cosas. [...]. La obra de España en América todavía no termina. Empieza, apenas, la época de las recíprocas, profundas influencias.

OCTAVIO PAZ (1939)

Jéronimo Boragina y el resto de “historiadores desde abajo” de Mar del Plata, Argentina, aseguran que la República no podría haber persistido en su esfuerzo bélico de no haber recibido “grandes cantidades de alimentos que no producía y necesitaba para abastecer a sus grandes ciudades y al nuevo ejército popular”, por lo que afirman que “la solidaridad internacional desempeñó un papel fundamental” en el curso de la guerra (Boragina et al. 2008, 36). A diferencia de México, donde el gobierno apoyaba la solidaridad popular y aportó grandes cantidades de armamento, además de defender a la República en la Sociedad de Naciones, el resto de los gobiernos hispanoamericanos, muchos de los cuales simpatizaban con el bando sublevado, no solo no apoyaron al gobierno de la República, sino que trataron de boicotear o reprimir la ayuda material enviada por sus ciudadanos⁶⁰. Pese a las trabas impuestas por las instituciones, la solidaridad hispanoamericana hacia el bando republicano español alcanzó dimensiones épicas, más allá del escaso interés historiográfico que parece ha despertado.

Las masas populares hispanoamericanas apoyaron a la República materialmente, ya fuera con envíos de víveres, material higiénico o medicinas; e inmaterialmente, con innumerables actos de homenaje, manifestaciones públicas, artículos y reportajes en los medios de comunicación y, como no podría ser de otra forma, con ensayos, poemas e

⁶⁰ Tal fue el caso de la Argentina de la década infame, en la que los grupos de ayuda a la República Española sufrieron constantes hostigamientos de la extrema derecha y, en muchos casos, de las propias autoridades (Boragina et al. 2008, 58-62).

incluso obras de teatro y novelas destinadas a explicar los pormenores y trascendencia de la guerra. La batalla mediática emprendida por el frente popular hispanoamericano, estudiada en el segundo y tercer apartados, fue imprescindible para articular la solidaridad hispanoamericana, ya fuera a través de la publicación de innumerables piezas periodísticas y literarias destinadas a promover el apoyo a los republicanos –en muchas ocasiones a través de sus principales héroes, como estudiaremos más adelante– o ayudar en la organización y difusión de los miles de eventos de apoyo a la República que tuvieron lugar a lo largo del continente. El protagonismo popular de estas iniciativas solidarias, todas ellas respaldadas y promovidas por los intelectuales comprometidos con las causas políticas y sociales, muestra, en nuestra opinión, la vigencia de la conocida frase atribuida al Che Guevara que citamos al comienzo de este trabajo: “la solidaridad es la ternura de los pueblos”. En este apartado estudiaremos el compromiso de los intelectuales y las masas populares hispanoamericanas en la defensa de la República Española durante la guerra civil, tratando de arrojar nueva luz a un fenómeno sin precedentes que sirvió para estrechar lazos entre España e Hispanoamérica. Unos lazos que, a causa de la derrota republicana y posterior dictadura franquista, fueron prescritos y discriminados de la historia oficial del conflicto.

Para ello, examinaremos primero cómo en México, la gran excepción hispanoamericana, intelectuales, gobierno y pueblo fueron de la mano en defensa de la “España nueva” que representaba la República. En segundo lugar, profundizaremos en el papel de los intelectuales, las publicaciones y el pueblo argentinos en la logística solidaria con el bando leal. A continuación, cruzaremos el Río de la Plata para adentrarnos en el análisis de las efectivas apelaciones al lector empleadas por escritores, periodistas y activistas uruguayos para promover el apoyo a la República entre la sociedad civil. En cuarto lugar, estudiaremos la solidaridad expresada desde Cuba, país que, pese a ser junto a Filipinas el último país hispanoamericano en independizarse de España –menos de cuarenta años antes de estallar la guerra–, protagonizó una llamativa reconciliación con la antigua metrópolis que desembocó en un torrente solidario con el pueblo español. Después, examinaremos cómo la ayuda a España se convirtió en uno de los principales deberes de los escritores ecuatorianos de los años treinta. Finalmente, investigaremos la

confluencia de la ayuda hispanoamericana en Nueva York para concluir con la vanguardia solidaria que conformaron los intelectuales costarricenses durante el conflicto español.

1.5.1 Balas mexicanas. El gobierno de Lázaro Cárdenas (1934-1940) y la «España nueva»

En el debate nocturno con el cura “fascista” que citamos en el último apartado, celebrado a gritos y de parapeto en parapeto en la Sierra de Madrid, Pablo de la Torriente Brau tuvo que contestar a la siguiente pregunta de su peculiar interlocutor: “Oye, periodista cubano, ¿cómo es que siendo tú tan humanitario como dices, nos acusas de emplear aviones italianos y, en cambio, te jactas de que nos disparan con balas mexicanas?”. La respuesta del periodista y miliciano cubano fue la siguiente:

Oye, lo que tú quieres saber es qué diferencia hay hoy en el mundo entre un avión italiano y una bala mexicana, ¿no? Bien, pues te voy a contestar. Esos aviones italianos que están usando ustedes, son los mismos que bombardearon a las indefensas poblaciones de Abisinia, son los mismos que utilizó Mussolini en nombre de la civilización, para atropellar y asesinar a un pueblo, el más heroico de la tierra. [...] Pero tú no sabes lo que significa una bala mexicana y te lo voy a explicar. Una bala mexicana nunca ha significado una conquista y el atropello de un pueblo. Una bala mexicana siempre ha significado una lucha por la libertad de los pueblos. Una bala mexicana significa, para nosotros los hispanoamericanos, una lucha constante, incansable, contra el imperialismo. Por eso, fascistas, nosotros nos sentimos orgullosos de disparar contra ustedes con las balas mexicanas, pagadas por los obreros mexicanos, porque son balas para liberar un pueblo y no para oprimirlo. Y esta es la diferencia que hay entre los aviones italianos que ustedes usan y las balas mexicanas que nosotros empleamos. Y hasta mañana, fascista... (1999, 228-29).

Esas balas mexicanas reivindicadas por Pablo de la Torriente Brau, el gran mártir hispanoamericano de la guerra civil española, fueron una excepción en Hispanoamérica y en el mundo. Los únicos países que ayudaron con material bélico a la República Española durante la guerra fueron la Unión Soviética y el México de Lázaro Cárdenas, quien, en agosto de 1936, nada más iniciado el conflicto, escribió en su diario que su país estaba “obligado moral y políticamente a dar un apoyo al Gobierno republicano de España, constituido legalmente y presidido por el señor don Manuel Azaña”, y que contaba con la simpatía del “Gobierno y sectores revolucionarios de México”, que no

dudaban en posicionarse junto al pueblo español y su “emancipación moral y económica” mientras se batía en una lucha “lucha encarnizada, fuerte y sangrienta” frente a las “castas privilegiadas” (1972, 355). Ese mismo mes y gracias al trabajo de Félix Gordón Ordaz, embajador de la República en México, se produjo el primer envío de armas, inaugurando un flujo de material bélico que no cesó pese a las trabas diplomáticas, cuando el gobierno cardenista autorizó “la compra de armas para la República en terceros países, con la consiguiente controversia, protestas y cruces de acusaciones entre la Sociedad de Naciones, el Comité de No Intervención y los países implicados (Feria 2022, 39). Miguel Ángel Feria afirma que la ayuda militar mexicana fue imprescindible para que la defensa de Madrid resistiera a los embistes sublevados, “pese a quienes minimizaron –y aún continúan haciéndolo– el impacto de la misma” (2022, 39). Su libro, *México y la Guerra Civil española: la voz de los intelectuales* (2022), visibiliza la labor solidaria de uno de los países que más se volcó en socorrer a la República Española y cuya memoria, de acuerdo con el propio Feria, hay que seguir reivindicando frente al olvido al que ha quedado relegada.

La ayuda mexicana a la República no se limitó a lo bélico. Como veremos a lo largo de este apartado, la solidaridad hispanoamericana para con el bando republicano español fue fruto del esfuerzo de las masas populares, que a menudo eran hostigadas en su empeño por las autoridades que, salvo en el caso de México y alguna otra excepción, como la Colombia liberal, reprimieron o, al menos, pusieron trabas a la labor solidaria de sus ciudadanos. En el caso mexicano, el pueblo organizó desde donaciones y colectas en sus centros de trabajo hasta envíos de medicinas, alimentos, dinero o ropa, todo ello con la ayuda de la Embajada liderada por Gordón Ordás y el propio gobierno mexicano, que también prestó ayuda diplomática en la Sociedad de Naciones (Feria 2022, 36-41). A los envíos materiales se sumó la “ayuda inmaterial”, esto es, la labor propagandística y mediática en defensa de la República cuyo objetivo no era otro que ganarse la simpatía del pueblo mexicano que, durante los años treinta sufría de una división social y política similar a la que atravesaba España. Así lo muestra la revista *Futuro*⁶¹, en un artículo sobre la labor del sindicato en defensa de la República Española durante los primeros meses de

⁶¹ Se trata del órgano editorial de la Confederación de Trabajadores de México (CTM). Estaba dirigido por el intelectual comunista Vicente Lombardo Toledano.

contienda, con el fin de “explicar lo que la lucha íbera en realidad significa” y “contrarrestar esta labor de las fuerzas reaccionarias” en suelo mexicano:

La CTM, fiel a su papel de organización obrera revolucionaria y representativa de los intereses de las grandes masas, ha organizado una semana dedicada a España cuyo programa se desarrollará del 2 al 8 del próximo mes de agosto. Durante esos días se exhibirán películas referentes a la vida de España y a asuntos de la Guerra Civil, se transmitirán por radio explicaciones sobre los problemas fundamentales de ese país, tendrán verificativo conciertos y audiciones populares con música española moderna, así como coros y recitales públicos en parques y jardines. Durante esa misma semana se publicará un periódico mural que tendrá por objeto hacer una explicación gráfica de las causas de la rebelión fascista en España y de su desarrollo, hasta los primeros días del propio mes de agosto. Por último, se celebrarán diez conferencias que estarán a cargo de conocidos intelectuales [...]. *Futuro* hace suyo el llamamiento que la CTM dirige a todo el pueblo de México, a todos los sectores sociales que no se hallen ligados material o mentalmente al fascismo, a la opresión y a la barbarie, con el objeto de que presten su apoyo entusiasta a la semana dedicada a España, como un homenaje al pueblo español (Feria 2022, 222).

La inconmensurable ayuda mexicana a la España leal no pasó desapercibida en territorio español. *El Mono Azul*, publicación de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura, se hizo eco de un artículo del intelectual mexicano Manuel Antonio Romero Zurita, más conocido por su seudónimo “Gastón Lafarga”, sobre las razones tras la solidaridad mexicana:

La solidaridad mexicana se desarrolla libremente gracias al respeto que logra del Gobierno. La prensa de izquierda, las organizaciones populares, trabajan sin descanso, rodeando al embajador español en una hora difícil en que la colonia española le abandona. Seguramente que millares de mexicanos habrían podido venir a combatir junto a los heroicos milicianos y al Ejército leal si no fuera porque el problema de la España del Frente Popular no es de hombres, sino de armas y municiones. ¿Por qué ocurre esto en México? ¿Por qué razones se agrupan las izquierdas, desde el gobierno democrático hasta el heroico Partido Comunista de México y la Confederación de Trabajadores de México, representativa de la unidad sindical, en torno a la España nueva, traicionada por los generales facciosos? Por razones históricas en parte. Una corriente espiritual nos une a través de siglos. Los españoles que han ido a México vivifican lazos que podrían haber sido rotos al hacerse la independencia del coloniaje americano del antiguo Imperio español. Hay razones nuevas y vigorosas que dan a la actitud mexicana un sentido constructivo eminentemente práctico. La suerte de la República española es la suerte de la democracia y de la libertad humana (Feria 2022, 558-660).

El apoyo gubernamental, la labor de los medios de comunicación afines, el papel de las organizaciones populares y, desde luego, la identificación de las masas obreras mexicanas con la “España nueva” representada por la República, cuya suerte

identificaban como “la suerte de la democracia y de la libertad humana”, son algunas de las claves del éxito de la ayuda material e inmaterial mexicana que arroja la pieza de *El Mono Azul*. Gracias a las extensas redes mediáticas e intelectuales transatlánticas, el pueblo español era consciente de los esfuerzos de sus compañeros mexicanos. La solidaridad expresada por obreros, campesinos y gobierno desde el otro lado del Atlántico cosechó una gran popularidad en territorio republicano. Así lo muestra, una vez más, Gastón Lafarga, que no por casualidad era el secretario del cónsul general de México en España, José Rubén Romero: “La política internacional del presidente Cárdenas ha permitido a los mexicanos que hemos viajado por el extranjero en estos dos años sentir el gusto de serlo [...]. España, la republicana y antifascista, conoce a México y lo quiere profundamente” (1937, 30). Lafarga, de paso por Madrid, reproduce el diálogo con obreros de la capital, sumamente agradecidos por el auxilio mexicano, que ilustra el notable éxito del excepcional movimiento solidario mexicano:

—No ganará la guerra España solo porque México nos ha ayudado —explica un comisario de guerra en un cuartel del 59 Regimiento en la calle de Francos Rodríguez de Madrid— [...]. Recuerdo el día en que nos entregaron las armas y la dotación de cartuchos. Muchos de nosotros hemos sentido correr las lágrimas de emoción... Comprendimos que, por un cierto número de semanas, los fascistas no podrían vencer. ¡Y no han vencido!... Por esto, digan a los mexicanos que cuando acabe la guerra queremos ir a México un grupo de jóvenes comisarios de guerra. Es necesario que sepa todo el pueblo entero de México la importancia de su ayuda a España (Lafarga 1937, 30).

1.5.2 Logística de un abrazo. Pueblo, intelectuales y el movimiento solidario argentino

María Luisa Carnelli, escritora, periodista y poeta platense que se desempeñó como corresponsal durante la guerra para los periódicos *Unidad*, *Avance* y *La Nueva España*, viajó a España para conocer de primera mano los efectos de la Revolución de Asturias de 1934, una huelga convocada en todo el país que solamente se llevó a las últimas consecuencias en Asturias y que se saldó con la muerte de más de dos mil personas, la mayoría mineros, y entre 30.000 y 40.000 detenidos en toda España (Thomas 2001, 136). En el libro *U.H.P: Mineros de Asturias* (1936), Carnelli “dio cuenta de su

conocimiento sobre la coyuntura política española anterior a la guerra, así como de la admiración precisa que sentía por los mineros asturianos”, con los que convivió durante semanas para realizar su particular y fructífero “proceso de investigación” (Martínez Martínez 2023b, 183). Durante su etapa en Asturias, se sumergió en las aldeas y pueblos mineros de la mano de las mujeres, quienes le abrieron las puertas de su casa en cuanto supieron que era una “camarada”: “Les hablo, me escuchan y queda establecida de repente la corriente de solidaridad. Es una camarada, dicen ahora satisfechas a un grupo de mujeres lavadoras de carbón, que se han incorporado al grupo” (Carnelli 1936, 11). Carnelli pudo comprobar las difíciles condiciones en las que vivían los mineros y sus familias, con quienes mostró su más fiel solidaridad incluso cuando tuvo que enfrentarse a sus capataces:

Ganan más de doce pesetas, dicen, y trabajan solo siete horas por jornada. ¿Más de doce pesetas? Sí, cuando las gana el picador, que es el mejor retribuido, pero si se hace un cálculo con los jornales de ramperos, barrenistas, vagoneros, etc., no se llega ni a un término medio de ocho pesetas. ¿Casta privilegiada el minero? ¿Jornales elevados? ¿Bienestar económico? ¡No! Lo grito con todas mis fuerzas yo que he compartido su humilde plato de “fabes”, yo que he pernoctado en sus pobres casuchas montañosas y sé cómo se compra el pan en ellas (1936, 12).

También Amparo Mom y Raúl González Tuñón estuvieron en la España republicana previa a la guerra. La pareja argentina pasó el año 1935 en el país, donde trabaron amistad con María Teresa León y frecuentaron los círculos de Alberti, Lorca y Neruda (Binns 2012a, 534). González Tuñón, nacido en Argentina de familia asturiana, aprovechó la oportunidad y escribió su poemario *La rosa blindada* (1936), en el que celebraba la heroicidad de sus paisanos durante la Revolución. Es natural que, en Argentina, donde la comunidad migrante española era una de las más numerosas, la guerra civil española tuviera el impacto que estamos estudiando, pero no era la única ni la principal razón de la vasta solidaridad expresada por el pueblo rioplatense. Luis Alberto Romero afirma en ese sentido que la colonia española en el país era importante, pero la clave se encuentra en la singularidad social de la Argentina de entonces, “una sociedad dinámica, con una fuerte movilidad ascendente y un denso asociacionismo” en la que proliferaban asociaciones de todo tipo: “las de los inmigrantes, las cooperativas agrarias, las sociedades barriales de fomento, las bibliotecas populares, los clubes sociales y

deportivos, además de los sindicatos y los comités políticos” (Romero 2011, 23). En la cultura de esta sociedad tan activa y organizada predominó “la gran tradición cultural e ideológica liberal y democrática” en oposición a “la católica y nacionalista”, provocando que, con el paso del tiempo, un sector importante se terminara decantando por una “actitud básica, reformista y progresista, que se reconoció en la España republicana y se identificó con ella” (2011, 23-24). En ese sentido, Niall Binns añade que el “movimiento masivo de solidaridad con la España ‘leal’ desde los primeros días de la guerra civil” tenía mucho que ver también con estos grandes sectores de la población politizada que vivían “el conflicto como si los afectara directamente”, en parte porque estaban plenamente convencidos de que “el resultado de la guerra española determinaría el futuro de su propio país” (Binns 2012a, 50).

Este movimiento no solo fue un gran éxito, sino que produjo “un impacto inusitado en la población argentina”, que conformó “más de un millar de comités extendidos por toda la geografía nacional, tanto en áreas rurales como urbanas” que se volcaron en el envío de alimentos, medicinas y material higiénico⁶², principalmente (Boragina et al. 2008, 29). Fue tal la magnitud de los envíos que “la oficina central de Correos en Buenos Aires se vio obligada a habilitar un local dedicado exclusivamente a España” (Binns 2012a, 50). La asociación Amigos de la República Española⁶³, fundada desde el Centro Republicano Español y una de las principales del país, llevó a cabo campañas como “Raciones para los Milicianos” en la que participaron más de 150.000 personas (Boragina et al. 2008, 29-30). Otras organizaciones, como la Comisión Coordinadora y Solidaridad Internacional Antifascista (SIA), vinculada al sindicato anarquista español CNT, llegaron a enviar “600 T de trigo y harina y 300 T de carne, ropa y medicamentos” (Boragina et al. 2008, 31). Por su parte, la Federación de Organismos de Ayuda a la República Española (FOARE)⁶⁴, de liderazgo comunista, editaba el

⁶² Boragina añade que “otro aspecto distintivo de este nucleamiento era la variedad de iniciativas emprendidas”, que incluyeron campañas como la “recolección de trigo, lana o algodón” lejos de la frenética capital en lugares como “Coronel Dorrego o Tres Arroyos, o en provincias como Santa Fe” (2008, 33).

⁶³ En 1937 la asociación contaba con 135 filiales distribuidas por todo el territorio nacional, desde la cosmopolita Buenos Aires hasta provincias más alejadas y con menos población como Chaco, Tucumán, Formosa o Chubut.

⁶⁴ Su asociación juvenil, los Jóvenes Amigos de España Leal, fundó la Junta Médica de Ayuda Sanitaria a la España Republicana (JAMASER) que ideó la iniciativa de donar treinta y ocho ambulancias y dos

periódico *La Nueva España*, que hemos citado en numerosas ocasiones y que llegó a imprimir tiradas de 90.000 ejemplares, y se volcó en gran medida en la ayuda inmaterial, esto es, propagandística, a través de la cual recaudaron dinero que después enviaron a la España republicana. Otras organizaciones como el histórico sindicato argentino CGT, de marcado carácter antifascista en los años treinta, decidieron donar un o medio jornal de sus obreros afiliados para enviarlo a España (2008, 40). En un artículo publicado en *La Vanguardia* en septiembre de 1936, los sindicalistas argentinos dejaron claro su postura ante el conflicto español:

La clase trabajadora argentina tiene el compromiso sagrado de colaborar en el triunfo del proletariado de España. Desde nuestro país lo podemos hacer, enviando cantidades de víveres, ropas, medicamentos. La burguesía de esta parte del continente como la de todo el mundo coopera con el movimiento reaccionario de los generales españoles enviándoles víveres, mercenarios y armas; los trabajadores no podemos cruzarnos de brazos. Ya que no podemos enviar armas, que no tenemos, colaboraremos con todo lo que esté a nuestro alcance. La victoria española será nuestra victoria (Boragina et al. 2008, 41).

A pesar de la represión y la persecución en algunas provincias, particularmente en la de Buenos Aires, gobernada por el filofascista Manuel Fresco, el balance de la solidaridad argentina con la España republicana fue excepcional⁶⁵:

La solidaridad con la República logró sensibilizar a grandes sectores de la población local y se incorporó a su imaginario político, movilizó a miles de personas, sobre todo jóvenes, hacia la militancia y un compromiso político que nunca, hasta su vejez, iban a olvidar [...] La Guerra Civil y el movimiento de solidaridad conformaron y estructuraron la subjetividad de toda una generación. Sujetos que se movilizaron, algunos por primera vez, canalizando un compromiso más profundo a partir de la experiencia de organización y de movilización de los comités de solidaridad con ejes antiautoritarios, antifascistas y democráticos (Boragina et al. 2008, 63).

¿Qué motivaba al pueblo argentino a entregarse en cuerpo y alma en la defensa de la República Española? ¿Cómo se organizaba el aluvión solidario surgido de las masas

hospitales rodantes, una de las cuales fue enviada desde la conocida prisión de Ushuaia gracias a las aportaciones de guardias, presos y vecinos de la zona (Boragina et al. 2008, 36).

⁶⁵ Incluso personalidades de la altura de Juan Gelman, quien era un niño durante los años del conflicto, se implicaron en la solidaridad hacia la República. El escritor recuerda cómo, con seis o siete años, “iba todas las noches a comprar el diario *Crítica*” a su padre para que pudiera seguir los acontecimientos de la guerra y cómo, “con los demás chicos del barrio”, juntaban los envoltorios de las chocolatinas porque creían que “con esos papelitos fundidos se harían balas para los republicanos” (Boragina et al. 2008, 50). Además, las proporciones de la ayuda argentina fueron tales que, de acuerdo con la investigadora Silvina Montenegro, llegó a ocupar el segundo puesto respecto al volumen de recaudaciones a nivel mundial (2005, 26).

populares del Nuevo Continente? En la primera parte del presente trabajo, que concluimos con este apartado, hemos estudiado el compromiso de los intelectuales hispanoamericanos para con las causas populares y, en este caso, la España republicana con la que se identificaban. Además, gracias a la revolución mediática que trabajamos en el segundo apartado, estos intelectuales pudieron difundir la heroicidad de los republicanos españoles, las razones detrás del conflicto y, desde luego, alentar al pueblo a expresar su solidaridad con sus pares españoles. Por si fuera poco, el frente popular hispanoamericano, analizado en el tercer apartado, que agrupaba partidos, sindicatos, asociaciones de intelectuales, periódicos, revistas y un sinnúmero de militantes, activistas y personas de a pie dispuestas a hacer frente al fascismo y luchar por el cambio político en sus países, articuló un movimiento prorrepblicano a escala continental que, pese al olvido que mencionábamos al comienzo de este apartado, logró plantarle cara a los sectores afines a los sublevados, incluyendo la mayor parte de sus gobiernos. Sin la unión de todos estos elementos, la solidaridad hacia la República en Hispanoamérica no habría alcanzado jamás semejantes cotas.

1.5.3 «El poder de la palabra». Los intelectuales uruguayos y las apelaciones al lector

La articulación de la solidaridad prorrepblicana en Uruguay, bajo la dictadura de Gabriel Terra, es un gran ejemplo del eficiente papel protagónico de los intelectuales en la ayuda a España. A pesar de las notorias simpatías del régimen hacia Franco y a la ley que, al igual que en países como Ecuador, Costa Rica y Perú, prohibía las reuniones públicas que tuvieran relación con gobiernos extranjeros, “existieron en Uruguay, a lo largo de la guerra, campañas masivas de solidaridad y apoyo a la República” (Binns 2016, 19). El intelectual Líber Troitiño, dirigente histórico del socialismo uruguayo, protestó ante la represión gubernamental que ponía trabas a la “enorme simpatía” del pueblo uruguayo hacia el español:

¿Por qué podemos hacer tan poco por la España republicana, no obstante la enorme simpatía de nuestras masas populares hacia el pueblo español? Porque no vivimos, desde el 31 de marzo de 1933, en un régimen de normalidad democrática. Si la guerra de España

hubiera estallado en 1932, grandes manifestaciones imponentes habrían recorrido nuestra ciudad proclamando la solidaridad de nuestro pueblo con los heroicos milicianos (Binns 2016, 687).

Binns apunta hacia una de las claves para comprender el ingente movimiento solidario que se estaba gestando pese a las dificultades impuestas por el gobierno:

El poder de la palabra servía para generar solidaridad con la República Española pero también para fomentar la generosidad de la ayuda material. Muchos de los textos recopilados en este libro inciden en esa apelación directa a las conciencias del público lector y oyente, animando a los uruguayos a contribuir con su tiempo o su dinero, mediante estrategias retóricas cercanas a veces al chantaje emocional (2016, 59).

Como ejemplo de ese “chantaje emocional”, motivado en nuestra opinión por la urgencia de las necesidades del pueblo español y la frustración de la lejanía propia la retaguardia hispanoamericana, Paulina Luisi, en un “acto de diciembre de 1936 organizado en el Cine Continental de Montevideo por la Comisión de Damas pro Ayuda al Pueblo Español”, preguntó al público:

¿Quiénes de vosotros rehusarán el sacrificio de un placer, de una satisfacción pequeña, de gastar cigarros, de privarse de un aperitivo, de ir una vez al cine, al teatro, a las carreras, de comprar una fruslería o un perfume para transformarlos piadosamente en dádiva generosa y fraterna para aquellos infelices? (2015, 102).

Las apelaciones de corte sentimental, en muchas ocasiones relacionados con el sufrimiento de los niños y las madres, como veremos en el apartado dedicado al héroe mártir, eran muy comunes en la literatura hispanoamericana sobre la guerra civil española debido a su eficacia persuasiva. Las apelaciones en defensa de los niños, las víctimas más inocentes del conflicto, eran las que cosechaban más apoyos y financiación, pero no eran las únicas. Edmundo Castillo, principal opositor batllista –fue ministro de Industria y Trabajo pocos años antes del inicio de la dictadura– y presidente del Comité Nacional pro Defensa de la República Española, publicó un deslumbrante artículo dirigido a la colonia española en el país titulado “¿Qué es el imperio español programado por la Falange?”. La pieza estaba basada en un texto del general Miaja destinado a despertar la solidaridad en Hispanoamérica: “El mensaje del glorioso general Miaja, a los españoles de América Latina, pidiéndoles su ayuda material y moral en favor de los heroicos milicianos que defienden la libertad de la patria contra los traidores de Franco y las tropas invasoras de

Italia y Alemania, no debe ser olvidado un solo instante” (1937, 3). El propósito del artículo no era otro que recordarle a los migrantes españoles y sus descendientes cómo habían tenido que “salir de España” rumbo a un país donde los “americanos demócratas” los recibieron con los “brazos abiertos, como hermanos”, todo ello con el objetivo de animarlos a defender la República frente al enemigo franquista, representado por las clases privilegiadas:

Fue porque el viejo régimen de absolutismo y despotismo, instaurado por la monarquía y sostenido por los señores feudales, el alto clero y los banqueros rapaces, impedía a los hombres del pueblo vivir libremente y ganarse la vida. En busca de tierras libres donde formar un hogar a cubierto de las garras del despotismo, cruzasteis el océano y vinisteis a poblar a América, a enriquecerla y humanizarla con la fecundidad de vuestro trabajo y la honradez de vuestro espíritu (1937, 3).

Con el objetivo de apelar también a los lectores uruguayos, Castillo da otra razón de peso para apoyar al bando republicano español y volcarse en las iniciativas solidarias. Si el fascismo español, apoyado por Hitler y Mussolini, lograra triunfar en España, “saltaría en seguida por sobre el océano y echaría su garra sangrienta y opresora sobre nosotros”, pues Franco anhelaba restaurar el imperio español: “reza con España y reza también con América Latina”. La única opción que tenían hispanoamericanos, uruguayos y migrantes españoles era apoyar la “heroica epopeya de los milicianos y las milicianas” envueltos en una guerra desigual frente a un enemigo que día a día recibía “mayores refuerzos en tropas italianas, nazistas y moras, más armas, más dinero y más recursos en general”. Tras los encendidos argumentos en favor de la República y las advertencias sobre las consecuencias de una posible victoria sublevada, Castillo animó al lector a unirse a “las filas del Comité Nacional pro Defensa de la República Democrática Española”, donde tendría “un lugar de acción y colaboración en favor de los milicianos y milicianas” así como “las víctimas más inocentes de la crueldad rebelde, los pobres niños españoles”. A finales de 1938 el Partido Batllista, al que pertenecía Castillo, envió dos telegramas de apoyo dirigidos al “gobierno legítimo de España heroica”:

Convención Partido Batllista del Uruguay, saluda en este día simbólico en la heroica defensa de Madrid y de la España democrática, a glorioso jefe que supo afrontar valientemente deber de la hora y ruégale sea intérprete de este mensaje solidario ante gallardo pueblo español denodado defensor de la Libertad, del Derecho y de la Democracia (Binns 2016, 39).

El respaldo del partido al bando republicano en un país gobernado por una dictadura que simpatizaba con Franco y que reprimía a todo aquel que mostrara su apoyo al difamado “gobierno comunista” de Valencia, era una buena muestra del éxito de las apelaciones y campañas solidarias prorreplicanas, cuya mayoría fueron organizadas por el Comité Nacional pro Defensa de la República Democrática Española⁶⁶. El Comité, vicepresidido por el escritor Ildefonso Pereda Valdés, era consciente de la importancia de contrarrestar el relato mediático sublevado en Uruguay, cuyos medios de comunicación tenían un gran peso en la opinión pública:

Mientras que la prensa fascista dice que el Frente Popular es la ruina de España y que llevó la República a una situación caótica, nosotros afirmamos y la realidad de los hechos lo corrobora, que, si no fuese por el Frente Popular, la República no existiría ya. [...] El triunfo del Pueblo Español no es una cosa improvisada; y esto lo saben muy bien los mismos escribas que diariamente se dedican a la tarea de sembrar calumnias y obscurantismo (Binns 2016, 282).

Como hemos afirmado en varias ocasiones, la guerra civil española y, sobre todo, la resistencia republicana protagonizada sus grandes héroes populares, tanto individuales como colectivos, fueron utilizadas como inspiración y esperanza para los sectores progresistas hispanoamericanos. Julia Arévalo, “una de las grandes protagonistas de la lucha en Uruguay en defensa de la República Española” (Binns 2016, 99), así como “una especie de Pasionaria uruguaya” (Leibner 2011, 58), escribió una contundente apelación a la unidad de la izquierda del país invitando a tomar el ejemplo de sus camaradas españoles. La pieza, titulada “En España la unidad asegura la victoria. Aquí, solo la unidad asegurará una mayor ayuda” y publicada en el diario del Comité, *España Democrática*, defendía que el apoyo popular al bando republicano repercutía positivamente en la unidad política uruguaya:

⁶⁶ El CNPDRDE nació el 3 de agosto de 1936 y contó con la adhesión de más de sesenta organizaciones, entre ellas el Centro Republicano Español, el Comité Antifascista Italiano, el Partido Comunista, el Centro de Intelectuales del Uruguay, la Agrupación Avanzar, el Socorro Rojo, el Partido Socialista, los comités a favor del Frente Popular, el Comité de la Raza Negra contra la guerra y el fascismo, la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay y la Agrupación Nacionalista Demócrata Social (Paris y Ruiz 1987, 119, 123-24). Además, tenía una sección dedicada a las mujeres, el Comité de Damas pro Ayuda al Pueblo Español presidido por Paulina Luisi, que “desempeñaría una intensa labor humanitaria a favor de las víctimas civiles de la guerra, buscando la colaboración de la prensa y sobre todo reuniendo prendas para enviar a España” (Binns 2016, 60).

Esa epopeya del pueblo español, esa resistencia al invasor de un pueblo que sufre con estoicismo ejemplar el estrangulamiento de sus derechos, el asesinato en masa de su tesoro más preciado, su niñez y su juventud. Ese agrupamiento de todas las fuerzas democráticas del mundo a su influencia, imponiendo con su fuerza un cambio en la política de los pueblos abriendo nuevos rumbos en el sendero de la paz y la democracia, solo ha sido posible porque allí supieron forjar el arma que es hoy indispensable a su victoria: la unidad. Y ha sido aquí, en nuestro pueblo, condición indispensable para encender un vivo sentimiento de solidaridad hacia la Madre Patria, que ese espíritu que es ley en España guiara nuestra acción (Binns 2016, 101).

Además de los numerosos envíos de ayuda material, tanto económica como en especie, parece que la apelación a la unidad llegó a buen puerto. Cinco meses después, durante un acto de la AIAPE para lanzar la “campana de ayuda a los escritores y artistas españoles”, Clotilde Luisi ofreció un emotivo discurso sobre la necesidad de solidarizarse con sus pares republicanos españoles, cuya dramática situación exigía la colaboración de todas las agrupaciones antifascistas:

La AIAPE, agrupación de intelectuales que luchan por la defensa y la libertad de la cultura, no puede permanecer indiferente a ese llamado que nos llega, palpitante de angustiosa urgencia, a través del océano. Nuestros amigos de Madrid, de Madrid la heroica, nos tienden la mano reclamando auxilio. Y por eso ahora nuestro deber más perentorio es el de prestárselo, con todas nuestras fuerzas.

La apelación a los intelectuales uruguayos, agrupados en buena medida en torno a las siglas de la AIAPE y partidos políticos de la oposición, puso el foco en el sacrificio heroico de los intelectuales españoles y todas aquellas personas que trabajaban por y para el pueblo en la retaguardia:

¿Sabéis quienes forman esa retaguardia? ¿Sabéis quienes forman ese verdadero ejército, custodio ahora de la entraña espiritual del pueblo? [...] Lo forman los médicos, que restauran heridas bajo la metralla, y encuentran todavía medios y sistemas para arrancar más vidas a la muerte. Lo forman las enfermeras, de dulce mano amiga. [...] Y lo forman, sobre todo, los poetas. Los poetas, camaradas, los poetas, ¡canto del corazón de España! Allí están Machado, Alberti, Prados, Altolaguirre, Serrano Plaja, Cernuda, Guillén, Alexandre, León Felipe, Larrea, Juan Ramón Jiménez, Clemencia Miró... [...] Con ellos está presente, con toda su alma y su voz, presente siempre en todas partes con su espíritu, mientras su cuerpo se deshace dulcemente bajo las espigas, Federico García Lorca (C. Luisi 1938a, 11).

La defensa de la cultura, uno de los ejes del proceso de politización de los intelectuales de ambas orillas, se alzó como uno de los grandes temas para alentar tanto al pueblo como a los intelectuales hispanoamericanos a ponerse del lado republicano

español y participar de las iniciativas solidarias. Sofía Arzarello, poeta, intelectual y secretaria de la AIAPE a partir de octubre de 1937, donde era “la colaboradora más asidua de su revista”, dirigió la campaña “Doy mi oro a España” junto al Grupo Femenino de la agrupación, que consistió en la donación de joyas que pudieran alivianar las necesidades económicas del pueblo español (Binns 2016, 103). También se solidarizó con los republicanos a través de la pluma, con poemas como “Los leales muertos”, que leyó durante el homenaje a Federico García Lorca en el Ateneo de finales de noviembre de 1936, y textos como “El intelectual frente al mundo”, en el que asociaba el nuevo paradigma del intelectual comprometido al vasto movimiento de solidaridad que había surgido en su defensa: “La España republicana y mártir defendiendo su independencia, sin más armas que una muralla de pechos y el gesto solidario de todos los pueblos del mundo que se sacrificaron sublimemente para ayudarla, son testimonio de que la conciencia moral no fue nunca tan iluminada ni ejecutiva”. Para Arzarello y sus compañeros de la AIAPE, los intelectuales debían estar a la altura de los acontecimientos⁶⁷ y ponerse al servicio tanto de la causa republicana como todas aquellas que fueran justas.

Blanca Luz Brum, intelectual uruguaya y “paradigma de escritora revolucionaria en su época y una mujer de vida trepidante”, durante la guerra civil española vivía en Santiago de Chile, donde “participó en la puesta en marcha del Frente Popular, que alcanzaría el poder con el triunfo de Pedro Aguirre Cerda a finales de 1938” (Binns 2016, 150). Durante su estancia chilena, Brum dirigió *Sobre la Marcha*, un “cartel mural de cultura para las masas” que contó con poemas guerracivilesco de numerosos escritores de renombre, como Plá y Beltrán y Vicente Huidobro (2016, 151). En un editorial de la revista, “¡Salud, pueblo español!”, Brum puso en palabras el sentimiento solidario que sentían los intelectuales uruguayos e hispanoamericanos hacia “la madre de nuestra sangre, de nuestra lengua, de nuestra cultura y de nuestras más altas esperanzas”. Siguiendo la línea marcada por el resto de los intelectuales uruguayos afines a la República, Brum exaltó las virtudes del heroico pueblo español que resistía al fascismo.

⁶⁷ Por el contrario, todo aquel que decidiera plegarse hacia sí mismo y abrazar el individualismo, como el filósofo don Miguel de Unamuno, quedaría relegado a una posición marginal en el campo intelectual: “El más oscuro miliciano estuvo a mil kilómetros de altura sobre el intelectual que no oyó el llamado, aunque entre los tapiados se hallase frente tan levantada como la de don Miguel de Unamuno” (Arzarello 1939, 9)

Así, reivindicó la resistencia y el sacrificio de los “batallones heroicos de semidioses tallados en bronce eterno” de las milicias populares, pero también la entrega de los profesores y maestros, que habían “sabido canjear los libros de estudio por los fusiles que les abren las puertas hacia la cultura del porvenir”; así como de los escritores que, “desde las barricadas de la prensa”, expresaban “la voz del pueblo en armas” y, también, de los estudiantes hispanoamericanos voluntarios en las filas republicanas, que “con las armas en el puño” escribían la frase “Solidaridad Internacional” (Binns 2016, 151).

1.5.4 La reconciliación popular. Cuba en defensa de la República Española

Si existiera un pódium de la solidaridad hispanoamericana con la República Española, Cuba ocuparía uno de los tres puestos. Los intelectuales cubanos, cuya relación con España y sus intelectuales se había estrechado durante los años treinta, sabían que la República solo sería salvada “por la más enérgica acción interna contra las fuerzas invasoras y por la solidaridad internacional que le brinden los que aman la independencia de los pueblos”, por lo que se volcaron en la ayuda material e inmaterial con el pueblo español (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 465). Sin embargo, el editorial de *Mediodía* se lamentaba de las trabas impuestas por el Gobierno, que lejos de apoyar a los republicanos, había dado “asilo en su Embajada en Madrid a los fascistas más comprometidos con el golpe traidor”⁶⁸ y apoyado “en la Liga de las Naciones las

⁶⁸ Manuel Serafín Pichardo, secretario de la Legación de Cuba en Madrid, realizó “una labor encomiable en los últimos meses de su vida, exponiéndose al peligro para acoger en la embajada que presidía a centenares de ciudadanos españoles que se sentían en riesgo de muerte en un Madrid trastornado por el levantamiento militar, el desorden revolucionario y la paranoia ante la amenaza de la Quinta Columna” (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 578-79). Con el objetivo de apaciguar los ánimos entre los republicanos, que miraban con recelo su iniciativa, labró una gran amistad con el general Miaja. Tras la repentina muerte de Pichardo el 13 de marzo de 1937, el propio general tuvo que salir a desmentir las acusaciones de la prensa sublevada sobre el falso asesinato del diplomático cubano a manos de los republicanos: “Tengo el mayor interés en salir al paso de una canallada lanzada a todos los vientos desde el campo rebelde, a propósito del fallecimiento del señor Pichardo, ocurrido aquí en Madrid ha pocos días. Mienten las radios facciosas al decir que el embajador de Cuba ha muerto asesinado por los ‘rojos’. Ahora facilitaré a ustedes un certificado médico, expedido por el médico del ilustre diplomático, y una carta del secretario de la Embajada cubana desmintiendo tal patraña. He aquí cómo quieren vencernos esos malvados. Ya que no pueden triunfar con las armas, nos calumnian vilmente. La verdad, a pesar de todo, se abre paso siempre. Aquí no han asesinado a nadie los ‘rojos’, como ellos nos llaman” (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 579).

proposiciones que favorecen al invasor”. El pueblo compensó la actitud de sus mandatarios y se tomó “un especial interés en cumplir con su esfuerzo la parte que a Cuba le corresponde en la solidaridad universal que hay que prestarle a España”. La razón principal tras su empeño, más allá de los lazos culturales, literarios y políticos que los unían con la nueva España republicana, era que, al igual que en Uruguay y Argentina, “cada paso victorioso del pueblo cubano en favor de una Cuba democrática” se traducía, al instante, “en un apoyo más amplio y mejor organizado en favor de España” (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 466). De nuevo, la suerte de Cuba estaba ligada a la de España.

La historiadora Áurea Matilde Fernández Muñiz se pregunta cómo era posible que, “a tan pocos años —apenas 38— de haber dejado Cuba de ser colonia de España y de los 30 años de luchas independentistas (1868-1898), se sintiese en la Isla de una manera tan fuerte lo que estaba ocurriendo en la antigua metrópoli” (Fernández Muñiz 2010, 3). Niall Binns, Jesús Cano Reyes y Ana Casado Fernández estudiaron en *Cuba y la guerra civil española: la voz de los intelectuales* (2015) cómo el particular contexto cubano había formado y moldeado ideológicamente a una nueva generación de intelectuales sensible ante conflictos imperialistas como el conflicto español:

Grandes sectores de la población cubana —entre ellos estudiantes, sindicalistas e intelectuales— se habían curtido ideológica y políticamente en la lucha contra Machado y luego en la frustrada revolución cubana del año 1933; para estos revolucionarios, en medio de la desilusión y el agotamiento de la militancia imperantes en 1936, en una Cuba dominada por el coronel Fulgencio Batista [...] resultaba fácil la identificación solidaria con la causa aparentemente —pero no del todo— ajena de la defensa de la República Española y la lucha contra la sublevación franquista (2015, 22).

La renovada y fraternal relación entre el pueblo español y el cubano era sentida como una de las principales motivaciones para socorrer a la nueva España. Lejos de ser una solidaridad unidireccional, los intelectuales cubanos contextualizaban su ayuda a la República en un nuevo paradigma de relaciones hispanocubanas cuyos protagonistas eran los pueblos cubano y español, lo que ilustraba el nuevo parentesco auspiciado por el hispanoamericanismo popular que trabajamos en el apartado anterior. Así lo expresaba el editorial de *Mediodía* antes citado:

La profunda vinculación que con la causa popular cubana han demostrado siempre los mejores españoles radicados en Cuba, se está transformando con la guerra en la vinculación afectuosa y entrañable de todos los españoles leales que en Cuba viven. Esta compenetración, estos lazos que los ideales crean, contribuirán a facilitar el triunfo democrático del pueblo cubano y consecuentemente, arrojarán el más fecundo apoyo solidario a España (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 466).

¿Cómo asistir a los nuevos hermanos españoles? ¿De qué forma solidarizarse desde la lejana retaguardia caribeña? Una de las iniciativas fue enviar “los dos productos principales” cubanos con los que podrían contribuir al triunfo de la guerra: el azúcar y el tabaco (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 466). Para ello, todo tipo de asociaciones de la sociedad civil se habían agrupado en un movimiento transversal de ayuda compuesto por “logias masónicas, instituciones religiosas, comerciantes, sindicatos obreros, organizaciones de mujeres y de juventudes” que, impulsado por la “causa de la independencia de España”, sabría encontrar “nuevos y más amplios caminos de solidaridad”. Cuba, donde gran parte de los revolucionarios y militantes que abogaban por un cambio político estaban en la cárcel o, al menos, perseguidos, canalizaron lo que les “quedaba de idealismo” hacia “el apoyo a la República Española”, lo cual, según Alistair Hennessy, explica el gran éxito de la solidaridad cubana (1982, 116). La participación de en torno a mil voluntarios cubanos en la guerra, la cobertura de corresponsales como Juan Marinello o Nicolás Guillén y la presencia de otros tantos intelectuales en la España en guerra, así como la avalancha de ensayos, artículos y poemas escritos desde la retaguardia cubana ejemplifican el rotundo éxito de la solidaridad cubana con la República Española y el papel protagónico de los intelectuales.

El apoyo de la nutrida prensa prorrepblicana fue imprescindible para articular este complejo movimiento solidario. Eso sí, no sin dificultades. A pesar del “apoyo masivo a la República entre los cubanos y en la colonia española”, que dio lugar a copiosas colectas y donativos destinados a la población civil, en 1937 el Gobierno dictó un decreto que “significó la clausura de esas agrupaciones”. La decisión provocó la indignación y protesta de los sectores prorrepblicanos, que no dejaron de organizarse y luchar hasta conseguir fundar en junio de 1938, “con el beneplácito de Batista”, el Comité Nacional de Ayuda a España, cuyo objetivo “era unificar y coordinar los esfuerzos recaudatorios”. El trabajo conjunto de la prensa prorrepblicana cubana, tanto dentro como fuera de la colonia española, de los intelectuales favorables al bando leal y, desde

luego, del pueblo cubano, se cristalizó también en un sinfín de eventos y homenajes tanto a la República como a sus grandes referentes.

Las actividades prorrepúblicas, anunciadas en las revistas y periódicos afines – con revistas como *Mediodía*, *Baraguá*, *Cúspide* y *Páginas* y periódicos de la talla de *Bohemia*, *Selecta* y *Carteles*, así como gran parte de la prensa de la colonia española–, recibieron grandes afluencias de público (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 51-52). Los actos a favor de la República en Hispanoamérica solían tener relación con fechas clave para los republicanos, como el 14 de abril, efeméride de la proclamación de la República en 1931, y el 12 de octubre, pero también aniversarios como el de la Defensa de Madrid y homenajes a “los ‘mártires’ de la guerra o la llegada a la isla de personajes relevantes de la política y la intelectualidad españolas” (2015, 52). El estadio de la cervencería La Polar fue uno de los espacios míticos de los mítines y homenajes prorrepúblicos en Cuba. El 12 de septiembre de 1937, en torno a sesenta mil personas casi llenaron el estadio en un homenaje a los republicanos; en julio de ese mismo año, el embajador republicano en Cuba Félix Gordón Ordás, uno de los principales responsables de la exitosa ayuda bélica del México de Lázaro Cárdenas, lo consiguió y, en diciembre, el intelectual, dibujante y padre del nacionalismo gallego, Alfonso Rodríguez Castelao, lo volvió a hacer (2015, 53).

Quizá parte de la receta del éxito de la movilización prorrepública en la isla se deba a las apelaciones que, al igual que en Uruguay, lanzaron los intelectuales desde la prensa. El historiador y profesor universitario Gustavo Fabal, habitual en las páginas de *¡Ayuda!*, órgano de expresión de la Asociación de Auxilio al Niño del Pueblo Español, publicó en la revista el artículo “Ejemplo de solidaridad” para exhortar a sus lectores cubanos. La pieza comienza aludiendo a la iniciativa de unos obreros metalúrgicos valencianos que, “en solidaridad con el Ejército Popular y como muestra de adhesión al Gobierno”, habían decidido implementar una jornada extraordinaria de 72 horas. Para Fabal, la actitud de esos trabajadores tenía que inspirar a los obreros cubanos, cuyo “deber primario” era seguir su ejemplo: “El hombre de la retaguardia cubana ha de brindar sin regateo su cooperación, al hombre del pueblo español, al niño del pueblo, que sufre sin piedad y sin tregua el latigazo cruel de la guerra” (Fabal 1938, 24). El joven historiador añadía que, pese a “la distancia física” que los alejaba “del drama español”, la cercanía

cultural, social y popular entre ambos pueblos unía sus destinos: “lo español es tan nuestro, lo vivimos tan de cerca, con tal paralelismo, que no se puede resistir, sin un hondo desgarramiento interior a la actitud solidaria del hombre de estas tierras para con el suceso de rango universal que entraña la actualidad española”. La retaguardia transatlántica a la que hemos aludido en varias ocasiones era imprescindible para Fabal quien, en sintonía con el resto de los intelectuales hispanoamericanos, pensaba que estaba “en cualquier rincón de la tierra donde aún no haya comenzado la pelea” y, por lo tanto, también en Cuba. La urgencia impuesta por la coyuntura política de los años treinta hacía que dar “la espalda a esta obligación primaria” implicara desertar “del deber más estricto de su tiempo”: “Cada hombre, en esta hora de alumbramiento universal, tiene un deber que cumplir; si los que están en la línea de riesgo no han descartado el suyo, los que estamos en la retaguardia menos podemos hacerlo. La faena actual tiene la trascendencia de una obra de libertad” (Fabal 1938, 24).

Gerardo Álvarez Gallego, político y periodista ourensano de nacimiento y cubano de adopción que se labró una nada desdeñable carrera mediática en Cuba, explicó en el diario *Noticias de Hoy* la “metamorfosis” del vínculo entre Cuba y España que, para el intelectual hispanocubano, no podría “disolverse nunca”:

Entre cubanos y españoles, la pelea que hierve en España ha operado una metamorfosis visible. Un maltrato de coloniaje, una voracidad fiscal, una sevicia del Ejército metropolitano, debiera haber atizado un rencor histórico, que realmente en ningún tiempo tuvo albergue en la generosidad de Cuba. Pero es que ahora, al luchar los unos contra lo mismo que lucharon los otros, lo que se ha establecido entre cubanos y españoles es una boda de voces, un ligamen de lágrimas, un vínculo de sangre. Aquí, a lo largo de dos años, hemos estado públicamente juntos muchas veces y en silencio, otras muchas, hemos llorado unidos. Pero allá, en los campos de batalla, la sangre de cubanos y españoles cayó confundida sobre el mismo terrón de la anciana gleba progenitora. Tal aleación triple no podrá disolverse nunca (Álvarez Gallego 1938, 1).

1.5.5 El «aherrojamiento» del Ecuador antifascista. Los deberes del escritor

La nueva relación entre España y sus antiguas colonias, fruto de los esfuerzos de los intelectuales que abrazaban el hispanoamericanismo popular, fue determinante en la

configuración de la solidaridad ecuatoriana con la República Española. El 12 de octubre de 1938, la Asamblea Nacional de Ecuador acordó, tras un intenso debate, “saludar en esta fecha gloriosa para el mundo hispánico a la Nación Española representada por el Excelentísimo señor Presidente de la República, don Manuel Azaña” (Binns 2012b, 44). Al igual que en Colombia, donde los liberales gobernaban y sentían cierta simpatía por la República Española, no sin desconfiar de los partidos republicanos de izquierda más radicales, parte de los votos liberales acompañaron a los socialistas y los de un curioso voto conservador. Semejante victoria política no se habría conseguido de no ser por el “aherrojamiento” del pueblo y los intelectuales prorreplicanos ecuatorianos desde el estallido de la guerra. En referencia a las antes citadas declaraciones de Viñas en torno a la influencia de los medios de comunicación y la propaganda en los gobiernos, creemos que el caso ecuatoriano es un éxito evidente del movimiento solidario con el bando republicano español. Niall Binns sitúa el comienzo de la solidaridad ecuatoriana el 21 de agosto de 1936, “cuando se impidió una asamblea de adhesión al Frente Popular español, organizada por los tres partidos ecuatorianos de izquierda (Socialista, Comunista y Vanguardia Revolucionaria)”. El gobierno notificó la prohibición una sola hora antes de la asamblea, por lo que los organizadores no tuvieron tiempo de disolverla y se saldó con enfrentamientos con la policía, la detención de doce participantes –entre ellos Luis Maldonado, secretario general del Partido Socialista– e incluso una herida por un “sablazo” (Binns 2012b, 41).

El frentismo intelectual que estudiamos en la tercera parte de este apartado se materializó en libros colectivos como el ya aludido *Nuestra España*, así como en las publicaciones de la revista *España Libre*, “la Página Literaria de *El Telégrafo* y las revistas (*Trópico*, *SEA*, etc.) que dedicarían numerosas páginas a la guerra española” (Binns 2012b, 32). Los intelectuales ecuatorianos, quienes habían cerrado filas en torno a la defensa de la República Española, eran conscientes de los peligros de una posible victoria sublevada. El artículo “La amenaza fascista en el Ecuador”, publicado en *España Libre* de Guayaquil, se preguntaba cuáles eran “los fascistas criollos” y cuál era “el frente fascista ecuatoriano”. La respuesta, evidente para los redactores de la publicación, se dirigía a aquellos intelectuales y ciudadanos que no se sentían alertados por el auge de los fascismos, a los que avisaban de que los partidarios de Franco en el Ecuador eran “las

fuerzas de la reacción”, que además eran “hábiles, fuertes” y adineradas y, por si fuera poco, contaban con “la fuerza del fanatismo religioso” (1936, 3). Al igual que en los países que ya hemos estudiado, las fatídicas consecuencias de una más que probable derrota republicana, esto es, la extensión del fascismo a Hispanoamérica, eran razón suficiente para solidarizarse con los republicanos españoles quienes, además, pertenecían a una cultura con la que empatizaban y de la que se sentían deudores.

La prodigiosa solidaridad ecuatoriana hacia la República Española se tradujo en copiosos envíos de ayuda material⁶⁹, propaganda y numerosos homenajes, como el que aconteció en febrero de 1938 en la Plaza Arenas de Quito tras levantarse la prohibición que impedía realizar eventos públicos sobre la guerra española. El homenaje fue organizado por un “comité de intelectuales” que reunía a la flor y nata de la joven generación literaria ecuatoriana: Benjamín Carrión, G. Humberto Mata, Jorge I. Guerrero, Alejandro Carrión y Jorge Icaza, cuyas intervenciones serían publicadas en el libro *Por la España Leal!* (1938) (Binns 2012b, 32). Este volumen incluyó, entre otros textos, el discurso de Pablo Palacio, abogado y escritor experimental, que trataba de explicar otra de las razones tras el movimiento solidario ecuatoriano:

La España leal está actualmente defendiendo la causa de la libertad mundial. De ella depende el futuro de la democracia, siempre en ascenso, en sus varias formas, hacia el fin de la igualdad humana, que es el ideal que todo ser racional prefiere. Nuestro deber es ensalzar a España leal, prestarle todo el apoyo que nos sea posible, ponernos a su lado, que ese es el lado de los verdaderos hombres (*Por la España Leal!* 1938, 439).

Según Palacio, la solidaridad con la República era un “deber de los intelectuales”⁷⁰, por lo que los exhortaba a ponerse de “su lado” y apoyar la causa popular española.

⁶⁹ Las apelaciones de los intelectuales ecuatorianos fueron precedidas por llamamientos abiertos a las masas populares, en ocasiones a iniciativa de la Legación de España, y que al igual que en Uruguay –y el resto del continente– solían jugar con las emociones de los lectores: “Demócratas ecuatorianos; liberales, socialistas, comunistas, obreros, empleados, profesionales: La causa de la democracia española es vuestra causa; contribuid a aliviar el dolor de las víctimas de la más monstruosa de las traiciones. No importa la cantidad del donativo. Cinco centavos, un cuartillo, un centavo. Demostrad que no sois ajenos al dolor de un pueblo hermano. Empleados, trabajadores; organizad en las oficinas, fábricas y talleres comisiones para recabar fondos” (Binns 2012b, 275).

⁷⁰ Algo similar concluyó el poeta Jorge I. Guerrero quien, en sintonía con el paradigma del intelectual comprometido, afirmó que ante el golpe de Estado fascista y la subsecuente guerra civil en España “ningún hombre libre de Ecuador, de América y del mundo, puede asumir una actitud neutral: o se está con la España leal, o se está con los traidores fascistas y la invasión extranjera” (*Por la España Leal!* 1938, 3).

1.5.6 De Puerto Rico a Nueva York. La confluencia de la ayuda hispanoamericana

Si hay un lugar donde confluyeron las iniciativas solidarias de los pueblos hispanoamericanos ese fue, curiosamente, Nueva York. Pablo de la Torriente Brau, el periodista y voluntario boricua-cubano, decidió embarcarse a España mientras residía en la ciudad, quizá alentado por las ingentes muestras de solidaridad con la República que se organizaron en la urbe estadounidense, repleta ya entonces de migrantes hispanoamericanos. Relata de la Torriente que, a comienzos de la guerra en España, se sucedían las grandes “demostraciones” en defensa del bando republicano español y contra el auge del fascismo gracias al impacto que la resistencia leal tuvo en la sociedad estadounidense:

Hace quince días lo menos que en los periódicos, aun en los más escandalosos, escasean los grandes titulares pueriles. Ya nadie se entera de que ayer, probablemente, mataron a uno en la silla eléctrica; ni de que murió envenenada una artista de Broadway; ni de que la policía va a realizar un *raid* contra los boliteros; ni de que se ha descubierto un nuevo espía dentro de la marina de guerra... Ya, en la torre del Times, los millares de bombillos caminantes, que, como en una pista, le dan la vuelta haciendo palabras, las noticias de la Revolución española toman la mayor importancia y el mayor tiempo. En el *subway* todos, los mismos que hace dos meses se leyeron las cien mil palabras escritas alrededor del asesinato en la bañadera de la Tinterton, se leen ahora los horrores que de parte y parte narran los dos bandos de la prensa acerca de los acontecimientos españoles. Y esto es lo más importante. Este es el verdadero reflejo de la revolución sobre este medio y el causante, en el más alto grado, de la grande repercusión que aquí se le ha dado al hecho (Salazar Anglada 2022, 754).

El volumen *Puerto Rico y la guerra civil española*⁷¹ (2022) de Aníbal Salazar Anglada, dedicado al estudio del impacto del conflicto hispano en la isla caribeña,

⁷¹ Al contrario que en Nueva York, el panorama en Puerto Rico era más favorable para los sublevados. A pesar de la organización de eventos multitudinarios como el que tuvo lugar “en el Teatro Municipal de San Juan en la noche del 19 de julio de 1938, coincidiendo con el segundo año del inicio de la guerra”, todo evento prorrepblicano que tuvo lugar en la isla fue “silenciado por la prensa puertorriqueña” (Salazar Anglada 2022, 155). La casi nula colaboración de los medios de comunicación locales con la causa republicana –eran en su mayoría afines a Franco– y la existencia de una colonia española de simpatías mayoritariamente sublevadas fueron algunos de los principales impedimentos para articular el movimiento solidario boricua (Salazar Anglada 2022, 26-27). A pesar del adverso panorama político y social, los republicanos puertorriqueños y españoles trataron de “de balancear el rancio nacionalismo español que imperaba en las instituciones más típicamente españolas de la isla” y formaron la Agrupación de Republicanos Españoles en Puerto Rico y la Asociación Pro Frente Popular Español (Salazar Anglada 2022, 23-24).

también abarca la influencia que tuvo en Estados Unidos y, particularmente, Nueva York, pues para 1936 “vivían en la ciudad unos 150.000 puertorriqueños”, quienes conformaban una de las comunidades hispanas más grandes del país (2022, 111). Salazar Anglada estudia cómo, escasos días después del golpe de Estado militar, se creó en Nueva York la organización Sociedades Hispanas Confederadas de Ayuda a España, que agrupaba a un conglomerado de asociaciones políticas, sindicales y ciudadanas, como el *United Committee to Aid Spanish People*, el Ateneo Hispano de Nueva York y el Frente Popular Antifascista Gallego, las cuales estaban “perfectamente jerarquizadas” a través del trabajo de comités locales (2022, 112).

Los periódicos de la comunidad hispana de Nueva York, *La Voz* y *La Prensa*, solían hacerse eco de las actividades de estas asociaciones, incluyendo el masivo mitin prorrepblicano que tuvo lugar en Union Square que Pablo de la Torriente Brau cubrió antes de emprender su viaje a la España republicana. El voluntario y correponsal resalta en las páginas de la revista cubana *Bohemia* la heterogeneidad de los 20.000 asistentes (hispanoamericanos en su mayoría, pero también españoles, alemanes, italianos, chinos, estadounidenses y franceses), y la presencia de los medios de comunicación afines en el evento: “*La Estampa Libera*, italiano, *El Socialista*, *Daily Worker*, *The Fight*, *Socialist Call*, *New Masses*, *China Today*, *Frente Hispano*. Los vendedores, muchachos y muchachas, se esforzaban por pregonarlos en español. Todo el producto de la venta era para enviar a España” (Torriente Brau 1999, 274). Como vemos, la solidaridad fue la piedra angular del mitin, cuyo discurso de cierre resaltó la necesidad, en caso de no poder ofrecerse como voluntario para luchar en España, de contribuir en las campañas de ayuda que florecían a lo largo del continente: “El mitin se cerró con la consigna: el que no pueda ir, que mande su ayuda. Porque aquí se reunirá el medio millón de pesos y hasta más, sin duda, porque hay el interés en no ser los últimos y se sabe que Cuba hará un gran esfuerzo, y lo mismo México, y Chile, y Argentina y cada pueblo de América Latina” (Torriente Brau 1999, 274-75).

1.5.7 Los intelectuales costarricenses, a la vanguardia del movimiento solidario

Costa Rica también celebró mítines, homenajes y conferencias exitosos, si cabe todavía más que en Puerto Rico, pues los sectores antifascistas del pequeño país centroamericano estaban muy bien organizados en torno a la Liga Antifascista y al Grupo Pro-República Española⁷². Al igual que en el resto de los países hispanoamericanos, las apelaciones persuasivas dirigidas al público lector fueron la tónica habitual de los sectores prorrepublicanos costarricenses, como ejemplifica el poeta comunista Carlos Luis Sáenz: “Estemos dispuestos a ayudarlos, a sacrificarnos por ellos, que no haya un solo trabajador que en este niegue su contribución para enviar a los trabajadores españoles con nuestro saludo fraternal o alguna ayuda material” (C. L. Sáenz 1937a, 3). El Grupo Pro-República Española, fundado en agosto de 1936 por “elementos nacionales simpatizantes de la República española”, tenía como objetivo “desarrollar una amplia y desinteresada campaña en pro de las instituciones legales de la Madre Patria” (*La Prensa Libre* 1936, 9). Intelectuales como Abelardo Bonilla, Mario Sancho, Octavio Jiménez, Alfredo Arriaga y Treto y el artista hispanocostarricense Tomás Povedano dieron un paso adelante y organizaron “disertaciones, charlas, mítines, partidos de fútbol y también publicaciones bajo su propio sello” para recaudar fondos y aunar apoyos para la causa republicana (González Ruiz 2022, 68).

Por su parte, la Liga Antifascista⁷³, también capitaneada por intelectuales vinculados a las causas sociales y políticas, se decantó por la organización de mítines y conferencias públicas, así como la publicación de numerosos artículos, columnas, ensayos e incluso un concurso literario, todo ello con el objetivo de reforzar las posiciones

⁷² El Grupo Pro-República Española y los intelectuales de su órbita fueron el principal garante de los notorios éxitos de la solidaridad hacia la España leal en Costa Rica (González Ruiz 2022, 68).

⁷³ Esta organización, renombrada Liga Demócrata Antifascista en 1937 para expandir sus bases hacia sectores más moderados del liberalismo progresista— tenía como máxima proteger al país del “fascismo internacional” pues, debido a su “posición y su libertad” se había convertido en una de las presas principales de Hitler y Mussolini, quienes afianzaron sus relaciones con el gobierno autoritario de León Cortés (1936-1940). Adriano Arié, Rafael Ángel Llubere, Emmanuel Thompson, Rodrigo Perera, Eduardo Fournier, Francisco Marín Cañas y Emilia Prieto son solo algunos de los intelectuales asociados a la Liga. Su labor solidaria solía decantarse por los mítines y las charlas divulgativas, en muchas ocasiones junto a los compañeros del Grupo Pro-República Española, como el mitin del 19 de julio de 1938 “en conmemoración del segundo aniversario de la cruenta guerra en España, en la cual se lucha por su Independencia y en defensa de la democracia mundial” (González Ruiz 2022, 69).

prorrepúblicas en la batalla mediática costarricense. También hubo periódicos como *La Prensa Libre*, dirigido por el periodista costarricense de origen catalán José Borrásé, que participaron en los envíos de víveres y material sanitario a la España republicana en iniciativas lideradas por ambas organizaciones. Por otro lado, la Federación de Trabajadores de Costa Rica –que llegó a enviar una ambulancia a España–, la Unión General de Trabajadores de Puntarenas y una curiosa sinergia entre el Sindicato de Zapateros y el Grupo Lina Odena, comité de mujeres del Partido Comunista con el que se propusieron confeccionar cien pares de zapatos destinados a los niños, las mujeres y los milicianos republicanos, también expresaron su apoyo por el bando leal con sobresalientes resultados (González Ruiz 2022, 70). La épica solidaria costarricense se tradujo en publicaciones tan curiosas e incluso entrañables como la carta de unos soldados del Batallón de Ametralladoras de la 46 División, 5ª. Compañía del Ejército Republicano, que, durante la sangrienta Batalla del Ebro, agradecieron a los sectores prorrepúblicos costarricenses el envío de cigarrillos:

Vosotros que habláis el idioma nuestro debéis sentirnos orgullosos de que vuestra Madre, pues las Américas sois hijas de España, tiene hijos que mueren luchando por su independencia y por la libertad [...]. Vuestro tabaco ha cruzado el Ebro, cruce en el cual hemos dado a conocer al mundo la potencialidad de nuestro joven Ejército (*Diario de Costa Rica* 1938, 7).

La cercanía del movimiento obrero y las izquierdas con la República, tanto en el país centroamericano como en el grueso de países hispanoamericanos, no era casualidad. La antes estudiada concepción del conflicto español como una guerra de clases entre la España auténtica de los trabajadores y la Anti-España de las clases privilegiadas –clero, aristocracia y burguesía– fue uno de los principales elementos de movilización de la solidaridad hispanoamericana. Así lo demuestra la gran manifestación del 1 de mayo de 1937 en San José, en la que los partidos y sindicatos costarricenses “desafiaron al Ejecutivo y rechazaron las siete condiciones que el Gobierno les había impuesto para permitir marchar por las calles josefinas, entre ellas la censura ante posibles referencias a la guerra de España” (González Ruiz 2022, 67). Los militantes del Partido Comunista de Costa Rica, liderados por una vanguardia de intelectuales como la artista Emilia Prieto, el político Manuel Mora, el poeta Carlos Luis Sáenz y la escritora y educadora Carmen Lyra, vincularon la jornada reivindicativa del 1 de mayo con la guerra española. De este

modo, trataban de identificar la causa de las masas obreras y campesinas costarricenses con la de sus compañeros republicanos españoles:

España está siendo destruida. Aviones italianos y alemanes reducen a escombros las ciudades y asesinan a cientos de miles de niños y ancianos prevalidos de la tradición infame de unos generales ambiciosos. No es posible que ese crimen continúe. Urge detenerlo mediante una acción enérgica de las masas obreras, de campesinos, de estudiantes, de intelectuales en todo el mundo. Colaboremos nosotros en esa acción. ¡A la calle el 1 de mayo! Todo el pueblo en masa. A gritar con todas nuestras fuerzas que ya no queremos más crímenes en España (*Trabajo* 1937d, 1).

La manifestación fue un éxito rotundo. Desde las páginas de *Trabajo* creían que la vasta solidaridad se debía a la prolífica cobertura mediática del conflicto, que había provocado la identificación del pueblo costarricense con el sufrimiento del pueblo español: “Las gentes han leído la prensa, han visto en el cine las pavorosas escenas de las madres españolas que huyen con sus niños en brazos” (González Ruiz 2022, 68). La batalla mediática librada por los periódicos y revistas prorreplicanos del país, volcados en difundir las bondades del bando leal, condenar los bombardeos sobre la población civil y enaltecer la heroicidad del pueblo español, había conmovido a la opinión pública. La adhesión de miles de ciudadanos costarricenses a la causa republicana y, en particular, a la manifestación del 1 de mayo de 1937, no se puede explicar sin tener en cuenta el peso del periodismo en las campañas de ayuda con España.

Quizá la más conmovedora muestra de solidaridad expresada desde Costa Rica tuvo como protagonista a una anciana militante del partido, Rosa García Arguedas, una ama de casa de un barrio muy humilde de San José cuya ternura y dedicación hacia los niños españoles conmovió a Carmen Lyra. Fue la intelectual comunista quien se hizo eco de la leyenda solidaria de García, quien, pese a tener una aritmética “muy primitiva” y hacer sus cuentas “con granitos de maíz” se ganó los elogios de sus camaradas en las páginas de *Trabajo*:

Desde que comenzó la guerra en España, Rosa García se dio a la tarea de recoger dinero para mandar alguna ayuda a aquel pueblo extraordinario [...]. En cuanto hace la limpieza de la casa y deja “andada” la comida, se echa a la calle a buscar quien le dé “alguito” para la España leal. En esta forma ha recogido algunos cientos de colones. Más de una necesidad han aliviado las pesetas y dieces que le han dado. A mí me conmueve mucho pensar en Rosa García, caminando afanosa por las calles, con sus pies cansados y enfermos, pidiendo para los niños españoles, para las mujeres españolas (Lyra 1937, 5).

García, pese a su modesto origen social y su “primitiva” contabilidad, fue la persona que más dinero recaudó para la causa republicana. Su conmovedor ejemplo fue celebrado por sus camaradas, quienes en varias ocasiones escribieron sobre la inocencia de la anciana Josefina. Cuenta la propia Lyra que, durante un mitin del Partido sobre la guerra española, el secretario general Manuel Mora había sugerido, metafóricamente, que, por la mañana, “cuando fueran a tomar el café, pensarán en la España republicana, pensarán en los niños y en los ancianos a quienes el fascismo mantiene hambrientos, y guardarán un bollito de pan para esa gente”. Rosa García se lo tomó al pie de la letra y todas las mañanas dejaba de comerse uno de sus bollitos y se lo reservaba a los niños españoles: “‘Lo malo es’ –añadió– que el pan se pone ‘tieso’. ‘Lo que yo hago es que me voy comiendo el más añejo y voy dejando el más fresco. Pero, de todos modos, cuando el compañero Mora envíe ese pan va a llegar como un garrote’” (Lyra 1939, 3-4). A comienzos de 1937, Rosa García fue galardonada con una medalla en reconocimiento de la desorbitada cantidad de colones que había recaudado para los milicianos y niños españoles durante 1936. En una carta que le ayudaron a escribir, García expresó los motivos tras su apasionada entrega a la causa republicana, extensibles al conjunto de pueblos hispanoamericanos que, movidos por la compasión y el sufrimiento del pueblo español, se entregaron en cuerpo y alma para, al menos, poner su granito de arena y ayudar desde la lejana retaguardia:

No tenemos hijos propios, pero queremos para los niños de mañana un porvenir mejor. Y ojalá que el entusiasmo que yo siento sea contagioso y que dentro de un tiempo no sea posible ofrecer medallas como la que se me ha ofrecido a mí, porque habría necesidad de darlas a todos los militantes. Me es grato enviarles por este medio un saludo fraternal y revolucionario (R. García 1937, 5).

2. «España: epopeya del heroísmo proletario». El héroe popular republicano

En la lejana retaguardia, donde las batallas se libraban en medios de comunicación, congresos y el espacio público y donde las balas no eran sino palabras, el discurso prorrepblicano hizo propios los ejes discursivos de sus referentes españoles como si de artillería pesada se tratase. La nueva guerra de la Independencia, el pueblo contra los privilegiados, la cultura contra la barbarie o la democracia frente al fascismo fueron los principales temas de la producción literaria y periodística de los intelectuales hispanoamericanos que trataron de ganarse el apoyo de la opinión pública. La guerra civil española, uno de los conflictos bélicos que más ha movilizadado al mundo, tuvo una inaudita carga de romanticismo y épica debido a su mayor y más importante hecho diferencial: el protagonismo del pueblo. El papel de las masas obreras y campesinas, organizadas bajo las siglas de sindicatos y partidos izquierdistas o anarquistas, sedujo a los intelectuales comprometidos hispanoamericanos que, como vimos en el apartado anterior, ya habían abrazado las causas sociales. La resistencia popular frente a un golpe de Estado auspiciado por parte del Ejército y los elementos más privilegiados del país, apoyado por la Alemania de Hitler, la Italia de Mussolini y los miles de soldados marroquíes reclutados por Francisco Franco, inspiró una concepción de la contienda como una nueva guerra de la Independencia que, bajo la óptica antiimperialista de la izquierda hispanoamericana, adquiriría unas dimensiones sin precedentes que podían contagiar a sus jóvenes repúblicas, gobernadas, en su mayoría, por gobiernos autoritarios o dictaduras. La relevancia de la literatura y, en particular, de la poesía en la guerra, con publicaciones como *El Mono Azul*, *Hora de España* y el grueso de revistas y periódicos a cargo de organizaciones obreras tanto en el frente de batalla como en la retaguardia, así como la toma de partido de los principales intelectuales españoles de la época, la presencia de corresponsales y escritores hispanoamericanos en territorio republicano o las iniciativas de alfabetización de los milicianos, dotaron a la guerra de una significación trascendental en la literatura hispanoamericana, fascinada ante la gesta epopéyica española. Así, el héroe popular republicano, tanto a nivel colectivo como individual, se impuso como el mayor vehículo ideológico del discurso afín al bando leal producido por los intelectuales hispanoamericanos.

Joseph Campbell, uno de los grandes estudiosos del héroe en la literatura, aporta una cuestión clave en la configuración heroica del pueblo español. Se trata de la cotidianeidad del héroe, esto es, la accesibilidad que goza cuando se ajusta a las “obsesiones y necesidades del individuo, la raza y la época” (1993, 337). El investigador estadounidense afirma que el desarrollo del héroe desde la antigüedad hasta la edad contemporánea desembocó en la configuración de un nuevo paradigma heroico que, lejos de estar representado por individuos de orígenes divinos y habilidades sobrenaturales, había al fin “alcanzado las formas humanas generales, válidas y normales” (1993, 35). El héroe popular republicano fue construido bajo esta premisa como parte de una estrategia de identificación con el público lector. La guerra civil española, en ese sentido, fue descrita por los intelectuales hispanoamericanos como una epopeya popular destinada a liberar el país del imperialismo nazi y fascista que representaba el bando sublevado. El héroe popular, por lo tanto, era el sujeto heroico, como veremos, de una nueva guerra de la Independencia frente a un nuevo invasor. César Vallejo, en su ensayo “Los enunciados populares de la guerra española”, sentenciaba que la “epopeya popular española” era “única” en la historia y enumeraba, con un tono épico cargado de romanticismo, una serie de razones para sustentar su teoría:

Ella [la epopeya] revela de cuánto es capaz un pueblo, lanzado, por exclusiva propulsión de sus propios medios e inspiraciones cívicas, a la defensa de sus derechos: debela, en pocos meses, una vasta insurrección militar, detiene dos poderosas invasiones extranjeras coaligadas, crea un severo orden público revolucionario, estructura, sobre nuevas bases, su economía, funda de pies a cabeza un gran ejército popular y, en suma, se coloca a la vanguardia de la civilización, defendiendo con sangre jamás igualada en pureza y ardor generoso, la democracia universal en peligro. Y todo este milagro –hay que insistir– lo consuma por obra propia suya de masa soberana, que se basta a sí misma y a su incontrastable devenir (Muñoz Carrasco 2013, 508-9).

El concepto de “masa” en Vallejo da título a uno de los poemas más recordados sobre el conflicto español. Publicado en su poemario *España, aparta de mí este cáliz* (1939), “Masa” pone el énfasis en el protagonismo popular en la guerra y la solidaridad humana del mundo, capaz de realizar milagros como la resurrección: “Entonces todos los hombres de la tierra / le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado; / incorporóse lentamente, / abrazó al primer hombre; echóse a andar...” (2012, 56). La identificación de los intelectuales hispanoamericanos con el heroico pueblo español produjo poemas,

artículos, ensayos y textos de diversa naturaleza destinados a celebrar las bondades de la resistencia popular republicana que, contra todo pronóstico, estaba resistiendo los embistes de un ejército profesional compuesto por soldados españoles, italianos, alemanes y marroquíes. Así, la conceptualización del héroe popular republicano responde a las circunstancias bélicas, pues su representación en la literatura y la prensa refleja la identificación que, como Vallejo, sentían gran parte de los intelectuales de la lejana retaguardia hacia el pueblo español en guerra.

En este segundo capítulo estudiaremos la construcción del héroe popular republicano en Hispanoamérica. Para ello, primero profundizaremos en los mitos nacionales republicanos, como el de las dos Españas y la guerra de la Independencia, para después abordar el estudio de las características heroicas del pueblo español provenientes de la épica, el realismo socialista y el arquetipo del mártir de la libertad. En la segunda parte, analizaremos la representación del héroe popular como estrategia de identificación de los intelectuales de la lejana retaguardia y la concepción del conflicto como una epopeya de la cultura.

2.1 «Ahora nace otra España y por ella hay que trabajar». El héroe popular y los mitos nacionales republicanos

La guerra civil española se vivía como en carne propia en Hispanoamérica, donde los anhelos de liberación nacional frente al capitalismo norteamericano y el creciente nazifascismo europeo fueron clave en su forma de comprender el conflicto y, desde luego, explicarlo y relatarlo a la opinión pública. Como hemos ilustrado, la epopeya tiene un protagonista indiscutible: el héroe épico. En la guerra civil española, los distintos héroes populares, tanto las masas anónimas como los milicianos, los intelectuales, los políticos e incluso algunos personajes históricos o ficcionales como Bolívar, el Cid o el Quijote, fueron descritos con atributos provenientes de la épica para reforzar la visión del conflicto como una epopeya popular y mostrar su ejemplo como modelo a imitar por los pueblos de Hispanoamérica, que debían tomar buena nota de los sucesos españoles para evitar un contagio en sus propias geografías. Algunas de las posibles preguntas que surgen al

enfrentarse a la vasta producción literaria dedicada a estos héroes populares son: ¿por qué los intelectuales hispanoamericanos alabaron las acciones de estos héroes populares? ¿Qué intención había detrás de los copiosísimos versos épicos dedicados a milicianos como Lina Odena o Antonio Coll, a un general poco carismático como Miaja o incluso a los niños, víctimas inocentes de la guerra?

Bruce Meyer, uno de los mayores expertos en los estudios del héroe, nos ofrece algunas claves en su volumen *Héroes: los grandes personajes del imaginario de nuestra literatura* (2008). De acuerdo con su investigación, los héroes tienen un potencial y una capacidad asombrosa no solo para “superar las maquinaciones propias del argumento y las complicadas situaciones en las que se ven involucrados”, sino también para conquistar “el ánimo del lector” (2008, 20). Para Meyer, los lectores son centrales para comprender el papel del héroe en la literatura, pues éste es “alguien a quien los demás contemplan tal y como ellos mismos quisieran ser vistos” (2008, 20). La apelación al lector en un contexto de guerra parece, a simple vista, algo imprescindible. Animar a un campesino, un obrero o un estudiante a empuñar las armas y defender el proyecto republicano a través del ejemplo heroico de un compatriota en el que se pueda sentir identificado parece una estrategia razonable en tiempos de guerra, y más aún cuando literatura y propaganda iban de la mano. En el caso de la lejana retaguardia, donde excepto los miles de voluntarios que cruzaron el Atlántico, poco más se podía hacer que luchar con la pluma o solidarizarse enviando víveres, material higiénico o medicinas, esta estrategia podría funcionar para alentar al pueblo a imitar el ejemplo español y liberarse de sus propios yugos. En ese sentido, el mito de la guerra de la Independencia española, conflicto en el que el pueblo tuvo un protagonismo sin precedentes, fue actualizado y adaptado a la realidad de la guerra.

Este mito arriba al siglo XX de forma casi intacta, influyendo en la construcción discursiva respecto a la guerra civil española, que hereda sus principales ejes con un matiz fundamental: la emergencia de las ideologías izquierdistas y anarquistas. Así, el pueblo como héroe colectivo pasará con el cambio de siglo a ser “patrimonio de ideologías situadas a la izquierda” porque, para el liberalismo decimonónico, ya mutado en el siglo XX, “la creciente politización de las clases populares comenzaba a representar un peligro potencial” (R. Sánchez 2018, 50). Los intelectuales hispanoamericanos progresistas

asumieron como propio este mito y basaron, en gran medida, su defensa del bando republicano a través de la reivindicación del pueblo como nuevo sujeto heroico.

2.1.1 El nacimiento del héroe. Las dos Españas y la nueva guerra de la Independencia

Como hemos adelantado, la guerra civil española fue concebida como una nueva guerra de la Independencia en España y en Hispanoamérica. Este fenómeno, unido a la visión de la contienda como una epopeya popular, arroja una serie de claves para comprender la construcción del héroe popular con respecto a los mitos republicanos, esto es, las características de la nueva España nacida con el advenimiento de la República y el golpe de Estado. El mito de la independencia de 1808 frente a la invasión napoleónica a la luz de la guerra civil española de 1936 nos permite aprehender la centralidad del héroe popular republicano en el discurso mitológico nacionalista republicano, pues éste hunde sus raíces en el nacionalismo español decimonónico.

El historiador José Álvarez Junco, experto en la España decimonónica, identifica algunos de los ejes de este fenómeno que tuvieron —a nuestro juicio— una influencia imprescindible tanto en la concepción de la guerra civil española como en la literatura escrita al calor del conflicto y, en particular, la construcción de los héroes populares. Una de las lecturas que los intelectuales realizaron de la guerra de la Independencia fue que el pueblo había “redimido a la patria” cuando las “élites”, es decir, la aristocracia, el clero y las clases altas, “ya la habían vendido”. El mito que se fraguó entonces y que arribó al primer tercio del siglo XX fue el de que “la verdadera fuerza moral de la nación” residía “en el pueblo”, quien es el que, en última instancia, “salva a la patria”. Fue a partir de este momento que el nacionalismo español del siglo XIX, patrimonio exclusivo de los liberales, pasó a considerar que “sólo del pueblo, de las clases bajas, cabía esperar la futura redención o regeneración política” (1994, 87). En segundo lugar, Álvarez Junco señala como pieza imprescindible del mito de la Independencia “la conexión de la resistencia anti-napoleónica con las luchas de ‘liberación nacional’ sostenidas por España contra diversos invasores extranjeros y, en particular, contra el Islam” (1994, 88). De

acuerdo con esta interpretación, la guerra antinapoleónica no sería sino “la culminación de la larga lucha del pueblo español para liberarse de invasiones –y de influencias– extranjeras” (1994, 87).

Ya hemos referenciado en más de una ocasión –y referenciamos en apartados posteriores– la centralidad que la intervención militar de la Alemania nazi, la Italia fascista y las tropas marroquíes en el discurso prorrepblicano hispanoamericano, pero creemos necesario ahondar en esta cuestión por su vital importancia a la hora de conceptualizar el héroe popular republicano. El pueblo, sujeto político de la guerra, era el que, a ojos de los intelectuales hispanoamericanos y parafraseando a Álvarez Junco, salva a la patria y garantiza su independencia ante potencias extranjeras o, en este caso, los nuevos “afrancesados” encarnados por el bando franquista.

En sintonía con Álvarez Junco, Jorge Vilches afirma que la construcción historiográfica del mito de la Independencia y, en particular, del héroe nacional decimonónico, coincide con un momento clave de la forja de la identidad nacional española. Es precisamente en el siglo XIX cuando, bajo la influencia del romanticismo, comienzan a crearse las naciones en Europa e Hispanoamérica, cuya identidad territorial había sido, hasta entonces, una cuestión más relacionada con instituciones como la monarquía o la religión. Al coincidir la emergencia de las naciones con la guerra de la Independencia, Vilches declara que el conflicto antinapoléonico fue “el momento fundador” de la nación española, cuya identidad estaba “ejemplarizada en grandes personajes surgidos de las entrañas del pueblo con un carácter propio” (2008, 15). Si bien hubo héroes individuales “patrióticos” como Juan Martín Díez “El Empecinado”, Mariana Pineda o Agustina de Aragón, la guerra de independencia había favorecido la aparición de un nuevo héroe que pasaría a definir la personalidad del país. Se trata, de acuerdo con la historiadora Raquel Sánchez, del nuevo “héroe colectivo” que había sobrepasado las figuras individuales: el pueblo español, caracterizado como un héroe “politizado, nacionalista y patriota” y, retomando el trabajo de Álvarez Junco, salvador de la patria y fiel reflejo de su idiosincrasia (2018, 48).

Vilches profundiza en la conceptualización de este héroe colectivo y determina que los guerrilleros españoles eran “hombres del pueblo” que representaban el nuevo paradigma del “soldado y el ciudadano”, cuyo comportamiento era descrito como “mucho

mejor que de los aristócratas”, moldeando así la visión de que solo el pueblo era garante del “sentimiento igualitario y, por tanto, democrático de la nación española” (2008, 21). Asimismo, la gesta de la Independencia, contada como una “epopeya trágica ejemplarizante” por la propaganda republicana de finales de siglo, tuvo como objetivo principal “la identificación de los personajes heroicos con el lector”, lo que fomentó la visión de este conflicto como un “choque entre las dos Españas”, mito que podía explicar, pese a la lejanía temporal de los hechos, cualquiera de las “revoluciones y reacciones, pronunciamientos y golpes de Estado” posteriores (2008, 19). Uno de los principales fines de esta iniciativa historiográfica y política era “construir una tradición popular frente a la monárquica” a través de la “historia de gente común virtuosa y sacrificada ante la vida corrupta y corruptora de los reyes”, recurso dicotómico que, como hemos adelantado en apartados anteriores de este trabajo, está muy presente en los textos de los intelectuales hispanoamericanos sobre la guerra civil española (Vilches 2008, 27).

Los intelectuales españoles y, particularmente, los periodistas de la prensa republicana consideraron la guerra civil española como una suerte de continuación de la resistencia antinapoleónica. Así lo atestigua un editorial del diario madrileño *ABC* de julio de 1936, eso sí, a la luz del nuevo contexto de 1936 y con una mención especial a los enemigos internos de la República:

España está frente a su segunda guerra de Independencia. Más triste, más amarga que la de 1808, porque allí se iba contra extranjeros, y hoy, por una traición odiosa, el pueblo ha de enfrentarse con hombres nacidos en España, pero que renuncian a todo nexo con la noble ideología patria, ganosos de convertirnos en una colonia del más repugnante fascismo negro (Fraser 2009, 135).

Esta estrategia discursiva de deslegitimación del enemigo fue frecuente en la propaganda y literatura republicanas durante la guerra. En palabras de Ronald Fraser, el bando leal también utilizó la guerra de la Independencia “para descalificar a los franquistas por su uso de tropas fascistas alemanas e italianas y de mercenarios marroquíes –por tanto islamistas al servicio de una ‘cruzada’ católica– frente al gobierno legítimo de la República, cuya defensa popular se invocaba en términos de la guerra anterior” (2009, 135).

Quizá una de las grandes diferencias respecto al conflicto de 1808 reside en la sentenciosa frase del editorial antes citado. Según el discurso republicano, “la epopeya de

hoy es tan grande, que ni siquiera puede borrar su epicismo la gesta de la otra lucha por la independencia” (Fraser 2009, 135). Esta valoración en clave épica del conflicto fue común en la trinchera mediática y literaria hispanoamericana, en muchas ocasiones recurriendo a las grandes figuras de la tradición española, a las que hicieron alistarse en las filas republicanas. El historiador y político chileno Eugenio Orrego Vicuña expresó en su artículo “La revolución española” su consideración de la guerra civil bajo esta premisa: “Los republicanos de España han empuñado la espada del Cid, que los vencedores de Bailén enterraran al iniciarse –con el reinado de Fernando VII– el más triste y fatídico capítulo de la historia peninsular. Se está lavando, con sangre de héroes, la afrenta de muchos siglos de tiranía, de corrupción y decadencia”. Para Orrego Vicuña, el bando republicano era una continuación de la tradición popular española iniciada por la historiografía decimonónica posterior a la guerra de la Independencia, razón por la cual estableció un paralelismo entre ambas luchas que se corresponde a la perfección con los planteamientos de Jorge Vilches y José Álvarez Junco antes estudiados. Al igual que en el editorial del ABC, el chileno resaltó cómo la guerra civil española magnificaba la gesta acometida por el pueblo español en 1808, situando, una vez más, al heroico pueblo español como garante de la soberanía nacional frente a cualquier ejército, ya fuera el de Napoleón o el de Francisco Franco:

Asombra verdaderamente el heroísmo, la lealtad tan española con que todo un pueblo defiende sus libertades y muere por ellas. Digo mal. No asombra. Nadie que conozca la historia española, nadie que tenga alguna noticia de esa epopeya que fue la guerra de la Independencia, en que un pueblo sin armas venció al más grande de los generales de Europa, puede sorprenderse de que los nietos de los héroes de Gerona, de Zaragoza y de Bailén, repitan hoy a cien años de distancia la magna hazaña. Ampliada, sí, magnificada por el tiempo y por la grandeza de los acontecimientos (Barchino y Cano Reyes 2013, 497).

Lázaro Peña, miembro de la Central de Trabajadores de Cuba y uno de los mayores referentes del movimiento obrero del país, se expresó en términos similares en un discurso leído en el estadio de La Polar en el marco de un homenaje a la República ante un público de aproximadamente 100.000 personas (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 557). Según el sindicalista, el apoyo multitudinario a los republicanos no se dirigía “a una sola clase o sector particular de la España heroica, sino a todo el pueblo en armas”, que en esos momentos estaba luchando “por su independencia y por la

libertad de su Patria” (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 558). Para Lázaro Peña, el pueblo español se había alzado “contra una invasión extranjera que pisotea su suelo, que asesina sus niños, que viola sus mujeres, que roba sus riquezas y que amenaza definitivamente su independencia; que ha herido al pueblo en su más hondo sentimiento y atacado sus más sagradas tradiciones”. Al igual que para Orrego Vicuña, el conflicto español iba más allá de ser una mera “guerra por la independencia nacional” pues, en la coyuntura del auge del fascismo de los años treinta, se trataba de “una guerra antifascista” y “una guerra por el prevalecimiento de la democracia”, de la cual tenía que tomar buena nota el pueblo cubano que, en palabras de Peña, debía “aprender de ellos” a defender “la independencia de nuestra patria” y, especialmente, “a darlo todo por el pueblo, a darlo todo por la libertad”.

Encontramos una lectura análoga en un editorial del diario mexicano *El Nacional* publicado menos de dos semanas tras el estallido del conflicto. *El Nacional*, órgano del Partido Nacional Revolucionario y, a partir de la disolución del partido en 1938, del Partido de la Revolución Mexicana de Lázaro Cárdenas, era la voz del gobierno, por lo que su línea editorial era una muestra de la postura oficial del único país hispanoamericano que brindó ayuda material y bélica a la España republicana (Feria 2022, 246). El editorial, titulado “España contra la reacción”, loaba “el impulso épico y universal” que, a lo largo de la historia, había convertido a España “en un estandarte humano y a cada hombre del pueblo español en uno de esos héroes exaltados que en la gloriosa fecha del 2 de mayo fueron dignos de ser pintados después por el pincel de Goya”, y que demostraban que “la fuerza suprema de un país que quiere ser libre, está en la reserva inagotable de la masa popular”. De esta forma, el editorial reprodujo, casi palabra por palabra, el mito de la Independencia de que solo el pueblo español podía redimir al país en momentos críticos como la guerra (Feria 2022, 249).

También hizo referencia al célebre 2 de mayo de 1808, fecha histórica de la guerra de la Independencia, el intelectual hispanoargentino Eduardo Blanco Amor. Para el periodista de origen gallego, el pueblo español, “como en el 2 de mayo, cuando tenía que luchar más que contra los enemigos de afuera contar los de adentro”, el pueblo había preferido “el sacrificio de la vida al de la dignidad ciudadana” (Binns 2012a, 151). Blanco Amor definía al heroico pueblo español como el “creador de la verdadera España”, que

había permanecido “latente, aprisionada bajo la anti-España de la historia oficial” y que, por fin, podía liberarse del yugo de los privilegiados de la mano de las masas populares. La construcción de las dos Españas, establecidas discursivamente por intelectuales como Blanco Amor a través del sufijo “anti”, fue una constante en la literatura favorable al bando republicano desde la lejana retaguardia en un intento de forjar la nueva tradición popular española.

Un texto paradigmático de esta estrategia pertenece a Nela Martínez, escritora ecuatoriana, militante comunista y primera mujer diputada del Ecuador, quien en un artículo publicado en *Ñucanchic Allpa. Órgano de los Sindicatos, Comunidades e Indios en General* de Quito trató de explicar los orígenes del conflicto a la comunidad originaria que, según parece, ya conocía algunas de las claves de la guerra: “Todos los indígenas del Ecuador saben que en España se desarrolla una lucha a muerte entre los ricos que viven de explotar al pobre y el pobre que trabaja por los ricos” (Binns 2012b, 354). Nela Martínez comparó la lucha del pueblo español por su independencia con la de sus compañeros, cuya realidad mantenía algunas similitudes con la de los indígenas ecuatorianos: “Miles de campesinos vivían como nuestros campesinos: trabajando todos los días para unos patrones que ellos apenas conocían y que vivían en las ciudades; apegados a la tierra para que ésta diera frutos que nunca llegarán a la boca de los trabajadores”. La intelectual comunista, situando en su artículo al pueblo español como modelo a seguir por el campesinado ecuatoriano, prosiguió narrando cómo sus compañeros del otro lado del Atlántico “impusieron una república que se llamó ‘República de los Trabajadores’ para “alcanzar su independencia” cuando, en un giro de los acontecimientos, “las fuerzas de la opresión que habían esclavizado a España subieron al poder por medio del engaño”, por lo que el pueblo tuvo que organizarse de nuevo “en torno de los partidos de izquierda” para aupar al poder al “Frente Popular”. Según el relato de Martínez, las “fuerzas de la opresión”, apoyadas por los militares y conscientes de que “no iban a triunfar ellos solos en contra de todo el pueblo”, decidieron vender “la Nación, la dignidad y el territorio de su patria a Gobiernos extranjeros, enemigos de la democracia, a los fascistas y nazistas, a Mussolini y Hitler, dictadores de Alemania e Italia”. Fue así como el pueblo heroico “se levantó en armas contra estos militares traidores y contra los extranjeros que invadían su territorio” y comenzó la nueva guerra de la Independencia

por la soberanía nacional. Una vez más, el mito de las dos Españas se unía al de la Independencia para alentar a las masas populares hispanoamericanas a solidarizarse con el pueblo español y organizarse para liberar sus propios países. El pueblo español, portador de la identidad española, era el sujeto heroico destinado para liberar el país del imperialismo, lo cual constituía un modelo a seguir por parte de los campesinos ecuatorianos e hispanoamericanos. La apelación al protagonismo popular era, a nuestro juicio, central en la construcción heroica del pueblo español en guerra.

El chileno Diego Muñoz, periodista, abogado y escritor, así como investigador especialista en poesía popular y folklore, empleó un recurso semejante al comparar la guerra civil española con la independencia chilena de 1810 (Barchino y Cano Reyes 2013, 457). Muñoz resignificó los sucesos de la guerra de independencia chilena declarando que era falso que “hace 130 años lucháramos contra España”, pues en realidad habían batallado “contra hijos malditos de ella”, quienes, “ciegos de ambición y de pasiones”, se habían posicionado como “mantenedores de un régimen que no tenía más principios que extorsionar y explotar al pueblo e insultar y violar el derecho” (1938, 8-9). El escritor continuó su paralelismo afirmando que el pueblo chileno luchaba en 1810 y en 1938 contra un mismo enemigo: “contra la opresión y la ignorancia, contra los privilegios, contra la rapacidad de los gobernantes, contra todo esto que conducía a la infelicidad del pueblo y al beneficio de las factorías extranjeras de ayer y de hoy”. Chile y España, según Muñoz, estaban sujetas a los mismos problemas que en el siglo XIX pues, a pesar de que era cierto que el pueblo chileno había sufrido “la crueldad sanguinaria de la Reconquista” liderada por el gobernador español en el Chile colonial Casimiro Marcó del Pont, el pueblo español, “padre y hermano del nuestro”, estaba pasando por el mismo proceso más de cien años después: “Aquí, Marcó del Pont. Allá, Franco”.

Eduardo Chibás, dirigente político de la izquierda cubana precedente a la revolución de 1959, realizó una particular lectura de la guerra en clave cubana similar a la del chileno. Preguntado por la revista *Bohemia*, Chibás afirmó que, “como ciudadano de una República que no hace mucho conquistó su libertad del absolutismo de los Borbones”, sus simpatías no podían estar “con los monárquicos españoles, ni con los Weyler de nuevo cuño, ni con el clero intolerante y reaccionario que en Cuba bendecía a los guerrilleros y maldecía la causa de los mambises” (Binns, Cano Reyes, y Casado

Fernández 2015, 263). Por el contrario, sus simpatías estaban “con los españoles que defienden su hogar y su tierra contra las hordas moras, italianas y alemanas; con la Nueva España liberal y progresista; con la España de Pi y Margall, el insigne europeo que abogó junto con Martí por la causa de la independencia de Cuba”. La España republicana, que Chibás definía como la “liberal y progresista” que batalla por su independencia, era la España de “Pi i Margall”, político catalán federalista que llegó a ostentar la presidencia del Poder Ejecutivo de la Primera República y al que relacionaba con José Martí. Esta asociación histórica entre la España republicana, cuya identidad e idiosincrasia provenía del siglo XIX, y la Cuba de los años treinta y de la guerra de independencia frente a la Corona española, tiene como trasfondo el ímpetu de estrechar lazos entre ambos pueblos bajo una óptica revolucionaria y libertadora⁷⁴.

Un fenómeno semejante, pero “a la liberal”, se vivió en la Colombia presidida por Alfonso López Pumarejo, cuya Cámara de Representantes envió un saludo “al pueblo español en armas”, al que describían como el máximo defensor de “la causa de la democracia universal” por su guerra popular de “independencia territorial contra la invasión extranjera” (Aldama Ordóñez 2021, 42). Un editorial de *El Diario Nacional*, órgano del liberalismo de izquierda colombiano, afirmaba que incorporarse “en la lucha a muerte contra los imperialismos” no era patrimonio exclusivo de la izquierda, pues ya había dejado de ser “ocurrencia más o menos lírica de idealistas o treta demagógica de agitadores” (Aldama Ordóñez 2021, 219). Para la redacción del diario, “en Madrid o en Nanking” se estaba luchando por “nuestra independencia tanto como por la española”, razón por la cual “los pueblos económicamente invadidos” como Colombia eran ya “parte en el frente cuyo trozo más sacudido es hoy Aragón o el Guadarrama”. La guerra civil española era también un conflicto colombiano, no solo por el ejemplo que el pueblo español estaba brindando al mundo, sino también porque cruzarse de brazos ante el avance del fascismo “en Europa y en Asia, sería acatar de antemano su funesto designio”.

⁷⁴ Esta perspectiva era compartida por cuatro voluntarios cubanos que lucharon con la República, Pablo Porras Gener, Rolando Masferrer Rojas, Francisco Ybaldusa y Basilio Cueria. En una carta enviada “desde las trincheras leales” al presidente del Partido Unión Revolucionaria, Juan Marinello, afirmaban que: “Cuando luchamos en España por su Libertad e Independencia, sabemos que luchamos por una Cuba verdaderamente Democrática y libre de la opresión de los Capitalistas extranjeros” (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 458).

Inspirados por la epopeya española, los liberales de izquierda abogaban por “tender la mano por encima de las fronteras a los pueblos amenazados”:

Solo la unión de los pueblos puede salvar la libertad, y el espíritu. Creamos en nuestro pueblo, todos, periodistas y dirigentes, la nueva sensibilidad que esa nueva unión supone en nosotros; enseñemos a nuestras masas, a sentir y a vivir como suya la lucha nacional de las patrias actualmente agredidas por la fuerza. Luego organicémoslas. Colombia ya no es solo una idea generosa de libertad concebida y vivida puertas adentro. Es también la práctica de un credo todavía más amplio de fraternidad y de paz entre los otros pueblos (Aldama Ordóñez 2021, 219).

El mito de la guerra de independencia, con la centralidad del héroe popular, garante de la libertad del país y reflejo de su personalidad, así como forjador y protagonista de la nueva tradición española, son piezas indispensables de la construcción del héroe popular republicano por parte de los intelectuales prorrepúblicanos hispanoamericanos, que reproducían el discurso independentista español como si fuera propio. La guerra civil española, liderada por los nuevos héroes populares provenientes de las masas obreras y campesinas, fue retratada como una epopeya en la que solo el pueblo, representante de la nueva España republicana, de los valores democráticos y de la auténtica personalidad nacional, podía, como en 1808, asegurar la supervivencia y el futuro del país. Así, el héroe popular republicano fue construido como un nuevo héroe épico de la epopeya de la independencia de una nueva España con la que sí merecía la pena relacionarse.

2.1.2 Un héroe épico para la epopeya popular

De acuerdo con el filólogo Rafael Lapesa, un escritor “nunca procede con absoluta objetividad” pues, al celebrar las hazañas de “héroes de su pueblo o religión”, no puede dejar de reflejar en su obra “el amor que les profesa, así como el odio que siente hacia sus enemigos” (1979, 126). Este rasgo de la configuración del héroe épico, que a primera vista puede parecer demasiado obvio, no es baladí cuando nos encontramos ante textos de naturaleza política de los que depende el devenir de un conflicto militar o, en Hispanoamérica, el balance de apoyos a un bando a otro. La descripción hiperbólica de

los héroes populares y, a menudo, la manipulación consciente de sus acciones por un interés político tiene mucho que ver con la falta de objetividad a la que remite Lapesa. Patricia Pascual Auqué agrega un rasgo determinante del héroe épico que complementa la imagen ejemplarizante que se construye a su alrededor. Este tipo de héroe simboliza los valores morales o políticos del pueblo al que pertenece, alzándose como un modelo a seguir con características relacionadas con la astucia, la valentía y la inteligencia que demuestra a través de las hazañas con las que se “gana su honra y defiende los ideales de su comunidad” (2016, 792-93).

Un ejemplo claro de este uso propagandístico del héroe épico es el de Antonio Coll, cuyo impacto en la literatura hispanoamericana estudiaremos en un apartado de este trabajo. La construcción del mito heroico de Coll refleja a la perfección cómo la prensa y la literatura pueden forjar un mito y situarlo como uno de los héroes épicos más relevantes de los milicianos republicanos⁷⁵. José Cabeza San Deogracias relata cómo desde la prensa republicana española se comenzó a hablar de un tal Antonio Coll, un joven marino español “que se había enfrentado él solo a seis tanques que avanzaban en el frente de Carabanchel y que, armado con bombas de mano, logró inutilizar a cuatro” (2005, 39). Prestigiosos diarios como *Claridad*, *El Heraldo de Madrid* o *El Sol* se hicieron eco de la supuesta noticia, alimentando su leyenda y añadiendo distintas variaciones que enriquecieron su hazaña épica. Más allá de la fidelidad o no de la historia de Coll, el supuesto joven marinero “cumplió una función de héroe, de ejemplo de sacrificio al que no se podía ofender con una actitud menor de la que él tuvo”, imponiéndose como ejemplo heroico de lo que se esperaba de los milicianos republicanos, tanto en España, donde el pueblo sí que tenía que tomar las armas, como en Hispanoamérica, en cuya prensa y panorama editorial proliferaban héroes populares de características épicas que alimentaban la leyenda de la fiereza del pueblo español en su lucha por la independencia (2005, 40). La razón tras la inclusión de héroes populares de extracción obrera junto a grandes referentes de la tradición española reside, a nuestro parecer, en la diferenciación efectuada por los intelectuales hispanoamericanos entre, por un lado, la tradición

⁷⁵ Estudiaremos con mayor profundidad la construcción del mito heroico de Antonio Coll en el apartado “3.1.1 «Carne de ibérico bronce, / lobo de mar y de tierra». Antonio Coll y los antitanquistas republicanos”.

monárquica y reaccionaria representada por el bando franquista y, por otro, la tradición de la “verdadera España” republicana personificada por las masas populares.

La exageración y las hipérboles heroicas de estos poemas y textos de corte épico se deben también, de acuerdo con el trabajo de Meyer, a cómo tales producciones se ven condicionadas “por la necesidad de alabar a su protagonista y de demostrar por qué es merecedor de tal veneración y tanta atención” (2008, 246). Una característica central de la epopeya es, precisamente, que cuenta al lector “en qué consiste el hecho de tener que enfrentarse al sufrimiento y lograr vencerlo”, desafío que recae íntegramente en el héroe épico, “personaje central” cuyo protagonismo “aporta unas tremendas expectativas desde la estructura narrativa propia de la obra” (2008, 246). Esto explica por qué desde Hispanoamérica los intelectuales prorrepblicanos tendieron a fijar su mirada en los grandes líderes republicanos, quienes representaban a través de su figura, normalmente revestida de la humildad característica de un héroe del pueblo de origen obrero o campesino, a sus partidos, sindicatos, organizaciones e incluso a la religión católica, como es el caso de Ángel Ossorio y Gallardo.

Buenaventura Durruti⁷⁶, el principal referente del sindicato anarquista CNT (Confederación Nacional del Trabajo), fue uno de los máximos exponentes de la heroicidad popular del bando republicano. El anarquista leonés, si bien no era republicano como tal –recordemos que el anarquismo rechaza el Estado y aboga por una organización social y económica horizontal–, se alzó como uno de los referentes de la República desde que su sindicato apoyó la candidatura del Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936. Aunque veremos la construcción de Durruti como héroe popular con mayor detenimiento en su propio apartado, el líder ácrata es un buen ejemplo de la conformación épica de los héroes populares. El periodista hispanoargentino José Gabriel, corresponsal del diario *Crítica* en la España en guerra, tuvo el privilegio de encontrarse con Durruti en tierras aragonesas. Su descripción del líder cenetista en el marco de una batalla en la disputa de Aragón entre fuerzas anarquistas y franquistas aúna la sencillez del obrero anarquista y la épica de un personaje imprescindible para comprender el conflicto. Para

⁷⁶ Estudiaremos en profundidad la construcción heroica de la figura de Durruti en el apartado “4.3 «Y como el Cid Campeador ganaba batallas después de muerto». Buenaventura Durruti, el héroe proletario en disputa”.

empezar, el líder anarquista, ajeno al miedo como buen héroe épico consciente de su misión, sube a un montículo y queda “enteramente manifestado al enemigo”. Es en ese momento cuando el periodista hispanoargentino, que lo mira desde abajo, lo describe como una persona de estatura normal pero engrandecida “por la reciedumbre, la eminencia y la desaprensión”. Sus ropas, un “pantalón y chaquetilla kaki”, unos “botines ordinarios” y el “bonete anarquista partido en rojo y negro” característico de las milicias de la CNT, dan al dirigente anarquista una imagen plenamente popular, como un miliciano más⁷⁷ (Gabriel 2018, 50).

En efecto, héroes como Durruti y Antonio Coll eran héroes de carne y hueso en los que el lector podía reconocerse tanto a sí mismo como a su propia realidad. De acuerdo con el trabajo de Meyer, bajo este nuevo paradigma “la identidad del héroe se confunde con los acontecimientos de su historia”, lo cual enfatiza la capacidad política e ideológica de los héroes y su capacidad de amoldarse a circunstancias como el conflicto español (2008, 43). Bajo esa lógica, apunta hacia una de las claves que puede servir para comprender el papel del héroe en la literatura y prensa hispanoamericanas sobre la guerra española: investigar la figura del héroe “en términos no de lo que es, sino de cómo funciona, de cómo ha servido a la especie humana en el pasado y de cómo puede servirle ahora” (1993, 337).

Para ilustrar esta concepción tan pragmática del héroe, vamos a estudiar uno de los poemas épicos más impactantes escritos al calor del conflicto: “Llegada a Madrid de la Brigada Internacional” de Pablo Neruda. Los primeros versos nos sitúan en el contexto en el que se va a producir la acción heroica, esto es, la llegada a la ciudad de Madrid,

⁷⁷ Otro texto de similar idiosincrasia lo encontramos en *Lealtad*, publicación del Grupo Pro-República Española de Costa Rica. El artículo “Cómo era Durruti”, de autoría anónima, comienza subrayando los orígenes humildes del anarquista: “Hijo de padres obreros, Durruti amó mucho el trabajo; y a los 14 años ya era un mecánico experto y trabajaba en los talleres del ferrocarril de León a Asturias”. Unas líneas después, el texto prosigue narrando –y alabando– la hazaña épica que un simple obrero como Durruti logró gracias a su determinación y fortaleza, a pesar de su temprana y misteriosa muerte en el frente de batalla: “Sofocado el alzamiento del general Godet, en Barcelona, Durruti en 24 horas organizó un Ejército de 12,000 hombres y con ellos derrotó al fascismo en Aragón. A esta columna se le llamó la columna de la Victoria, porque jamás fue derrotada. ¡Por nada del mundo aquellos tiranos fascistas pasarán por donde estamos! A ellos les decimos: ¡No pasaréis! A vosotros, ¡no pasarán! Esta fue la consigna de Durruti a su columna de La Victoria. Y Durruti con su columna de La Victoria, salvó a Madrid en la Ciudad Universitaria, y ahí fue asesinado por una bala traidora del fascismo” (1938, 28).

sitiada desde comienzos de la guerra por los sublevados, de los miles de voluntarios que formaban las Brigadas Internacionales, atravesada por la adversidad de una guerra asimétrica y el profundo dolor y miedo de la población civil: “Una mañana de un mes frío, / de un mes agonizante, manchado por el lodo y por el humo, / un mes sin rodillas, un triste mes de sitio y desventura, / cuando a través de los cristales mojados de mi casa se oían los chacales africanos / aullar con los rifles y los dientes llenos de sangre” (Neruda 1999, I:369). Es en ese momento de debilidad y vulnerabilidad ante las fuerzas invasoras cuando aparece el héroe épico que, en este caso, no se trata del pueblo español, sino de obreros internacionales que habían venido a solidarizarse con la causa republicana: “Cuando no teníamos más esperanza que un sueño de pólvora, cuando ya creíamos / que el mundo estaba lleno sólo de monstruos devoradores y de furias, / entonces, quebrando la escarcha del mes de frío de Madrid, en la niebla / del alba / he visto con estos ojos que tengo, con este corazón que mira, / he visto llegar a los claros, a los dominadores combatientes / de la delgada y dura y madura y ardiente brigada de piedra”. Los voluntarios internacionales, parte de la clave del éxito de la batalla de Madrid, fueron una de las mayores bazas propagandísticas del bando republicano en España y en la retaguardia hispanoamericana. Por parte transatlántica, la presencia de miles de voluntarios hispanoamericanos, así como de otras tantas decenas de países de otros continentes, servía como elemento movilizador gracias a la descripción épica de su sacrificio y significación en el conflicto:

Porque os vi a través de la mañana de niebla llegar a la frente pura de Castilla
silenciosos y firmes
como campanas antes del alba,
llenos de solemnidad y de ojos azules venir de lejos y lejos,
venir de vuestros rincones, de vuestras patrias perdidas, de vuestros sueños
llenos de dulzura quemada y de fusiles
a defender la ciudad española en que la libertad acorralada
pudo caer y morir mordida por las bestias.

Hermanos, que desde ahora
vuestra pureza y vuestra fuerza, vuestra historia solemne
sea conocida del niño y del varón, de la mujer y del viejo,
llegue a todos los seres sin esperanzas, baje a las minas corroídas por el aire sulfúrico,
suba a las escaleras inhumanas del esclavo,
que todas las estrellas, que todas las espigas de Castilla y del mundo
escriban vuestro nombre y vuestra áspera lucha (Neruda 1999, I:369).

La potencia expresiva del yo testigo, unida al aplazamiento de los verbos principales en la primera estrofa y el léxico solemne y casi místico asociado al conflicto, configura un poema épico protagonizado por los brigadistas, con quienes el yo poético se hermana.

Otra de las características más reveladoras de la poesía épica y, por tanto, del héroe épico recae en los epítetos, esto es, “adjetivos o frases empleadas sistemáticamente para caracterizar a un personaje o con propósito ornamental” con los que se moldea la identidad del héroe (Lapesa 1979, 129). Este mecanismo funciona tanto para alabar al pueblo español y sus referentes como para denostar al bando enemigo, cuyos epítetos, en muchas ocasiones maniqueos y binarios, los definían como el mal absoluto al que hacer frente. Pablo Neruda atacaba a los sublevados con su bestiario de hienas, víboras y “Chacales que el chacal rechazaría”, así como metonimias en clave religiosa en las que atacaba a los “bandidos con sortijas y duquesas” (1999, I:379). Frente a la denostación de los franquistas, exaltaba las bondades del pueblo español y sus aliados. Como veremos, lo que encontramos en Neruda era una constante en la poesía de la época.

Por ejemplo, el poeta y militante comunista mexicano Tomás Córdova, que solía enviar sus escritos a *La Voz de México*, órgano del Partido Comunista Mexicano, retrataba al pueblo español republicano en su poema “España” como “hermanos” y a la República Española como “Madre Patria”, palabras que reforzaban el vínculo entre el pueblo mexicano y el español, mientras que tildaba a Francisco Franco de “ruin y cobarde”, “émulo de Nerón que asesinó a su Madre”, “monstruo criminal” o “desnaturalizado hijo de tus entrañas” (Feria 2022, 212). El periodista y escritor peruano Manuel Bedoya utilizó términos similares para dibujar la imagen del bando franquista, que identificaba con las figuras del “marqués, el obispo, el latifundista y el general”, a los que se refería como los “cuatro jinetes del Apocalipsis hispano”, “traidores del pueblo” y “fantoques históricos” (Bedoya 1937, 7). En cuanto a los epítetos afines a los republicanos, Dolores Ibárruri, La Pasionaria, fue una de las figuras descritas con mayor carga épica a la esencia y tradición españolas populares. Al ser mujer, tal y como veremos a lo largo de esta tesis, los epítetos épicos con los que era halagada estaban atravesados por marcados roles de género, especialmente aquellos ligados a la maternidad. El poeta costarricense y militante

comunista Carlos Luis Sáenz la veía naciendo “de la dura entraña / del suelo de España” para alzarse como “Madre Proletaria” y “gran vindicadora del dolor de siglos / que roe las carnes de siervos y esclavas”, el cual le había hecho convertirse en “fuerza revolucionaria, / pugna de los pueblos contra los tiranos” (C. L. Sáenz 1936b, 379). Ibárruri, una de las caras más conocidas del Partido Comunista de España, era para Sáenz una “fuerte miliciana” con la “bizarría de una capitana” y la “fuerza de todos los héroes anónimos” destinada a aplastar al enemigo de “bayonetas moras y cruces gamadas”.

La investigadora argentina Susana Cella, en su estudio sobre la obra de Raúl González Tuñón, afirma que la obra del escritor argentino está influida por “un sesgo épico” destinado a “conservar en la memoria, de mantener presentes las acciones, los combates, asimismo de rendir homenaje a los héroes, vivos o muertos, ubicándonos ya más allá del inmediato escenario de la guerra” (Cella 2000, 69). Este sesgo épico y memorialista de la obra guerracivilesca de González Tuñón es de vital importancia en la literatura de la guerra civil española. Entre sus propósitos destacan animar a la población a alistarse en las milicias, promover la empatía y solidaridad de los pueblos hispanoamericanos y, en especial, vindicar el legado de los mártires. La memoria de José Aparicio Gutiérrez, “miliciano guaraní” caído luchando por la República, fue reivindicada por el poeta paraguayo Vicente Lamas, en lo que parece es un intento de preservar su ejemplo heroico y, al igual que en otros tantos poemas, de estrechar lazos con la Nueva España por la que había cruzado el Atlántico para arriesgar su vida: “José Aparicio Gutiérrez, / Miliciano de la Raza, / por tu muerte no tañeron / las simbólicas campanas / y sí el clarín masculino / de las gestas libertarias” (Lamas 1956, 63). Aunque quizá el más potente ejemplo de este rasgo épico es Federico García Lorca, cuyo particular romancero elegíaco hispanoamericano ponía el énfasis en su relevancia como símbolo de la verdadera y popular España convirtiéndose, paradójicamente, en un héroe épico que jamás tomó las armas (Binns 2020, 235-95). El poeta y corresponsal argentino Cayetano Córdova Iturburu, por ejemplo, aseveraba que el granadino era “el símbolo de la España Nueva”, aquella representada por un pueblo “asombroso de heroísmo que frente a ese preciso instrumento de muerte de un ejército bien organizado y pertrechado, exclama con La Pasionaria que ‘es preferible, camaradas, morir de pie a vivir de rodillas’” (Córdova Iturburu 1936, 7).

2.1.3 Tradición y revolución. Del mártir de la libertad al héroe del realismo socialista

Las características épicas del héroe popular español, todas ellas relacionadas con la valoración de epopeya del conflicto peninsular, tienen una estrecha relación con el auge de un nuevo tipo de literatura proveniente del este de Europa. Se trata del realismo socialista, cuya mayor novedad no tenía que ver con cuestiones formales o estilísticas, como es el caso de la vanguardia estética, sino con su contenido, proveniente de la “nueva realidad socialista” impulsada por la política cultural de la Unión Soviética dirigida por Iósif Stalin. Este nuevo tipo de literatura, abrazada por los intelectuales comunistas tanto en la URSS como en otras tantas geografías, se ajustaba a un “horizonte de público lector” perteneciente a las clases populares, sujetos revolucionarios y protagonistas de las obras de acuerdo con la ideología comunista que, frente al antiguo protagonismo del lector burgués, se alzaba como “juez y vigilante no solo de la calidad artística de las obras” sino también de sus contenidos políticos (Alle 2019, 177). El escritor soviético Andrei Zhdánov, en el marco del Primer Congreso de la Unión de Escritores Soviéticos de Moscú en 1934, había declarado que en el realismo socialista los héroes eran “los activos constructores de una vida nueva: los obreros y las obreras, los hombres y mujeres de las granjas colectivas, los miembros del Partido”, quienes asimismo eran los destinatarios de las obras (Zhdanov, s. f., 73). Las clases populares eran pues los “héroes básicos” de la nueva literatura soviética, cuyo contenido destilaba “entusiasmo y heroicidad” ya que servía “a una nueva causa, la causa de la construcción socialista”. Este nuevo tipo de héroe, tipificado como el “hombre nuevo”, era descrito por los intelectuales soviéticos como un modelo “a imitar por el pueblo” y faro para la nueva sociedad que se estaba gestando (À. Ferrero 2012, 177).

Si bien es cierto que el “encorsetamiento estético propuesto desde Moscú bajo el ropaje del realismo socialista” no tuvo demasiado éxito fuera de sus fronteras, como afirma Niall Binns (2020, 366), creemos que su influjo heroico tuvo al menos cierto peso en la literatura hispanoamericana prorrpublicana y, especialmente, en la construcción del héroe popular. Una de las razones es simplemente ideológica: gran parte de los intelectuales españoles e hispanoamericanos que escribieron durante la guerra pertenecían a la órbita del Partido Comunista de España, ya fuera como militantes o como

simpatizantes. Rafael Alberti, María Teresa León, Juan Marinello, Vicente Huidobro, Raúl González Tuñón, César Vallejo y Carmen Lyra son solo algunos ejemplos. Incluso aquellos que no se decantaban por la ideología marxista, como los intelectuales del APRA, situaban, a su manera, al pueblo trabajador como sujeto político de sus obras, como estudiamos en el primer apartado de este trabajo dedicada al compromiso político de los intelectuales.

En consonancia con lo expuesto durante este apartado, en cuanto al protagonismo popular en la guerra civil española, no es de extrañar que los intelectuales en ambas orillas del Atlántico dedicaran sus poemas, ensayos, crónicas y artículos a relatar y alabar las hazañas de un héroe popular que, como poco, se asemejaba mucho al de la nueva literatura soviética. Este “hombre nuevo”, tipificado con valores de valentía, arrojo, solidaridad, capacidad de sacrificio y más cualidades provechosas para el grueso del pueblo trabajador, ya no estaba, a diferencia de héroes como el romántico, “enfrentado al mundo”, sino que era “un eslabón indispensable de cadena social que une a los individuos en un gran sujeto colectivo que trabaja en pos del mejoramiento de las condiciones de vida y de la felicidad comunitaria”. Los obreros, los campesinos y los niños, estos últimos “herederos” de la causa socialista y del nuevo mundo que vaticinaba, así como “las mujeres trabajadoras”, eran un reflejo de “esta nueva sociabilidad y esta nueva conciencia” por lo que, para los intelectuales que abrazaron el realismo socialista, era un deber “revalorizarlos y otorgarles un lugar narrativo” (Alle 2019, 177-78).

Encontramos un ejemplo de este fenómeno en un artículo de Nicolás Olivari, periodista y escritor argentino que estaba a medio camino entre el grupo Boedo, de corte más marxista, y el de Florida, más ligado a la renovación literaria a través de lo estético (Binns 2012a, 579). “Y no se rindió ninguno”, publicado en el diario *Noticias Gráficas* menos de dos semanas después de estallar la guerra, reflexionaba sobre el heroísmo del pueblo español a partir de los telegramas que llegaban a Argentina informando de las novedades en el frente de batalla que, en palabras del argentino, mostraban “líneas rezumantes de heroísmo y de sangre”. Uno de estos telegramas, relata Olivari, detallaba cómo “una columna leal fue aniquilada sin que resultase un solo sobreviviente. Ni un herido, ni un prisionero”. A pesar de la brevedad de este tipo de mensajes, parece ser que la razón tras la muerte de todos ellos era “porque prefirieron morir antes que rendirse”.

Otro de los telegramas que señalaba tenía que ver con el otro gran héroe básico del realismo socialista, la mujer. Olivari escribía, fascinado, cómo durante los primeros días de la guerra se las veía ir “al frente a disparar sus armas contra los rebeldes” para regresar después “a sus casas a preparar el cocido”, resaltando la cotidianeidad de un conflicto protagonizado por las clases populares que tienen que compaginar el fusil y tareas del día a día, como cocinar. En cuanto a los niños, “herederos” de la causa como señalaba María Fernanda Alle, Olivari contaba cómo muchos se escapaban de sus casas y colegios “como quien hace ‘novillos’” para irse a “pelear” al frente, “obligando a los padres a denunciarlos y a las autoridades a reclamarlos por la radio”. Hombres, mujeres y niños, todos surgidos de la entraña popular, luchaban por una causa que trascendía lo meramente bélico y alcanzaba cotas mucho más altas: “están olvidando que todos son españoles, en el fragor de la lucha sin cuartel, y pelean ahora [...] por un ideal de sangre y de alma, de épico aliento individual [...]. Detalles hay, insistimos, de este aspecto, realmente magnífico, acaso único en la historia de quien tiene tanta historia, de su heroísmo” (Binns 2012a, 580).

El cubano Félix Pita Rodríguez, quien recordemos fue parte de la delegación cubana en el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura de 1937, celebró en su artículo “¡Niños de España!”, publicado en *Bohemia*, la gesta de este nuevo tipo de héroe que, como Olivari, identificaba con los hombres, las mujeres y los niños:

El viejo campesino de cincuenta años aprende a leer con juvenil entusiasmo. La mujer, alejada por la reacción de toda actividad constructiva, se incorpora al esfuerzo del país en marcha hacia el futuro. La juventud sin parangón de la Península crea en espiral ascensional una sociedad mejor. Y paralelamente a ellos, con intuición profunda, el niño más abandonado de la tierra hasta entonces pide aportar su esfuerzo y lo aporta del modo mejor, construyéndose con la instrucción una juventud de primera línea, pilar resistente para la España de mañana (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 395)

El campesino que aprovecha para instruirse y aprender a leer y escribir durante la guerra, la mujer que es incorporada a las masas obreras y campesinas del país y adquiere un protagonismo inédito en la sociedad, y la juventud e infancia española como pilares fundamentales de la España del mañana son, todos ellos, los héroes básicos de la guerra. Además, siguiendo los preceptos del realismo socialista, los hace también representantes

del “hombre nuevo” de la literatura soviética que, salvando las distancias, parece desarrollarse de forma autónoma y “a la hispánica” en la España republicana y la retaguardia transatlántica.

Ya nos hemos preguntado por las razones detrás de la identificación del conflicto como una epopeya o de la descripción épica de los héroes, por lo que, en esta ocasión, se nos antoja imprescindible cuestionarnos cuál es la utilidad detrás de la construcción de este nuevo tipo de héroe y, también, si es tan original y único como los intelectuales soviéticos afirmaban. Máximo Gorki, uno de los máximos exponentes de esta nueva literatura, nos había dado al menos parte de la respuesta en el mismo Congreso de 1934 al que hemos hecho referencia antes con Zhdanov. El novelista ruso declaró que los mitos tradicionales de la literatura no eran más que un “invento” pero que, en caso de ser explotados desde una perspectiva socialista y emancipatoria, podrían acomodarse a las necesidades políticas del momento y usarlos para su beneficio:

El mito es ficción, invento. Inventar es sacar de una suma de datos reales el sentido fundamental dándole forma a la imagen: así se hace realismo. Pero si a ese sentido del dato real se agrega, mediante el impulso de la idea conforme a la lógica del deseo, la posibilidad, redondeando así la imagen, se obtendrá el romanticismo que residía en el fondo del mito; impulso útil, puesto que ayuda a sugerir el vínculo revolucionario que une el deseo a la realidad; vínculo que en la práctica viene a transformar el mundo (Gorki y Zhdanov 1968, 33).

De acuerdo con investigadores como el catalán Román Gubern, este tipo de planteamientos por parte del realismo socialista lo llevaron a “endeudarse en la tradición romántica, contradiciendo sus premisas teóricas” (Gubern 2004, 302). María Fernanda Alle complementa la afirmación de Gubern al afirmar que, tras esa actitud romántica de la nueva literatura soviética, yacía “su potencial revolucionario”, lo cual convertía esta actitud en “el elemento que posibilita a la literatura intervenir en la transformación del mundo” (2019, 176). Desde luego, esto solventa las dudas en torno a la utilidad de este nuevo tipo de héroe pues, como venimos estudiando, la construcción del héroe popular de la guerra civil española es inseparable de los proyectos políticos de emancipación y justicia social defendidos por los intelectuales de ambas orillas. Estos beben directamente de la tradición literaria hispánica y occidental, ya sea a través del mito de la Independencia, del paradigma del héroe épico o, en este caso, del “hombre nuevo” del

realismo socialista, todos ellos fusionados para empoderar al pueblo español en su gesta epopéyica.

Raquel Sánchez recoge que, en España, el héroe romántico y el mártir de la libertad, otro de los arquetipos heroicos de la guerra de la Independencia, adoptaron en España “múltiples encarnaciones entre las que cabría destacar la ya mencionada del pueblo como héroe colectivo” y que, en ambos casos, contribuyeron a “crear una conciencia política en la población” (R. Sánchez 2018, 50). De los dos héroes señalados por Sánchez, el mártir de la libertad nos es indispensable en nuestro trabajo por sus paralelismos con el héroe mártir, que estudiaremos más adelante. El héroe mártir, palabra relacionada en España “al sentido clásico de víctima de la intolerancia religiosa”, pasó a asociarse ya en el siglo XIX a otra palabra, “libertad” que, según Sánchez, “alcanza en este periodo el sentido político moderno de emancipación de la tiranía”. Así, la propia expresión del mártir de la libertad “tiñe de valor trascendente al sujeto, que se presenta como víctima de una intolerancia que en este caso es política” (2018, 51).

Uno de los héroes mártires del conflicto más representados en la literatura hispanoamericana fue el niño republicano, descrito por la propaganda republicana como víctima inocente del fascismo con el objetivo de demonizar al enemigo franquista y promover las campañas solidarias en la lejana retaguardia. La figura del niño como heredero de la nueva sociedad del realismo socialista y el arquetipo del mártir de la libertad y “víctima de la intolerancia [...] política” explicado antes por Sánchez, se funden en un solo héroe en numerosos textos. “La hija de la responsable”, de Juan Marinello, nos cuenta las vivencias de Marujita, niña de doce años e hija de la responsable de la sede del Socorro Rojo Internacional en Valencia donde Nicolás Guillén y Marinello vivieron durante un tiempo. El escritor cubano, fascinado por la presencia de la muchacha en un entorno de guerra donde solo había adultos, observa cómo “la madurez anticipada” por el conflicto había hecho de Marujita “una camarada perfecta”. Los constantes bombardeos y el sufrimiento de su familia y su entorno –dos tíos murieron en la Revolución Asturiana de 1934 y otros dos estaban luchando en Oviedo– le habían forzado a renunciar a su niñez para tener que comportarse como una mujer adulta: “Marujita tiene doce años, edad del miedo, pero no puede tener miedos. Porque es asturiana. Al decirlo se le llena la boquita de firme orgullo. Ha de ser fiel a su gente gigantesca” (1938, 14). El relato prosigue con

un ataque aéreo por sorpresa y la consecuente búsqueda de refugio, cuando Marujita se apretó a su madre tratando de sacudirse el miedo. Una vez el bombardeo cesa, la niña deja a su madre y los demás tratan de confortarla:

Le tomamos las manitas para consolarla. Las ha tenido apretadas contra los grandes ojos negros. Están húmedas de lágrimas. Pero la boquita apretada responde a la frente erguida y empeñosa: un asturiano, aunque tenga doce años, no puede tener miedo. España, como esta niña, está herida y entera, dolida y animosa. Su vida futura, como la vida de Marujita, la hija de la Responsable, tendrá una zona de sangre que dolerá siempre. Pero de ella sube, en impulso inquebrantable, la fuerza que anda hacia una vida sin dolor y sin lágrimas (1938, 14-15).

La niñez robada y la valentía infantil republicana se funden en el relato de Marinello, combinando rasgos que provienen tanto del arquetipo del mártir de la libertad como del héroe del realismo socialista, al ser Marujita descrita como heredera de un mundo nuevo “sin dolor y sin lágrimas”.

La mujer, otro de los grandes sujetos revolucionarios a ojos del realismo socialista, también lo fue de la literatura prorrepblicana por su participación inaudita en el conflicto, si bien es cierto que las milicianas fueron retiradas del frente de batalla a finales de 1936 (Nash 1999, 166). Juan José López Silveira, voluntario uruguayo y desertor del régimen de Gabriel Terra en su país, compaginó la lucha del lado de la República y su labor como corresponsal de *La Nueva España*. “Figuras de la guerra: el teniente Pepe” versaba sobre un tal “teniente Pepe”, de quien ya le habían hablado en su estancia formativa en Albacete. Para su sorpresa, el “Pepe” era “una mujer, casi una niña, que ostentaba en su pecho las dos estrellas de teniente”, y cuya valía en el campo de batalla le había hecho “muy querida por su valentía y muy respetada por sus conocimientos prácticos militares”. La épica descripción de esta heroína republicana merece, en nuestra opinión, ser reproducida en su totalidad pese a su extensión:

Es madrileña, nacida en el barrio de Lavapiés. Allí había vivido hasta ahora. Comenzó a trabajar a los 11 años y a los 14 era obrera de la costura, iniciando entonces su participación en los trabajos en pro de una mejor sociedad. Por ello, cuando el movimiento de octubre obtuvo 16 meses de prisión. En la cárcel conoció a la Pasionaria. El 19 de julio, fue de los primeros en alistarse para combatir la sublevación fascista. Inmediatamente, y en atención a la confianza que en ella se depositaba, y a la que sigue siendo acreedora, se le entregó un fusil. Con él y con solo 5 cartuchos fue a luchar al Cuartel de la Montaña. Se organizó el batallón Thaelmann y formó en él como cabo. En Alijares, contra los moros, conoció los rigores del combate a la bayoneta. En Torrejón

supo animar, por su decisión, a los camaradas de su unidad y a los de otras vecinas. En el frente de Talavera, conquistó las insignias de sargento.

Su origen humilde y politización a causa de las condiciones de vida de la clase trabajadora, además de su papel en la Revolución de 1934, nos muestran el proceso de formación de esta heroína popular que, por la mención a La Pasionaria, probablemente fuera militante comunista. Durante la entrevista, López Silveira le preguntó si recordaba “algún episodio en el cual hubiera tropezado con cualquier dificultad”, ante lo cual la teniente le dio una respuesta ilustradora del heroísmo del realismo socialista y del nuevo tipo de mujer que, como estudiaremos en el próximo apartado, se estaba fraguando en las filas republicanas:

No –me respondió–. Tan solo una vez, durante los primeros días de guerra. Fui enviada con mi fusil a montar guardia en uno de los tranvías madrileños. Un grupo de incontrolados, de los que hubo desgraciadamente en los primeros momentos, pretendió arrebátarmelo, diciendo que las armas no eran para las mujeres. Ellos iban armados de pistolas. Yo cargué inmediatamente el máuser. No tuve necesidad de nada más. El grupo desapareció como por encanto (López Silveira 1937, 6).

2.2 «Sangre jamás igualada en pureza y ardor generoso». El pueblo como sujeto heroico

Si bien es cierto que toda guerra implica participación popular y, en particular, la de las clases obreras y campesinas, en el caso español fueron éstas las que, con la complicidad de las autoridades republicanas, tomaron las armas para frenar el golpe de Estado y defender el gobierno del Frente Popular elegido democráticamente en las urnas en febrero de 1936. En palabras de Niall Binns,

La espontaneidad de la resistencia popular, la fe de los voluntarios en su capacidad de influir en el rumbo del conflicto y del mundo, la sensación de estar haciendo o siendo Historia, y el uso casi improvisado y artesanal de la dinamita [...] redujeron la guerra a una escala humana pese al avasallador poder destructivo de las nuevas armas alemanas, italianas y rusas (Binns 2004, 15).

El factor determinante de la “escala humana” del conflicto, parte imprescindible de la propaganda prorrepublicana hispanoamericana, era que el sujeto político del mismo

no era otro que el pueblo y los héroes que emanaban de él. O al menos así lo comprendieron los intelectuales prorrepublicanos quienes, gracias a las primeras noticias llegadas al otro lado del Atlántico sobre lo que muchos diarios favorables a la República denominaban “la revolución española”, se hicieron eco de la gesta heroica del pueblo español frente al golpe de los generales sublevados. Alfredo Arriaga y Treto, costarricense de origen cántabro, escribió en el diario josefino *La Hora* sobre una paradoja relacionada con los sucesos españoles. Para el doctor en Derecho y Filosofía, el golpe de Estado había subvertido el orden social tradicional, provocando que “los que debieran ser guardadores del orden, baluartes de la paz y armonía, dadas las filiaciones que representan en la vida social y política”, pasaran a ser “agitadores enarbolando la consigna fratricida de muerte y destrucción so pretexto de salvar a la Península”. Mientras, las masas populares, normalmente señaladas como “elementos de perturbación” e incluso como extrañas “al sentimiento patrio”, se habían convertido en salvadoras de “la Constitución y [el] dominio del Estado”. De esta forma, la “revolución española” no era más que la defensa de la democracia, por primera vez a manos del pueblo trabajador y no de los tradicionales estratos sociales adalides del Estado de derecho, artífices de la sublevación para garantizar sus privilegios sobre la explotación de las clases populares (Arriaga y Treto 1936b, 3).

Este binarismo entre pueblo y privilegiados, atravesado por el característico maniqueísmo de gran parte de la literatura sobre el conflicto, se trasladó al “Manifiesto de intelectuales, profesionales y obreros de Costa Rica con respecto a la Revolución Española” publicado en el periódico comunista *Trabajo* dos semanas después. Los firmantes, con el editor Joaquín García Monge a la cabeza, ahondaron en esta tajante división entre pueblo y clases privilegiadas como explicación del conflicto. Para ellos, el bando sublevado no era más que “una aristocracia feudal, apoyada en un Ejército estructurado en el curso de varios siglos de conformidad con sus conveniencias”, cuya única pretensión era “el retorno de la sociedad española al absolutismo en un afán de conservar [sus] privilegios”. Por otro lado, el bando republicano estaba compuesto por las masas populares, oprimidas y vejadas “de manera implacable durante un larguísimo período”, que se estaban enfrentando “al Ejército de esa aristocracia [...] heroica y

desesperadamente por conservar libre la vía de justicia y libertad por donde ya comenzaba[n] a caminar” (*Trabajo* 1936, 3).

Este fenómeno se replicó en el resto de las repúblicas hispanoamericanas. El médico mexicano Pedro de Alba, que se encontraba en España en julio de 1936 en el Congreso Hispanoamericanista en el Archivo de Indias de Sevilla, destacó la “fervorosa y heroica respuesta del pueblo en armas contra la reacción y el cuartelazo” (Feria 2022, 99), mientras que el chileno Ricardo Donoso, en respuesta a una pregunta acerca de la “revolución española” afirmó que admiraba “el valor del pueblo peninsular” que, “pese a las mentiras de los timoratos”, estaba dando “un grandioso ejemplo de heroísmo a todos los pueblos que luchan por el establecimiento de un régimen de mayor justicia social, de más equitativa distribución de la riqueza y de verdadera solidaridad” (Barchino y Cano Reyes 2013, 228). La revolución española era, de acuerdo con los textos de los intelectuales prorrepblicanos, sinónimo de lucha por la igualdad social, la democracia y la emancipación de las clases populares, auténticas protagonistas del conflicto.

El apelativo de “revolución española” no fue patrimonio exclusivo del bando republicano. Mientras que los republicanos en España e Hispanoamérica lo asociaban a las causas populares, los franquistas lo usaron para referirse a lo que ellos consideraban una revolución contra un gobierno supuestamente comunista y manejado desde Moscú. La “revolución” de Francisco Franco, difundida por los principales periódicos y revistas profranquistas –o supuestamente neutrales– al otro lado del Atlántico, contó con numerosos voceros. El colombiano Óscar Echevarri Mejía afirmaba que “la revolución española, o la tragedia española como la llaman algunos”, no era más que una “consecuencia lógica de la anarquía en que estaba sumida España”. El caos que se vivió durante la Segunda República justificaba el golpe de Estado y la invasión de las tropas alemanas e italianas, a ojos de Echevarri, que se preguntaba: “¿Habría que explicar que a los pueblos hay que sacudirlos a veces para que no se suiciden?” (Aldama Ordóñez 2021, 210). Este alegato en defensa de la sublevación, en el que el pueblo no era sino un sujeto pasivo al que había que “sacudir” a través de una “revolución” militar, recurso común entre los intelectuales y medios favorables a Franco, se vería con preocupación desde los sectores progresistas. Diógenes de la Rosa, el “más importante pensador marxista de Panamá” y miembro fundador y secretario de propaganda del Comité “Amigos de la

Democracia Española” de Panamá, planteó en *España Leal* las dificultades que tenía la República ante el panorama mediático en Hispanoamérica (Binns 2022, 179). El intelectual panameño protestaba contra la “gran prensa”, bajo propiedad de los “bancos, de las industrias, de los instrumentos de comunicación material y mental”, por cómo habían falseado “los intereses y motivos reales que engendraron el pronunciamiento” a través de periódicos y revistas, pues hacía peligrar el apoyo a la República en Hispanoamérica (Binns 2022, 184). De la Rosa creía que, bajo el capitalismo, la libertad de prensa era una pantomima que condenaba al bando republicano de cara a la opinión pública mundial pues los grandes capitalistas, dueños de los medios de comunicación, no permitirían una línea editorial contraria a sus propios intereses:

En las condiciones vigentes en el mundo, la libertad de prensa es para las masas desposeídas una mera abstracción, sin raíces en la realidad, mientras que para los poderes económico-políticos poseedores de los medios materiales de propaganda –imprentas, radios, salas de espectáculos– es un instrumento insuperable de dominación. Gracias a ellos, pueden los imperialismos y las clases poseyentes acomodar a sus intereses y fines, deformándolas, la psicología y la ideología de las masas oprimidas.

El intelectual panameño señalaba así la disparidad mediática entre los republicanos que, apoyados por únicamente las clases populares y medias, no podían competir con el bando franquista, financiado y apoyado por grandes terratenientes, la burguesía, el clero y la aristocracia. Bajo esta perspectiva, “el destino ulterior de la cultura”, representada por la causa republicana, dependía del “triunfo de las armas populares españolas”. La cultura republicana, lejos de ser “mera propaganda al servicio de minorías privilegiadas”, como denunciaba era la franquista, se había alzado como un “medio de liberación e integración del hombre”.

Así, tenemos, por un lado, un “pueblo heroico” que estaba plantando cara al fascismo internacional y, por otro, la denuncia de malas prácticas de buena parte del periodismo hispanoamericano que, a ojos de los intelectuales prorreplicanos, manipulaba las noticias de la guerra para beneficiar a sus propietarios, las “minorías privilegiadas”, cuyos intereses de clase eran opuestos a los del pueblo en armas. ¿Cómo contrarrestar la actividad de la prensa profranquista y empoderar al pueblo, sujeto heroico del conflicto? La respuesta de los intelectuales hispanoamericanos parece clara:

reivindicar al verdadero héroe, el pueblo español, y empoderarlo dándole la voz que no tenía en la prensa y la literatura hispanoamericanas.

2.2.1 La construcción del héroe popular republicano como estrategia de identificación

La reivindicación de la movilización popular en defensa de la democracia y contra el fascismo, en muchas ocasiones atravesado por una firme división de clases enfrentadas en condiciones asimétricas, fue uno de los fundamentos de la identificación del pueblo como sujeto heroico en la literatura y prensa comprometidas con el bando leal. Ricardo Riaño Jauma, joven intelectual cubano con experiencia militante en las movilizaciones estudiantiles contra Machado, evocó la concepción epopéyico-popular de la guerra española para señalar la honda simpatía de los pueblos hispanoamericanos con la República. Un año después del estallido de la contienda, Riaño aplaudía los “doce meses de epopeya” en los que España lo había sacrificado todo “por la independencia de su territorio y por los destinos inmediatos del hombre” (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 650). El cubano no tenía duda en que la “América moderna”, que había nacido con “José Martí” y “Simón Bolívar”, no hablaba más que del “espectáculo de un pueblo irreductible escribiendo su gesta y amasando su dolor”. Las referencias al pasado colonial y a los grandes libertadores y próceres americanos, estudiadas en el apartado dedicado al hispanoamericanismo popular, apuntan hacia una óptica antiimperialista del conflicto. Así lo refleja también un pequeño texto anónimo del dorso de la portada del segundo número de la revista *Total* de Vicente Huidobro que valoraba el conflicto como una “gran epopeya” del pueblo español en “guerra por su independencia” frente a “los dos imperialismos más brutales de Europa”, esto es, la Alemania nazi y la Italia fascista.

Los grandes héroes de la guerra civil española no eran renombrados militares, políticos ni grandes personajes: era su origen popular y compromiso con la República, la democracia y las causas populares lo que los aupaba a la gloria y al reconocimiento de los juglares de la gesta republicana. Se trataba de héroes de carne y hueso, como “el humilde obrero o campesino convertido en héroe” y “cazador de tanques” Antonio Coll,

o los nuevos líderes del Ejército Republicano Enrique Líster y El Campesino” y, sobre todos ellos, “el voluntario anónimo”, mientras que en la retaguardia lo eran “las víctimas inocentes, las madres y los niños que de las bombas se ríen” (Binns 2004, 39). Los intelectuales hispanoamericanos, conscientes de la adversidad que suponía el dispar panorama mediático, buscaron generar empatía en la opinión pública de sus países al mostrar personas de clase trabajadora empuñar las armas en defensa de la democracia y la soberanía nacional frente a potencias extranjeras. La identificación de las masas obreras y campesinas hispanoamericanas con héroes populares en las que se podían ver reflejadas fue un engranaje indispensable en el éxito de la solidaridad material e inmaterial, como observamos en la última parte del primer apartado.

Lina Odena, miliciana comunista que estudiaremos más adelante, es un buen ejemplo de esta estrategia de identificación. La joven catalana, muerta durante las primeras semanas de la guerra, se convirtió en una leyenda de la heroicidad popular republicana en Hispanoamérica gracias a la proliferación de artículos, ensayos y poemas en Colombia, Costa Rica⁷⁸, Ecuador, Cuba y Perú sobre su papel en la guerra. Uno de ellos es el capítulo que el uruguayo Alberto Etchepare escribió sobre la miliciana en su libro *Don Quijote fusilado* (1940). El corresponsal uruguayo dedicó unas líneas a mostrar qué había detrás de la politización de Lina Odena y su entusiasta inscripción en las filas republicanas: “Sufrió en su fina sensibilidad de mujer el choque tremendo con la realidad. Padeció el cansancio de las largas jornadas agotadoras y miserablemente retribuidas. Llegó hasta ella la insinuación babosa de los patrones y de los gerentes” (Etchepare 1940, 93). Señalar las condiciones de vida de las clases populares republicanas y los orígenes humildes de sus héroes era un dispositivo ideológico muy sugerente para los obreros y campesinos de la lejana retaguardia, quienes podían comprender en su propia carne la lucha de emancipación que libraban sus pares españoles. La descripción que el intelectual cubano Nicolás Guillén dio del poeta y miliciano español de origen campesino Miguel

⁷⁸ Su leyenda fue tal que en Costa Rica las militantes del Partido Comunista llegaron a crear una organización nombrada en su honor a través de la cual llevaron a cabo iniciativas solidarias con el bando republicano, todo ello auspiciado por la prolificidad de textos de corte heroico sobre la miliciana catalana (González Ruiz 2022, 39-40). Estudiaremos este fenómeno en profundidad en el apartado dedicado a la heroína comunista.

Hernández sigue la estela de Etchepare y extiende este tipo de retrato a los intelectuales republicanos:

Imaginaos a un duro mocetón valenciano, campesino de Alicante, con la redonda cabeza pelada al rape; las manos grandes de quien ha trabajado mucho con ellas; los ojos verdes y saltones, llenos siempre de un asombro inefable; la nariz respingada, como la de aquellos rústicos deliciosos que ilustraban los cuentos infantiles de Calleja; la voz cortante y recia; la piel tostada por el férreo sol levantino, todo ello sepultado en unos pantalones de pana ya muy trabajada y unas espardeñas de flamante sogá, y habréis construido rápidamente la figura de un gran poeta de la juventud revolucionaria española, comisario político del regimiento del Campesino: la figura del camarada Miguel Hernández (Marinello y Guillén 1938, 115).

Este extracto pertenece a una entrevista al escritor sobre su trayectoria política, su literatura de la guerra y su amistad con el miliciano cubano Pablo de la Torriente Brau, con quien compartió trinchera en el Batallón de Valentín González, “el Campesino”, otro de los grandes héroes populares de la contienda. La intelectual comunista costarricense Carmen Lyra, fascinada por las virtudes de “el Campesino”, le dedicó un palpitante artículo en el periódico *Trabajo* en el que acentuaba las bondades del general republicano, a quien comparaba con los grandes héroes populares de la guerra de la Independencia española, con los matices propios de la ortodoxia comunista de los años treinta: “Se tiene la impresión de que es hermano de aquellos guerrilleros españoles que debilitaron los gloriosos ejércitos de Napoleón; un hermano de los guerrilleros a quien la disciplina marxista ha limpiado de la anarquía y el salvajismo de Juan Martín el Empecinado⁷⁹” (Lyra 1938, 4). El texto, volcado en compartir con los lectores costarricenses la inaudita figura de “el Campesino”, relataba con fascinación cómo el “heroico general” no era más que “un campesino que no sabía ni leer” cuando estalló la guerra. Siguiendo la estrategia de identificación antes estudiada, la intelectual comunista afirmó que, cuando “los técnicos, si los militares expertos en estrategia, hábiles en hacer cálculos de balística y en la revolución de intrincados problemas de emergencia, habían traicionado a su patria”, solamente los “campesinos iletrados y toscos” como Valentín González habían dado la

⁷⁹ Carlos Vallejo, cónsul uruguayo en Valencia en 1937, publicó en 1943 el extenso romance *Piel de toro*, edición corregida y ampliada de *Mapa de España*, publicado en Lima en 1938 bajo el seudónimo de “Carlos Verdejo”, en el que describe al pueblo español en guerra como una suerte de herederos del héroe popular de la guerra de la Independencia: “Todos son *Empecinados*, / que en defensa de la patria / oponen sus pechos leales / sin ceder en la batalla” (Binns 2016, 705).

cara para “defenderla”. Tras repasar sus hazañas militares en Guadarrama, Somosierra y la defensa de Madrid, Lyra pasó a contar cómo el héroe popular se armó de coraje para demostrar a los soldados campesinos de su batallón, aterrados ante unos tanques que jamás habían visto, cómo se podía acabar con ellos:

Se prendió unas cuantas granadas primitivas de dinamita de su amplio cinturón, encendió un cigarro y se deslizó fuera de la trinchera [...]. En cuatro pies, como un animal que sale de su madriguera, se fue arrastrando [...]. Se escurrió dentro de un hueco a unos cuarenta metros [...]. Los tanques se acercaban, estaban ya casi sobre él [...]. El Campesino desprendió una granada de su cinturón: encendió la mecha con la brasa de su cigarro [...]. Desde entonces los soldados campesinos perdieron su miedo a los tanques e hicieron frente con granadas de mano y gruesos juramentos a los monstruos de hierro que vomitaban metralla. Y se formó el batallón de muchachos dinamiteros, el batallón anti-tanques de la División 46 (Lyra 1938, 4).

Para Lyra, el ejemplo heroico de “el Campesino”, un hombre hecho a sí mismo que, a pesar de su origen, iletrado, pobre y ajeno a la disciplina militar, se terminaría imponiendo como una leyenda “de la epopeya española del siglo XX, como lo es la de Ajax en la epopeya griega o el Rolando en la epopeya francesa”.

La gesta del pueblo español ilustrada por los intelectuales hispanoamericanos estaba plagada de figuras ejemplares como la de Valentín González, pero, como adelantamos, también de personas anónimas o héroes inesperados surgidos de la entraña popular que resultaban llamativas a ojos del público lector. Así lo creía Vicente Huidobro, para quien España estaba “poblada de héroes mitológicos” que se podían encontrar “en cualquier rincón”. Cualquier ciudadano “con el fusil al hombro” consciente de llevar a sus espaldas el “destino y toda la historia de una época” era, a sus ojos, uno más de los miles de héroes populares de la República (Huidobro 1937a, 7). Los escritores e intelectuales hispanoamericanos, conscientes también de su misión como escritores, artistas o periodistas, hicieron propia la lucha de estos “héroes mitológicos”, tal y como lo habían hecho los intelectuales españoles⁸⁰ organizados en partidos, organizaciones y

⁸⁰ La vastísima producción poética en la España republicana, donde no solo los poetas más consagrados entonaban las glorias de los héroes populares españoles, sino que los mismos soldados escribían sus propios poemas, sobre todo romances, permeó en la literatura hispanoamericana, que emuló sus versos con una clara preponderancia del romance, fórmula por excelencia de la poesía de guerra. El escritor uruguayo Gervasio Guillot Muñoz escribió una halagadora reseña de dos antologías de poemas prorrepúblicanos en la revista *Ensayos*. El primero se trataba de *Poemas de guerra* del 5º Regimiento y el *Cancionero de la guerra civil española* (1937) editado y prologado por el también uruguayo Ildefonso Pereda Valdés

asociaciones republicanas, como Rafael Alberti, Miguel Hernández, María Teresa de León o María Zambrano⁸¹. El uruguayo Gervasio Guillot Muñoz aplaudía la determinación de los poetas de ambas orillas en engrandecer el mito de “los héroes que en la contienda de España ofrecen la vida en la cruzada contra la barbarie fascista”, pues todos ellos, “surgidos de la entraña popular” del país, “enriquecen la vieja epopeya española, le infunden sangre moza, le comunican fuego encendido en la refriega” (Guillot Muñoz 1937, 240).

Sin la labor de los intelectuales españoles e hispanoamericanos la epopeya popular republicana no existiría. Las relaciones literarias transatlánticas, fructíferas desde hacía décadas, fueron la cadena de transmisión de los mitos de los héroes populares, que necesitaban de ese diálogo para poder cruzar el Atlántico y permear en la literatura y prensa local para inspirar a las masas populares hispanoamericanas.

2.2.2 La epopeya de la cultura. Milicianos, intelectuales y alfabetización popular

El psicólogo y ensayista argentino Hernani Mandolini, habitual en las páginas de *La Nueva España* y *Claridad*, escribió en la segunda publicación un apasionante texto que, al igual que el de Guillot Muñoz, inscribía la epopeya popular en la tradición literaria española. Mandolini vaticinaba que “el poeta del porvenir” escribiría “la *Iliada* y la *Canción de Roldán* de nuestro siglo”, protagonizada por héroes, “anónimos y humildes los más, que abandonaron hogares, talleres y oficinas –seguidos por sus hijos, sus hermanas y sus novias– para oponer una muralla de carne, generosa carne proletaria, crispada por la esperanza y el furor, a soldadotes, curas y fascistas”, en cuyas caras veía

publicado por el Comité Pro-Defensa de la República Española y que albergaba sesenta y un poemas de autores españoles, argentinos, chilenos y uruguayos como Federico García Lorca, Pablo Neruda, Juan L. Ortiz, Manuel Altolaguirre, Miguel Hernández y Pedro Leandro Ipuche, pero también romances de milicianos españoles anónimos, como “Serranilla” o “Versos del frente”. Guillot Muñoz afirmaba que, en ambas antologías, los poemas eran “profundamente españoles” y que provenían “de una estirpe que empieza en el mester de la juglaría, en la epopeya anónima que es emanación de la llama popular” y celebraba cómo los poetas prorrepúblicanos de ambas orillas habían logrado plasmar la “inagotable savia castellana del Romancero”, asociando ambas antologías a la tradición literaria española precedente (Guillot Muñoz 1937, 240).

⁸¹ Sobre el activismo prorrepúblicano de María Zambrano durante su estadía chilena véase “María Zambrano: Exilio y compromiso” (González Ruiz 2021, 475-85).

el perfil indistinguible del “Caballero de la Triste Figura” (Mandolini 1936, 5). Este nuevo Quijote ya no luchaba “con molinos de viento, ni galeotes, ni odres de vino”, sino contra “El Duque y la Duquesa”, representantes “del privilegio feudal [...] y del privilegio económico que se defiende con uñas y dientes”. El heroico pueblo español, sujeto político del conflicto, se había alzado también como el sujeto lírico por excelencia de la poesía hispanoamericana prorrepblicana, que veía en él el espíritu de la auténtica tradición española, aquella que nada tenía que ver con la monarquía, la aristocracia y todos los que identificaban como enemigos del pueblo español. La epopeya española escrita en Hispanoamérica reivindicó a los héroes populares republicanos como la representación de la España nueva por la que había que luchar desde la lejana retaguardia.

En ese sentido, Jesús Cano Reyes, quien se pregunta cómo es posible “ordenar este maremágnum de escritura desbordada” de los intelectuales hispanoamericanos, nos brinda una provechosa respuesta: “Una posibilidad es considerar todos sus textos de manera global como una larga epopeya⁸². En efecto, la narración de hechos gloriosos y personajes heroicos, de las hazañas que deben ser recordadas por el pueblo, así como la práctica de un estilo elevado, ponen en relación el conjunto de sus obras con la poesía épica (2013, 190). Cano Reyes cita un pequeño fragmento de la obra guerracivilesca de González Tuñón que sustenta su teoría. Éste pertenece a una de sus crónicas sobre el conflicto en la que, en referencia al relato heroico de un motorista, clama: “¡cuántos personajes de la epopeya española!” (1937b, 2). El ecuatoriano Demetrio Aguilera-Malta, en su ensayo *La revolución española a través de dos estampas de Antonio Eden* (1938) y en consonancia con la obra de González Tuñón, ofrece una generosa lista de los principales valores republicanos, entre los que se encuentran el general Miaja, Dolores Ibárruri y Buenaventura Durruti. Sin embargo, para el escritor ecuatoriano –al igual que

⁸² En sintonía con Cano Reyes, Serge Salaün afirma que “todo poema” prorrepblicano que señalara “la esencia misma del conflicto” era parte fundamental de la epopeya popular de la guerra (1985, 183). Si bien la cita original de Salaün se refería a la poesía escrita desde la España republicana, esta reflexión es aplicable a la producida en la trinchera hispanoamericana donde, a pesar de no sufrir los estragos de la guerra en carne propia, la identificación con la causa popular encarnada por el bando republicano provocó un compromiso tal con la causa popular española que los hizo partícipes y voceros de la epopeya, en muchas ocasiones valiéndose de referencias a héroes populares tanto de la historia como la literatura españolas como el Cid o el Quijote.

para el grueso de intelectuales hispanoamericanos– el héroe popular por excelencia no era otro que el trabajador y el campesino anónimo:

Ese minero de Asturias, que ya no tiene sangre que dar. Ese vasco de Irún, de Bilbao y de Guernica, cien veces ametrallado. Ese castellano que ha dejado un bosque de cadáveres hasta Madrid. Ese que asesinaron en Badajoz y en Zaragoza. Ese que ametrallaron –mujer o niño– por tierra, mar y aire, cuando huía de Málaga. Ese tranviario de Madrid que no se detuvo nunca, aún en los peores bombardeos (Binns 2012b, 104).

Uno de los más conmovedores poemas de César Vallejo sobre el conflicto español –si es que se puede elegir solo uno– tiene como protagonista a uno de estos héroes anónimos: “Pedro Rojas”. Niall Binns afirma que si hay algo “sintomático de este protagonismo del pueblo y los héroes populares” es que los dos poemarios más célebres sobre la guerra, *España en el corazón* y *España, aparta de mí este cáliz*, “no se menciona a ningún dirigente militar o político de la República”. En el caso de Vallejo, “los únicos luchadores nombrados son Antonio Coll y Lina Odena” y tres personajes “profundamente populares y representantes del pueblo” inventados por el peruano: Pedro Rojas, Ernesto Zúñiga y Ramón Collar (Binns 2020, 66-67). La descripción que hace Vallejo de Pedro Rojas, natural de Miranda de Ebro, localidad de fuerte raigambre obrera situada en la provincia de Burgos, se asemeja a la que antes leímos de Alberto Etchepare sobre Lina Odena, pues destaca el origen humilde y obrero del miliciano: “marido y hombre, ferroviario y hombre, / padre y más hombre” (Vallejo 2012, 33). Vallejo inaugura el poema con dos versos demoledores y con una carga política que pocos sabrían sintetizar en tan escasas palabras: “Solía escribir con su dedo grande en el aire: / ‘¡Viban los compañeros! Pedro Rojas’”. El contundente mensaje que escribía con su “dedo grande en el aire” y con faltas de ortografía es una referencia, a nuestro modo de ver, al analfabetismo de Pedro Rojas previo a la guerra. Su ensayo caligráfico, con un sintético y potente mensaje de camaradería hacia el resto de los milicianos, parece remitir a las brigadas educativas que, con notable éxito, lograron enseñar a escribir y leer a los milicianos iletrados. El cadáver de Pedro Rojas, “héroe y mártir”, reveló otro elocuente símbolo de su origen popular cuando “sorprendiéronle”, al registrar sus pertenencias, “en la chaqueta una cuchara muerta”:

Pedro también solía comer

entre las criaturas de su carne, asear, pintar
la mesa y vivir dulcemente
en representación de todo el mundo.
Y esta cuchara anduvo en su chaqueta,
despierto o bien cuando dormía, siempre,
cuchara muerta viva, ella y sus símbolos.
¡Abisa a todos compañeros pronto!
¡Viban los compañeros al pie de esta cuchara para siempre!
Lo han matado, obligándole a morir
a Pedro, a Rojas, al obrero, al hombre, a aquél
que nació muy niñín, mirando al cielo,
y que luego creció, se puso rojo
y luchó con sus células, sus nos, sus todavía, sus hambres, sus pedazos
(Vallejo 2012, 34).

La cuchara representa la parte más humana y mortal del héroe popular. La trascendencia de un objeto tan cotidiano, reflejo del día a día durante la guerra, aspecto no tan presente en la lírica hispanoamericana prorrepblicana, otorga al poema de una significación especial que va más allá de la mera propaganda⁸³. Sin embargo, unos versos después Pedro Rojas, símbolo del miliciano proletario republicano, vuelve a la vida en una resurrección tan metafísica como cargada de significado político que refuerza, en nuestra opinión, el compromiso y el respaldo de los intelectuales y pueblos hispanoamericanos a la lucha heroica de las masas obreras y campesinas españolas encarnadas por el humilde obrero de Miranda de Ebro: “Pedro Rojas, así, después de muerto, / se levantó, besó su catafalco ensangrentado, / lloró por España / y volvió a escribir con el dedo en el aire: / ‘¡Viban los compañeros! Pedro Rojas’. / Su cadáver estaba lleno de mundo” (Vallejo 2012, 34).

El cubano Juan Marinello también reivindicó al héroe colectivo anónimo en su discurso para el II Congreso Internacional de Intelectuales en Defensa de la Cultura de 1937, cuando afirmó que “el espectáculo más asombrado para el que llega a esta tierra no es la heroicidad del pueblo [...], sino el sentido íntimo, animador, de esa heroicidad” (1937b, 65). Una parte indispensable de ese “sentido íntimo” reposaba en la defensa de la cultura, cuestión que hemos examinado ya en la primera parte de este trabajo. La cultura

⁸³ De hecho, según Julia Miranda, versos como estos hacen que Vallejo pueda ser considerado “como el punto más alto en la conjunción vanguardia estética-vanguardia política, precisamente, por distanciarse de una referencialidad documental realista y al mismo tiempo ofrecer la imagen de un testimonio veraz de la guerra desde la perspectiva republicana” (Miranda 2016, 227-28).

en la España republicana pasó a ser un “espacio político y bélico” que se desplegó en, en palabras de Julia Miranda, “tres direcciones”, todas ellas con el pueblo como sujeto heroico (Miranda 2016, 241).

La primera de esas “direcciones” tenía que ver con las “nuevas prácticas comunitarias vinculadas con la educación” que, si bien se venían gestando desde el advenimiento de la República, habían nacido “de la propia guerra” (2016, 241). Se trata, precisamente, de la alfabetización popular a la que Pedro Rojas tuvo acceso como miliciano republicano. El cubano Alejo Carpentier, en un artículo sobre el icónico incidente entre Miguel de Unamuno y el militar sublevado José Millán Astray⁸⁴, alabó la labor educativa del pueblo español y sus milicias: “Mientras sonaban en Salamanca gritos de ‘¡Abajo la inteligencia! ¡Viva la muerte!’, se creaban en la verdadera España escuelas para analfabetos, y los Comisarios de Guerra, bajo lluvias de acero, inculcaban a sus hombres rudimentos de esa cultura que tanto aborrecen los verdugos de García Lorca y Juan Piqueras” (1937, 334).

La segunda práctica que recoge Julia Miranda es la de la “preservación de la herencia cultural”, tanto material como inmaterial (2016, 241). Alejandro del Valle, coronel cubano curtido en la guerra de Abisinia, en la que participó defendiendo al país de la invasión de la Italia fascista, se embarcó en 1937 hacia España para alistarse en las filas republicanas. Junto al periodista Arturo Alfonso Roselló, perteneciente al Grupo Minorista y jefe de redacción de la revista *Carteles*, escribió una serie de crónicas sobre su experiencia en el Ejército Popular Republicano (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 767). Una de ellas, “En la España en llamas. Estampas valencianas”, mostraba cómo el pueblo, organizado bajo las siglas de sindicatos y partidos obreros y alineado junto al gobierno republicano, había incautado los edificios de las clases privilegiadas para habilitarlos “como lugares de alojamiento y de descanso y como dormitorios para los núcleos de población civil concentrados en la ciudad y procedentes de aquellas zonas ocupadas por las tropas de Franco” (Binns, Cano Reyes, y Casado

⁸⁴ El incidente en cuestión fue la célebre y airada discusión entre don Miguel de Unamuno, rector de la Universidad de Salamanca e intelectual incómodo para las filas republicanas por su primeriza alineación con el bando franquista, y el general sublevado Millán Astray durante el acto del 12 de octubre de 1936 en el rectorado de la Universidad de Salamanca. Para más información sobre el suceso y su significación en la vida y fallecimiento de Unamuno, véase *La doble muerte de Unamuno* (García Jambrina y Menchón 2021).

Fernández 2015, 771). El voluntario cubano señalaba con orgullo el “gran respeto para los cuadros y joyas artísticas” de tales residencias, donde nadie se atrevía a “violiar la consigna que exige que se conserve para la República todo lo que era patrimonio de la minoría privilegiada que gobernaba a España”.

En último lugar, Miranda señala “las prácticas de los escritores ligadas a la escritura literaria, periodística y política”, cuestión imprescindible para los intelectuales hispanoamericanos, quienes se veían reflejados en el paradigma del escritor comprometido que sus pares españoles habían abrazado desde que estalló el conflicto (2016, 241). El chileno Gerardo Seguel reflejó, en el prólogo a *Madre España. Homenaje de los poetas chilenos* (1937), la particular relación entre pueblo, cultura e intelectuales en España que, a sus ojos, era todo un referente para Hispanoamérica. Cuenta Seguel que el pueblo español había “relevado a los intelectuales de su presencia en la capital, cuando ésta ya afrontaba el más terrible temporal de hierro y fuego de la guerra civil” de forma que pudieran “servir en el frente de la inteligencia, lejos de los cañones y las bombas fascistas” (1937, 4). Para el chileno, este gesto heroico era la prueba definitiva de que el pueblo español había “comprendido fácil y generosamente que un miliciano caído puede ser reemplazado por otro más vigoroso, pero que a un hombre de ciencia o un poeta sacrificado no se les halla el sustituto”. Esta conciencia de la importancia de los intelectuales, todos ellos surgidos del pueblo, había hecho de los intelectuales chilenos “deudores de España”, ante la cual juraban manifestarse “siempre como sus más dignos herederos” (1937, 5).

3. «Las voces de plata de las milicianas, / las voces de hierro de los milicianos».

Género y heroicidad en el Ejército Republicano

En un tren de milicias viajamos a Madrid. Canciones revolucionarias. Vivas y mueras. Ahora “La internacional”. Después “La Joven Guardia”. Entusiasmo que es fervor. Afán que es pelea. A nuestro lado un viejo campesino y un joven socialista. Aquel con una chaquetilla larga y negra de sus días feriados. Este con la blusa roja que lleva una estrella de cinco puntas a la altura del corazón. Fusil, uno y otro. Un gorro que es rojo y es negro anuncia más allá a un anarquista. Y una camisa roja a un miliciano comunista. Todos marchan al frente. En las estaciones que dejamos atrás puños en alto nos saludan. También nos saludan sus mujeres y sus niños. Sus puños en alto y sus hoces levantadas afirman que el campo está con la República. Atrás Valencia; rumbo al frente. Canciones revolucionarias traducen la emoción y el afán. Ahora “La internacional”. Después “La Joven Guardia”.

DARDO CÚNEO (1936)

Dardo Cúneo, escritor y ensayista argentino y autor de quizá la primera crónica sobre la guerra civil española, “En alta mar se sublevó el ‘Sant Tomé’”, sobre el motín que los marineros republicanos del barco español organizaron espontáneamente contra su capitán, partidario de los sublevados, publicó la crónica que acabamos de citar en el número de octubre-noviembre de 1936 de la revista argentina *Claridad*. El protagonismo de los milicianos del pueblo durante las primeras semanas –e incluso meses– de la guerra cautivó a intelectuales como Cúneo, fascinados ante la capacidad organizativa del pueblo español frente a la sublevación militar. La gesta de las milicias, como estudiamos en el apartado dedicado a el héroe popular, fue uno de los temas más populares de la poesía hispanoamericana sobre el conflicto español. El anarquista y poeta uruguayo Federico G. Ruffinelli escribió, desde la España en guerra, el poema “Canción para España en sangre”, cuyos versos épicos de resonancias libertarias –estaba dedicado a los “aguiluchos” de la CNT y a la FAI, esto es, a los milicianos ácratas–, describían con pasión la lucha de sus compañeros españoles:

¡Hay rosas milicianas; hay flores que combaten
a la fealdad servil de los profanadores,
y hay los sindicatos de claveles armados
que de las milicianas guardan los corazones!
¡Viva el sol que nace para las frentes puras!
¡La fundición del astro forja la vida libre
fundiendo las campanas y haciendo los arados
que al labrador divino de su dolor redimen!

¡Y todos hoy con ellos! ¡Formemos las milicias
de hombres y de pájaros; de ríos y de flores;
tomemos las ciudades y el campo, americanos!
para izar la bandera de los trabajadores! (Ruffinelli 1936, 8).

La representación de las milicianas a través de las “rosas” y “flores” fue un recurso constante en la poesía hispanoamericana sobre las milicianas republicanas. Esta diferenciación de género trascendía la temática floral, pues abarcaba casi todo aspecto relacionado con su presencia en el frente de batalla. El propio poema del anarquista uruguayo peca de esta distinción en otras ocasiones, en particular cuando se imagina el futuro de España tras la victoria de las milicias republicanas:

El campo de la España será del campesino;
¡trabajarán las fábricas para la vida nueva!
Será vuestra cosecha de trigos y de naves;
¡será el trabajo hermoso sin el patrón que ordena!
Ya toda España bella está naciendo en sangre
¡aplantar la serpiente del fascismo!...
¡y su cabeza horrible con su casco de acero
igual la aplastaremos con nuestros puños limpios!
Un viento de banderas y la muerte en el cinto;
¡vivan los milicianos que mueren por la vida!
Las muchachas del pueblo pelean con nosotros
por el amor que llega y el alba socialista (Ruffinelli 1936, 8).

Desde luego, la presencia de mujeres en las filas republicanas no dejó indiferente a nadie. Su participación en el conflicto apenas tenía precedentes en la historia de España, con excepción de figuras de la guerra de Independencia como Agustina de Aragón. La representación de las mujeres durante el conflicto también tuvo mucho que ver con su extracción social, fenómeno en gran medida compartido con su contrapartida masculina para fomentar la identificación del público lector con la causa leal. Las milicianas eran usualmente descritas como mujeres obreras que habían tomado las armas para acompañar a los hombres, quedando normalmente relegadas a una posición secundaria. Mientras los milicianos varones gozaban de una gran popularidad gracias a la descripción hiperbólica de sus hazañas, las milicianas obtuvieron un notorio reconocimiento, pero, al mismo tiempo, mermado por los prejuicios y estereotipos sexistas que se les aplicó. Este fenómeno consistió en una diferenciación respecto al papel de los milicianos varones expresada a través de símbolos que contraponían, por ejemplo, la fiereza masculina frente

a la delicadeza femenina, tal y como muestran los versos que dan título a este apartado: “Las voces de plata de las milicianas, / las voces de hierro de los milicianos” (Bustamante 1937, 13). En este apartado estudiaremos la construcción de las figuras heroicas de los milicianos y las milicianas, explorando la distinción de género que se realiza en sus respectivos procesos de mitificación y los recursos que los intelectuales hispanoamericanos utilizaban para reivindicar su contribución a la resistencia republicana.

3.1 «¡Viban los compañeros al pie de esta cuchara para siempre!» Los milicianos del pueblo

El heroísmo del soldado del pueblo español brota, por el contrario, de una impulsión espontánea, apasionada, directa, del ser humano. Es un acto reflejo, medular, comparable al que él mismo ejecutaría, defendiendo, en circunstancias corrientes, su vida individual. El que contrarresta un ataque a su persona, no lo hace, ciertamente, por mandato de un deber de conservación; lo hace por impulso irreflexivo y hasta al margen de toda ética consciente y razonada.

CÉSAR VALLEJO (1937)

Los milicianos españoles fueron descritos por los intelectuales hispanoamericanos como garantes de la independencia española y poseedores de la esencia e identidad españolas. Su heroísmo, presentado bajo proporciones epopéyicas, solía ser asociado a cuestiones relacionadas con su extracción social –obrero y campesino–, su juventud y, sobre todo, con los valores democráticos y el sacrificio por el bien común. La disolución del individuo en pro de lo colectivo, esto es, la descripción de los milicianos a través de sus destrezas militares u origen social prescindiendo de cuestiones más complejas sobre su personalidad, fue un fenómeno habitual en la literatura hispanoamericana sobre el conflicto español.

María Luisa Carnelli publicó en agosto de 1938 un apasionado reportaje sobre Manuel Zarauza, un joven cántabro de veinte años que, al no poder ser “espectador indiferente frente al crimen que hundía a su patria en oleadas de sangre y de llanto”, y consciente de que su juventud “lo llamaba a las acciones heroicas”, dio un paso al frente y se alistó en las milicias populares como aviador. La heroicidad de Zarauza, lejos de

incorporar aspectos de su personalidad o su vida, queda reducida a la de un mero soldado con una gran capacidad guerrera y sed de venganza: “Zarauza ha derribado al enemigo 18 aparatos. Le ha perseguido con coraje, horadando las nubes, a través de cielos tenebrosos y distantes. Lo ha acorralado en los aires, y ha vengado, con el ardor de su sangre juvenil, la sangre de las innumerables víctimas de la Aviación Extranjera” (Carnelli 1938, 8). Para la intelectual argentina, el joven Manuel Zarauza se había convertido, gracias a su gesta, en todo un “héroe de la juventud” y un “bravo piloto de la gloriosa Aviación republicana” pero, añade, era “algo más que eso”. El aviador cántabro, aparte de un héroe y un valiente piloto de avión, se había alzado como “un español que ama a su patria y que defiende con orgullo y coraje su grande y luminoso destino”. Carnelli apuntaba así a otro de los grandes ejes de la construcción heroica de los milicianos, esto es, ser los más fieles representantes de la España nueva que había traído la República.

En muchos textos los autores ahondaban en las particularidades personales de los milicianos republicanos, quienes en la mayor parte de los casos eran personas de a pie empujadas a alistarse para defender el gobierno que había salido de las urnas en febrero de 1936. Ya analizamos las estrategias de los intelectuales hispanoamericanos para provocar la identificación del público lector con la causa republicana, entre las que destaca la descripción de los republicanos como personas humildes propias del pueblo trabajador. El texto “Francisco Galán, un general de las milicias españolas” de Pablo de la Torriente Brau es un gran ejemplo. El periodista cubano relata cómo era el día a día en las filas dirigidas por el general Galán y quiénes estaban detrás del uniforme de las milicias, aportando nombres, orígenes y particularidades de cada uno:

“Saludiña”, un gallego joven y fuerte, un guardia de asalto hoy a cargo del servicio de tanques [...], es la alegría de la columna, por su exuberancia vital y su ingenio inagotable [...]. Merino, un teniente, maestro y estudiante, y un grupo de compañeros universitarios, siempre joviales, por la estación de radio mantienen en jaque constante la moral del enemigo (1999, 217-18).

De acuerdo con el testimonio de Pablo de la Torriente, estos compañeros, más allá de tareas diarias típicas de la guerra como preparar “parapetos”, llenar “sacos terreros” o

perfeccionar “servicios”, también dedicaban la jornada a instruirse. Los milicianos españoles también llevaban a cabo su particular guerra de la cultura:

Por la noche los hombres preparan parapetos, llenan sacos terreros, perfeccionan servicios; por el día, los periódicos murales, “El Caracol” y “Ruta”, creados por las compañías y redactados por ellas, dan atención a los problemas internos y alientos para la victoria. “No pasarán”, órgano de la fracción comunista del frente de Somosierra, hecho por un inteligente grupo de antiguos militantes, incrementa la propaganda marxista y dedica buena parte de sus páginas a instruir a los milicianos sobre el arte de la guerra (Torriente Brau 1999, 218).

Los milicianos del pueblo, así como sus principales líderes políticos y militares, fueron de lo más destacado en la propaganda prorrepública hispanoamericana. En estas páginas estudiaremos el impacto que milicianos como el antitanquista Antonio Coll y generales como el líder de la defensa de Madrid, José Miaja, tuvieron en las letras hispanoamericanas y la construcción de sus mitos heroicos entre ambas orillas.

3.1.1 «Carne de ibérico bronce, / lobo de mar y de tierra». Antonio Coll y los antitanquistas republicanos

Yo he visto las demostraciones del Primero de Mayo, en Nueva York. Yo he visto los mítines de Union Square y los del Madison Square Garden. Yo he visto las demostraciones populares de La Habana, en contra de la presencia de los acorazados americanos en aguas cubanas. He visto a un hombre, bajo el paroxismo revolucionario, disparar con su revólver contra los barcos de guerra yanquis, en la bahía de La Habana. He visto a un hombre, bajo el pánico, huir del linchamiento de una multitud justamente furiosa. He visto la cara de un policía acobardado, delante de mí. Y he visto sonreír a un compañero moribundo. Mi memoria es un diccionario de recuerdos indelebles. Pero yo no sabía hasta qué punto podía llegar la emoción de una masa revolucionaria.

PABLO DE LA TORRIENTE BRAU (1936)

Así arranca “*We are from Madrid*”, la intensa crónica de Pablo de la Torriente Brau sobre la proyección de la película soviética *Los marineros de Cronstadt* (1936), dirigida por Efim Dzigan, durante los primeros meses de la Defensa de Madrid⁸⁵. A pesar de los

⁸⁵ Madrid fue motivo de inspiración para los escritores hispanoamericanos. Uno de los textos más curiosos sobre la guerra es *La caperucita roja en Madrid*, de Germán List Arzubide. Se trata de una obra de guiñol que sigue el modelo del teatro soviético de marionetas. En la obra, publicada en *El Nacional* el 20 de marzo de 1937, el lobo representa el nazi-fascismo, Franco es un chacal al servicio del lobo y caperucita es una niña que lleva medicinas a su abuela enferma en el Madrid bombardeado (Feria 2022, 434-41).

constantes bombardeos sobre la capital y de los millares de víctimas civiles, el relato del periodista boricua-cubano se caracteriza por la épica heroica de sus protagonistas y su reflexión sobre el arte comprometido en tiempos de guerra. De la Torriente ya había visto la película en dos ocasiones, pero no fue hasta la proyección madrileña⁸⁶ que el periodista y militante comunista la vio realmente:

Yo vi dos veces en Nueva York *We are from Kronstadt*. Conocía lo bastante los episodios de la revolución rusa, y el público que asistía a la proyección era simpatizante; algunos, sin duda, habían vivido la revolución. La película fue un éxito extraordinario. Mas con todo, hoy me doy cuenta de que no la había visto hasta que la vi en Madrid [...]. Porque este es el misterio; esta es la clave de la conmoción que ha producido en Madrid la película. Madrid está viviendo hoy los días que vivió Petrogrado. Los que en Petrogrado vivieron aquellos días son los únicos que habrán podido sentir parecida emoción ante el lienzo. Mas, con todo, debe ser inferior a la emoción de los madrileños. Porque en los de Petrogrado el episodio es recuerdo y en Madrid porvenir, lleno de angustia y decisión heroica (1999, 39).

El pueblo madrileño, hostigado por los franquistas tras la inicial resistencia republicana, que detuvo la sublevación en la célebre toma del Cuartel de la Montaña, estaba repleto de héroes como los del filme soviético, quienes, de hecho, habían reproducido, “sin conocerla, una parte de la cinta, pero mejorándola, superándola por la fuerza del espíritu” (1999, 239). La resistencia épica de las milicias populares en la sierra de Guadarrama, en Toledo y Somosierra eran dignos ejemplos de la heroicidad de los “cinco mil soldados y milicianos de la guarnición madrileña” presentes en la sala de cine, que a ojos de Pablo de la Torriente estaban emulando las hazañas de los marinos soviéticos. La proyección terminó con un apasionante discurso de Pasionaria, quien preguntó a los presentes “si estaban dispuestos todos a dar la vida por la defensa de Madrid”. El público, alzado “con el puño amenazante”, respondió con “un enorme ¡SÍ! unánime, coreado de vivas a la Revolución, a Rusia, a Pasionaria, al Frente Popular, al Partido Comunista a las milicias, a los marinos españoles” (1999, 242). Durante la proyección, los espectadores vivieron la película como si estuvieran, en efecto, en la Rusia revolucionaria. Los milicianos, “angustiados, frenéticos, gozosos, triunfantes, exaltados”, cantaron *La Internacional* “junto con la infantería de marina rusa” y alentaron

⁸⁶ En *Cartas y crónicas de España* se dice que la proyección tuvo lugar el 20 de octubre de 1936 y que la crónica data del 30 del mismo mes (Torriente Brau 1999, 238).

a los soldados rusos en sus combates mientras “se proyectaban, inmensos, los puños de los hombres de las primeras filas” sobre el “lienzo” del cine⁸⁷ (Torriente Brau 1999, 243). Además de Pasionaria, José Díaz, secretario general del Partido Comunista Español, dio un inspirador discurso a los milicianos enfocado en los paralelismos entre la Revolución Rusa y la guerra civil española para animarlos a continuar la lucha. Según Díaz, Madrid era “el Petrogrado de España”, y exhortaba a sus camaradas a imitar la valentía y responsabilidad del comisario Antónov de la película, una persona real “que vivió y murió por la revolución” (1999, 243).

Las palabras de José Díaz apuntaban a una cuestión central para el bando republicano: el pueblo español necesitaba héroes y referentes para ganar la guerra. Los milicianos, en su mayoría obreros y campesinos que nunca habían agarrado un fusil, precisaban no solo de instrucción en el uso de armas, estrategias militares y disciplina castrense, sino también de una dosis de épica heroica que los animara en una guerra desigual frente a un enemigo bélicamente superior. Requerían modelos heroicos, como el antitanquista de la película, a los que emular para estar a la altura de las exigencias comunistas y su particular concepto de disciplina bélica. Los marineros soviéticos eran grandes ejemplos a los que imitar, pero, como es natural, los soldados españoles se sentirían más apelados por héroes y heroínas de su entorno. Ante esta coyuntura, la propaganda republicana se decantó por un héroe particular cuya hazaña heroica resonaría en la épica literatura y en la prensa republicanas a lo largo del conflicto: el marinero balear Antonio Coll.

3.1.1.1 Tiempo de héroes. Antonio Coll, el miliciano ejemplar

El periódico anarquista español *Tierra y Libertad* se hizo eco de la proyección de la película soviética en la ciudad sitiada de Madrid y celebró cómo la obra era todo un “símbolo y ejemplo” para los “heroicos combatientes” gracias a ejemplos como el antes

⁸⁷ La carga simbólica de la imagen que nos da el periodista cubano es muy poderosa. Los puños de los milicianos proyectados en la pantalla a través de sus sombras se funden con las imágenes del metraje y se convierten en protagonistas de la propia película.

mencionado antitanquista ruso, cuya hazaña probaba que “un hombre audaz” bastaba para “impedir la obra destructora de un carro de asalto” y que la lección soviética había calado entre las filas republicanas (*Tierra y Libertad* 1936, 5). El artículo prosigue relatando la proeza de Antonio Coll⁸⁸, quien había probado que no hacía falta irse a Rusia para encontrar héroes populares. La gesta de Coll, “otro de los mártires de la causa de España”, cuya trascendencia serviría “para hacer imborrable de la Historia la gesta espléndida de España contra el fascismo internacional”, encajaba a la perfección con la disciplina y entrega comunista alentada por José Díaz en su discurso. Según el periódico anarquista, Antonio Col, cabo de Infantería de Marina, pertenecía a una compañía que, inspirada por la película, había adoptado el nombre de “Los marinos de Cronstadt” y que no se demoró en imitar a los soldados de la cinta soviética. De acuerdo con el relato del periódico, los milicianos de la compañía se tuvieron que enfrentar a un batallón sublevado cuya vanguardia estaba compuesta por temibles tanques a los que no sabían cómo enfrentarse. Coll, en un alarde de heroísmo y valentía, agarró un puñado de granadas, echó su cuerpo a tierra, se deslizó y, una vez cerca, las lanzó inutilizándolos:

Cuatro de éstos quedaron inmóviles, clavados en tierra, quemados, deshechos por el fuego de la metralla. Pero los disparos hechos desde el quinto carro alcanzaron al bravo luchador, que ofrendó su vida por salvar la de sus compañeros. Y, entonces, los testigos del acto heroico, poseídos del mismo espíritu del camarada muerto, arreciaron su ataque en la misma forma y pronto los dos tanques restantes perdían toda eficacia, quedaban arrumbados en la carretera, viéndose forzada a huir a campo traviesa la avanzadilla de infantería facciosa que avanzó protegida por las máquinas bélicas (*Tierra y Libertad* 1936, 5).

La historia mártir de Antonio Coll copó los principales periódicos republicanos como un ejemplo de sacrificio para el resto de los milicianos. José Cabeza San Deogracias, en su documentado artículo “Buscando héroes: la historia de Antonio Col como ejemplo del uso de la narrativa como propaganda durante la Guerra Civil española”, analiza la construcción del mito heroico del marinero y miliciano en la prensa republicana y el uso propagandístico que tuvo también la influencia del cine soviético en la guerra civil. Tras consultar los principales periódicos republicanos que escribieron sobre el

⁸⁸ En realidad, el nombre correcto del miliciano balear es Antoni Coll i Prohens. Como la mayor parte de las referencias que manejamos se refieren a él como “Antonio”, nos hemos decantado por esta opción para no generar confusión.

miliciano balear, determina que todos ellos “respetaron esta parte nuclear de la narración –David frente a Goliat–, pero alguno introdujo variaciones que completaban la historia, aunque no siempre coincidieran entre sí”. Cita varios ejemplos:

El Heraldo de Madrid y *Claridad* comentaban que se arrastró hasta llegar a las posiciones de los tanques; *Ahora* y *El Sol* añadían que se comprobó que las bombas habían sido tan certeras que no sólo detuvieron a los carros de combate, sino que también mataron a sus ocupantes, y *ABC* explicaba que el quinto tanque había matado a Antonio Col (2005, 39-40).

Una de las principales diferencias entre las distintas versiones de la gesta heroica de Coll reside en su muerte. Según Cabeza San Deogracias, pese a la inicial confusión, todos los diarios terminaron afirmando que Antonio Coll había muerto en el frente de batalla. Sin embargo, unos –*El Sol*, *Ahora* y *Solidaridad Obrera*– achacaban la muerte heroica a la propia refriega contra los tanques y otros –*Heraldo de Madrid*, *Claridad* y *El Mono Azul*– aseguraban que había fallecido “después de la hazaña en otra refriega en el frente” (2005, 40). En lo que sí coinciden es en el modelo heroico que, como José Díaz en el Monumental Cinema, querían construir en torno a su figura. Por ejemplo, el poeta español y comisario de “El Campesino”, Antonio Aparicio, expresaba así la trascendencia épica y mimética del arrojo de Antonio Coll, una vez más en consonancia con el discurso de Díaz y con la necesidad de alentar a las tropas para luchar contra un enemigo más fuerte y preparado:

Y los que ahora no lo veáis claro, esperad al minuto más rudo y sangriento de la guerra, cuanto todo es ardor combativo y sangre que se pierde hasta encontrar el surco que le aguarda. En ese momento erizado de la lucha, mirad y caminad hacia delante y encontraréis un capitán de sombras que os arenga y cuyas palabras os buscarán directamente el corazón, sin parar en alojarse en los oídos más exteriores. Ese que os hable entonces será Antonio Col, el héroe de la defensa de Madrid (1936b, 3).

Cabeza San Deogracias, no obstante, cuestiona la existencia de Coll y asevera que “tampoco tenía importancia su existencia concreta para hacer propaganda”, por lo que, más allá de lo que realmente sucediera, el miliciano balear “cumplió una función de héroe, de ejemplo de sacrificio” imprescindible para difundir a los inexperimentados soldados republicanos “una parte de la instrucción militar de la que muchos combatientes republicanos carecían: cómo enfrentarse a un tanque” (2005, 39-40).

Creemos que las evidencias muestran que Antonio Coll existió y que su hazaña fue, salvando algunos detalles más bien fantasiosos, real⁸⁹. El 11 de octubre de 1938 –año en el que, por cierto, se expidieron sellos en honor de Coll, con fotografía incluida– el *Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional* reconoció la existencia del miliciano y lo ascendió, de forma póstuma, en reconocimiento de su valor y sus logros militares:

Como recompensa a la ejemplar y meritoria actuación del que fue cabo de Infantería de Marina Antonio Coll Prohem, este Ministerio, de conformidad con la Junta de Recomendaciones de la Subsecretaría de Marina, ha resuelto conceder al citado cabo el ascenso sucesivo a los empleos de sargento y teniente de aquel Cuerpo con la antigüedad respectiva de 6 y 9 de noviembre de 1936, fechas en las que Coll se distinguió como primer anti-tanquista y encontró la muerte cuando defendía su puesto al pie de una ametralladora. Asimismo, con el fin de perpetuar en el Cuerpo de Infantería de Marina en particular, y en la Marina en general, el nombre de Antonio Coll Prohem, se dispone que éste figure a la cabeza de la Escala de tenientes del expresado Cuerpo (*Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional* 1938, 143).

En cuanto a la función mímica de la construcción heroica del miliciano, no cabe duda de que, como adelantamos unos párrafos más arriba, Coll “daba verosimilitud a lo que se había visto en el cine”, pues su mito mostraba la historia de “un héroe más directo y cercano que obraba de nexo entre ficción y realidad” (Cabeza San Deogracias 2005, 41). Desde luego, su acción heroica era fundamental en la propaganda republicana, que enarboló el sacrificio de los antitanquistas como uno de los mayores referentes para el resto de las milicias. Si existe algún paralelismo entre la proyección de cine soviético y la explotación propagandística de Antonio Coll, éste reside en la antes descrita disolución de cualquier tipo de individualidad en pro de lo colectivo, esto es, en el sacrificio y la entrega por una causa mucho mayor que la vida de cualquier soldado. Segundo Serrano Poncela, escritor y miliciano socialista, coincidía con esta afirmación. En su volumen *Nuestros métodos de propaganda. Necesitamos una gran propaganda de masas* (1937), aseguraba que era tarea de los propagandistas dar a conocer “la personalidad de los antitanquistas, de los comandantes nuestros que han salido de las filas del Ejército del pueblo” para así “hacer sentir a los jóvenes la envidia –envidia sana y sincera– y la emulación (1937, 10).

⁸⁹ Aunque no son referencias estrictamente académicas, creemos conveniente la lectura de dos artículos del escritor balear Bartomeu Mestre i Sureda en relación con el artículo de Cabeza San Deogracias y el origen y vida del miliciano balear (Mestre i Sureda 2011b; 2011a).

Ya analizamos al comienzo de este apartado la crónica de Pablo de la Torriente Brau y cómo la proyección de la película había envalentonado al público, que al salir del cine se sentía dispuesto a dar la vida por la República para derrotar al fascismo. ¿Cómo expresar con palabras la gesta de Antonio Coll para conseguir el mismo efecto? Y, sobre todo, ¿cómo llegó la figura heroica del miliciano balear a Hispanoamérica y de qué forma se reivindicó para, en este caso, animar a las masas populares a apoyar la República y solidarizarse con el pueblo español en guerra?

3.1.1.2 La construcción transatlántica del mito

Durante la guerra civil, el pueblo español fue elevado como nunca en su historia a la categoría de héroe, por lo que historias como la de Coll eran dotadas de una significación y una trascendencia de enormes dimensiones⁹⁰. Sin embargo, pese a estar la hazaña datada de octubre de 1936, su historia no cruzó el Atlántico hasta 1937 salvo por una única excepción. El pintor y poeta uruguayo Julio Verdié, firme defensor del bando republicano durante la guerra civil –firmó varios manifiestos en apoyo a los leales–, publicó el poema “Romance de Antonio Coll” el 17 de diciembre de 1936 en el diario *Uruguay. Un rumbo cierto bajo la Cruz del Sur*⁹¹. A diferencia del resto de poemas dedicados a héroes republicanos que, como es lógico, se escribieron primero en España para tiempo después dar el salto a Hispanoamérica, Verdié se adelantó a sus pares hispanoamericanos al dedicarle un romance solo un mes después de su hazaña. Lo describe con proporciones épicas, refiriéndose al joven marinero como “carne de ibérico bronce, / lobo de mar y de tierra”, dispuesto a “desferrar prisiones / y a descabargar rufianes”, para lo cual “llevaba bombas de mano / en las manos y en el cinto, / un motor

⁹⁰ En el capítulo dedicado al héroe popular citamos el poema “Himno a los voluntarios de la República”, de César Vallejo, en el que el peruano aupó a Coll al panteón de los héroes de España, donde figuraban personalidades españolas de la talla de Quevedo, Santa Teresa de Jesús, Calderón o Cervantes: “Coll, el paladín en cuyo asalto cartesiano / tuvo un sudor de nube el paso llano” (2002, 248-49). En palabras de Binns, Coll es equiparado en el poema “con los grandes escritores, pintores y científicos de España por su potencia creadora”, pero también por su “origen popular” (2020, 58).

⁹¹ Un año después lo publicó también en el periódico *España Democrática* y en el *Cancionero de la guerra civil española* (1937) de Ildefonso Pereda Valdés (Binns 2016, 711).

rojo en el pecho / y tal fuego en las pupilas / que era del anti-fascio / encarnación volitiva”. En cuanto a la versión de los hechos, Verdié continúa la narración de la gesta heroica a través del enfrentamiento entre Coll y los cinco tanques que, de acuerdo con el final, terminan matando al marinero: “Venían los cinco tanques / defoliando las milicias / y derribando trincheras; / venían los cinco tanques. / Venían... que ya no vienen. / Antonio Coll el Marino / como a guerrillas un niño / los silenció con la muerte” (Binns 2016, 711-12). A diferencia del relato de algunos de los periódicos republicanos españoles, para Verdié éste logró derribar los cinco él solo a cambio de dar su vida en el frente de batalla.

Resulta curioso que el relato del poeta uruguayo contradiga a una de las publicaciones españolas que más cruzó el Atlántico a lo largo de la contienda. Según un artículo de *El Mono Azul*, firmado por las iniciales A.A. —probablemente pertenecientes al antes mencionado Antonio Aparicio—, Antonio Coll no murió ese día enfrentándose a los tanques, sino en una batalla posterior:

El héroe de la defensa de Madrid salió ileso de su hazaña incomparable. Fue más tarde una bala enemiga, la que atravesó las carnes de nuestro marino de Cronstatd, abriendo la brecha sangrante por donde la muerte encontró su camino. Ya el héroe muerto, ahí lo tenéis muerto él y viva su hazaña para asombro del mundo. Viva su hazaña porque si los hombres llevan algo en sí de inmortales, es una parte impalpable que desprendiéndose de ellos escapa los umbrales de la gloria. Esto que queda después de la muerte es la gloria de una vida que transcurrió fecunda y victoriosa. No es la muerte lo último de todo. La hazaña del héroe una vez muerto, se enlaza una vida invisible y potente que transita hecha sombra ante nosotros. Habrá quien crea esto y habrá quien no lo crea. Yo lo creo a ciegas porque no son precisos los ojos de la cara para semejantes visiones. Antonio Col ha muerto pero su vida convertida en sombra, no informe ni flotante, sino firme e imperecedera, nos pertenece y es como una bandera de triunfo cuyos colores no vemos pero cuyo viento de victoria llega hasta dar en oleadas suaves contra nuestros pechos. Que vean esto los que tengan ojos en el alma (Aparicio 1936a, 3).

Dos de los poetas de la órbita de *El Mono Azul*, Emilio Prados y Pascual Pla y Beltrán, escribieron sendos poemas sobre el marinero antitanquista. El romance del primero, “Al camarada Antonio Coll”, reproducido en el número de febrero y marzo de 1938 de la revista uruguaya *AIAPE*⁹², no hace alusión alguna a la cantidad de tanques ni a las circunstancias de su muerte, aunque sí señala, efectivamente, que dio la vida como mártir republicano: “Ni hay hierro que te resista, / ni fuego que te dé miedo, / que si has

⁹² También fue publicado en el *Romancero general de la guerra española* editado en Buenos Aires en 1944 con selección y prólogo de Rafael Alberti (1944, 43)

nacido del mar / también naciste del pueblo, / y un barco de tu figura / es siempre buen marinero” (Prados 1938, 5). En cualquier caso, la hipotética fama de Coll en Uruguay⁹³ no parece ser tal al otro lado del Río de la Plata. En Argentina apenas hay referencias al miliciano y una de las pocas que hemos podido encontrar difiere de la información publicada por los diarios españoles. Se trata del periódico *Spartacus*, publicación de la organización anarquista homónima que se solidarizó con la España leal desde una óptica libertaria, compartiendo artículos, fotografías y demás materiales provenientes de la CNT. En su número de septiembre de 1937 el periódico mostró en su sección “Visto por *Spartacus*”⁹⁴ una fotografía de Antonio Coll –la misma que usaron los diarios españoles y que en 1938 aparecería en el sello dedicado al miliciano– junto al siguiente texto: “Antonio Coll, heroico antitanquista, militante de la CNT, muerto gloriosamente en el frente de Madrid en la primera ofensiva rebelde después de haber derribado 5 tanques con bombas de mano” (*Spartacus* 1937, 2). Si bien el relato de los cinco tanques coincide con otras publicaciones, es la única referencia que existe a su supuesta militancia en la CNT, por lo que probablemente era un uso interesado y propagandístico de su figura. Una hipótesis reforzada por el hecho de que esta información provenía de la Sección Información y Propaganda del sindicato anarquista español.

El ecuatoriano Demetrio Aguilera-Malta también conocía la existencia de Antonio Coll y así lo mostró en su obra de teatro *España Leal*⁹⁵ (1938), que trabajaremos con mayor profundidad en el apartado dedicado a Paca Solano. *España Leal* fue publicada por el Ministerio de Educación de Ecuador en 1938 y estrenada en Guayaquil el 26 de septiembre del mismo año. La obra narra la historia de la miliciana Paca Solano y su progresiva politización hasta que decide tomar las armas. En un momento de la obra, Paca

⁹³ Más allá de los detalles en torno a su muerte, parece que la figura heroica de Antonio Coll tuvo cierto impacto en la prensa y literatura uruguaya. El escritor Gervasio Guillot Muñoz, en la reseña de una antología de *Poemas de guerra del 5º Regimiento* y del *Cancionero de la guerra civil española* de Ildelfonso Pereda Valdés que citamos en el segundo capítulo de este trabajo, se refirió tanto a Antonio Coll como Lina Odena como los “héroes históricos de hoy” que habían surgido “de la entraña popular”, dando a entender que ambos nombres eran, al menos, familiares para el público lector del país rioplatense (Guillot Muñoz 1937, 240).

⁹⁴ Llama la atención que debajo de la foto de Coll aparece la de Mika Etchebehere, la célebre miliciana judeoargentina que llegó a ostentar el cargo de capitana durante el conflicto: “La MUJER ARGENTINA en las filas de la revolución española: la camarada Mi[c]a Etchebehere, capitán de la 14ª División en el frente de Madrid, con Cipriano Mera” (*Spartacus* 1937, 2).

⁹⁵ Desafortunadamente, solo hemos podido trabajar con una copia transcrita del original, por lo que nos es imposible indicar el número de página en las referencias.

sugiere hablar de “la defensa que ha hecho España frente a la invasión extranjera”, ante lo cual se pregunta: “¿Hay algo más hermoso que ser un héroe?” (Aguilera-Malta 1938a). Rafael, otro de los personajes principales de la pieza, le contesta a través del ejemplo de Coll, quien se había “arrojado contra los tanques con una bomba en la mano”. Rafael, a sabiendas de que Paca anhelaba emular al gran héroe antitanquista, le recita, “con gran emoción”, un romance dedicado a Coll que comenzaba con el relato de su hazaña: “Amarró flecos de bombas / a las sandalias del tanque. / Crustáceo de gris acero / con caparazón de sangre / marcha bebiendo distancias / en los botijos del aire”. El poema prosigue con una descripción hercúlea y, al mismo tiempo, casi lorquiana del héroe popular republicano, quien continúa su gesta arrastrándose entre los tanques para explotarlos:

¡Antonio Coll! ¡Flor de acero!
rúbrica roja de Marte,
barquillo de blanca espuma
bajo el vientre de los tanques.
Tamborilean tus huesos
clavados como puñales
en alfombras de trincheras
y en alambradas con fauces (Aguilera-Malta 1938a).

Según el romance de Rafael, la valentía de Antonio Coll fue premiada con la admiración de sus compañeros milicianos –“Mil ojos se le pegaban / –como besos– esa tarde”– y la destrucción de “seis reptiles”, lo cual añade un tanque más a la cifra dada por los diarios republicanos y el poema de Verdié. Al contrario que en la versión de *El Mono Azul*, en el romance de la obra de Aguilera-Malta Coll muere una vez completada su hazaña: “¿Dónde están tus manos de oro? / ¿Dónde están tus manos ágiles? / –Las llevan como recuerdo / las aguas del Manzanares”. En relación con la función mimética de Antonio Coll como héroe popular que, recordemos, era parte fundamental de la propaganda republicana, Aguilera-Malta también se hizo eco de la inspiración que la gesta épica del miliciano balear era para el resto de los milicianos, en este caso para la propia Paca:

PACA. Así me gusta verte. Así es como mi corazón te necesita.
RAFAEL. ¿Por qué te pones así? ¿Por qué tiembles?
PACA. (*Como para sí misma.*) Es que también resuenan en mi oído voces análogas a las de Antonio Coll. También deseo dar mi vida para beneficio de nuestra causa.

RAFAEL. Qué grande eres, Paca.

PACA. Y tú qué bueno, Rafael.

RAFAEL. Trataré de ser tu sombra, el eco de tu paso, la estela que te seguirá para siempre (Aguilera-Malta 1938a).

En este fragmento encontramos una frase reveladora con respecto a la función mimética del mito heroico de Antonio Coll: “deseo dar mi vida para beneficio de nuestra causa”. Al comienzo de este apartado, citamos el discurso de José Díaz, secretario general del Partido Comunista Español, quien afirmó que, en el contexto de la guerra, “un comunista no es dueño de su vida; su vida es de los obreros, del proletariado, de la revolución, y hay que dejar la vida donde el mando lo ordene” (Torriente Brau 1999, 243). Esta disolución de lo individual en favor de lo colectivo es característica de uno de los rasgos del héroe popular republicano que, a su vez, proviene del realismo socialista, como vimos en el capítulo dedicado al héroe popular. ¿Qué características provenían de este arquetipo heroico? ¿De qué otras tradiciones heroicas bebía el mito de Antoni Coll i Prohens?

3.1.1.3 Didáctica de guerra. Los antitanquistas y el «hombre nuevo»

El héroe de la nueva literatura soviética era descrito como el “hombre nuevo”, proveniente de las masas populares, tanto obreras como campesinas, cuyo accionar y labor, ya sea en la revolución o en la guerra, no era otro que el de ser un “modelo a imitar por el pueblo” (À. Ferrero 2012, 177). Este “hombre nuevo”, si bien tenía también características propias de la tradición hispánica, es explotado en el caso de Antonio Coll para alentar al pueblo español a sacrificarse por la nueva sociedad que emergería del final de la guerra. Las “voces análogas a las de Antonio Coll” que Paca Solano escuchaba y que la exhortaban a alistarse en las milicias populares, no son sino la materialización de la épica heroica necesaria para movilizar al pueblo contra un enemigo que disponía de armamento de primera calidad y soldados profesionales que aterraban a los inexperimentados milicianos. Más aún en el caso de los tanques, vehículos imponentes que jamás habían visto y frente a los cuales desconocían cómo luchar.

Si bien nos hemos centrado en la función mimética de Antonio Coll como héroe popular, prestaremos también atención a la función didáctica que tanto el mito heroico del marinero balear como el del resto de antitanquistas representaban para los milicianos españoles. En el caso hispanoamericano, no obstante, esta función didáctica no tendría relación con los pormenores del combate en guerra –salvo en casos excepcionales como los posibles voluntarios que leyeran la obra o la vieran representada–, sino más bien como ejemplo del arrojo heroico del pueblo español en su guerra frente al fascismo.

La heroicidad de Antonio Coll no solo es relevante por su hazaña en particular, sino por el hecho de que fuese el primer antitanquista en ser aupado a la categoría de héroe popular y en popularizar la labor y el sacrificio de estos soldados. A partir de su temprana hazaña, los antitanquistas alcanzaron una fama a la altura del riesgo que corrían. El mexicano Ernesto Madero Vázquez relataba, precisamente, cómo en el Congreso Alianza de la Juventud Madrileña, organizado por las Juventudes Socialistas Unificadas, la Federación Ibérica de Juventudes Libertarias y las Juventudes de la Izquierda Republicana, desfilaron “camaradas distinguidos” en la guerra, entre ellos el “joven Cornejo”, el “gran antitanquista” que había paralizado “varias máquinas fascistas que avanzaban sobre Madrid” (Feria 2022, 461). Si no fuera porque la fecha del congreso de la juventud madrileña antifascista tuvo lugar en abril de 1937, podríamos pensar que “Cornejo” se refería realmente a Antonio Coll pues, como es evidente, la descripción de su hazaña es muy similar a la del marino. Tres meses después del congreso de las juventudes de los principales partidos y organizaciones republicanos, la argentina María Luisa Carnelli describió a los lectores de *La Nueva España* de Buenos Aires las dificultades que suponía la desactivación de estos tanques y la heroicidad requerida para ello:

Más aún, su fuerza destructora, de hierro y acero, podía ser batida. Su gran poder mortífero, destruido. “Su invulnerabilidad era un mito”. El brazo de un hombre, el brazo de un solo hombre, era suficiente para paralizar y contener las embestidas de la potente máquina guerrera. Ahora sí, que el brazo que había de detener la marcha de un tanque, que había de paralizarlo y de destruirlo, solo podía ser movido por la fuerza y la voluntad de un gran espíritu. A los comisarios políticos, vigías siempre despiertos, se debe la creación de los cuerpos de antitanquistas (Cano Reyes 2014, 99).

Carnelli, asombrada ante la labor de los antitanquistas, da buena cuenta de cómo se fraguó su mito heroico desde comienzos del conflicto –aunque no mencione a Coll– y su fama en el bando republicano:

Entre los combatientes más decididos, más valientes y más audaces, se hizo la selección. Y pacientemente, firmemente, se fue creando ese clima heroico en el que hoy se mueven y actúan cientos y cientos de nuestros mejores luchadores antitanquistas [...]. Hoy, los antitanquistas son el símbolo vivo de nuestro glorioso Ejército regular. En ellos se resumen todas las virtudes de abnegación y heroísmo de nuestros combatientes (Cano Reyes 2014, 99).

La descripción que ofrece Carnelli, cargada de adjetivos épicos y reconocimiento de la “abnegación y heroísmo” de los antitanquistas, desconoce la cara B de este particular tipo de soldado. El miliciano panameño Luis Antonio Cruz, joven arquitecto y militante socialista que ejerció de corresponsal⁹⁶, ofreció una mirada más humana y cruda que la escritora argentina. Cruz relató en su crónica “En la línea de fuego”, publicada en el periódico panameño prorrepblicano *Frontera*, la dura realidad de la guerra. Durante una ofensiva de soldados marroquíes apoyada por artillería pesada y tres tanques de la Alemania nazi, que causaban pavor entre las filas republicanas, el cuerpo de antitanquistas salió a su encuentro con sus características bombas atadas y dispuestos a dar la vida por la República. No obstante, la realidad distaba mucho de la épica heroica:

Los milicianos antitanquistas salen a su encuentro, lanzándoles bombas hasta inutilizarlos [...]. Un obús enemigo del 15,5 atraviesa el abdomen de un miliciano. Trozos de intestinos caen sobre los parapetos. Excrementos humanos caen sobre las cabezas de los combatientes. Un miliciano, niño aún, aterrado por el ruido y el fuego, loco, se lanza al enemigo. Un obús lo destroza y lo pulveriza en el aire. El zumbido de las balas obliga a los combatientes a reverenciarlas. Las fuerzas leales han avanzado y tomado por asalto una trinchera del enemigo. Se entabla una ruda lucha cuerpo a cuerpo. Se escucha con claridad el chasquido de las bayonetas al chocar unas contra otras. Al lado de una ametralladora cae un miliciano, con el cráneo destrozado. En la guerra la muerte es limpia y seca como el chasquido de un latigazo.

Llama la atención el léxico empleado por Cruz, pues dista de la común épica heroica con la que se solía describir la guerra. La descripción de la batalla a través de un vocabulario material, realista e incluso estremecedor revela una parte del conflicto mucho

⁹⁶ Se desempeñó como corresponsal para los periódicos de su tierra natal *El Socialista*, *Frontera*, *El Panamá-América* y *España Leal* (Binns 2022, 60-63).

menos presente en la literatura hispanoamericana. El jovencísimo miliciano “aterrado”, los “trozos de intestinos” y “excrementos” volando por los aires, el “zumbido” de las balas y el “chasquido de las ballonetes” componen una imagen nítida de los horrores del combate en los que la muerte es descrita a través de una potente metáfora sonora: “limpia y seca como el chasquido de un latigazo” (L. A. Cruz 1937, 3).

Con el paso del tiempo, las referencias a Coll se diluyen entre las de los milicianos antitanquistas que su leyenda heroica ayudó a popularizar. Pablo Neruda dedicó el poema “Antitanquistas” a la bravura y heroicidad de estos soldados. La composición, con la épica característica de los poemas de *España en el corazón*, cumple con el paradigma heroico que inauguró Coll con su mito. Para empezar, Neruda destaca el origen popular de los antitanquistas y, sobre todo, su nula experiencia bélica previa al conflicto:

Vosotros nunca visteis
antes sino la oliva, nunca sino las redes
llenas de escama y plata: vosotros agrupasteis
los instrumentos, la madera, el hierro
de las cosechas y de las construcciones:
en vuestras manos floreció la bella
granada forestal o la cebolla
matutina, y de pronto
estáis aquí cargados con relámpagos (Neruda 1937, 226).

De acuerdo con la línea marcada por José Díaz en el discurso que hemos citado en repetidas ocasiones, los antitanquistas son descritos únicamente desde una perspectiva bélica, sin ningún tipo de transcendencia individual. Lo que importa para Neruda no es el antitanquista como individuo, sino como parte de un colectivo de trabajadores y campesinos que, eso sí, adquiere proporciones cuasi divinas por su fundamental papel en el conflicto: “Habéis sido en la nocturna boca / de la guerra los ángeles del fuego, los temibles, / los hijos puros de la tierra” (Neruda 1937, 226). El léxico y las metáforas de simbología obrera y campesina avalan esta teoría. La “oliva”, las redes “llenas de escala y plata”, los materiales como la “madera” y el “hierro” y, desde luego, la “cebolla matutina”, transportan al lector al campo español, pero también a la labor de los trabajadores manuales. La “bella granada forestal” que florece en las manos de los milicianos, que se enfrentan al enemigo “cargados con relámpagos”, retratan el origen humilde del ejército popular que Neruda busca dibujar en clave heroica. Un último

aspecto característico de los escritos sobre Coll, tanto poéticos como narrativos, era el relato de su hazaña, esto es, el proceso de arrastrarse cargado de bombas hacia los tanques y lanzárselas a su vientre para paralizarlos. Una vez más, Neruda respeta este mecanismo, pero, como en el caso anterior, lo diviniza otorgándole una magnitud heroica que, en cierta forma, embellece el riesgo y la probable muerte de estos mártires del Ejército de la República: “Y ante el huracanado hierro, en el pecho del monstruo / habéis lanzado, no sólo un trozo pálido de explosivo, / sino vuestro profundo corazón humeante, / látigo destructivo y azul como la pólvora” (Neruda 1937, 226).

Clotilde Luisi, abogada, dramaturga y feminista uruguaya, cierra este apartado dedicado a los antitanquistas republicanos con su reseña sobre *España en el corazón*, publicada en el periódico *AIAPE. Por la Defensa de la Cultura* de Uruguay. Como firme defensora de la poesía comprometida con las causas sociales y políticas de los años treinta, Luisi se deshizo en halagos hacia la obra del poeta chileno, señalando la entidad de sus versos en una curiosa comparación con la labor heroica de los antitanquistas españoles mediante una alusión al poema que acabamos de citar:

¡Palabras, no! Canto caliente y sobrecogido. Palabras de poeta que, como el antitanquista, lanza al pecho del mundo su corazón humeante [...] ¡Palabras, no! Canto desmesurado. Canto del poeta sobre el haz de la tierra. Canto que se arroja como un corazón y estalla como una roja granada caliente. Por sobre los gritos de dolor y la callada sangre de los niños; por sobre las ruinas y la muerte; por sobre las calles y los campos y las mieses quemadas y los alegres pueblecitos hechos pavesa, el poeta lanza su ‘Himno a las glorias del pueblo en la guerra’. Porque ese era su deber, como fue tomar las armas el deber del oscuro hombre de las multitudes. Y porque esa era la única manera de hacer llegar la verdad al cansado corazón del mundo. Por sobre los periódicos, por sobre los telegramas azules que viajan de sur a norte, él dijo la verdad. La verdad que sigue gritando a través de esta monotonía cotidiana. La verdad que vive y que subsiste. La Verdad (C. Luisi 1938b, 11).

3.1.2 «Miaja, ingeniero principal en la construcción del nuevo edificio ibérico; alma de las almas españolas». El héroe improbable de la República Española

Podrá tardar la victoria estrictamente militar; esto, quizá pase todavía algún tiempo para que el pueblo español aplaste en definitiva a los invasores. Pero la victoria ya es, lo fue desde el primer instante, de la España española, de la España de Góngora, Cervantes, Murillo y ese defensor noble y heroico de la cultura que se llama Miaja.

JOSÉ REVUELTAS (1938)

El general José Miaja es la gran excepción de este capítulo. Mientras que Lina Odena, Paca Solano y Antonio Coll fueron ensalzados como milicianos ejemplares, la figura de Miaja fue construida como la del líder militar más relevante e icónico del joven Ejército republicano. Como veremos a lo largo de este apartado, el general José Miaja cosechó su fama gracias al papel que desempeñó en la defensa de Madrid en noviembre de 1936, cuando el Gobierno de la República, que ya había abandonado la ciudad, lo puso al frente de la complicada operación militar. Pese a las notorias dificultades, Miaja frenó la invasión sublevada sobre la capital, logro que le llevó a engrosar las filas de héroes populares republicanos. La razón por la que afirmamos en el título que el General era un “héroe improbable” la encontramos en el volumen *Si España cae –digo, es un decir–». Intelectuales de Hispanoamérica ante la República Española en guerra* (2020), en el que Niall Binns se refiere así a Miaja. El investigador británico asevera que el General fue la “única figura” en torno a la que los republicanos construyeron “cierto culto a la personalidad” cuando, realmente, se trataba de un hombre “decididamente poco carismático”: para 1936 tenía ya 58 años, no se encontraba en buena forma física y estaba totalmente calvo (Binns 2020, 64). Binns cita a continuación el diario del 7 de noviembre de 1936 de Mijail Koltsov, periodista soviético y, de facto, representante de Stalin en la España republicana, quien consideraba a Miaja “un general fracasado, un hombre simplón, provinciano, que en vano intentó ocupar un sitio destacado en las esferas castrenses” y del siempre se mofaban generales como Franco y Queipo de Llano (Koltsov y Fernández Sánchez 1978, 203). Para sorpresa de Koltsov, pero también para gran parte de la jerarquía militar republicana, el general Miaja fue el líder indiscutible de la primera

gran victoria leal⁹⁷. Su sobresaliente éxito en la defensa de la capital llamó la atención del aparato propagandístico republicano, que mitificó su figura a través de todos los medios posibles, fenómeno que, al igual que en Hispanoamérica, permeó en la literatura española de la guerra: Emilio Prados, Pascual Pla y Beltrán, Antonio Machado y José Hierro le dedicaron poemas (Binns 2020, 64). A diferencia del resto de milicianos estudiados en este capítulo, el salto del mito del general Miaja de la prensa y literatura española a la hispanoamericana fue mucho más sencillo, pues su gesta militar al mando de la defensa de Madrid copó las portadas de los diarios de medio mundo, facilitando consagrarse como uno de los grandes héroes populares de la República, así como uno de sus principales referentes, a veces por encima del propio presidente Azaña. En este apartado vamos a estudiar el proceso de mitificación del general Miaja durante los primeros años del conflicto para, después, examinar el cambio que sufrió su figura heroica durante los últimos coletazos de la guerra, cuando su leyenda y el culto a la personalidad que la acompañaban comenzaron a resquebrajarse. Para ello, analizaremos su relevancia como símbolo heroico de la España popular al otro lado del Atlántico, partiendo de una panorámica sobre la relevancia de su figura en relación con el conflicto y la propia República, los principales mecanismos de mitificación y su polémico papel durante la fase final del conflicto.

3.1.2.1 Miaja, referente republicano en Hispanoamérica

El mito del general Miaja, fraguado desde el comienzo de la guerra y, particularmente, durante la defensa de Madrid, no demoró en consagrarse como uno de los principales activos propagandísticos de la República en Hispanoamérica. El chileno Vicente Huidobro anunció en el periódico *Frente Popular*⁹⁸ que publicaría un reportaje

⁹⁷ Esta afirmación puede ser matizable. De acuerdo con el historiador Julián Casanova, los aspectos técnicos y militares de la defensa de Madrid fueron responsabilidad de Vicente Rojo, entonces oficial del Ejército Republicano (Casanova 2010, 306).

⁹⁸ *Frente Popular* publicó un reportaje sobre Miaja –con entrevista incluida– del dirigente comunista chileno Salvador Ocampo Pastene durante su estadía en España como voluntario y corresponsal del diario. En “José Miaja, defensor de Madrid”, el general republicano se dirige directamente al pueblo chileno a

sobre el general en su próximo libro, *SALUD*, que, aunque nunca llegaría a ser publicado ilustra la fama del militar español entre los escritores hispanoamericanos (*Frente Popular* 1937, 2). En el Uruguay del dictador Gabriel Terra⁹⁹, el Partido Batllista, además de homenajear a la República en el segundo aniversario de la guerra, enviaron sendos telegramas con un mensaje de solidaridad hacia los leales y un saludo al General:

Convención Partido Batllista del Uruguay, saluda en este día simbólico en la heroica defensa de Madrid y de la España democrática, a glorioso jefe que supo afrontar valientemente deber de la hora y ruégale sea intérprete de este mensaje solidario ante gallardo pueblo español denodado defensor de la Libertad, del Derecho y de la Democracia (Binns 2016, 38-39).

Edmundo Castillo, también miembro del Partido Batllista y opositor destacado a la dictadura, así como presidente del Comité Nacional pro Defensa de la República Democrática Española desde 1937, publicó en el periódico *España Democrática* una contundente apelación al pueblo uruguayo que partía, precisamente, de un mensaje del “glorioso” General dirigido a los españoles residentes en América¹⁰⁰ en el que les pedía “su ayuda material y moral en favor de los heroicos milicianos que defienden la libertad de la patria” (E. Castillo 1937, 3). Inspirado por la retórica del general, Castillo se dirigió a los españoles radicados en Uruguay, pero, también, a los antifascistas uruguayos, a quienes animaba a prestar su apoyo al bando republicano español y engrosar “las filas del Comité Nacional pro Defensa de la República Democrática Española”, donde podrían auxiliar a “los milicianos y milicianas” comandados por Miaja.

través de sus entrevistadores: “Manifiesten a los habitantes de su país que sabemos que ellos están con nosotros. Que sabemos que tienen gobernantes que odian al pueblo y a la democracia y a la España republicana. Pero ellos son transitorios. Los pueblos son eternos. Díganles a los mexicanos, a los chilenos, a toda América, que confíen en nosotros. Que solo nos vencerán los fascistas y traidores de las democracias, cuando no quedemos un solo hombre, mujer o niño en España en estado de disparar un tiro. Ellos, bien lo saben. Solo vencerán cuando el último español dispare el último tiro... Pero, para desgracia de ellos, esa hora no llegará...” (Ocampo Pastene 1938, 3-9).

⁹⁹ Gregorio Marañón, intelectual español que traicionó a la República y se embarcó a Hispanoamérica en una gira que lo llevó a codearse con dictadores como el uruguayo Gabriel Terra, afirmó en una entrevista otorgada al profranquista Alejandro Gallinal Heber para el periódico *La Mañana* que el verdadero referente de la República era el general Miaja y no el presidente Manuel Azaña: “¡Pero si Azaña no es nada ni nadie, si Azaña no ha huido porque no ha podido! Poco antes de salir de Madrid, tuve que entrevistarme con el general Miaja, quien, entre otras cosas, me dijo que Azaña había intentado huir cuatro veces” (Binns 2016, 350).

¹⁰⁰ Probablemente se trate del mismo mensaje publicado en el libro ecuatoriano *La última conquista* (1937), una antología de textos prorrepúblicanos que incluye un discurso del general José Miaja a los españoles de América (Binns 2012b, 55)

En Puerto Rico, donde el contexto político también era desfavorable para los prorrepublikanos, el reconocimiento del protagonismo del general Miaja también es evidente, aunque en este caso es expresado por su contrapartida prosublevada¹⁰¹. El semanario satírico *Pica-Pica*, el más importante del país durante la primera mitad del siglo XX, publicó un curioso texto de su fundador y director, el simpatizante franquista Luis Brau Zuzuarregui, en el que señalaba a Miaja como el referente republicano equivalente a Francisco Franco: “La intervención extranjera, italianos y alemanes, junto a Franco; la intervención extranjera, rusos y franceses, al lado de Miaja” (Salazar Anglada 2022, 639-43).

Un fenómeno similar se dio en el Perú de la dictadura de Benavides, donde intelectuales de referencia favorables a los sublevados como Víctor Andrés Belaúnde, que firmaba bajo el seudónimo “Ajax”, también veían en Miaja a uno de los principales líderes de la República. En un artículo publicado en *La Prensa* sobre el reconocimiento de Perú del gobierno de Franco, el intelectual conservador afirmaba que el futuro dictador español era una “solución internacional y una barrera política” para el eje Roma-Berlín frente a la Unión Soviética, mientras que el general Miaja era el equivalente republicano para “Londres y París” (Muñoz Carrasco 2013, 142-44). La fama de Miaja como representante de la República también era evidente en los círculos diplomáticos peruanos. Un artículo del *Boletín de la CADRE*, publicación del Comité de Amigos de la República Española, se hizo eco de un registro acaecido en la Legación peruana en Madrid, en la que se asilaban refugiados que, de acuerdo con las acusaciones de las autoridades republicanas, formaban parte de la “quinta columna” franquista en el seno de la capital. Según los miembros del Comité, las autoridades republicanas encontraron, además de una “emisora” para comunicarse con el exterior, mensajes “escritos con lápiz” en donde “se leían claramente conceptos injuriosos contra la República y el general Miaja”, lo cual da buena cuenta de la identificación del líder militar español con el bando republicano¹⁰².

¹⁰¹ El general Miaja era un habitual en la prensa boricua. En páginas como las del diario *El Imparcial*, la figura del héroe improbable de la República convivía con la de los principales líderes sublevados (Ferrao 2009, 41). Su reconocimiento en Puerto Rico como referente de los republicanos españoles se mantuvo hasta la fase final de la guerra.

¹⁰² La fama del general Miaja en Perú fue tal que su nombre también aparece en la novela *España sangrante* (1938) del “viajero impenitente” Manuel César de la Guarda, en la cual es representado como el principal

Queda claro que el mito del General José Miaja era conocido en los entornos mediáticos, políticos y diplomáticos de, al menos, Chile, Uruguay, Puerto Rico y Perú, pero ¿era también habitual como tema de los poetas prorrepublicanos? Durante nuestra investigación hemos encontrado varios poemas, pero su cantidad no destaca tanto en comparación con la producción ensayística y periodística en la que se basará este apartado, aunque sí que es cierto que el General suele aparecer también mencionado en poemas junto a otros líderes políticos, culturales y militares de la República¹⁰³. Lo que es interesante es que los que hemos podido recoger reflejan cuatro de los ejes principales en los que se basa la construcción de la figura heroica popular del general Miaja y que estudiaremos después: su procedencia popular, sus destrezas militares, su sencilla “españolidad” y la esperanza que simbolizaba. En primer lugar, el poeta mexicano Leopoldo Ramos dedicó al militar el poema “Al viejo Miaja”, publicado en *Crisol*. En sus versos se destaca, entre otros aspectos, la eficaz simpleza de sus destrezas militares: “¡qué bien resultas, Señor, / porque hablas sencillo, pero / en cambio te bates doble (Ramos 1937, 12). Su españolidad, acompañada de virilidad militar, fue descrita por el chileno Pablo de Rokha, quien dibujó al militar republicano en su poema “Canto al General Miaja” como un “general de hierro y sangre, / de sangre y hierro y acción, / general de fuego y sangre / sangre y sol, sangre y dios, / sol y sangre, dios y sangre / de caballero español / español por tus cabales / español y español” (C. De Rokha 1937, 2). Por parte colombiana, el escritor comunista Jaime Villar compartió en las páginas del periódico *Tierra*¹⁰⁴ un poema dedicado a ensalzar el símbolo esperanzador del General, a quien veía como “una espada que brilla / como una estatua de fuerza / sobre las negras

general leal del bando republicano: “Han engañado a sus jefes. No a todos, porque Miaja defiende solo a Madrid contra todos los que tratan de cercarlo, en el vasto plan de las intrigas” (Muñoz Carrasco 2013, 245-48).

¹⁰³ Un ejemplo de poema característico de este fenómeno es “En torno a las ruinas humeantes. Pedestales de la República”, del argentino Gustavo Catarineu Serrano. En sus versos menciona a Miaja como “estratega matemático”, pero también se deshace en halagos hacia personalidades como el también militar El Campesino, el político Julián Besteiro, el catedrático Fernando de los Ríos y el diplomático Ángel Ossorio y Gallardo (Binns 2012a, 193).

¹⁰⁴ El artículo al lado del poema de Villar, “España heroica”, se trata de una reseña del libro homónimo del intelectual costarricense Vicente Sáenz en la que, curiosamente, la redacción del periódico cita de nuevo el nombre del general para incluirlo, tal y como hizo el poeta argentino Gustavo Catarineu Serrano, junto a otras grandes figuras representativas de la República: “la España de Rafael Alberti, de Miaja, de García Lorca, la España nuestra, porque no otra sería la que podamos aceptar los que en las distintas partes del globo soñamos día y noche con un ideal de justicia y de independencia” (*Tierra* 1938, 13).

cenizas” porque él mismo era parte del pueblo al que defendía: “Es su sangre la del pueblo / La del pueblo que asesinan!” (Villar 1938, 13). Por último, el ecuatoriano Jorge Carrera Andrade le escribió una particular “Carta al general Miaja” cuyos versos expresaban esperanza en la futura victoria de los republicanos españoles gracias a sus habilidades militares: “Tú combates para el venidero día, / para los hombres de todos los climas, / para los campos de trigo, para las candidas risas, / para el porvenir seguro de niños y golondrinas” (Carrera Andrade 1938, 10-12).

3.1.2.2 La mitificación del héroe popular. El culto a la personalidad

Una vez esbozada esta panorámica sobre la fama del general Miaja en Hispanoamérica, donde era reconocido como uno de los principales líderes de la República, y sobre las principales claves sobre su mitificación, esto es, la esperanza, sencillez, españolidad y pertenencia popular, vamos a estudiar las particularidades del proceso de mitificación popular del héroe improbable del bando republicano español. Para ello, analizaremos su consagración heroica durante y después de la defensa de Madrid pese a, como adelantamos al comienzo de este apartado, no ser en apariencia un líder carismático. Después, examinaremos el desgaste de este particular culto a la personalidad durante la última fase de la guerra y, en menor medida, posguerra.

El peruano Armando Bazán, quien se encontraba en España al estallar el conflicto y firmó el manifiesto inaugural de la Alianza de Escritores Antifascistas para la Defensa de la Cultura (Muñoz Carrasco 2013, 118), reflejó en su libro *A Madrid por Berlín y París* (1938) su fascinación ante la presencia de Miaja en Madrid. Para Bazán, la figura del general, “de calva socrática y actitud tranquila”, generaba una “extraña atracción” pues no era la de un militar al uso: se trataba de un “pensador”, un “hombre de ciencia” cuyo porte “valiente pero generoso” era la “perfecta antítesis de Franco” (Muñoz Carrasco 2013, 72-73). Miaja, quien según Bazán pertenecía a “la casta castellana de Isabel la Católica”, se había echado “sobre sus hombros” la salvación de Madrid, que en esos momentos era la salvación de España, y había conseguido conformar un ejército popular compuesto por “campesinos, ingenieros, estudiantes, simples tenientes de los guardias de

asalto, obreros” y miles de brigadistas internacionales de “la casta de los Byron, de los Lafayette, de los Bolívar”. El secreto del éxito del “viejecillo calvo y parsimonioso” que había protegido a la capital era, por tanto, ser la “antítesis de Franco”, es decir, ser un “general antimilitarista” y leal que había conseguido entusiasmar a las masas populares para luchar por la victoria republicana (Muñoz Carrasco 2013, 74).

La visión de Miaja como un general profundamente popular era también la de los intelectuales cubanos Nicolás Guillén y Juan Marinello, quienes dedicaron el capítulo “Miaja o el deber” de su libro *Hombres de la España leal* (1938) al héroe improbable de la República. Escrito en primera persona durante la estadía de ambos en Madrid, el capítulo comienza en la habitación que ocupaban en el Palacio de la Alianza de Intelectuales Antifascistas, donde María Teresa León les comenta que Miaja los iba a recibir. Guillén y Marinello se quedan sorprendidos por la imagen del general, cuyo porte es “infidel a la fotografía”: la “forma física” de Miaja era “el reflejo” de su “alma grande y clara” (Marinello y Guillén 1938, 61). Más allá de cuestiones físicas, los intelectuales cubanos destacan sobre todo el liderazgo de Miaja, de quien afirman se había convertido en un “padre español gruñón y tierno, exigente e irónico, amoroso y sobrio” para los soldados republicanos¹⁰⁵ (1938, 62). Esta concepción del general como un padre nutre su mitificación como militar de origen popular y también como símbolo de la nueva España de la República, pues lo alza a una posición de figura tutelar y protectora del pueblo. Desde luego, así parece que se configuró su mito en Cuba, donde, de acuerdo con el propio Miaja, entrevistado ahora por los dos intelectuales cubanos, su leyenda era descomunal:

Todos quieren verme, tocarme, hablarme... ¿por qué? ¿Qué puedo tener yo de distinto, de raro, de singular? Me tocó cumplir con mi deber y lo cumplí, lo estoy cumpliendo... Pero ¿qué otra cosa puede hacer un militar honrado? [...] Mi intervención importa poco; el triunfo del pueblo, de España, es lo importante... Y ese está descontado. No vendrá por mí sino por el empuje de España misma... (Marinello y Guillén 1938, 62-63).

¹⁰⁵ En este sentido, Guillén y Marinello comparan a Miaja con La Pasionaria, cuyo mito heroico estudiaremos en el siguiente capítulo, por su papel paternal respecto al pueblo español “Es muy significativo que las dos figuras más entrañadamente populares de España, las únicas que nadie discute y todos acatan con delirante fervor, sean un hombre y una mujer –Miaja, Pasionaria– que por los años y la hondura cordial son sentidos como sombras protectoras, como fuerzas tutelares, maternas, paternales, de la vida de todos” (Marinello y Guillén 1938, 62).

De nuevo, la honradez y humildad que transmite con su respuesta son subrayadas por los intelectuales antifascistas, quienes primero inciden en el interés de Miaja sobre el “plan de teatro para los soldados populares” de María Teresa León y, después, señalan su cercanía con los soldados, quienes lo saludan “con un gesto que es mucho más que el reconocimiento de una jerarquía” gracias, entre otras cuestiones, a la familiaridad paternal con la que los trata, por ejemplo, al dirigirse a ellos “por su nombre” (1938, 64).

El ecuatoriano Jorge Carrera Andrade utilizó también este recurso familiar-popular para celebrar la leyenda de Miaja en su ya aludido poema “Carta al general Miaja”, publicado en la antología *Nuestra España. Homenaje de los poetas y artistas ecuatorianos* (1938). El mito del general comienza, de nuevo, en Madrid¹⁰⁶, ciudad que “con cien mil niños en su seno” duerme amparada por el “General de las madres y los obreros”, ensanchando su figura para incorporar a las madres españolas, fundiendo en uno al Ejército de la República y a la población civil de la que sus soldados, así como generales como Miaja, provenían (Carrera Andrade 1938, 10-12). En cuanto a la esperanza, otro de los ejes fundamentales de la mitificación de Miaja, Carrera Andrade la relaciona con la “fuerza natural” del “General de los hombres libres de la tierra”, con quienes recobrará “para el mundo la paz, la vida nueva”.

Miaja tampoco era conocido en Argentina hasta la batalla de Madrid, cuando su nombre pasó a formar parte de los nombres cotidianos de la prensa del país (Binns 2012a, 42). El diario *Córdoba*¹⁰⁷, por ejemplo, comentaba que “nadie lo conocía hasta el estallido de la rebelión”, cuando el “hijo del pueblo” se convirtió, gracias a sus propios méritos, en su “defensor” y en la encarnación del espíritu popular y nacional español: “Miaja,

¹⁰⁶ La leyenda heroica de Miaja en Ecuador también se afianzó durante la defensa de Madrid. El intelectual Carlos Guevara Moreno, en su texto “Relato sobre la lucha española”, comparaba la gesta militar de Miaja con “el milagro de Verdún” en la I Guerra Mundial, mientras que Demetrio Aguilera-Malta afirmó en *La revolución española a través de dos estampas de Antonio Eden* (1938) que “nadie supo que [Miaja] era general” hasta que Madrid “se llenó de cadáveres de moros negros y de moros rubios” (Aguilera-Malta 1938b, 28; Binns 2012b, 314-15).

¹⁰⁷ La celebridad de Miaja en Córdoba fue tal que el Centro Republicano Español de la ciudad le escribió una carta de agradecimiento por su papel en la defensa de Madrid, ante la cual el general respondió de forma muy similar a la entrevista con Guillén y Marinello, reforzando de nuevo su imagen honrada y humilde: “Recibo vuestra grata carta, llena de amor hacia nuestro país, España, y en la que me colmáis de elogios por mi gestión al frente de la defensa de Madrid. Nada de cuanto en Madrid ha ocurrido se debe a mi nombre, es obra de los milicianos que conducidos por los jefes y oficiales tan leales y valientes que están encuadrados en el Ejército Popular, obedecen ciegamente mis órdenes. Yo solo he servido para guiarlos, poniendo al servicio de mi Patria mis conocimientos militares y mis años de experiencia” (*Córdoba* 1937c, 12).

ingeniero principal en la construcción del nuevo edificio ibérico; alma de las almas españolas [...] ¡el pueblo de todo el mundo te quiere, te respeta y te venera, como a uno de sus salvadores!” (Córdoba 1937a, 5). No solo el pueblo español lo veneraba; también el argentino –o al menos, la parte prorrepblicana– lo veía como uno de los mayores activos heroicos de la República Española. El número de julio de 1937 de la prestigiosa revista de izquierdas *Claridad* fue dedicado a la figura del General, cuya fotografía ocupaba toda la portada con la leyenda “El héroe de la España leal. Ejemplo de dignidad militar que ha puesto su acción y su inteligencia al servicio de la libertad del pueblo y de la majestad del gobierno legal que lo representa”. Este énfasis en el simbolismo popular del héroe improbable de la República fue compartido también por el sacerdote republicano gallego Basilio Álvarez¹⁰⁸, exiliado en Argentina desde el estallido de la guerra. Su texto “El General Miaja”, tomado de su libro *España en crisol* (1937), enfatizaba la ya mencionada honradez y humildad del general quien, “alejado de camarillas” y en “permanente lealtad”, era el tipo de militar “con que sueñan las democracias” (Álvarez 1937, 4). Tras celebrar su consagración heroica al frente de la defensa de Madrid, cuando apenas “había municiones para dos horas de lucha”, Álvarez afirmaba que Miaja era “el gran general de esta guerra” porque había sido amasado por el pueblo español¹⁰⁹ y, en particular, madrileño “a fuerza de flor y a fuerza de júbilo” (Álvarez 1937, 5-6). Para el sacerdote gallego, Miaja era “la creación mitológica” de las “entrañas palpitantes” del pueblo español, una suerte de extensión de los valores de honradez y lealtad de la nueva España que merecía un reconocimiento a la altura de las circunstancias: ¡Mí general: en medio de la calle está tu estatua! ¡Qué bronce, Dios mío! Lo ha fundido el pueblo con sus brasas” (Álvarez 1937, 6).

¹⁰⁸ Sobre la polémica estancia de Álvarez en el Río de la Plata recomendamos la lectura del apartado “El «indeseable» Basilio Álvarez, noviembre 1937” del volumen *Argentina y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2012) (Binns 2012a, 83-85).

¹⁰⁹ Roberto Gómez, dibujante y caricaturista español que había emigrado a Argentina en 1932, dotaba también una importancia capital al elemento popular en la mitificación de Miaja: “Tengo, como el pueblo, un gran recelo, una irrefrenable precaución hacia el militar de mi patria. ¡Nos ha traicionado tantas veces! Pero empiezo a creer en Miaja, a tener fe en él. Miaja no solo defiende su patria de la invasión extranjera, como juró ante su bandera. No solo defiende al gobierno legal, como debe hacer todo militar honesto. Defiende también la causa popular, el derecho de las masas, como corresponde a un militar del pueblo” (R. Gómez 2019, 306).

Lealtad, publicación del Grupo Pro-República Española de Costa Rica, dedicó su número del 7 de noviembre, aniversario de la defensa de Madrid, al militar español. Víctor Lorz, intelectual de origen navarro, aunó en su texto “El general Miaja y Madrid, Gandesa y España” las principales características heroicas esbozadas en este apartado: “España es Miaja, a caballo sobre Madrid y Gandesa inexpugnables. Y Miaja es un hombre; un hombre a secas, hecho de esa madera, hoy rara, que se llama deber” (Lorz 1938, 24). Sin embargo, el artículo más representativo de la construcción heroica de Miaja en Costa Rica es del ensayista Octavio Jiménez Alpízar, publicado en el mismo número y que se remontaba a la batalla de Madrid, cuando todavía el nombre del general “no era familiar” y las agencias de prensa lo apellidaban “Miajas” (Jiménez Alpízar 1938, 39). Jiménez citaba a continuación la “perdurable advertencia” que el propio Miaja comunicó a la población madrileña cuando la batalla estaba a punto de comenzar y que lo consagró como símbolo de la heroicidad española en Costa Rica:

La única contraseña para todos los combatientes es ésta: Resistir sin ceder un solo palmo de terreno. Estoy seguro de que cada uno comprenderá su deber. Me dirijo igualmente a los jefes de la retaguardia como a la población civil para que colabore eficaz y desinteresadamente y cumplan las órdenes del mando militar soportando todos los sacrificios y privaciones que será exigida por la resistencia.

Para el ensayista costarricense, esta consigna “sencilla y clara” era el fiel reflejo de la heroicidad del general Miaja, a quien el pueblo había entregado “el corazón de España” para que se convirtiera en el “profeta” de la “heroica y grande” defensa de su capital (Jiménez Alpízar 1938, 39). La mitificación de Miaja como máximo representante de la españolidad popular, sencilla y honesta, provocó los halagos de los republicanos costarricenses y el odio de los simpatizantes franquistas. En cualquier caso, su presencia mediática en la prensa costarricense copó portadas y páginas interiores durante el conflicto, creando una leyenda popular tal que incluso un grupo de trabajadores realizó una colecta para enviarle una medalla como homenaje (González Ruiz 2022, 69).

Esta sencillez española asociada a Miaja fue un componente importante de la construcción heroica de su mito en Panamá. El profesor universitario colombiano Federico Calvo, de sólidas simpatías republicanas e interesado en el papel de los intelectuales en el conflicto, contraponía la figura del general con la de Gregorio Marañón, José Orega y Gasset y Pío Baroja, a quienes acusaba de traicionar a la República

y de encontrar “detestable” el “campechanismo de valor indomable” de Miaja, quien sí era un “hombre de verdad” además de un “sostén formidable de las libertades públicas” (Binns 2022, 118). No era extraño que se comparara a Miaja con otras personalidades relacionadas con la guerra española. El periodista panameño Luis E. Alfonso, más conocido como Fray Luis, se refería al general como un “hombre de hechos en el frente de batalla”, mientras que del militar sublevado Queipo de Llano afirmaba era un “hombre de palabras en el frente de... un micrófono” (Binns 2022, 252). Así, vemos cómo la figura heroica de Miaja, construida también en contraposición a sus equivalentes militares franquistas, no era solamente improbable en los términos ya estudiados –su físico, su aparente falta de carisma, su anonimato previo a la guerra–, sino también en términos militares. Su destreza al frente del Ejército Popular, su origen humilde, su cercanía con los soldados y, desde luego, su honradez, disciplina y profesionalismo militar, eran descritos por los intelectuales hispanoamericanos como una suerte de cantar de gesta antifascista con un Miaja épico y popular como héroe protagonista.

Así fue el mito del héroe improbable de la República durante, al menos, los dos primeros años del conflicto. Como estudiaremos a continuación, todo cambió durante los últimos estertores de la fase definitiva de la guerra española. Hasta entonces, incluso a finales de 1938, cuando ya era casi evidente la derrota republicana, los intelectuales hispanoamericanos siguieron reforzando el mito heroico popular del general, con el matiz de que resaltaban con mayor énfasis el simbolismo esperanzador de su figura. El ecuatoriano Augusto Arias, más conocido por el seudónimo de ‘Gracián’, afirmaba en junio de 1938 que, pese a la desfavorable situación del Ejército Republicano, “en la esperanza de Miaja” habían brotado “augures de resistir” y vaticinaba que el general se alzaría, “como en las arengas de la Historia”, para decir que no era posible “retroceder ante los sacrificios” si con ello se aseguraban de que España fuera “sólo para los españoles” (Arias 1938, 4). El estudiante cubano José López Sánchez, representante de la Federación Estudiantil Universitaria y del Partido Comunista Cubano en la España en guerra, confiaba en la victoria republicana por el “carácter popular” del ejército y sus “jefes de alta capacidad militar”, como el propio Miaja; mientras que el voluntario cubano Emilio A. Laurent aseveraba en la prensa local en mayo de 1938 que la República “disponía de un ejército regular” competente gracias a dirigentes militares populares

como Miaja (A. Laurent 1938, 41-45; López Sánchez 1938, 11-16). Parece que estos intelectuales no se podían imaginar lo que acontecería escasos meses después.

3.1.2.3 La caída del mito. El general Miaja y el golpe de Segismundo Casado

El periodista colombiano Jesús María Galvis, quien solía firmar sus artículos con el seudónimo “Lucio Duzán Godoy”, publicó un revelador reportaje en la revista *Estampa* un mes después del final de la guerra que recogía las declaraciones de dos voluntarios colombianos que luchaban en distinto bando: Mario Sorzano Jiménez con los republicanos y el aviador Luis Serrano Mantilla con los sublevados. De acuerdo con el testimonio de Sorzano, para comienzos de 1939 el pueblo español ya no podía mantener la “resistencia suicida”, por lo que el propio general Miaja le había admitido “que la guerra estaba perdida” y que tenían que prepararse para abandonar el país, cosa que hizo el 14 de marzo (Galvis 1939, 10-11). Sorzano comenta, además, que los que no pudieron salir de España habían sido capturados. Valentín González, más conocido por su nombre de guerra “El Campesino”, uno de los grandes héroes militares de la República, había sido “fusilado¹¹⁰ contra una pared cualquiera, como un facineroso” (Galvis 1939, 10-11). Es a partir de este momento cuando los acontecimientos empiezan a resquebrajar el culto a la personalidad de Miaja, tanto en España como en Hispanoamérica. Andrés García Salgado, brigadista mexicano que alcanzó el grado de comisario de división del Ejército Popular de la República, escribió un contundente y enrabiado artículo sobre el amargo final de la guerra española a su regreso en México. En “Paz sin honor en España”, publicado en *Futuro* en abril de 1939, mes de la derrota republicana, García Salgado analizaba las causas tras la debacle de los últimos meses de conflicto. De acuerdo con el brigadista mexicano, tras la dimisión del presidente republicano Manuel Azaña todo se fue al traste: poco tiempo después un grupo de militares y representantes de las fuerzas políticas republicanas –con la excepción de los comunistas– formó un Consejo de

¹¹⁰ Valentín González, “El Campesino”, no falleció fusilado durante la guerra sino a causa de un tumor en 1983, cuando residía en Madrid tras su largo exilio.

Defensa Nacional que, ante la inminente derrota, “empezó a hablar de una ‘paz con honor’” que, en la práctica, no era sino “capitular” (García Salgado 1939, 68).

A lo que se refiere García Salgado es el golpe de Segismundo Casado¹¹¹, militar republicano que, junto a otras personalidades del Ejército de la República como el general Miaja, nombrado presidente del Consejo; partidos como el PSOE, Izquierda Republicana y Unión Republicana; así como los sindicatos CNT y UGT, organizaron una suerte de golpe de Estado dentro de la República el 5 de marzo de 1939 para negociar la paz con el bando sublevado. El historiador Manuel Aguilera Povedano afirma que, además de ser una capitulación enmascarada, el golpe de Casado y la posterior mini guerra civil que desencadenó en las divididas filas republicanas –las heridas de los sucesos de mayo de 1937 aún no habían cicatrizado– fue en buena medida una “rebelión anticomunista” de los sectores republicanos que veían con desconfianza la hegemonía del PCE en el bando leal (2019, 627). El historiador estadounidense Stanley Payne coincide con esta visión, y argumenta que la guerra civil española terminó “como había empezado, con una gran parte del ejército republicano rebelándose contra su Gobierno, al que acusaban de estar bajo el dominio del comunismo, algo que, en 1939, era hasta cierto punto correcto” (Payne 2006, 410). El papel del otrora héroe improbable de la República fue protagónico –además de ser designado presidente del Consejo, la reunión definitiva donde se organizó el golpe fue en su despacho– y causó un gran resquemor¹¹² en los prorrepúblicanos hispanoamericanos más afines con los comunistas (Aguilera Povedano 2004, 30). De hecho, de acuerdo con Aguilera Povedano, parece que el propio Miaja se vengó de los comunistas al ordenar “la retirada de la estrella roja de cinco puntas del Ejército Popular porque era un símbolo comunista, aunque la había introducido Largo Caballero” (2019, 635). La razón por la que hablamos de una posible venganza reside en un suceso aparentemente poco conocido del papel de Miaja durante la guerra. Según Payne, durante la primavera de 1937 los servicios de inteligencia del PCE “descubrieron una red de espías cuyo jefe era nada menos que el secretario del general Miaja”, quien ya dirigía el

¹¹¹ Debido a la extensión y naturaleza de este trabajo, no podemos explicar con demasiado detalle los pormenores del golpe de Casado. Por ello, sugerimos la lectura de dos artículos citados en la bibliografía: “El golpe de Casado en Madrid: estado de la cuestión y mitos resueltos 80 años después” (2019) y “La doble paz del golpe de Casado” (2004), ambos del historiador y periodista Manuel Aguilera Povedano.

¹¹² Durante la conferencia del Partido Comunista de España a comienzos de febrero de 1939 en Madrid, La Pasionaria denunció a Miaja y a Casado tachándolos de traidores (Miralles 2004, 27).

frente de Madrid. La única razón por la que no fue fusilado al igual que el resto de implicados es que el general era todavía un “símbolo utilizable”, como hemos podido comprobar en este apartado, aunque más adelante sufrió el “chantaje de los comunistas”, que contaban con pruebas de su labor de espionaje (1986, 363-64).

García Salgado, brigadista de tendencia comunista, denunciaba a todos aquellos que habían pasado a “defender a los provocadores agentes del fascismo que se levantaron en Cataluña en mayo de 1937, abandonando los frentes para luchar contra el gobierno legal de España” y citó la supuesta frase del dirigente anarquista de la CNT Buenaventura Durruti¹¹³ para reivindicar la unidad republicana frente a Franco: “Como no puede hablar en nombre de su organización [Cipriano] Mera, que ha olvidado que, como decía Durruti, hay que renunciar a todo, menos a la victoria” (García Salgado 1939, 71). En cuanto al general Miaja, que había huido a Valencia antes de que cayera la capital, el brigadista mexicano lo acusaba, junto al resto de miembros del Consejo de Defensa Nacional, de haber clavado “el puñal homicida en el noble corazón de España” condenando a “centenares de miles de republicanos”, los “héroes auténticos” de la guerra, a morir en las cárceles franquistas (1939, 73-74).

El brigadista cubano Jorge Agostini, que había luchado en la Armada Republicana y, como García Salgado, ocupó puestos de responsabilidad, se quedó en España después de la retirada del grueso de voluntarios cubanos a finales de 1938 y vivió de primera mano los efectos del golpe de Casado. A su regreso en la isla en abril de 1939, tras el triunfo del golpe, la expulsión de los comunistas del gobierno y la posterior capitulación republicana, Agostini respondió a un grupo de voluntarios cubanos que habían abandonado España en 1938 en las que se hacía referencia a la posición de la Asociación de Combatientes de la Libertad, a la que pertenecía Agostini, sobre la figura del general Miaja. El texto, publicado en *Noticias de Hoy*, comenzaba afirmando que, para “opinar con autoridad sobre el golpe Casadista” y la absoluta pérdida del “prestigio de Miaja”, era necesario haber estado en España en esos momentos (Agostini 1939, 6). Para el brigadista cubano, la guerra podría haberse mantenido “por un tiempo no inferior a ocho

¹¹³ Estudiaremos la importancia de esta cita en el apartado dedicado a Buenaventura Durruti, “4.3 «Y como el Cid Campeador ganaba batallas después de muerto» Buenaventura Durruti, el héroe proletario en disputa”.

meses”, por lo que el golpe no tenía más justificación que contentar a Francia e Inglaterra, que al parecer usaron al político del PSOE Julián Besteiro, al que acusaba de estar “allegado al capital inglés” (Agostini 1939, 6). A continuación, Agostini trata de explicar por qué Miaja había adoptado “una posición en total desacuerdo con su fama”, cuando eso había provocado el asesinato de “miles y miles de buenos españoles”, no sin cierta sorna:

No queremos señalar el hecho de que tan pronto se sumó Miaja al golpe de los Casaditos, su hijo, que se hallaba prisionero en Burgos, fue canjeado por un Primo de Rivera. Vamos a suponer más elevados sentimientos en el ex general. ¿Acaso de buena fe creyó que las promesas de los gobiernos de Inglaterra y Francia, al cumplirse, salvarían al pueblo español de un desastre que su poca fe presentía? (1939, 6).

Lo cierto es que, según los historiadores Paul Preston y Julio Gil Pecharromán, José Miaja, hijo del general, había sido prisionero de los sublevados durante toda la guerra hasta el 9 de marzo, cuando fue liberado a cambio de la excarcelación de Miguel Primo de Rivera, hermano del fundador de la Falange Española, José Antonio Primo de Rivera (Gil Pecharromán 2003, 478; Preston 2008, 87). Agostini, decepcionado ante el viraje del que otrora fuera su gran héroe, denunció la huida de Miaja a Francia para, después, afirmar que ojalá hubiera “sufrido la terrible punzada del dardo de su conciencia [...] al ver cómo asesinaban a ese pueblo español que antes lo veneraba y ahora lo maldecirá eternamente” (Agostini 1939, 6). La mitificación del general José Miaja, símbolo de la esperanza en la victoria leal, como el gran héroe improbable de la República comenzó con la exaltación de su honradez, sencillez y españolidad popular para terminar siendo maldecido “eternamente” y acusado de traidor por parte de sus antiguos admiradores. Por si fuera poco, ya en 1942, el intelectual costarricense radicado en México Vicente Sáenz llegó a lamentar que Miaja, que llevaba unos años refugiado en México, no “hubiese acercado a sus sienes el cañón de su revólver” en lugar de estropear “toda su gloria y todos su derechos a la inmortalidad” y quitarle a los españoles e hispanoamericanos “un gran símbolo de lealtad y de valor” (V. Sáenz 1942, 174-75).

Miaja es probablemente el héroe popular de este trabajo cuya mitificación cayó por su propio peso, desembocando en una terrible desilusión de los intelectuales hispanoamericanos que habían luchado por la República tanto con la pluma como con las

armas. A pesar de todo, Miaja siguió defendiendo a la República desde el exilio¹¹⁴. En 1940 se unió a las filas de Acción Republicana Española, creada en México por quien fuera presidente de las Cortes españolas cuando comenzó la guerra, Diego Martínez Barrio, e incluso firmó un manifiesto en favor de la paz junto a otro de los protagonistas de este trabajo, el diplomático Ángel Ossorio y Gallardo, exiliado en Argentina (Salazar Anglada 2022, 145).

Sin embargo, no parece que su estadía en México fuera del todo fácil. Según relata la mexicana Elena Garro en *Memorias de España: 1937* (1992), libro sobre su paso por la España republicana durante el II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura de 1937, su exmarido Octavio Paz y los compañeros de éste, Enrique Ramírez y Ramírez y César Ortiz, le prohibieron ir a recibir a Miaja cuando llegó en tren, como exiliado, a la Ciudad de México. Pese a la negativa, Garro decidió acudir y quedó sorprendida al ver al gran general republicano llegar en “el tren más sucio y barato del país” vestido “de paisano” y con una maleta ajada. De repente, Garro escuchó a su espalda a César Ortiz gritar “¡General! ¿qué hizo usted del ‘Campesino’?” y vio cómo Miaja abandonaba la estación a toda prisa mientras Ortiz lo acusaba de ser un asesino (Garro 1992, 101). La humilde e incluso deshonrosa llegada de Miaja que relata Garro contrasta en buena medida con la investigación de José Antonio Matesanz, quien afirma que el 24 de mayo fue recibido en el puerto de Veracruz por una nutrida delegación de autoridades militares mexicanas, simpatizantes de la República y sus familiares radicados en el país, y días después sería agasajado en similares circunstancias en Ciudad de México (Matesanz 1999, 394). Incluso fue homenajeado por el gobierno y la plana mayor del ejército mexicano durante una comida en el prestigioso Club France de la capital (Matesanz 1999, 399). A pesar de que la prensa lo seguía apodando “heroico defensor de Madrid” incluso después del golpe y la capitulación, José Miaja rehuía de los medios y, cuando no le quedaba otra opción que contestar, trataba de justificar sus acciones durante el final de la guerra (Matesanz 1999, 395).

¹¹⁴ Miaja se estableció en México por varias razones: era el país que más se había solidarizado con la República, el propio gobierno mexicano le había invitado a ello y, particularmente, sus tres hermanos residían allí desde hacía años (Matesanz 1999, 397).

El mito heroico del general Miaja, una de las bazas propagandísticas más eficaces y representativas del bando republicano en Hispanoamérica, fue construido en torno a las extraordinarias e inesperadas aptitudes que lo habían ayudado a consagrarse como el defensor “improbable” de Madrid y, después, como uno de los militares más relevantes del Ejército Popular. A pesar de los esfuerzos de los intelectuales hispanoamericanos en mitificar su figura y auparlo a lo más alto del panteón de héroes populares republicanos, ya fuera a través de alabanzas a su humildad, destrezas militares, españolidad u origen humilde, su participación en el golpe de Segismundo Casado provocó su caída en desgracia en los sectores más afines al comunismo. En cualquier caso, el general José Miaja sigue siendo, hoy en día, una de las figuras más relevantes del conflicto español también en Hispanoamérica, como revela, en parte, la anécdota con la que me gustaría cerrar este apartado.

Durante mi estancia de investigación en Argentina, tuve el placer de dar una conferencia en el Centro Republicano Español de Mar del Plata¹¹⁵, el único que queda en toda Hispanoamérica. El CRE está situado en una gran finca a las afueras de la ciudad, cuenta con unas instalaciones muy bien conservadas pese a su antigüedad –fue inaugurado en 1929– y sigue organizando charlas, actividades y comidas populares –la paella es su plato estrella– para cuidar la memoria de todas aquellas personas que pasaron por el Centro a lo largo de sus casi cien años de historia. Una de las joyas más queridas por los miembros del CRE es el busto del general José Miaja, ubicado en el frondoso jardín de la finca desde 1939 y que tuve la fortuna de contemplar con la compañía de la presidenta Gloria Del Vecchio, quien me contó una conmovedora anécdota sobre la escultura y Domingo Seijo Piferrer, sobreviviente de la leva del biberón¹¹⁶ exiliado en Mar del Plata. Siempre que Domingo iba al Centro Republicano a reunirse con otros republicanos realizaba el mismo ritual al entrar a la finca. El antiguo miliciano, orgulloso de haber servido como cabo en el ejército, antes de dirigir una sola palabra a sus compañeros, se acercaba primero al busto del general Miaja, se cuadraba y lo saludaba

¹¹⁵ En la página web del Centro Republicano Español de Mar del Plata, www.cremdq.org, se pueden encontrar datos sobre su historia, fotografías de sus eventos e información de interés sobre el impacto de la guerra civil española en la ciudad bonaerense.

¹¹⁶ Se conoce como la leva del biberón a los adolescentes españoles que fueron movilizados por el Ejército Popular en la última fase de la guerra en un intento de recomponer sus filas y dar un vuelco a la contienda.

como si todavía fuera su soldado. En junio de 2023, ochenta y cuatro años después de la inauguración del busto, la escultura del General fue cambiada de localización a la entrada del Centro para darle más visibilidad. Los miembros del CRE rindieron un homenaje a Miaja, el defensor de Madrid, a quien siguen recordando como una de las figuras de referencia del bando republicano español.

3.2 «La voz de un diccionario nuevo». Las dos guerras de las milicianas

Hermana miliciana: sigue iluminando con la luz de tu vivac rojo la cruzada en que estás empeñada: alimenta la fe de quienes seguimos paso a paso la causa que defiendes, que es la nuestra. Tu ejemplo es la brecha que marca el camino a las mujeres de la nueva época. Por todos los ámbitos del mundo repercute vuestro grito de guerra y tu enseña escarlata irradie en el horizonte proletario como un faro de guía y de esperanza.

ELVIRA MEDINA (1936)

La incorporación de mujeres en las milicias populares durante una parte de la guerra fue la evidencia de que un nuevo tipo de mujer se estaba abriendo paso en España. Como recoge Geraldine Scanlon, la notoria participación de las milicianas en el conflicto y en las labores de retaguardia fue “la realización práctica del ideal de la mujer nueva” (Scanlon 1986, 291). Las mujeres habían podido votar por primera vez en 1933 gracias a la aprobación de este derecho en 1931, cuando la República daba sus primeros pasos. Políticas como Victoria Kent, Clara Campoamor y Dolores Ibárruri, a quien estudiaremos en profundidad más adelante, se alzaron como símbolos de las recientes conquistas sociales y políticas obtenidas por las mujeres españolas. La presencia de mujeres en las milicias populares era un nuevo logro, pues les permitía luchar por sus ideales como cualquier hombre. La República, consciente del valor propagandístico de este fenómeno, reivindicó la heroicidad de las mujeres en el conflicto a través de crónicas, poemas, fotografías... En palabras de Mary Nash, “La mitificación poética de la miliciana como heroína popular que trasciende experiencias particulares y la evocación de las milicianas anónimas, muertas o heridas en la guerra como heroínas de las trincheras, proyectaron leyendas populares sobre el valor, la resistencia y la esperanza del pueblo español en armas contra el fascismo” (Nash 1999, 94). En el contexto de la guerra, milicianas y

milicianos necesitaban, como estudiamos en el caso de Antonio Coll, héroes y heroínas que les inspiraran y motivaran para enfrentarse al poderoso ejército profesional de Francisco Franco.

Bajo esa lógica, los carteles propagandísticos diseñados por los republicanos, “con sus imágenes de milicianas jóvenes y bellas”, se dirigían a las mujeres para exhortarlas a “sacrificarse por la causa”, sí, pero también a los hombres, pues creían que les provocaría cierto mal de conciencia al ver que “incluso” las mujeres habían tomado las armas (Wright 2014, 3). La mirada masculina está presente en la mayor parte de los textos aquí recogidos, pues atraviesa la construcción heroica de milicianas españolas como Lina Odena y Paca Solano, a quienes resta méritos heroicos. Esta mirada, además de permear en la representación de la mujer combatiente, parece que favoreció que, a finales de otoño de 1936, los partidos, sindicatos y organizaciones del Frente Popular acordaran, de forma unánime, la retirada de las milicianas del frente, a quienes llegaron a acusar de propagar enfermedades venéreas (Nash 1999, 166). Como veremos a lo largo de este apartado, el concepto de “honra” también jugó un papel determinante en la mitificación de las milicianas, cuya imagen bélica fue afectada por la mirada sexualizada de los intelectuales, que mostraron a la mujer combatiente como vulnerable ante posibles violaciones. En cualquier caso, de acuerdo con Nash, la mayor contribución de las mujeres en la guerra fue en la retaguardia, “en la que realizaron aportaciones decisivas, aunque menos espectaculares, a través de los roles tradicionales que, no obstante, eran absolutamente esenciales para sostener un país en guerra” (1999, 178). Sin embargo, su protagonismo durante los primeros meses del conflicto y la explotación propagandística de su mito facilitaron su consagración en la imagería republicana en España y en el ámbito internacional.

Desde luego, así fue en Hispanoamérica. La presencia de mujeres en las milicias españolas a comienzos de la guerra civil causó una profunda conmoción en las sociedades hispanoamericanas. Para mujeres como la comunista colombiana Elvira Medina, citada en el epígrafe, su papel en el conflicto constituía un espejo en el que mirarse, así como la esperanza de un cambio de raíz en la situación de las mujeres en la política y la sociedad de la época. Sin embargo, para los sectores más derechistas significaba una aberración que debía terminar cuanto antes. El periodista argentino Manuel Corona Cid, a quien le

sorprendió la guerra en España durante su visita como representante de la Unión Hispanoamericana, escribió una “Crónica de la Revolución Roja en España. Mujeres en armas” en *El Diario* de Uruguay a su regreso en noviembre de 1936 para mostrar sus impresiones acerca de las milicianas españolas:

También las mujeres quisieron tomar parte activa en la lucha. Después de los asesinatos fue esto lo más odioso. Se vistieron con el “mono” lo mismo que los hombres, y unas con fusiles y otras con pistolas se confundieron entre los grupos de milicianos. Eran escandalosas e incitadoras al crimen; si un detalle que podría perjudicar a la víctima escapaba a los ojos de los hombres, lo descubrían ellas en el acto. Cocineras, lavapisos, verduleras y dueñas de pequeños puestos en el mercado formaban la mayoría de aquel ejército femenino, sin quedarse muy atrás de estas el número de prostitutas que se hicieron milicianas. Si no fuera suficiente para desvirtuar y condenar el movimiento anarquista la monstruosidad de los actos cometidos, allí estaban aquellas mujeres para colmar los calificativos adversos (Cano Reyes 2017b, 103).

Para Corona Cid, la participación de mujeres españolas de clase trabajadora en la guerra, como las “cocineras, lavapisos, verduleras y dueñas de pequeños puestos en el mercado”, además de las “prostitutas”, a las que se refiere con tono despectivo y clasista, colmaba “los calificativos adversos” que tenía sobre los anarquistas, conocidos por tener numerosas milicianas en el frente de batalla. La descripción de las mujeres que vestían el mismo “mono” que los hombres como “escandalosas” e “incitadoras al crimen” ilustraba la misoginia con la que gran parte de los medios favorables a la sublevación representaron a las mujeres combatientes. Este léxico degradante fue una constante a lo largo del conflicto.

La conmoción causada por las milicianas en la prensa hispanoamericana derechista contrasta con su contrapartida izquierdista, fascinada ante un fenómeno prácticamente sin precedentes cuya única excepción era previa a la guerra, pero no a la República. Aida Lafuente era una comunista de veinte años que, durante la Revolución de Asturias¹¹⁷, sacrificó su vida por cubrir la retirada de sus compañeros, gracias a lo cual se convirtió en un mito heroico para poetas como Rafael Alberti y Raúl González Tuñón. Lafuente, celebrada como una heroína proletaria y una suerte de musa de la izquierda, inspiró el poema de Rafael Alberti “Libertaria Lafuente” en el que, además de reivindicar

¹¹⁷ La Revolución de Asturias fue una huelga revolucionaria que se saldó con 2.000 muertos y entre 30.000 y 40.000 detenidos (Thomas 2001, 136).

su heroico papel en la huelga revolucionaria asturiana, cae en estereotipos de género, cuestión que veremos que se repite en los textos dedicados a las milicianas de la guerra civil: “...y que no niegue esa gente / que esos dos pechos cortados, / que esos brazos arrancados / son libertaria Lafuente...” (1938, 314). Una dinámica común a la imagen de las milicianas en la literatura hispanoamericana y a la construcción de su mito heroico es la feminización de su presencia en la guerra, esto es, la atribución de roles de género asociados a la belleza, la fragilidad e incluso a los riesgos que, como mujeres, corrían al combatir. Los poetas –particularmente los hombres– comparan “su juventud y belleza con atributos de la naturaleza [...] pero también le conceden rango de héroe proletario”, compaginando así la ruptura de estereotipos de género con la limitación de su participación en el conflicto, quedando relegadas a una función secundaria más bien relacionada con la inspiración para sus pares masculinos (Fuentes 1986, 18). Por ejemplo, el símbolo de Alberti de los “pechos cortados” de Aida Lafuente, en palabras de Aida Rodríguez Campesino, tiene mucho que ver con el símbolo del “pecho descubierto” que tradicionalmente “se ha asociado con la libertad” y, también, como una “destrucción simbólica de la maternidad” (Rodríguez Campesino 2017, 348). En ese sentido, creemos que la inclusión de tópicos femeninos en la representación de las milicianas exige, tal y como argumenta Mary Nash, un “análisis de la iconografía de la guerra, de la representación cultural de la miliciana o la forma de vestirse de las mujeres durante aquella”. Aunque “puede parecer poco relevante a primera vista”, dicho análisis nos permitiría “descifrar las imágenes culturales y los símbolos representativos de género”, para “examinar la experiencia de las mujeres y de entender mejor los procesos de cambio efectuados en su identidad cultural y en el propio tejido social”, aspecto central en el presente apartado (Nash 1999, 92).

El otro conocido poema sobre la “musa” de la Revolución de Asturias fue escrito por Raúl González Tuñón, argentino de origen asturiano que presenció durante uno de sus viajes a España las terribles consecuencias de la represión durante la huelga revolucionaria de Asturias. Publicado en la revista madrileña *Milicia Popular* en octubre de 1936 bajo el título de “La Libertaria”, estaba dedicado a “la memoria de Aida Lafuente, muerta en la cuenca minera de Asturias” y escrito en la capital española en 1935, un año después de la huelga y uno antes del estallido del conflicto (González Tuñón 1936a, 2).

Una lectura atenta del texto nos permite, como sugiere Nash, ahondar en la representación de la imagen de las milicianas —o más bien, en este caso, una mujer revolucionaria—, que pese a situar a Lafuente en el más alto pedestal de los mártires de la izquierda, no deja de caer en estereotipos que veremos reproducidos en gran parte de los textos¹¹⁸ sobre las milicianas durante la guerra:

Cuando desfilan los guardias de asalto,
cuando el obispo revista las tropas,
cuando el verdugo tortura al minero,
ella, agitando su túnica roja,
quiere salir de la tumba del viento,
quiere salir y llamaros hermanos
y renovaros valor y esperanza
y recordaros la fecha de Octubre
cuando caían las frutas de acero
y estaba toda manchada de España
y estaba toda la novia de Octubre
y estaba toda la rosa de Octubre
y estaba toda la novia de España (González Tuñón 1936a, 2).

Se trata de un endecasílabo dactílico, caracterizado por tener acentos de intensidad en la cuarta y séptima sílabas, y está asociado a poemas enfáticos. En este caso, ese énfasis que nos da la estrofa tiene que ver con el fuerte contraste que se plantea entre los elementos asociados al enemigo —“los guardias de asalto”, “el obispo”, “el verdugo”—, que se nos presentan en una ráfaga enumerativa, y la conversión de Aida Lafuente en mito, con esa repetición copulativa que va añadiendo significado al símbolo heroico. Con relación al léxico, el uso de palabras como “novia” y “rosa”, asociadas a la representación literaria femenina, será una constante en la literatura hispanoamericana prorrepublicana, cuestión que analizaremos en profundidad en los apartados dedicados a las milicianas Paca Solano y Lina Odena.

Para organizaciones pro-emancipación de la mujer como el Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCH)¹¹⁹ o militantes comunistas como la ya

¹¹⁸ El poeta argentino J. González Bayón escribió un poema dedicado a Aida Lafuente también bajo el título de “La Pasionaria” en el que está también presente el símbolo de la “santa”, que veremos asimismo en la construcción heroica de Dolores Ibárruri.

¹¹⁹ Curiosamente, el diario chileno *La Mujer Nueva*, órgano de expresión del Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres de Chile, cuenta a sus lectoras que la hermana de Aida Lafuente, Pilar, se

aludida Elvira Medina, la participación de la mujer en el frente de batalla era una victoria más de los republicanos. Marta Vergara, en su “Elegía a la mujer española”, publicada en *La Mujer Nueva*, se dirigía así a sus compañeras españolas: “Tú, mujer española, tú eres quien ha mostrado al mundo con tu odio santo que el fascista es el chacal hambriento que está en acecho de la humanidad” (Vergara 1936, 7). El binarismo presente en otras temáticas de la literatura sobre la guerra se extiende en el texto de Vergara a la lucha de las mujeres, pues es el “odio santo” –referencia a la Iglesia– el que las mueve a luchar contra el “chacal hambriento” que representa el fascismo. Sin embargo, y a pesar de la reivindicación en clave de género, algunos sectores de este movimiento no dejaban de lado otro de los grandes tópicos de la imagen de la mujer republicana en la literatura y prensa hispanoamericana, la maternidad:

Mujer española santificada por todos los dolores, hoy nos ponemos a tu lado de rodillas y pedimos para ti el homenaje de todas las que gracias a tu heroísmo no verán tal vez el sacrificio de los suyos. Si el mundo llega a detener la barbarie del fascismo, será debido a todo lo que sufres, madre española (Vergara 1936, 7).

La configuración heroica de las milicianas queda, por lo tanto, sujeta a dos fuerzas que, lejos de ser antagónicas o contrapuestas, conviven en los textos producidos por los intelectuales hispanoamericanos durante la guerra civil. Así, en la conversión en heroínas populares de Paca Solano y Lina Odena, dos de las más afamadas milicianas mártires del conflicto español, coexisten la ruptura de los roles tradicionales de las mujeres en una España nueva que trataba de quitarse el yugo de siglos de opresión y, al mismo tiempo, la fragilidad, ternura y papel de musa comúnmente asociados a las mujeres independientemente de sus logros bélicos, políticos o sociales.

alistó como miliciana y que “recibió ahora, a su vez, tres heridas causadas por el estallido de una bomba, en el momento en que acudía en socorro de los mineros heridos” (*La Mujer Nueva* 1936a, 6).

3.2.1 «Ay, quien pudiera morir / como Francisca Solana / que se fue con un fusil / a luchar a la montaña». La heroína de El Espinar

Francisca Solano era una joven miliciana de origen toledano que desapareció en el frente de la Sierra de Madrid el 26 de julio de 1936. Su potente historia –o mito mediático, a falta de conocer los detalles veraces de lo que le aconteció– cuenta que Solano fue apresada y posteriormente asesinada por soldados franquistas por quedarse a socorrer a los heridos del hospital del Espinar. Su sacrificio, al igual que en el caso de Antonio Coll, le hizo merecedora de formar parte del panteón de héroes populares del bando leal. Cuando hablamos de la construcción mediática de la historia de Francisca, más conocida como Paca, nos referimos a la ausencia de referencias que sustenten con algún tipo de prueba documental su papel y muerte durante el conflicto más allá de las piezas periodísticas y fotografías a las que aludiremos más adelante. A diferencia de otros miles de milicianos muertos en combate o civiles represaliados durante la guerra y la posterior dictadura, cuyas muertes y juicios aparecen en los registros oficiales, en una primera búsqueda no pudimos obtener documentación sobre Francisca Solano. Su nombre no figura en los listados del Portal de Archivos Españoles (PARES), archivo de las víctimas de la guerra civil española y represaliados del franquismo del Ministerio de Cultura y Deporte del Gobierno de España, ni tampoco en el buscador virtual de *combatientes.es*.

La única referencia que hemos encontrado pertenece al libro *De la esperanza a la persecución. La represión franquista en la provincia de Segovia* (2005) de Santiago Vega Sombria, en el que sí se recoge el episodio del Espinar, pero con una ligera y significativa variación en el apellido de la miliciana. En palabras de su autor:

A raíz de la toma y control de El Espinar, durante unas horas del 25 de julio, por parte de las fuerzas republicanas de Madrid bajo el mando del capitán Sabio (quinientos hombres del Círculo Socialista del Oeste de Madrid, ‘con tres mujeres’), cuatro milicianos fueron fusilados por la causa 112/36, contra Francisca Solana García y siete más, vista en procedimiento sumarísimo (2005, 323).

Vega Sombria cita el auto del juez instructor, el capitán sublevado Antonio Blanco García, correspondiente al 30 de julio de 1936 y parte del sumario 112/36, que se puede consultar en el Archivo General del Ministerio de Defensa:

El 25 de julio, numerosos grupos de individuos pertenecientes a las llamadas milicias rojas ocuparon El Espinar izando la bandera roja en el Ayuntamiento y atemorizando al vecindario, hasta que fuerzas de la Guardia Civil salidas de Segovia, al mando de dos oficiales del Instituto y otro del Ejército consiguieron tras fuerte tiroteo hacer huir a los revoltosos consiguiendo detener a Francisca Solana, Manuel García Mullar, Domingo Martín Barrios, Moisés Alonso Álvarez, Simeón García Martínez, José López Jiménez, José Picazo Ciné, José Aguilar Roldán y Enrique Castelló Castelló, todos los que tenían armas en la mano... Resultando que Manuel García, Domingo Martín, Simeón García y José López penetraron en unión de otros conocidos en las escuelas públicas, y sacaron del mismo, convertido entonces en hospital de sangre a algunos heridos y enfermos, disparando sobre dos de ellos, uno oficial del Ejército y otro paisano, no continuando en tan sangrientos designios por influjo de la procesada Francisca Solana que intercedió cerca de los grupos para que no siguieran por el camino emprendido [...]. Fallamos que debemos condenar y condenamos [a los apresados] como ejecutores de un delito de rebelión militar con una circunstancia aparente muy cualificada a la pena de muerte (2005, 323).

De acuerdo con la información que maneja el historiador, los fusilados fueron Simeón García Martín, de 19 años, Manuel García Mullar, de 24, José López Jimeno, de 34, y Domingo Martín Barrios, de 18, mientras que otros tres de los milicianos enjuiciados recibieron condenas de cárcel de treinta años. La información obtenida en el libro de Vega Sombria es reveladora. Según parece, Francisca Solano no fue condenada a muerte y, además, el propio juez que la encausó aseguró que “intercedió cerca de los grupos para que no siguieran por el camino emprendido”, es decir, que trató de contener la situación y evitar más disparos entre ambos bandos. Tal y como lo describe el autor de la causa, esta intercesión fue considerada un atenuante, razón por la cual creemos que no fue fusilada, al menos, en ese momento.

Otro dato quizá aún más significativo radica en el nombre. Casi todas las referencias que existen, tanto españolas como hispanoamericanas, hablan de Paca o Francisca Solano, mientras que en el sumario se la denomina Francisca Solana García. Una vez hecho este descubrimiento y después de modificar los datos de búsqueda, los archivos de combatientes republicanos y víctimas del franquismo y la guerra antes citados arrojan jugosos resultados. En el Archivo General Militar de Guadalajara se conservan documentos de la Comisión Central de Examen de Penas, organismo franquista capaz de decidir si una pena era conmutada o, por el contrario, se mantenía. En uno de los documentos de este Archivo, correspondiente al de las penas ordinarias conmutadas, aparece el nombre de Francisca Solana García, juzgada en Segovia –al igual que en la

referencia que maneja Vega Sombria– y la información de su expediente, el 3977, que se encuentra en la caja 300245 del Archivo. De acuerdo con este documento, la pena que había recaído sobre la miliciana fue, efectivamente, conmutada por otra de seis años y un día de prisión mayor, por lo que, al menos oficialmente, parece que no fue fusilada. Es muy probable que así lo fuera de forma extrajudicial –recordemos que la represión del bando sublevado y de la dictadura posterior fue feroz–, pero hoy en día y con los datos que manejamos la historia de Paca Solano –o Solana– podría haber continuado más allá del episodio de El Espinar y su detención en Segovia («Penas ordinarias conmutadas» 1940). Una vez esbozadas las complejas aristas del caso de Paca Solano, abordaremos la construcción de su mito heroico por parte de la prensa republicana española y los intelectuales hispanoamericanos, que recogieron el testigo y divulgaron su gesta al otro lado del Atlántico.

3.2.1.1 «¡Debemos ir a coger el fusil, tío!». La forja del mito heroico

La leyenda de Paca Solano comienza, como no puede ser de otra forma, en la prensa republicana madrileña. Hay referencias a su gesta mártir en *Claridad*, periódico del sindicato UGT (*Claridad* 1936, 6) y en el diario *ABC* de Madrid el 28 y 29 de julio, respectivamente. Es en este último periódico donde aparece una fotografía de Solano junto a otros milicianos, que ocupa toda una página, bajo el título “Una heroína de la intentona fascista” y con un breve texto que destaca lo “bellísima” que era, mostrando la visión patriarcal que gran parte de los republicanos tenían en torno a la participación de las mujeres en las milicias (1936, 3). Sin embargo, es en *Estampa* donde encontramos el reportaje más determinante en la construcción heroica de la miliciana, pues sabemos a ciencia cierta que la pieza cruzó el Atlántico para, al menos, llegar a las costas argentinas y ecuatorianas. Esta revista era muy leída por las mujeres republicanas, ya que en sus páginas había una copiosa cantidad de artículos e imágenes dirigidas al público femenino, siendo las milicianas algunas de sus protagonistas.

El texto, que abarca hasta tres páginas, despliega toda una historia de superación, actitud militante y, sobre todo, épica heroica desde una perspectiva marcadamente

femenina. En los primeros párrafos, el escritor y periodista burgalés Eduardo de Ontañón, autor de la pieza, lanza una curiosa reflexión sobre la importancia de los medios de comunicación en la construcción de los héroes populares republicanos en el contexto frenético de la guerra: “Las cosas se suceden ahora con mucha prisa. La historia crea sus anécdotas a velocidad máxima de rotativa. Hoy está todo normal, mañana sucede esto, al día siguiente ha quedado estampado para siempre en la gran lápida donde todos imaginamos que se escribe la historia...” (1936, 10). La descripción que de Ontañón hace de Paca Solano, a quien bautiza como “la heroína del Espinar”, parte de un retrato atravesado por los estereotipos de género asociados a las mujeres, pero con ciertas rupturas a causa de su extracción obrera y su militancia izquierdista: “Francisca Solano era una muchacha alta, guapa, bien plantada. Tranquila en sus ademanes, serena, pero no dada a las graciosas tonterías de las otras, sino reflexiva y entusiasta de las conquistas sociales” (1936, 10). Solano, que provenía de un pequeño pueblo de Toledo, se había mudado a Madrid a la casa de sus tíos, porteros de un edificio, para trabajar primero como enfermera y, hasta el comienzo del conflicto, como encargada de una pensión. De Ontañón destaca que, más allá del trabajo, la miliciana siempre había sido “afiliada y entusiasta de las organizaciones obreras”, poniendo el punto de mira en la actitud militante de la joven Solano, elemento clave para su posterior paso al frente en las milicias populares (1936, 10). El reportaje, con claras intenciones propagandísticas que buscaban alentar al resto de las mujeres a tomar las armas junto a los milicianos, explicaba cómo Paca Solano había decidido dar el paso y alistarse. Lo curioso, teniendo en cuenta que de Ontañón no parece haber tenido relación alguna con la miliciana, es que este proceso se ilustra con un diálogo entre Paca Solano y sus tíos durante una sobremesa el 24 de julio:

- ¡Debemos ir a coger el fusil, tío! ¡Y debíamos hacerlo hoy mismo!
- Pero, chica, ¿cómo quieres que vaya yo al frente dejando aquí cuatro chicos pequeños?... Puedes ir tú, pero de enfermera, que es lo que sabes...
- No. Nada de enfermera. ¡Yo quiero ir a batirme con los facciosos! (de Ontañón 1936, 10).

Nos parece fundamental la ruptura los roles de género asociados a las mujeres que el autor del reportaje muestra en el diálogo. Paca Solano no quiere limitarse a ejercer como enfermera en el frente, ocupación tradicional de la mujer en la guerra, sino que quiere “coger el fusil” y luchar ella misma con los sublevados, al igual que los milicianos

varones. Una vez tomada la decisión, la toledana acudió al Círculo del Oeste a alistarse en las milicias, donde todavía se comentaba “la decisión y la energía que expandía su noble actitud” y, ya al anochecer, “se presentó en la calle de Benito Gutiérrez con el mono, el fusil, el gorro y las alpargatas cuarteleras... ¡Era un miliciano!” (1936, 10). Paca Solano, decidida y entusiasta ante la adversidad de la guerra, gritó a su tía “¡Me voy a luchar!” y, con el puño levantado “con la alegría decisiva que pudieron tener todas las heroínas de que se habla por España”, se fue, “fusil al hombro”, para no volver. La metamorfosis ejemplar de Paca Solano, la heroína popular y mártir del Espinar, había comenzado. Al día siguiente ocurrió la tragedia. De Ontañón, haciendo uso de declaraciones de milicianos que habían compartido batallón con Solano, relata la muerte heroica de la miliciana, convertida en mártir. El primero era un compañero suyo del Círculo del Oeste que había presenciado todo lo acaecido hasta su desaparición:

Salimos una pequeña columna, en la que venía Paca, al mando del capitán Sabio, y haciendo una maniobra envolvente entramos en El Espinar sin disparar un solo tiro. Preguntamos a un labrador. “Aquí todo está tranquilo”—nos dijo—. Entonces fuimos al Ayuntamiento, pusimos la bandera y buscamos al alcalde, que estaba trabajando la tierra... Paca y Carmen Robles, que eran las dos muchachas de la columna, fueron juntas hacia la plaza... Cuando estábamos en esto, vimos venir a unos cuantos guardias civiles por la carretera. Levantaron el puño. “¡Salud, compañeros! Este pueblo está tranquilo...”. De pronto, hubo un aviso de que por la carretera se acercaban los rebeldes. Nos dispusimos a defender el pueblo, pero como estábamos metidos en el terreno, sentimos que otro grupo nos atacaba por la espalda y hubo que replegar... Cuando nos vimos todos juntos de nuevo, se notó la falta de Paca y de un miliciano (1936, 10-11).

A partir de su misteriosa ausencia, se sucedieron los rumores y las distintas versiones sobre lo que había acontecido: “Unos decían que la habían llevado prisionera; otros, que cuando la apresaron había matado a un teniente rebelde; otros, en fin, que la habían fusilado...” (1936, 11). A juzgar por las versiones difundidas por la prensa hispanoamericana *a posteriori*, todo apunta a que nunca quedó claro cuál era la verídica. Mientras tanto, los milicianos que iban llegando al Círculo del Oeste, donde de Ontañón recababa información, le contaban “con gran elogio” la actitud y el “enérgico dinamismo de Francisca Sótano” hasta que una miliciana, la antes aludida Carmen Robles, pudo completar la historia tras su desaparición:

Al entrar en el pueblo íbamos las dos juntas apuntando con nuestros fusiles. Habían herido a un compañero, y Paca, al ver que lo llevaban al hospital, dijo; “¡Pobrecillo! ¡Y no habrá

quien lo cure!”. Y se fue tras de él. Yo me había fijado que el hospital decía pertenecer a la JONS y se lo advertí, pero no me hizo caso. Vi cómo entraba y seguí para la iglesia grande... Luego, cuando replegamos y noté su falta, lloré de coraje... ¡Se ha quedado en el hospital por curar a nuestro compañero! ¡Y la habrán cogido!... ¡Maldita sea! ¡Si me llegan a dejar, voy yo sola a por ella! (1936, 11-12).

La valerosa acción de Paca Solano, que sacrificó su vida para acompañar y curar a un compañero en un hospital que, según relata Robles, pertenecía a la organización sublevada JONS –Juntas de Ofensiva Nacional-Sindicalista–, era fruto de un “magnífico impulso de mujer de raza”, de un nuevo tipo de mujer proletaria que, “de la noche a la mañana, cuando no habían pasado aún veinticuatro horas de su marcha, se había convertido en una heroína popular, alabada por todas las voces de las gentes” (1936, 12).

Vista la versión manejada por la prensa republicana, nos parece relevante contrastarla con el auto sublevado que citamos unos párrafos arriba. En ese documento se habla de tres milicianas, mientras que en la prensa figuran solamente dos: Paca y Carmen Robles, testigo que da su testimonio. En los artículos, Paca Solano se sacrifica cuando los republicanos están en plena retirada para socorrer a los heridos del hospital, mientras que en el auto franquista –que, evidentemente, hay que poner en tela de juicio– se dice que la miliciana de origen toledano se interpuso entre los soldados de ambos bandos para que detuvieran la refriega. En ambas versiones la actitud de Solano –o Solana, es difícil determinar cuál usar– es humanitaria y, hasta cierto punto, heroica. Sin embargo, de ser cierta la versión franquista –que, recordemos, sirvió como atenuante para conmutar la pena de la miliciana– la historia de Paca Solano probablemente no habría trascendido a la prensa, pues su historia estaría desprovista de épica o sacrificio mártir, y por lo tanto no habría formado parte del panteón de héroes populares republicanos. Más allá de especulaciones, veamos cómo se desarrolló su mito y de qué forma llegó a Hispanoamérica.

3.2.1.2 De la prensa a la literatura. La consagración heroica de Paca Solano en España

Al igual que en el caso de Aida Lafuente durante la Revolución Asturiana de 1934, el reportaje sobre Paca Solano ayudó a que su leyenda heroica diera el salto a la literatura. El primer poema del que tenemos constancia es el “Romance de Paca Solano” del español José Balbontín, que fue publicado el 18 de agosto de 1936 en el periódico *Ahora* de Madrid¹²⁰. El poema está acompañado de la misma fotografía publicada en el *ABC* el 29 de julio, en la que Paca Solano posa ante la cámara con mirada fija y seria y sosteniendo un fusil con ambas manos. La primera estrofa del poema parece jugar con el misterio en torno a su desaparición, pues el sujeto lírico se dirige a los animales y a los pastores de la zona para averiguar su estado y paradero: “Pastores del Guadarrama, / cabrerillos de Collado, / palomas de los pinares, / cigüeñas del campanario: / decidnos qué fue de aquella / rosa encendida de mayo, / capitana de la tropa / leal, Francisca Solano” (Balbontín 1936b, 2). El primer testigo en responder al sujeto poético fue una alondra, un ave característica de la Sierra de Madrid, que afirmaba haberla visto por San Rafael “fusil al hombro, cantando”, mientras soñaba “en el triunfo”. Se subraya así la actitud optimista y juvenil que ya hemos leído en el artículo de *Estampa*. En una clara descripción feminizada ausente en los poemas sobre milicianos varones, se dice que Paca Solano llevaba “amapolas de Castilla, / colgadas de su peinado” y que, poco después y debido a su ensoñada actitud, “sus pobres pies cayeron / en la traición sin notarlo”, hecho que, como veremos, se repite en uno de los poemas argentinos sobre la toledana. Según la versión de Balbontín, los soldados franquistas “la prendieron en sus redes / la llevaron a su campo, / y al verla tan española, / fuera de ley la mataron”, con el objetivo de denostar al enemigo, que la ejecutó cobardemente y por ser “tan española”. De esta forma, situaba al adversario franquista en un terreno contrario a esa ‘españolidad’ que representaba la miliciana madrileña. La siguiente testigo fue “una cigüeña piadosa” que, entre sollozos, afirmó ver cómo los “cuatro monstruos” –de nuevo, un recurso para deslegitimar a los soldados franquistas– la habían enterrado “al pie de un pino sin ramas”. El ave, “al ver tan sola su

¹²⁰ Dirigido por Luis Montiel con Manuel Chaves Nogales como subdirector, *Ahora* era un periódico de ideología más bien centrista.

tumba”, fue volando en busca de clavelinas, una flor de la zona, pero, cuando volvió, el bosque estaba en llamas, arrasado “por el furor de los viles / que huyeron amedrentados”. De nuevo, más flores¹²¹: las cenizas del cuerpo de Paca Solano “huelen a rosa y nardo” y ciegan a su paso “la risa de los arroyos / y el florecer de los campos”. Las referencias a las flores apuntan hacia una cuestión que ya hemos adelantado en párrafos anteriores: asociar a las milicianas con la fragilidad y belleza femenina y, al mismo tiempo, contrastar esas características con sus potentes atributos guerreros.

El poema de Balbontín no finaliza con la muerte de Paca Solano. Un nuevo testigo aparece: se trata de un “cabrerillo del monte” que llega al sujeto lírico “con el puño en alto” y afirma, entre gritos, que la miliciana no ha muerto: “¡Adelante, camaradas, / que he visto a Paca Solano! / No es cierto que la matasen / los criminales de Franco. / Está en la cumbre más alta, / vestida de miliciano. / Lleva en sus manos triunfales / claveles ensangrentados”. Esta particular y simbólica resurrección, otra vez de la mano de unas flores, aunque en esta ocasión estén ensangrentados por el asesinato de la miliciana, hace que Paca Solano adquiera un aura mística que la aúpa al panteón de héroes populares republicanos, para convertirse en una suerte de faro de esperanza para sus compañeros milicianos: “Hasta la cumbre en que sueña / la capitana Solano, / hasta besar los claveles / sangrientos de su peinado, / hasta que toda la Tierra / que hoy es un gran camposanto, / se vuelva huerto florido / para el Pueblo libertado” (1936b, 2).

3.2.1.3 Propaganda y estereotipos de género en la prensa y literatura hispanoamericanas

Tanto el reportaje de *Estampa* como el poema de Balbontín cruzaron el Atlántico. El “Romance de Paca Solano” arribó al Río de la Plata para ser publicado en el diario *España Republicana* de Buenos Aires, periódico de la comunidad progresista española, el 5 de septiembre de 1936, poco más de dos semanas después de aparecer en *Ahora*, lo

¹²¹ Este fenómeno no es casual. La investigadora Diane Wright, especializada en la imagen de la miliciana en la literatura española, señala que “la imagen de la rosa es frecuente” en la descripción de las milicianas españolas y aporta el ejemplo de dos poemas, uno dedicado a Rosario la Dinamitera y otro a Encarnación Jiménez, que de acuerdo con nuestra investigación no llegaron a cruzar el charco (Wright 2014, 92).

cual da cuenta de la relativa facilidad con la que circulaban noticias y literatura entre España y Argentina. Bajo el título “Las heroínas de la democracia” y el subtítulo “Romance de Francisca Solano”, está acompañado de la misma fotografía del ABC y de *Ahora*, pero en esta ocasión también con una descripción de la mártir del Espinar: “Francisca Solano, la brava muchacha del pueblo, hija digna de las patriotas de 1808, que, postergando las prerrogativas de su juventud y su belleza, opuso su pecho al empeño de los traidores de imponer un nuevo yugo a España” (Balbontín 1936a, 5). La referencia a la guerra de la Independencia española no es baladí, como ya hemos comprobado en el segundo

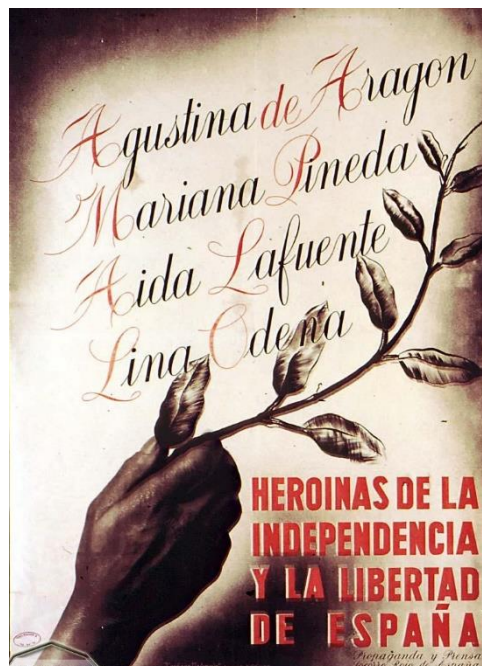


Ilustración 1. “Agustina de Aragón, Mariana Pineda, Aida Lafuente, Lina Odena: heroínas de la independencia y la libertad de España”, Gráficas Valencia.

apartado de este trabajo¹²². La participación de las mujeres durante esa guerra no tenía precedentes y ayudó a gestar un nuevo paradigma del papel de las mujeres en la vida pública española a través de figuras heroicas como Agustina de Aragón, Manuela Malasaña e incluso Mariana Pineda¹²³, que, si bien no participó en la guerra, es considerada una heroína mártir de la España liberal de inicios del siglo XIX, la misma que forjó esa identidad popular de la nación española. Este recurso discursivo y propagandístico era parte de una estrategia política cuya aspiración era trazar una continuidad entre la lucha de las mujeres liberales y/o de la guerra de la Independencia

¹²² En ese apartado estudiamos la relevancia del mito de la guerra de independencia en la configuración del pueblo como héroe pues fue durante este conflicto –que, recordemos, es una pieza fundamental del nacionalismo español– cuando las masas populares empezaron a cobrar importancia política y a ser parte esencial de la identidad de la naciente España.

¹²³ Un ejemplo de este fenómeno lo encontramos en un cartel (Véase ilustración 1) confeccionado por la Delegación de Propaganda y Prensa, organismo dependiente de la Subsecretaría de Propaganda de la Junta de Defensa de Madrid en cual aparecen los nombres de Agustina de Aragón, Mariana Pineda, Aida Lafuente y Lina Odena en tamaño grande con un pequeño texto debajo que reza “Heroínas de la independencia y libertad de España” («Agustina de Aragón, Mariana Pineda, Aida Lafuente, Lina Odena: heroínas de la independencia y la libertad de España», s. f.). A modo de curiosidad, la Delegación de Propaganda y Prensa estaba dirigida por el padre de Aida Lafuente, Gustavo Lafuente (García Carrión 2009, 130).

con la de principios del siglo XX, cuestión que, como ya señalamos, permeó en la literatura y prensa hispanoamericanas.

Parece que el poema de Balbontín no fue el único texto en llegar a Argentina. El periódico cordobés *La Voz del Interior* publicó un artículo sobre la gesta de Solano el 11 de septiembre de 1936, una semana después de aparecer el poema de Balbontín en *La Nueva España*. El texto, titulado “Paca Solano, heroína de la República” en tamaño grande, está acompañado de dos fotografías de la miliciana, que coinciden con las dos primeras imágenes del reportaje del periódico español *Estampa*. No es esta la única similitud entre ambos artículos. Unas páginas atrás citábamos la reflexión articulada por de Ontañón, autor del texto original, sobre el escaso tiempo que se necesitaba para que un miliciano –o miliciana– se convirtiera en todo un referente heroico: “La historia crea sus anécdotas a velocidad máxima de rotativa. Hoy está todo normal, mañana sucede esto, al día siguiente ha quedado estampado para siempre en la gran lápida donde todos imaginamos que se escribe la historia...” (1936, 10). El reportaje de *La Voz del Interior* que, por cierto, carece de firma o referencia, ofrece una cavilación, en nuestra opinión parafraseada –con poca fortuna– del original, sobre el mismo tópico: “Los días se suceden vertiginosamente. Los hechos se suceden vertiginosamente. El ser anónimo de ayer es el ser célebre de mañana. Han pasado vertiginosamente las veinticuatro horas necesarias. Es la guerra” (*La Voz del Interior* 1936b, 9). No es el único paralelismo, pues, poco más adelante, nos topamos con un párrafo copiado, literalmente, del reportaje de *Estampa*¹²⁴.

Es evidente que la redacción del periódico cordobés tuvo acceso, al igual que en el caso del diario porteño con el poema de Balbontín, a tal reportaje. Aun así, hay algunas secciones del texto que sí parecen originales y que arrojan reflexiones reveladoras sobre la construcción del mito en Argentina. Por ejemplo, el autor o los autores de la pieza

¹²⁴ La cita en cuestión es la siguiente: “¡Fue muy interesante esa acción! Salimos una pequeña columna, en la que venía Paca, al mando del capitán Sabio, y haciendo una maniobra envolvente entramos en El Espinar sin disparar un solo tiro. Preguntamos a un labrador. ‘Aquí todo está tranquilo’ –nos dijo–. Entonces fuimos al Ayuntamiento, pusimos la bandera y buscamos al alcaide, que estaba trabajando la tierra... Paca y Carmen Robles, que eran las dos muchachas de la columna, fueron juntas hacia la plaza... Cuando estábamos en esto, vimos venir a unos cuantos guardias civiles por la carretera. Levantaron el puño. ‘¡Salud, compañeros! Este pueblo está tranquilo...’. De pronto, hubo un aviso de que por la carretera se acercaban los rebeldes. Nos dispusimos a defender el pueblo, pero como estábamos metidos en el terreno, sentimos que otro grupo nos atacaba por la espalda y hubo que replegar... Cuando nos vimos todos juntos de nuevo, se notó la falta de Paca y de un miliciano” (*La Voz del Interior* 1936b, 9).

comentan que, dentro de la larga lista de héroes populares españoles, “no podía faltar [...] el nombre de algunas mujeres” como el de la antes citada Aida Lafuente, “la joven minera que murió disparando su ametralladora y cuya figura ha sido cantada en patéticos versos por nuestro poeta Raúl González Tuñón”. A través de esa continuidad histórica que comentábamos unos párrafos atrás –sin llegar a remontarse a la guerra de la Independencia–, el autor inscribe a Paca Solano en el panteón de héroes españoles tras afirmar que, gracias a su gesta, se ha transformado en un “símbolo popular”. Si bien la versión cordobesa del reportaje de *Estampa* copia o parafrasea la fuente original, respeta los temas centrales del texto, como el enfrentamiento con su familia y el momento en que se va para no volver: “Y quién va a cuidar de estas criaturas, de tus primitos, sin amparo y sin quien les mantenga... La portería no se atiende sola... [...] Y Paca Solano se fue rumbo al sindicato a exigir su puesto en las filas y su fusil para la defensa”. Lo que sí es plenamente original y sin precedentes es su versión de la muerte, aunque respeta las partes del mito inicial en torno a la amenaza de la presencia de los sublevados y la asistencia a los heridos en el hospital: “Y los rebeldes que la vieron armada y en son de guerra, la apresaron para fusilarla más tarde en la plaza del pueblo por haber intentado curar a un herido”. Ese supuesto –y a todas luces ficticio– fusilamiento en la plaza pública otorgó a Solano, en palabras del autor, “una inmortalidad que le costó la vida”. No obstante, su participación en la guerra y su muerte eran aún más trascendentes para el periódico cordobés por el hecho de que fuese mujer. En ese sentido, la redacción de *La Voz del Interior* enfatizaba el empoderamiento de las mujeres con su presencia en el conflicto y la influencia que tenían en el pueblo español:

Y cuando la mujer cobra su totalidad espiritual, su plenitud mental y de conciencia, entonces no tiene ninguna diferencia frente al hombre en la elaboración de la historia. Es por eso que junto a los héroes masculinos, su heroísmo resalta y se fija más en la mente del pueblo, en donde queda grabado su recuerdo, como uno de los tantos focos místicos por donde se aferra el alma a la vida, para lanzarse a la conquista de su futuro (*La Voz del Interior* 1936b, 9).

A pesar de la significación política del papel de milicianas como Paca Solano en la guerra –aunque, como sabemos, fue cuestión de meses que fueran retiradas del frente y quedaran relegadas a tareas de retaguardia–, parece que los poetas argentinos prorrepúblicanos que tomaron el testigo de Balbontín prefirieron resaltar otras cuestiones

más “feminizadas” que poco o nada tenían que ver con la ruptura de roles de género y la consolidación de la mujer en la vida política. El entrerriano Alfonso Sola González escribió tres poemas sobre el conflicto español, uno de ellos sobre la miliciana toledana, “Francisca Solana”, que curiosamente respeta el supuesto apellido real de la miliciana, fue publicado en *La Nueva España* –además de en la revista *España Nueva* de Santiago de Chile– año y medio después del poema de Balbontín y de la noticia copiada de *Estampa* en *La Voz del Interior*, pero, a juzgar por la representación que dibuja de la figura de Solano, creemos que no se basó en ellos para escribirlo, salvo quizá por un detalle particular de la versión de los hechos.

El poema comienza situándonos –correctamente– en el mes de julio en el que acontecen la gesta y la pronta muerte de Solano: “En julio fue a la guerra / Paca Solana. / Y en julio la trajeron¹²⁵ / las milicianas” (Sola González 1937, 4). A continuación, el poeta entrerriano lanza el símbolo de la rosa que el propio Balbontín utilizó en su poema: “Venía con la rosa / gris de las balas, / sobre los hombros dulces / de las muchachas”. La imagen de “la rosa / gris de las balas” y la referencia a los hombros de las milicianas como “dulces” chocan con la representación de los milicianos varones, pues embellecen el combate de las mujeres y, por tanto, parece quitarle importancia a su presencia en la guerra, como si fueran parte del decorado militar. Lo que sí destacamos del poema en cuanto a la trascendencia simbólica de la miliciana es el impacto de su muerte de Solano para las mujeres españolas, quienes anhelan ser ella o, al menos, alcanzar esa categoría heroica:

Por los pobres caminos
las niñas cantan,
la canción de la virgen
Paca Solana.
Ay, quien pudiera morir
como Francisca Solana
que se fue con un fusil
a luchar a la montaña.
Ay, palomas, ay, fusiles
de los obreros de España.

¹²⁵ Ese “la trajeron” no se corresponde con la historia oficial de la miliciana ni tampoco con el mito gestado por la prensa republicana, por lo que suponemos es una licencia que toma Sola González para enfatizar la presencia femenina en la guerra. La historia oficial solo reconoce la presencia de otra miliciana más en ese frente.

Ay, quien en julio viniera
en hombros de las muchachas (1937, 4).

El paralelismo que establece entre la virgen y Solano, así como el uso del símbolo de la paloma, cargado de connotaciones de inocencia y pulcritud, refuerza la idea de que, si bien el poeta da importancia al sacrificio heroico de la toledana, no lo sitúa a la misma altura que sus equivalentes masculinos.

En esa misma línea se mueve Álvaro Yunque, intelectual conocido por su militancia comunista y su presencia en los diarios y revistas más alineados a la izquierda en Argentina. Yunque dedicó uno de los poemas de su libro *España, 1936*, publicado en 1937, a la miliciana. En él, a través de un léxico cargado de estereotipos de género, relata su historia a los lectores: “Francisca Solano, joven / Miliciana que a luchar / Saliste bella y bravía, / Por el Frente Popular; / Francisca Solano, fuiste / De las que, con torrental / Embate, a los mercenarios / Quitaron el Espinar”. La mención a su belleza, que ya apunta a esa descripción atravesada por los roles de género, no es nada comparada con lo que viene a continuación, donde Yunque atribuye a su carácter femenino no solo su fatídica muerte sino también las posibles consecuencias de ser apresada por los sublevados: “Mujer hasta al guerrear / Dejas el arma y te pones / Un camarada a curar; / Francisca Solano, y lo haces / Con tan femenino afán / Que las enemigas tropas / No oyes de nuevo tornar; / Francisca Solano, ahora, / Joven y bella, estarás / Prisionera de los brutos, / De su lujuria quizás...” (Yunque 2006, 41-42). La diferenciación entre las milicianas y los milicianos, marcada por el verso “Mujer hasta al guerrear”, el “femenino afán” que le impide darse cuenta de que los franquistas se aproximan y, sobre todo, la súbita amenaza de una violación, ilustran el distintivo tratamiento mediático y literario de las milicianas respecto a sus equivalentes masculinos.

Desde luego, la prensa estaba llena de este tipo de referencias y así lo demuestra la presencia mediática de Paca Solano en el Ecuador. Según Binns, la leyenda de Paca Solana –no Solano– arribó al diario *El Telégrafo* en septiembre de 1936 bajo el titular “Bella miliciana española lucha en favor del ideal izquierdista”. La descripción que ofrecen de la toledana refleja la primacía de la mirada masculina en la construcción heroica de las milicianas españolas:

He aquí la figura esbelta y seductora de una de las gallardas mozas españolas que ofrendan su preciosa existencia en aras de un ideal sincero y fuerte que ha sabido amurallar corazones pletóricos de fervor democrático, ante la bastarda actitud de un revolucionarismo en abierta pugna con principios sociales acordes con el imperativo de la hora que vive la humanidad (2012b, 79-80).

El artículo prosigue con la narración de lo sucedido en el pueblo próximo a Segovia que, como refleja el texto, parecían conocer en la redacción del periódico, pues llaman a Solano “la heroína de El Espinar”. Y no solo eso. También reproducen el diálogo ficcional con su tío, que se opone a que se aliste a las milicias e incluyen la misma fotografía que la de la revista *Estampa*, a la que citan:

“No. Nada de enfermera... ¡Yo quiero ir a batirme con los facciosos!” Y así, con el alma caldeada al rojo de un sublime gesto de mujer de raza, la bella miliciana tomó en sus manos el fusil cargado de proyectiles y con paso firme, de heroína y mártir, emprendió marcha hacia el campo del sagrado deber. Su nombre es ya un símbolo en las filas entusiastas que defienden Madrid. Desaparecida en acción de guerra, cuando socorría a un compañero moribundo, la revista madrileña *Estampa* reproduce su fotografía, como un alto ejemplo de valor y sacrificio (Binns 2012b, 79-80).

El intelectual ecuatoriano Demetrio Aguilera-Malta, que pasó un año en la España en guerra¹²⁶, podría haber sido quien compartió la historia de Solano con la redacción del diario. A su vuelta en Ecuador, Aguilera-Malta publicó el ya aludido *España leal* (1938), toda una excepción en la producción literaria prorrepública hispanoamericana al tratarse de una obra de teatro, género apenas explotado en la lejana retaguardia. La obra, estrenada en Guayaquil el 26 de septiembre de 1938, tiene como protagonista a Paca Solana –de nuevo, no Solano– y se trata de una suerte de adaptación teatral del reportaje de *Estampa* que arranca con la discusión con su tío Rogelio –y también su tía Pilar– e incorpora dos figuras masculinas muy útiles para explorar la complejidad de la presencia de las mujeres en las milicias populares: su novio, Luis, quien más tarde se desvela como un quintacolumnista aliado de los sublevados, y su amigo, pretendiente y apasionado miliciano Rafael. Otro de los aspectos característicos de la obra es la incorporación de cinco romances, uno de los cuales es el dedicado a Antonio Coll que ya citamos. El primero sirve tanto de prólogo como epílogo, así como presentación de la afamada miliciana:

¹²⁶ Para conocer más sobre la estancia de Aguilera-Malta en España, véase (Binns 2014, 343-65).

–¿Dónde vas, Paca Solana?
 Guitarra de ébano tibio
 [...]

Mono azul de Miliciana
 le roba el cielo a su tez.
 El fusil clava los dientes
 sobre su hombro de mujer.
 [...]

–¿Dónde vas, Paca Solana?
 ¿Dónde vas con tu vaivén?
 Te acechan los moros grises
 dentro del blanco alquicel.
 Brotarán fuentes de sangre
 sobre tu flor de mujer.
 Vas a una muerte segura,
 a una muerte la más cruel.
 [...]

Voy a salvar los heridos,
 los moribundos, también.
 No soy dueña de mi vida
 ni de mi flor de mujer.
 En la Puerta de Toledo
 mi existencia abandoné.
 En Madrid lo dejé todo
 al venirlo a defender.
 Y si la muerte me espera,
 triunfo y la gloria, también.
 [...]

Se estremeció el Regimiento,
 roja angustia hecha lebel.
 Y se fue Paca Solana.
 ¡Se fue para no volver! (Aguilera-Malta 1938a).

Este romance respeta la parte central de la leyenda de Solano, es decir, el momento en el que se alista, va a la guerra y, una vez acaecida la emboscada sublevada, socorre a sus compañeros milicianos, razón por la que es apresada. La gran novedad –solo en parte, pues reproduce uno de los grandes mitos de la participación de las mujeres en la guerra– recae en la versión de su muerte a manos de un grupo de “moros grises” que le acechan y cuya amenaza reside en que harán que broten “fuentes de sangre” sobre su “flor de mujer”, es decir, en una violación y posterior asesinato (1938a). Pese a inventarse, a todas luces, el final de la vida de Solano bajo una óptica estigmatizante hacia el enemigo y la participación de la miliciana en la guerra, el escritor ecuatoriano parece tratar de romper ciertos estereotipos de género durante la obra. Por ejemplo, ilustra el enfrentamiento de

Paca con sus tíos, quienes se niegan a que abandone el hogar, mediante una discusión cuyo tema principal es la lectura de la guerra como un conflicto entre clases sociales:

PACA. (*Exaltándose.*) No hubo nunca hermanos en España. No los hubo nunca en ningún sitio. ¿Acaso es tu hermano el Conde por el que trabajaste toda la vida y que después te depositó en la Puerta, como un trasto viejo? ¿Acaso es tu hermano el cura, que exprime a los pobres y coquetea con los ricos, desacreditando la santa doctrina de Cristo? ¿Acaso es tu hermano este militar español, pulpo secular de nuestro pueblo, que sólo sirve para apoyar y sostener a los amos? [...] ¿Te acuerdas, papaíto, cuando trabajabas en el cortijo del amo? ¿Te acuerdas cuando echabas la semilla sobre la tierra húmeda y fértil? Pues así están haciendo estos hombres. Están regando su sangre como una semilla roja. ¡De allí saldrá la nueva España, la nueva humanidad! (1938a).

Aguilera-Malta, en consonancia con los intelectuales españoles e hispanoamericanos, refuerza el papel protagonista de los milicianos, quienes también luchaban por la nueva España a la que representaban. Más adelante, Paca les revela a Rafael y Luis –por separado– que debe alistarse en las milicias populares. Las reacciones de ambos resultan de gran interés, pues los personajes de la obra son arquetípicos, es decir, representan estereotipos asociados a ambos bandos. Al ser Luis simpatizante de los sublevados y Rafael republicano, sus reacciones pueden ser representativas de la mirada masculina que proyecta Aguilera-Malta en republicanos y franquistas.

Rafael reproduce el discurso de las autoridades y principales organizaciones republicanas a los pocos meses de comenzar el conflicto, que darían la orden de retirar a las mujeres del frente para que ayudaran en la retaguardia a principios de 1937. Primero reacciona con estupefacción y le pregunta si sería capaz de matar. Paca, sin dudar, le responde:

PACA. ¿Y por qué no? Si es mi deber. Si es el deber de todos nosotros. Esto no se lo he dicho a nadie, ni siquiera a mi novio... Pero muchas noches me he despertado sobresaltada. Escuchando voces extrañas en mi oído. Con un deseo loco de lanzarme a la calle. E impedir con mi vida que nos lo quiten todo. Por doquiera miro sangre inocente, derramada para salvar la humanidad. A veces he creído reconocer mi propia sangre. Y entonces, he sentido una responsabilidad extraña. De mártir, de heroína (1938a).

Rafael, aterrado ante la idea, replicó a Paca mostrándole las bondades de la retaguardia, donde sí podría contribuir sin arriesgarse a morir:

RAFAEL. En la retaguardia habrá mucho que hacer. Quizá más que en el frente. Las mujeres irán a las fábricas. A los transportes. A los campos. A los hospitales. ¡A llenar

los vacíos que nosotros dejamos! Además, todo está tan confuso, tan caótico. Nadie se entiende con nadie. Ha sido tan de repente esto, que... ¡No, Paca, no! Desecha esas ideas. Yo pagaré por ti la deuda de sangre (1938a).

Pese a la insistencia de Rafael, Paca es capaz de tomar la decisión por sí misma. Su novio Luis, como fascista en secreto, se niega a tal posibilidad y le amenaza con lo que le deparará si llega a alistarse: “¿Has pensado lo que va a ocurrir? ¿Has meditado en que serán las mujeres las que llevarán la peor parte? No sólo es la muerte lo que les espera. Es más. Mucho más. Tú me comprendes, ¿verdad?”. A pesar de que Luis le traiciona contándole a su familia, nada ni nadie puede apagar las voces que Paca escucha en su cabeza y que le animan a dar su vida por la República y que le conectan con el antitanquista balear: “Es que también resuenan en mi oído voces análogas a las de Antonio Coll. También deseo dar mi vida para beneficio de nuestra causa” (1938a).

Una vez estudiadas las reacciones en su entorno personal, pasamos a examinar uno de los principales tópicos en torno al mito de Paca Solano: su muerte heroica. En consonancia con la historia difundida por la prensa republicana, Aguilera-Malta refleja en la obra el sorpresivo ataque de las fuerzas sublevadas que, sin que los republicanos se lo esperaran, aparecen por El Espinar rodeándolo. Es en este momento cuando Paca, tal y como se afirma en *Estampa*, decide dirigirse al hospital de la aldea para socorrer a los milicianos heridos tras dudar entre asegurar su supervivencia y arriesgarla para ayudar a sus compañeros:

¿Qué me puede ocurrir? ¿La muerte? Qué me importa la muerte. Pero es que hay algo peor que la muerte. Que me entreguen, por ejemplo, a los hombres del Tercio. O a un Tabor de Regulares. Que un centenar de esos asesinos me despedacen el cuerpo. Y eso sí es peor que la muerte. ¿Peor que la muerte? No. ¡La muerte es lo peor! Con la muerte, desaparecería. Dejaría de actuar. Y mi vida todavía es necesaria. Debo cuidarla. Mi vida pertenece a los que caen heridos en el frente. Sí, a pesar de todo, todavía debo cuidarla. Pero ¿es posible que deje ese hospital abandonado? No. Tengo que ir. De cualquier modo, tengo que ir... (1938a).

El ecuatoriano enfatiza en este fragmento el coraje y la valentía de Solano quien, cumpliendo los estándares del héroe socialista, antepone la causa republicana a cualquier tipo de integridad física personal. Una vez más, Aguilera-Malta muestra unos personajes marcadamente arquetípicos cuyo desarrollo se ajusta a las necesidades propagandísticas del momento, en este caso divulgar entre el público lector ecuatoriano la heroicidad y el

honor de milicianas como Paca Solano, característica de la renovada identidad popular española. En esa línea, el personaje de su tío Rogelio tiene un gran papel político y propagandístico en la construcción del mito de Paca Solano. A pesar de ser un monárquico favorable a la sublevación, cuando se entera de la muerte de su sobrina y se da cuenta el error que ha cometido al apoyar a los sublevados, empatiza con los republicanos y cambia de bando:

ROGELIO. ¡Dame un fusil!

RAFAEL. (*Casi sin ánimo, pero con sarcasmo.*) ¿Quieres... vengar... la?

ROGELIO. No. Es que ella tenía razón. Éste es mi sitio. El sitio de los que no tenemos nada. ¡Dame un fusil!...

RAFAEL. ¡Toma... el mío... ca...ma...rada!

¿Por qué potenciar el mito de Paca Solano a través de un personaje masculino? A nuestro juicio, esto tiene que ver uno de los principales usos propagandísticos de la participación de las mujeres en las milicias: la apelación al lector, tanto masculino como femenino, tal y como apunta Wright (2014, 3). Por un lado, se ofrecía a las mujeres un modelo heroico a seguir; por el otro, se mostraba la figura de la miliciana a los hombres para provocarles cierta mala conciencia al ver que “incluso” las mujeres del pueblo, tradicionalmente ajenas a la guerra, estaban sacrificándose por el bien común. El uso propagandístico del sacrificio de la heroína de El Espinar, Paca Solano, demuestra la importancia de analizar la mirada masculina en la construcción de los mitos heroicos de las mujeres republicanas que, además, choca con la realidad de la guerra: las milicianas tan solo pudieron luchar junto a sus pares masculinos durante escasos meses.

3.2.2 «Al perforarte la sien / trizaste los meridianos / de nuestra emoción rebelde».

La construcción del mito de Lina Odena¹²⁷

Lina Odena, dirigente comunista catalana de veinticinco años, se encontraba en el Congreso provincial de la juventud del Partido Comunista Español en Almería cuando

¹²⁷ En este apartado hemos adaptado el capítulo del libro *La escritura en el tiempo: Investigaciones en torno a la literatura hispánica* (2023) bajo el título “Lina Odena: una heroína popular de la guerra civil española en la literatura hispanoamericana” (2023b, 261-75).

estalló la guerra civil. Odena, quien durante la campaña para las elecciones de 1936 había acompañado a Dolores Ibárruri en sus mítines, se alistó en las milicias y participó en la organización de la logística de guerra del Partido. El 14 de septiembre de ese año, de camino a Granada, el chófer que la llevaba se equivocó de ruta y dio a parar con un puesto de control falangista. Ante la inevitable situación de ser apresada por el enemigo, Lina Odena tomó su pistola y se disparó un tiro mortal en la sien (Moreno 2008, 70-71). Su historia no tardó en colmar los diarios y revistas republicanos ni en cruzar el Atlántico, en cuya otra orilla se escribieron romances y artículos que exaltaban la heroicidad de la joven mártir comunista. De Uruguay a Cuba, pasando por Ecuador o Colombia, los intelectuales hispanoamericanos comprometidos con la causa republicana lamentaron la muerte de Lina Odena e hicieron uso de su mito para reivindicar la figura de la miliciana y llamar a la solidaridad con el pueblo español.

En España, los periódicos afines al bando leal, que brindaban un gran prestigio a los caídos en la guerra, tuvieron un papel primordial en la conversión de la catalana en símbolo heroico. Las primeras noticias sobre su muerte dan cuenta de este fenómeno. *La Voz de Madrid*, tras subrayar su entrega como miliciana, la relató de una forma que distaba considerablemente de la realidad: “Agotados sus cartuchos, empleó, entonces, los de su compañero, que ya había caído en defensa de la libertad. Los facciosos lograron envolver a la heroica mujer, que, viéndose perdida, se disparó el último proyectil que tenía en su cartuchera. En la pelea había matado a doce rebeldes” (*La Voz* 1936, 2).

Esta narración épica del suicidio de Lina permeó en el resto de las publicaciones. Un día después, el periódico *El Liberal* la reprodujo a través de unas declaraciones de Dolores Ibárruri: “Se defendieron: agotan todas las balas de su pistola disparando contra el enemigo, que rodeaba el coche. Vendió cara su vida. La última bala fue para ella, no quiso caer en las manos del enemigo y se pegó un tiro” (*El Liberal* 1936, 4). Las palabras de La Pasionaria, cuyo carisma potenciaba la creación de mitos y eslóganes de gran impacto en el bando republicano, implicaban su aceptación por el resto de la prensa y, por consiguiente, del gran público (Nash 1999, 107). Así, el diario *Crónica*, tras hacerse eco de la gesta de los supuestos doce soldados abatidos, añadió que “su muerte” había sido “un gesto heroico”, pues “las Aida Lafuente, las Lina Odena sólo se dan en el pueblo, que amasa su vida con constantes sacrificios, con heroicidades anónimas, con sublimes

abnegaciones”. La comparación con Lafuente, heroína de la Revolución de Asturias de 1934, elevaba a Odena a la categoría de heroína popular. No obstante, en la misma página, se hacían eco de un artículo del diario *Informaciones* en el que, más allá de su presunta hazaña bélica, dedicaban no pocas líneas a describir en clave femenina a la miliciana: “una muchachita de mirada sombría, apenada, angelical y dulzona, que supo morir. Era así. Ternura, amor... De una rebeldía doliente, grito y queja en el suspiro” (*Crónica* 1936, 2). Tal y como sucedió con Paca Solano, el mito de Lina Odena se vería influenciado por los estereotipos de género propios de la mirada masculina. Sin embargo, esta visión conviviría con otra en clave emancipadora: la que compartían las intelectuales asociadas al movimiento de liberación de la mujer.

3.2.2.1 La prensa republicana y la propaganda para mujeres

La historia de Lina Odena, al igual que la de otros héroes populares, dio el salto a la literatura a través de la prensa. *El Mono Azul* publicó romances de autores consagrados y noveles sobre la guerra en su sección “Romancero de la guerra civil”, donde los héroes populares tuvieron un lugar privilegiado. El Romancero del número del 15 de octubre de 1936 fue dedicado a la mártir catalana e incluyó el “Romance de Lina Odena” del poeta Lorenzo Varela. El poema, a diferencia de lo contado en la prensa, alude a la presencia de soldados marroquíes en lugar de españoles: “Por Granada, tropas moras. / Por Málaga, son leales” (Varela 1936, 4). Este hecho no es casualidad. En esas fechas, el ejército sublevado reinició el avance hacia Madrid, cuya vanguardia estaba compuesta, precisamente, por tropas regulares marroquíes. Por lo tanto, parece que la intención de Varela está relacionada con las circunstancias de la guerra¹²⁸, que el poeta aprovechó para

¹²⁸ La figura del “moro” está muy presente en la literatura hispanoamericana de la guerra civil española. Por parte republicana, solía ser utilizada propagandísticamente para deslegitimar al bando sublevado, acusado de traición a la patria al traer soldados extranjeros para invadirla. Sin embargo, también había prejuicios raciales despectivos hacia los militares marroquíes, quienes solían ser descritos como poco inteligentes y con tendencia a la violación (Linhard 2005, 124). Si bien es cierto que hubo numerosos casos de violaciones entre las filas sublevadas, era común el uso político de las perpetradas particularmente por los “moros” para potenciar la representación de la “deshonra” a la mujer española a ojos del público lector masculino.

modificar los sucesos y deslegitimar a un enemigo al que acusaban de traer fuerzas extranjeras y violentar la independencia del país. El poema continúa con la consolidación de Odena como símbolo heroico: “Lina Odena, Lina Odena, / camarada del linaje / claro, de todos los héroes / que sangrarán por vengarte”. La trascendencia de su muerte recae en una cuestión muy común en los primeros meses de la guerra y que, al igual que en el caso de Paca Solano, va de la mano con la propaganda: animar al pueblo a alistarse en las milicias populares. El romance prosigue con dos versos que apuntalan esta interpretación propagandística de la figura de la mujer combatiente: “Y las novias y las madres / no temen ya a criminales”. La exaltación de la miliciana valiente y decidida ante el enemigo interpela a la mujer, pero en este caso, como defiende Wright, parece centrarse en el hombre, pues se define a ésta desde una perspectiva masculina: “novia” y “madre”.

Este fenómeno se repitió en el otro romance de *El Mono Azul* sobre la dirigente catalana. Se trata del “Romance de Lina Odena, muerta entre Guadix y Granada” de Pascual Pla y Beltrán, del 29 de octubre de 1936, cuyos primeros versos presentan a Odena a través de los recurrentes atributos propagandísticos de belleza, delicadeza y gallardía asociados a las milicianas: “Lina Odena, fresca rosa / flor de humedecido talle / se interna en campo enemigo / sin miedo de que la maten” (Pla y Beltrán 1978, 80). Al igual que Varela, sustituye a los falangistas o legionarios de los periódicos por tropas marroquíes (“Veinte moros la persiguen / armados de veinte alfanjes”) y añade una cuestión inédita hasta entonces: “pretenden viva cogerla / para placeres salvajes”. En el poema de Pla y Beltrán, la catalana no se defiende tanto de un enemigo ideológico, sino de una violación, y es entonces cuando comienza a disparar: “Como toros malheridos / los moros rebeldes caen. / Ya son siete. Ya son ocho. / Son doce moles de carne”. El autor valida la versión de los doce muertos que difundió el periódico *La Voz*, ahonda en el mito de la invasión extranjera y hace referencia a la amenaza de las violaciones que, si bien ha solido ser el trágico destino de las mujeres en la retaguardia de guerra, parece apuntar hacia un concepto arcaico de “honra”¹²⁹. De hecho, Pla y Beltrán concluye el romance con una sentencia que pone en boca de Odena antes de suicidarse, “¡Prefiero morir con

¹²⁹ En este sentido, Tabea Alexa Linhard argumenta que al usar “estereotipos raciales y de género niega la potencial transgresión que la presencia de la miliciana podría implicar en los campos de batalla de la guerra civil” (2005, 125, trad. propia).

honra / antes que vivir cobarde!”, que se asemeja a la célebre frase de La Pasionaria, “Más vale ser viuda de héroes que mujeres de cobardes”, inscribiendo la muerte de Lina Odena en la retórica comunista de la primera etapa de la guerra y consolidando la tradicional visión de la “honra” de la mujer propuesta por el poeta (R. Cruz 1999, 99) y, desde luego, el discurso de los partidos y organizaciones republicanos respecto a la mujer.

En suma, la mitificación de Lina Odena como heroína popular en la prensa y la literatura española es vehículo de la propaganda en esos meses iniciales del conflicto. La ejemplaridad de su supuesta hazaña tiene como objetivo animar al pueblo a alistarse en las milicias, pero cae en cuestiones como la violación que limitan el papel de las milicianas en la guerra y dan cuenta de la anticuada mirada masculina que lo narra. En ese sentido, Linhard añade que el “activismo de Lina Odena en el Partido Comunista no habría bastado para hacer que fuera sujeto de los romances publicados en *El Mono Azul*, pues sólo su muerte permitió su presencia en ese corpus”, lo que, unido a las referencias a la validación por parte de Dolores Ibárruri, explica la necesidad de justificar su heroicidad con versiones épicas sobre su final (2005, 118, trad. propia). Las referencias a Lina Odena en la literatura española escasean a partir de la antes aludida retirada de las milicianas del frente a comienzos de 1937¹³⁰. No sería el caso de Hispanoamérica, donde los escritores e intelectuales prorepublicanos continuaron alabando el protagonismo sin precedentes de las milicianas en la particular batalla mediática de la retaguardia transatlántica.

3.2.2.2 La mujer nueva. Mujeres comunistas y la mirada masculina

A diferencia de España donde el desgaste de los romances heroicos dio paso a otros temas y formas poéticas, “en Hispanoamérica [...] la divulgación del romancero de la guerra coincidió con la relectura masiva de poemas del *Romancero gitano* de Lorca y esta fusión de lecturas resultó extremadamente contagiosa” (Barchino Pérez y Binns

¹³⁰ Además, Monleón señala el desgaste de la literatura épica de los primeros meses del conflicto, que “había ido saturando a las gentes, cada vez más agobiadas por las dificultades materiales de una situación prolongada”, lo cual produjo un progresivo abandono de la producción de romances heroicos como los de Lina Odena (Monleón 1979, 119).

2011, 68). La épica presente en muchos de estos romances tendía a la exageración de las hazañas de los héroes debido, en gran medida, a su potencia propagandística. Sin embargo, y al igual que sus pares españoles, las motivaciones políticas detrás de los escritos de los intelectuales hispanoamericanos también distorsionaron la realidad de la muerte de la catalana.

Después de analizar las relaciones entre la prensa y la literatura en la España republicana, es necesario indagar en la llegada el mito de Lina Odena a Hispanoamérica. Con la excepción de “Miliciana roja”, artículo de la comunista colombiana Elvira Medina de noviembre de 1936, el resto de los textos hispanoamericanos que hemos recopilado sobre Lina Odena fueron publicados en 1937, mucho después de su muerte y de la conmoción inicial causada por la presencia de mujeres en el frente de guerra. La mirada masculina y las inclinaciones políticas de las publicaciones donde eran recogidos solían influir en el trato mediático de las milicianas, condicionando así la recepción de un público sediento de novedades de la guerra española. No obstante, y aunque el mito de las milicianas empezó a forjarse a comienzos de la guerra, lo más probable es que el caso particular de Lina Odena se asentara en Hispanoamérica a través de los romances antes citados, como muestran las versiones que Alberto Etchepare y G. Humberto Mata dan sobre su muerte.

Etchepare, corresponsal uruguayo, publicó en 1940 *Don Quijote fusilado*, una compilación de las crónicas que había escrito en la España en guerra para los diarios *El País* y *Frente Popular*. En “La vida y la muerte ejemplares de Lina Odena”, relató los últimos momentos de la vida de la miliciana: “Iba en un auto pequeño, conducido por ella misma, y la acompañaban tres o cuatro escoltas [...]. Se desvió de la ruta, se extravió en medio de la noche y se vio prontamente rodeada por los moros, que vieron en ella una presa estupenda” (1940, 96). Tal y como sucede en los romances de Varela y Pla y Beltrán, el encontronazo que llevó a la muerte de Lina se produjo con soldados marroquíes, cuya mayor amenaza radicaba también en su intención de violarla: “Los moros querían capturarla viva. En la oscuridad brillaban los ojos de las fieras africanas que traía Franco para salvar a España” (1940, 96). La concepción de la guerra civil española como una guerra de independencia contra el invasor fue, como veremos en los próximos párrafos, central en las revistas y diarios hispanoamericanos de la época.

El poeta ecuatoriano G. Humberto Mata, en su “Romance de la estrella roja”, que fue publicado el 12 de mayo de 1937, más de medio año después de la retirada de las milicianas del frente, reprodujo esta dinámica maniquea. Tras referenciar al grupo “mahometano” que perseguía a la miliciana, Mata determina que su intención era violarla: “Pero la fauce babeante / de la bestia quiere fruta / a restregar sus instintos / en mediodías de carne...”. A imagen y semejanza de los romances españoles, el autor asevera que Odena consiguió matar varios soldados, si bien no se especifica el número: “Van cayendo los verdugos / al ladrar de la pistola / amanecida de muerte / en el brazo de la niña”. El poema es clausurado con una intervención de la voz de la catalana con fuertes resonancias de los versos finales de Pla y Beltrán, tan similares a las palabras de Pasionaria, “¡Prefiero morir con honra / antes que vivir cobarde!”, pero que ahonda en la cuestión de la agresión sexual que evita con el suicidio: “—¡Jamás en vida, malditos! / hollaréis el cuerpo mío... / La mujer de España Libre / halla mortaja en su sangre!” (1937b, 11). Una vez más, la vetusta concepción de la “honra”, presente en los romances de *El Mono Azul*, parece repetirse y reproducir los tópicos masculinos que, como señalaba Linhard, restan importancia a las hazañas de Odena.

Esta mirada masculina afectó también a la descripción de las milicianas, impregnada de valoraciones innecesarias sobre su físico. Por ejemplo, José Gabriel, corresponsal hispanoargentino del diario porteño *Crítica*, plasmó en *España en la Cruz* (1937) su encuentro con Lina Odena en la Casa de Lenin, sede del partido. Sus palabras sobre la miliciana distan considerablemente de lo que podría haber escrito sobre un miliciano: “Lina Odena, jovencita, no linda, no fea, con el mentón saliente de la voluntad, con los labios retraídos de la vejez, con vivos ojos negros, con pifias de criatura al hablar” (Gabriel 1937, 226). La representación de Odena como una niña cuestiona, a todas luces, su participación en el conflicto y su papel dentro del bando republicano.

Por el contrario, para las mujeres hispanoamericanas la figura heroica de Lina Odena sirvió como mito y ejemplo a seguir en sus propias geografías. Elvira Medina, militante comunista colombiana, escribió sobre Lina Odena dos meses después de su muerte en *Tierra*, órgano del Partido Comunista de Colombia que, según Celia de Aldama, “a diferencia de la mayor parte de los diarios nacionales [...] acogía con frecuencia columnas y artículos firmados por mujeres” (2021, 396). Su texto, titulado

“Miliciana roja”, es un excelente ejemplo del interés que el paradigma de la mujer nueva despertaba en Hispanoamérica y, específicamente, en Colombia¹³¹. Para Medina, la lucha de “Dolores Ibárruri, Manuela Gavilán [y] Lina Odena” las había convertido en “grandiosas antorchas de emancipación” para las mujeres obreras y campesinas colombianas. Además, celebraba el cambio radical que la guerra había producido en sus compañeras españolas, quienes habían roto con la concepción conservadora de la mujer, descrita a través de elementos antiguos y típicos de la tradición española: “Hoy SOLO aparece en las páginas apergaminadas de los viejos novelistas. De su época pretérita SOLO nos resta un mantón desteñido y la experiencia dolorosa de un pasado de esclavitud audazmente adornado con leyendas, flores y cascabeles”. La guerra civil española y el papel de vanguardia de Lina Odena o Dolores Ibárruri fueron entendidos por Medina como un punto de inflexión en la historia de las mujeres. Para ilustrar su idea, la militante comunista estableció numerosas diferencias entre la mujer nueva, representada por sus compañeras españolas, y la de “épocas pretéritas”:

Mujer española: ¡cuán grande y bella resurges a la vida nueva! El rojo de tus claveles lo has trocado por la divisa encarnada, símbolo de libertad y de lucha; tu mantón de manila por el severo realismo del uniforme de soldado; tus castañuelas por el vibrante son de los clarines que despiertan tu conciencia dormida; y la leyenda de tus caballeros andantes por la única real; la historia de la vida que te impulsa a las barricadas en defensa de tu hogar, de tus hijos, de la patria y de la libertad (Aldama Ordóñez 2021, 396-97).

Si bien al final del párrafo se aludía a la mujer a través de elementos feminizados como el hogar o la familia, la enumeración de las distintas trasgresiones producidas por las protagonistas de la guerra como Lina Odena (integración en las milicias, concienciación de su papel en la sociedad, protagonismo en la historia) era ofrecida como ejemplo a seguir por las mujeres comunistas a las que se dirigía.

Se puede observar otro intento de romper la diferenciación de género entre milicianos y milicianas en el poema “Tome nota la Academia” de Francisco Aguilera, reproducido en *Repertorio Americano* en mayo de 1937. El poeta chileno comienza con

¹³¹ En 1930 había tenido lugar el Congreso Internacional Femenino de Bogotá, evento que abordó cuestiones relacionadas con las condiciones laborales de la mujer, reflejo de la progresiva implicación femenina en el ámbito político (Beltrán Pineda 2020, 117). Por otro lado, el impacto de la guerra civil española en Colombia provocó fuertes roces y riñas mediáticas –y no mediáticas– entre sectores izquierdistas y derechistas que reivindicaban los valores de uno u otro bando para el futuro del país (Aldama Ordóñez 2021, 19).

una reflexión gramatical en torno al género masculino: “La gramática nos enseña / que el plural masculino de ciertos nombres / bien puede comprender personas de ambos sexos”. Unos versos más adelante, se aparta del tono académico para elogiar los logros bélicos de las milicianas españolas y, en especial, los de Odena:

[...] desde que Lina Odena se echó a campo traviesa
para darse un abrazo con la muerte; desde que las hijas de Eva
hicieron justicia con sus propias manos para arreglar cuentas
con los Caínes de España; desde entonces no es posible
referirse a los defensores y los mártires de la libertad ibérica,
sin usar, junto al nombre masculino, la voz,
blanca como un seno maternal
y enérgica como un toque de diana al romper el día, la voz de un diccionario nuevo:
¡milicianas! (1937, 319).

A pesar de incorporar un léxico feminizado para referirse a las milicianas (“blanca como un seno maternal”), el poeta chileno manifiesta que las mujeres españolas, bajo el paradigma de la mujer nueva, habían conseguido a través de sus propias acciones equipararse a sus pares masculinos. La justicia de “las hijas de Eva” contra los “Caínes de España”, lectura bíblica relevante en el contexto de la guerra, las hacía meritorias, como declara en los últimos versos, de formar parte de un “diccionario nuevo”, lo cual enfatiza en lo inédito de su presencia en la guerra. La idea de lo “nuevo” unida a la referencia a la Biblia tiene que ver, a nuestro juicio, con la ruptura que plantea Castillo respecto a la cuestión religiosa y la mujer¹³². La resignificación del mito de Adán y Eva es un recurso efectivo para celebrar el advenimiento de un “nuevo” tipo de mujer, que está comenzando a escribir su propia historia y a ser reconocida. No obstante, para cuando este poema fue publicado, ya a mediados de 1937, las mujeres llevaban varios meses relegadas a labores de retaguardia, reflejando una anacronía que, voluntaria o no, chocaba con la realidad de las mujeres republicanas.

¹³² César Vallejo, en su *España, aparta de mí este cáliz*, menciona a Lina Odena en “Himno a los voluntarios de la república”. Tras aludir a Calderón, Cervantes o Antonio Coll, la inscribe –“en pugna en más de un punto con Teresa”– en la galería de personajes representativos de la España republicana (Vallejo 2002, 248-49). La comparación con Santa Teresa de Jesús, “mujer que muere porque no muere”, remite a la trascendencia del mito heroico de Lina Odena, cuyo sacrificio hace que sea merecedora de pasar a la historia de la “nueva España” como representante mártir de las milicianas, lo cual coincide en buena medida con la idea de lo “nuevo” planteada por Moisés Castillo.

Por otro lado, el ya comentado poema de G. Humberto Mata, referenciado en apartados anteriores, da buena cuenta de la relevancia que Lina Odena tenía en una Hispanoamérica atravesada por los sucesos de la guerra española¹³³: “Lina Odena... Lina Odena... / al perforarte la sien / trizaste los meridianos / de nuestra emoción rebelde” (Mata 1937b, 11). El poeta ecuatoriano mostró la profunda conmoción causada por mártires como la catalana, cuyo sacrificio por la causa republicana inspiró numerosos poemas. Así lo refleja el poeta costarricense Carlos Luis Sáenz, quien nombró a Odena en su poema “El grito de España”. El poeta, tras lamentar que “Han inundado de metralla / El solar de Lina Odena”, realizó un llamamiento continental a la solidaridad con la causa republicana: “Al grito heroico de España / debe responder América” (1937b, 3). De este modo, el costarricense enarboló el martirio de Lina Odena para animar al pueblo a participar en las campañas de ayuda al bando republicano. Y parece que funcionó. Ese mismo año, Carmen Lyra, Luisa González y Emilia Prieto, todas ellas intelectuales y militantes comunistas, fundaron un grupo de solidaridad con los republicanos al que bautizaron con el nombre de la joven miliciana. Argentina Figueroa, una de sus militantes más jóvenes –tenía escasos quince años– relató al *Diario de Costa Rica* los propósitos del colectivo:

Actualmente pertenezco al grupo Lina Odena. Este grupo, bajo la jefatura de la compañera Luisa González, se dedica a reunir fondos para los niños españoles y para los milicianos españoles; también hace labor de propaganda. Las mujeres que pertenecemos a Lina Odena somos militantes del Partido, pero el Partido nos ha dado la tarea concreta de luchar por España y lo hacemos con toda el alma, sin omitir el menor sacrificio (González Ruiz 2022, 210).

El homenaje de las militantes comunistas costarricenses evidencia el poder simbólico de la figura heroica de Lina Odena, que representaba un modelo a seguir para

¹³³ Emma Pérez, colaboradora en varios periódicos en su natal Cuba, realizó una prolífica labor en la Asociación de Auxilio al Niño del Pueblo Español y a través de sus poemas y artículos, en los que animaba a los cubanos a solidarizarse con la España leal (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 562-64). La poeta publicó en 1937 su “Romance de los romances” en *Repertorio Americano*. En la composición, Pérez alude a los “romances de García Lorca / matado por los cobardes” para inmediatamente después nombrar a Odena y establecer un paralelismo entre ambos a través de la figura del héroe mártir: “Romances de Lina Odena / comandante de leales / por las pampas argentinas / galopan en potros de aire”. La muerte y la destrucción de España, personificados en las figuras mártires de Lina Odena y Federico García Lorca, pesaban en la poeta quien, al menos, trataba de poner su granito de arena dialéctico para contagiar al lector en su desesperación: “¡Ay, cómo quema la mar / La sangre de los leales!” (Pérez 1937b, 162).

muchas de las mujeres de izquierdas en toda Hispanoamérica. Como muestra del impacto de la miliciana en el partido, Lina Odena puso nombre a numerosas células hasta 1946, año en el que fue fundada la última en un barrio de San José (*Trabajo* 1946, 2)

La creación del mito de Lina Odena responde no solo a la heroicidad de su temprana muerte, sino a dinámicas propias del aparato propagandístico español e hispanoamericano. El salto a la literatura producido a raíz de la publicación de los romances en *El Mono Azul* fue el trampolín para que el mito llegara a la otra orilla, donde nutrió la literatura comprometida de los intelectuales prorrepblicanos. La reivindicación de su figura heroica y mártir en el nuevo continente, pese a ofrecer una versión de su muerte falsa y propagandística basada en estereotipos de género y raza, inspiró a muchas mujeres de izquierdas a movilizarse por la República y divulgar el ejemplo heroico del sacrificio de Lina Odena.

4. «¡Antifascistas de todo el universo, uníos!». Los héroes del Frente Popular

El Frente Popular fue una coalición de partidos republicanos de izquierda y centroizquierda que acordaron concurrir a las elecciones de febrero de 1936 bajo una candidatura única. La razón principal tras la iniciativa residía en el turbulento contexto político de la época, cuando el antifascismo estaba en pie de guerra frente al auge del fascismo y el nazismo: Mussolini controlaba Italia desde 1922 y Hitler hacía lo propio en Alemania desde 1933, mientras que en España las derechas se habían radicalizado y la violencia, tanto en las calles como en las instituciones políticas, había abierto una brecha insalvable entre las “dos Españas”. Tras la victoria electoral, la coalición, formada por republicanos moderados y socialistas, pero también los comunistas del PCE y el POUM y el apoyo del sindicato anarquista CNT, tuvo que enfrentarse a un clima político atravesado por los crecientes vínculos de las derechas españolas con fascistas italianos y nazis alemanes, “los disturbios callejeros y el clima general de inseguridad” y, por si fuera poco, por los tambores de una posible sublevación militar (Juliá Díaz 1986, 138).

La diversidad de partidos y tendencias ideológicas dentro del Frente Popular favoreció la aparición y consolidación de varios líderes que, una vez estallado el conflicto, alcanzaron un inesperado renombre internacional, particularmente en Hispanoamérica. La dirigente comunista Dolores Ibárruri, más conocida como La Pasionaria¹³⁴, se alzó como el mayor referente de las mujeres antifascistas al otro lado del Atlántico gracias a su papel protagónico en la política republicana desde la proclamación de ésta en 1931 y su contundente discurso antifascista, que ponía en el centro la lucha de las mujeres en el frente y en la retaguardia. Por parte ácrata, la figura del carismático líder del sindicato anarquista CNT, Buenaventura Durruti, un viejo conocido en los círculos libertarios de países como Argentina, Uruguay y Costa Rica, fue reapropiada por los intelectuales de izquierda y, en especial, por los comunistas tras su misteriosa muerte el 20 de noviembre de 1936. Los sectores más moderados del Frente Popular, encabezados por el presidente

¹³⁴ El Partido Comunista de España fue el partido con más héroes populares en Hispanoamérica, aunque la extensión de este trabajo no nos permita estudiarlos a todos. Los militares Valentín González ‘El Campesino’ y Enrique Lister, así como los poetas Miguel Hernández, Rafael Alberti y María Teresa de León, son solo algunos ejemplos de las principales personalidades de la formación izquierdista en el ámbito nacional e internacional.

de la República Manuel Azaña, líder del partido Izquierda Republicana y la mayor referencia política republicana de cara al exterior, tuvieron un particular héroe popular: Ángel Ossorio y Gallardo. El jurista catalán, quien se identificaba como monárquico, católico, pero, eso sí, fiel defensor de la legitimidad de la República se consagró como uno de los mayores activos diplomático y propagandístico en el extranjero, particularmente en cuanto a la cuestión religiosa, una de las principales bazas de los sublevados. En este capítulo estudiaremos la heterogénea construcción de estos intelectuales como héroes populares republicanos, prestando especial atención a las estrategias propagandísticas empleadas por los intelectuales hispanoamericanos para reivindicar sus figuras en el marco de la batalla mediática por la opinión pública.

4.1 «Esa mujer está dando a España luz». La Pasionaria, *mater dolorosa* de la nueva España republicana

En Madrid, un mes después, he conocido a “La Pasionaria”. Alta, invariablemente enlutada, tipo señorial, con un porte de distinción y dignidad nada común. Su voz, pastosa y vibrante, posee cálidos matices. Cuando habla subyuga. Domina siempre al individuo o a la masa. Hay en su ademán la serenidad de la mujer madura y la energía de la comunista militante. Encajada entre unos hombros perfectos de luchadora, la cabeza más interesante de España. El pelo negro, brillante, blanqueando en las sienes de pensadora como aureola de triunfo.

JOSÉ MANCISIDOR (1936)

José Mancisidor, miembro de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR) y uno de los máximos exponentes del comunismo mexicano, fue uno de los pocos intelectuales hispanoamericanos que conocieron en persona a Dolores Ibárruri, La Pasionaria. El novelista y político veracruzano quedó deslumbrado ante la presencia, porte y voz de la dirigente histórica del Partido Comunista Español, quien llegó a convertirse en una de las figuras republicanas más presentes en la literatura y la prensa hispanoamericanas junto a personalidades de la talla de Federico García Lorca o el general Miaja. Donde sí se convirtió en la referencia central, siempre de la mano de las milicianas, fue en el movimiento de emancipación de la mujer de países de todo el

continente, quizá con mayor énfasis en Chile, Costa Rica y Uruguay¹³⁵, países que estudiaremos en este apartado por la sobresaliente importancia de La Pasionaria en sus campos políticos, literarios y mediáticos. José Mancisidor, “conmovido sinceramente por [...] esta camarada virtuosa”, destacó de la histórica dirigente española su retórica y dialéctica, cualidades que hacían de Ibárruri el “tipo perfecto de la militante comunista”:

La dialéctica de “Pasionaria” es vigorosa. Discípula de Marx y Lenin sabe que la dialéctica es un arma. Y la esgrime y la maneja con maestría muy poco acostumbrada [...] Habla a los trabajadores y los excita para vivir alertas. Se dirige al pueblo de Madrid y le recuerda que es el heredero del glorioso Dos de Mayo.

Más allá de sus capacidades comunicativas, Mancisidor subrayó la pertenencia de Ibárruri a las masas populares, con las que hermanó “su vida” y compartió “sus ansias, sus desvelos, sus alegrías”. También señalaba la presencia de la dirigente comunista en la guerra junto a sus camaradas, con los que tomaba “puesto en las trincheras del irrebasable Guadarrama” para poder volver a Madrid y tener en cuenta “la experiencia vivida de lo que allá está haciendo falta”. Asimismo, el intelectual veracruzano enfatizó el remarcable papel maternal que Dolores Ibárruri desempeñó durante el conflicto, uno de los ejes de este trabajo, al hablar de “esta valiente y honesta comunista militante que es madre, compañera, hermana, mujer...” (1936, 377-78). En suma, nos encontramos ante la imagen de una auténtica revolucionaria y mito republicano cuyos orígenes datan de comienzos de los años veinte en la provincia vasca de Vizcaya, donde Dolores Ibárruri dio sus primeros pasos en política motivada por las inhumanas condiciones de vida que sufrían las familias mineras como la suya. En ese sentido, Mancisidor recogió al final de su texto unas declaraciones de la líder comunista en un mitin en París a finales de 1936, fragmento que no solo ilustra la miseria que sufrió Pasionaria, sino también su mitificación como una suerte de *mater dolorosa* de la izquierda española: “Nada hay de extraordinario en mi vida. Durante treinta años he sido la esposa de un minero. He sufrido

¹³⁵ Esto no significa que tuviera una incidencia menor en el resto de Hispanoamérica. Su figura fue celebrada y reivindicada como una de las más representativas de la España republicana también intelectuales cubanos como Juan Marinello, Ángel I. Augier y Carlos Rafael Rodríguez, quienes afirmaron en el prólogo del libro *La España de Martí* (1938) de Emilio Roig de Leuchsenring que la nueva “hispanidad” que se había fraguado durante las últimas décadas no era otra que la de “Martí y Pasionaria”, dando buena cuenta del impacto que Dolores Ibárruri tuvo en tierras americanas (Roig de Leuchsenring 1938, 15). En Argentina, el reconocido socialista rosarino Lisandro de la Torre “lucía en su traje dos gemelos con la efigie de la Pasionaria” cuando se suicidó en enero de 1939 (Trifone y Svarzman 1993, 68).

persecuciones y encarcelamientos, y ahora no sólo lucho por España, sino por el mundo contra el fascismo” (1936, 377-78).

De acuerdo con el trabajo de Ginard i Féron sobre La Pasionaria, lejos de ser una estrategia discursiva para ganarse el favor y la empatía del público, es cierto que Dolores Ibárruri tuvo una vida infame en su pueblo natal, Gallarta, cuando los escasos ingresos provenientes del trabajo en la mina apenas alcanzaban para sobrevivir¹³⁶. Lo cierto es que su origen humilde, en muchas ocasiones “exagerado por la maquinaria propagandística del PCE”, fue “una de las bases de la extraordinaria difusión alcanzada por el mito ‘Pasionaria’” y ayudó a que las masas obreras se identificaran tanto con ella como con el partido (2013, 195).

Además de su pertenencia a la clase trabajadora más precarizada y su maestría retórica y discursiva, su apariencia fue otro de los ejes de su conversión en heroína republicana. Ibárruri siempre vestía de negro, tradicionalmente vinculado al luto, pero también, en palabras de Miren Llona, característico por ser el “color masculino por excelencia”, lo cual le daba la posibilidad de dar “tanto una imagen de *mater dolorosa*, como de mujer viril” (Llona 2016, 277). Pese a la irrupción en esta época de un feminismo que había creado una nueva imagen de mujer “a la moda” e “independiente”, Pasionaria –con su particular sobrenombre de reminiscencias católicas– construyó un mito en torno a su figura cuya feminidad consistía en valores como “el sacrificio, la abnegación, el trabajo y la fortaleza”. Esto contribuyó a legitimar su mito “entre las clases populares y de origen trabajador”, tanto en España como en Hispanoamérica, donde tuvo un impacto mayúsculo en el incipiente movimiento de emancipación de la mujer (Llona 2016, 266-76).

En el mismo mes de diciembre en el que Mancisidor conoció a Pasionaria en Madrid, Fanny Garzón del Río, militante del Partido Comunista de Colombia “de procedencia rural y sin estatus literario” y habitual en las páginas de *Tierra*, escribió un sentido poema a la comunista española (Aldama Ordóñez 2021, 67). Garzón se dirigió en sus versos a la propia Dolores Ibárruri, a la que definió como “mujer de verbo puro” y

¹³⁶ Fue así como cuatro de los seis hijos que tuvo murieron de forma prematura. Según relata la propia Dolores Ibárruri en sus memorias, uno de ellos fue incluso enterrado en una lata de conservas (1975, 55-56)

musa de la lucha de las milicianas españolas, hacia las cuales las comunistas colombianas sentían una gran admiración:

marchas hoy al combate portando la bandera
roja como la sangre de vuestras milicianas
que a la trinchera acuden cantando alegres dianas!
Dolores Ibárruri, divina pasionaria...
eres tú la justicia del alma proletaria!
Con tu verbo fulminas a los viles traidores
que han bañado tu patria de sangre y de dolores!
Tú alientas en la lucha a las milicianistas
de coraje de leones y de rojas boquitas,
que tiñeron sus labios en la roja bandera (Garzón del Río 1936, 3).

Para la militante colombiana, el mito heroico de Pasionaria traspasaba fronteras y tenía su particular impacto en Colombia, donde mujeres como Garzón se sentían apeladas por la lucha política de Ibárruri y el resto de las mujeres españolas, con las que luchaban desde la lejana retaguardia inspiradas por su ejemplo:

He compuesto una marcha que toco en mi bandola,
muchu ruda, atrevida, que llamé PASIONARIA,
porque soy artista de sangre proletaria
que mi vida y mi sangre colombiana daría
por defender tu causa contra la monarquía,
contra el fascismo innoble, criminal y asesino,
y contra todo obstáculo que nos cierre el camino... (1936, 3).

¿Cómo era posible que una comunista colombiana no solo supiera de Pasionaria, sino que fuera, a todas luces, una de sus principales referentes políticas? Parte de la respuesta se encuentra en la construcción del mito de Ibárruri en los años previos al conflicto y durante su posterior internacionalización. De acuerdo con el trabajo de Miren Llona, La Pasionaria “estimuló y apoyó la liberación de las mujeres del pueblo” desde la Secretaría Femenina del Partido, puesto desde el que luchó por “la movilización de las mujeres” y “su incorporación a la política” (Llona 2016, 272). Su carisma, potenciado por la maquinaria propagandística y mediática del Partido Comunista de España, organización de la que sería elegida secretaria general en 1942, derivó primero en la “mitificación de su figura” y, más tarde, en la “atención internacional” que la propulsó como símbolo de la España republicana y, particularmente, como ícono comunista (Nash 1999, 73). Los países hispanoamericanos, debido a la cercanía cultural, lingüística y

política con España, fueron los que más se cautivaron por el mito de Pasionaria, en buena medida por su presencia “tanto por la radio como por la prensa escrita” (Binns 2020, 155). Matías Barchino afirma, en su artículo dedicado al impacto de La Pasionaria en Chile, que fueron numerosísimos los escritores “de Chile, de España y de todo Occidente” que escribieron sobre ella, en su mayoría “alabando esa doble condición que se repetía incansablemente, la de madre de los obreros y de los soldados, por un lado, y por otro la de mujer de acción capaz de manejar un arma y enardecer a las masas con sus discursos” (Barchino 2013, 9).

David Ginard i Féron otorga una gran importancia “al rol otorgado a las líderes y heroínas femeninas en el movimiento comunista internacional” que, como estudiaremos más adelante, también tuvo sus protagonistas hispanoamericanas (2013, 194). Este papel al que hace referencia Ginard i Féron estaba profundamente atravesado por la ambigua feminidad que se le atribuía desde la prensa y la literatura, cuya combinación de roles de género tradicionales, imaginería católica y “rasgos de carácter viril” contribuyeron a crear “una imagen pública de mujer fuerte” que, en otros momentos, se vería eclipsada por la “figura de la madre”, que se reafirmaría “como eje de su representación subjetiva, saturando todo el significado de ser mujer” (Llona 2016, 267-68). En cualquier caso, la imagen de Pasionaria como madre y creadora de la España republicana fue uno de los recursos más utilizados en la construcción de su mito heroico en Hispanoamérica.

4.1.1 *Mater dolorosa* y mujer viril. Dolores Ibárruri como mujer del pueblo

En Hispanoamérica, y particularmente en Chile, la líder comunista se alzó como “el símbolo máximo de la nueva mujer española”, esto es, una “mujer de pueblo”, como recogía Miren Llona, cuya “mezcla de severidad guerrera y de feminidad maternal mitificada hasta el exceso” causó un gran impacto entre los intelectuales hispanoamericanos, “instaurando un nuevo modelo de mujer de acción que representaba la revolución española” (Barchino 2013, 14). Esta particular mezcla inspiró poemas como

el de Vicente Huidobro¹³⁷, publicado tanto en el periódico santiaguero *Frente Popular* como en la revista valenciana *Hora de España*, en el que la fiereza retórica y la aguerrida inspiración de corte comunista pregonadas por Fanny Garzón del Río dio paso a una concepción de La Pasionaria que, pese a alabar su capacidad discursiva, se centra mucho más en el eje maternal de su mito que mencionamos al comienzo del apartado. El poema está atravesado por el impacto que tuvo la voz de Ibárruri en Huidobro, que la había podido escuchar en directo antes de escribirlo:

Vas con tu voz de alma abierta en rosas
Vas en tu voz a todos los dolores y todas las esperanzas
Y llenas de madre el mundo
[...]
Mujer con la garganta llena de paisajes doloridos
Mujer de tierra firme y cielos hinchados de optimismo
Mujer de terciopelos y armaduras
Naciendo en cada ensueño visible en toda herida
Cruzada de palomas y de truenos
Vas y te acercas y todas las alas llegan
Y todas las bocas cantan en la marea que sube
El dolor de los tiempos pasados
Para crear la alegría de los tiempos futuros (Huidobro 1937c, 5; 1937d, 47-48).

La descripción de Dolores Ibárruri como una mujer “de terciopelos y armaduras” es paradigmática de la representación de la líder comunista en la literatura hispanoamericana de la época. La combinación de rasgos viriles (“garganta llena de paisajes doloridos”, “Cruzada de palomas y de truenos”) contrasta con la fragilidad y el preciosismo de imágenes como “tu voz de alma abierta en rosas” y “Mujer de tierra firme y cielos hinchados de optimismo”. La superposición de estas imágenes culmina en la maternidad revolucionaria del mito de Pasionaria, que simboliza el nacimiento y la futura victoria de la nueva España. La líder comunista llena “de madre el mundo” y nace “en cada ensueño visible en toda herida”, por lo que se convierte en la creadora de “la alegría

¹³⁷ El propio Huidobro mencionó a Pasionaria durante su discurso en el II Congreso Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura en Madrid: “no quiero continuar sin ofrecer previamente un homenaje a esta mujer española, a esta mujer extraordinaria que ha sabido sufrir y luchar al lado de sus hermanos. Quiero aquí saludar a la que se ha convertido en un símbolo elevado, a La Pasionaria, cuyo solo nombre conmueve todos mis sentimientos. Saludo también a Margarita Nelken y a Victoria Kent” (Aznar Soler 2009, 101-2).

de los tiempos futuros”, lo que añade un toque de esperanza que invita al lector a contagiarse del optimismo bélico.

El mito de La Pasionaria como madre simbólica¹³⁸ de la República Española asociaba su capacidad política, origen popular e imagen maternal al nacimiento y consolidación de la nueva España. En las postrimerías de 1936, los intelectuales prorrepúblicanos chilenos convocaron un concurso poético con el lema “No pasarán”, “eslogan de la resistencia de Madrid, que precisamente se le atribuía a Dolores Ibárruri, a partir de un cartel del ilustrador republicano Ramón Puyol” (Barchino 2013, 11). El vencedor fue un poeta en absoluto consagrado, Enrique Martínez Sandor, que se ganó un hueco en el folleto *Escritores y artistas chilenos a la España Popular* (1936) –donde figuraban las firmas de Pablo y Winétt de Rokha, Vicente Huidobro y Marta Vergara, entre otros–, con su poema “Heroica”, en el que alababa a la líder comunista española en clave maternal y revolucionaria:

No volverán los cuervos,
no aullará el lobo seguido de los reptiles,
la sangre nueva canta y rechaza a los mercaderes de la muerte,
inunda el fecundo suelo,
crece para dar vida al mañana sin memoria,
para crear lámparas inmortales
y el bronce de la canción feliz.
¿No está, acaso, el fusil sobre tus hombros?
¿No estás cavando las trincheras de la libertad? (Martínez Sandor 1936, 10-11).

Las referencias de Martínez Sandor a la “sangre nueva”, el “fecundo suelo” y a “dar vida al mañana sin memoria” parecen remitir a lo que Niall Binns define como la “encarnación simbólica de la fecundidad de la España madre” en Pasionaria (Binns 2020, 29-30). Una vez más, y en consonancia con lo anteriormente expuesto en torno a la virilidad de Ibárruri, el joven poeta chileno le otorga una fuerza que nutre la imagen de la maternidad y, al igual que en el poema de Huidobro, deviene en todo un símbolo de esperanza para los intelectuales hispanoamericanos: “¿No está, acaso, el fusil sobre tus hombros? / ¿No estás cavando las trincheras de la libertad?”

¹³⁸ Rafael Cruz, uno de los mayores expertos en la líder comunista vasca, señaló en su libro *Dolores Ibárruri, historia y símbolo* (1999) que Pasionaria fue siempre concebida en términos de hermana, viuda, madre y abuela, tanto de los milicianos y el pueblo durante la guerra como de los militantes comunistas durante la dictadura y los primeros años de democracia (R. Cruz 1999, 240-41).

Nina de Vila, pseudónimo de la escritora y educadora chilena Marina Riquelme de Vila¹³⁹, publicó en julio de 1937 el poema “A la Pasionaria”, que incide en esta visión esperanzadora del mito de la dirigente comunista, aunando la imagen popular y obrera de Ibárruri con su capacidad creadora de la España del mañana:

¡Mueran los que no ven tus manos
y mis manos
y las manos de todas las mujeres
que en las tuyas esperan!
¡Mueran los que no ven tus manos
endurecidas de cavar los surcos
para el mañana grande! (de Vila 1937, 6).

Símbolo de las mujeres españolas, de la República, de los obreros, de las milicianas... y también símbolo virginal de fuerte raigambre católica. Ya anticipamos que el mito de Pasionaria guardaba una estrecha relación con la tradición católica de la que bebió, tanto por su particular indumentaria como por la elección de su seudónimo. Para el escritor chileno Daniel Pincheira Morales, Ibárruri era la “Virgen Roja de la tierra hispana, mujer de los puños crispados”, imagen contradictoria por la supuesta bondad y amor de la virgen y la sensación de fiereza de sus “puños crispados”, a la que el poeta veía como el principal elemento movilizador de los obreros españoles que habían tomado las armas:

Los negros mineros, los tozudos hombres, los de allá de Asturias
dejaron barretas y chuzos y palas
cuando atronó el aire con sentido heroico
el obús de tu alma,
cuando animó al pueblo en exaltaciones de defensa propia
tu verba tan cálida;
[...]
y hacia ti acudieron esos descendientes del Cid Campeador,
llevando las armas
[...]
salud virgen roja, Rosa Luxemburgo
reencarnó en tu alma
y emulaste toda la herencia sublime
de aquella alemana! (Pincheira Morales 1936, 3).

¹³⁹ El poema no lo firma con ese pseudónimo, sino como Nina Vilma, probablemente como ensayo antes de elegir su nombre de pluma definitivo (Barchino y Cano Reyes 2013, 680).

La construcción del mito de Pasionaria en el poema de Pincheira da una importancia capital al liderazgo de Ibárruri, que gracias a su retórica y su imagen virginal se alza como referente de los milicianos republicanos, a los que define como “descendientes del Cid Campeador”, reforzando la “españolidad” del símbolo de Pasionaria al relacionarlo con uno de los héroes más icónicos de la identidad española. En cuanto a la virgen y a Rosa Luxemburgo, reconocida líder y mártir izquierdista alemana, creemos que tiene mucho que ver, de nuevo, con la idea de virilidad que problematiza Llona:

Algunas advocaciones de la Virgen, como la de la Dolorosa, la equiparaban en excelencia y poder con la propia figura divina de Jesucristo. De alguna manera, el héroe de la redención de la humanidad podía llegar a compartir protagonismo con su madre, una figura femenina. Así, en el imaginario cultural católico, la condición de las mujeres, a través del sacrificio y del dolor, podía acercarse a significados que la identificaban con la virtud y la santidad viriles representadas por Jesucristo (Llona 2016, 266).

4.1.2 La Pasionaria y el movimiento de emancipación de la mujer trabajadora en Chile

Si algo hemos aprendido en el apartado dedicado a la representación literaria y mediática de las milicianas españolas es la influencia de la mirada masculina, que en la mayor parte de los textos minimizaba la relevancia de la presencia de las mujeres en el frente de batalla o lo utilizaban para sus propios fines políticos. Por ello, creemos conveniente fijar nuestro análisis en las autoras chilenas que reivindicaron a Dolores Ibárruri desde el Movimiento Pro-Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCH) y su periódico *La Mujer Nueva*, en cuyas páginas la líder comunista fue una de las principales protagonistas. El MEMCH, fundado en 1935, fue una organización “pionera en América Latina, la más importante de Chile, de carácter interclasista, democrática, antifascista, internacionalista y pluripartidista” (Montero Miranda y Rubio Soto 2021, 176). Según un folleto de la propia organización, el MEMCH agrupaba “a mujeres de todas las tendencias ideológicas y de todos los credos religiosos con la sola condición de estar dispuestas a luchar por la liberación social, económica y jurídica de la mujer” bajo cinco máximas:

- I. La protección de la madre y la defensa de la niñez;
- II. El mejoramiento del estándar de vida de la mujer que trabaja;
- III. La capacidad política y civil plena de la mujer;
- IV. La elevación cultural de la mujer y educación del niño, y
- V. La defensa del régimen democrático y de la paz (*¿Qué es el MEMCH? ¿Qué ha hecho el MEMCH?* 1938, 1).

La Mujer Nueva se convirtió, entre los años 1935 y 1941, en el “gran órgano de difusión del movimiento” y en su principal apuesta para “su consolidación y autoformación”, gracias al cual logró disputar “un lugar en el espacio público en contextos de exclusión de género”, lo cual incluye a las organizaciones izquierdistas y anarquistas, donde estas mujeres fundaron espacios propios desde los cuales lucharon por los derechos de la mujer. El discurso de *La Mujer Nueva* se centraba en gran medida en la maternidad, eso sí, “desde una perspectiva económica y de derechos específicos del género tanto en la vida civil, el matrimonio y la vida conyugal” que distaba del enfoque de gran parte de las sufragistas, cuya clase social privilegiada dejaba de lado las cuestiones materiales que preocupaban a las mujeres obreras (Montero Miranda y Rubio Soto 2021, 178-79). También abordaron la cuestión de la educación como herramienta de liberación y forjaron vínculos con los partidos políticos progresistas y los movimientos sociales (2021, 178-79).

La poeta Winétt de Rokha es autora de uno de los primeros poemas sobre La Pasionaria, publicado en el órgano del MEMCH en noviembre de 1936. En línea con la ideología del periódico, funde la heroicidad aguerrida de Ibárruri con su revolucionario papel maternal: “es la abuela de innumerables hijos, / y la hija de fuego¹⁴⁰ de la revolución española; / por eso la saludan entre las flores” (W. De Rokha 1936, 11). Este binarismo tan presente en la mitificación literaria de La Pasionaria se repite más adelante, cuando de Rokha describe a Ibárruri como “femenina como flor de dulce perfume, severa y grave como la voluntad inminente, / llena del sentido de las pequeñas cosas”, asociándola también a su imagen creadora y maternal que se amplifica en los versos finales: “Su palabra y su sombra gigante atraviesan las fronteras”. La imagen de una España sufriente pero luchadora, tópico muy común en la literatura y prensa hispanoamericanas

¹⁴⁰ Eduardo Anguita también empleó el símbolo del fuego en su verso sobre Ibárruri en la antología *Madre España* (1937): “La Pasionaria como un número ardiendo número y fuego” (Anguita 1937, 22-23).

prorreplicanas, guardaba grandes paralelismos con la figura de La Pasionaria. Así lo interpretaba también la poeta y narradora curicana Gladys Thein, pseudónimo de Tegualda Pino Barrios –Chile es tierra de alter egos y nombres de pluma–, trabajadora de la Biblioteca Nacional de Santiago y de la Editorial Nascimento (Barchino y Cano Reyes 2013, 628). Su poema “España”, publicado en el periódico *Frente Popular* en septiembre de 1937, era toda una declaración de amor hacia la España nueva surgida de la República, a la cual asociaba a Dolores Ibárruri como su más potente y perenne símbolo¹⁴¹: “Orgullo de naciones, España será eterna, / [...] por la mujer sin límites Pasionaria de estrellas, / por esa mujer única, España será eterna (Thein 1937, 1).

La figura heroica de Dolores Ibárruri fue utilizada a menudo como reivindicación ante problemáticas relacionadas con la maternidad. Ya hemos estudiado cómo La Pasionaria siempre fue concebida en términos maternales, ya fuera como madre o abuela, tanto del pueblo español y las milicias como de la propia España republicana. Pero también se le asoció a un tema recurrente que trabajamos en el apartado dedicado a la solidaridad hispanoamericana: los niños españoles. El MEMCH, como hemos estudiado, era un movimiento que daba una importancia central a la maternidad y los cuidados de los niños, a los derechos de las madres y, desde luego, a la defensa de unas condiciones de vida dignas para ambos. En cuanto a España, Mary Nash afirma que desde que las mujeres obtuvieron el sufragio en 1931 y, con mayor énfasis, una vez comenzada la guerra civil, la apelación “a la maternidad y al derecho de las madres a defender a sus hijos de la brutalidad fascista” se convirtió en quizá el método principal para “movilizar a las mujeres hacia las causas antifascistas y revolucionarias” (Nash 1999, 68). Este modelo de apelación llegó a Hispanoamérica junto a La Pasionaria y permeó en los distintos movimientos de emancipación de la mujer en el continente, especialmente en Chile. Amalia Salas Ensignia, poeta y periodista recordada especialmente por sus obras infantiles, explotó esta variante movilizadora del mito de Pasionaria. Salas era una

¹⁴¹ El ya citado poema de Magda Portal “España nuestra” es uno de los más representativos en cuanto a la representación de La Pasionaria como símbolo maternal de la nueva España, como muestra en las líneas dedicadas al cambio afectivo respecto a España tras el estallido del conflicto: “te amo y ya no me avergüenzo de las gotas de tu sangre que corren por mis venas, porque quizá, quizá mi abuela española pudo haber sido también otra Pasionaria” (1938, 253).

habitual en las páginas de *La Mujer Nueva*, eso sí, bajo el seudónimo de “Malvaloca”¹⁴². Uno de ellos es “La lucha heroica de la mujer española”, en el que la intelectual chilena alabó el papel de La Pasionaria durante el conflicto, ya fuera buscando la solidaridad de la comunidad internacional o acompañando en el frente a sus compañeros:

¡La Pasionaria! Su palabra es arenga encendida. Corre de un punto a otro, animando la lucha, organizando su defensa. Sale de España y recorre países, clamando ayuda. Invoca la solidaridad internacional del proletariado. Vuelve a la Patria. Se hunde en las trincheras. Empuña el fusil. Se bate con la muerte. No la teme, la mira de frente. Y con su ejemplo, electriza al pueblo español. España, heroica, legendaria, apasionada, vibrante, se encarna entera en esta mujer (Salas Ensignia 1936, 5).

Dolores Ibárruri era el símbolo de la República, de la España “de ayer y de mañana” que, gracias a los avances sociales, políticos y económicos conseguidos desde su proclamación en 1931, había sido capaz de salir al “al encuentro de su porvenir en la búsqueda apasionante de una vida mejor, de un nuevo molde social”. La Pasionaria, con su retórica incendiaria, su imagen varonil pero maternal y sus orígenes humildes cargados de sufrimiento, se había situado “a la vanguardia de esta enorme caravana renovadora”, razón por la cual animaba a sus compañeras a rendirle homenaje, pues así también se lo rendían “a todas las mujeres de España, a su raza, a su tierra prodigiosa, a su cultura”, reforzando el vínculo entre Ibárruri como símbolo de las mujeres españolas y la identidad hispánica que personificaba (Salas Ensignia 1936, 5).

¿Qué mejor símbolo para apelar a la conciencia de las mujeres comprometidas con las causas sociales, políticas y, sobre todo, relacionadas con la emancipación de la mujer? Laura Rodig, una de las intelectuales más conocidas de la organización, dio un contundente discurso en representación del MEMCH durante un acto de homenaje a la República que había organizado el Comité Chileno pro Socorro a la España Leal en Santiago. El texto, con varias secciones que desgranaban la naturaleza del conflicto español, dedicaba uno a la figura de Dolores Ibárruri, “Homenaje a la Pasionaria y a la mujer española”, que más tarde sería publicado en el periódico *La Hora*. Rodig celebraba cómo la mujer española, “la que no quería ser sino mujer, sino madre”, se estaba jugando

¹⁴² Los textos firmados bajo el seudónimo “Malvaloca” están siendo recuperados en la actualidad por investigadores chilenos, por lo que es posible que haya más referencias que no hemos podido manejar cuyos textos se están recuperando hoy en día (Barchino y Cano Reyes 2013, 581).

“su propia sangre” ya fuera en la “trinchera” o en la “retaguardia” durante la “epopeya” que vivía su pueblo (Rodig 1937, 4). El destino de la mujer y la madre española eran, a su juicio, el destino de la mujer y la madre chilena y, por tanto, aseveraba que “nosotros, sudamericanos, no podemos estar con la mirada ausente del drama de España y no podemos estar con dignidad sino a su lado”. Más adelante, Rodig quiso rendir homenaje a la Pasionaria en representación del MEMCH, dirigiéndose a la propia Ibárruri, a quien le trasladaba que “las mujeres de Chile” saludaban, a través de su figura, “a las mujeres de España”, pues su “corazón inmenso de mujer” les había inspirado a buscar su propio camino y encontrar su “verdadera madre España”. Pasionaria pasaba así a formar parte de una suerte de santísima trinidad republicana conformada por la propia Dolores Ibárruri, las mujeres españolas y el concepto de “madre España”, que, tal y como estudiamos en el apartado dedicado al hispanoamericanismo popular, también fue un eje de la movilización solidaria. Esta trinidad potenciaba la apelación que Rodig buscaba transmitir al final de su discurso:

Pero las mujeres españolas que velan por ellos nos gritan: “Ayudadnos a defender a nuestros hijos de la muerte”. Y ese clamor de España viene de la mujer española, la que ha sido Isabel de Castilla, Santa Teresa, la Pasionaria [...]. ¡Cómo no responder a ese grito entrecruzado de esperanzas, a ese clamor por sus niños grandes de las trincheras, por los pequeños de la retaguardia y aun por los que llevan en sus senos! (1937, 4).

4.1.3 Las mujeres comunistas costarricenses y la construcción heroica de la mujer proletaria

La Pasionaria como símbolo movilizador solidario fue también uno de los grandes ejes de la lucha de las mujeres del Partido Comunista de Costa Rica. Al igual que en el caso chileno, la leyenda de Ibárruri se forjó en el seno del movimiento de emancipación de la mujer. En 1923 se había fundado la Liga Feminista, organización que, a diferencia de organizaciones de mujeres obreras como el MEMCH, tuvo un papel primordial “en la difusión de la ideología liberal del orden y el progreso durante las primeras tres décadas del siglo XX” (Rodríguez S. 1999, 4). El liberalismo costarricense, de fuerte raigambre en las élites, tuvo su particular calado en este movimiento que tendía a “enfaticar la

importancia de moralizar e higienizar a los sectores populares, y la necesidad de armonizar las relaciones sociales a partir del hogar”, lo cual manifestaba una clara inclinación por las ideologías más derechistas. De hecho, una de sus principales líderes, Sara Casal de Quirós, defendería la sublevación y el fascismo en las páginas de su publicación, *Revista Costarricense* (González Ruiz 2022, 169-70).

En paralelo a la Liga Feminista, otro grupo de mujeres¹⁴³ se organizó para luchar por las condiciones de vida de las mujeres costarricenses y sus familias. Las militantes del Partido Comunista de Costa Rica, entre las que destacaban Carmen Lyra, Luisa González y Emilia Prieto, reivindicaban la emancipación de la mujer “desde una perspectiva materialista”, esto es, teniendo en cuenta sus condiciones económicas y sociales y trazando estrategias para mejorarlas, en muchas ocasiones con un discurso cuyos ejes eran “el maternalismo social y la construcción mujer-madre”, similares a los de sus compañeras chilenas (Rodríguez Sáenz 2014, 53). En esa línea, destacan artículos como este de Luisa González, una de las más recordadas escritoras del país centroamericano:

Como esposas, como hermanas, como madres, sabemos cómo duele vera los chiquillos de la casa mal alimentados, desnutridos, enfermizos [...]. Sentimos la necesidad de luchar, de luchar a brazo partido unidas a los hombres cuando les vemos resueltos al combate, solas cuando les observemos flaqueando ante los peligros de la lucha (González 1933, 2).

La lucha de González, Lyra, Prieto y otras tantas mujeres comunistas rompía con los esquemas de una sociedad costarricense de valores tradicionales. Por ello, representaban un verdadero peligro a los ojos del gobierno costarricense, los sectores liberales, algunas miembros de la Liga Feminista y la mayor parte de la Iglesia católica (Cubillo Paniagua 2011, 187). En este contexto, la irrupción de La Pasionaria como símbolo heroico fue todo un revulsivo para las mujeres del Partido Comunista de Costa Rica, quienes veían en Ibárruri “la cristalización del nuevo tipo de mujer, y de mujer proletaria” que había sido capaz de unificar la lucha política obrera y de las mujeres al haber incorporado “en la política de un pueblo su misión maternal” (Lyra 1936, 6). Su

¹⁴³ Para más información sobre la movilización de las mujeres obreras costarricenses, véase el capítulo “Mujeres proletarias. El movimiento de emancipación de la mujer” del volumen *Costa Rica y la guerra civil española* (González Ruiz 2022, 34-40).

leyenda fue tal que, en la manifestación del 1 de mayo de 1938 en San José, las militantes del partido portaron grandes carteles con el retrato de la líder comunista española al son de “¡Viva España, viva la Pasionaria!” (*Trabajo* 1938a, 2).

¿Cómo se configuró el mito heroico de La Pasionaria en Costa Rica? Sus discursos y textos fueron ampliamente difundidos por el grueso de publicaciones prorrepúblicas, sobre todo *Trabajo*. Además, gracias a Octavio Jiménez, uno de los más afamados ensayistas costarricenses de los años treinta, sabemos que la voz de Dolores Ibárruri arribó a las costas centroamericanas de forma tanto oral como escrita. En un largo artículo publicado en agosto de 1936, apenas un mes después de comenzar la guerra, Jiménez esbozó una reflexión sobre la guerra española partiendo de un discurso de la dirigente comunista, cuya voz, “clara y llena de énfasis”, llegaba desde “la radiodifusora que sirve en Madrid los intereses permanentes de España republicana”. El discurso de la Pasionaria era una apelación llena de “fervor visionario” dirigida a los demócratas de todo el mundo. Tal fue la dimensión del discurso que llevó al ensayista costarricense a la conclusión de que La Pasionaria era toda una “mujer de combate” cuya idiosincrasia era fiel reflejo de la identidad española. Al igual que en Chile, La Pasionaria se había alzado en Costa Rica como todo un símbolo de la nueva España, no la España a la que estaban “acostumbrados a cantarla cada 12 de octubre”, sino a la que había nacido el 14 de abril de 1931: “Siglos de monarquía hicieron de esa España algo horrible y satánico. Ahora nace otra España y por ella hay que trabajar” (1936, 2).

La Pasionaria como personificación de la España republicana fue también aclamada por el poeta comunista Carlos Luis Sáenz en el poema que le dedica a Carmen Lyra en diciembre de 1936. Los primeros versos destacan el origen obrero y auténticamente español de Ibárruri, de quien dice que “de la dura entraña / del suelo de España / tu coraje arranca, Madre Proletaria”. Sáenz, quien se dirige a La Pasionaria a lo largo de todo el poema, retoma sus alabanzas a través del recurrente tópico de la maternidad revolucionaria: “Tú encarnas heroicamente / de todas las madres la paciencia santa / que soporta angustias y dolores...”. Dolores Ibárruri, descrita como una “mujer piadosa” para reforzar la visión de su figura como una suerte de *mater dolorosa* republicana, fue también vinculada a la protección de la infancia, cuestión central en la solidaridad costarricense pues, al igual que en el resto de países hispanoamericanos, las

apelaciones a la ayuda material destinada a las madres y niños españoles solían relacionarse con la líder comunista¹⁴⁴ para reforzar su efectividad en la opinión pública: “y tus manos santas / rescatan al niño de la clase esclava / y al futuro entregan la gloriosa carga” (C. L. Sáenz 1936b, 379).

Los medios de comunicación de la derecha, conscientes de su influencia en la opinión pública, trataron de deslegitimar la figura de La Pasionaria durante los años del conflicto y, según Carmen Lyra, con más ahínco durante los primeros meses. Así lo denuncia en “La Pasionaria”, artículo publicado en *Trabajo* y motivado por la “campana de desprestigio” orquestada “de este lado del Atlántico” contra “la más alta mujer de la España proletaria”, quien era “ultrajada villanamente por escritorzueros menguados” (Lyra 1936, 6). Para la escritora comunista, Ibárruri era una “mujer representativa de España y de nuestro tiempo”, una “mujer piadosa” volcada en la defensa del porvenir “de los hijos y hogar de todos los proletarios españoles”. Su retrato de la Pasionaria, al igual que el de Sáenz, aúna la maternidad revolucionaria y viril con la que la dirigente del PCE era descrita en ambas costas del Atlántico. Ibárruri, símbolo de la España republicana, se alzaba contra los intereses “de la frailería sórdida de la nobleza parasitaria, de los capitalistas descorazonados, de la militarada insurrecta”, ante lo cual Lyra vaticinaba un castigo ejemplar –de resonancias bíblicas– a la altura de los crímenes cometidos:

Llegada es la hora en que se anuncia la gran justicia y todos aquellos que han extorsionado la libertad y la felicidad humanas tiemblen, porque sus innumerables y oscuros crímenes descubiertos serán pregonados por millones de bocas enardecidas en las plazas públicas de todas las grandes urbes, de un extremo a otro de la tierra (1936, 6).

Quizá una de las claves del texto se encuentre en los siguientes párrafos, cuando Lyra arremete contra todos aquellos que creían que La Pasionaria era una “mujer desnaturalizada”. Estos “mojigatos” defendían, de acuerdo con la escritora costarricense, el modelo de mujer “adorno”, es decir, de “esclava del hogar”. Lyra, en cambio, apoyaba el modelo propuesto por Ibárruri, representante de la nueva mujer española que se involucraba, al fin, en la vida política del país como “madre simbólica que está alumbrando a todo un pueblo”:

¹⁴⁴ En el número del periódico comunista *Trabajo* correspondiente al 12 de octubre de 1938 se reproduce el “Llamado de Pasionaria” que exhortaba a la población costarricense a solidarizarse con el pueblo español y, particularmente, los niños (González Ruiz 2022, 38)

Para los milicianos es la valiente camarada que mantiene firme la bandera de la causa que se honra con el sacrificio de sus vidas. Para las madres proletarias es la mujer grandiosa que recoge en su corazón las lágrimas de todas y que, compartiendo sus dolores, levanta sobre el suelo español una promesa de mejores días [...]. Las generaciones del futuro alzarán cánticos de alabanzas; de edad en edad florecerán sus nombres en los corazones de los hombres libres.

En definitiva, se trataba de la vívida imagen de una “madre simbólica” que, gracias a su carisma, retórica y militancia política, se impuso como la mayor referencia de las mujeres hispanoamericanas durante la guerra civil española. Dolores Ibárruri, secretaria histórica del Partido Comunista Español, pasó a la historia en Hispanoamérica como el símbolo de una nueva España que, como sabemos, fue truncada en 1939. Aunque apenas queda el recuerdo del terremoto político que causó en Hispanoamérica, las referencias que encontramos en las literaturas costarricense y chilena, además de los cientos de textos sobre su figura en el resto de los países del continente, son el fiel reflejo de la exitosa construcción del mayor mito heroico y proletario de las mujeres republicanas españolas.

4.2 «Un monárquico sin rey al servicio de la República». Ángel Ossorio y Gallardo y la cuestión religiosa¹⁴⁵

El uso político de la religión en los conflictos militares ha sido una constante en la historia de la humanidad. En *Falsehood in War-Time* (1928), volumen dedicado a desmontar la propaganda de la I Guerra Mundial, el diputado laborista británico Arthur Ponsonby afirmó que “la primera víctima cuando estalla la guerra es la verdad” (Ponsonby 1928, 11, trad. propia). Asimismo, Ponsonby destacaba el papel imprescindible de los intelectuales en las tareas de propaganda durante la Gran Guerra, particularmente los del seno de la Iglesia. De acuerdo con el análisis del político laborista, aquellos eclesiásticos que no se posicionaron durante el conflicto fueron “marcados” como enemigos públicos, dando buena cuenta de las exigencias propagandísticas de la guerra y el Estado (1928, 25, trad. propia).

¹⁴⁵ El presente apartado fue publicado en la revista *Diablotexto Digital* con el título “«Hermanos de América...». Ángel Ossorio y Gallardo, católico y monárquico al servicio de la República” (2023a, 48-69).

En cuanto a España e Hispanoamérica, la acción de los intelectuales en ambas costas del Atlántico fue primordial en un conflicto que, además de ser la antesala de la II Guerra Mundial, se convirtió, como ya hemos afirmado, en la primera guerra mediática de la historia. Una de las cuestiones centrales en la batalla mediática hispanoamericana, encarnizada por las tensiones propias del panorama político de la región, fue la preeminencia del dogma católico y la centralidad de la Iglesia en el tablero político, entrelazada, a su vez, con la imperialista concepción de la hispanidad promulgada por el ensayista filofascista Ramiro de Maeztu, cuya obra fue reivindicada en defensa de la sublevación por sus seguidores españoles e hispanoamericanos (Delgado Gómez-Escalonilla 1988, 122). La fundación de facultades de Teología en Chile, Perú, Colombia, Brasil y Argentina, así como revistas teológicas especializadas o la irrupción de Acción Católica a lo largo del continente, dan buena cuenta de la relevancia sociopolítica de la Iglesia en los años treinta (Alejos Grau 2017, 25).

La comunidad eclesiástica compartía una visión del conflicto ibérico que, salvo excepciones, evocaba el mito de una nueva cruzada frente al avance del comunismo, etiqueta paraguas bajo la cual agrupaban toda tendencia política contraria a los presupuestos conservadores o filofascistas que defendían (Pizarroso Quintero 2001, 65). En este apartado trataremos de dar las claves de la batalla mediática religiosa en Hispanoamérica, centrándonos en Costa Rica y Argentina, a través del uso propagandístico de la figura de Ángel Ossorio y Gallardo, reivindicada por los intelectuales prorrepúblicanos en su intento de contrarrestar la propaganda católica franquista.

4.2.1 Los intelectuales hispanoamericanos y la propaganda católica republicana

Ángel Ossorio y Gallardo fue un abogado, político e intelectual de singular ideología política. Monárquico, maurista y demócrata cristiano, fue un firme opositor a la dictadura de Primo de Rivera, lo que le cosechó no pocos enemigos en la alta política española. Pese a ganarse una merecida fama como jurista y contar con numerosos clientes de prestigio, nunca dejó de defender a personas de clases sociales más bajas ni tampoco

de preocuparse por las cuestiones sociales. Para Ossorio, la propaganda era “el problema eje de la economía mundial”, aunque estaba lejos de simpatizar con los movimientos socialistas y comunistas, pues defendía a ultranza la propiedad privada, aunque desde una perspectiva más bien progresista: “Si el hombre tiene todo eso suyo –que es su cuerpo y su alma– ¿cómo pretendemos que no sea suyo el fruto de su trabajo?” (Ossorio y Gallardo 1943, 94-95). Aun siendo monárquico y ferviente católico, compaginó su carrera política y jurista con su lealtad a la República, régimen que decidió defender frente a la sublevación que, a su juicio, había traicionado y manipulado los valores cristianos:

Católicos fueron los que, desde el primer día, lucieron su ingenio contra el Frente Popular, llamándolo “Frente Crapular” y desde el día dieciocho de julio, vociferan a título de defensores de la religión, los militares que faltan a su juramento, que desconocen el poder legítimo, los que inundan a su patria con tropas extranjeras, los que se apoyan en elementos anticristianos de África y de Europa, los que sufragan libelos de escándalo, los que emplazan ametralladoras en las torres, los que tienen como programa matar a la mitad de los españoles y destruir la mitad de España. ¡Pobre religión! ¡Con qué fines la utilizan! (Ossorio y Gallardo 1938a, 18).

La República, acusada por la prensa profranquista tanto en España como en Hispanoamérica de la quema de iglesias y el asesinato de eclesiásticos durante las primeras semanas del conflicto, se vio forzada a potenciar la propaganda religiosa para defender la libertad de credo republicana ante la opinión pública. ¿Y quién mejor que un burgués, abogado, católico, monárquico? Ossorio y Gallardo abandonó la embajada republicana en Bélgica, que regentaba desde septiembre de 1936, para ponerse al mando de la de París en mayo de 1937, donde Juan Vicens, bibliotecario español ligado a la Institución Libre de Enseñanza, lideraba la Delegación de Propaganda. Más allá de las supuestas riñas entre la Embajada y la Delegación, la propaganda prorrepública parisina profundizó en la cuestión religiosa, confeccionando materiales que reforzaban la idea de que los católicos debían estar del lado del Gobierno legítimo republicano (H. García 2009, 222). Asimismo, Embajada y Delegación organizaron charlas y eventos que atrajeron a un público que convenía a los intereses diplomáticos republicanos: “profesores y burgueses católicos, muy distinto del que solía movilizarse por la causa republicana” (H. García 2009, 223).

Para abordar la propaganda católica republicana y el encaje de Ossorio y Gallardo, es imprescindible remitir a la Carta Colectiva del Episcopado español a los obispos del

mundo de 1937, punto de inflexión a partir del cual, según el historiador Stanley Payne, la jerarquía escolástica española se consolidó como el principal respaldo político, militar, financiero y espiritual del discurso sublevado (Payne 1984, 201-16). Este documento, ampliamente divulgado por los sectores católicos simpatizantes con Franco en Hispanoamérica, comenzaba defendiéndose de los ataques de la prensa republicana sobre su implicación en el conflicto: “La Iglesia no ha querido esta guerra ni la buscó, y no creemos necesario vindicarla de la nota de beligerante con que en periódicos extranjeros se ha censurado a la Iglesia en España” (*Boletín Oficial del Arzobispado de Santiago* 1937, 209-36). Las verdaderas intenciones de los obispos –justificar y promover el golpe de Estado– no tardaron en asomar, cuando afirmaron que el pueblo español, “obedeciendo a los dictados de su conciencia y de su patriotismo, y bajo su responsabilidad personal”, se había alzado frente al Gobierno “para salvar los principios de religión y justicia cristiana”, e invitaron al lector a cotejar los hechos acaecidos durante la guerra “con la doctrina de Santo Tomás sobre el derecho a la resistencia defensiva por la fuerza y falle cada cual en justo juicio” (1937, 209-36).

Las altas jerarquías de la Iglesia en Hispanoamérica siguieron una línea discursiva muy similar. El domingo 6 de septiembre de 1936, mes y medio después del inicio del conflicto, se leyó una carta del arzobispo de Buenos Aires, el cardenal Santiago Luis Copello, en todas las iglesias de la capital argentina:

Honda repercusión tienen en nuestra ciudad arzobispal los dolorosos acontecimientos que se desarrollan en España. Ya antes de que se iniciara la contienda, manos criminales habían incendiado templos y colegios, gloria de España, y monumentos admirados de arte y cultura. Empuñadas las armas en terrible lucha fratricida, iglesias, escuelas, asilos, obras de asistencia social, sin causa que lo justifique, han sido destruidas al impulso de odios implacables, mientras indefensas mujeres y niños, abnegadas religiosas, beneméritos sacerdotes, y hasta obispos, venerables por sus méritos y por sus años, sin ninguna razón de beligerancia, han sido cruelmente asesinados (Goldar 1996, 75-76).

Por parte centroamericana, *Eco Católico*, el diario escolástico más popular de Costa Rica con cifras de récord en los años treinta –14.000 ejemplares vendidos en septiembre de 1936– difundió la célebre carta en varios números para defender su posición abiertamente favorable a Francisco Franco (González Ruiz 2022, 32). ¿Quién mejor que Ángel Ossorio y Gallardo para tratar de contrarrestar el accionar de la Iglesia católica en Hispanoamérica visto el panorama desfavorable que pintaban obispos,

arzobispos y curas? Mientras que la propaganda sublevada se caracterizaba por su carácter religioso e imperialista, los republicanos trataron de “contrarrestar su imagen de revolucionarios sociales y de enemigos de la religión” y “minimizar la persecución religiosa” (Pardo Sanz 2011, 148). Desde luego, no había mejor héroe que Ángel Ossorio y Gallardo para tratar de neutralizar la propaganda sublevada de la Iglesia católica en Hispanoamérica. Los intelectuales hispanoamericanos progresistas, ya fueran comunistas, socialistas o liberales, conscientes de la importancia de luchar por el dominio de la opinión pública y recabar los apoyos de la comunidad católica, alinearon su estrategia propagandística con la de la República y doblaron esfuerzos a la hora de difundir la imagen de una nueva España republicana tolerante y abierta hacia los credos religiosos.

4.2.2 La pugna por el relato. Ossorio y Gallardo en la prensa costarricense

En Costa Rica, el gobierno de León Cortés, de simpatías fascistas y nazis, puso palos en las ruedas de los intelectuales y publicaciones prorreplicanos ya fuese a base de amenazas de deportación, detenciones, despidos de organismos públicos o de juicios de dudosa legalidad. En cambio, los intelectuales y medios favorables a la sublevación, como es el caso de *La Tribuna* y, sobre todo, el grueso de periódicos y revistas católicas del país, pudieron conformar “un solo frente mediático en defensa de la ‘cruzada’ emprendida por Francisco Franco” con el beneplácito de las autoridades eclesiásticas y gubernamentales (González Ruiz 2022, 31). Ante una coyuntura desfavorable, los intelectuales costarricenses prorreplicanos –particularmente los católicos– reivindicaron la figura heroica de Ángel Ossorio y Gallardo para demostrar que era posible pertenecer al bando leal y profesar la fe católica.

Emmanuel Thompson, abogado, periodista y publicista católico y progresista¹⁴⁶, es un gran ejemplo. En 1937 publicó un folleto titulado *El conflicto de España ante el*

¹⁴⁶ Ostentó el cargo de secretario de propaganda de la Liga Antifascista de Costa Rica, a través del cual organizó numerosas campañas y eventos junto al Grupo Pro-República Española.

*mundo cristiano*¹⁴⁷. Su obra, de escasas doce páginas, atacaba a las élites escolásticas españolas por su papel en el conflicto, dejando de lado a los curas y a los fieles de a pie: “En España hay sacerdotes y obispos que no cumplen con el supremo deber de la caridad y que para mantener privilegios reñidos con la justicia evangélica [...] no vacilan en declararse fascistas. Es decir, anticristianos” (Thompson 1937a, 6). Los binarismos maniqueos que hemos estudiado en capítulos anteriores tuvieron su particular eco en los debates en torno a la cuestión religiosa, en ocasiones tachando al adversario de ser “anticristiano” o “anticatólico”, lo que resultaba en la deslegitimación del bando contrario, al que se asociaba al mal absoluto. La respuesta de la Iglesia no se hizo esperar. El 29 de diciembre del mismo año, el sacerdote Rafael María Guillén Quirós, escondido tras el “sutil” pseudónimo “r. ma. G. q”, lo acusó de tener todo un “barullo” ideológico y religioso de sacar provecho económico del drama que se vivía en el seno de la Iglesia (Guillén Quirós 1937, 3).

Con un gobierno y una Iglesia volcados en ayudar al bando franquista, la izquierda costarricense se apoyó en sus referentes progresistas católicos españoles para defender el proyecto republicano: el padre Sarasola, José Bergamín... y, sobre todo, Ángel Ossorio y Gallardo, cuyos artículos ya habían aparecido en la prensa costarricense antes de la guerra civil. El 24 de octubre de 1936, el periódico comunista *Trabajo* publicó “Un gran discurso de Ossorio y Gallardo, líder católico, académico y exministro monárquico”, texto que habían podido escuchar “desde la emisora de radio” pues se difundió por este medio para toda Hispanoamérica. La alocución, dirigida a los “hermanos de América”, vinculaba la lucha contra el fascismo a una suerte de misión divina: “El Destino, según los incrédulos; Dios, según yo, han dispuesto esta epopeya en que bregamos por defender valores espirituales, conceptos de libertad, empresa de justicia social que no son peculiarmente nuestros, sino de la Humanidad” (Ossorio y Gallardo 1936c, 4). El discurso, que también fue difundido por la revista *Liberación*, ponía el énfasis en la responsabilidad del clero español: “Pues contra ese Gobierno se han levantado en armas el Ejército español, los señoritos, los plutócratas, los fascistas de toda especie y el clero,

¹⁴⁷ El folleto de Thompson cosechó reseñas positivas de diarios izquierdistas como *Trabajo*: “El Sr. Thompson es católico, pero sabe distinguir entre su fe y la hipocresía de los fariseos que toman la religión como alcahueta de sus bajos intereses” (*Trabajo* 1937a, 6).

empezando por los obispos. Esa es la verdad y no otra” (Ossorio y Gallardo 1936a, 13). También apareció en las páginas de *Repertorio Americano*, pero, eso sí, a raíz del envío del Servicio Especial de Información de Madrid (Ossorio y Gallardo 1936b, 217). Otro texto del jurista español presente en la prensa costarricense fue “Para un oficial del otro lado”, una carta escrita a un soldado ficticio del ejército franquista para explicarle el sinsentido de la guerra. En esta ocasión, Ossorio y Gallardo aludió al extendido mito de la guerra civil como una guerra de independencia, una de las estrategias discursivas más utilizadas por la izquierda centroamericana, a través de una misiva escrita en segunda persona y dirigida a los soldados sublevados:

Pero hay una cosa que nunca hicieron tus antecesores y que era para ellos tan absurda que, si hoy levantasen la cabeza, te escupirían indignado: esa cosa es haber entregado España, su suelo, sus riquezas, su libertad, su porvenir, la sangre de sus hijos, a ejércitos extranjeros (Ossorio y Gallardo 1937, 3).

Alfredo Arriaga y Treto, inmigrante cántabro y doctor en Derecho y Filosofía además de profesor de Economía Política, se enzarzó en un interesante debate sobre la legalidad del golpe de Estado con Luis Anderson, político oficialista y experto en Derecho Internacional que apoyaba al bando franquista. En un encendido artículo publicado por Arriaga en *La Prensa Libre*, el cántabro reivindicaba al letrado español y su libro *El alma de la toga*, cuya ética “debiera seguirse al pie de la letra por todos los abogados en el desempeño del cargo”, y destacaba su “espíritu cristiano, de matriz conservadora” frente a la polémica posición del “internacionalista costarricense” (Arriaga y Treto 1936a, 7). Caso contrario es el de *La Época*, el periódico católico más entregado en la defensa de la “cruzada” de Francisco Franco y sus acólitos. La presencia de Ossorio y Gallardo en la prensa local no fue del agrado de la redacción de este diario. En un artículo sin firma, se quejaban de que *El Diario de Costa Rica*, “en su afán de denigrar a los católicos y catolificar y santificar al bolchevismo español, publicó el viernes a grandes títulos y en primera plana las imbéciles declaraciones de Ángel Ossorio y Gallardo, llamándole dicho periódico ‘leader católico’” (González Ruiz 2022, 270). La publicación acusó al abogado madrileño de haber vendido a Dios “por un mendrugo de pan” y cuestionó, con tono socarrón, su fe cristiana: “¿Ossorio leader? Sí, de su hogar, y... me permito dudarlo...

¿Ossorio católico? Así, así como Judas. ¿Qué es D. Ángel Ossorio y Gallardo? Ni ángel, ni gallardo, un pancista”.

No sería la última aparición en prensa del intelectual republicano. El 1937, las mujeres del Partido Comunista, organizadas en el Grupo Lina Odena, llevaron a cabo una iniciativa solidaria con el Sindicato de Zapateros que consistió en fabricar y enviar cien pares de zapatos a los niños españoles. Los esfuerzos de Luisa González, Emilia Prieto y Carmen Lyra, entre otras, tuvieron tanto éxito que el mismísimo Ossorio y Gallardo, ya entonces embajador de la República en Argentina, les escribió una emocionante carta para “expresarle su cordial reconocimiento por ser tan útil y generosa manifestación de solidaridad” (*Trabajo* 1938b, 6).

4.2.3 El héroe católico de la nueva España. Los intelectuales argentinos y la propaganda religiosa

Las tensiones en el campo intelectual argentino se trasladaron a la cuestión religiosa nada más empezar el conflicto español. La mayor parte de la Iglesia argentina no dudó en apoyar a los sublevados, respaldándose, como mencionábamos en la introducción, en la persecución y asesinato de clérigos y la quema de templos durante los primeros meses de la guerra¹⁴⁸. El catolicismo rioplatense, aupado por una numerosa juventud afiliada a asociaciones como Acción Católica, sacó músculo y se movilizó a través de la prensa y la ayuda material al bando franquista (Zanca 2016, 113). Los intelectuales prorrepublicanos, conscientes de la importancia de ganar el relato religioso en un país mayoritariamente creyente, reivindicó a las personalidades republicanas católicas, entre las que sobresalía Ossorio y Gallardo, para tratar de poner la opinión pública a su favor. Así lo refleja el editorial del diario *Crítica* publicado poco más de un mes después del golpe de Estado: “Cuando católicos como Menéndez Pidal, como

¹⁴⁸ Tras la publicación de los primeros manifiestos prorrepublicanos en la prensa argentina, los intelectuales simpatizantes de la sublevación no tardaron en responder. Personalidades destacadas de la política, literatura y cultura argentinas de talante derechista como Carlos Ibarguren, Manuel Gálvez o Leopoldo Marechal suscribieron un manifiesto en clave religiosa contra “los crímenes, incendios de templos, destrucción de obras de arte y crueldades inicuas que, en la lucha por la implantación del sistema soviético en España realizan los partidarios de la república comunista” (Binns 2012a, 59).

Ossorio y Gallardo o como Bergamín, están con la República actual [...] es porque ahí está, en ese campo, la causa de la civilización y de la justicia” (Binns 2012a, 233).

La referencia a Ossorio y Gallardo, acompañado de nada más y nada menos que Menéndez Pidal y José Bergamín, deja entrever cuán reconocido era el jurista en los círculos prorrepublicanos argentinos. Por otro lado, la asociación entre estos tres intelectuales y la “causa de la civilización y de la justicia” apunta a otra de las grandes batallas mediáticas republicanas: la lucha por romper la neutralidad de potencias como Francia e Inglaterra y ganarse la simpatía de los gobiernos hispanoamericanos. Enrique González Tuñón, escritor, periodista y firme defensor de la República en la retaguardia rioplatense, escribió el prólogo de *España levanta el puño* (1937), libro de Pablo Suero, también escritor y de origen asturiano. En su alegato sobre la legitimidad del intelectual hispanoargentino como “hombre honrado” y prorrepblicano ejemplar, González Tuñón puso el énfasis en su lealtad para con la “España auténtica”, es decir, aquella representada por las masas populares y los más insignes intelectuales: “Él está [...] con la España de Menéndez Pidal, de Ossorio y Gallardo, de Machado, de Alberti, de los bravos poetas milicianos [...]. Pablo Suero está con su España, con la España de la madre, la España de todos sus antepasados, y contra la España negra, la anti-España (González Tuñón en Suero 2009, 7).

Pero ¿cómo era posible que Ossorio y Gallardo fuera tan conocido en los círculos prorrepblicanos argentinos? Sin duda, la propaganda emitida desde la España republicana y la Delegación de Propaganda de París ayudaron a crear la “leyenda”. Sin embargo, sería un dibujante madrileño radicado en Buenos Aires quien más reivindicaría la figura de Ossorio y Gallardo en la prensa argentina.

“Roberto” Gómez comenzó a estudiar Derecho en la Universidad Central de Madrid, pero a comienzos de los años veinte tuvo que dejarlo por problemas económicos familiares, razón por la cual comenzó a trabajar en el despacho de un amigo de su padre, el entonces político monárquico Ángel Ossorio y Gallardo. El jurista se convirtió en “un modelo de sabiduría y de rectitud” a pesar de estar políticamente “en las antípodas”, pues Roberto era republicano, izquierdista y ateo (R. Gómez 2019, 13). “Roberto” se convirtió en secretario personal de Ossorio y Gallardo durante más de una década, durante la cual vería al jurista encarcelado por su oposición a la dictadura de Primo de Rivera. A finales

de los años veinte, “Roberto” se hizo un hueco en *Gutiérrez. Semanario Español de Humorismo*, revista de la que llegó a ser subdirector y gerente gracias a sus dibujos satíricos y no exentos de cierta crítica social. En 1932 puso rumbo a Montevideo para distanciarse de España por “motivos personales y afectivos” y no tardó en “acriollarse”: para 1936 era uno de los dibujantes estrella del célebre diario vespertino *Crítica*, así como en el diario hermano al otro lado del Río de la Plata, *Uruguay. Un rumbo cierto bajo la Cruz del Sur*, y sus columnas, agrupadas bajo el sugerente título de “charlas de café”, eran las más esperadas del periódico (2019, 35).

Desde julio de 1936 “Roberto” se dedicó en cuerpo y alma a defender a su querida República frente a los sublevados y, desde luego, a reivindicar a Ossorio y Gallardo como uno de los más firmes representantes de la “nueva España”. En la charla de café del 7 de octubre de 1936, publicada en *Crítica* bajo el título “Ossorio y Gallardo, una voz sensata de la nueva España”, referenció al abogado madrileño como “el más constante e incansable enemigo de la dictadura primorriverista”, harta conocida por la opinión pública argentina (2019, 177). La columna, fruto de un discurso de Ossorio y Gallardo radiado en Argentina en septiembre de 1936 que parece coincide con el escuchado en tierras costarricenses, refleja la arriesgada y honesta lucha mediática que libró el jurista frente a la dictadura:

Él batalló desde la prensa, desde la tribuna, desde el foro, para destruir el régimen de opresión que denigraba a nuestro pueblo. Él, por todo esto, fue a la cárcel. Lo único que no hizo fue conspirar. Sencillamente, porque en toda conspiración hay un fondo de insinceridad; y Ossorio es, ante todo y por encima de todo, un hombre sincero (2019, 180).

“Roberto”, que siempre se deshizo en halagos hacia su mentor, explicó que, si bien Ossorio no era “un marxista”, sino “todo lo más contrario a un marxista”, su posición estaba clara: “al lado del Gobierno constituido y libremente elegido por el pueblo”, que es la que correspondía a “un hombre conservador, que siempre condenó la violencia y que siempre estuvo del lado de la ley, poniendo al servicio de ella toda su vida generosa” (2019, 183). La sentida charla de café del 12 de junio de 1937 comenzó dando la enhorabuena a Ossorio y Gallardo tras haber sido designado embajador en París. En esta ocasión, “Roberto” enfocó su discurso en defender que el jurista era “la representación más acabada de la ley” para despejar dudas sobre su lealtad hacia el gobierno republicano:

Y cuando algunos se preguntan cómo él, hombre conservador y católico, hombre de derechas, está con los “rojos” del gobierno de Valencia, con el pueblo de España, la mejor respuesta que cabe darles es esta: porque el pueblo de España, porque el gobierno “rojo” de Valencia, defiende en estos momentos la Ley (2019, 431).

La fama de Ossorio y Gallardo en la prensa prorrepública argentina no paró de crecer. Este fenómeno no pasó desapercibido en los sectores más profranquistas de la Iglesia argentina. El periodista y sacerdote Gustavo Franceschi, director de la revista católica anticomunista *Criterio*, lanzó un dardo envenenado al jurista español. A raíz de una polémica en torno a los bombardeos y asesinatos en ambas retaguardias, atacó a Ossorio y Gallardo por su supuesta equidistancia en términos humanísticos y mostró lo bien que conocía la trayectoria del abogado católico: “No me interesan en cambio los que, como Ossorio y Gallardo y sus compañeros, lloran en un conocido manifiesto por el bombardeo ‘de su querida Madrid’, pero no hallaron una palabra para condenar el bloque de las atrocidades extremistas” (Franceschi 1937, 245-54).

Menos de un año después, en marzo de 1938, Ángel Ossorio y Gallardo fue nombrado embajador de la República en Argentina. El 15 de julio fue recibido por el presidente Ortiz acompañado por un abultado público: “Miles de personas los ovacionan en la Plaza de Mayo, y el Presidente argentino y el embajador extraordinario y plenipotenciario de España salen a los balcones de la Casa Rosada a saludar a la multitud” (Goldar 1996, 118). Como no podía ser de otra forma, las revistas católicas y de extrema derecha se movilizaron contra Ossorio y Gallardo y el inteligente movimiento diplomático del gobierno republicano español. *Crisol*, publicación de referencia del nacionalismo argentino de los años treinta, se refirió al abogado como un personaje “venal y servil, sumiso y cómodo lacayo del comunismo criminal que atentó contra la tierra que le vio nacer” (Binns 2012a, 228). Para ilustrar el talante político de la revista, el título del artículo contiguo rezaba “Este país no será para los judíos”.

Un mes antes de ser recibido por el presidente Ortiz, la renombrada revista *Claridad*, que agrupaba a escritores comprometidos políticamente como Elías Castelnuovo, Álvaro Yunque y Roberto Arlt, sacó un número especial en homenaje al abogado católico con hasta diez artículos, de los cuales la mitad eran de su puño y letra. Destacan “Ossorio y Gallardo habla de la guerra española”, “Ideas sociales de Ossorio y

Gallardo” y, en especial “Ossorio y Gallardo habla de la guerra española”, en el que el jurista arremete contra los “falsos católicos” sublevados y defiende la legitimidad jurídica y libertad religiosa del gobierno republicano:

¿Contra quién se sublevaron el 18 de julio? ¿Contra un gobierno comunista? De ninguna manera. El gobierno de entonces era estrictamente republicano, exclusivamente burgués [...]. No es verdad que todos los católicos estén contra el gobierno. Al lado del gobierno están otros que tienen tanto derecho como cualquiera a conservar sus ideales religiosos, sin perjuicio de hacer la política que más les plazca (1938a, 18).

También reprodujeron las “Primeras palabras de Ossorio y Gallardo pronunciadas a su arribo a nuestro puerto”, cuando fue recibido, una vez más, por una multitud prorrepblicana:

Y para vosotros, argentinos y españoles, que estáis a nuestro lado, que lo habéis estado desde el primer momento y que constituís para los que luchan, el consuelo en el combate y el estímulo para el futuro. Sea mi primer deber, al llegar a esta tierra y a esta casa, agradecer estas manifestaciones de entusiasmo y los elogios que me tributáis, que no son merecidos más que en un aspecto que sin modestia os voy a decir: en que yo soy un específico representante de la República. Esto es evidente (1938b, 24).

Para julio de 1938 la República había comenzado a agonizar. La mayor parte del territorio peninsular había caído en manos de los sublevados y la derrota era inminente. El 23 de febrero de 1939 el gobierno de Argentina reconoció al gobierno de Franco. El aristócrata vasco Juan Pablo de Lojendio fue designado encargado de negocios de España ante el gobierno argentino y Ossorio y Gallardo tuvo que abandonar el edificio de la Embajada tras unos meses frenéticos moviendo cielo y tierra para conseguir apoyos, populares y diplomáticos, a la República (Binns 2012a, 86). La prensa afín a los sublevados lo celebró por partida doble. *Crisol* se jactó en sus páginas de la victoria final de la “cruzada” religiosa de Francisco Franco: “¡Arriba España! ¡Arriba el Generalísimo! ¡Arriba la España de San Ignacio de Loyola y del Cid, y de Bailén y de Lepanto! ¡Arriba la España del 12 de octubre de 1492, de antes, de ahora y de siempre!” (Binns 2012a, 230). Con mayor inquina celebró la otra gran derrota, la del catolicismo demócrata y fiel a la democracia¹⁴⁹ que representaba el ya exembajador español:

¹⁴⁹ María Rosa Oliver, fundadora tanto de la Unión Argentina de Mujeres en 1936 como de la revista *Sur* de Victoria Ocampo y firmante del manifiesto de intelectuales argentinos en defensa de la República

Se va ese Ángel Ossorio y Gallardo, dignísimo representante en su físico y en su moral, de la Antiespaña [...]; se va el “católico práctico” que está al servicio del Anticristo y que cuando se retira de la embajada, saluda cerrando el puño, como se lo enseñaron sus amos de Moscú.

Ángel Ossorio y Gallardo falleció en el exilio argentino el 19 de mayo de 1946 tras escribir dos volúmenes sobre el conflicto –*Orígenes próximos de la España actual* y *La guerra de España y los católicos*, ambos de 1942– y resistir los continuos embistes de *Criterio* y monseñor Franceschi. En 1940 había sido nombrado miembro de la Junta Central de la Acción Republicana y se desenvolvió como firme opositor del Eje durante la Segunda Guerra Mundial (Zanca 2016, 116). Sus libros, en especial *El alma de la toga* (1919), se siguen encontrando en las librerías argentinas.

El objetivo de este apartado no ha sido otro que recuperar la incansable labor de Ángel Ossorio y Gallardo en defensa de la República Española en Hispanoamérica y el monumental impacto de su actividad mediática y diplomática en la vida intelectual en la lejana retaguardia, cuestión que, lamentablemente, ha caído en el olvido. Rafael Caballero Ruano, en su artículo “El caso Ossorio durante el primer franquismo: secuestro y manipulación de la memoria rival como estrategia de control social”, profundiza en la marginalización de su figura por parte del bando franquista durante la guerra y la posterior dictadura nacionalcatólica. El estudio, que parte del “proceso de difamación” que sufrió Ossorio y Gallardo desde “el mismo instante del alzamiento hasta su etapa del exilio”, repasa las distintas estrategias de los franquistas para “anular la memoria” del jurista, entre las que destacan la difusión de bulos –como tener posesiones millonarias en Buenos Aires, ser el líder de los judíos israelitas en Argentina o pertenecer a la masonería–, así como la confiscación de su biblioteca personal de treinta mil libros, tanto para buscar en ella nuevas formas de atacar al jurista como para privar al público del acceso a la misma (Caballero Ruano 1997, 281-90).

Española, plasmó en *Mi fe es el hombre* (1981), la tercera parte de su autobiografía, el legado que el jurista madrileño dejó en Buenos Aires. Relata Oliver que un día que visitó la Embajada española se encontró con Ossorio y Gallardo, quien le dijo “que de haber llegado unos minutos antes [s]e habría encontrado con un sacerdote”. Oliver, sorprendida, le preguntó “qué había llevado al pobre cura a meterse en la boca del lobo”, ante lo cual Ossorio y Gallardo respondió: “a manifestar su adhesión a nuestra causa”. De acuerdo con las memorias de la escritora, el entonces embajador “mencionó al reverendo: era el confesor de mi madre y, según ella, ‘el más decente de cuantos he encontrado’” (1981, 10).

La reivindicación de la figura heroica y demócrata de Ossorio y Gallardo fue un elemento fundamental de la estrategia republicana para ganar el relato católico y sostener la posibilidad de un catolicismo progresista. Los intelectuales favorables a la República defendieron la legalidad internacional y la soberanía nacional de la República a través del jurista español, cuyo particular perfil –monárquico, católico y conservador– buscaba desmontar el relato franquista que tachaba al bando republicano de extremista y anticlerical. El apoyo a la República de un exitoso y tradicional abogado resultaba atractivo a ojos de los medios de comunicación y la opinión pública de gran parte de Hispanoamérica y, en especial, Argentina y Costa Rica. La construcción de la imagen heroica de Ossorio y Gallardo, más cercana a la dialéctica que a la guerra, da fe de la relevancia del jurista en la lejana retaguardia, donde fue celebrado como una de las mentes más lúcidas de la fugaz República española.

4.3 «Y como el Cid Campeador ganaba batallas después de muerto». Buenaventura Durruti, el héroe proletario en disputa

No deja de ser curiosa –e incluso chocante para cualquier entendido del anarquismo español– la inclusión de Buenaventura Durruti en el apartado dedicado a los héroes del Frente Popular. El obrero leonés era el líder indiscutible de la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), sindicato anarquista que durante los años de la guerra civil contaba con en torno a millón y medio de afiliados, y que decidió apoyar al Frente Popular en las elecciones de febrero de 1936 pese a no pertenecer a él. La razón tras su ausencia en la coalición es simple: la CNT no podía presentarse a las urnas, pues era un sindicato anarquista que aspiraba a suprimir el Estado y sustituirlo por una sociedad horizontal, sin clases y organizada en colectividades. Durruti, que a partir de julio de 1936 era un firme defensor de la colaboración con las fuerzas políticas progresistas para plantarle cara al fascismo, apoyó la participación de la CNT en las milicias populares, eso sí, bajo sus propios estandartes. El 20 de noviembre de 1936, apenas cuatro meses después del estallido del conflicto, se convirtió en leyenda libertaria –y, contradictoriamente, republicana– tras su misteriosa muerte en el frente de Madrid, al que se desplazó desde

Aragón junto a la columna de milicianos anarquistas que llevaba su nombre. La historia oficial afirma que el líder cenetista murió a causa de una bala disparada por los sublevados en las inmediaciones de Ciudad Universitaria, mientras que desde los sectores más afines a los anarquistas y la izquierda antistalinista se pone en tela de juicio esta versión, llegando a afirmar que fue asesinado por los comunistas. La naturaleza del homicidio del dirigente ácrata nunca se llegó a resolver y, de hecho, sigue despertando investigaciones al respecto, como la de Roberto Martínez Catalán, quien tras estudiar los testimonios de los médicos que lo atendieron y otras personalidades cercanas a Durruti, sugiere que probablemente fuera asesinado por un disparo realizado a centímetros de distancia (Martínez Catalán 2024, 110-20). Otros historiadores, como Miguel Amorós, ven la hipótesis del asesinato improbable y se decantan por una muerte meramente accidental (Amorós 2014, 154-55).

Lo que sí podemos asegurar es que, para el público y los intelectuales de Hispanoamérica, Buenaventura Durruti era un personaje conocido al que se vinculaba con figuras del Frente Popular o, al menos, de su órbita. Este es el caso de Federico García Lorca, poeta junto al cual, para el escritor y militante socialista chileno Julio Barrenechea y su poema “Himno leal”, Durruti formaba “la nueva columna inmortal” compuesta por los que habían caído “por la España leal” (1937, 30-31). Por parte cubana, el también socialista Francisco Domenech encumbraba al libertario español como uno de los “nuevos Viriatos defensores de España” junto a personalidades de la talla de “Miaja, Sanabria, Campesino, Líster, Pasionaria”. (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 283-85). Asimismo, el ecuatoriano –y socialista, una vez más– Demetrio Aguilera-Malta, en su ensayo *La revolución española a través de dos estampas de Antonio Eden* (1938) reivindicó su figura situándola codo a codo con la de los grandes referentes del Ejército Popular y el Gobierno de la República: “Ahí están Francisco Galán, y Mije, y Antón, y Líster, y Gallo, y Durruti y el defensor de Guadarrama, general Mangada y los ya conocidos Prieto, Azaña, Álvarez del Vayo, Largo Caballero, Martínez Barrios y mil más...” (Aguilera-Malta 1938b, 28).

El periódico prorrepblicano costarricense *Lealtad* publicó a finales de 1938 una breve semblanza sobre el líder cenetista en la que destacaban su origen popular –era “hijo de padres obreros”– y su tenaz laboriosidad: “Amó mucho el trabajo; y a los 14 años ya

era un mecánico experto y trabajaba en los talleres del ferrocarril de León a Asturias” (*Lealtad* 1938, 28). Desde luego, no es ninguna casualidad que Durruti fuera ampliamente conocido en los círculos izquierdistas del país centroamericano. El investigador José Julián Llaguno subraya la importancia que la inmigración española anarquista tuvo en la formación política del país a finales del siglo XIX y comienzos del XX (Llaguno 2013, 110). Aunque la tradición ácrata se disipara a partir de los años veinte en favor de ideologías de corte socialista –y de forma mucho más acusada tras la fundación del Partido Comunista de Costa Rica en 1931–, el anarquismo español dejó una curiosa huella en la apacible “Suiza centroamericana” que tuvo una curiosa réplica durante los años treinta. Manuel Formoso, uno de los periodistas estrella del diario profranquista *La Tribuna*, pero conocido por su militancia republicana, era nada más y nada menos que Alejandro Ascaso, anarquista español que, junto a Durruti y su hermano Francisco, había integrado el grupo de acción “Los Errantes”, que durante los años veinte se dedicó a atracar –o expropiar, en términos ácratas– bancos en Argentina, Chile y Cuba. Tras hacerse con el documento de identidad de un migrante español recién fallecido, Manuel Formoso se desmarcó del grupo en 1926 y puso rumbo a Costa Rica, donde se estableció y se ganó la vida como periodista en *La Tribuna*, uno de los principales soportes mediáticos del bando sublevado en el país (González Ruiz 2022, 45). A pesar de la minuciosa labor de Ascaso por pasar desapercibido en su nueva patria, parece que no funcionó. *La Semana Cómica*, diario humorístico que solía jugar con la actualidad política, publicó un falso reportaje sobre unos disturbios acaecidos en la legación española en San José en el que ponía en boca de Formoso/Ascaso: “Desde que fallecieron a Durruti, mi entrañable amigo, estoy dispuesto a hacer una baturrada. Pero me agunto las ganas de pelear porque sin mí ¿quién le haría los reportajes a don León¹⁵⁰?” (González Ruiz 2022, 45). La cita, más allá de la gracia, da cuenta de la familiaridad de la figura de Durruti en la prensa costarricense y lo relativamente mal que le fue a Ascaso con su nueva y falsa identidad¹⁵¹.

¹⁵⁰ Se trata de León Cortés Castro, presidente de Costa Rica entre 1936 y 1940 y simpatizante del bando sublevado.

¹⁵¹ A modo de curiosidad, el hijo de Alejandro Ascaso/Manuel Formoso, Manuel Formoso Herrera, fue profesor de Filosofía en la Universidad de Costa Rica durante treinta años y, continuando el legado

Sin embargo, una gran cantidad de las referencias mediáticas hispanoamericanas sobre Durruti eran más bien desfavorables. La “gira” expropiadora despertó fuertes recelos en los medios de comunicación hispanoamericanos y, sobre todo, en Argentina, donde gracias a sus épicos robos había obtenido renombre en los círculos más politizados. En palabras de Niall Binns:

La banda “capitaneada por Durruti” hizo su aparición en Argentina perpetrando un “audaz salteamiento y robo” contra la estación subterránea de Las Heras el 18 de octubre de 1925; el 17 de noviembre asaltaron la estación de Caballito, llevándose más de mil pesos y matando a un policía que intentaba detenerlos. El 18 de enero de 1926, asaltaron la sucursal del Banco de la Provincia de Buenos Aires en San Martín. Perseguidos por la policía huyeron a Montevideo, y cuando Durruti fue apresado en Francia el año siguiente, el gobierno de Mauricio T. de Alvear pidió –sin conseguirla– su extradición. La breve estancia argentina de Durruti lo había convertido en una de las figuras legendarias del llamado anarquismo “expropiador” (Binns 2012a, 67).

Por ejemplo, el peruano Ernesto Klien Ugarte, que se encontraba en España cuando estalló el conflicto, se refería al dirigente anarquista en una entrevista ofrecida al diario *El Comercio* como un “famoso y temible pistolero, complicado en el asalto y asesinatos ocurridos en un Banco de la ciudad argentina de Mendoza” (Muñoz Carrasco 2013, 319). En Uruguay, Adolfo Capella, más conocido por su seudónimo aragonés “El Baturrico”, de donde era originario, se refería a los anarquistas españoles como “los Durrutis”, mientras celebraba cómo “los baturros de verdad”, es decir, los aragoneses favorables a la sublevación, castigaban a “los rojos” (Capella 1937, 2). En contraste, los sectores prorrepúblicanos –no solo los anarquistas, sino también socialistas, comunistas o simplemente republicanos– tenían una grata impresión del dirigente leonés, en torno al cual construyeron una leyenda de héroe popular –y muy particularmente– proletario, surgido de las entrañas de la España auténtica y obrera a la que representaba.

periodístico de su padre, fundó el *Semanario Universidad*, perteneciente a esta institución, que hoy es uno de los principales periódicos del país. En 1999 participó en el Congreso “Sesenta años después” sobre la España exiliada de 1939 en Huesca, provincia natal de la familia Ascaso, para contar la apasionante historia de su padre (Formoso Herrero 2001).

4.3.1 Humildad, liderazgo y acción. Durruti, héroe del pueblo trabajador

Durruti cosechó una gran notoriedad en los sectores libertarios rioplatenses. Antes de su prematura muerte en el frente, el líder ácrata publicó un pequeño texto en *Acción Libertaria*, órgano de expresión de la Federación Anarco-Comunista Argentina (FACA), apelando a sus compañeros hispanoamericanos a solidarizarse con los obreros españoles:

Soy yo, aquel que defendisteis tan noblemente cuando el gobierno de Alfonso XIII quería que fuese entregado a los verdugos argentinos. Yo, que conozco vuestra generosidad y que estoy agradecido desde el punto de vista individual, soy ahora quien en nombre del proletariado que lucha en el frente con las armas en la mano para exterminar el fascismo, quien os llama para que vengáis, no en ayuda mía como lo hicisteis en el año 1926, sino para que ayudéis al proletariado español, quien defiende no solamente la causa y los intereses propios, sino la causa y los intereses de los trabajadores del mundo entero” (Durruti 1936, 1).

La construcción de Durruti como héroe proletario no era difícil. Forjado en rubros industriales, donde se ganó la vida como mecánico tras una infancia de miserias y una educación limitada, los intelectuales hispanoamericanos centraron su discurso en su virilidad obrera, fruto de los años de lucha sindical y trabajo fatigoso. José Gabriel, nacido en Aragón y criado en Buenos Aires, donde emigró con su familia siendo un niño, fue corresponsal de *Crítica* en la España en guerra, gracias a lo cual pudo regresar a su tierra natal. El aragonés plasmó sus experiencias en el libro *La vida y la muerte en Aragón* (1938), publicado a su regreso a Argentina. Fue en el frente del Ebro donde Gabriel conoció a Durruti, cuya presencia lo cautivó tal y como describe en las páginas que dedica al dirigente anarquista. A pesar de que ya citamos este fragmento en el apartado dedicado al héroe popular republicano, merece la pena recuperarlo para analizar su descripción sobre el obrero leonés:

Yo me siento instintivamente detrás de la pared y lo miro. No es de talla descomunal, pero la reciedumbre, la eminencia y la desaprensión lo engrandecen. Viste pantalón y chaquetilla kaki, calza botines ordinarios y se toca la cabeza con el bonete anarquista partido en rojo y negro de adelante a atrás. No carga armas, al menos ostensiblemente; su sencillo equipo de miliciano lo completan unos catalejos charolados pendientes del cuello sobre el pecho (Gabriel 2018, 50).

La imagen que ofrece Gabriel de Durruti es la de un líder netamente popular, esto es, la de un dirigente que no solo tiene el carisma necesario para movilizar a sus

compañeros, sino que, al igual que La Pasionaria, es uno más. Incluso la elección del léxico complementa y potencia esta representación humilde del líder ácrata: lleva “botines ordinarios”, no lleva armas, “al menos ostensiblemente”, y su equipo militar es más bien “sencillo”. De hecho, para el intelectual hispanoargentino la compañía de milicianos del anarquista leonés es una extensión de esta humildad, reflejo de la disparidad armamentística de la guerra, pues apenas llevan “escopetas de caza” o, como mucho, “pistolas que deben ser de la guerra carlista” (2018, 124). En efecto, Buenaventura Durruti no era un héroe popular al uso: a diferencia de personalidades como Ossorio y Gallardo, Federico García Lorca o incluso el general Miaja, se caracterizaba por no ser un intelectual sino “un hombre de acción”, que más que hablar “procedía” (Gabriel 2018, 157).

Esta concepción de Durruti era, de acuerdo con nuestro corpus, la más común. El escritor uruguayo Elías Castelnuovo puso en boca de Lucas, el joven discapacitado que protagoniza la novela *Resurrección* (1936), una reflexión que dibujaba un retrato de corte similar al de Gabriel:

Durruti, solamente Durruti, él solo, es capaz de tomarse por asalto Zaragoza. Tiene un valor extraordinario. No, un valor frío, criminal. No. Tiene un valor inspirado, caliente, trágico. Estoy seguro que entre los que trepaban por las ventajas de los cuarteles estaba él en primer término. También estoy seguro que esos treinta y siete oficiales que fueron fusilados delante del cadáver de Ascaso, los hizo fusilar él. O, por lo menos, estoy seguro que él dio la idea (Castelnuovo 1936, 11-19).

Las palabras dedicadas a alabar su valor, destreza y sacrificio, además de la vinculación con el ajusticiamiento de los supuestos responsables de la muerte de Francisco Ascaso, asesinado por los sublevados el 20 de julio de ese mismo año, elevan a Durruti a la categoría de héroe épico, eso sí, con características particulares relacionadas con su origen popular que emergen a raíz de la irrupción de las ideologías izquierdistas con las que simpatizaban escritores como Castelnuovo. Una pincelada posterior del intelectual uruguayo complementa esta imagen de Durruti y los milicianos libertarios añadiéndole un matiz de héroe mártir, eso sí, vinculado al cristianismo: “Los anarquistas no comprenden bien el problema del cambio, pero hay que rendirles el tributo que ellos se merecen. Son dignos de admiración. Derraman su sangre como los primitivos cristianos. Marchan hacia la muerte, cantando” (1936, 11-19).

Y hacia la muerte caminó Buenaventura Durruti el 20 de noviembre de 1936, causando un profundo impacto en los anarquistas españoles e, indirectamente, una de las más curiosas elegías de la literatura hispanoamericana sobre la guerra civil. Raúl González Tuñón le dedicó el poema “Muerte del héroe”, publicado en *La muerte en Madrid* (1938), cuyos primeros versos evocaban las expropiaciones hispanoamericanas de los años veinte: “Lo veo en el vestíbulo del Banco / donde están los ingleses, / en pleno mediodía de asalto, / multiplicado en los espejos cóncavos / de parque de atracción y policía” (2011, 21). Durruti, el héroe popular de corte proletario y viril, era descrito por González Tuñón con un léxico que nos recuerda al giro popular del Neruda de los años treinta por el vocabulario terrenal, relacionado con el mundo del trabajo, y muy alejado de preciosismos de otras épocas:

Lo veo en las polémicas del hierro,
en los locales de los sobresaltos,
en las noches del cuero y el cemento,
en los subsuelos de la harina,
en las llanuras de asfalto,
en los techos del vino y el petróleo,
en las vigilias de tabaco y cebo,
en las orillas de los sindicatos
con luna presidiaria y ateneo.

La descripción de los lugares que Durruti frecuentaba nutre y complementa la visión del héroe como un trabajador más, dando cuenta de la autenticidad de su figura y la gran relevancia que tenía en el mundo obrero. Al igual que Castelnuovo y su curiosa reflexión sobre los paralelismos entre los anarquistas y los primeros cristianos, González Tuñón juega con los contrastes inherentes al mito de Durruti, cuya “mezcla de cordero y de leopardo” y su imagen bíblica de “francotirador y Jesucristo” plantean la ambivalencia de sus rasgos más políticos y el trasfondo de la ideología ácrata, cuya moral se comparaba a la de los creyentes. El poema concluye con la muerte del héroe y el multitudinario entierro que tuvo lugar en la Barcelona gobernada de facto por los anarquistas en 1936, eso sí, con resonancias de la poesía de César Vallejo, aunque precede al libro del poeta peruano. González Tuñón relata cómo vuelve a ver “una calle con un río / de manifestación y cementerio”, refiriéndose a las masas obreras de Barcelona presentes en el entierro y la solemnidad que rodeaba a la figura de Durruti, para después observarle “a

él sobre el caos, levantando / su índice muerto” (González Tuñón 2011, 22), tal y como haría Pedro Rojas, el miliciano ficticio creado por Vallejo que también resucitó de forma simbólica.

4.3.2 «Nosotros renunciamos a todo, excepto a la victoria». La apropiación del mito

La construcción heroica del líder anarquista que desempeña González Tuñón en su poema no resultaría tan relevante –más allá de la calidad de sus versos– si no fuera por la publicación “sin duda oportunista” del poema (Binns 2020, 63). ¿Por qué oportunista? La muerte de Durruti, sin duda todo un hito en la historia de la guerra civil española por el impacto que tuvo en el bando republicano, dividido entre socialistas, comunistas, anarquistas y otras tendencias de la izquierda, tuvo su particular polémica a raíz de los intentos de apropiación de su figura. Los comunistas fueron los principales responsables, pero también cierto anarquista hispanoargentino contrario a buena parte de la dirección de la CNT y de la organización de la órbita del sindicato, la FAI (Federación Anarquista Ibérica).

Diego Abad de Santillán¹⁵², una de las personalidades más relevantes de los libertarios rioplatenses, tuvo un papel primordial en el sindicato durante los primeros meses del conflicto desde posiciones críticas con la dirección. El hispanoargentino se situó en contra de “los vicios y desviaciones burocráticos de los dirigentes de la CNT y la defensa de la hegemonía anarquista”, pues era partidario de la unidad con el grueso de partidos y organizaciones de la izquierda española (Casanova 2004, 137). Un mes después del asesinato de Durruti en el Frente de Madrid en noviembre de 1936, Abad de Santillán publicó una nota en el semanario anarquista que destacaba la trascendencia del dirigente anarquista tras su muerte, utilizando, al igual que González Tuñón, el símbolo de la resurrección para resaltar la importancia simbólica que tenía Durruti entre los anarquistas:

¹⁵² Diego Abad de Santillán nació en la provincia española de León, pero emigró de niño a Santa Fe, Argentina, donde se desempeñó como albañil, carpintero y otros trabajos manuales. Pudo regresar a España a cursar Letras, donde además de estudiar se dedicó a la vida bohemia de la capital (Casanova 2004, 129-30). Aunque no prosperó en sus estudios, sí logró formarse en “la prensa, la polémica, el artículo de fondo”, lo cual, unido a su militancia anarquista y a su mudanza a Barcelona en 1934, le ayudó a hacerse un hueco en la redacción del semanario *Tierra y Libertad* de la CNT, que terminó dirigiendo (Casanova 2004, 135).

Los generales como Durruti no mueren en la cama. Era en vida un símbolo, una bandera; lo seguirá siendo, y como el Cid Campeador ganaba batallas después de muerto, el nombre de nuestro camarada, representación auténtica de la guerra del pueblo contra la barbarie fascista, encaminará a millares y millares de combatientes al heroísmo, a la abnegación, al sacrificio y a la victoria (Abad de Santillán 1936b, 3; 1936a, 3).

La polémica que protagonizó Abad de Santillán es, sorprendentemente, previa a esta nota y, también, a la muerte de Durruti. A finales de octubre de 1936, cuando la participación de la CNT en el bando republicano ya era fuente de controversia¹⁵³, Abad de Santillán hizo un hueco en *Tierra y Libertad*, órgano del sindicato, a Ilya Ehrenburg, escritor soviético y comunista. El texto, titulado “Durruti”, parecía un texto elegíaco, lo cual no tenía ningún sentido ya que había sido publicado tres semanas antes de la muerte del anarquista leonés, y se centraba, precisamente, en la polémica sobre la participación en la guerra de los anarquistas y la cuestión de la unidad de las milicias. Mientras que muchos anarquistas se decantaban por la autonomía de las milicias ácratas durante el conflicto, otros priorizaban la disciplina bélica del mando único, siendo la opinión de Durruti la más relevante de todas. Según hemos estudiado, éste no se llegó a pronunciar abiertamente sobre el tema, por lo que este texto adquiere una relevancia aún mayor, como veremos a continuación. La controversial nota de Ehrenburg afirma con rotundidad que Durruti, máximo referente de los ácratas españoles, estaba a favor de tal unidad de las milicias:

Durruti organizó un ejército. Fusiló sin piedad a los bandidos y a los desertores. Cuando en un consejo de guerra se promovía una discusión de principio, Durruti, furioso, daba con su automática un golpe sobre la mesa: ‘Aquí no se habla de programas! ¡Aquí se hace la guerra!’ Durruti exigió la unidad con los comunistas y los republicanos. A los milicianos se les habló así: ‘¡Se imponme de todos modos aplastar al fascismo!’ (Ehrenburg 1936, 2).

Por si fuera poco, Ehrenburg prosiguió en su particular –y oportunista, a todas luces– defensa del mando único de las tropas republicanas citando, supuestamente, al dirigente anarquista, a quien atribuyó una frase que se reproduciría sin cesar e interesadamente a lo largo del conflicto: “Si hace falta, decretaremos la movilización

¹⁵³ Es importante recordar que los anarquistas tenían una línea política propia que priorizaba la revolución a la guerra, a diferencia de sus aliados del Frente Popular que priorizaban la victoria militar frente a la sublevación.

general, introduciremos una disciplina de hierro. Nosotros renunciamos a todo, excepto a la victoria” (1936, 2). Niall Binns defiende que esas declaraciones son “mucho más afines al comunismo soviético que al anarquismo”, lo cual no casaba con la posición de la CNT respecto a la guerra. Bajo esta perspectiva, la nota de Ehrenburg parecía ser parte de una estrategia de “mitificación del dirigente anarquista como héroe no del anarquismo sino de la República” (Binns 2012a, 68-69). Miguel Amorós, teórico e historiador anarquista, recoge esta polémica en su libro *Durruti en el laberinto* (2014) y se hace eco de las palabras de José Peirats, militante anarquista en los años de la guerra y crítico con la participación de la CNT en los gobiernos republicanos durante el conflicto. Peirats afirmaba que no había escuchado nunca tales declaraciones, sobre todo la frase “Nosotros renunciamos a todo, excepto a la victoria”, que se repetirá como un mantra por parte de los republicanos favorables a la unidad (Amorós 2014, 180). De acuerdo con su versión, a Durruti se le asociaron esas interesadas declaraciones “porque a los burócratas de aquella CNT les interesaba como anzuelo para pescar unas carteras ministeriales”, rechazando pues que las palabras del dirigente anarquista fueran verídicas (Amorós 2014, 180).

La controversial cita de Durruti caló tanto entre los republicanos españoles como entre los hispanoamericanos, que al parecer también quisieron aprovechar la oportunidad para acercar al mayor referente de la CNT y sus cientos de miles de afiliados a sus postulados políticos. La ocasión lo merecía: el sindicato anarquista tenía hasta tres ministros en el gobierno de la República y su apoyo era fundamental para la contienda. El periódico *España Democrática*, órgano del Comité Nacional pro Defensa de la República Democrática Española de Uruguay, reprodujo en su número del 21 de noviembre de 1936, es decir, un solo día después del asesinato de Durruti, unas declaraciones de Largo Caballero, jefe de gobierno desde septiembre, en defensa de la unidad de las diferentes organizaciones antifascistas:

Todos nosotros, con diferentes ideologías, al constituir el Gobierno renunciamos, de momento, a cuanto pudiera significar principios ideológicos, de tendencia, de toda clase, para unirnos en una sola aspiración que es común a todo Gobierno: la de vencer al fascismo en lucha contra España (Binns 2016, 282).

La redacción de la revista compartió, inmediatamente después de las declaraciones de Largo Caballero, las supuestas declaraciones de Durruti en la crónica de Ehrenburg, atreviéndose incluso a añadir unas palabras inéditas a la polémica cita: “¡Renunciaremos a todo, inclusive a nuestros principios ideológicos, renunciaremos a todo menos a la victoria!”.

Esa renuncia a los principios ideológicos del anarquismo, tan conveniente para los republicanos favorables al mando único, también aparece en una curiosa entrevista con Emilio R. Delgado, el miliciano puertorriqueño al que ya aludimos en apartados anteriores. Delgado publicó en el periódico *Nuestra Bandera* de Alicante, España, una entrevista “inédita” al dirigente anarquista en la Ciudad Universitaria de Madrid que, por una cuestión meramente cronológica, habría tenido lugar en los días previos al asesinato de Durruti. El voluntario comienza su pieza recordando cómo durante esas semanas “se hablaba mucho en la prensa de la unidad, del mando único y de la disciplina”, anticipando la intención de su texto. A continuación, cita –supuestamente– a Durruti, quien afirma: “Es necesario forjar un Ejército... No hacemos traición a nuestros ideales... La disciplina es necesaria para la guerra... Los que no estén dispuestos a someterse a la disciplina del Ejército, que se marchen...” (Salazar Anglada 2022, 360). Delgado, sorprendido por sus declaraciones, pregunta a Durruti por qué no trataba de influir “con el prestigio” que tenía “entre los anarquistas” para conseguir la anhelada unidad, ante lo cual Durruti responde, tal y como afirmaba Binns en el caso de la nota de Ehrenburg, de una forma más cercana al comunismo que al anarquismo y repitiendo la célebre y, aparentemente, falsa cita sobre la renuncia a los ideales ácratas:

Yo hago lo que puedo, compañero. Esta es una obra gigantesca de todos. Tenemos que comenzar por liquidar nuestro pasado de luchas entre nosotros mismos y echar a andar cuesta arriba. Ahora, como dice la letra de La Internacional, “Agrupémonos todos en la lucha final...”, y como he dicho ya repetidas veces, “Renunciamos a todo menos a la victoria” (Salazar Anglada 2022, 361).

4.3.3 El anarquismo hispanoamericano y el legado de Durruti

¿Cómo se vivió este fenómeno en los círculos anarquistas hispanoamericanos? Resulta sorprendente que gran parte de la prensa ácrata de la época no prestara atención a la apropiación de Durruti. Es probable que, debido a las continuas novedades de la guerra y la necesidad de centrarse en la solidaridad con sus compañeros españoles, la polémica en torno a Durruti no tuviera gran relevancia. Sin embargo, encontramos algunas excepciones, sobre todo en el anarquismo rioplatense, el más potente en la época y el más vinculado al español. La FORU, Federación Obrera Regional Uruguay, expresó a través de *Solidaridad*, su órgano de expresión, su profundo rechazo a la apropiación de la figura de Durruti y el acercamiento de la CNT y la FAI a los comunistas y al gobierno republicano:

Lo que más crispa los puños de rabia por el cinismo con que se apoderan de altiveces ajenas, es la solapada intención de querer hacer creer que Durruti murió defendiendo la democracia que estos desvergonzados políticos pretenden imponer como medio de esclavizar a los pueblos laboriosos, cuando en realidad aquel murió peleando por la libertad, por la Anarquía (Dotta 1993, 192).

Rodolfo González Pacheco, dramaturgo y una de las grandes referencias del anarquismo argentino, reunió sus textos sobre el conflicto español, publicados durante la guerra, en su libro *Carteles de España 1938* (1940), donde no podía faltar su semblanza de Buenaventura Durruti. Para González Pacheco, el líder ácrata, ya convertido en una suerte de mártir del anarquismo, era una figura incomprendida, pues aún no lo había “captado la historia, ni intuitido el arte”; solamente los libertarios podían comprender el legado del anarquista leonés (González Pacheco 1940, 59). La imagen que se estaba gestando de Durruti en la prensa republicana era, para González Pacheco, “caricatura o leyenda” pues, incidiendo en la cuestión anterior, su figura no podía ser entendida por “nadie más que nosotros”. ¿Qué fue Durruti entonces? Eso se preguntaba el dramaturgo libertario, que concluyó que sencillamente había sido “un compañero” cuya ausencia había que “cubrir”, eso sí, sin “llorarnos”, pues, al igual que gran parte de los anarquistas hispanoamericanos, creía que la máxima prioridad era continuar la guerra y la revolución, ya que todavía se encontraban “en la hora de hacernos al rojo vivo; de que la sangre y las lágrimas se nos vuelquen hacia adentro, a la raíz del coraje” (1940, 59).

Quien trató de arrojar nueva luz sobre la polémica muerte y el legado de Buenaventura Durruti fue el hispanoargentino y también anarquista José Gabriel quien, en su libro *La vida y la muerte en Aragón* (1938), dedicó el capítulo “Vida y muerte de un líder” al libertario leonés. Para Gabriel, Durruti fue el “nombre que cundió entre el pueblo de Cataluña y de Aragón inmediatamente de iniciada la guerra española” y quien, además, puso en evidencia “a los republicanos y a los socialcomunistas gobernantes”, que habían abandonado Madrid ante la ofensiva sublevada en noviembre de 1936 (2018, 165-66). Dice Gabriel que, gracias al espíritu abnegado de Durruti y los miles de milicianos que resistieron los embistes de las tropas de Francisco Franco, Madrid “se salvó”, aunque a costa de la vida del dirigente anarquista, que moriría días después “muerto en el frente”, según el Gobierno republicano. Gabriel se pregunta si el pueblo se había creído la versión oficial sobre lo acontecido y se responde a sí mismo afirmando que estaba lejos de ello “a juzgar por las nuevas versiones oficiosas que enseguida se lanzaron”:

De origen comunista se afirmó que Durruti había muerto a manos de trotskistas, y de origen socialcomunista y republicano, que un faccioso emboscado lo había matado de un tiro en una calle madrileña, o que los mismos anarquistas lo habían asesinado al enterarse de una presunta carta suya de adhesión a Moscú (2018, 165-66).

José Gabriel lo tenía claro: Buenaventura Durruti, el líder de la CNT, había caído “de un tiro al corazón” propiciado por “la Columna Internacional del General Kléber” – es decir, las Brigadas Internacionales–, por lo que señaló a la represión dentro del bando republicano español perpetrada, sobre todo, por los comunistas (2018, 166-67). ¿Y qué pensaba la CNT y la FAI sobre semejante crimen? De acuerdo con el hispanoargentino cercano al POUM¹⁵⁴, tanto el sindicato como la organización ácrata no habían aceptado esta versión, pero “las circunstancias” de la guerra habían “impuesto a la dirección” una serie de “concesiones que no todos los afiliados de estas instituciones” aprobaban (2018, 167).

En mayo de 1937, casi un año después de la misteriosa muerte de Durruti, se produjo en Barcelona la violenta ruptura entre los anarquistas y el gobierno republicano,

¹⁵⁴ El Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) era un partido marxista opuesto a las políticas del estalinismo en la Unión Soviética. Durante la guerra civil fueron cercanos a los postulados de la CNT y sufrieron la represión republicana por parte de los comunistas del PCE.

ya copado por los comunistas. La CNT quedó relegada a un papel secundario y sus líderes, que habían formado parte del Gobierno con carteras ministeriales, se exiliaron o abandonaron la política. Abad de Santillán, responsable de la difusión del supuesto bulo sobre las declaraciones de Durruti que priorizaban la guerra a la cuestión ideológica, regresó a Argentina y abandonó el anarquismo. En 1976, meses después de la muerte de Franco y el inicio de la transición a la democracia, el hispanoargentino volvió a España. Según cuenta Julián Casanova, cuando visitó el Ateneo de Barcelona –de ideología anarquista– para dar una conferencia, un grupo de jóvenes afines a los nuevos movimientos de izquierda radical lo boicotearon e insultaron (Casanova 2004, 147). Regresó una vez más a Argentina, pero solo por unos años. En 1982 decidió, con la ayuda de sus hijos, regresar definitivamente a España, siendo ya un anciano “pobre y necesitado” en un nuevo país “donde los viejos anarquistas ya no tenían espacio, solo memoria” (2004). Diego Abad de Santillán murió un año después en la antigua capital del anarquismo español, Barcelona, y sus cenizas fueron esparcidas en su pueblo natal, en Reyero (León), acompañado de apenas seis personas. Nunca más se pronunció sobre lo acontecido durante la guerra ni aclaró lo sucedido realmente con Buenaventura Durruti, cuya figura sigue siendo reivindicada hoy día en los círculos anarquistas de todo el mundo.

5. «Su sangre está con nosotros alzando un puño rojo y duradero». El héroe mártir

Dentro de pocos minutos vuelvo al campo. Me gusta mucho el campo de España. Claro que ahora no es muy agradable y tiene el único atractivo de que en él estamos destrozando al fascismo. Es más que suficiente para volver con alegría. Y cuando paso por las carreteras, en automóvil, en moto o galopando, me emocionan la cantidad de pibes que saludan levantando el puñito cerrado. Es por ellos, vieja, por quienes luchamos. Para que tengan escuelas, aguas corrientes, luz eléctrica. Para que tengan una vez y para siempre, bienestar.

JUAN JOSÉ LÓPEZ SILVEIRA¹⁵⁵ (1936)

La heroicidad de los milicianos republicanos y los dirigentes políticos del Frente Popular, expresada a través de las armas y de la palabra, respectivamente, es notoriamente distinta a la de aquellos mártires del bando republicano que, lejos de luchar en el conflicto, se convirtieron en sus víctimas inocentes. Si bien hubo mártires combatientes, como Lina Odena y Paca Solano, la figura del mártir “involuntario” republicano fue, posiblemente, el mayor activo propagandístico de los intelectuales hispanoamericanos durante la guerra. El término mártir, proveniente del griego *mártys* (“testigo”), define a toda persona que, lejos de renunciar a sus ideales o a su patria, fallece defendiéndolos, frecuentemente tras aguantar un gran sufrimiento (Sofsky 2004, 9-10). A diferencia del resto de héroes populares estudiados en este trabajo, es su muerte lo que los consagra como héroes. Su fallecimiento deja un “recuerdo imperecedero” que “permanecerá grabado para la posteridad en la memoria colectiva de la comunidad a la que dice representar” gracias a la publicación de textos escritos para alabar su ejemplo y legado (Casquete 2007, 134). Por lo tanto, el héroe mártir, “*que no muere porque muere*”, sigue viviendo a través de la comunidad a la que pertenece, la cual, al reconocerse en su figura y causa, “se considera en el deber de hacerle justicia mediante su exaltación y recuerdo” (Casquete 2007, 135).

Como hemos estudiado a lo largo de este trabajo, la identidad española de los héroes populares es imprescindible tanto en su proceso de mitificación como a la hora de confeccionar un análisis apropiado sobre su figura y principales ejes discursivos. Este fenómeno no es ajeno al héroe mártir. La historiadora Raquel Sánchez aporta un arquetipo que nutre esta idea: el mártir de la libertad. Este icono “luchador por la libertad de muchos

¹⁵⁵ Voluntario y corresponsal uruguayo en el ejército republicano español cuya historia merece, al menos, una novela. Para conocer más sobre López Silveira, véase (Binns 2016, 459-65).

de los países europeos que se hallaban atados al yugo de la Restauración” monárquica, se replicó en España a través de los héroes liberales decimonónicos que arriesgaban “su porvenir, su fortuna y su vida por una causa moralmente elevada como era la implantación de un sistema de libertades en su país” (R. Sánchez 2018, 49). En ese sentido, Sánchez comenta que este arquetipo nacido en España a través del héroe liberal pasó “a otras ideologías y a otras épocas”, adaptándose a la coyuntura del contexto y sirviendo a distintos propósitos políticos (2018, 51). Una cuestión curiosa sobre el propio término “héroe mártir” recae en cómo funde dos “cosmovisiones si no opuestas, sí al menos no siempre complementarias en la cultura política de la modernidad”, esto es, la vertiente religiosa mártir y, desde luego, la heroicidad política de quien se sacrifica, sufre o fallece a causa de enfrentamientos ideológicos:

La palabra “mártir”, fuertemente asociada en España al sentido clásico de víctima de la intolerancia religiosa, aparece unida a otra palabra, libertad, que alcanza en este periodo el sentido político moderno de emancipación de la tiranía. Al unir ambas palabras, la expresión “mártir de la libertad” tiñe de valor trascendente al sujeto, que se presenta como víctima de una intolerancia que en este caso es política (2018, 51).

El investigador Jesús Casquete completa el concepto de héroe mártir añadiendo que este arquetipo heroico, con el paso del tiempo y su adaptación a la modernidad, atravesó un proceso de “secularización” que comenzó en la Primera Guerra Mundial y que ha llegado incluso a nuestros días (2007, 131). La capacidad de adaptación del arquetipo del héroe mártir a los contextos en los que se inscribe hace necesario realizar un análisis sobre su uso durante el conflicto español y, en particular, sobre su construcción en la literatura y prensa hispanoamericana de la época. Para ello, estudiaremos los dos principales héroes mártires de la guerra civil española atendiendo con especial énfasis a la relación que guardaban con las estrategias propagandísticas, solidarias y culturales de los intelectuales hispanoamericanos afines a la República. Primero examinaremos la figura mártir de los niños republicanos, las víctimas más inocentes del conflicto¹⁵⁶, pero

¹⁵⁶ Los niños republicanos fueron héroes mártires accidentales, pues por su edad en la mayor parte de casos no comprendían siquiera por qué estaban sufriendo bombardeos, hambre y, en ocasiones, la orfandad. Sin embargo, durante el conflicto las infancias españolas se politizaron y dejaron su particular huella en la literatura hispanoamericana. Un ejemplo paradigmático lo encontramos en la obra del cubano Nicolás Guillén, quien en su paso por Minglanilla, pueblo castellanomanchego en el que, por azares del destino, pararon los asistentes al II Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura de 1937,

también los que sufrían la cotidianeidad de la guerra, y lo vincularemos a los notables éxitos solidarios cosechados en la lejana retaguardia. En segundo y último lugar examinaremos el mito mártir de Federico García Lorca a través de un breve estado de la cuestión y, especialmente, de un análisis pormenorizado de la batalla cultural hispanoamericana que despertó la apropiación de la figura y obra del poeta a manos de un polémico declamador de gira por Hispanoamérica entre 1936 y 1937.

5.1 «Están recorriendo el mundo / invisibles, por el aire, / y ganando corazones». Los niños muertos de la República¹⁵⁷

Un hombre en el aire mueve una palanca. Cae un objeto que contiene pólvora o gas líquido. Y dos mil metros más abajo hay cabezas que se abren, tripas que saltan, niños ciegos o paralíticos para siempre. Ese hombre no lo haría con su mano. Pero hubo la interposición de la máquina. Podrá dormir tranquilo y hacer el amor y acariciar a sus hijos... Más tarde, hablará de la eficacia y la belleza de la guerra totalitaria. Mientras tenga enemigos que no recurren a ella...

JOSÉ RAFAEL ECHEVERRÍA YÁÑEZ (1938)

La cita del epígrafe muestra la aversión que le producían los bombardeos que asolaban la zona republicana en España al filósofo y ensayista chileno José Rafael Echeverría Yáñez. Para el joven intelectual, la terrible novedad que suponía el asesinato de miles de personas desde la impersonalidad de las alturas producía una suspensión de la moralidad de los aviadores fascistas, la cual no se daría en caso de que los mataran con sus propias manos y a ras de suelo: “Me pregunto cuál sería la reacción de los jóvenes italianos que a dos mil metros de altura mueven la palanca de bombardeo, si pudieran ver todo el horror y la miseria humana que es la consecuencia de ese simple gesto” (Echeverría Yáñez 1938, 10). La denuncia de las masacres indiscriminadas por parte de

quedó fascinado ante un niño que se había pintado en los brazos las consignas “Mueran los fascistas” y “No pasarán” (Guillén 2017, 27). Para más información, véase el apartado “Minglanilla, lugar de epifanías” en «Si España cae –digo, es un decir–». *Intelectuales de Hispanoamérica ante la República Española en guerra* (2020) de Niall Binns.

¹⁵⁷ Esta tesis se terminó de escribir durante el genocidio del pueblo palestino a manos del Estado de Israel. Este apartado está dedicado a la memoria de las víctimas inocentes de Palestina y de la guerra civil española. Parafraseando la frase de despedida de Julia Conesa, una de las militantes de las Juventudes Socialistas Unificadas que formó parte de las Trece Rosas, un grupo de mujeres jóvenes asesinadas por la dictadura franquista el 5 de agosto de 1939: que su nombre no se borre en la historia.

la aviación sublevada –mayoritariamente alemana e italiana, con sus aviones modernos muy superiores a los de la anticuada aviación republicana– suscitó una profunda conmoción en los intelectuales prorrepúblicanos del otro lado del Atlántico. El Grupo Pro-República Española de Costa Rica acusó a los “asesinos de las alturas” por la “cobardía” e impunidad con la que realizaban sus incursiones en las ciudades y pueblos de la zona republicana, donde tendían a bombardear las zonas más pobladas para causar el mayor daño posible (*La Prensa Libre* 1938a, 10). Las denuncias de este delito de lesa humanidad fueron constantes, llegando a aportarse cuantiosos datos sobre víctimas y victimarios. Esta misma organización denunció en otro artículo la interminable lista de ataques aéreos sobre la población civil y aportó cifras concretas sobre la cantidad de niños, las víctimas más inocentes e indefensas, que habían muerto bajo las bombas sublevadas: 10.699 desde comienzos de la guerra hasta el 31 de marzo de 1938 (*La Prensa Libre* 1938b, 22).

El asesinato de decenas de miles de niños españoles fue el detonante de la indignación y la rabia de los prorrepúblicanos de la lejana retaguardia ante la matanza que se estaba perpetrando en la España en guerra y de cuyas imágenes no podían huir. Las ya mencionadas estrategias de bombardeos masivos en zonas densamente pobladas, combinadas con la eficacia de la aviación nazi y fascista y sus poderosas cargas explosivas, causaron un escándalo a escala internacional (Solé i Sabaté y Villarroja i Font 2003, 15). Los ataques aéreos en Madrid, Gernika, Bilbao, Santander y Barcelona o el infame bombardeo sobre la población civil que abandonaba Málaga en la conocida tragedia de “La Desbandá”¹⁵⁸ se convirtieron en “símbolo del sufrimiento de los inocentes” y uno de los ejes propagandísticos del bando republicano y sus aliados internacionales (Santiago Romero y Marías 2020, 204). Los niños, que conformaban una gran parte de esas víctimas mortales, coparon las portadas y páginas interiores de periódicos y revistas de Hispanoamérica, así como los versos de numerosos poetas que denunciaron con su pluma las atrocidades cometidas por la aviación franquista, fascista y nazi. En este apartado estudiaremos la presencia del héroe mártir infantil en la literatura

¹⁵⁸ La masacre de la carretera Málaga-Almería, popularmente conocida como “La Desbandá”, fue un ataque desde mar y aire perpetrado por las tropas sublevadas sobre entre 100.000 y 150.000 civiles y milicianos que estaban siendo evacuados de Málaga. Las cifras de asesinados oscilan entre los 3.000 y 5000, por lo que se trata uno de los episodios más sangrientos del conflicto español en Andalucía.

hispanoamericana y su construcción a manos de los intelectuales y los medios prorrepublicanos. Para ello, prestaremos especial atención a los recursos literarios y periodísticos empleados para denunciar el genocidio perpetrado por los franquistas y la relación que guardan con los éxitos de las campañas solidarias de la sociedad civil hispanoamericana.

5.1.1 El poder de la imagen. Intelectuales y opinión pública

La propaganda republicana, como analizamos en el apartado dedicado a la revolución en las rotativas, se fundamentaba en dos pilares: la legitimidad del gobierno salido de las urnas en las elecciones de febrero de 1936 y la mejora de “la imagen de la República” para tratar de “influir indirectamente sobre los ejecutivos latinoamericanos”. Para acometer tal objetivo, era necesaria una “propaganda masiva” que despertara las “simpatías de intelectuales y sectores medios y populares” y movilizara a la opinión pública y la solidaridad de la sociedad civil (Pardo Sanz 2011, 147-48). Niall Binns, en su capítulo dedicado a la solidaridad de las intelectuales cubanas con los niños españoles¹⁵⁹, afirma que “tendemos a subestimar los efectos de aprendizaje y concienciación” que las “imágenes de atrocidades” provenientes de la España republicana tuvieron en la retaguardia hispanoamericana (Binns 2020, 166-67). En la misma línea, Jesús Cano Reyes añade que la “utilización de las fotografías de los niños asesinados en los bombardeos franquistas” provocaba un impacto “mayor que cualquier relato escrito” y, por lo tanto, era una forma eficaz de apelar a la población “en contra de un acto salvaje” (Cano Reyes 2019, 354). Los periódicos hispanoamericanos mostraban a menudo las fotografías de niños muertos, pero también vivos, con el mismo objetivo: apelar al público lector y concienciarlo sobre las terribles consecuencias de la guerra en la retaguardia española. El diario *Córdoba* de Argentina, uno de los periódicos más comprometidos con la causa leal, es un buen ejemplo de este fenómeno. En su número del 9 de agosto de 1936 exhibieron la fotografía de una niña con un arma de juguete, titulada “Una piba

¹⁵⁹ Se trata de “La matanza de los inocentes. Intelectuales cubanas en defensa del niño español”, del volumen *«Si España cae –digo, es un decir–»* (2020, 161-89).

republicana”, bajo la cual aparece la frase: “El espíritu que anima a las fuerzas leales españolas se refleja muy bien en esta nenita que, junto al pueril juguete, esgrime el arma que quisiera manejar para rechazar a los revolucionarios” (1936, 4). La portada del 4 de enero de 1937 mostraba la imagen de una niña de trece años que tenía que “hacer de mamá” y cuidar a su hermano pequeño en ausencia de sus padres, quienes se desconocía si habían fallecido o estaban en el frente de batalla; mientras que la del 4 de noviembre del mismo año ofrecía a los lectores la imagen de dos niñas protegidas bajo un puente “contemplando horrorizadas el paso de un avión que va dejando caer su mortífera carga sobre la capital” (Córdoba 1937b, 1; Córdoba 1937d, 1).

Por su parte, el ecuatoriano Demetrio Aguilera-Malta publicó su libro *Madrid! Reportaje novelado de una retaguardia heroica* (1937) con una imagen de portada que coparía revistas y periódicos en todo el mundo y, a su particular manera, en Hispanoamérica: una niña muerta identificada con el número “4-21 35” con expresión de sorpresa a pesar de tener los ojos cerrados. Esta misma fotografía ilustra el “Mensaje radiado” que Emma Pérez publicó en *Repertorio Americano* a raíz de un discurso por radio en su natal Cuba que, además, hablaba sobre ella en el texto:

4-21, niña golondrina, ¿cuál esfuerzo desmesurado te redondeó la forma de los labios en esa rígida O? Despeinadita, te despeinó quizás el viento o no te habían peinado todavía cuando el crimen roncó sobre las cosas con la garganta de los aparatos untados de los cielos no españoles? No te peinaba nadie. Te escondían (1937a, 105, cursiva en el original).

Quizá el mayor ejemplo de la explotación mediática de las fotografías de las víctimas infantiles republicanas se encuentre en el último número de la revista *Liberación* del costarricense Vicente Sáenz, quien durante una de sus estancias en la España en guerra hizo acopio de fotografías del Madrid bombardeado, de las que gran parte eran de niños muertos, todo con el objetivo de demostrar “gráficamente” los efectos de la “barbarie” sublevada (*Liberación* 1937, 1). Aunque en palabras del investigador costarricense Dennis Arias la publicación de las imágenes tenía mucho que ver con “una elaboración personal desgarradora” ante la muerte del hijo del propio Sáenz hacía escasos meses, así como de “una posible sublimación mortuoria y narcisista de tal pérdida”, el intelectual

centroamericanista era consciente de su potencia propagandística¹⁶⁰. En este trabajo defendemos que el éxito mediático de las fotografías de las víctimas infantiles en la prensa hispanoamericana también se debe a la potenciación literaria y periodística que los intelectuales prorrepublikanos les dotaron con sus textos, imprescindibles para decantar la posición de la opinión pública hacia posiciones republikanas o al menos, humanitarias.

5.1.2 Apelación al lector. Usos propagandísticos del héroe mártir

El volumen *Ecuador y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2012) revela precisamente cómo las imágenes de los niños españoles “tuvieron un impacto mediático brutal e inclinaron la balanza de las simpatías internacionales definitivamente hacia la República” (Binns 2012b, 65). Al igual que en la mayor parte de los héroes populares estudiados en este trabajo, la construcción de la heroicidad mártir de las víctimas infantiles comenzó en la prensa para, después, inspirar a los escritores, quienes utilizaron las tribunas mediáticas de sus respectivos países para publicar sus textos en defensa de los niños españoles. Esta simbiosis entre periodismo y literatura permeó en la poesía local, como muestra el caso de la poeta tradicionalista y de corte modernista Morayma Ofir Carvajal, quien empleó uno de los principales recursos discursivos de los textos sobre el héroe mártir infantil, la apelación a la maternidad, en su “Mensaje” en el periódico quiteño *El Día*, “el más izquierdista de los grandes rotativos ecuatorianos de los años treinta” (Binns 2012b, 237):

El hijo que iluminó con su sonrisa el rincón de la estancia brumosa, al que meció en sus brazos arrullándolo con la canción de cuna de su voz, al que miró largamente como queriendo encontrarse reflejada en sus pupilas diáfanos, al que adurmió con amor infinito en el alero de su pecho, el que fue para ella eslabón de oro en la cadena de su martirio. ¡El hijo de sus entrañas! ha caído como un tallito tierno, como una florecita de campo bajo la ola sanguinaria... (Ofir Carvajal 1938, 5).

El conmovedor léxico utilizado por Ofir Carvajal, unido a la fragilidad que impregna a la descripción de los niños españoles, confeccionan una poderosa apelación a

¹⁶⁰ Acerca del número especial de *Liberación* y el papel de Vicente Sáenz en la guerra civil española, véase (Cano Reyes 2019).

su público objetivo. Sin embargo, esta adquiere una fuerza todavía mayor al incorporar un potente y crudo vocabulario marcado por la violencia cuyo fin es reflejar el sufrimiento de estos héroes mártires:

¡Hijo, velloncito de carne tibia desgarrado por la felonía, fragmentado por la explosión de las bombas terroríficas, mueca de pánico petrificado por la muerte, quejidos que se alzan como lamentos de las ruinas, corazoncito que ahoga sus latidos presionado por el muro que copió tus primeros balbuceos, que os resguardó del frío y os sirvió de fortaleza! (Ofir Carvajal 1938, 5).

Este tipo de apelaciones, comunes en todo el campo mediático hispanoamericano, tuvieron su particular eco en la Guatemala del general Jorge Ubico, donde no era fácil expresar ningún tipo de solidaridad con los republicanos españoles. La prensa local encontró en la denuncia de los bombardeos sobre la población civil –en especial, sobre los niños– y sus desastrosas consecuencias humanitarias una sólida estrategia mediática para promover el apoyo al bando leal. Así lo refleja un artículo de *El Imparcial* del 2 de agosto de 1937, en el que protestan por la “terrible” orfandad y “éxodo” que sufrían los infantes españoles a causa de los ataques sublevados:

Entre las calamidades que acompañan la guerra española, la más terrible, seguramente, es la de los niños perdidos, evacuados o sin padres. Hasta la fecha más de cincuenta mil pequeñuelos han sido rescatados en los territorios que sirven de teatro a la lucha. Muchos de estos niños abandonaron voluntariamente sus hogares; otros, los arrastró el éxodo de las poblaciones civiles que huían de las zonas invadidas por los “rojos”. Solo de los alrededores de Madrid, en los diez meses de sitio, fueron extraídos veinte mil niños para ponerlos a salvo (Barchino 2018, 23).

La tragedia de los mártires infantiles y su construcción mediática inspiró también a los poetas guatemaltecos. Gerardo Díaz, quien también se desempeñó como periodista y maestro, pedía en las páginas del periódico *El Liberal Progresista* “piedad para esos niños que son las inocentes / víctimas, en el trágico estupor de la guerra...”, y se preguntaba, dolorido: “¿Por qué todos los pechos se muestran inclementes / ante los pobres niños que están desamparados...?” (Barchino 2018, 207). Más allá de lo conmovedor del poema, resulta sorprendente que éste fuera uno de los pocos poemas de temática guerracivilesca en un medio de comunicación de la órbita de la dictadura de Ubico. Creemos que esto se debe, como defenderemos a lo largo de este apartado, a que

en la construcción del héroe mártir infantil tenía más peso la cuestión humanitaria que la política.

Otro de los usos propagandísticos del niño español fue el antifascismo. En Panamá, en comparación con Guatemala, el panorama mediático gozaba de mayores cotas de libertad de expresión que se tradujeron en un apoyo amplio a la República y, en especial, a la causa que representaban sus víctimas infantiles. En marzo de 1938, cuando tras casi dos años de guerra se había producido cierto viraje de la propaganda republicana hacia cuestiones de índole humanitaria, *El Panamá-América* se hizo eco del comunicado de la Legación española comandada por Jacinto Grau en denuncia de los bombardeos en la retaguardia perpetrados por los sublevados, sobre cuya conciencia debía pesar el “crimen de matar por matar a poblaciones civiles indefensas, ancianos, niños y mujeres, y la execración de toda la opinión universal honrada” (Binns 2022, 52). Las protestas frente a estos ataques fueron una constante en la prensa panameña partidaria del bando leal, comúnmente acompañadas por fotografías de niños muertos, que impactaron en el antifascismo panameño. El abogado Enrique G. Abrahams¹⁶¹, uno de los fundadores del partido prorrepblicano Acción Comunal, animó a sus compatriotas a boicotear la recepción del presidente Juan Demóstenes Arosemena a una misión militar de la Italia de Mussolini en enero de 1939 a través de la figura mártir del niño español para que la apelación fuera más contundente:

Que la embajada de muerte de Mussolini, que los cófrades de quienes han asesinado centenares de miles de mujeres y niños españoles sientan sobre el rostro la repulsa del pueblo panameño. Que nuestras calles los vean salir en fuga ante la protesta del pueblo panameño como los puso el pueblo español en vergonzosa huida en Guadalajara, en Brunete, en Villanueva de la Cañada. ¡Abajo el fascismo! ¡Fuera los enviados del asesino de los niños españoles! ¡No permitamos que la peste fascista pasee su insolencia por nuestras calles! ¡Alerta, panameño! (Binns 2022, 87-88).

La figura del héroe mártir infantil sirvió también para explicar el conflicto español. Martín Peña, poeta campesino de la órbita del Partido Comunista de Costa Rica, publicó en el periódico de la organización, *Trabajo*, el poema “La tragedia española sentida y expresada por un campesino tico”. En el texto, escrito en primera persona como

¹⁶¹ Abrahams había utilizado este mismo recurso en junio de 1937, cuando señaló la “crueldad” de los sublevados ante el “asesinato organizado de mujeres y niños indefensos” (Binns 2022, 81).

una suerte de transliteración del habla tradicional de la Costa Rica rural, el sujeto poético explica a su madre, quien no comprende la guerra en España, sus razones y consecuencias. Para ello, el poeta campesino, reforzando el binarismo de civilización y barbarie tan presente en la literatura prorrepública hispanoamericana, hace referencia a los bombardeos sublevados sobre Gernika y Santander, y se centra en el sufrimiento de los centenares de niños asesinados por los “bárbaros” aviadores italianos y alemanes:

Cuando de pronto... ¡ah bandidos!
 ¡oh criminales sin alma! precipian a tirar bombas...
 y van cayendo, y estallan... y precipiaron los gritos,
 y precipiaron las lágrimas de aquellos probecitos
 q'el fasismo asesinaba. Y se jué cubriendo de humo
 que a todos los asfixiaba, y las casas d'esas gentes
 jueron envueltas en llamas. Después... la quema espantosa,
 los quejidos apagaba y las lágrimas secó...
 [...]
 Y a otro grupo de niños
 ya sin tata y ya sin mama, con la ropita curtida,
 vaciditica a panza, paliditos y flaquitos,
 con ojos bañaos en lágrimas, que juyían de Santander pa ver quién los
 amparaba (Peña 1937, 3).

La también
 costarricense Emilia
 Prieto Tugores, artista,
 folklorista y militante
 comunista, contribuyó a
 la construcción del héroe
 mártir con un alarde de
 intertextualidad que
 buscaba, al igual que
 Peña, explicar la



Ilustración 1. “Pedagogía fascista”, Emilia Prieto.

naturaleza del conflicto poniendo el énfasis en sus víctimas inocentes. En este caso, Prieto combinó citas del artículo “¡Asesinos de niños!” de la revista valenciana *Hora de España* sobre el asesinato de cien niños en un colegio madrileño, con su xilografía “Pedagogía fascista” (Véase ilustración 2). La obra representaba un aula cuyos alumnos, mostrados como esqueletos, recibían lección de un profesor que portaba una guadaña con una

esvástica dibujada frente a una pizarra con dibujos de aviones nazis. Bajo la xilografía, Prieto incluyó una cita de un segundo artículo, en esta ocasión del *Diario de Costa Rica*: “En el día de todos los santos el llorar de todas las mujeres era oído en todo Lérica. Un escuadrón de aviones bombardeó una escuela causando la muerte de 50 niños” (Prieto 1937a, 336). Pese a las simpatías franquistas del gobierno de León Cortés, treinta y cinco diputados del Parlamento de Costa Rica, entre los que figuraban algunos del partido oficialista, firmaron una declaración conjunta en la que expresaban su condena respecto a los bombardeos sobre la población civil, en especial sobre “ancianos, mujeres y niños” (González Ruiz 2022, 81).

Los ejemplos de Costa Rica, Ecuador, Guatemala y Panamá dan fe del uso mediático y literario de la figura mártir de los niños españoles. La apelación al lector, el uso de un léxico conmovedor y violento para sacudir la conciencia de la opinión pública y la relación del discurso mártir infantil con otros aspectos de la guerra, como el antifascismo y la cuestión humanitaria, fueron parte de los ejes de la propaganda republicana en Hispanoamérica.

5.1.3 El abrazo transatlántico. Solidaridad con el niño español

Como adelantamos a comienzos de este apartado, una de nuestras tesis respecto a la representación del niño español como héroe mártir es que el notable éxito de las campañas de solidaridad con las víctimas infantiles se debe, en gran medida, a la potencia propagandística de los textos e imágenes de las rotativas de la lejana retaguardia. Desde luego, así lo demuestra Niall Binns en el caso cubano, en el que textos como el antes citado “Mensaje radiado” de Emma Pérez fueron imprescindibles para movilizar a la población y animarla a contribuir en asociaciones como la Asociación de Auxilio al Niño del Pueblo Español, fundada en La Habana en marzo de 1937 (Binns 2020, 161-89). El discurso de Emma Pérez humanizaba a unas víctimas omnipresentes en la prensa hispanoamericana y cuya única identificación era una triste combinación de números. La escritora y activista cubana, profundamente afectada por los carteles “con retratos de cadáveres de niños españoles”, que cubrían “las paredes del mundo incitando a la

indignación y la piedad más amplias”, afirmaba en el texto que era incapaz de “mirarlos”, pero que sí podía, “en ocasiones”, hablarles directamente a ellos, dotándoles de una significación más profunda que una simple e inhumana combinación de números:

Número 32, ¿qué edad corría, como canción de agua pequeña, al borde de la tarde en que sentiste que morían tus gorriones? Me pregunto qué rostro ofrecería la muerte al mirarte de pronto entre sus manos como ofrenda monstruosa. Me pregunto cuánto sería el espanto de ella con tu mejilla rota ensangrentándola. ¿Quién intentó abrigarte la garganta con ese pañuelito tan humilde? ¿Qué voz tiraba de tus juegos y de tus escapadas a la calle en la barriada pobre en que vivías? ¡Estás apresurando el tiempo de la victoria, golfo 32! [...] O así: B-21-31, 99-22, muchachos, se está levantando de ustedes la alegría de los hijos de los pobres! (Pérez 1937a, 91, 105, cursiva en el original).

De acuerdo con Binns, el texto de Pérez ilustra cómo el “impacto mediático de las fotos e imágenes de la guerra civil” le había hecho dudar “del poder de las palabras”, pues estas no alcanzaban la dimensión del horror que tenían que representar (Binns 2020, 178). En ese sentido, creemos que el emotivo uso de diminutivos (“pañuelito”) y el léxico infantil (“juegos y escapadas a la calle”), contrastado con la cruda realidad de la guerra que niega los cuidados maternos (“al borde de la tarde en que sentiste que morían tus gorriones”), compone un cuadro macabro de las nefastas consecuencias del conflicto en sus víctimas más inocentes y enriquece la fuerza propagandística de la figura del héroe mártir infantil. Bajo nuestro punto de vista, textos de esta naturaleza fueron imprescindibles para movilizar conciencias y decantar la opinión pública en favor del bando leal, lo cual resultó en un sinnúmero de campañas de ayuda con un mayoritario respaldo social.

Desde luego, la apelación maternal era una de las claves de este movimiento solidario. La futura premio Nobel Gabriela Mistral pidió a las mujeres hispanoamericanas hacerse cargo de “un niño español” y proveerle de “vestuario” y “alimento” como pago de la “deuda de la sangre que España acarreo hacia América”, todo ello bajo una poderosa consigna: “Una madrina cubana, chilena o argentina para cada niño español” (Mistral 1939, 165). La intelectual chilena funde en un solo texto la apelación maternal con la evocación de la nueva y fructífera relación entre España e Hispanoamérica que estudiamos en el apartado dedicado al hispanoamericanismo popular, mostrando así cómo los recursos de apelación al lector podían –y, de hecho, solían– mezclarse para enfatizar el mensaje solidario.

Las mujeres chilenas, organizadas bajo las siglas del MEMCH, el Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena, y su órgano de expresión, *La Mujer Nueva*, siguieron una estrategia similar. Desde su revista solían publicar piezas periodísticas y literarias destinadas a apelar a la conciencia de las madres chilenas en la defensa de los niños del país y, durante el conflicto español, se volcaron en la propaganda y solidaridad con el héroe mártir infantil republicano. Algunos de los textos empleados para tal fin fueron poemas como “Clamor por los niños ametrallados de Madrid”, de Blanca Luz Brum, en el que el yo poético animaba a los “hombres y mujeres de América” a formar “recias cadenas” y rodear a la España republicana “con los puños, con los cuerpos / y con el barco de víveres” (Luz Brum 1937, 7). Los mecanismos apelativos y propagandísticos eran similares a los ya estudiados. El pequeño editorial “Madres del mundo: lo que ofrece a vuestros hijos el fascismo”, publicado durante los primeros meses del conflicto en la sección “Página española”, empleó los mismos recursos que textos como el “Mensaje radiado” de Emma Pérez, pues combinó ese léxico conmovedor cargado de diminutivos y elementos cotidianos con la brutalidad de la muerte infantil y otra imagen de una niña muerta, en este caso la número 29: “Con las boquitas abiertas, como si hubiesen querido llamar a mamita, han recibido el polvo de la eternidad” (*La Mujer Nueva* 1936b, 6). En cuanto a las campañas de ayuda, la publicación del MEMCH compartía asiduamente las iniciativas del Comité Femenino Pro Ayuda a España, acompañadas siempre de mensajes con apelaciones al lector de un corte muy similar a las anteriores¹⁶².

Un fenómeno similar se dio en la Uruguay gobernada por el dictador Gabriel Terra, donde la cuestión humanitaria fue crucial en una batalla mediática desigual. Paulina Luisi, sufragista y fundadora del Consejo Nacional de Mujeres en Uruguay, fue una de las líderes del Comité Pro-Casas para el Niño de la España Leal. Esta agrupación, nacida en el seno del descomunal movimiento solidario uruguayo para con la República Española, desarrolló una intensa campaña de ayuda con el héroe mártir infantil como protagonista. En 1937 el Comité logró, tras mucho esfuerzo, constituir la casa “Democracia Uruguay” en Valencia, en la que encontraron refugio setenta y cinco niños

¹⁶² Un ejemplo de iniciativa solidaria para con los niños españoles lo encontramos en el artículo “Por un óbolo de Pascua para los niños españoles” de noviembre de 1937, cuando las intelectuales del MEMCH pidieron a sus compañeras colaborar con “objetos y ropas para el invierno que empieza nuevamente a martirizar a los niños españoles y también para enviarles algunos objetos para la Pascua” (1937, 5).

españoles. Aunque existen numerosos recortes de prensa sobre las actividades, queremos destacar la conmovedora correspondencia entre Paulina Luisi y los niños de la “Casita”, publicada en la prensa de la época, así como en el libro *Bajo el signo de Marte* (2015), pues nos ayudan a dimensionar el grado de implicación y compromiso de los intelectuales prorreplicanos tanto del Uruguay como del grueso de países hispanoamericanos. En una primera misiva, Luisi se dirigió a los niños con la ternura y compasión de una abuela, haciéndoles saber sobre la marea solidaria que los acompañaba desde el otro lado del Atlántico:

La gente de nuestro pueblo quiere mucho a la gente del pueblo español y acompaña ahora con su esfuerzo, su afecto y su dolor a ese noble y heroico pueblo que es el vuestro. [...] También le tiene mucho cariño a los niñitos de España y muy especialmente a vosotros, los que habitáis esa casa que ahora se llamará ‘Democracia Uruguaya’ (P. Luisi 2015, 152).

Motivada por las ahora terribles fechas de Navidad y Año Nuevo, Luisi les transmitió a los niños de la casita, “separados” de sus “papaítos y madrecitas queridas”, que ya que ellos no podían acompañarlos les enviaban “unas cuantas golosinas” para que supieran que, en Uruguay, había unas personas que los querían y acompañaban “con su cariño desde tan lejos”. La feminista uruguaya concluyó la carta con un emotivo mensaje salido de su “corazón de abuela”: “Y a todos os estrecho contra mi corazón, con todo mi corazón de abuela; deseo que seáis buenos y obedientes, y que pronto me sea posible ir a conocerlos y besarlos” (2015, 152). Muchos de los niños respondieron a Paulina Luisi, pero nos hemos decantado por concluir estas líneas dedicadas a la solidaridad uruguaya con la carta del niño de siete años Adolfo Vergara, quien mostró su felicidad por “las cosas buenas que nos han mandado y los juguetes tan bonitos”, así como las ganas que tenía de “ver bien pronto a la abuelita” y “conocerla bien y darle muchos besos y abrazos, ya que es tan buena y tanto nos quiere a los niños de Madrid”. El joven Adolfo, pese a su temprana edad, se despedía con un “un cariñoso saludo” como “pequeño antifascista” y celebrando su unión con los “niños uruguayos” (P. Luisi 2015, 156).

Mención aparte merece uno de los hitos solidarios más impactantes y recordados del conflicto español, con el que concluiremos este apartado para mostrar cómo la prensa, literatura y solidaridad se articularon en defensa del niño republicano como héroe mártir.

Los célebres “Niños de Morelia”¹⁶³, un grupo de casi 500 niños republicanos que fueron refugiados en el México de Lázaro Cárdenas en junio de 1937, son quizá la mayor prueba del éxito de la solidaridad hispanoamericana con los niños españoles y el papel determinante de los intelectuales en su organización¹⁶⁴. La iniciativa fue ideada y organizada por el Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español; por el último de los embajadores de México en la España Republicana, Adalberto Tejeda; así como por la Junta de Cultura Española comandada por Narciso Bassols. Pese a ser una iniciativa de carácter humanitario, no fueron pocos los opositores al gobierno de Cárdenas que la criticaron, provocando la indignación de intelectuales como el dramaturgo y director de cine Antonio Magaña Esquivel, a quien le parecía “lamentable y bochornoso” que los inmigrantes españoles “traidores, los descartados, los incapaces de sentir el espíritu viejo de España y el nuevo espíritu de México” hubieran puesto obstáculos “en la aceptación de este noble ademán que viene a reflejar un aspecto de la dignidad nacional bien dispuesta” (Feria 2022, 41). La batalla mediática no daba tregua incluso cuando se trataba de dar refugio a niños que escapaban de la guerra.

Pese a ser una iniciativa mexicana, el alcance de la campaña del *Mexique* fue continental, aunque con mayor impacto en dos países: Costa Rica y Cuba. En esta última parte del apartado dedicado al niño español como héroe mártir defendemos que la articulación de la solidaridad con los 500 niños republicanos, por parte de los tres países, muestra a la perfección la simbiosis entre periodismo, literatura y la movilización de la sociedad civil, a la vez que revela cómo la cuestión humanitaria pudo superar los límites de la polarización política vinculada a la guerra española en Hispanoamérica.

En Costa Rica, donde el movimiento solidario con el bando leal también alcanzó proporciones épicas¹⁶⁵, el intelectual progresista Lorenzo Vives orquestó una iniciativa para hospedar en el país a cincuenta de los “Niños de Morelia” que iban a poner rumbo a México. Tal y como sucedió en el resto de Hispanoamérica, los sectores prorrepúblicanos costarricenses se volcaron en difundir y buscar apoyos en la prensa local: “Ayudemos

¹⁶³ Recomendamos el documental *Los niños de Morelia* (2004) del director Juan Pablo Villaseñor.

¹⁶⁴ El volumen *México y la Guerra Civil española: la voz de los intelectuales* (2022) de Miguel Ángel Feria contiene muchas más referencias a este episodio de las relaciones entre España y México.

¹⁶⁵ Para más información, consultar el capítulo “La solidaridad es la ternura de los pueblos” del libro *Costa Rica y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* (2022, 67-74).

todos, en la medida que podamos, a llevar a cabo la noble iniciativa del grupo español” (*La Hora* 1937c, 7). La campaña, acompañada por textos y obras artísticas como las ya citadas de Emilia Prieto y Martín Peña y ensayos como los de Lorenzo Vives y Adriano Arié, fue un éxito absoluto. No solo lograron que intelectuales como la propia Prieto, el poeta León Pacheco y Mario Sancho, miembro de la Academia Costarricense de la Lengua, se ofrecieran para acoger niños en sus casas, sino que también consiguieron abrir una brecha en la otrora monolítica derecha franquista costarricense.

Mientras que diarios como *La Época* afirmaban que “no todos son huérfanos, como se ha empeñado el Gobierno en decirlo” (*La Época* 1937, 3), el presbítero Rosendo Valenciano, conocido por simpatizar con el bando sublevado, dio un paso al frente y realizó un llamamiento a la población por la radio para dejar de lado las divisiones políticas existentes y animarlos a acoger a los niños españoles (1937, 7). Ante el viraje humanitario del presbítero Valenciano, el intelectual católico y prorrepblicano Emmanuel Thompson apartó las diferencias ideológicas para reivindicar la actitud del religioso y promover que todo el país, “como lo ha hecho siempre”, sintiera “con su corazón” (1937b, 7). Aunque la iniciativa de traer cincuenta niños republicanos a Costa Rica cosechara éxitos nada desdeñables, como movilizar a intelectuales de renombre, fracturar la unidad entre los simpatizantes de los sublevados y poner en valor el humanitarismo frente al sufrimiento del héroe mártir infantil, nunca pudo llevarse a cabo. En cualquier caso, la campaña construida en torno a los niños españoles trastocó a la sociedad costarricense, que se volcó o en apoyar material e inmaterialmente a España y, en particular, a sus más jóvenes habitantes.

Estaba previsto que el *Mexique*, en el que viajaban los quinientos niños españoles, se detuviera en La Habana para ser recibidos por el pueblo cubano antes de proseguir su camino a tierras mexicanas. La revista *Bohemia*, en su editorial del 6 de junio de 1937, celebraba cómo México les había preparado su “regazo con calor de madre” y los esperaba con “escuelas con celo paterno, techo y pan y cariño”, y exhortaba a sus lectores a solidarizarse con aquellas “criaturas” que habían sido “arrancadas a la desolación de España” y a “sembrarles de rosas las horas que pasen a nuestro lado” (*Bohemia* 1937, 2). Pese al entusiasmo popular por la recepción de los niños españoles, el gobierno cubano no autorizó a los infantes a que bajaran del barco, provocando la indignación de los

prorrepúblicanos cubanos. Sin embargo, una pequeña delegación de intelectuales miembros de la Asociación de Auxilio a los Niños Españoles¹⁶⁶ recibió permiso para subir al barco y pasar un rato con las jovencísimas víctimas de la guerra (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 55). Uno de ellos era el célebre escritor español –y republicano– Juan Ramón Jiménez, quien vivió uno de los momentos literarios más emotivos de su vida. Francisco González Aramburo¹⁶⁷, el primerizo poeta de los niños españoles del México, se acercó al escritor andaluz y no se despegó de él hasta que llegó la hora de partir. Fue en ese instante cuando Aramburo sacó un ejemplar de la última edición del libro de Jiménez *Platero y yo* (1914), que el poeta no había visto publicada, y se la entregó firmada por todos los niños para que se acordara de ellos: “En nombre de los niños españoles que van a México te saludamos, y te dedicamos tu libro que tanto nos ha distraído y enseñado” (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 55).

Teté Casuso, directora de la Asociación, escribió en la revista de la Asociación, *¡Ayuda!*, una conmovedora crónica del encuentro: “Con los niños que iban en el ‘México’”. Una de las cuestiones clave del texto reside en el cambio radical que supuso, a ojos de la intelectual cubana, “una sola mirada” de los niños a bordo del barco (Casuso 1937, 12-15, 22). Esos “ojos expresivos, curiosos, un poco asombrados”, tanto los del “Levante” como los “ojos azules del norte”, trastocaron su forma de ver el conflicto y el dolor de las víctimas inocentes:

Quando en los trabajos de propaganda a favor de los niños españoles, con toda la fuerza de mi imaginación adolorida, yo trataba de describir la realidad angustiadora y bárbara de una niñez arrasada por la guerra, yo no era capaz [...] de poder sentir toda la fuerza verídica, aplastante, de una realidad lejana aunque conmovedora y terrible. Ahora lo sé. Pero una mirada, una sola mirada a la borda del “México” me trajo de golpe, a los ojos y al corazón, la presencia real, silenciosa, sin palabras, de la verdad más fuerte y expresiva que yo he palpado (1937, 12).

¹⁶⁶ En palabras de Niall Binns, Jesús Cano Reyes y Ana Casado Fernández, autores del volumen *Cuba y la guerra civil española: la voz de los intelectuales* (2015): “Una multitud de cubanos los saludó con gritos, bocinazos y pañuelos blancos desde la Avenida del Puerto mientras que solo un pequeño comité –Teté Casuso, Asela Jiménez (viuda de Rubén Martínez Villena), Ramiro Valdés Daussá, el socialista Avelino Rodríguez, el representante de los niños de Cuba Armando Martínez, Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí– tuvo permiso para subir a bordo” (Binns, Cano Reyes, y Casado Fernández 2015, 55).

¹⁶⁷ Recomendamos la lectura de la entrevista que se le hizo a Francisco González Aramburo en México en el año 2000, “Témoignage d’exil: Francisco González Aramburo, «ex niño de Morelia»” (González Aramburo y Sicot 2004, 221-58).

A continuación, Casuso relata los encuentros de sus compañeros con los niños, quienes se fundieron en largos abrazos y mimos que concluyeron, curiosamente, con regalos de los pequeños a los compañeros de la Asociación. Es el ejemplo de María Luisa Corzo, una niña española que, como muestra de agradecimiento, le regala al activista cubano Avelino Rodríguez su único tesoro: la fotografía de su familia. Casuso se extiende al contar la trascendencia de este gesto para reforzar el aspecto humanitario de la campaña a través de la descripción de algo tan universal y tierno como el amor por la familia:

La fotografía nos muestra una familia sentada a la orilla de un lago. Hay unos cisnes. Parece un lugar de paseo y reposo. Están los padres y cuatro hermanitos. Tiene una dedicatoria. El adiós angustiador de madre pone estas líneas a la hija: “Para mi hija Luisa, para que siempre pienses en tus padres y tu madre y no nos olvides ni un momento, hijita mía. Hijita mía no te olvides de mí. –ADAMINA”. Ahora ya no existe la familia feliz del retrato. El padre ha muerto peleando al lado de “La Pasionaria”. La madre está en un hospital de sangre (1937, 14).

Todas estas experiencias de solidaridad y amor por el otro desembocan en la escena final, cuando el barco abandona el espigón rumbo a Veracruz. Casuso narra cómo, pese a las advertencias de las autoridades, el pueblo cubano, unido en “un solo corazón desbordado de pena, de cariño, de ternura”, colapsó las calles “en un borbotar entusiasmado” que superaba, con creces, la división política producida por el conflicto español: “Allí estaba el pueblo de Cuba. Allí, no había en aquel momento ni leales ni rebeldes. Así como para contribuir a vestirlos y llenarlos de regalos hasta los que no eran precisamente leales dieron un aporte en un gesto de humana generosidad”. No obstante, el viraje humanitario de la solidaridad cubana –y la del resto del continente– no dejó de lado la cuestión política e ideológica tras el sufrimiento de las jóvenes víctimas de la España republicana. Aunque la efectividad de las campañas solidarias se debe, como hemos defendido, a las apelaciones humanitarias expresadas a través de la literatura y los medios de comunicación, así como a las impactantes fotografías de niños muertos, los intelectuales prorrepúblicanos hispanoamericanos nunca olvidaron que tras el asesinato de decenas de miles de jóvenes españoles había una ideología que combatir.

Cuenta Casuso que, cuando el *Mexique* se alejaba del puerto, los niños lanzaron al agua la corona de flores que traían para honrar a José Martí, el libertador cubano, poderoso símbolo antiimperialista, en un guiño a los sectores progresistas de la isla en su

lucha frente al gobierno y la injerencia estadounidense. Mientras “flotaban las flores de los niños españoles a Martí”, una multitud se despedía de los infantes, “puño en alto”, en un saludo que ya no era “ni comunista ni socialista” porque había pasado a ser “el saludo contra el fascismo, el saludo de la democracia mundial” (Casuso 1937, 22). Por mucho que la construcción del niño español como héroe mártir había, en parte, superado las barreras ideológicas e incorporado a miles de personas a la marea solidaria hispanoamericana, la representación literaria y mediática del sufrimiento de estas víctimas inocentes no renunciaba a su trasfondo fundamental: el causante no era otro que el fascismo, el gran enemigo a abatir y a cuya demonización habían contribuido con los textos e imágenes que ilustraban la barbarie del bando franquista.

Los niños españoles no se demoraron en llegar al puerto de Veracruz para luego ser conducidos a la capital del país. Allá por donde pasaron fueron recibidos por multitudinarias y cariñosas muestras de bienvenida del pueblo mexicano, sensible ante el sufrimiento de los jóvenes mártires, debido tanto a las políticas del gobierno de Lázaro Cárdenas como al aluvión de textos ensayísticos, poéticos y periodísticos que colmaron los medios mexicanos durante el primer año del conflicto¹⁶⁸. En ese sentido, la revista *¡Ayuda!*, boletín del Comité de Ayuda a los Niños del Pueblo Español en su versión mexicana, es merecedora de nuestra atención porque ilustra los esfuerzos de los intelectuales y la sociedad civil de México para fomentar la solidaridad con el héroe mártir infantil republicano y organizar una recepción a la altura de las circunstancias. La publicación del Comité era un espacio de confluencia intelectual y civil de la propaganda, solidaridad y literatura prorrepública mexicana, por lo que solía contar con prestigiosas firmas de grandes figuras políticas y literarias de ambas orillas, como el cubano Juan Marinello o Dolores Ibárruri, la Pasionaria, ambos presentes en el número previo a la llegada de los infantes españoles. Sendos artículos, “La Pasionaria habla a las mujeres y madres del mundo” y “Un llamado de Juan Marinello”, animaban a la población mexicana e hispanoamericana a volcarse en la ayuda al niño español.

Como no podía ser de otra forma, el número contaba también con literatura destinada a ablandar la conciencia del público lector. El primer poema fue “Tú tienes

¹⁶⁸ Recomendamos la lectura del capítulo “La trinchera periodística” del volumen *México y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* de Miguel Ángel Fera (2022, 56-61).

niños, Madrid!”, de la intelectual cubana Mirta Aguirre, cuyos versos dibujaban un himno de esperanza, ternura y solidaridad que confluían en el ofrecimiento al pueblo madrileño de acoger y cuidar a sus niños mientras durara la guerra:

Madrid, queremos que a ellos
nuestros pueblos los protejan.
Los niños son tu esperanza,
¡son tu esperanza y la nuestra!
Madrid tus niños... ¡Aquí!...
¡América los espera! (Aguirre 1937, 5).

Un aspecto del poema que llama la atención reside, precisamente, en la esperanza expresada por la poeta. Los niños españoles son, para Aguirre, el porvenir de la España republicana, pero también de Hispanoamérica, otorgando así al héroe mártir infantil una significación trascendental que une ambas orillas y en la que la cuestión humanitaria es central. En línea con la escritora cubana, el texto anónimo “Soy el número 31” contribuye a las apelaciones solidarias de la publicación con una emotiva prosa poética que, al igual que Emma Pérez y su “Mensaje radiado”, humaniza a los niños muertos de la República identificados con simples números: “Su madre lo llamaba Sol... Sol ¡porque era la luz de su vida, el amado milagro de su carne florecida en amor. [...] ¡Su madre lo llamaba Sol! ¡Hoy es el número 31! y los aviones negros vuelan y vuelan en círculos de espanto y muerte todavía!” (*¡Ayuda!* 1937, 6-7). La ruptura identitaria que se plantea cuando el niño, llamado “Sol” por su madre, pasa a ser “el número 31”, es todo un golpe de efecto dirigido a la conciencia del público lector en el que se hace uso de la apelación de corte maternal como estrategia propagandística, pero, en consonancia con los objetivos de la revista, sin perder la esperanza:

Pero aquel canto potente que se llevó a su padre y que hizo erguirse vibrante y febril a su madre, sube y se levanta cada día más potente y terminará por ahogar el ruido miserable de esas máquinas de crimen, y el Sol, el verdadero Sol, iluminará radioso el corazón de la nueva humanidad con la cálida luz con que Sol, el niño, iluminaba las vidas claras de sus padres como él sacrificados... (1937, 7).

Como es natural, el número de *¡Ayuda!* posterior al recibimiento, correspondiente al de septiembre de 1937, tuvo como protagonista a los recién llegados niños españoles. Más allá del extenso reportaje fotográfico sobre la multitudinaria bienvenida, que copaba

la mayor parte de sus páginas –una imagen vale más que mil palabras–, nos gustaría mencionar, para concluir este capítulo, la sintética y apasionada crónica escrita por la poeta Pura Estrada. “Recuerdos...” narra la recepción en el puerto de Veracruz por parte de una “multitud apiñada” que colmó a los niños con “dulces, flores, juguetes, golosinas, besos”, además de “lágrimas que corrían impetuosas del corazón a los ojos”, ante la sorpresa y felicidad de los pequeños españoles (Estrada 1937, 13). Los recuerdos de la poeta se detienen también en escenas entrañables como la de una abuela mexicana que, entre lágrimas y con “brazos temblorosos” por la emoción, abrazaba a una niña española mientras le daba el dinero que tanto le había costado ahorrar; pero también la esperanzadora imagen de unos niños mexicanos que, con una “dulce sonrisa” y con brazos “como dos alas blancas”, se fundían en un abrazo con sus nuevos amigos españoles. Para Carlos Augusto León, otro colaborador de la publicación, la monumental bienvenida en Veracruz había sido un evento trascendental en el que “cielo, tierra, humanidad de México” había estrechado “la mano cálida de España”. El abrazo transatlántico simbolizado por la acogida de los quinientos niños de la República, afirmaba León, era “algo que viviría largo tiempo en la memoria de los hombres” (1937, 12). Parece que, 87 años después, el recuerdo de uno de los gestos humanitarios más emotivos de nuestra historia común ha perdurado en la memoria de ambos países. La imagen del niño español como héroe mártir en la literatura y prensa hispanoamericanas, con sus terribles imágenes, sus poemas crudos y conmovedores, así como sus apelaciones a un público lector entregado a la causa republicana dan buena cuenta de su papel imprescindible en las exitosas campañas solidarias con la España leal.

5.2 «Cada uno lleva su Lorca, como su Jesús». Federico García Lorca y la batalla cultural hispanoamericana

Bien está que todos los hombres coman, pero que todos los hombres sepan. Que gocen todos los frutos del espíritu humano, porque lo contrario es convertirlos en máquinas al servicio del Estado, es convertirlos en esclavos de una terrible organización social [...]. Los avances sociales y las revoluciones se hacen con libros [...]. Que no valen armas ni sangre si las ideas no están bien orientadas y bien digeridas en las cabezas. Y que es preciso que los pueblos lean para que aprendan no solo el verdadero sentido de la libertad, sino el sentido actual de la comprensión mutua y de la vida.

Yo siempre soy y seré partidario de los pobres, de los que no tienen nada y hasta la tranquilidad de la nada se les niega. [...] A mí me ponen en una balanza el resultado de esta lucha: aquí tu dolor y tu sacrificio, y aquí la justicia para todos, aun con la angustia del tránsito hacia un futuro que se presiente pero que se desconoce, y descargo el puño con toda mi fuerza en este último platillo.

FEDERICO GARCÍA LORCA

Federico García Lorca es el héroe republicano más estudiado de la literatura de la lejana retaguardia. Su asesinato a manos de falangistas el 18 de agosto de 1936 en la localidad de Víznar, cerca de su Granada, fue el detonante de la indignación y la rabia de los intelectuales hispanoamericanos, muchos de los cuales habían trabado amistad con García Lorca antes del conflicto¹⁶⁹. El crimen de Granada tuvo resonancias particularmente intensas en Hispanoamérica, donde el poeta y dramaturgo andaluz había cosechado un gran reconocimiento durante la década de 1930, cuando se alzó como uno de los mayores renovadores de la lírica y el teatro en lengua española gracias, en parte, a sus viajes al continente. Visitó Cuba¹⁷⁰ entre el 7 de marzo y el 12 de junio de 1930, Argentina del 13 de octubre de 1933 al 27 de marzo de 1934 y Uruguay entre el 30 de

¹⁶⁹ Sobre sus copiosas e influyentes amistades hispanoamericanas, recomendamos leer los apartados “Federico García Lorca ha muerto” y “Recuerdos del amigo muerto” del capítulo dedicado a Lorca en el volumen «Si España cae –digo, es un decir–». *Intelectuales de Hispanoamérica ante la República Española en guerra* (Binns 2020, 241-53).

¹⁷⁰ Durante su estadía en la isla, Lorca se mimetizó con el ambiente cultural y literario y mantuvo provechosas amistades con muchos intelectuales del país que lo ayudaron a crecer como escritor. En palabras de Juan Marinello, “Federico García Lorca se nos dio en La Habana en toda su medida. Yo he tenido siempre la sospecha de que solo los cubanos le vieron al poeta el tamaño entero. Llegaba en un instante radioso. [...] Toda la vitalidad ingenua y sabia del hombre y del poeta se derramaba desesperadamente sobre lo criollo. Cuba era para su sed como una Andalucía desgarrada y gritadora, como su niñez, encontrada al fin. Cuba excitaba su potencia y se gozaba en agotarla. El ritmo gitano de su sangre se trenzaba en el galope de la sangre negra. El canto jondo –gran pasión suya– se adormía en los vaivenes del son afrocriollo” (Marinello 1939, 18).

enero y el 16 de febrero del mismo año. Tras su asesinato por el bando franquista, la figura de Lorca trascendió lo literario para convertirse en el símbolo de la “civilización” representada por la República frente a la “barbarie” encarnada por los sublevados, señalados como enemigos de la cultura. Para comenzar este apartado dedicado a la memoria del poeta, primero esbozaremos un estado de la cuestión sobre los estudios dedicados al impacto de su figura y obra en la literatura hispanoamericana para, después, centrarnos en la batalla cultural hispanoamericana que desencadenó su asesinato a través de un caso de apropiación de su legado.

Ya en 1939, año en el que concluyó el conflicto a favor de los sublevados, el investigador John Crow escribió el estudio pionero “Federico García Lorca en Hispanoamérica”, que sentó las bases de investigaciones posteriores sobre la influencia del granadino en las literaturas nacionales tanto de los países que visitó como los que no. “La Habana, 1930: Lorca entre raza y cultura” (2008) de Anke Birkenmaier examina la enriquecedora estadía del granadino en Cuba, periodo imprescindible para su desarrollo como poeta, dramaturgo e intelectual gracias a las notables influencias de sus compañeros en la isla. Los libros *Lorca y Uruguay. Pasajes, homenajes, polémicas* (2010), de Pablo Rocca y Eduardo Roland; *Federico García Lorca en Buenos Aires* (2015), de Pedro Larrea Rubio y *Federico García Lorca: de Granada a Buenos Aires* (2018), de Irma Emiliozzi, arrojan nueva luz sobre el legado lorquiano en ambas orillas del Río de la Plata¹⁷¹, donde el escritor de *Yerma* y *Bodas de Sangre* causó furor durante su dilatada estancia.

Desde Costa Rica, el investigador Mario Oliva Medina contribuyó a los estudios lorquianos con el capítulo “Federico García Lorca en Centroamérica: poesía y ensayo” de su libro *Los intelectuales y las letras centroamericanas sobre la guerra civil española* (2011), en el que analiza cómo su obra trastocó el panorama literario e intelectual centroamericano, tanto antes como después de su asesinato. Por parte mexicana, el escritor y poeta Luis Mario Schneider publicó el libro *García Lorca y México* (1998),

¹⁷¹ La huella de Federico García Lorca en Argentina se ha mantenido hasta la actualidad. Las exposiciones y charlas sobre su paso por Buenos Aires son frecuentes, la habitación del Hotel Castelar donde se hospedó se puede visitar e incluso uno de los cines más populares –y asequibles– de la ciudad lleva su nombre.

cuyas páginas investigan la herencia de García Lorca en el único país hispanoamericano que ayudó oficialmente a la República durante y después de la guerra.

En cuanto al proyecto de investigación en el que se enmarca este trabajo, Federico García Lorca es, sin duda alguna, el intelectual y mártir republicano por excelencia de las publicaciones. Aníbal Salazar Anglada, jugando con las expectativas del lector, escribió el artículo “Lorca muere en Puerto Rico Silencios, homenajes, elegías y otros llantos” (2018), en el que estudia la influencia del dramaturgo andaluz en la literatura local, las polémicas y homenajes que siguieron a su asesinato e incluye, además, una amplia selección de textos. Los reconocimientos y honores a la memoria del poeta también fueron investigados por Olga Muñoz en “Luto y duelo entre jazmines: homenajes peruanos a Federico García Lorca” (2013), mientras que Niall Binns y Matías Barchino hicieron lo propio con “Una plaga de romances. El impacto de la muerte de Federico García Lorca en la poesía chilena” (2011), que explica la “plaga de romances” causada tanto por la influencia de la obra lorquiana previa al conflicto como, en especial, por su conversión en el mártir de las letras hispánicas. Asimismo, la mayor parte de los volúmenes sobre el impacto de la guerra civil española en los distintos países hispanoamericanos cuentan con apartados dedicados a analizar el legado de Lorca en sus literaturas, culturas y sociedades. Es el caso de los libros sobre Argentina (2012), Cuba (2015), Uruguay (2016) y Guatemala (2018), aunque también los volúmenes sobre Ecuador (2012), Perú (2013), Chile (2013), Colombia (2021), Costa Rica (2022) y Panamá (2022) dedican varias páginas a la herencia lorquiana.

Sin embargo, este capítulo se centra en dos cuestiones fundamentales de la construcción del mito mártir lorquiano tanto en España como en Hispanoamérica, que ya han sido estudiadas por los investigadores Niall Binns y Jairo García Jaramillo. Aunque debido a la extensión de este trabajo no podremos detenernos a citarlos a menudo, ambas publicaciones son fundamentales a la hora de entender la dimensión política del mito lorquiano en Hispanoamérica y la complejidad de la memoria sobre el granadino, aspecto crucial en este apartado. El libro de Binns *«Si España cae –digo, es un decir–»*. *Intelectuales de Hispanoamérica ante la República Española en guerra* (2020), uno de los trabajos más referenciados en esta tesis, dedica todo un capítulo al impacto de la muerte del poeta en la lejana retaguardia, “Homenajes al poeta fusilado. La repercusión

de la muerte de Federico García Lorca” (2020, 235-97), a su vez subdividido en doce apartados. El capítulo muestra la politización de Lorca a su regreso de Buenos Aires en 1934 y cómo esto despertó recelos y odio entre la pujante extrema derecha española e hispanoamericana, tanto antes como después del asesinato. Asimismo, Binns destaca cómo la figura del granadino, quien no militaba en ningún partido pero sí era republicano “y partidario de Azaña”, fue construida por parte de los intelectuales hispanoamericanos como todo un revolucionario, haciendo uso de su asesinato para demonizar al bando sublevado y provocar una batalla cultural en torno al héroe mártir: “La muerte de Lorca enseñaba que los libros quemados y el encarcelamiento y destierro de escritores en Alemania era algo que atañía también al mundo hispano” (Binns 2020, 258-64). No obstante, es importante destacar cómo la mitificación de Federico García Lorca, a diferencia de otros héroes populares, va más allá del maniqueísmo político o la propaganda de guerra. Ya antes de su asesinato, el granadino se había convertido en “uno de los escritores vivos más leídos, más admirados, y más queridos de la lengua”, por lo que su conversión en símbolo y la oportunidad de otorgarle “una dimensión mítica a su fusilamiento a manos de verdugos desconocidos y sin rostro, era algo tan inevitable como natural” (2020, 265).

La otra publicación crucial para este capítulo es “El compromiso político de Federico García Lorca” (2017) de Jairo García Jaramillo, quien trata de echar por tierra el arraigado mito de un Lorca “apolítico” difundido “por los medios ideológicos franquistas” que aspiraban a “apropiarse de un poeta” que había sido asesinado por “las propias fuerzas que ahora trataban, por todos los medios, de borrar ese hecho indeleble” (2017, 3). En esa línea, el autor señala la irresponsabilidad que supone seguir despolitizando su muerte “y disculpar al fascismo” cuando, aunque es cierto que Lorca no era “un poeta de partido”, estaba claramente comprometido “con los ideales de la Segunda República”, además de vinculado estrechamente “a la izquierda política” y a sus intelectuales (2017, 19). La razón de este breve repaso de los estudios de Binns y García Jaramillo reside en los objetivos de este apartado y el ejercicio de memoria histórica que propone.

La batalla cultural hispanoamericana, protagonizada por los intelectuales prorrepúblicanos y el grueso de las publicaciones afines al bando leal, tuvo como una de

sus mayores bazas a Federico García Lorca, cuya mitificación como mártir republicano sirvió, entre otras cuestiones, para hacer ver a la opinión pública que el fascismo era enemigo de la cultura y la democracia. En este apartado vamos a estudiar un caso paradigmático y todavía no trabajado en profundidad cuyo tema central es la apropiación de la figura de Lorca por parte de los sublevados de ambas orillas en el marco de su mitificación mártir por parte de los sectores prorrepúblicanos. Una de las metas del trabajo es desmontar las manipulaciones interesadas que se hicieron en la época e incluso en años posteriores sobre Federico García Lorca, para despolitizar uno de los asesinatos más infames del conflicto español. Se trata de la polémica gira hispanoamericana del declamador andaluz José González Marín, marcada por el asesinato del granadino y la batalla cultural de los intelectuales hispanoamericanos que, haciendo alarde de su férreo compromiso político frente al entonces decadente paradigma del “arte por el arte”, lucharon con la pluma en defensa de la memoria de Federico García Lorca.

5.2.1 «Los peregrinitos» de Franco. La gira hispanoamericana de José González Marín

José González Marín (1889-1956) cosechó cierta fama durante los años treinta gracias a sus espectáculos como recitador de poesía. Aunque escribía sus propios versos, su repertorio se centraba en la obra de las firmas más reconocidas del momento, entre ellas las de Rafael Alberti, los hermanos Machado y el propio Federico García Lorca. En 1931 realizó su primera gira por Hispanoamérica, que lo llevó a visitar Argentina, Uruguay, Brasil, Chile y Perú. A su regreso en España se integró en los círculos literarios de la época y fue declarado hijo adoptivo de Málaga, ciudad en la que en 1935 recibió un gran homenaje por parte de las autoridades republicanas, que contó con la participación de Jacinto Benavente. Un año antes, González Marín había sido galardonado con la Gran Cruz de Isabel la Católica gracias a Fernando de los Ríos, reconocido intelectual socialista y gran amigo de Lorca. Sin embargo, no sería hasta la dictadura de Francisco Franco cuando el declamador cartameño se consolidó como artista, como veremos a lo largo de este capítulo (Salas 2017, 95). El punto de inflexión en la carrera de José González Marín

recae en la gran gira hispanoamericana de año y medio que lo llevó a visitar casi todas las repúblicas del otro lado del Atlántico, junto a la Virgen de los Remedios de su pueblo natal. Cuenta Francisco Baquero Luque, en los dos capítulos dedicados a la gira del declamador en su libro *Cártama histórica el juglar y la virgen peregrina: (extraordinaria gesta mariana acontecida durante la Guerra Civil de España)* (2010), que González Marín rescató a la Virgen de la represión religiosa republicana (Baquero Luque 2010, 361-487). Además, asevera que González Marín era amigo de Federico García Lorca y que, de hecho, el cartameño le había dado material para escribir su conocido poema “Los peregrinitos” (2010, 284).

El capítulo de Baquero Luque “Por América” (2010, 395-487), que ilustra el paso de González Marín por el continente, destaca su estadía en Argentina, Chile, Perú, Uruguay y Venezuela, durante la cual fue recibido por todos y cada uno de los presidentes –o dictadores, según el caso– y la Virgen de los Remedios fue homenajeada en varios templos y bendecida por las élites eclesiásticas y políticas. El autor cuenta también los problemas que tuvo el declamador en Puerto Rico, donde debido a la “confrontación” que enfrentaba a “las dos Españas”, una serie de personas “sectarias y fanatizadas” hicieron “blanco de sus despachos a González Marín”. Esta denuncia provocó que un grupo de intelectuales cubanos que “le descalificaban por razones religiosas” publicara un manifiesto en su contra que casi le hizo “desistir” de actuar en la isla, pues creía que algo podría ocurrirle a la figura de la Virgen (Baquero Luque 2010, 428). Tras el mal trago en Puerto Rico y Cuba, González Marín llegó a Colombia, donde fue recibido por el presidente Alfonso López Pumarejo, conocido por sus simpatías republicanas. Después prosiguió su gira poética en Ecuador, Bolivia, Panamá, Costa Rica, El Salvador, Honduras, Nicaragua y Estados Unidos, países en los que, de acuerdo con Baquero Luque, González Marín y la Virgen de los Remedios fueron agasajados por políticos e intelectuales conservadores. Fue en el puerto de Nueva York donde, el 5 de diciembre de 1937, el cartameño se subió al barco que lo llevaría de vuelta a España tras recorrer casi toda la geografía hispanoamericana.

Resulta sorprendente que, una vez relatado el frenético viaje del declamador por tierras americanas sin apenas incidentes –solo comenta los acaecidos en Cuba y Puerto Rico–, Baquero Luque dedique el siguiente capítulo, “Regreso a España” (Baquero Luque

2010, 487-511), a articular una curiosa reflexión sobre el conflicto español. Durante veinticuatro páginas, se dedica a arremeter contra la Segunda República y sus principales dirigentes e intelectuales, como Manuel Azaña, Julián Besteiro y Salvador de Madariaga, con la intención de defender un relato sobre la guerra civil en el que el gobierno del Frente Popular era el causante del golpe de Estado y no los generales sublevados. Todo ello para, a continuación, explicar la posición política de González Marín durante el conflicto:

Es cierto, y ello era legítimo, que sus ideas políticas tomaron por un tiempo concreto una línea congruente con sus principios morales y conocimiento de la realidad de su patria [...], como no podía ser de otra forma en un personaje de fulgente inteligencia, cultísimo, que estaba en constante contacto con los públicos de todos los pueblos de la geografía española, incluidas personalidades de todas las tendencias, y veía arder iglesias, asesinatos de sacerdotes, persecución religiosa (él mismo era profundo creyente), y se vio en la necesidad de correr la arriesgada aventura (bendita aventura) de “raptar” a la patrona de su pueblo y llevársela para salvarla de la quema iconoclasta (Baquero Luque 2010, 508).

¿A qué se debe esta explicación sobre la ideología del declamador cartameño con relación a la guerra civil española? ¿A qué se refiere cuando afirma que González Marín tomó “por un tiempo concreto una línea congruente con sus principios morales y conocimiento de la realidad de la patria”? ¿Tendrá relación con su gira por Hispanoamérica, pese a que las únicas referencias políticas del capítulo sobre su viaje se limitan a las polémicas causadas por supuestas cuestiones religiosas en Puerto Rico y Cuba?

La respuesta a estos interrogantes se encuentra, indirectamente, al comienzo de este último capítulo del libro de Baquero Luque, cuando, al relatar el regreso del recitador a España, el autor revela que “todos los medios nacionales recogieron en sus páginas el singular hito” y aporta recortes de uno, al que describe como “un semanario (*Fotos*) del norte de España”. En efecto, el semanario *Fotos* era del norte de España, de San Sebastián, pero lo que el autor omite es que se trataba de una publicación oficial de la Falange Española, el partido filofascista español que colaboró tanto en el golpe de Estado como en la posterior guerra civil y dictadura, de la cual se convirtió en el partido único. Así, las ideas políticas de González Marín que habían tomado “una línea congruente con sus principios morales y conocimiento de la realidad de su patria” no eran otras que las ideas fascistas y antidemocráticas de la Falange Española, partido del que el declamador era

miembro desde que conoció en persona a su fundador, José Antonio Primo de Rivera, a comienzos de los años treinta (1938, 11-15).

José González Marín no había recorrido Hispanoamérica como parte de una gira literaria sino, en sus propias palabras, recogidas en el semanario, como una “cruzada de hispanidad” cuyo objetivo no era otro que hacer “propaganda” a lo largo del “imperio” para combatir al “marxismo” y su “literatura de odio”, al “judaísmo” y a la “masonería”. De hecho, fue tal el éxito de su “cruzada” que, según el propio declamador, la Virgen “en todos los lugares se la conocía solamente como la Virgen de Franco”. El reportaje, que muestra fotografías del cartameño engalanado con su uniforme falangista en actos en Panamá, El Salvador y Costa Rica, explica que el objetivo de su viaje era fundar secciones de Falange o reforzar las existentes en cada uno de los países que visitó como representante de Falange Exterior, estructura política del partido fuera de las fronteras españolas. Durante las siguientes páginas vamos a desentrañar la verdadera gira propagandística del falangista José González Marín y la batalla cultural que desencadenó no solo por su “cruzada” franquista, sino por tratar de apropiarse de la figura y obra de Federico García Lorca, asesinado por sus compañeros de partido, para consagrarse como poeta durante la guerra y la posterior dictadura de Francisco Franco.

5.2.2 De Argentina a Puerto Rico. Hispanoamérica y «la causa de la cultura auténtica y de la libertad»

Una de las principales razones por las que la presencia de González Marín en Hispanoamérica no fue confrontada en los primeros países que visitó reside en el desconocimiento de su militancia falangista y su misión en representación del bando sublevado. Su estadía en Argentina, Uruguay y Chile pasó desapercibida por el grueso de intelectuales prorrepblicanos¹⁷². Habría que esperar a su paso por el Perú del dictador

¹⁷² La única excepción es Raúl González Tuñón, quien dos semanas antes del golpe de Estado mencionó, de pasada, al declamador: “Y a Jacinto Benavente adulando a la aristocracia en una conferencia pronunciada en Málaga, en un acto de honor de un recitador vulgar, de un González Marín” (González Tuñón 1936b).

Benavides¹⁷³ para encontrar las primeras polémicas sobre su auténtico propósito por tierras americanas. González Marín ya era conocido y respetado en el país andino desde su primera gira Hispanoamericana, por lo que fue recibido con honores por las autoridades, la colonia y la legación españolas y, desde luego, por los principales intelectuales de derecha (Binns 2020, 130-31). Los poetas Felipe Sassone y José Fiansón, ambos simpatizantes de los sublevados, le dedicaron sendos poemas¹⁷⁴ y sus espectáculos alrededor del país gozaron de gran afluencia de público. La controversia se desató, primero, tras su paso por la Legación española en Lima, comandada por el profranquista Antonio Pinilla Rambaud, cónsul español que había renegado de su lealtad a la República al estallar la guerra. González Marín enseñó a los asistentes “el cantar de Falange”, esto es, el himno del partido que se cantaba realizando el saludo fascista, y esto le inspiró al diplomático a escribir una sentida glosa en su honor (Pinilla Rambaud 1938, 8). Por si fuera poco, el recitador malagueño sembró de nuevo la polémica en unas declaraciones en la prensa local sobre la muerte de Federico García Lorca, que fueron denunciadas por los intelectuales del Comité de Amigos de la República Española en su boletín *CADRE*. De acuerdo con este grupo de escritores prorrepblicanos¹⁷⁵, el “infame declamador de feria” había insinuado que “tal vez el fusilamiento” había sido obra “de las tropas leales al gobierno español”. Asimismo, se lamentaban de que “semejantes hechos” no hubieran tenido “eco en el medio intelectual de Perú” y que, además, se le siguiera permitiendo ofrecer sus espectáculos en el país con la “desvergüenza” de valerse para ello de Federico García Lorca, que había sido asesinado por sus compañeros falangistas en Granada (*Boletín de la CADRE* 1936, 7).

¹⁷³ El volumen *Perú y la guerra civil española. La voz de los intelectuales* de Olga Muñoz Carrasco recoge en sus páginas la polémica visita de González Marín (2013, 54).

¹⁷⁴ En “La buena nueva”, José Fiansón define a González Marín como “rey y señor de un lírico Universo” para después deshacerse en alabanzas hacia su figura (“sois el feliz intérprete del Verso / que no tendrá nunca fin...”) y celebrar las consecuencias de la guerra en España, que estaba “arrasando al más rojo comunismo” y “forjando otro Mundo y otra Civilización” (Fiansón 1936, II). Por su parte, Felipe Sassone dedicó al declamador cartameño el poema “Despedida” cuando partió hacia tierras venezolanas, en el que expresa su anhelo por un reencuentro en su otra patria al otro lado del Atlántico: “Y, otra vez en España, / por ti verán mis ojos / en tu voz la bandera de mi Patria” (Sassone 1936, 4).

¹⁷⁵ Se trataba de Emilio Adolfo Westphalen, Manuel Moreno Jimeno y César Moro (Muñoz Carrasco 2013, 141). En el recorte físico del boletín encontramos escritas a lápiz las iniciales E.A.W., lo que apunta a una posible autoría de Westphalen.

González Marín viajó de Perú a Venezuela, sobre cuya primera estancia apenas existen referencias, y de ahí a Puerto Rico, donde según Baquero Luque fue amenazado por “sectarios” que lo atacaban por cuestiones religiosas. Su paso por la isla se limitó a diciembre y enero de 1936 y 1937, fechas que coinciden, de acuerdo con el volumen *Puerto Rico y la guerra civil española* (2022) de Aníbal Salazar Anglada, con la consolidación de la Falange Española en Puerto Rico:

Uno de los hechos desencadenantes del apuntalamiento de la Falange en la isla fue, sin duda, la presencia en Puerto Rico del actor y empresario teatral José González Marín, un “camisa vieja” de Falange quien, al parecer, actuaba como emisario español de Franco con el encargo de hacer propaganda a favor de la rebelión militar y de organizar la Falange Exterior en América. Entre el mes de diciembre del 36 y enero del 37, el popular actor y promotor cultural llevó a cabo una serie de espectáculos propagandísticos por los principales teatros puertorriqueños, algunos de ellos propiedad de la United Theatres [...]. Algunas de estas representaciones, en donde se mezclaba el recital poético con la puesta en escena de piezas dramáticas y la actuación musical, fueron patrocinadas por el Casino Español y la Casa de España, por lo que no es de extrañar que en aquellos días se viera en la isla a González Marín acompañado por algunos de los españoles más conspicuos de la sociedad puertorriqueña afines a la rebelión militar de Franco (Salazar Anglada 2022, 94-95).

La referencia de Salazar Anglada a las instituciones españolas en la isla no es baladí. Mientras que el Casino Español y la Casa de España apoyaron sin titubeos al bando sublevado y a González Marín y su gira falangista, el Ateneo Español se decantó, al menos por un tiempo, por el silencio y la discreción (Salazar Anglada 2022, 182). Esto se debe, en parte, a que “los españoles que formaban parte de la vida ateneísta tenían sensibilidades muy distintas”, pues albergaba tanto a intelectuales prorrepúblicanos como la independentista Margot Arce y el fanático lorquiano y miembro de la Asociación Pro Frente Popular Español de Puerto Rico, Ramón Lavadero, como a intelectuales favorables a los sublevados, entre los que destaca el matrimonio Durán. Esta pareja estaba compuesta por Alberto, “uno de los hombres fuertes de la Falange Española en Puerto Rico”, y Carmen, quien a pesar de su ferviente franquismo afirmó en una entrevista en 1939 ser “una gran admiradora de Federico” y estar inmersa en una “tesis sobre él para el colegio, de sus versos, de su barraca, del teatro” (Salazar Anglada 2022, 185). La batalla cultural hispanoamericana no era patrimonio de los sectores prorrepúblicanos, sino que los franquistas también hacían lo propio para, en este caso, apropiarse de la figura y obra de

Lorca a través de la despolitización de su legado menos de tres años después de su asesinato a manos de falangistas.

Las declaraciones de Carmen Durán sobre el granadino tienen una significación especial por la presencia del matrimonio en el espectáculo más conocido de González Marín en su estancia puertorriqueña: el del Teatro Paramount de Santurce el 22 de enero de 1937. El evento, cubierto por el diario local *El Mundo*, contó con la presencia de los directivos de la prestigiosa empresa United Theatres, agasajados por la flor y nata de la colonia española local, que se sentía encantada con la adhesión de la compañía “a la causa de la cultura auténtica y de la libertad” representada por Franco y poetas como González Marín (Salazar Anglada 2022, 636). A juzgar por la crónica del evento, la “cultura auténtica y de la libertad” pregonada por los franquistas españoles y boricuas consistía en un escenario presidido por “una inmensa bandera española” y el “coro de la Falange” que, asimismo, portaba otras dos banderas, una segunda española y la del partido fascista. El espectáculo de la “cultura auténtica” consistió, asimismo, en recitar poemas de Rafael Alberti, Antonio Machado y, sobre todo, Federico García Lorca, para después interpretar el pasodoble “General Franco” y el himno de la Falange Española mientras el público se deshacía en aplausos hacia González Marín, quien minutos antes había recitado el poema “Los Peregrinitos” del poeta que había sido asesinado por falangistas hacía solo seis meses. Aunque no tenemos apenas referencias sobre el suceso, todo apunta a que el recital propagandístico provocó la respuesta de los antifascistas locales. En mayo de 1938, durante la presentación de Ginés de Albareda como nuevo representante de Franco en la isla en la sede del Ateneo, ya tomado por los falangistas de la colonia española, el presidente de la institución, Emilio S. Belaval, alzó la voz contra los “eternos disidentes de la historia”, que habían derramado “un reguero de pólvora” y obligado a “los empresarios” y a “la presidencia” a dar explicaciones sobre González Marín “a medio mundo” (Salazar Anglada 2022, 189-90).

5.2.3 En memoria del héroe. Manifiestos y boicots por Federico García Lorca

Tras celebrar el año nuevo en Puerto Rico, el declamador continuó su gira en Cuba, cuyas redes periodísticas e intelectuales ya conocían las noticias acerca del espectáculo en el Teatro Paramount de Santurce. La revista *Polémica* incluyó en su número de diciembre de 1936 y enero de 1937 una pequeña nota¹⁷⁶ que se hacía eco de la verdadera naturaleza de la presencia de González Marín en la isla, a donde acababa de llegar:

Por la presente se hace saber, a todos aquellos a quienes les pueda interesar, que hace unos días llegó a nuestra ciudad el conocido recitador español González Marín. Procede de Puerto Rico donde obtuvo gran éxito recitando bellas composiciones del inmortal poeta García Lorca. Ello no fue óbice para que gran parte de su producto lo dedicara al sostenimiento de la lucha que en España ha desencadenado el fascismo criminal a cuyo frente se halla el títere de Hitler y Mussolini, Francisco Franco. En el Teatro Paramount de San Juan, Puerto Rico, González Marín ofreció una función a beneficio de las hordas negras del fascismo hispano.

Parece que la indignación provocada por la apropiación de la obra de Lorca a manos de un falangista como José González Marín fue lo que motivó el manifiesto cubano citado por Baquero Luque. El 25 de febrero un grupo de intelectuales, entre los que destacaban Mirta Aguirre, Emma Pérez, José Lezama Lima, Teté Casuso y Nicolás Guillén, publicó el manifiesto “Los poetas cubanos y González Marín” en la revista *Mediodía*. Lejos de descalificar al declamador por cuestiones religiosas, como afirma Baquero Luque, el documento grupal denunciaba el espectáculo falangista del Teatro Paramount y la presencia del cartameño en la isla:

Después de explotar con largueza el verso maestro de Federico García Lorca, al que debe sus mejores éxitos, José González Marín ha llegado al extremo de ofrecer en Puerto Rico un recital de poesías a beneficio de los generalotes traidores y de las tropas moras que están desangrando a España y que en Granada segaron la vida fecunda del autor de Romancero gitano. Por un deber de fidelidad y devoción a la memoria del gran poeta del pueblo español, cuya sangre gloriosa –maltratada, destruida por los enemigos de la cultura– nos duele para siempre, los poetas cubanos que suscriben expresan su más sentida repulsa a los recitales de González Marín, quien al poner su arte al servicio de los verdugos de su patria, profana la obra del gitano impar (*Mediodía* 1937, 6).

¹⁷⁶ Al final de la nota, probablemente para evitar problema legales y políticos, los editores de la publicación añadieron la frase: “La noticia la demos para general conocimiento”.

De nuevo, la manipulación interesada de la figura y obra de García Lorca por parte del representante en Hispanoamérica del partido de sus asesinos era la razón tras la protesta de los intelectuales prorrepúblicanos cubanos, indignados ante la presencia del cartameño en la isla. La respuesta de González Marín no tardó ni una semana. El 2 de marzo de 1937, el *Diario de la Marina* publicó una entrevista al declamador, que protestaba ante la denuncia del manifiesto, pues lo increpaba “por haber recitado a Federico García Lorca”, un amigo suyo que “nunca” había sido “comunista” ni había estado “afiliado a ningún partido político”¹⁷⁷ (Baquero Luque 2010, 435). La afirmación choca con los trabajos que inspiran este apartado, los ya citados estudios de Niall Binns y García Jaramillo sobre el compromiso político y literario de Federico García Lorca con la Segunda República y su consagración como símbolo de la nueva España en Hispanoamérica. A pesar de la insistencia de González Marín en despolitizar la literatura con afirmaciones como “para los artistas no hay fronteras, ni barreras políticas, ni tantas zarandajas” (Baquero Luque 2010, 436), los intelectuales simpatizantes con el bando leal en Cuba e Hispanoamérica coincidían, más bien, con la postura del propio Lorca ante la relación entre arte, política y el papel de los intelectuales:

Ningún hombre verdadero cree ya en esta zarandaja del arte puro, arte por el arte mismo. En este momento dramático del mundo, el artista debe llorar y reír con su pueblo. Hay que dejar el ramo de azucenas y meterse en el fango (García Lorca 1997, III:635).

Lejos de reconocer el uso partidista de la obra de Federico García Lorca, el recitador cartameño continuó su particular defensa y justificación afirmando que “no podía estar insensible ante la muerte de Federico”, pues no tenía “cables” o “cartas” procedentes de Granada que le confirmaran si era “cierta esa muerte” (Baquero Luque 2010, 436). Era, al menos, la segunda vez que González Marín cuestionaba la veracidad del asesinato de García Lorca a manos de sus compañeros falangistas. En este caso, el declamador llegaba a poner en duda si se había llegado a producir cuando, primero, habían pasado siete meses del crimen y, segundo, ya había compartido sus sospechas

¹⁷⁷ En respuesta a la afirmación de José González Marín, nos permitimos compartir una cita del propio Federico García Lorca: “Mientras haya desequilibrio económico, el mundo no piensa. [...] El día que el hambre desaparezca, va a producirse en el mundo la explosión espiritual más grande que jamás conoció la humanidad. Nunca jamás se podrán figurar los hombres la alegría que estallará el día de la Gran Revolución. ¿Verdad que te estoy hablando en socialista puro?” (García Lorca 1997, III:632).

sobre la posible autoría republicana del crimen en la prensa peruana pocos meses atrás. Pese a todo, González Marín se mostraba estupefacto ante el intento de boicot de los prorrepublikanos cubanos en su espectáculo en el Teatro Nacional¹⁷⁸ y las acusaciones de que había remitido las ganancias de sus espectáculos al bando sublevado. A ese respecto se preguntaba, quizá con cierta sorna: “¿No es suficiente la crueldad y el dolor de la guerra que cada uno llevamos sangrándonos el alma, que todavía queremos auspicar otra entre poetas y artistas que sólo debemos saber de paz, de belleza y de amor?” (Baquero Luque 2010, 437). De nuevo, como veremos durante las próximas páginas, y tal y como pensaba el propio Lorca, los intelectuales hispanoamericanos favorables al bando leal también creían que el poeta debía “apasionarse” y participar en la vida política:

...el poeta debe apasionarse. No puede permanecer impasible de ninguna manera. ¿Cómo pretende que el poeta pueda cerrar los ojos ante los hombres que sufren, ante la tragedia espantosa del hombre oprimido? El poeta debe sentirlo y comprenderlo, y ayudar en la medida de sus posibilidades en la conquista de un mundo más justo y más humano (García Lorca 1997, III:607).

No tenemos más referencias sobre la estancia cubana de González Marín, quien abandonó la isla en mayo de 1937 tras meses de recitales amparado por los partidarios de Franco en la que fuera la última colonia española en Hispanoamérica. Su próximo destino fue Colombia donde, a juzgar por la recepción ofrecida por el presidente López Pumarejo, además de la positiva reseña de la revista *Acción Liberal* sobre su primer recital, todavía se desconocía la misión política de González Marín en el país¹⁷⁹. La redacción de *Acción Liberal*, fundada por los liberales de izquierda e intelectuales Darío Samper y Plinio Mendoza Neira, se lamentaba por el escaso público en el evento, pero, tras deshacerse en halagos hacia el recitador, aseguraban que el recitador lograría vencer “la abulia proverbial” de la capital. Asimismo, contaban que este estaba preparando “un acto de todos los nuevos poetas colombianos” que, al parecer, nunca llegó a darse, y le desearon grandes éxitos en su “larga permanencia en Colombia” (*Acción Liberal* 1937, 75).

¹⁷⁸ Esta es la única referencia que tenemos sobre el supuesto boicot del Teatro Nacional, por lo que es difícil determinar si ocurrió así.

¹⁷⁹ Los recortes de diarios colombianos que aporta Baquero Luque en su libro confirman la teoría: *El Tiempo* y *El Espectador*, ambos republicanos, publicaron sendas notas celebrando la llegada del declamador al país (Baquero Luque 2010, 453).

Todo cambió el 8 de mayo de 1937, cuando *El Diario Nacional*, “tribuna al servicio del liberalismo de izquierda” (Aldama Ordóñez 2021, 216), publicó una nota anónima sobre el declamador que truncaría la que iba a ser una dilatada estadía. Posiblemente gracias a sus contactos en la prensa puertorriqueña, el periódico anunció a sus lectores que el afamado declamador español se había despedido en el Teatro Paramount “con una función a beneficio del ejército español, en la que cantaba el coro de la Falange” y en el que recitaba poemas de Lorca. En los siguientes párrafos arremetían contra la apropiación de la obra de Federico García Lorca y otros poetas republicanos a manos de uno de sus verdugos:

A beneficio de las hordas fascistas que asesinaron a García Lorca, de los marroquíes y legionarios contra los que pelea Rafael Alberti, contra los que se ha pronunciado Antonio Machado y Juan Ramón Jiménez, recita González Marín las producciones de estos mismos poetas. Su boca mercenaria, la voz que tratan de silenciar los cañones de ese “glorioso” ejército [...]. González Marín deshonra el nombre glorioso de García Lorca en homenaje de quienes lo asesinaron comerciando “desinteresadamente” utilizando de tal manera las producciones de sus mejores escritores antifascistas (*El Diario Nacional* 1937, 4).

Para concluir la nota, el diario emuló a los intelectuales cubanos del manifiesto y animó a los colombianos a plantarle cara y no permitirle actuar: “El Pueblo antifascista de Colombia no debe hacerse solidario al insulto que le hace González Marín al cantor del *Romancero Gitano*. El desprecio debe rodear al nuevo servidor del fascismo González Marín” (*El Diario Nacional* 1937, 4). En este momento entramos en el terreno de la especulación, pues manejamos una sola referencia sobre qué pudo ocurrir para que González Marín terminara abandonando Colombia a finales de mes. Se trata de un artículo del periódico comunista costarricense, *Trabajo*, en el que se asegura que el recitador fue “apedreado” en su espectáculo de Medellín y que “a las 24 horas el gobierno le pidió que abandonara el país” (*Trabajo* 1937c, 4). La publicación no aporta ninguna referencia sobre la noticia y, además, la fecha es de noviembre, cinco meses después del supuesto boicot.

De lo que estamos seguros es que abandonó Colombia para volver a Venezuela, donde pasó tres meses, de mayo a septiembre de 1937, y fue recibido por el General Eleazar López Contreras, presidente de un gobierno de corte autoritario, enemigo del movimiento obrero y los partidos de izquierda. Durante su larga estadía en el país, la

“Virgen de Franco” fue expuesta en templos como el convento Santa Rosa de Lima y el poeta recibió joyas y regalos por parte de la élite de Caracas como contribución a la reconstrucción del santuario. El propio Baquero Luque defiende que Venezuela fue “una de las naciones iberoamericanas que más quiso a González Marín” (Baquero Luque 2010, 420).

No fue el caso de Panamá, república en la que su gira “se complicó” y fue “celebrado y denostado con el mismo furor”, tras desatarse una particular batalla mediática local con la figura de Lorca y la visita de González Marín en el centro del debate (Binns 2022, 55-56). El Comité de Defensa de la República Española¹⁸⁰ denunció las auténticas intenciones del cartameño en la isla en su página habitual de *El Panamá-América*. El texto del Comité se remontaba a 1932, año de la primera visita al país de González Marín, a quien acusaban de fingir ser “republicano y tiranocida” cuando el republicanismo español estaba “en pleno apogeo”, cuando alardeaba de “sus arrestos” para obtener el reconocimiento de los intelectuales locales (*El Panamá-América* 1937, 6). Gracias a su engaño volvió a España con una “bien repleta maleta de duros y pesetas”, razón por la cual había regresado a Panamá. Eso sí, llegaba en esta ocasión en representación de la Falange y a costa de Federico García Lorca, “cuando aún humeaba el ‘auto de fe’ realizado en la plaza granadina con los libros del poeta” y, por si fuera poco, a beneficio de “la causa de sus asesinos”, aquellos que “quemaron a Antonio Torres Heredia, al Camborio y a Soledad Montoya en las páginas de los libros incinerados en la plaza de Granada”, referencia a su obra que deja constancia de la influencia lorquiana en Puerto Rico. Una cuestión fundamental del texto reside en el cambio de paradigma respecto a la recepción a González Marín en Hispanoamérica, gracias a la labor propagandística llevada a cabo desde la trinchera mediática y literaria prorrepblicana en los países que “otora le aplaudieran y llenaran de oro la bolsa al ‘zángano’”, entre los que se mencionaba a Puerto Rico, Cuba, Venezuela y Colombia, que “hoy le desprecian y persiguen” (*El Panamá-América* 1937, 6). El compromiso de los intelectuales progresistas hispanoamericanos parecía haber tenido éxito en su particular batalla

¹⁸⁰ Se trataba de un grupo de españoles radicados en la Ciudad de Panamá que se dedicaban a “contrarrestar la campaña difamatoria” de los sectores favorables a los sublevados. Fueron perseguidos por el gobierno panameño y “acusados de ser comunistas” (Binns 2022, 139).

cultural. Las publicaciones contra el declamador falangista, en ocasiones enfrentándose a la persecución política o la censura, habían logrado su objetivo: defender la memoria de Federico García Lorca, héroe mártir republicano de las letras hispánicas, de la apropiación política por parte de sus verdugos. En palabras de los miembros del Comité de Defensa de la República Española de Panamá, “el juego ha sido descubierto a tiempo”: ahora toda América sabía que “cada centavo caído en el platillo de González Marín” era “una bala más para asesinar a los poetas cuyas composiciones cínicamente mancilla” (*El Panamá-América* 1937, 6).

Como era de esperar, el texto del Comité obtuvo respuesta. Santiago Ruiz Tabanera, secretario y encargado de negocios de la Legación de España en Puerto Rico que se había posicionado junto a los sublevados una vez comenzó el conflicto, defendió al declamador y a los profranquistas panameños en *La Estrella de Panamá*, diario simpatizante de la sublevación. Lejos de tratar de esconder la naturaleza política tras la visita del recitador, Ruiz Tabanera presumió de cómo el cartameño afirmaba abiertamente que era “de los primeros falangistas”, de los que se unieron a “José Antonio Primo de Rivera cuando fundó su partido”, y afirmó que su estadía en el país correspondía, en efecto, a una misión propagandística en representación de la Falange a través del “arte de decir”, el “arma que él sabe manejar mejor” (Binns 2022, 417). Más allá del curioso alegato a favor de un arte comprometido –eso sí, con la causa franquista–, el diplomático aprovechó la ocasión para atacar a los miembros del Comité, a los que acusaba de hacer propaganda con textos publicados “como anuncio pagado”. Tras la despedida de González Marín de Panamá en octubre, los intelectuales prorrepúblicanos siguieron vigilantes. En noviembre, un poeta anónimo que solía firmar como “Miliciano” arremetió, en las páginas de *Acción Comunal*, contra el declamador falangista a través de una sátira, en forma de adivinanza y con cierto tono homófobo, que aunaba referencias políticas y literarias y que resume, en gran parte, la campaña contra el declamador:

Quién la mejor cupletista
de la España derechista,
sacristana y *déclassé*?
José
Quién por fauces de traidor,
por versitriturador,
más urgido de bozales?

González
Quién con Lope y Garcilaso,
con Góngora y el Parnaso,
más ingrato que Caín?
Marín.
Por enemigo de España
—en español, gesto ruin—,
la deshonra te acompaña.
José González Marín (Binns 2022, 371).

González Marín viajó desde Panamá a la limítrofe Costa Rica, donde, a pesar del dinamismo de las redes intelectuales centroamericanas, aún no habían llegado las noticias sobre su militancia política. Así, sus primeros espectáculos fueron anunciados por todo lo alto en los periódicos y radios costarricenses, que incluso lo llegaron a entrevistar. José Marín Cañas, propietario y editor del periódico prorrepblicano *La Hora*, publicó un reportaje a página completa que celebraba la llegada del “juglar de la gitanería” junto a la Virgen de los Remedios, cuya fotografía aparece junto al texto (Marín Cañas 1937, 5). También visitó la redacción de *La Prensa Libre*, diario dirigido por la familia Borrasé, también de simpatías republicanas, donde González Marín habló sobre su supuesta amistad con Federico García Lorca, a quien, afirmaba, “la barbarie trochó en plena florecencia de su vida” (*La Prensa Libre* 1937, 5). La ya tercera mención al asesinato de Lorca —primero atribuido a los republicanos, más adelante cuestionado— se asemejaba a la de cualquier intelectual de izquierda hispanoamericano, pues la referencia a la “barbarie” da a entender que era crítico con los verdugos del dramaturgo granadino. Sin embargo, los antifascistas costarricenses todavía desconocían la verdadera cara de González Marín. La situación dio un giro de 180 grados el 12 de octubre de 1937, entonces celebrado en Costa Rica y en toda Hispanoamérica como el Día de la Raza, cuando el periódico profranquista *La Tribuna* publicó un reportaje sobre un acto de Falange Española que había reunido a más de 1.500 personas en Desamparados. La crónica del diario mostraba a José González Marín vestido con el uniforme de la Falange tomando juramento a los jóvenes militantes costarricenses mientras sostenía la ya célebre Virgen de Franco. La batalla cultural costarricense en defensa de Lorca acababa de comenzar.

Los intelectuales comunistas fueron los primeros en denunciar al recitador. La escritora y artista Emilia Prieto lo acusó de querer volver a una España caduca de

“rosarios” y “reyes y nobles crapulosos” (Prieto 1937b, 239-40), mientras que la propia redacción del periódico del Partido, *Trabajo*, puso en aviso a sus lectores de que González Marín era responsable de la “organización militar de la Falange en Centroamérica” y le advirtieron de que el pueblo de Costa Rica no concedía la palabra a “artistas traidores” (*Trabajo* 1937b, 1). De nuevo, no había cabida para un arte despolitizado. Los tiempos que corrían exigían un férreo compromiso antifascista y los intelectuales comunistas estaban dispuestos a demostrarlo en la prensa, la literatura y la calle. Pese a las advertencias, el declamador organizó otro espectáculo en noviembre de 1937. Como era de esperar, los antifascistas costarricenses¹⁸¹ comenzaron una intensa campaña para boicotear el evento, que tendría lugar en el prestigioso Teatro Raventós de San José (*Diario de Costa Rica* 1937a, 5). Aunque los prorrepblicanos trataron de que las autoridades cancelaran el evento por su naturaleza profascista, el gobierno de León Cortés, simpatizante de los sublevados, hizo caso omiso (*Diario de Costa Rica* 1937b, 1).

El 7 de noviembre, día del espectáculo, todavía es recordado en Costa Rica como, en palabras del intelectual comunista Joaquín Gutiérrez, “una victoria nunca vista en Costa Rica de la gloriosa República Española” (J. Gutiérrez 1999, 171). Además de la multitudinaria manifestación a las puertas del teatro, varios antifascistas lograron colarse, sin ser advertidos, con el propósito de insultarle y lanzarle petardos y tomates, lo que provocó la irrupción de la policía en la sala. El evento pudo continuar no sin ser interrumpido una segunda ocasión tras la señal de Yolanda Oreamuno, entonces una joven escritora, que espetó un rotundo “cállese” al cartameño, palabra clave que activó una segunda ronda de lanzamiento de tomates, petardos e improperios (*Diario de Costa Rica* 1937b, 1). La salida del teatro fue un caos. La policía reprimió a los manifestantes y se produjeron treinta detenciones, entre ellas la de la reconocida escritora comunista Luisa González. Yolanda Oreamuno, por su parte, perdió su empleo a modo de represalia. Una vez más, la memoria de Federico García Lorca, héroe mártir también en Costa Rica, estuvo en el centro de una batalla que, en esta ocasión, había sido tanto cultural como física.

¹⁸¹ Los sectores antifascistas del país eran, principalmente, el Partido Comunista, el Grupo Pro-República Española, la Liga Antifascista y los sindicatos obreros y organizaciones estudiantiles.

La lucha por Lorca como símbolo de la civilización frente a la barbarie y de la nueva España republicana y popular frente a la España reaccionaria permeó en la sociedad costarricense, que no olvidó la gran victoria del Teatro Raventós en noviembre de 1937. En 1946, ya avanzada la dictadura en España, el poeta del régimen franquista Eduardo Marquina –cuyos poemas habían sido recitados por González Marín en 1937– visitó Costa Rica. A pesar de que habían pasado siete años desde el final del conflicto, los intelectuales prorrepublicanos, liderados por la ya consagrada Emilia Prieto y una joven Eunice Odio, organizaron un segundo boicot contra un poeta enviado por Franco, que se saldó con una victoria aún más contundente que la del Teatro Raventós: el boicot fue un éxito y, además, la prensa costarricense lo celebró como tal¹⁸², anunciando a bombo y platillo que el cantón de San José había aprobado una moción para declarar persona *non grata* a Marquina por ser un “agente pagado del régimen franquista” (*La Tribuna* 1946b, 1). Emilia Prieto, en su reseña de los dos poemas de Eunice Odio sobre el conflicto español, “Nube y cielo mayor” y “Pepón de la Campa”, ambos publicados en *Repertorio Americano* dos meses después de los acontecimientos, mostraba su orgullo ante una Costa Rica que jamás había dejado de lado a sus compañeros republicanos españoles:

En los dos poemas que aparecen aquí de Eunice Odio, ella se identifica con los “milicianos españoles de dentro y de fuera”, con los que en España lanzan granadas y en Costa Rica esta apoteósica, aunque humilde granada del tomate, que ha salido rojo de vergüenza de las cocinas a suplir la que no tiene tanto culto togado e ilustre letrado, para aventar hacia rumbos de oprobio a los González Marín y a los Marquina (Prieto 1946, 310).

El diario *Adelante*, heredero del periódico comunista *Trabajo*, reprodujo en su número del 17 de mayo de 1959 la carta que Carmen Lyra había enviado a Hernán Zamora Elizondo, el secretario del Ministerio de Educación Pública de Costa Rica que presentó al poeta en el Teatro Nacional en 1946. En la misiva, Lyra mostraba su indignación ante el blanqueamiento de Marquina, representante de la dictadura franquista y, en un tono similar al de su camarada Emilia Prieto, le reprochaba su apoyo al espectáculo. Además,

¹⁸² Un ejemplo paradigmático lo encontramos en el otrora diario profranquista *La Tribuna*, que reprodujo las declaraciones en apoyo al boicot del intelectual republicano español José Bergamín a su brevísimo paso por Costa Rica en su viaje a Venezuela (Bergamín 1946, 1).

se acordó de los intelectuales que, como Federico García Lorca, habían sido asesinados por los sublevados o condenados a morir en el exilio:

Unamuno murió de vergüenza y Díez Canedo y Ossorio y Gallardo murieron en el destierro. ¿Y Antonio Machado y García Lorca? ¿Puede ser un privilegio presentar a un poeta que no se avergüenza de representar a un militarote que mandó fusilar al exrector de la Universidad de Oviedo don Leopoldo Alas, el hijo del inolvidable Clarín? (Lyra 1959, 5).

Tras su terrible experiencia en Costa Rica, Eduardo Marquina viajó a la vecina Guatemala. Lejos de mejorar la situación, una multitud “se lanzó sobre el avión [...] y le produjo daños irreparables” (*La Tribuna* 1946a, 1). El artículo fue publicado en el otrora diario franquista *La Tribuna*, que en 1946 tenía un nuevo director. Manuel Formoso, es decir, Alejandro Ascaso, el antiguo militante y periodista de la CNT y amigo personal de Durruti, había dado un giro progresista al periódico tras asumir los mandos. Marquina terminó su desafortunada gira en Nueva York, pero no llegó a subir al barco de vuelta a España. El 21 de noviembre de 1946, dos meses después del boicot en Costa Rica y el ataque sufrido en Guatemala, Eduardo Marquina falleció de forma repentina. Desconocemos si tiene relación con su turbulenta gira centroamericana, pero desde luego es llamativo que su muerte sucediera escasas semanas después.

Una vez concluida la prolongada gira de José González Marín, el declamador regresó a España en diciembre de 1937 a través del puerto de Nueva York, ciudad en la que aprovechó para fundar las bases de la Falange Española local y, además, sufrió otro boicot, en esta ocasión por parte de la comunidad judía que lo acusaba, no sin razón, de ser antisemita (*Fotos* 1938, 15). Tras su desembarco en Gibraltar, después de casi año y medio de gira, el declamador no se demoró en volver a los escenarios. El 19 de enero de 1938 el diario *El Adelanto* de Salamanca ofreció a sus lectores un reportaje sobre el cartameño, que acababa de llegar a la ciudad proveniente de las “tierras descubiertas por el genio de Cristóbal Colón”, donde había plantado “la simiente de la nueva España, la auténtica, la de Franco” y había usado su “palabra cálida y vibrante” para divulgar “las doctrinas de Falange Española Tradicionalista y de las JONS” (de Toledo 1938, 3).

A pesar de los numerosos boicots, ensayos, artículos y poemas dedicados a defender la memoria de Federico García Lorca frente a la apropiación de su figura y obra

por parte del declamador falangista, José González Marín logró consagrarse como poeta en la España de la dictadura de Francisco Franco y, además, regresó a Hispanoamérica en varias ocasiones. Su última gira transatlántica data de 1953, cuando ofreció hasta treinta y dos recitales y, a su vuelta, cansado y enfermo, decidió retirarse de la vida profesional (Salas 2017, 97). Tres años después falleció en su Cártama natal, donde hoy una calle lleva su nombre. Mientras tanto, el cuerpo Federico García Lorca sigue sin aparecer. Su memoria, sin embargo, permanece intacta.

6. «He ahí el futuro / He ahí el mar saltando en rosas sobre el horizonte / He ahí el sueño besando tu frente España». Conclusiones

La guerra civil española unió a una generación de jóvenes escritores, poetas y artistas en el fervor político. Que venciera el lado equivocado, no quiere decir que el triunfo más perdurable no se lo llevara la pluma, el pincel y la cultura.

ERIC HOBSBAWM (2007)

Esta tesis doctoral ha investigado la construcción del héroe popular de la guerra civil española en la literatura hispanoamericana entre los años 1936 y 1939, para lo cual ha explorado la movilización solidaria y propagandística de los intelectuales de la lejana retaguardia. Desde la introducción, se ha propuesto estudiar cómo estos intelectuales articularon una contundente narrativa heroica a través de la literatura, el periodismo y la movilización política al vincular las luchas del pueblo español con los ideales progresistas, el antifascismo y el antiimperialismo de los pueblos hispanoamericanos. La investigación ha puesto de manifiesto el firme compromiso de los intelectuales con la causa republicana durante la guerra civil española, aspecto ya estudiado en las publicaciones del proyecto de investigación “El impacto de la Guerra Civil Española en la vida intelectual de Hispanoamérica” (PGC2018-098590-B-I00), al que se ha contribuido con una novedosa perspectiva basada en los estudios del héroe y la historia intelectual que, asimismo, ha confluído en la conceptualización del héroe popular republicano y sus complejas aristas literarias, históricas y políticas.

Como se ha observado a lo largo del presente trabajo, la fructífera relación entre pueblo, intelectuales y héroes, cimentada en la solidaridad material e inmaterial con la España republicana, trascendió fronteras y océanos para revelarse como un fenómeno cultural, político y literario con un impacto sin precedentes. En relación con las declaraciones de Paul Preston sobre la ausencia de hispanoamericanos en su volumen *Idealistas bajo las balas* (2008) por su supuesta irrelevancia (Boragina 2018, 105), creemos que esta tesis doctoral ha resultado provechosa a la hora de demostrar lo contrario. Las decenas de voluntarios y corresponsales hispanoamericanos que se jugaron la vida por la causa republicana, las iniciativas solidarias dirigidas por una vanguardia de intelectuales organizados en torno al que se ha denominado “frente popular hispanoamericano”, así como la omnipresencia de los principales activos heroicos de la

República en la literatura y medios de comunicación del continente, dan buena cuenta de la relevancia de un fenómeno que resulta imprescindible para comprender el alcance de la influencia de la guerra civil española en la literatura hispanoamericana y la historia de las relaciones transatlánticas.

Por otro lado, y en diálogo con la afirmación de Ángel Viñas ante la pregunta sobre el papel de los medios de comunicación internacionales en el conflicto, la investigación revela que la “guerra de propaganda” (1986, 631) librada en el campo periodístico, lejos de ser intrascendente, fue determinante para moldear la opinión pública hispanoamericana a favor del bando republicano español y, desde luego, influir en la posición de sus gobiernos, mayoritariamente simpatizantes del bando sublevado, además de para conformar la ola solidaria que recorrió Hispanoamérica. Las agrupaciones de intelectuales antifascistas, la proliferación de manifiestos y otros documentos grupales y los centenares de artículos, ensayos, poemas y crónicas prorrepúblicas que hemos incorporado en el corpus se han alzado como indispensables a la hora de medir la influencia del conflicto español en la literatura hispanoamericana y sus campos intelectuales. Nos hemos propuesto, en línea con las memorias del escritor costarricense Joaquín Gutiérrez, demostrar cómo la guerra civil española “tuvo un enorme significado para toda Latinoamérica” y dejó “un tatuaje indeleble” a toda una generación intelectual, que protagonizó una inaudita “demostración solidaria con un país y su destino” (1999, 164). El sufrimiento de los niños españoles, la existencia de intelectuales católicos leales a la República, la presencia de mujeres en el frente de batalla y el protagonismo popular en la resistencia frente a la sublevación marcaron a los intelectuales hispanoamericanos de los años treinta, quienes, asimismo, asumieron su papel como escritores comprometidos y difundieron las bondades de los republicanos a través de su obra literaria y periodística, con la que también trataron de deslegitimar al bando franquista.

Así, el primer bloque de esta tesis, correspondiente al primer capítulo, ha evidenciado cómo los intelectuales hispanoamericanos fueron protagonistas en la construcción del frente popular transatlántico, el cual desempeñó un papel crucial en la batalla mediática de la lejana retaguardia y el movimiento solidario. Las publicaciones prorrepúblicas, como *Repertorio Americano*, *Mediodía* y *Claridad*, fueron espacios mediáticos privilegiados donde se definieron y difundieron las narrativas heroicas del

conflicto a escala continental, las cuales exaltaron los valores republicanos frente a la “barbarie” franquista a través de una literatura atravesada por la propaganda de guerra. La creación y consolidación del frente popular hispanoamericano evidencia el cambio de paradigma en la figura del intelectual comprometido y las publicaciones progresistas, que asumieron la responsabilidad de movilizar a la opinión pública y, por consiguiente, a la sociedad civil del continente con notables éxitos, tal y como se ha mostrado. Este compromiso por parte de pueblos e intelectuales transformó la percepción de España en Hispanoamérica, lo que ayudó a dar forma, aunque fuera de forma efímera, al hispanoamericanismo popular, una nueva comunidad transatlántica caracterizada por la solidaridad, la defensa compartida de los valores democráticos y culturales y la resignificación de la historia colonial y de la identidad de la nueva España. Desde luego, sin la implicación de todos estos elementos, el apoyo a la República Española desde Hispanoamérica no habría alcanzado cotas tan altas.

El segundo bloque ha abordado la conceptualización del héroe popular republicano, figura construida a partir de referentes históricos, literarios y políticos estrechamente vinculados a la tradición hispánica. Una cuestión central de este trabajo ha sido el estudio del pueblo español como el sujeto heroico de la guerra por excelencia, pues aunaba en su figura la identidad de la nueva España representada por la República y los valores progresistas y democráticos antes reseñados. Gracias al enfoque comparatista e interdisciplinar de esta investigación, se ha podido revelar a través de la interpretación de referencias primarias y el complejo marco teórico descrito en la introducción cómo los intelectuales hispanoamericanos reformularon arquetipos heroicos como el héroe épico, el romántico, el mártir de la libertad y el héroe del realismo socialista para adaptarlos al contexto bélico y forjar con sus textos los mitos de los héroes populares republicanos. Este proceso facilitó la vinculación de la epopeya del pueblo español con las aspiraciones de emancipación de los países hispanoamericanos respecto al imperialismo y al auge del nazismo y fascismo, lo cual funcionó como una suerte de espejo donde mirarse y del que extraer provechosas lecciones para conflictos presentes y futuros por la independencia política, social y cultural del continente. Los intelectuales hispanoamericanos, al adoptar este discurso, trazaron paralelismos entre el conflicto español y sus propias luchas contra las dictaduras y las desigualdades sociales, proyectando las narrativas heroicas de la

España popular en sus propios países. Además, este proceso promovió el sentimiento de comunidad hispánica antes aludido y el establecimiento de nuevas relaciones igualitarias entre España e Hispanoamérica, cuyo legado no parece haber cuajado en la memoria colectiva del conflicto.

En el tercer bloque, examinamos las estrategias discursivas empleadas por los intelectuales hispanoamericanos para mitificar a las principales figuras heroicas del bando republicano, que dividimos en tres tipologías, milicianos y milicianas, personalidades del Frente Popular y mártires, y nutrimos a través de un corpus amplio y diverso. La representación de estos héroes fue clave a la hora de moldear el imaginario popular en torno a la República y al pueblo español, del que habían emergido y al que representaban. Los intelectuales hispanoamericanos tenían como objetivo propagandístico afianzar la visión de estos héroes como portadores de la identidad de la “verdadera” España, razón por la cual dedicaron sus esfuerzos a reivindicar cuestiones como su origen popular, su sacrificio y, desde luego, su vinculación con los valores culturales y políticos progresistas del periodo. La construcción de los mitos heroicos de milicianos y militares como el antitanquista Antonio Coll, el general Miaja y las milicianas Lina Odena y Paca Solano muestran cómo los intelectuales elaboraron y difundieron modelos heroicos provenientes del pueblo trabajador con los que el público lector hispanoamericano podía sentirse identificado, al mismo tiempo que apoyaban la legitimidad política de los republicanos y su resistencia frente al golpe de Estado de Francisco Franco y la invasión por parte de las tropas de la Alemania nazi y la Italia fascista. La investigación ha enfatizado también cómo la literatura, el periodismo y otras formas de expresión artística, como la fotografía y el grabado, jugaron un papel fundamental en la consolidación de estas narrativas heroicas. Por ejemplo, el asesinato de García Lorca no solo fue un punto de inflexión en el impacto del conflicto en Hispanoamérica, sino que también fortaleció la visión de la guerra como una contienda trascendental de cuyo final dependía el futuro de la democracia y de la cultura y la literatura libres y populares.

En cuanto a la metodología, la aproximación a este fenómeno a través de la historia intelectual, la historiografía, la ciencia política y la teoría literaria ha posibilitado llevar a cabo un esclarecedor análisis global de la construcción de los héroes populares republicanos. Esta enriquecedora perspectiva ha favorecido una interpretación integral de

los textos del corpus que nos ha ayudado a tender puentes entre cuestiones tan dispares como la heroicidad, la guerra la Independencia española, la historia colonial, el movimiento obrero, la lucha por la emancipación de la mujer y la religión. Además, este prisma ha nutrido el estudio de los héroes populares recogidos, gracias al cual hemos cosechado jugosos resultados que han arrojado nueva luz sobre la contribución hispanoamericana en la guerra civil española, que a todas luces es muy superior a lo que buena parte de la historiografía cree. La movilización solidaria de pueblos como el cubano, el argentino y el costarricense, que se ganaron un lugar en el pódium de países que más ayudaron material e inmaterialmente a la España republicana en todo el mundo, está motivada por el papel protagónico de los intelectuales hispanoamericanos en la labor literaria, mediática, propagandística y política tras la logística solidaria. El abordaje del fenómeno literario, donde convergen elementos narrativos, históricos y simbólicos desde la interdisciplinariedad y el comparatismo, ha propiciado el análisis de los héroes populares republicanos como vehículos propagandísticos destinados a fomentar la empatía de los pueblos hispanoamericanos y, por lo tanto, su simpatía y solidaridad. Un ejemplo paradigmático de este abordaje reside en la mitificación de las heroínas populares del conflicto –Dolores Ibárruri, Lina Odena y Paca Solano–, cuyas figuras se alzaron como modelos a seguir para el movimiento de emancipación de la mujer de varios países hispanoamericanos. La lucha de las milicianas y políticas españolas, que inspiró a intelectuales de todo el subcontinente, ha arrojado ilustrativos resultados sobre la imperante mirada masculina en su construcción simbólica y las aspiraciones políticas, sociales y literarias de las mujeres hispanoamericanas alineadas con este movimiento.

Una de las mayores contribuciones del presente estudio ha sido la conceptualización del paradigma del intelectual comprometido en Hispanoamérica durante los años treinta. A través del estudio de la politización del campo intelectual hispanoamericano, esta investigación ha evidenciado cómo figuras destacadas como César Vallejo, Pablo Neruda y Raúl González Tuñón, pero también intelectuales emergentes pertenecientes a sectores tradicionalmente excluidos del campo intelectual, como la militante comunista colombiana Elvira Medina, el poeta campesino costarricense Martín Peña y las decenas de testigos del golpe de Estado y la guerra en España, reformularon su papel en la sociedad para ponerse al servicio de causas políticas como la

republicana y enriquecer la esfera pública de sus países. Esta tesis doctoral ha demostrado cómo el dinamismo de la literatura y el periodismo hispanoamericanos, así como el liderazgo de intelectuales pertenecientes a este nuevo paradigma, propiciaron un compromiso que no se limitó a su obra escrita, sino que comprendió, además, su participación en las redes periodísticas, organizaciones políticas y movimientos sociales que constituían el frente popular hispanoamericano. La implicación de los intelectuales hispanoamericanos durante el conflicto español fue esencial en su complejo proceso de politización, iniciado en los años veinte y treinta, que desembocó en su integración en las dinámicas políticas y sociales de su época y la disolución, al menos temporal, de las fronteras entre la escritura y la acción.

Otro de los aportes más destacados de esta investigación radica en el concepto de hispanoamericanismo popular. Frente al tradicional recelo hacia la herencia colonial española, los intelectuales alienados con el bando republicano promovieron una visión alternativa de la historia común en clave popular con el doble objetivo de promover la identificación de las masas populares hispanoamericanas con el pueblo español y su epopeya de la Independencia y, por otro lado, empoderar a los pueblos del continente a través del ejemplo republicano. De igual manera, esta noción muestra la determinación de los intelectuales de ambos continentes de tender nuevos puentes de apoyo y comprensión mutuos entre España y sus antiguas colonias, lo cual permite entender la complejidad tras el compromiso que expresaron en defensa de la que consideraban la nueva guerra de la Independencia española frente al invasor.

Finalmente, un tercer aporte que realiza esta investigación recae en la literatura y el campo intelectual de un país en particular, Costa Rica, cuyo papel en el conflicto español apenas había sido estudiado todavía junto al del resto de Hispanoamérica. El estudio de la influencia que tuvo el conflicto español en la incipiente generación del 40 y, en especial, la reivindicación de *Repertorio Americano* como elemento indispensable de la logística del frente popular hispanoamericano, han sido grandes activos de este trabajo, que ha buscado dar una mayor visibilidad a la literatura costarricense de este período y su relevancia en la literatura hispanoamericana en su conjunto.

A pesar del amplio alcance de esta tesis doctoral, la delimitación de la investigación a una muestra de intelectuales de trece países hispanoamericanos abre las

puertas a trabajos posteriores que busquen ampliar el análisis a nuevos campos intelectuales nacionales, como los de Venezuela, Bolivia y Nicaragua, e incluso internacionales. Esto, sin duda, enriquecería el estudio de la influencia de la guerra en la literatura, política y periodismo hispanoamericanos que las publicaciones de nuestro proyecto de investigación han llevado a cabo. Asimismo, sería recomendable extender el estudio de la construcción de los héroes populares a otras figuras importantes del bando republicano, como Valentín González “El Campesino”, voluntarios internacionales como Pablo de la Torriente Brau e incluso personajes históricos como El Cid Campeador y Bolívar, que, aunque los hemos mencionado a lo largo del trabajo, no han tenido un apartado propio por cuestiones de extensión. En ese sentido, futuras investigaciones podrían expandir el corpus de obras estudiadas, integrando tipologías textuales y voces intelectuales alternativas. Por otro lado, el empleo de inteligencias artificiales y *big data* podría ser provechoso a la hora de mapear el conglomerado de referencias, intelectuales y héroes y examinar su alcance.

A modo de cierre, esta tesis doctoral no solo ha contribuido a una mayor y más profunda comprensión de la construcción del héroe popular republicano en la literatura hispanoamericana, sino que también plantea nuevos interrogantes sobre las relaciones entre literatura, historia, periodismo y memoria histórica. El rescate del olvido de numerosos textos, intelectuales y héroes del conflicto español ha sido, sin duda, una de las grandes aportaciones del presente trabajo. Bajo esa óptica, el corpus analizado, con su diversidad estilística, genérica y temática, ilustra el potencial que tiene la literatura para articular memorias colectivas y divulgar la historia transatlántica de la guerra civil española.

Bibliografía

- Abad de Santillán, Diego. 1936a. «Héroes como B. Durruti jamás mueren en la cama». *Acción Libertaria*, 27 de diciembre de 1936.
- . 1936b. «Un general que no muere en la cama». *Tierra y Libertad*, 28 de noviembre de 1936.
- ABC. 1936. «Una heroína de la intentona fascista», 29 de julio de 1936.
- Abellán, José Luis. 2007. «España-América Latina (1900-1940): la consolidación de una solidaridad». *Revista de Indias* 67 (239): 15-32.
- Acción Liberal*. 1937. «González Marín», abril de 1937.
- Agostini, Jorge. 1939. «El ex comandante Agostini responde a unos desertores». *Noticias de Hoy*, 27 de abril de 1939.
- Aguilera, Francisco. 1937. «Tome nota la Academia». *Repertorio Americano*, 29 de mayo de 1937, XXXIII (20): 319.
- Aguilera Povedano, Manuel. 2004. «La doble paz del golpe de Casado». *Aportes XIX* (56): 27-38.
- . 2019. «El golpe de Casado en Madrid: estado de la cuestión y mitos resueltos 80 años después». *Investigaciones Históricas. Época Moderna y Contemporánea* 39, 621-44.
- Aguilera-Malta, Demetrio. 1938a. *España Leal*. Quito: Ministerio de Educación.
- . 1938b. *La revolución española a través de dos estampas de Antonio Eden*. Quito: Editor Eduardo Viteri.
- Aguirre, Mirta. 1937. «Tú tienes niños, Madrid!». *¡Ayuda!*, junio de 1937, 2: 5
- «Agustina de Aragón, Mariana Pineda, Aida Lafuente, Lina Odena: heroínas de la independencia y la libertad de España». Gráficas Valencia. Centro Documental de la Memoria Histórica. Accedido 18 de mayo de 2024. <http://pares.mcu.es/ParesBusquedas20/catalogo/description/119494>.
- Al Ataque*. 1937. «Candón habla sobre los problemas actuales», 21 de junio de 1937.
- Alba, Pedro de. 1936. «Desde Madrid. Revolución». *El Nacional*, 13 de septiembre de 1936.
- Alberti, Rafael. 1938. *Poesía, 1924-1937*. Madrid: Signo.

- . 1944. *Romancero general de la guerra española*. Buenos Aires: Patronato Hispano-Argentino de Cultura.
- Aldama Ordóñez, Celia de. 2021. *Colombia y la guerra civil española: la voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur.
- Alejos Grau, Carmen-José. 2017. «América Latina en el siglo XX: religión y política». *Studia et Documentarivista dell'Istituto Storico San Josemaría Escrivá* 11: 19-47.
- Aleman Bay, Carmen. 1998. *La polémica del meridiano intelectual de Hispanoamérica (1927): estudio y textos*. Alicante: Publicaciones de la Universidad de Alicante.
- Alemparte Robles, Julio. 1937. «La traición de Hispanoamérica a la Madre Patria». *Frente Popular*, 20 de julio de 1937.
- Alle, María Fernanda. 2019. «La literatura del partido. El realismo socialista entre el arte y la política». 452°F. *Revista de Teoría de la literatura y Literatura Comparada* 20 (enero), 166-86.
- Álvarez, Basilio. 1937. «El General Miaja». *Claridad*, julio de 1937, 315: 4-6.
- Álvarez Gallego, Gerardo. 1938. «Retablo español. Don Quijote ha vuelto». *Noticias de Hoy*, 5 de julio de 1938.
- Álvarez Junco, José. 1994. «La invención de la guerra de la independencia». *Studia Historica. Historia Contemporánea* 12: 75-99.
- Amorós, Miguel. 2014. *Durruti en el laberinto*. 2.^a ed. revisada y ampliada. Memoria. Barcelona: Virus.
- Anguita, Eduardo. 1937. «Vida de España». En *Madre España. Homenaje de los poetas chilenos*, 22-23. Santiago de Chile: Panorama.
- . 1973. «Pájaros de la memoria». *Plan*, marzo de 1973, 92: 19.
- Aparicio, Antonio. 1936a. «Antonio Col. Héroe de la Defensa de Madrid». *El Mono Azul*, 12 de noviembre de 1936, 12: 3.
- . 1936b. «Nuestros Marineros de Cronstadt». *Estampa*, 22 de agosto de 1936, 462: 3.
- Arauz, Celestino Andrés. 1994. *Panamá y sus relaciones internacionales. Estudio introductorio*. Panamá: Editorial Universitaria.
- Arias, Augusto. 1938. «Espejo de los días. España resiste». *El Comercio*, 21 de junio de 1938.

- Arriaga y Treto, Alfredo. 1936a. «Incomprensible e inconcebible. Las dos síntesis en cuanto a la contrarrevolución en España». *La Prensa Libre*, 12 de septiembre de 1936.
- . 1936b. «La revolución española». *La Hora*, 28 de julio de 1936.
- Arzarelo, Sofía. 1939. «El intelectual frente al mundo». *AIAPE. Por la Defensa de la Cultura*, diciembre de 1939. III (29): 9.
- ¡Ayuda! 1937. «Soy el número 31», junio de 1937, 2: 6-7.
- Aznar Soler, Manuel. 2009. *Materiales Documentales del Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937)*. A Coruña: Edición do Castro.
- , ed. 2018. *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937): actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices*. València: Institució Alfons el Magnànim, Centre Valencià d'Estudis i d'Investigació.
- Balbontín, José. 1936a. «Las heroínas de la democracia». *España Republicana*, 5 de septiembre de 1936.
- . 1936b. «Romance de Paca Solano». *Ahora*, 18 de agosto de 1936.
- Baquero Luque, Francisco. 2010. *Cártama histórica: el juglar y la virgen peregrina (Extraordinaria gesta mariana acontecida durante la Guerra Civil de España)*. Cártama, Málaga: F. Baquero.
- Barchino, Matías. 2013. «Mujer de terciopelos y armaduras: la mujer nueva y La Pasionaria en la literatura chilena sobre la guerra civil española». *Letral* 10: 1-16.
- , ed. 2018. *Guatemala y la guerra civil española. La voz de los intelectuales*. Valencia: Calambur Editorial.
- Barchino, Matías, y Jesús Cano Reyes, eds. 2013. *Chile y la guerra civil española: la voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur.
- Barchino Pérez, Matías, y Niall Binns. 2011. «Una plaga de romances: el impacto de la muerte de Federico García Lorca en la poesía chilena». *América sin Nombre* 16 (diciembre): 63-74.
- Barrantes, Ana Cecilia. 2007. *América/España en el Repertorio Americano*. San José: Editorial Costa Rica.

- Barrenechea, Julio. 1937. «Himno leal». En *Madre España. Homenaje de los poetas chilenos*, 30-31. Santiago de Chile: Panorama.
- Bedoya, Manuel. 1937. «Los generales facciosos españoles y su reproducción patógena en América». *España Nueva*, 23 de octubre de 1937.
- Beltrán Pineda, Angélica. 2020. «Feminismo y socialismo en los albores del XX en Colombia». *Clepsydra. Revista de Estudios de Género y Teoría Feminista* 109-34.
- Bergamín, José. 1936. «Nuestra fiesta de la Raza». *El Mono Azul*, 15 de octubre de 1936, 8: 2.
- . 1946. «Sé que ustedes ven a la madre patria en la “España: república de trabajadores”». *La Tribuna*, 8 de septiembre de 1946.
- Binns, Niall. 2004. *La llamada de España: escritores extranjeros en la Guerra Civil*. Mataró: Ediciones de Intervención Cultural.
- , ed. 2012a. *Argentina y la guerra civil española: la voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur.
- , ed. 2012b. *Ecuador y la guerra civil española: la voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur.
- . 2014. «Demetrio Aguilera-Malta en España. Realidad y ficción de la guerra civil». En *Viajeros, diplomáticos y exiliados. Escritores hispanoamericanos en España (1914-1939)*, editado por Carmen de Mora y Alfonso García Morales, III:343-65. Berna, Suiza: Peter Lang.
- . 2016. *Uruguay y la guerra civil española*. Madrid: Calambur.
- . 2020. «Si España cae –digo, es un decir–». *Intelectuales de Hispanoamérica ante la República Española en guerra*. Madrid: Calambur.
- , ed. 2022. *Panamá y la Guerra Civil española: la voz de los intelectuales*. Madrid: Punto de Vista Editores.
- Binns, Niall, Jesús Cano Reyes, y Ana Casado Fernández. 2015. *Cuba y la guerra civil española: la voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur.
- Bisso, Andrés, ed. 2007. *El antifascismo argentino*. Buenos Aires: CeDInCI/Buenos Libros.
- Bohemia*. 1937. «Editorial», 6 de junio de 1937, XXIX (89-93): 2.

- Boletín de la CADRE*. 1936. «El asesinato de García Lorca por las tropas fascistas», 2 de diciembre de 1936.
- Boletín Oficial del Arzobispado de Santiago*. 1937. «Carta colectiva del Episcopado Español», 31 de agosto de 1937.
- Boragina, Jerónimo. 2018. «Cuando ellos ganaron. El triunfo de los eurocéntricos y el mito de los voluntarios latinoamericanos en la Guerra Civil Española». En *A guerra civil espanhola e a América Latina*, editado por Horacio Gutiérrez, Vivian Urquidi, Margarida Nepomuceno, y Mayra Coan Lago, 93-105. Sao Paulo: Terceira Margem.
- Boragina, Jerónimo, Fabián Mazzittello, Ernesto Sommaro, y Lucas González. 2008. *Voluntarios de Argentina en la Guerra Civil Española*. Buenos Aires: Ediciones del Centro Cultural de la Cooperación Floreal Gorini.
- Bravo, Mario. 1936. «Hoy, y solamente hoy, España ha entrado en nuestro corazón». *Córdoba*, 27 de octubre de 1936.
- Bustamante, José Ignacio. 1937. «Aviones sobre España». *Llama*, 18 de septiembre de 1937, 1: 13-14.
- Caballero Ruano, Rafael. 1997. «El caso Ossorio durante el primer franquismo: secuestro y manipulación de la memoria rival como estrategia de control social». *Espacio, Tiempo y Forma. Serie V. Historia Contemporánea* V (10): 279-96.
- Cabeza San Deogracias, José. 2005. «Buscando héroes: la historia de Antonio Col como ejemplo del uso de la narrativa como propaganda durante la Guerra Civil española». *Revista Historia y Comunicación Social* 10: 37-50.
- Calvo Navarro, Guillermo. 1936. «Reportajes humildes. Indalecia López, vieja española izquierdista, habla sobre la guerra civil de su patria». *La Hora*, 28 de agosto de 1936.
- Campbell, Joseph. 1993. *El héroe de las mil caras: Psicoanálisis del mito*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Cano Reyes, Jesús. 2013. «Raúl González Tuñón y la epopeya de la Guerra Civil española». En *Del lado de acá: estudios literarios hispanoamericanos*, editado por Miguel Soler Gallo, María Teresa Navarrete Navarrete, y María Teresa González de Garay Fernández, 187-96. Roma: Aracne.

- . 2014. «Las mil y una noches de la guerra civil española. Florilegio de crónicas». *Guaragao: revista de cultura latinoamericana* 46: 89-203.
- . 2017a. «Fiebre y épica: Raúl González Tuñón, corresponsal de la Guerra Civil Española». *Anales de Literatura Hispanoamericana* 46 (diciembre): 239-60.
- . 2017b. *La imaginación incendiada: corresponsales hispanoamericanos en la Guerra Civil Española*. Madrid: Calambur.
- . 2019. «La revista Liberación y los tres viajes a España de Vicente Sáenz». En *Manual de espumas. Estudios, balances y relecturas de una vanguardia transatlántica*, editado por Marisa Martínez Pérsico, 343-59. Barcelona: Calambur.
- Capella, Adolfo. 1937. «La columna milagrosa». *España Nacionalista*, 20 de febrero de 1937.
- Carnelli, María Luisa. 1936. *U.H.P.: Mineros de Asturias*. Buenos Aires: Talleres Gráficos A. J. Weiss.
- . 1938. «Alas gloriosas. 18 cuervos abatidos». *Ayuda. Semanario de la Solidaridad*, 7 de agosto de 1938.
- Carpentier, Alejo. 1937. «Los defensores de la cultura». *Repertorio Americano*, 5 de junio de 1937, XXXIII (21): 334.
- Carrera Andrade, Jorge. 1938. «Carta al General Miaja». En *Nuestra España. Homenaje de los poetas y artistas ecuatorianos*, 10-12. Quito: Editorial Atahualpa.
- Carrión, Benjamín. 1937. *Índice de la poesía ecuatoriana contemporánea*. Santiago de Chile: Ercilla.
- , ed. 1938. *Nuestra España. Homenaje de los poetas y artistas ecuatorianos*. Quito: Editorial Atahualpa.
- Casanova, Julián. 2004. «Diego Abad de Santillán: memoria y propaganda anarquista». *Historia Social* 48: 129-47.
- Casanova, Julián. 2010. *The Spanish Republic and Civil War*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Casquete, Jesús. 2007. «Religiones políticas y héroes patrios». *Papers. Revista de Sociología* 84 (abril): 129-138.
- Castelnuovo, Elías. 1936. «Resurrección». *Claridad*, agosto de 1936, 304: 19.

- Castillo, Edmundo. 1937. «¿Qué es el imperio español programado por la Falange?» *España Democrática*, 2 de septiembre de 1937.
- Castillo, Moisés. 1938. «Romance del Madrid invicto». *Repertorio Americano*, 2 de abril de 1938, XXXV (13): 208.
- Casuso, Teté. 1937. «Con los niños que iban en el “Mexique”». *¡Ayuda!*, julio de 1937, 12-15: 22.
- Cella, Susana. 2000. «Sobre una montaña de ceniza lejana y popular: Raúl González Tuñón». *Inti: Revista de Literatura Hispánica* 52-53: 57-78.
- Claridad*. 1936. «El Círculo Socialista del Oeste, Modelo para todas las Organizaciones de Retaguardia», 28 de julio de 1936.
- Córdoba*. 1936. «Una piba republicana», 9 de agosto de 1936.
- . 1937a. «¡Miaja!», 13 de abril de 1937.
- . 1937b. «Pobres víctimas inocentes», 4 de enero de 1937.
- . 1937c. «Una carta de Miaja», 15 de junio de 1937.
- . 1937d. «Víctimas», 4 de noviembre de 1937.
- Córdova Iturburu, Cayetano. 1936. «García Lorca, el poeta del pueblo». *La Nueva España*, 25 de octubre de 1936.
- Cosco Montaldo, Óscar. 1925. «La juventud universitaria uruguaya». *Acción Universitaria*, agosto de 1925, 13: 2.
- Crónica*. 1936. «In memoriam: Lina Odena», 4 de octubre de 1936.
- Cruz, Luis Antonio. 1937. «En la línea de fuego». *Frontera*, mayo de 1937.
- Cruz, Rafael. 1999. *Pasionaria: Dolores Ibárruri, historia y símbolo*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- Cuadriello, Domingo. 2009. *El exilio republicano español en Cuba*. Madrid: Siglo XXI.
- Cubillo Paniagua, Ruth. 2011. «Los ensayos políticos de Carmen Lyra en Repertorio Americano». *Repertorio Americano* 21: 183-194.
- . 2020. *Pobreza y desigualdad social en la narrativa costarricense: 1890-1950*. San José: Editorial Universidad de Costa Rica/Editorial Costa Rica.
- Davies, Thomas M. 1982. «Perú». En *The Spanish Civil War. American Hemisphere Perspectives*, editado por Mark Falcoff y Fredrik B. Pike, 203-243. Lincoln y Londres: University of Nebraska Press.

- De Maeztu, Ramiro. 1941. *Defensa de la Hispanidad*. Madrid: Gráfica Universal.
- De Rokha, Carlos. 1937. «Canto al General Miaja». *España Nueva*, 17 de abril de 1937.
- De Rokha, Winétt. 1936. «La Pasionaria». *La Mujer Nueva*, noviembre de 1936.
- Delgado Gómez-Escalonilla, Lorenzo. 1988. *Diplomacia franquista y política cultural hacia Iberoamérica, 1939-1953*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Devés, Magalí Andrea. 2013. «El papel de los artistas en la Asociación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores (AIAPE). Representaciones, debates estético-políticos y prácticas de militancia en el antifascismo argentino». *A Contracorriente: Revista de Historia Social y Literatura en América Latina* 10 (2): 126-50.
- Devés-Valdés, Eduardo. 2007. «El pensamiento latinoamericano entre la última orilla del siglo XIX y la primera orilla del siglo XXI». En *Redes intelectuales en América Latina: Hacia la constitución de una comunidad intelectual*, 3.^a ed., 39-60. Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile.
- Diario de Costa Rica*. 1937a. «Circularon ayer hojas sueltas contra González Marín», 4 de noviembre de 1937.
- . 1937b. «Promovido anoche un gran escándalo para impedir el recital de González Marín», 5 de noviembre de 1937.
- . 1938. «Un grupo de soldados en lucha en España, da las gracias al grupo Pro-República Española por los cigarrillos recibidos», 1 de noviembre de 1938.
- Diario Oficial del Ministerio de Defensa Nacional*. 1938. «Marina. Subsecretarías. Recompensas», 11 de octubre de 1938.
- Dotta, Mario. 1993. «La República Española y las izquierdas uruguayas». En *España y América Latina en el siglo XX*, editado por Germán D'Elía, 165-279. Montevideo: Universidad de la República.
- Durruti, Buenaventura. 1936. «Buenaventura Durruti y Diego Abad de Santillán dirigen un saludo y solicitan solidaridad a los obreros de la Argentina». *Acción Libertaria*, 21 de octubre de 1936.

- Echeverría Yáñez, José Rafael. 1938. «Consciente es el heroísmo del pueblo español, como lo dijo La Pasionaria: más vale morir de pie, que vivir de rodillas». *Ercilla*, 7 de octubre de 1938, p. 10.
- Ehrenburg, Ilya. 1936. «Durruti». *Tierra y Libertad*, 29 de octubre de 1936.
- El Diario Nacional*. 1937. «El recitador González Marín», 8 de mayo de 1937.
- El Liberal*. 1936. «Lina Odena o el fuego sagrado de la rebeldía popular», 24 de septiembre de 1936.
- El Panamá-América*. 1937. «El “Zángano” y los poetas», 19 de septiembre de 1937.
- España Libre (Guayaquil)*. 1936. «La amenaza fascista en el Ecuador», 3 de octubre de 1936.
- Espinoza, Enrique. 1937. «Significación de “El Mono Azul”». *Onda Corta*, 6 enero 1937, 3: 5.
- Estrada, Pura. 1937. «Recuerdos...». *¡Ayuda!*, septiembre de 1937, 3: 13.
- Etchepare, Alberto. 1940. *Don Quijote fusilado*. Montevideo: Ediciones AIAPE.
- Fabal, Gustavo. 1938. «Ejemplo de solidaridad». *¡Ayuda!*, septiembre de 1938, 6: 24.
- Febres Cordero, Francisco. 1989. *El duro oficio: vida del escritor Alfredo Pareja Diezcanseco*. Quito: Municipio de Quito.
- Feria, Miguel Ángel, ed. 2022. *México y la Guerra Civil española: la voz de los intelectuales*. Madrid: Punto de Vista Editores.
- Fernández Muñiz, Áurea Matilde, ed. 2010. *La Guerra Civil Española en la sociedad cubana: aproximación a una época*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Ferrao, Luis A. 2009. *Puerto Rico en la Guerra Civil española. Prensa y testimonios, 1936-1939*. San Juan: Editorial de la Universidad de Puerto Rico.
- Ferrero, Àngel. 2012. «La construcción del hombre nuevo: De la Revolución de Octubre al post-comunismo. Una perspectiva histórica». *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences* 33 (1): 295-322.
- Ferrero, Luis. 1988. *Pensando en García Monge*. San José: Editorial Costa Rica.
- Fiansón, José. 1936. «La buena nueva». *El Comercio*, 6 de diciembre de 1936.
- Figuerola Salamanca, Helwar Hernando. 2007. «El imperio espiritual español: lengua, raza y religión (1930-1942)». *Anuario colombiano de historia social y de la cultura* 23: 165-206.

- Formoso Herrero, Manuel. 2001. «El regreso de Alejandro Ascaso Abadía (1898-1982): un exiliado aragonés que nunca pudo regresar». En *La España exiliada de 1939: actas del Congreso Sesenta años después, Huesca, 26-29 de octubre de 1999*, editado por Juan Carlos Ara Torralba y Fermín Gil Encabo, 97-103. Actas del Congreso «Sesenta años después». Huesca: Institución Fernando el Católico Instituto de estudios altoaragoneses.
- Fotos. 1938. «La Virgencita de Franco», 15 de enero de 1938, I (47): 11-15.
- Franceschi, Gustavo. 1937. «El movimiento español y el criterio católico». *Criterio*, 15 de julio de 1937, 489: 245-254.
- Fraser, Ronald. 2009. «La Guerra de la Independencia a la luz de la Guerra Civil, 1936-1939». *Historia, antropología y fuentes orales* 42: 129-36.
- Frente Popular. 1937. «¡El Pueblo en Armas es Invencible! Entrevista con Vicente Huidobro», 17 de septiembre de 1937.
- Fuentes, Víctor. 1986. «La mujer, autora y protagonista, en el Romancero de la guerra civil». *Letras Femeninas. Asociación de Estudios de Género y Sexualidades; Michigan State University Press* 12 (1/2): 16-23.
- Gabriel, José. 1937. *España en la Cruz*. Santiago de Chile: Ercilla.
- . 2018. *La vida y la muerte en Aragón*. Huesca: Salvador Trallero Editor.
- Galvis, Jesús María. 1939. «Dos colombianos en la guerra española». *Estampa*, 20 de mayo de 1939, II (26): 10-11, 41.
- García Carrión, Marta. 2009. «“¿Por qué me habéis hecho soldado, si no podía dejar de ser mujer?”. El mito de Agustina de Aragón en su primera renovación cinematográfica». En *Heroínas y patriotas. Mujeres de 1808*, editado por Irene Castells Oliván, Gloria Espigado Tocino, y María Cruz Romeo Mateo, 129-153. Madrid: Cátedra.
- García, Hugo. 2009. «La propaganda exterior de la República durante la Guerra Civil: Origen, éxitos y miserias de los servicios de París». *Mélanges de la Casa de Velázquez* 1 (39): 215-40.
- García Jambrina, Luis, y Manuel Menchón. 2021. *La doble muerte de Unamuno*. Madrid: Capitán Swing.

- García Jaramillo, Jairo. 2017. «El compromiso político de Federico García Lorca». *Alabe Revista de Investigación sobre Lectura y Escritura* 8 (15): 1-22.
- García Lorca, Federico. 1997. *Obras completas*. Editado por Miguel García-Posada. Vol. III. IV vols. Barcelona: Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores.
- García, Rosa. 1937. «Carta de la c. Rosa García». *Trabajo*, 16 de enero de 1937.
- García Salgado, Andrés. 1939. «Paz sin honor en España». *Futuro*, abril de 1939, 37: 67-74.
- Garro, Elena. 1992. *Memorias de España: 1937*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Garzón del Río, Fanny. 1936. «Pasionaria», 19 de diciembre de 1936.
- Gil Pecharromán, Julio. 2003. *José Antonio Primo de Rivera: retrato de un visionario*. Madrid: Temas de hoy.
- Ginard i Féron, David. 2013. «“La madre de todos los camaradas”. Dolores Ibárruri como símbolo movilizador, de la Guerra Civil a la transición posfranquista». *Ayer* 2 (90): 189-216.
- Giudici, Ernesto. 1936. «Hacia el congreso de una cultura nacional». *Unidad. Por la defensa de la cultura*, noviembre de 1936, 3-4: 8-9.
- Goldar, Ernesto. 1996. *Los argentinos y la Guerra Civil Española*. 2. ed. Buenos Aires: Editorial Plus Ultra.
- Gómez, Roberto. 2019. *Charlas de café sobre la Guerra Civil española*. Editado por Niall Binns. Madrid: Guillermo Escolar Editor.
- González Aramburo, Francisco, y Bernard Sicot. 2004. «Témoignage d'exil : Francisco González Aramburu, “ex niño de Morelia”». *Exils et migrations ibériques au XXe siècle* 3 (1): 221-58.
- González, Luisa. 1933. «Discurso pronunciado por la compañera Luisa González desde la estación Alma Tica contra el alza de los artículos de primera necesidad». *Trabajo*, 10 de septiembre de 1933.
- González Pacheco, Rodolfo. 1940. *Carteles de España 1938*. Buenos Aires: s.e.
- González Ruiz, Carlos. 2021. «María Zambrano: exilio y compromiso». En *Mujeres en el exilio republicano de 1939: homenaje a Josefina Cuesta*, 475-85. Madrid: Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática.

- , ed. 2022. *Costa Rica y la guerra civil española: la voz de los intelectuales*. Madrid: Punto de Vista Editores.
- . 2023a. «“Hermanos de América...”». Ángel Ossorio y Gallardo, católico y monárquico al servicio de la República». *Diablotexto Digital* 14 (diciembre): 48-69.
- . 2023b. «Lina Odena: una heroína popular de la guerra civil española en la literatura hispanoamericana». En *La escritura en el tiempo: Investigaciones en torno a la literatura hispánica*, editado por Inés González Cabeza, Erika Redruello Vidal, y Raquel de la Varga Llamazares, 261-75. León: Universidad de León.
- González Tuñón, Raúl. 1933. «Las brigadas de choque». *Contra*, agosto de 1933, 4: 8-9.
- . 1936a. «La Libertaria». *Milicia popular*, 7 de octubre de 1936, I (63): 2.
- . 1936b. «La revolución española en la literatura». *El Suplemento*, 1 de julio de 1936.
- . 1937a. «La Argentina vive y piensa en España». *Ayuda. Semanario de la Solidaridad*, 16 de mayo de 1937.
- . 1937b. «La ruta del coraje». *La Nueva España*, 6 de mayo de 1937.
- . 1962. *La rosa blindada: homenaje a la insurrección de Asturias y otros poemas revolucionarios*. Buenos Aires: Ediciones Horizonte.
- . 2011. *La muerte en Madrid, Las puertas del fuego, 8 documentos de hoy*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo.
- Gorki, Máximo, y Andrei Zhdanov. 1968. «Discurso en el Primer Congreso de Escritores Soviéticos (1934)». En *Literatura, filosofía y marxismo*. Ciudad de México: Grijalbo.
- Gubern, Roman. 2004. *Patologías de la imagen*. Barcelona: Anagrama.
- Guerrero Barón, Javier. 2014. *El proceso político de las derechas en Colombia y los imaginarios sobre las guerras internacionales, 1930-1945: la guerra con el Perú, la Guerra Civil española y la Segunda Guerra Mundial, el ascenso del fascismo y la construcción del discurso del odio*. Tunja, Boyacá, Colombia: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia.
- Guillén, Nicolás. 1937. *España. Poema en cuatro angustias y una esperanza*. Valencia: Ediciones Españolas.

- . 1938. «Candón, ejemplo americano». *Nuestra España*, 18 de febrero de 1938, 45: 1-2.
- . 1974. *Obra poética 1920-1972*. Vol. 1. 2 vols. La Habana: Arte y Literatura.
- . 1988. *En la guerra de España: crónicas y enunciados*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- . 2017. *España. Poemas y crónicas sobre una guerra antifascista*. Editado por Denia García Ronda. La Habana: Ediciones Sensemayá.
- Guillén Quirós, Rafael María. 1937. «Iglesia, antifascismo, izquierdismo, comunismo». *La Hora*, 29 de diciembre de 1937.
- Guillot Muñoz, Gervasio. 1937. «Dos antologías de la guerra de España». *Ensayos*, junio de 1937, 14: 239-240
- Gutiérrez, Joaquín. 1999. *Los azules días*. San José: Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- Hennessy, Alistair. 1982. «Cuba». En *The Spanish Civil War, 1936-39. American Hemisphere Perspectives*, editado por Mark Falcoff y Fredrick B. Pike, 101-58. Lincoln y Londres: University of Nebraska Press.
- Henríquez Ureña, Pedro. 1936. «Raza y cultura». *Repertorio Americano*, 6 de enero de 1936, XXVIII (1): 3-5.
- Huidobro, Vicente. 1937a. «Compañeros de América: España es la Barrera de la Humanidad contra la Esclavitud Fascista». *Crítica*, 4 de julio de 1937.
- . 1937b. «El gran escritor chileno, Vicente Huidobro, está entre nosotros, y nos habla, entre otras cosas, de los sentimientos de solidaridad de su país con nuestra causa». *El Pueblo*, 11 de junio de 1937.
- . 1937c. «Pasionaria». *Frente Popular*, 14 de abril de 1937.
- . 1937d. «Pasionaria». *Hora de España*, julio de 1937, VII: 47-48.
- Ibárruri, Dolores. 1937. «Una declaratoria de Dolores Ibárruri». *Repertorio Americano*, 6 de noviembre de 1937, XXXIV (17): 12.
- . 1975. *El único camino*. París: Ebro Collection, Editions de la Librairie du Globe.
- Jiménez Alpízar, Octavio. 1938. «La toma de Madrid en Costa Rica». *Lealtad*, 7 de noviembre de 1938.

- Jiménez, Octavio. 1936. «España no volverá a la barbarie feudal, a pesar de los deseos de los cavernícolas». *Trabajo*, 22 de agosto de 1936.
- Juliá Díaz, Santos. 1986. «Crisis económica, conflicto social y el Frente Popular: Madrid 1931-36». En *Revolución y guerra en España, 1931-1939*, editado por Paul Preston, 121-141. Madrid: Alianza.
- Kalfon, Pierre. 1998. *Che: Ernesto Guevara, una leyenda de nuestro siglo*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Koltsov, Mijail, y José Fernández Sánchez. 1978. *Diario de la guerra española*. Madrid: Akal.
- La Época*. 1937. «¿Son víctimas del Gobierno de Azaña los pequeños llegados a México?», 4 de julio de 1937.
- La Hora*. 1937a. «Canto a las madres de los milicianos muertos», 12 de julio de 1937.
- . 1937b. «De Sevilla a Madrid. Ruta de la columna Castejón», 6 de mayo de 1937.
- . 1937c. «Pro-niños españoles», 16 de junio de 1937.
- La Mujer Nueva*. 1936a. «Dos hermanas heroicas», noviembre de 1936.
- . 1936b. «Madres del mundo: lo que ofrece a vuestros hijos el fascismo», diciembre de 1936, sec. Página española.
- . 1937. «Por un óbolo de Pascua para los niños españoles», noviembre de 1937.
- La Prensa Libre*. 1936. «Pro República Española», 10 de agosto de 1936.
- . 1937. «Nos visita González Marín», 28 de septiembre de 1937.
- . 1938a. «Alas negras sobre Barcelona», 14 de octubre de 1938.
- . 1938b. «Lo que Juan Navarrete, sus secuaces y el Congreso de Costa Rica consideran objetivos militares merecedores de la saña destructora de los invasores de España», 22 de diciembre de 1938.
- La Tribuna*. 1936. «Las noticias de España», 14 de agosto de 1936.
- . 1946a. «El avión en que viajaba Marquina fue seriamente dañado en Guatemala», 12 de septiembre de 1946.
- . 1946b. «Persona non grata Eduardo Marquina», 4 de septiembre de 1946.
- La Voz*. 1936. «Lina Odena ha muerto en la primera fila», 23 de septiembre de 1936.
- La Voz del Interior*. 1936a. «Interesa vivamente la Revolución española», 24 de julio de 1936.

- . 1936b. «Paca Solano, heroína de la República», 11 de septiembre de 1936.
- Laurent, Emilio A. 1938. «Mi opinión sobre España». *Bohemia*, 1 de mayo de 1938, XXX (18): 41, 45.
- Lacerda, Carlos. 1936. «Cultura y revolución». *Unidad. Por la defensa de la cultura*, abril de 1936, 3: 5
- Lafarga, Gastón. 1937. «México en España». *Futuro*, marzo de 1937, 13: 29-32
- Lamarque, Nydia. 1933. «¿El arte debe estar al servicio del problema social?» *Contra*, mayo de 1933, 1: 13.
- Lamas, Vicente. 1956. *La senda escondida*. Asunción: El Arte.
- Lapesa, Rafael. 1979. *Introducción a los estudios literarios*. Madrid: Ediciones Cátedra.
- Larra, Raúl. 1982. *Etcétera*. Buenos Aires: Ánfora.
- Latcham, Ricardo Antonio. 1936. «Los escritores chilenos y la revolución española». *Frente Popular*, 26 de septiembre de 1936.
- Lealtad*. 1938. «Cómo era Durruti», 7 de noviembre de 1938.
- Leibner, Gerardo. 2011. *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay. Tomo I. La era Gómez, 1941-1955*. Montevideo: Trilce.
- León, Carlos Augusto. 1937. «Yo vi surgir las sonrisas». *¡Ayuda!*, septiembre de 1937, 3: 12.
- Liberación*. 1937. «Nota editorial», junio de 1937, 17-22: 1.
- Linhard, Tabea Alexa. 2005. *Fearless Women in the Mexican Revolution and the Spanish Civil War*. Columbia: University of Missouri Press.
- Llaguno, José Julián. 2013. «En búsqueda de la idea. Rutas para la investigación del anarquismo en Costa Rica en las primeras décadas del siglo XX». *Anuario Centro De Investigacion Y Estudios Politicos* 4: 104-31.
- Llona, Miren. 2016. «La imagen viril de Pasionaria. Los significados simbólicos de Dolores Ibárruri en la II República y la Guerra Civil». *Historia y Política: Ideas, Procesos y Movimientos Sociales* 36: 263-87.
- López Sánchez, José. 1938. «El triunfo será del pueblo español». *Mediodía*, 28 de marzo de 1938, III (61): 11, 16.
- López Silveira, Juan José. 1937. «Figuras de la guerra: el teniente Pepe». *La Nueva España*, 25 de febrero de 1937.

- López-Plaza, Angélica. 2017. «Redes intelectuales en Repertorio Americano». *Temas de Nuestra América. Revista de Estudios Latinoamericanos* 33: 215-37.
- Lorz, Víctor. 1938. «El General Miaja y Madrid, Gandesa y España». *Lealtad*, 7 de noviembre de 1938.
- Loureiro, Alejandro. 1937. «La poesía española y la revolución». *AIAPE. Por la Defensa de la Cultura*, marzo de 1937, I (3): 16.
- Luisi, Clotilde. 1938a. «Iniciemos la Campaña de Ayuda». *AIAPE. Por la Defensa de la Cultura*, diciembre de 1938, II (22): 11-12.
- . 1938b. «Pablo Neruda, España en el corazón». *AIAPE. Por la Defensa de la Cultura*, mayo de 1938, II (14-15): 11.
- Luisi, Luisa. 1936. «J. Zavala Muniz y “La Revolución de Enero”». *Acción*, 30 de enero de 1936, 125: 5-7.
- Luisi, Paulina. 2015. *Bajo el signo de Marte I. España: homenaje a las democracias mártires*. Uruguay: Biblioteca Nacional de Uruguay.
- Luz Brum, Blanca. 1937. «Clamor por los niños ametrallados de Madrid». *La Mujer Nueva*, abril de 1937, sec. Pro España.
- Lyra, Carmen. 1936. «La Pasionaria». *Trabajo*, 24 de octubre de 1936.
- . 1937. «El homenaje a la c. Rosa García». *Trabajo*, 16 de enero de 1937.
- . 1938. «Valentín González, “el Campesino”». *Trabajo*, 6 de febrero de 1938.
- . 1939. «La compañera Rosa García». *Trabajo*, 21 de enero de 1939.
- . 1959. «El poeta Marquina y el régimen franquista». *Adelante*, 17 de mayo de 1959.
- Macciuci, Raquel. 2004. «La Guerra civil española en la revista Sur». *Sociohistórica* 15-16: 29-43.
- Madre España. Homenaje de los poetas chilenos*. 1937. Santiago de Chile: Panorama.
- Mallea, Eduardo. 1935. «El escritor de hoy frente a su tiempo». *Sur* 12: 7-29.
- Mancisidor, José. 1936. «Dolores Ibárruri: “La Pasionaria”». *Repertorio Americano*, 26 de diciembre de 1936, XXXII (24): 377-378.
- Mandolini, Hernani. 1936. «La revancha de Don Quijote». *Claridad*, agosto de 1936, 304: 5-6.
- Marín Cañas, José. 1937. «La Virgen de González Marín». *La Hora*, 11 de octubre de 1937.

- Marinello, Juan. 1936. «España, problema y destino de América». *Repertorio Americano*, 7 de noviembre de 1936, XXXII (17): 261.
- . 1937a. «Apelación desde Madrid a los escritores hispanoamericanos». *Repertorio Americano*, 4 de septiembre de 1937, XXXIV (9): 143-144.
- . 1937b. «Discurso para el II Congreso de Intelectuales en Defensa de la Cultura». *Hora de España*, agosto de 1937, VIII: 65.
- . 1938. «La hija de la responsable». *¡Ayuda!*, 5 de mayo de 1938, 5: 14-15.
- . 1939. *Momento español*. La Habana: La Verónica.
- Marinello, Juan, y Nicolás Guillén. 1938. *Hombres de la España leal*. La Habana: Editorial Facetas.
- Martí, José. 1999. *Política de nuestra América*. Ciudad de México: Siglo XXI.
- Martínez Catalán, Roberto. 2024. «Algo más sobre la muerte de Buenaventura Durruti: la hipótesis del disparo por la espalda a la luz de la disciplina forense». *Historia Digital XXIV* (43): 110-20.
- Martínez Martínez, Laura María. 2023a. «Excluidas e intrusas: las escritoras en la vanguardia hispanoamericana». Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- . 2023b. «María Luisa Carnelli, los poemas de guerra y la utopía de la vanguardia». *Diablotexto Digital* 14 (diciembre): 178.
- Martínez Sandor, Enrique. 1936. «Heroica». En *Escritores y artistas chilenos a la España Popular*, 10-11. Santiago de Chile: Imprenta y Encuadernación Marión.
- Mata, G. Humberto. 1932. «Definición de la palabra Vanguardia», *América* 50: 506.
- . 1937a. «Juzga, España Miliciana». *Repertorio Americano*, 20 de marzo de 1937, XXXIII (11): 174-175.
- . 1937b. «Romance de la estrella roja». *El Telégrafo*, 12 de mayo de 1937.
- . 1938. «España, corazón del Mundo!» *Repertorio Americano*, 28 de mayo de 1938, XXXV (20): 319-320.
- Matesanz, José Antonio. 1999. *Las raíces del exilio: México ante la Guerra Civil Española, 1936-1939*. Ciudad de México: Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Mediodía*. 1937. «Los poetas cubanos y González Marín», 25 de febrero de 1937, II (10): 6.

- Mestre i Sureda, Bartomeu. 2011a. «La doble mort d’Antoni Coll». *mesvilaweb* (blog). 5 de agosto de 2011. <https://blocs.mesvilaweb.cat/balutxo/la-doble-mort-dantoni-coll/>.
- . 2011b. «La mort (equívoca) d’Antoni Coll». *dBalears*, 5 de agosto de 2011. <https://www.dbalears.cat/opinio/opinio/2011/08/05/256225/la-mort-equivoca-d-antoni-coll.html>.
- Meyer, Bruce. 2008. *Héroes: los grandes personajes del imaginario de nuestra literatura*. Madrid: Siruela.
- Miralles, Ricardo. 2004. «Negrín, el fin de la esperanza». *La Aventura de la Historia* 64 (febrero): 24-31.
- Miranda, Julia. 2013. «Nuevos imaginarios del otro en la relación Latinoamérica-España durante la Guerra Civil Española». *Revista Letral*, La Guerra Civil española en Hispanoamérica, Estudios transatlánticos 10: 47-60.
- . 2016. *Frenética armonía: vanguardias poéticas latinoamericanas en la Guerra Civil Española*. Ensayos críticos. Rosario, Argentina: Beatriz Viterbo Editora.
- Mistral, Gabriela. 1939. «Una madrina cubana, chilena, argentina, para cada niño español». *Repertorio Americano*, 18 de marzo de 1939, XXXVI (11): 165.
- Molina Jiménez, Iván. 1999. «Explorando las bases de la cultura impresa en Costa Rica: la alfabetización popular (1821-1950)». En *Comunicación y construcción de la cotidianeidad*, editado por Patricia Vega Jiménez, 23-64. San José: Departamento Ecuménico de Investigaciones.
- Monleón, José. 1979. *El Mono azul. Teatro de urgencia y romancero de la guerra civil*. Madrid: Editorial Ayuso.
- Montalvo, Antonio. 1938. «El nuevo hispanoamericanismo». *América*, 22 octubre 1938, XII (66-67): 228-233.
- Montenegro, Carlos. 2006. *Tres meses con las fuerzas de choque (División Campesino)*. Sevilla: Espuela de Plata.
- Montenegro, Ernesto. 1939. «La República Española, nuestra hermana». *Aurora de Chile*, 4 de febrero de 1939, 8: 5.
- Montenegro, Silvina. 2005. «La Guerra Civil española y la política argentina». Madrid: Universidad Complutense de Madrid.

- Montero Miranda, Claudia, y Graciela Rubio Soto. 2021. «El Movimiento pro-Emancipación de las Mujeres de Chile (MEMCH). Desarrollo de una política integral y formas de educación popular para el reconocimiento de los derechos de las mujeres, 1935-1941». *Trashumante. Revista Americana de Historia Social* 17: 174-97.
- Mora Serrano, Francisco. 1937. «Cultura Popular». *Repertorio Americano*, 4 de septiembre de 1937, XXXIV (9): 141.
- Moraga Valle, Fabio, y Carla Peñaloza Palma. 2011. «España en el corazón de los chilenos: La alianza de intelectuales y la revista Aurora de Chile, 1937-1939». *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 38: 55-81.
- Morales, Leónidas. 1972. *La poesía de Nicanor Parra*. Santiago de Chile: Editorial Andrés Bello.
- Moreno Cantano, Antonio César. 2006. «Unidad de destino en lo universal. Falange y la propaganda exterior (1936-1945)». *Studia historica. Historia contemporánea* (24): 107-131.
- Moreno, Manuel. 2008. *Lina Odena: lluita de dona*. Barcelona: Fundació Pere Ardiaca.
- Mundo Obrero*. 1937. «Nuestras dos fechas históricas», 3 de mayo de 1937.
- Muñoz Carrasco, Olga, ed. 2013. *Perú y la guerra civil española: la voz de los intelectuales*. Madrid: Calambur.
- Muñoz, Diego. 1938. «Hijos malditos, azote del pueblo y ofensa de la raza». *Aurora de Chile*, 19 de septiembre de 1938, 4: 8-9.
- Nash, Mary. 1999. *Rojas: las mujeres republicanas en la guerra civil*. Madrid: Taurus.
- Neruda, Pablo. 1937. «Antitanquistas». *Repertorio Americano*, 16 de octubre de 1937, XXXIV (15): 226.
- . 1999. *Obras completas*. Editado por Hernán Loyola. Vol. I. Barcelona: Galaxia Gutenberg: Círculo de Lectores.
- Nixon, Raymond B. 1982. «Historia de las escuelas de periodismo». *Chasqui: Revista Latinoamericana de Comunicación* 2: 13-19.
- Nuestra España*. 1938. «Mensaje a los gobiernos de América», 18 de noviembre de 1938, 73: 7-8.

- Obras I. Apuntes, 1913-1940*. 1972. Ciudad de México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ocampo Pastene, Salvador. 1938. «José Miaja, defensor de Madrid». *Frente Popular*, 20 de agosto de 1938.
- Ofir Carvajal, Morayma. 1938. «Mensaje». *El Día*, 31 de mayo de 1938.
- Oliva Medina, Mario. 2022. «Joaquín García Monge. El editor continental». *Temas de Nuestra América. Revista de Estudios Latinoamericanos* 38 (julio): 171-88.
- Oliver, María Rosa. 1981. *Mi fe es el hombre*. Buenos Aires: Carlos Lohle.
- Ontañón, Eduardo de. 1936. «Francisca Solano, heroína de las milicias». *Estampa*, 8 de agosto de 1936, 447: 10-12.
- Ortiz-Carrión, José Alejandro, y Teresita Torres-Rivera. 2015. *Voluntarios de la libertad: puertorriqueños en defensa de la República Española, 1936-1939*. San Juan: Ediciones Callejón.
- Ossorio y Gallardo, Ángel. 1936a. «Don Ángel Ossorio y Gallardo se dirige a los pueblos hispanoamericanos». *Liberación*, diciembre de 1936, 11-16: 9-16.
- . 1936b. «Habla D. Ángel Ossorio y Gallardo». *Repertorio Americano*, 17 de octubre de 1936, XXXII (14): 217.
- . 1936c. «Un gran discurso de Ossorio y Gallardo, líder católico, académico y exministro monárquico». *Trabajo*, 24 de octubre de 1936.
- . 1937. «Para un oficial del otro lado». *La Hora*, 8 de octubre de 1937.
- . 1938a. «Ossorio y Gallardo habla de la guerra española». *Claridad*, junio de 1938, 326-327: 16-19.
- . 1938b. «Primeras palabras de Ossorio y Gallardo pronunciadas a su arribo a nuestro puerto». *Claridad*, junio de 1938, 326-327: 24.
- . 1943. *El mundo que yo deseo: bases político-económico-jurídicas de una sociedad futura*. Buenos Aires: Americalee.
- Padua, Jorge. 1979. *El analfabetismo en América Latina*. Ciudad de México: Colegio de México, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Palacio, Ernesto. 1939. *La historia falsificada*. Buenos Aires: Difusión.
- Pardo Sanz, Rosa. 2011. «Diplomacia y propaganda franquista y republicana en América Latina durante la guerra civil española». En *Ruptura y transición: España y*

- México, 1939, editado por Abdón Mateos y Agustín Sánchez Andrés, 45-58. Madrid: Editorial Eneida.
- Paris, Juana, y Esther Ruiz. 1987. *El Frente en los años '30*. Montevideo: Proyección.
- Pascual Auqué, Patricia. 2016. «Héroes y lectores. Literatura y narración en los role-playing games». Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Payne, Stanley G. 1984. *El catolicismo español*. Madrid: Ediciones Planeta.
- . 1986. *Los militares y la política en la España contemporánea*. Madrid: Sarpe.
- . 2006. *40 preguntas fundamentales sobre la Guerra Civil*. Madrid: La Esfera de los Libros.
- Paz, Octavio. 1938. «León Felipe». *El Popular*, 17 de julio de 1938.
- Peluffo, Gabriel. 2019. «Liderazgo intelectual en la construcción de un espacio de interlocución social alternativo: Agrupación de Intelectuales, Artistas, Periodistas y Escritores, AIAPE (1936-1948)». *Revista de la Academia Nacional de Letras* 15: 113-61.
- «Penas ordinarias conmutadas». 1940. Comisión Central de Examen de Penas. Referencia: ES.19030.AGMG/6.1.1. Caja 300245, Expediente 3977. Archivo General Militar de Guadalajara.
- Peña, Martín. 1937. «La tragedia española sentida y expresada por un campesino tico». *Trabajo*, 25 de septiembre de 1937.
- Pérez, Emma. 1937a. «Mensaje radiado». *Repertorio Americano*, 14 de agosto de 1937, XIX (6): 91, 105.
- . 1937b. «Romance de los romances». *Repertorio Americano*, 20 de marzo de 1937, XXXIII (11): 162.
- Pincheira Morales, Daniel. 1936. «Dolores Ibárruri». *La Opinión*, 27 de agosto de 1936.
- Pinilla, Norberto. 1937. «Iconografía literaria chilena». *SECH. Revista de la Sociedad de Escritores de Chile*, octubre de 1937, I (6): 43-44.
- Pinilla Rambaud, Antonio. 1938. *Glosa al Himno de Falange*. Lima: Editorial Lumen.
- Pizarroso Quintero, Alejandro. 2001. «Intervención extranjera y propaganda. La propaganda exterior de las dos Españas». *Historia y Comunicación Social* 6: 63-96.

- . 2002. «La propaganda, arma de guerra en España (1936-1939)». En *Propaganda en guerra*, 11-30. Salamanca: Consorcio Salamanca 2002.
- Pla y Beltrán, Pascual. 1978. «A Lina Odena, muerta entre Guadix y Granada». En *Romancero de la Guerra civil*, editado por Francisco Caudet, 80. Madrid: De la Torre.
- Ponsonby, Arthur. 1928. *Falsehood in War-Time*. Londres: George Allen & Unwin.
- Por la España Leal!* 1938. Quito: Editor Eduardo Viteri.
- Portal, Magda. 1928. *El nuevo poema i su orientación hacia una estética económica*. México: APRA.
- . 1938. «España nuestra». *Repertorio Americano*, 30 de abril de 1938, XXXV (16): 253.
- Prados, Emilio. 1938. «Al camarada Antonio Coll». *AIAPE. Por la Defensa de la Cultura*, marzo de 1938.
- Preston, Paul. 2008. *El gran manipulador: la mentira cotidiana de Franco*. Barcelona: Ediciones B.
- Prieto, Emilia. 1937a. «¡Asesinos de niños!» *Repertorio Americano*, 4 de diciembre de 1937, XXXIV (21): 336.
- . 1937b. «El recitador González Marín». *Repertorio Americano*, 16 de octubre de 1937, XXXIV (15): 239-240.
- . 1938. «Concepto materialista del arte». *Repertorio Americano*, 22 de enero de 1938, XXXV (3): 3-4.
- . 1946. «Dos poemas de Eunice Odio». *Repertorio Americano*, 19 de octubre de 1946, XLII (20): 310.
- ¿Qué es el MEMCH? ¿Qué ha hecho el MEMCH?* 1938. Santiago de Chile: Imprenta Antares.
- Quevedo Terán, Patricio. 2006. «La Constitución de 1938: ¿realidad o ficción?» En *Testigo del siglo. El Ecuador visto a través del Diario "El Comercio", 1906-2006*, editado por Fabián Corral Burbano de Lara, 259. Quito: El Comercio.
- Ramos, Leopoldo. 1937. «Al viejo Miaja». *Crisol*, noviembre de 1937, 88: 12.
- Repertorio Americano*. 1937. «Comité iberoamericano al servicio de la independencia española», 25 de septiembre de 1937, XXXIV (12): 189.

- . 1939a. «Manifiesto de los intelectuales dominicanos», 25 de febrero de 1939, XXXVI (10): 150-151.
- . 1939b. «Pro España. Manifiesto de un grupo de intelectuales puertorriqueños», 14 de enero de 1939, XXXVI (7): 100.
- Reyes, Alfonso. 1997. *Obras completas*. Vol. IX. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- Robles, Humberto E. 1989. *La noción de vanguardia en el Ecuador: recepción, trayectoria, documentos, 1918-1934*. Guayaquil: Casa de la Cultura Ecuatoriana.
- Rodrig, Laura. 1937. «Homenaje a la Pasionaria y a la mujer española». *La Hora*, 19 de julio de 1937.
- Rodríguez Campesino, Aida. 2017. «De guerrera a víctima. Aida de la Fuente: historia de un mito revolucionario». En *Autoridad, poder e influencia: mujeres que hacen historia*, editado por Henar Gallego Franco y María Carmen García Herrero, 343-357. Barcelona: Icaria Editorial.
- Rodríguez S., Eugenia. 1999. «La Liga Feminista y la Redefinición de las Relaciones de Género (1923-1949)». *Diálogos. Revista Electrónica de Historia* 1: 1-7.
- Rodríguez Sáenz, Eugenia. 2014. «Madres, reformas sociales y sufragismo: el Partido Comunista de Costa Rica y sus discursos de movilización política de las mujeres (1931-1948)». *Cuadernos Inter.c.a.mbio sobre Centroamérica y el Caribe* 11 (1): 45.
- Rodríguez y Méndez de Lozada, María de las Nieves. 2014. «Hacia una estética en la heterogeneidad cultural de los grupos artísticos durante el Cardenismo. El caso de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (L.E.A.R.), 1934-1938». *Historia 2.0: Conocimiento Histórico en Clave Digital* 4 (8): 127-37.
- Roig de Leuchsenring, Emilio. 1938. *La España de Martí*. La Habana: Editorial Páginas.
- Romero, Luis Alberto. 2011. «La Guerra Civil Española y la polarización ideológica y política: la Argentina 1936-1946». *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 2 (38): 17-37.
- Rubiano Muñoz, Rafael. 2014. «Baldomero Sanín Cano y la Revista Nosotros de Buenos Aires (1907-1943). Intercambio y redes culturales e intelectuales». *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 41 (1): 127-56.

- Ruffinelli, Federico G. 1936. «Canción para España en sangre». *Uruguay. Un rumbo cierto bajo la cruz del Sur*, 1 de noviembre de 1936.
- Sabas Alomá, Mariblanca. 1938. «Los niños, víctimas inocentes de la guerra». *Selecta*, 15 de enero de 1938, 1 (34): 7.
- Sáenz, Carlos Luis. 1936a. «Le dice Don Carlos Luis Sáenz al poeta Billo Zeledón». *Diario de Costa Rica*, 17 de enero de 1936.
- . 1936b. «Pasionaria». *Repertorio Americano*, 26 de diciembre de 1936, XXXII (26): 379.
- . 1937a. «Discurso pronunciado el Primero de Mayo por c. Carlos Luis Sáenz». *Trabajo*, 8 de mayo de 1937.
- . 1937b. «El grito de España». *Trabajo*, 24 de julio de 1937.
- . 1938. «Significación del Día de la Raza». *Repertorio Americano*, 24 de septiembre de 1938, XXXV (24): 1-2.
- . 1940. *Raíces de esperanza*. San José: Imprenta Española.
- Sáenz, Vicente. 1936a. «El triunfo de las izquierdas en España». *Liberación*, marzo de 1936, 6-7: 2.
- . 1936b. *España en sus gloriosas jornadas de julio y agosto de 1936*. San José: Imprenta La Tribuna.
- . 1942. *Cosas y hombres de Europa*. Ciudad de México: Ediciones Liberación.
- Saladino García, Alberto. 2005. «El latinoamericanismo de José Martí». *Latinoamérica. Revista de Estudios Latinoamericanos* 41: 149-167.
- Salas Ensignia, Amalia. 1936. «La lucha heroica de la mujer española». *La Mujer Nueva*, octubre de 1936, 1 (10): 5.
- Salas, Tomás. 2017. «José González Marín en el contexto de la cultura española de su tiempo». *Jábega* 109: 91-99.
- Salaün, Serge. 1985. *La poesía de la guerra de España*. Madrid: Castalia.
- Salazar Anglada, Aníbal. 2022. *Puerto Rico y la Guerra Civil española: la voz de los intelectuales*. Madrid: Punto de Vista Editores.
- Sánchez, Luis Alberto. 2004. *Visto y vivido en Chile*. Santiago de Chile: Tajamar.

- Sánchez, Raquel. 2018. «El héroe romántico y el mártir de la libertad: los mitos de la revolución en la España del siglo XIX». *La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura* 13: 45-66.
- Sanín Cano, Baldomero. 1937. «Las razones del fascismo». *SECH. Revista de la Sociedad de Escritores de Chile*, octubre de 1937, I (6): 25-26.
- Santiago Romero, Sergio, y Clara Marías. 2020. «“Pájaros negros”. La visión de los bombardeos sobre Madrid en la poesía española y extranjera de la Guerra Civil (II). Bandos, sexos y puntos de vista». *Castilla. Estudios de Literatura* 11 (marzo): 202-50.
- Sarlo, Beatriz. 1988. *Una modernidad periférica: Buenos Aires, 1920 y 1930*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión.
- Sassone, Felipe. 1936. «Despedida». *El Comercio*, 25 de octubre de 1936.
- Scanlon, Geraldine. 1986. *La polémica feminista en la España contemporánea: 1868-1974*. Madrid: Akal.
- Sepúlveda Muñoz, Isidro. 1994. *Comunidad cultural e hispanoamericanismo. 1855-1936*. Madrid: Universidad Nacional de Educación a Distancia.
- Serrano Poncela, Segundo. 1937. *Nuestros métodos de propaganda. Necesitamos una gran propaganda de masas*. Valencia: Ediciones Alianza Nacional de la Juventud.
- Sofsky, Wolfgang. 2004. *Tiempos de horror: Amok, violencia, guerra*. Madrid: Siglo XXI.
- Sola González, Alfonso. 1937. «Francisca Solana». *La Nueva España*, junio de 1937.
- Solé i Sabaté, Josep M., y Joan Villarroja i Font. 2003. *España en llamas: la Guerra Civil desde el aire*. Madrid: Temas de Hoy.
- Spartacus*. 1937. «Visto por Spartacus», septiembre de 1937.
- Suero, Pablo. 2009. *España levanta el puño: palabras al borde del abismo*. 1. ed. en Papel de liar. Barcelona: Papel de Liar.
- Thein, Gladys. 1937. «España». *Frente Popular*, 3 de septiembre de 1937.
- Thomas, Hugh. 2001. *The Spanish Civil War*. New York: Modern Library.
- Thompson, Emmanuel. 1937a. *El conflicto de España ante el mundo cristiano*. San José. —. 1937b. «Los niños vascos». *La Hora*, 18 de junio de 1937.
- Tierra*. 1938. «España heroica», 27 de mayo de 1938.

- Tierra y Libertad*. 1936. «Antonio Col. Un héroe del pueblo», 14 de noviembre de 1936.
- Toledo, Fernando de. 1938. «José González Marín». *El Adelanto*, 19 de enero de 1938.
- Torre, Guillermo de. 1927. «Madrid, meridiano intelectual de Hispanoamérica». *La Gaceta Literaria*, 15 de abril de 1927, I (8): 1.
- Torriente Brau, Pablo de la. 1999. *Cartas y crónicas de España*. Editado por Víctor Casaus. La Habana: Ediciones La Memoria.
- Trabajo*. 1936. «Manifiesto de intelectuales, profesionales y obreros de Costa Rica con respecto a la Revolución Española», 15 de agosto de 1936.
- . 1937a. «El conflicto de España ante el Mundo Católico», 3 de abril de 1937.
- . 1937b. «El organizador de la Falange en América Central, González Marín, nos insulta... desde Guatemala», 30 de octubre de 1937.
- . 1937c. «González Marín fue recibido... a pedradas», 20 de noviembre de 1937.
- . 1937d. «Pueblo de Costa Rica», 1 de mayo de 1937.
- . 1938a. «La manifestación obrera del 1º de mayo», 7 de mayo de 1938.
- . 1938b. «Ossorio y Gallardo escribe a la c. Luisa González», 9 de enero de 1938.
- . 1946. «El partido en Marcha», 18 de abril de 1946.
- Trifone, Víctor, y Gustavo Svarzman. 1993. *La repercusión de la guerra civil española en la Argentina: 1936 - 1939*. Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.
- Unidad. Por la defensa de la cultura*. 1936. «Sin título», enero de 1936.
- Urcelay-Maragnès, Denise. 2011. *La leyenda roja: los voluntarios cubanos en la guerra civil española*. León: Lobo Sapiens.
- Valenciano, Rosendo. 1937. «Anoche el presbítero Valenciano hizo un llamamiento por radio para acoger a los niños españoles». *La Hora*, 17 de junio de 1937.
- Valero Juan, Ana. 2017. «La fraternidad hispano-americana a debate: el diálogo cultural del 98». *Kamchatka. Revista de análisis cultural* 9 (julio): 25-45.
- Vallejo, César. 1937. «América y la “idea de imperio” de Franco». *Repertorio Americano*, 28 de agosto de 1937, XXXIV (8): 123.
- . 2002. *Poemas en prosa, poemas humanos*. Editado por Julio Vélez. 6. ed. Madrid: Cátedra.
- . 2012. *España, aparta de mí este cáliz. Poemas*. Madrid: Ardora.

- Varela, Lorenzo. 1936. «Romance de Lina Odena». *El Mono Azul*, 15 de octubre de 1936, 8: 4.
- Vega Sombría, Santiago. 2005. *De la esperanza a la persecución: la represión franquista en la provincia de Segovia*. Barcelona: Crítica.
- Vergara, Marta. 1936. «Elegía a la mujer española». *La Mujer Nueva*, diciembre de 1936.
- Verón, Eliseo. 1987. «La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política». En *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*, 11-26. Buenos Aires: Hachette.
- Vila, Nina de. 1937. «A la Pasionaria». *Frente Popular*, 10 de agosto de 1937.
- Vilches, Jorge. 2008. «La construcción del héroe nacional: los guerrilleros de 1808 en la historiografía republicana». *La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura* 13: 13-28.
- Villar, Jaime. 1938. «El general Miaja». *Tierra*, 27 de mayo de 1938.
- Viñas, Ángel. 1986. «La internacionalización de la Guerra Civil de España». En *Anuario 1985: Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo*, 615-631. Zamora: Instituto de Estudios Zamoranos Florián de Ocampo.
- Wright, Diane. 2014. «El frente femenino: Representaciones de la mujer en el romancero popular de la Guerra Civil española». En *III Congreso Internacional de Literatura y Cultura Españolas Contemporáneas. Diálogos transatlánticos: puntos de encuentro*, 1-9.
- Yunque, Álvaro. 2006. *España, 1936*. Buenos Aires: Ediciones BP.
- Zanca, José A. 2016. «Ángel Ossorio en el exilio: Religión, cultura y política entre España y Argentina (1939-1946)». En *Itinerarios reformistas, perspectivas revolucionarias*, editado por Maximiliano Fuentes Codera, Àngel Duarte Montserrat, y Patrizia Dogliani, 107-122. Zaragoza: Institución Fernando el Católico.
- Zhdanov, Andrei. s. f. «La literatura soviética es la más ideológica, la más vanguardista del mundo». En *Crítica, tendencia y propaganda. Textos sobre arte y comunismo, 1917-1954*, editado por Juan José Gómez, 73. Sevilla: Editorial Doble J.
- Zubillaga, Carlos. 2013. *Niños de la guerra: solidaridad uruguaya con la República Española, 1936-1939*. Montevideo: Linardi y Risso.